Lo que el tiempo dejó

Carlos Cárdenas Gutiérrez

Lo que el tiempo dejó

Carlos Cárdenas Gutiérrez

© Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
© Secretaría de Cultura
© Consejo Editorial del Estado

Lo que el tiempo dejó
Carlos Cárdenas Gutiérrez

Producción:

Cuauhtémoc sur 349, zona centro
Saltillo, Coahuila

Prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización escrita del autor
ccardenasg@hotmail.com

TEL. 018666 339323
Derechos de Autor
SEP.INDAUTOR
REG. 03-2006-050311462700-01

Mayo de 2013

Impreso en Saltillo, Coah., México

Portada:
Estación de Tren en Candela, Coahuila, abandonada y desdeñada como
todas ellas a partir de la privatización de los Ferrocarriles Nacionales de México.

Agradecimiento
Al Consejo Editorial del Estado de Coahuila y a su director, Javier Fuentes de la Peña, por darme la oportunidad de hacer pública esta obra.

Dedicatoria

A mi esposa Laura y a mis hijos
Carlitos y Julio
Gracias a Dios por haberlos puesto en mi vida, a tiempo.

Presentación

Ni diatriba, ni censura, ni juicios de valor, ni mucho menos una sátira, se pretenden con esta obra.

Los medios en la actualidad lo mismo nos presentan información escrita que auditiva o visual, ya sea real o virtual, estática o en contexto, etc., sin más límites que lo permitido legítimamente por el derecho a la libre expresión de las ideas. En tal caso está el autor de la presente obra, cuya visión histórica por más de cuarenta años, del "esplendor y caída" de una región, cuyo centro de gravitación radica en Monclova, Coahuila, es presentada a través de una novela, cuyos personajes, según la percepción del escritor, van evidenciando un *modus vivendi* muy particular que al tiempo que les imprime su propio sello de identidad es uno de los motivos de la caída y el atraso en el que actualmente se encuentra esta región del norte de Coahuila.

La "idiosincrasia", entendida como personalidad, conducta, temperamento, que no es otra cosa más que el conjunto de cualidades de un individuo que lo hacen comportarse de manera muy particular ante determinados estímulos, es algo a lo que el autor pretende penetrar, para desentrañar, desenmarañar y poder encontrar el porqué de ciertos comportamientos que también, de acuerdo con su percepción, han llevado a la región a las condiciones de desolación y de abandono en las que se encuentra.

Si buscamos en la literatura que existe de la región, por lo general encontraremos la historia del lugar, pero sólo a través de lo que se cuenta de la vida y obra de personas notables o de familias destacadas, de cuyas raíces encontramos, hasta con lujo de detalles, el origen de sus ancestros, pero nada acerca de los mismos monclovenses, o sea del grueso de la población, esa población que está formada por migrantes de todos los rincones de Coahuila y de toda la República, incluso hasta del extranjero.

Asimismo, la historia del lugar se puede conocer, pero sólo si se circunscribe al origen y desarrollo de AHMSA, y siempre dejando desdibujada a esa población que, por lo mismo, resulta difícil de desenmarañar su personalidad pese a que, tal vez, ése sea el factor que más caracteriza a Monclova, su gente, porque está formada en su gran mayoría por personas que no son originarias de la misma y cuya gran masa no va más allá de mediados del siglo pasado, si tomamos en cuenta que el gran crecimiento se dio a partir de 1943, año en el que no existían más de 25 000 habitantes y en el que, a su vez, se marca su despegue.

Por todo esto, los personajes que aparecen en la novela viven los hechos narrados en ella, sucesos que en su gran mayoría son ciertos y que recogidos a través del tiempo traen a nuestros días algunas constantes, que en alguna forma explican lo que el autor se cuestiona: ¿Qué fue lo que pasó y por qué pasó?

Por otra parte y también con base a hechos reales, los personajes deambulan a través del tiempo desempeñándose como empleados o como derechohabientes de una institución pública, cuya nobleza no está en tela de duda, como tal, pero que, sin embargo, los errores de algunos dirigentes le han ido reduciendo esa nobleza. Por las mismas características con las que fue estructurada ahora esa institución es víctima de su misma cúpula, porque escapa al control y la vigilancia del poder público. El autor se refiere al Infonavit, y en cuya opinión destaca que, tarde o temprano, acabará formando parte de las cifras del Fobaproa.

En fin, una narración de hechos reales, vividos por personas reales (como personas comunes, como empleados, como derechohabientes, como acreditados, como engañados, como despojados, como invasores, como *Coyotes*, como demandantes sin fe de servicios judiciales o como desheredados de derechos humanos, etc.), mismos que, para su novelización, son dispuestos en forma adecuada a las necesidades, pero que de ninguna manera abandonan su certeza. En resumidas cuentas, esto es *Lo que el tiempo dejó*.

El autor

Introducción

Comenzada en el curso de la vida misma, esta novela de Carlos Cárdenas Gutiérrez ya estaba pensándose y preparándose desde hacía muchos años. El escritor no nace con el niño, ni se encuentra nadie con la literatura como si se encontrara con el río. Hay que ir hacia la literatura y llegar a ella por esfuerzo y voluntad propia. Se avanza hacia el dominio de sus herramientas cuando se empieza a mirar de otra manera lo que está alrededor del escritor porque se ha dejado de estar donde se estaba antes.

Esas herramientas descienden o ascienden, desaparecen o se colocan de otra manera en el horizonte literario; surgen corrientes nuevas, quizá sorpresivas e inesperadas, y para quien lee la historia de la literatura podrá parecerle que se trata de un quehacer sin objeto.

Podría resultar que fuera así, pero en realidad es que la literatura mira siempre desde la misma cima. De ahí que el escritor, por muy desorientado que se encuentre, descubre siempre lo que viene después.

Los caracteres de esa perspectiva son varios. Primero: el escritor hace un esfuerzo extraordinario para no caer nunca en el infantilismo irresponsable justamente porque se sostiene en la inocencia del que está empezando a mirar. No hay escritor si no hay inocencia, es parte del método de la literatura.

Pero tampoco hay literatura si no se cae en la cuenta de que la realidad es sumamente compleja y de que todo está en íntima conexión; lo que postula una memoria literaria es la certeza de que esa complejidad es, precisamente, la que integra las prolongaciones inmateriales o invisibles que reverberan en un mundo visible: ése al que la literatura alude.

Segundo: el lugar por donde se transita no es un camino trazado de antemano que deba ajustarse a un esquema lineal; es semejante a una de esas construcciones circulares donde cada elemento de su arquitectura se apoya en todos los demás, no sólo en sí mismo o en los anteriores.

Por eso llegar a la literatura es vivir a la intemperie y desde uno mismo para suprimir lo regular de los objetos, la linealidad del tiempo, el endiosamiento de la estabilidad de las creencias y el repertorio de las interpretaciones recibidas.

Y todo eso lo sabe Carlos Cárdenas Gutiérrez. Por eso también, a lo largo de las páginas de *Lo que el tiempo dejó,* se asiste a una serie de escenas cotidianas que forzarán a pasar al siguiente momento en que la razón se hará cargo de las cosas dando cuenta de ellas.

Carlos Cárdenas Gutiérrez es un autor que tuvo que hacerse escritor por sí mismo, a la intemperie, recurriendo a los pasajes íntimos de la memoria para evocar los momentos cruciales que rescatan del anonimato a esos héroes cotidianos inmersos en la rutina de cada día, de su angustiante deambular por instituciones de burocracia o por las calles del pueblo de Monclova, ubicado en mitad de una larga llanura, haciéndonos ver la complejidad de su pensamiento frente a la realidad compleja que lo circunda.

El recorrido posesivo de esos momentos, constituye el argumento de la novela. La mundanidad es el escenario que nunca termina de construirse y que sólo gracias a la sensibilidad es posible que se sienta la proximidad de los personajes como un "tú " otorgándole un carácter transparente y radiante a la circunstancia.

Por eso, entre otros valores literarios, el Consejo Editorial del Estado, publica esta novela contribuyendo así a engrandecer el horizonte de las letras coahuilenses.

Javier Fuentes de la Peña
Director del Consejo Editorial del Estado

Puntos de referencia

Monclova

Varias referencias históricas. No son juicios de valor. Crecimiento desmedido y caos en asentamientos irregulares. Abundancia y derroche. AHMSA y siempre AHMSA. AHMSA en cifras. Visión de largo plazo. H. R. Pape y GIMSA. Nadie gana más de lo que otro pierde. La música de cantinas. Luis Echeverría Álvarez. La novia del estudiante no es la esposa del profesionista. Grupos musicales actuales como *los Freddys*, *los Muecas*, *los Fresno*. Grupos musicales regionales de los sesenta. Grupos modernos de los sesenta, *Teen Tops*, *Camisas Negras*. Todo está por hacerse. Nada ha cambiado. Los Autobuses Anáhuac. La colonia Obrera. Caciques y dominantes. Amiguismo. Influyentismo, oligopolios. Atraso irresponsable. Pobreza y miseria no es lo mismo. Las mentiras. *El Piporro*. La leyenda de la ciudad sin nombre. *La ciudad sin ley*. Disolución social. Monclovita la bella. Secuestro del delegado del Infonavit y cierre de oficinas. Se reabren treinta años después. Ruinas. El sindicalismo paternal. Te dejo hacer pero no me molestes. Sin industria en cadena. Sin construcciones arquitectónicas históricas. Conformismo. Gente de paso. El bosque se ve mejor desde afuera. La arena de la "antinomia". Ni comen ni dejan comer. Vine por lana y salí trasquilado. El centro y norte del estado es el sector menos desarrollado y donde menos se aprovechan los programas del gobierno. Empleos de poco pelo, medio pelo y terciopelo. La legalidad no es lo mismo que la justicia. Jueces y juicios lentos. De nuevo a la trinchera. "Ahora le toca a Monclova". "Las sociedades desfondadas". El ejercicio de los pequeños poderes. La historia continúa. Los empresarios de la región centro manifiestan su temor.

Cd. Frontera
Ocampo
San Juan de Sabinas
(Mina "Pasta de Conchos")
Barroterán

Saltillo

Varios datos históricos. Sólo borracho, loco o casado. El candidato a gobernador. Zincamex. Un Club de Toby. Óscar Flores Tapia. La juventud, enfermedad que con el tiempo se quita. El bosque se ve mejor desde afuera. "Cartas a mi hijo". Los fuertes frente a los débiles. Coahuila. Fallece la esposa del gobernador. Pueblo chico infierno grande. Nadie es profeta en su tierra. Créditos del Infonavit al vapor. Un falso líder. Los feudos locales. La crisis existencial. Roberto Carlos, *Emociones*. La vida es como una paleta de hielo. Las manifestaciones de colonos. Delegaciones del Infonavit sin competencia. Los mismos líderes y lideresas de siempre. Cría buitres y te sacarán los ojos. Los verdugos de hoy serán las víctimas de mañana. Una novela. Fox.

Arteaga
México, DF

El chilanguismo. La *Cd. de la Fantasía*. Cantinflas y su Ciudad con Ángel. Sabes dónde empiezas pero no dónde acabas. Cadenas de vivencias. *Extraños en la noche*. Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde. *Tin-Tan*. Sábado DF. El Tres Caballos. Bar La Guadalupana. Casa Neri de Portales. Bar La Polar. La Cavita de Coyoacán. Soy de Saltillo pero el DF es mío. Dondequiera quepo y que viva la libertad. Los clubes: El Parasol, Los amigos, Who is Who, El Braniff, El Codac. Jorge Saldaña. Se infarta Dir. de Sidermex. Álvaro Carrillo. "Huye cual Ave Negra". Sábados violentos. Las brigadas blancas. Trovador por amor al arte. Arde en llamas el Casino Royal. Se nacionaliza la banca. Después del Toreo todo es Cuautitlán. El Sismo del 85 y la soberbia. Populismo y nacionalismo. Avándaro, música latina, las peñas, los chilenos, los cafés cantantes.

El Infonavit

Datos varios. Falto de controles. El logotipo del Infonavit. Falta de difusión. Conciliaciones bancarias con tres años de atraso. El ejercicio de los pequeños poderes. El Dpto. de Auditoría Interna. El Dpto. de Promoción Industrial. El

Dpto. de Promoción Social brazo político hacia el PRI. El Dpto. de Verificación, sin planeación. Los feudos de poder y los delegados. El Infonavit la constructora más grande del mundo. El programa de cobranzas. "Aquí no hacemos nada". ¿Y el dinero? La contabilidad atrasada. Se pudo haber evitado la basura. Entregas masivas de escrituras, las farsas y los apoyos a políticos. Mobiliario e instalaciones de tercera. "¡No te acabes Infonavit!" Los "Profesiogramas", programa eterno. El centralismo enfermizo. Las delegaciones del Infonavit, chamba muy laxa. Falta de capacitación. La revista *Informavit* y la foto. Discursos demagogos. "Nos tocó bailar con la más fea...", las inconsistencias, "los orejones", las "etiquetas", "el que no pueda que renuncie". Las casas de "Plastónium" en Nogales, Sonora. Nula vigilancia hacia empresas y hacia acreditados. Los indocumentados. No confiar en los amigos del jefe. El jefe, un concepto impersonal. Desconfía y acertarás. Programas centrales fracasados. Hermosillo. Veracruz y el auge petrolero. En el Infonavit niegan ser servidores públicos. El convenio entre el Infonavit y la Sría. de la Función Pública. El Infonavit juez y parte. El Infonavit y la CNDH. El Infonavit y sus aberraciones. El Infonavit una institución laxa y pasalona. El Infonavit y su mala fe. Chihuahua, se desploma el avión "Cuauhtémoc". Nuevo León y tensas relaciones con el centro. Instalaciones pésimas. La defensa de *Tito*. La cultura del "No pago". Cartera vencida agravada. Los trabajos sucios. En el Infonavit, sólo los del centro pueden pensar, innovar, decidir, las delegaciones jamás. Áreas sin planeación. "La dicha inicua de perder el tiempo". El Infonavit y las aves de paso. Aquí no pasa nada. Un director cobarde. El cacareo de los jerarcas, complicidades y reparto del pastel. El Infonavit. Víctima de su cúpula. Abusos de autoridad. Reglamentos fuera de tiempo. Creación del área de "Cartera Vencida", 27 años después de haberse creado el Infonavit. "La casa más limpia no es la que más se barre, sino la que menos se ensucia". La absurda orden de Novar los contratos de acreditados y sus consecuencias negativas. Toman oficinas en Torreón. Mística por el trabajo. Necesito sillas para mis cuates. Las metas y las cifras alegres. Irregularidades en la tenencia de viviendas. Archivos de la delegación extraídos de las oficinas. El ejercicio de los pequeños poderes. Pobre instituto. Círculo vicioso. De lo perdido, lo que aparezca. Otro Fobaproa. Créditos al vapor. El nepotismo. La legalidad no es lo mismo que la justicia. Juicios lentos. *Chano y Chón*, y el delito se institucionalizó. Perro no traga perro. Los notarios públicos. Las manifestaciones populares. Los mismos líderes de siempre. La comisión de inconformidades. SAR, Afores y bancos. El Infonavit negado a devolver fondos de ahorro. De nuevo la improvisación oficial. Creación de la Financiera Rural. Delegaciones sin competencia. Actos inconstitucionales del Infonavit. Tranzas y corrupción.

El norte, realidades y mitos

La música regional sin evolución. Inventos y mentiras. *El Piporro*. La carne asada. Coahuila, un estado siempre dividido. No son juicios de valor. Un Jr. "Lepe caguengue". Los norteños de antes. La nobleza del norteño. ¡Qué orgullo ser norteño! Vivir en el engaño. El bosque se ve mejor desde afuera.

El ferrocarril

El Regiomontano. Pueblos fantasmas que tienden a desaparecer. La obra y gracia de Salinas y de Zedillo. La chatarrización del FFCC, como justificación para la privatización. El narcotráfico. Trabajos sucios. *Lo que el tiempo dejó*.

Monclova, Coahuila, 1964

¡Uf... pa' calorcito que está haciendo!, se decía a sí mismo con las molestias que esos climas tan extremosos ocasionan, sobre todo a aquellas personas que no radican en esos lugares con climas tan inclementes, lo mismo en tiempos de frío que de calor, Héctor (*Tito*, como se le decía por apodo), al momento en el cual descendía del autobús de pasajeros en el que viajó desde la ciudad de México a Monclova, Coahuila, con la finalidad de visitar a su novia, una maestra de primaria egresada de la Escuela Normal de Maestros de la ciudad de Saltillo, Coah., hacía unos dos años.

Ellos se conocieron siendo estudiantes en esa capital, pero cuando Héctor (*Tito*), terminó la preparatoria, decidió irse a la ciudad de México y buscar la forma de seguir estudiando, en tanto que Magy (Margarita), en ese tiempo cursaba ya su último año escolar en la Normal y que, por cierto, por haber obtenido un alto grado de calificaciones, una vez terminada la carrera le fue otorgada una plaza para desempeñarse ya como maestra de primaria en la ciudad de Monclova, que no era su ciudad natal, sino que era de la ciudad de Nueva Rosita, un lugar más hacia la frontera con los Estados Unidos, en donde la única actividad existente es la extracción de carbón, oficio del padre de esta mujer, lo mismo que años atrás lo había sido también del papá de *Tito*, que dicho sea de paso, son regiones por las cuales el tiempo parece no haberse interesado en pasar, y el abandono es lo único que se conoce. Tampoco *Tito* era oriundo de Monclova, pero esta ciudad vino siendo el lugar de encuentro de ambos para continuar con aquel noviazgo, que más que representarles un goce les significaba algo sumamente incómodo.

Sus condiciones económicas eran de lo peor, y aunque Margarita ya contaba con un salario fijo, el hecho de pertenecer a una familia numerosa y de escasos recursos, ese salario no servía para gran cosa, y más aún porque al resto de la familia se le ocurrió trasladarse de Nueva Rosita a Monclova en la creencia de que como uno de sus miembros, Magy, ya contaba con una profesión y un empleo, la situación les iba a mejorar. A Magy le patrocinó su carrera una de sus tías, que no tuvo hijos, con la condición de que una vez trabajando se hiciera cargo del resto de la familia y así fue, finalmente.

Cada vez que era posible utilizar algún 'puente' por fechas patrias o días santos, o bien, que estando de vacaciones escolares y que *Tito* no estuviera impedido para viajar a Saltillo o a Monclova para sus visitas amorosas, dado que tenía que trabajar y estudiar a la vez, el encuentro era posible, pero el amor juvenil, pese a la impetuosidad que por ello le era propia, se iba agotando y la incomodidad ganaba terreno cada vez más. Si era temporada de calores, los extremos que a veces se tocaban eran hasta de 45 centígrados, lo mismo que si eran tiempos de frío a veces por debajo de los 5 ó 6 grados, sobre todo en Saltillo, en donde se han tenido hasta 12 grados bajo cero, todo se estropeaba. No hay forma de acrecentar amores en circunstancias tan inclementes, en un lugar en el que escasamente existe vegetación y cuyo atraso, en aquellos años, era tan marcado, que si en la actualidad adolece de muchos servicios y de formas de distracción por lo menos diversificadas, ya nos podemos imaginar lo que en la década de los sesenta sucedía en esa ciudad de nuestra historia.

Tito, siendo originario de Saltillo, durante el periodo de estudiante de preparatoria llevó una buena amistad con Memo, un estudiante originario de Monclova y miembro de una familia de clase media, hijo de un obrero de la planta de Altos Hornos de México, la mamá, una señora dedicada al hogar y dos hermanas. Memo fue muy bien visto y tratado de igual forma en la casa de *Tito*, cosa que le sirvió a este último, en su momento, para poder permanecer en Monclova por varios días cada vez que visitaba a la novia. Esa reciprocidad ahora permitía que la pareja pudiera continuar con su relación.

Tito estaba plenamente consciente de que no podía ni debía abusar de aquella ayuda pues corría el riesgo de quemar la única posibilidad de continuar con su novia que, al fin de cuentas, era por lo único que visitaba esa ciudad. En la plaza principal había unos puestos o estanquillos en los que se vendían sodas o raspados de sabores, lo que representaba para la pareja la única oportunidad para sentarse por ahí para platicar, puesto que no se contaba con parques arbolados, ni neverías

de otro tipo, es decir, techadas. A estos estanquillos acudían jóvenes que gustaban de escuchar en las rockolas música de sus tiempos y a comportarse como esos tiempos exigían o permitían.

Sus gustos y prácticas se salían en gran medida de lo acostumbrado en esas regiones, es más, se daba una rivalidad muy marcada entre quienes gustaban de lo regional y los que se salían de tal esquema. Todo aquello daba pie a *Tito* y a Magy a comentarios interesantes, dado que, como suele sucederle a todo aquel que se aleja de su núcleo de origen, al sentir que en otro lugar no encuentra acomodo porque eso significaría el tener que abandonar sus costumbres, sus tradiciones, sus raíces y adoptar posturas ajenas, cosa que no es nada fácil, busca la manera de remarcar su origen, y en el caso de *Tito* no hubo excepción, se le acrecentó su origen una vez que inició su nueva vida en la ciudad de México, por esa gran necesidad que se tiene de pertenecer a un grupo o comunidad y no sufrir las calamidades causadas por aquello de la deshumanización de las grandes urbes o simplemente por encontrarse en un lugar ajeno al suyo.

Este es el caso de *Tito*, un provinciano llegado a la ciudad de México sin recursos mínimos, ignorante en gran medida de muchas cosas y costumbres que le son propias a otras ciudades y, más aún porque todavía en los años sesenta cada región del país contaba con sus tradiciones, costumbres, gustos, tendencias, etc., en una forma muy pura, entendiéndose esto por la misma falta de comunicaciones, al menos en la forma en que en la actualidad existen, esas características no se veían tan contaminadas, haciéndose muy notorias las diferencias entre un lugar y otro, entre una ciudad y otra, entre la capital y la provincia. *Tito* estaba pasando por todo este proceso y ya es de imaginarse las ríspidas discusiones que en ocasiones se daban entre aquella pareja.

–Tal parece que te molesta mi presencia –decía Magy a *Tito*, con un tono de voz lo mismo molesto que triste–. Vienes por un par de días y tu humor muestra fastidio. No niego que las circunstancias no nos favorecen en nada, pero, al menos yo, me alegro tanto de que tú estés aquí, que quisiera saber o ver que te alegra mi compañía. No me hagas sentir inútil ni me metas dudas de por qué y para qué estás aquí, o a qué vienes, puesto que si me visitas me haces entender que te intereso, que significo algo en tu vida –el enojo de Magy, se tornaba de momento en tristeza, su tono lo mismo iba del reclamo a la desesperación, de la súplica moderada a la sentencia de que–: si ya no encuentras nada bueno en lo nuestro lo mejor sería ya no volvernos a ver. Aquellas palabras calaban hondo en el ánimo de *Tito*, quien mantenía la mirada hacia el suelo guardando silencio, un silencio cobarde, contrario a lo mostrado por Magy.

–Perdóname –solicitó *Tito*– tienes razón. Llevándose una mano a la cara y oprimirse con los dedos los ojos y gesticulando en muestra de molestia consigo mismo, con el puño situado en su boca, se quedó mirando por unos instantes hacia lo infinito, con la mirada perdida y resuelto a serenarse para retomar el tema. Luego, tomando de los hombros a Magy y llevándola a su pecho, muy cálidamente le dijo: Perdóname, en verdad creo que me ensaño contigo por cosas que solamente yo veo y te agarro de paño de lágrimas para sacar mis rollos y descargar mis frustraciones. Magy lo interrumpe para decirle: –¿Y por qué no? ¡Qué bueno que tengas con quien descargarte! sólo dímelo, dime cuál es tu tema, qué es lo que traes dentro. Platicar o discutir un tema no me espanta. Cuenta conmigo. No me hagas sentir una inútil, por favor, cuéntame lo que te pasa.

Abriendo sus grandes ojos, Magy mira a *Tito* en espera de una respuesta mesurada o, tal vez, esperando una reacción violenta, tornaba su rostro a la apariencia de un conejillo asustado. *Tito* por su parte, comprendió que su actitud era injusta y que dentro de sí mismo había una especie de coraje contra algo, contra alguien, contra un fantasma que lo transformaba totalmente y lo inducía a cometer excesos de irritación, que en su ceguera se bloqueaba y no reflexionaba y abusaba; mas, por otra parte, existía en él una especie de virtud, y resultaba muy fácil de someter sobre todo si alguien le contestaba con mesura, y además si se le hacía entender con argumentos razonados los que, por cierto, a Magy le sobraban. Ella al menos no aparentaba ser una persona con grandes expectativas a futuro, se advertía en su personalidad una especie de conformismo o, por lo menos, que el hecho de haber alcanzado el grado escolar de maestra, de haber sido agraciada con una plaza tan luego salió de la escuela ya era, en el corto plazo, un factor de gran valía para ella, puesto que al pasar de nada a algo, indiscutiblemente que calma, aunque sea por un rato, las ambiciones de cualquiera.

Si bien ninguno de los dos gozaba de una situación boyante, en Saltillo la situación de *Tito* era mejor que la de Magy, en lo que cabía por supuesto; ya después, en Monclova, la situación era a la inversa y quien se sentía en vilo era *Tito*, y más aún, con lo que ya estaba experimentando en la ciudad de México, pero sus ambiciones y sus miras estaban muy lejos de encontrar satisfacción y marcaba una gran diferencia entre nuestros personajes, Magy en una aparente calma y *Tito* en una evidente inquietud, manifestándose con frecuentes enojos, inconformismos y, por lo mismo, su proclividad a la crítica lo llevaba a ahondar en observaciones un tanto cuanto excesivas y en forma muy distinta a lo que el común de la gente suele hacer o se atreve a hacer. De modo que sus conclusiones

las podía echar fuera con un grado de argumentación muy difícil de ser entendido, esto era bien sabido por *Tito*, por lo cual se sentía incomprendido y no faltaba hasta quien lo llegara a tener como un paranoico o cosa por el estilo.

–Quisiera entenderte –le decía Magy en un tono suave y suplicante a la vez– poderte interpretar y luego, tal vez, poderte ayudar. Yo sé que algo traes dentro, pero si no me lo sabes explicar ¿qué puedo hacer? A lo que *Tito* respondió también utilizando un tono amable y conciliatorio: –En realidad, ¿soy acaso muy oscuro?, ¿me faltan palabras como para no hacerme entender?; –¡No! –replica Magy– por palabras no paramos, más bien te siento muy abstracto. Es cierto que en muchas ocasiones eres muy concreto, a tal grado que lo que necesitas es suavizarlo, porque de tanta claridad hasta resultas ofensivo. Eso es… a veces, te lo aclaro. *Tito*, que no era del todo ajeno a estas observaciones reflexionó, si así se valiera decir, a la velocidad de la luz y, llevado por la curiosidad y mirando fijamente a Magy, le pregunta: –¿Me puedes explicar eso?; –Bueno, ¿por qué no? –contestó ella–, sólo que necesitaría de algo en concreto, de un ejemplo, o algo que en este momento estuviera sucediendo para que luego de que tú hicieras alguna de tus observaciones, pero de ésas muy rebuscadas y que te hacen hablar mucho acerca de lo que percibes y de lo que muchas veces, te lo confieso, me quedo en perplejidad, con dudas, tratando de digerirlo en las horas posteriores, y concluir acerca de lo que me hayas querido decir. En otras ocasiones sí entiendo lo que me dices, lo que no me queda claro es ¿de dónde es que sacas tal o cuál conclusión? Mientras que yo estoy por mi cuenta o por mi lado viendo lo que está a mi alrededor, tú haces lo mismo, pero, te repito, no alcanzo a entender el por qué o de dónde obtienes más cosas para sacar conclusiones, a veces… ¡hasta extrañas!, o como te lo dije, muy rebuscadas.

Mientras Magy hablaba, *Tito* miraba con atención a su alrededor tratando de encontrar algún motivo que le permitiera situarse en el ejemplo que su novia le solicitaba, y así, observaba todo lo que por ahí sucedía, a la gente que por todas partes aparecía, personas que simplemente cruzaban por aquella plaza llena de estanquillos, lo mismo que a las que se iban deteniendo para comprar un raspado de hielo y sentarse por ahí a tomárselo, envueltas en esa candidez que le es propia a los lugares en donde, simplemente, no sucede nada. *Tito* detuvo su búsqueda cuando se quedó observando a un grupo de muchachos, quienes al encontrarse en torno a una rockola, le echaban monedas para oír música propia de ese tiempo y de esa edad.

–Mira eso –le dice a ella señalando con un dedo hacia aquel grupo– observa a esos chavos, todo cuanto hacen, todo. Guárdalo en tu memoria y represéntamelo de algún modo, es decir, hazme ver o saber tus impresiones en torno a lo que en este momento están viviendo, en su juventud, en su estatus económico, su historia familiar, en fin, lo que se te venga a la imaginación en torno a sus vidas, todo lo que se te ocurra. Yo sé que no los conoces, y por eso ignoras mucho acerca de ellos, pero no es difícil imaginarse su situación con el sólo hecho de ver su estampa, su ropa, que, salvo unos dos de entre cinco, no creo que gocen de un nivel medio-alto o excelente y, sobre todo, que bien pareciera ser que ya de lo regional ni se acuerdan o tal vez ni se dieron cuenta de que existía ni lo que eso significa.

La perplejidad de la muchacha no se dejó esperar, y ante eso, ella le observa: –¡Que imaginación la tuya!, ¿no lo crees? –preguntó a *Tito* con asombro, a lo que éste respondió:

–Ése es el asunto, es el fondo de todo lo que me has estado preguntando, y que yo te puedo comentar cosas muy simples, lo mismo que algunas tal vez muy complicadas, pero la complicación deja de existir si ambos nos ponemos a observar algo, teniendo en cuenta las mismas bases. Ahora yo te he dado las bases del asunto y espero tu respuesta ¿lo harás? Yo por mi cuenta haré lo mismo y vamos a comparar lo que a cada uno se nos haya ocurrido. Tú dijiste que me querías entender y hasta ayudar, bueno, pues adelante. Por lo pronto ya te diste cuenta de una cosa, que tenemos casi una hora de estar platicando y no nos hemos aburrido ni lamentado de que no tenemos ni para un raspado y sí en cambio logramos un tema para charlar ¿no lo crees? Esto es mejor que un lamento o una tortura por no tener una mejor forma de pasarnos el rato. Tómalo como un ejercicio, es más, me interesa el resultado, ¿cómo la ves?, haz de cuenta que les estás poniendo a tus alumnos un ejercicio en la escuela.

–Mmmm, murmura ella, y frunciendo las cejas, con un sentido afirmativo acepta el reto, y reaccionando ante algo, dice: pero, ¿no crees que ya es muy tarde como para estarnos poniendo tareas?, yo sí tengo que levantarme temprano para ir a trabajar. –De acuerdo –responde *Tito*– mañana veremos el resultado, *¿ok?; –Ok* –responde ella y ambos se dispusieron a caminar, atravesando la plaza, encaminándose hacia la casa de Magy.

La novia no vivía lejos del centro y en un corto tiempo llegaron a su casa, en tanto que él tenía que trasladarse a una colonia algo retirada por lo que, después de una espera en una esquina, abordó un camión que lo llevaría a la casa de su

amigo Memo, que era quien le echaba la mano para que tuviera un lugar en dónde estar durante el tiempo que le dedicaba a Magy.

Cuando *Tito* llegó a casa de su amigo, eran entre las 9:30 ó 10:00 de la noche, por lo que todavía encontró despierta a la gente y, claro, también tuvo la oportunidad de que se le ofreciera algo para cenar. En la pequeña sala de aquella casa estaba la familia de Memo en pleno. Era una casa de interés social que, sin embargo, contaba con un terreno muy por encima de lo estilado en estos casos, ya que se trataba de viviendas otorgadas a crédito por la empresa Altos Hornos de México a sus trabajadores. Casas pequeñas, pero con terreno generoso para que, ya por su lado, los trabajadores pudieran ir dando satisfacción a sus necesidades de espacio. En este caso el papá de Memo ya le había hecho algunas ampliaciones que, aunque modestas, cumplían con lo requerido por la familia. El concepto de interés social habitacional era muy distinto en los años cincuenta a lo que ahora se tiene por tal, y en el caso de nuestra historia tenemos que ubicarnos, esa colonia nació en esos años precisamente.

Después de haber cenado algo, *Tito* se incorporó al grupo para continuar con los temas que en ese rato se estaban tratando en la familia: –¿ Qué cuentas?, –interroga don Arturo, papá de Memo, a *Tito*– ¿cómo te trata la vida?; en un claro intento por introducir en la plática al muchacho y tal vez también con el ánimo de encontrar alguna novedad que viniera a romper la lógica rutina que con toda seguridad se daba en la familia y, más aún, como era de suponerse, que *Tito* tendría algo novedoso que contar, máxime que ya se encontraba viviendo en una ciudad diferente, en el Distrito Federal.

Tito con evidente desgano, ya sentado en un sillón, con ambos brazos colgando hacia los lados y con una postura corporal bastante recostada, respondió a don Arturo: –Pues ahí, pasándola. Esperando la hora de regresarme a México. Espero no interrumpirlos. –No, hombre, para nada –dijo don Arturo–, quien se encontraba enfrascado con una de sus hijas en una discusión, ya que ella le observaba algo en relación con sus gustos musicales, sobre todo porque el señor no escuchaba otra cosa más que lo regional y su disgusto mayor se causaba cuando su hija se pitorreaba, aparte de ese gusto, de las modulaciones o de esos estilos de voces que aquellos grupos le imprimían a sus interpretaciones, refiriéndose, según las imitaciones que ella hacía, a manera de burla claro estaba, a las voces chillonas, desparpajadas y a veces desafinadas, que es algo típico en estos grupos musicales y algo muy inherente a este género musical, en el que para nada se observan detalles sobre técnicas musicales ni de canto, todo se va por ahí, al garete digamos.

Por esos años, esa música era algo verdaderamente regional, su expansión, tal y como lo vemos ahora, era entonces algo inimaginable. Apenas sí sabemos de grupos como *Los Rancheritos del Topo Chico, Los Alegres de Terán, El Palomo y el Gorrión*, o cantantes como Chelo Silva, Juan Salazar, Juan Montoya, Pedro Yerena, incluso *el Piporro*, sólo por nombrar a algunos, los más sobresalientes en el momento y en el lugar, puesto que la difusión, tal y como existe en la actualidad, no permitía mucho y tampoco el que proliferaran tantos grupos y cantantes.

Rosy, una de las hijas de don Arturo que era quien le observaba todo esto, le recriminaba algo que ya se había convertido en un sermón, con exhortos más bien cargados de regaños que de sugerencias amables, por la inclinación que su papá tenía de escuchar lo que, evidentemente, a ella no le agradaba nada de nada. El señor, como padre que era, mostraba tolerancia y algo de indiferencia hacia aquella andanada de críticas expresadas por la hija, pero ésta, por su natural juventud y vigor, llegaba hasta el grado de disgustarse y de volver a la carga con el menor pretexto. Todo esto provocaba que don Arturo escuchara su música solamente en los momentos en los que su hija no se encontraba en casa y durante los espacios en que los turnos de su trabajo lo permitían. Don Arturo, dirigiéndose a *Tito*, le pregunta muy escuetamente: –¿Cómo la ves?, tú ¿qué opinas? Ya no soy dueño de mi aparato ni de mis discos, ni de mis gustos, porque cada vez que los escucho es una cantaleta de la fregada. No sé de dónde habrá sacado esta muchacha todo eso, a veces ni la entiendo –*Tito* interviene para decir:

–Mire, don Arturo, la coincidencia que se está dando. Hace rato, cuando estaba con Magy allá en la plaza, unos chavos estaban echándole veintes a la rockola y estaban oyendo música moderna, usted ya sabe, *Teen Tops, Camisas Negras, Apson Boys, Rebeldes del Rock* y cosas de esas que se oyen ahora. Veíamos sus actitudes, sus gritos, sus movimientos, su ropa, y en fin, había entre ellos unos que parecían niños bien y otros no tanto. El hecho es que me llamaba la atención todo lo que hacían, todas sus posturas, puros fantoches que se creían artistas de moda. Los bien vestidos pues como que daban el gatazo por lo menos, pero, los que no ...sólo daban lástima. Pura imitación que nada les quedaba, pobrecitos. Todo fue porque también Magy me preguntaba que de dónde sacaba yo tanta palabrería para referirme a algo, algo como lo que le acabo de decir. Así como yo estaba viendo a aquellos chavos y lo que se me figuraba. Yo no dije nada de esto a Magy, pero le pedí que ella los observara bien a bien, y que me describiera lo que se le figuraba de todo aquello. Le dije que yo también lo iba a hacer y que luego lo compararíamos, porque ella dice que yo no soy claro muchas de las

veces cuando quiero decir algo y que no me entiende, pero que cuando soy claro, de tanta claridad hasta resulto ofensivo. Eso me caló, y así como observé a aquellos chavos y hasta dije que me causaban lástima, me hubiera gustado haber tenido tiempo para saber lo que Magy pensaba de ellos y ver cómo lo decía, más porque ella es muy medida para tratar las cosas, o a lo mejor ni siquiera se le hubiera ocurrido lo mismo que a mí, pero ya no hubo tiempo porque ya se tenía que ir a dormir.

Don Arturo lo interrumpe por un momento, para observar: –Bueno, yo creo que lo que los chavos hacen se entiende porque es lo de su tiempo, pero bonito me iba yo a ver haciendo lo mismo que ellos. Cada quien con lo de su tiempo, ¿o no? A lo que *Tito* responde: –Eso es cierto don Arturo, usted no va a hacer lo mismo, así como lo quiere Rosy, porque además ni es algo mexicano, pero yo creo que aquéllos no deben echar al olvido lo que sí es mexicano y lo que es de la tierra y de la región, porque van a perder su identidad.

Don Arturo no dejaba de percibir que *Tito* empleaba términos un tanto cuanto raros, o al menos inusuales en la región, o entre la gente gruesa y, por lo mismo, tal vez no dejaba de pensar que Magy tenía razón al juzgarlo como a alguien a quien no se le entendía. Era claro también, por otra parte, que ya para entonces siendo *Tito* un universitario estaba obteniendo otras modalidades en sus expresiones, lo mismo que por ello, ya estaba siendo influenciado por las doctrinas sociológicas aprendidas en la Facultad de Contaduría, lo que daba por resultado un natural choque cultural, lógico e inevitable. A todo esto habría que agregarle el hecho de que a la UNAM ingresan alumnos de todas las latitudes, no sólo de México sino del mundo, y que cada persona o grupo lleva su propia carga cultural según su origen o región, y que en aquellos años era esa universidad la más cosmopolita, cosa que en la actualidad ya se da también con otras instituciones. Todo esto permitía a *Tito* entender tanto a Rosy como a su padre, pero en cambio a él se le iba formando una barrera difícil de vencer, para ser entendido y según sus apreciaciones, continuó con su exposición, agregando: –Yo creo que Rosy no debe perder sus cosas originales y no llegar a comportarse como lo que no es (en franca alusión a lo que había visto en la plaza esa noche, sin decirlo en palabras, pero sí insinuado). Nunca se debe sentir vergüenza de lo de uno. –¡Ay, qué corriente es eso! –exclama Rosy– defender esas canciones que se escuchan desde dentro de esas cantinuchas que están en el centro. Eso que les gusta a todos esos borrachos que luego están tirados en las banquetas, no, no... ¡qué feo!

Era claro que las imágenes que Rosy tenía en su mente pertenecían, sin duda, a alguna realidad. Incluso, si ella hubiera tenido entre sus experiencias algunas escenas de esas que suceden en las zonas de tolerancia seguramente que lo hubiera manifestado también, puesto que siendo esos hechos tan expuestos al descaro, a Rosy no le hubiera costado ningún trabajo relacionar escenas, como la música y las canciones, lo mismo que a sus intérpretes, etc., porque era un hecho real que esa música siempre estuvo confinada a lugares de esa naturaleza, y, por lo mismo, hasta en muchas ocasiones, estuvo confeccionada para tales menesteres, porque era ahí en donde encontraba su mercado de consumo natural. La percepción de Rosy tenía fundamento. Rosy era una muchacha de unos 17 años de edad, quien en esos tiempos se encontraba entre dos etapas culturales muy antagónicas. Por un lado, el embate de todo aquello que se estaba presentando como modernismo en todos los aspectos de la vida, y que brindaba a los jóvenes un camino diferente a lo que ya estaba muy visto o escuchado, lo mismo que, como era el caso, para colmo estaba muy relacionado con cantinas y burdeles; y, por el otro, los vestigios o residuos de una serie de décadas que, por la misma lentitud en las intercomunicaciones, no acababan de pasar. Entre los años cuarenta y cincuenta no se manifestaban grandes cambios en cuanto a costumbres y tendencias sociales y el mundo estaba metido en el aburrimiento, y pese a que la posguerra trajo una serie de inventos y descubrimientos que, por lógica, causarían un efecto muy significativo a la postre, esos efectos no se dejaron sentir drásticamente en México sino hasta los años sesenta, y aún más tarde hacia la provincia.

Por esos años se manifestaron eventos muy serios, mismos que influyeron de manera contundente entre la sociedad. Don Arturo estaba anclado en aquellos tiempos en tanto que su hija estaba siendo arrastrada por la nueva época, y, quienes estuvieron viviendo su juventud justamente en esas épocas, apenas sí se estaban acostumbrando a algo cuando, de pronto, ese algo ya dejaba de tener vigencia y se pasaba a otra etapa, la cual entre más pasaba el tiempo, por la misma rapidez con la que se iban presentando los acontecimientos, acababa por ni siquiera dejar huella. Los primeros grupos y cantantes del momento, muy apenas sí, se salvaron del olvido, y sólo por eso, por haber sido los pioneros, donde además de los ya recordados estaban los *Locos del Ritmo*, *Los Yaki*, *Los Dug Dug's*, *The Speeder´s*, *Pop Music Teams*, pero los que fueron apareciendo después, luego luego salieron del juego, por lo que la gente nacida con posterioridad a esos sesenta, tuvieron ya el signo del desinterés por cultivar la memoria. El vivir el presente, gozar la era del desechable, vivir el sometimiento a la homologación o a la estandarización, esa estandarización que ha hecho que ya no se encuentren diferencias entre la gente de un lugar respecto a otro, en el

vestir, el hablar, el comer, el expresarse, en sus costumbres, etc., todo aquello que puntualizaba la personalidad regional entre la gente, ahora es simplemente historia. Todo mundo se parece. La Rosy, aunque así lo hubiera querido, no se salvó de ser arrasada por aquel huracán iniciado en los sesenta y el choque con su padre era inevitable. *Tito* retomó la palabra para comentar algo de lo que le estaba sucediendo en la ciudad de México:

–Qué curioso…, uno presumiendo allá en el DF de que por acá en el norte bailamos y cantamos todo a ritmo de polka y acordeón, ¡qué mito!, cuando la realidad es otra, y bien que la sabemos, pero la ocultamos y engañamos a los que nos oyen. Bien que sabemos para qué y por quiénes se utiliza esa música nuestra la que no en dondequiera es bien recibida, pero fuera de nuestra tierra la presumimos como si fuera la pura verdad. Todos los provincianos viajamos junto con nuestra cultura y tradiciones, sobre todo si vamos a la ciudad de México y no se diga si es hacia los Estados Unidos, por esa necesidad de identificación y de pertenencia, pero sin dejar de reconocer que en nuestros lugares de origen, muchos se afrentan de eso, y aquí en el norte así es también. Lo que dice Rosy es la pura verdad, y lo dice mucha gente no sólo los jóvenes. Es muy común escuchar que es "música arrabalera". Quien quiera negar que eso es lo que se dice, pues no sé en dónde vive porque yo sí lo oigo. Es más, allá en Mexico, entre la raza, hacemos mucha broma con eso y tan pronto como por ahí, en alguna estación de radio, sale algo de esa música, hacemos mofa y la expresamos con toda la intención de que quien la oiga, sienta vergüenza. Tal pareciera que realmente esa música está hecha para lugares y gente como los que ella dice, para cantinas, para zonas rojas, para ser bailada o cantada en bailes de tercera. Yo observo que entre cierta clase de gente o de bailes, ni siquiera pinta esa música y en cambio en otros, como los que dice Rosy, es lo usual.

Rosy pregunta a *Tito*: –¿Entonces por qué me dices que debo cuidar mis tradiciones y no sentir vergüenza por esa música? –a lo que *Tito*, después de pensarlo por unos instantes contestó:

–Es que hasta ahora que estoy fuera, es cuando me doy cuenta de todo esto, de lo falso que somos. En el DF nos comportamos como muy regionalistas, y la verdad es que lo despreciamos, pero finalmente es mejor tener tradiciones sin importar el concepto que de ellas tengamos, buenas o malas, como sea, es mejor tenerlas que estar vacíos. Pero eso sí, como un todo, con lo bueno y lo malo, para que nadie se sienta ofendido ni sorprendido cuando alguien nos señale lo feo, como en este momento, en el que don Arturo se sorprende de que Rosy le

diga que es música para cantinas, porque además tiene mucho de cierto, y eso es lo feo del asunto. Pero Rosy debe apreciar, en cambio, que algo se tiene, pero así, con todo y lo malo, pero finalmente que se tiene algo, que no hay vacío. Porque, qué hipocresía es que cuando alguien triunfa con algo, aunque no sea con lo mejor, todos queremos ser iguales. Por ejemplo *el Piporro*, que aunque también canta canciones de esas que son para cantinas, y que tambien cantan los grupos que no son tan bien aceptados en todas partes, ni nos fijamos y lo presumimos como si todos fuéramos así. Todos quisiéramos parecernos a él.

El Piporro vino a significar un parteaguas, alguien quien logró llamar la atención de todas las latitudes, pero poco a poco, es decir, que tuvieron que pasar también varios años para que tal personaje lograra permear a todos los estratos sociales y luego hacer posible la asimilación de unos con otros. Fue tal su impacto entre la sociedad norteña primero, y luego en el resto del país, que parecerse a él, bailar como él, hablar como él, y en fin, todo como él, vino opacando el prejuicio de que esa música y todo lo que en torno a ella se daba, hasta antes de *el Piporro*, era un producto solamente para el consumo de gente de estratos bajos. A *Tito* no le faltaba razón al percibir aquellos detalles en el comportamiento de la gente, y eso era lo que hacía la diferencia entre una simple forma de observar los hechos o examinarlos a profundidad.

–Pues yo no sé –interrumpió Rosy–, no sé si es o no es esa música para cierta clase de gente o para otra, lo único que digo es que no me gusta que mi papá la oiga y que compre tantos discos de ésos o, por lo menos, que no compre tantos y que oiga otras cosas también, ¡que ya le cambie! Y encogiéndose de hombros, frunciendo la nariz en señal de desdén y en tono concluyente, terminó su participación, para luego despedirse dando las buenas noches y retirarse a dormir. Cuando Rosy se retiró se hizo un silencio generalizado, sirviéndole a cada quien para digerir lo que ahí se estuvo diciendo. Doña Rosa, mamá de Memo, interrumpió el silencio para sugerirle a Lupita, la otra hermana, que se retirara también a dormir y dándole un abrazo y un beso la acompañó a su cama. El silencio continuó por unos momentos, hasta que hizo su aparición de nuevo la señora Rosa, que era una persona de pocas palabras, gustosa más bien de escuchar que de hablar quien en ese momomto agregó al tema: –Como verás *Tito*, ésta es una cantaleta que nos tiene molestos a todos, porque ahora resulta que para escuchar radio o ponerle discos al aparato ese, sale a relucir el tema, sobre todo de parte de Rosy: que es música de cantinas, que esto y que lo otro y no sé cuánto más; y luego por nuestra parte, sobre todo del *Viejo* (refiriéndose a don Arturo), va la contestación de que lo que a ella le gusta es puritito ruidero, y así, de un lado y

del otro, hasta que mejor cada uno escucha lo suyo por su lado, haciéndose una casa de locos con dos aparatos. Y si al otro se le ocurre prender la tele o al vecino poner también su música y, para colmo, como muchos tienen la costumbre de sacar bocinas o aparatos a la calle y subirle al volumen, ya te podrás imaginar lo que sucede.

–Y a usted ¿qué le parece todo esto? preguntó *Tito* a la señora, a lo que ella contestó: –Pues hasta ahora que Rosita trae eso de que es música de cantinas y de gente corriente es que he oído algo de esto, porque allá en Sabinas, en mis años de soltera, no se oía más que eso y nadie decía nada, ¿verdad Arturo?

–Es cierto –asintió aquél– era música nada más tocada, casi no se cantaba y había también música para cantar pero era aparte. Ahora todo lo que se usa para bailar es cantado y, es cierto, lo que sea de cada quien, Rosy tiene razón y hasta ahora que tenemos esas discusiones me he dado cuenta de que en casi todo lo que se canta se habla de traiciones, de alcohol, de hombres cornudos, de mujeres abandonadas, de hijos que se quejan porque sus padres se van a trabajar a Estados Unidos y los abandonan, o de arrepentidos por abandonar a sus madres y dedicarse al alcohol o a los prostíbulos (por aquellos tiempos no habia narcocorridos todavía ni gruperos con influencias texanas con su producción anodina y cursi).

–¡Caray, señor!, exclamó sorprendido *Tito* interrumpiendo a don Arturo, yo creía que sólo a mí se me venían tantas cosas a la cabeza, así como me dice Magy, usted no canta tan mal las rancheras… –pero don Arturo explica:

–Bueno, lo que pasa es que todo eso me lo ha dicho mi hija y se me ha ido quedando algo, a tanto dale y dale –haciendo una pausa y una mueca en anuncio conciliador y en abono a lo que pensaba la muchacha, agregó–: ojalá y tuviéramos mucho espacio para que así cada quien escuchara lo suyo sin molestar a los demás, pero no puede ser de otro modo, aunque mirándolo bien 'mirao', creo que debo ser yo el que debe hacerse para atrás, porque se supone que uno, por su experiencia, debe ser más maduro para evitar pleitos. No deja de dolerme, porque yo soy musiquero y cuando no estoy en el trabajo, o dormido porque trabajé de noche, o por lo que sea, es cuando quiero escuchar mis discos y se me arma un circo de la fregada. Luego vienen los pleitos, las alegatas, aunque no lo quiera, y como la Rosy tiene su carácter no hay nada ni nadie que la haga entender que somos de tiempos diferentes. Sus razones valen, pero no toma en cuenta que los demás también contamos, ¡pos qué caray...! Yo no creo que sea

para tanto, pero ella le da mucha importancia. Pero lo que más me duele es cuando dice que se avergüenza de mí, ¿cómo la ves?

–Pues está cachas –contestó *Tito*–. Yo observo que esto ya es generacional. Cada vez que regreso aquí al norte me doy cuenta de la gran distancia que se va formando entre la gente que se apegaba a las tradiciones de la región aunque, como ya dije, no eran muchos de todos modos, y la gente, sobre todo los jóvenes, que ya no gustan de lo suyo y se van volviendo muy modernistas. Si ya de por sí no había mucha gente que se enorgulleciera de lo suyo, ahora está peor la cosa con eso del modernismo. Pero ése es el caso de los jóvenes, y ¿qué decir de los no tan jóvenes?, también entre ellos; antes del rock, la música acordeonera no entraba y sigue sin entrar a ciertos estratos, aunque sean del norte. Para ellos ésa es una música muy quemada y muy hecha para cierto tipo de lugares que, por cierto, es lo que ahorita Rosy estaba diciendo. No me negará que eso es cierto.

Don Arturo lo interrumpió para observar: –Pos no sé de cuáles lugares me hablas, porque por acá en Monclova, en Sabinas o Rosita, y en todas partes es lo que bailamos y cantamos al parejo... *Tito* contestó: –Mire don Arturo, tengo que aceptar que lo que yo digo es lo que he visto en Saltillo, en Monterrey y a veces, también aquí en Monclova. Al menos en bailes de salón, de estudiantes o de bodas el acordeón no entra, eso se encuentra en otro tipo de lugares, y pues... esos lugares, no podemos negarlo, ya sabemos cuáles son, por algo se dicen las cosas, ¿no lo cree?; –A ver, a ver –dijo el señor, explícame eso, eso es lo que no entiendo. A lo mejor es a lo que mi hija se refiere, porque con Memo no tengo problemas y lo que pasa es que con Rosy ya no sé qué hacer.

Tito sintió pena por la forma en que el señor se refirió al asunto, y no sabía cómo iniciar alguna explicación y, sobre todo, cómo evitar alguna ofensa, porque era más que evidente que así como Rosy relacionaba toda esa expresión musical y lo que a ella estaba asociado: borrachines, cantinas y prostíbulos, por su parte él también percibía que había algo de razón en la muchacha. Por eso, luego de una breve pausa se decidió a explicar aquello, no sin batallar para encontrar la manera más adecuada al asunto, y dijo:

–Pues, yo veo las cosas así. Por ejemplo, allá en Saltillo, hay lugares adonde va gente, pues cómo le diré..., pues muy feíta, dejémoslo así, maldiciente, pleitista, descarada para todo, sin importarles si hay niños presentes o mujeres, donde muchas de las mujeres se comportan igual que los hombres, usted me entiende, ¿o no? –don Arturo asintió con la cabeza, y simplemente indicó a *Tito* que

continuara. Éste por su parte, al advertir que por lo menos el escenario inicial ya había sido entendido, se sintió más confiado y continuó con su exposición–. En esos lugares, lo mismo para oír que para bailar, lo único que rifa es el acordeonazo y si alguien quiere otra cosa, hasta los ofende. Se da también el caso de que mucha de esa gente no se detiene para expresarse de manera grosera, no les importa que haya niños o mujeres, nada. En otra clase de lugares también hay gente mal hablada y todo eso, pero no son tan descarados y procuran que los lugares para una cosa no se usen para otra. Para ellos la cantina es la cantina y hacen todo lo que ahí se puede hacer. Al salón para bailar, van a bailar, o sea que procuran no revolver unas cosas con otras y no decir palabrotas frente a niños o damas. Por lo menos se guardan las distancias y las apariencias. Mire, en una ocasión leí algo que me llamó la atención, y se refería a que en los Estados Unidos se estaba dando un fenómeno social inédito, por la aparición del movimiento rocanrolero porque, según esto, como el *rock and roll* era una mezcla de ritmos musicales practicados por la población negra, como el blues, el jazz, y música campirana o country, aunado todo a la forma tan peculiar de expresarse por esas personas, con su lenguaje y modismos, con sus bailes, su vestir, el colorido de sus prendas, y todo eso que es muy de ellos, estaba llamando la atención de la población blanca y de la muy conservadora de ese país, porque ya estaba harta de vivir sin novedades durante los últimos treinta años, desde los treinta hasta los cincuenta. Que por eso estaba siendo cautivada por las costumbres negras; al grado de que ahora se está presentando una mezcolanza de costumbres, y con ella, se estaba dando una degradación en las formas de comportamiento entre los blancos, antes tan conservadores o refinados, sobre todo en la gente del este de los Estados Unidos.

–Pero, si esos gringos han sido siempre muy liberales –dijo el señor Arturo interrumpiendo a *Tito* y él contestó:

–Es cierto, sólo que para muchas cosas sí son muy estirados. Yo recuerdo a mis tías que viven en San Antonio, Texas, que son muy criticonas de algunas de nuestras costumbres mexicanas que para nosotros son cosas que pasan inadvertidas. Dicen que en México se acostumbra fumar o tomar a una edad muy joven, que hay pueblos en los que las mujeres no se depilan, que no se rasuran las axilas, que si la gente es muy maldiciente, y cosas así, que al parecer eso espanta a los gringos, lo que hace pensar que no son tan liberales o por lo menos tolerantes, como dicen ser. Más bien yo creo que son contradictorios y convenencieros. Si lo feo les deja lana pues bienvenido, y si lo feo es para nosotros, ellos no se ven a sí mismos.

El señor haciéndole una seña a *Tito*, un ademán de espérame tantito, dijo: –¡A poco...!, no me digas que sólo los negros se comportan mal, eso no lo creo. *Tito* responde: –Bueno, al menos es así cómo lo entendí, o sea, como que los negros son más descarados, más desinhibidos, más sueltos para expresarse sin muchos rebuscamientos ni tapujos, sueltan todo tal y como lo sienten y lo quieren, no se andan por las ramas. Mire, según dicen los que saben inglés, que muchas canciones que ahora existen, ya en la onda del rock, están hechas en gran medida a base de palabrotas o maldiciones, que son muy obscenas y que, al menos hasta ahora, ni lo que aquí en México se compone, ni lo que es traducido del inglés, se trata de ese modo ni de algún modo que espante a alguien, lo que entre los negros en cambio, según se dice, siempre ha sido lo más común. O sea que ahora los blancos, aprovechándose de esa moda, han adoptado las mismas formas, porque han encontrado algo novedoso en todo eso, algo desaburrido. Aquí en México todavía no se acostumbra mezclar las cosas y es por eso que Rosy tiene muy claro todo. A ella no le gusta oír esa música que está muy relacionada con cantinas, con burdeles disfrazados de fondas, y que está hecha sin rodeos porque va muy directa a lo que se quiere decir, ustedes saben, al fin de cuentas, tal y como se habla en el norte, creo yo.

Doña Rosa interviene en ese momento para dirigirse a su esposo: –No nos hagamos *Viejo*, bien nos hemos dado cuenta que cuando le ponemos atención a las canciones, porque no acostumbramos fijarnos mucho, muchas de ellas se refieren a abandonados, a cornudos y, claro, lo mismo es para hombres que para mujeres burlados, y… Habiéndose quedado con la palabra en la boca, la señora es interrumpida por su esposo: –Sí Rosa, pero al final de cuentas ¿de qué otra cosa no hablan las canciones?, hablan de amores, de odios, de muchas cosas, de niños, de animales, son chistosas, tristes y en fin... –Pues sí Arturo, pero ¿cómo te dijera?, hay algo muy especial y no sabría cómo decirlo, espetó la señora, al tiempo que *Tito* intervino: –¿Será la forma de decir las cosas?; –Eso, eso es –agregó ella–, es que se usan unas palabras muy feas y hasta peladeces. Por eso yo creo que a la niña no le gusta verte igual que a otros –refiriéndose a su esposo–, ella ha sido siempre muy observadora, y, pos ¿qué le vamos a hacer?, ella es cómo es, y a mí me parece que es bueno.

–Sí ¿verdad? –agregó don Arturo–, eso me gusta de ella, brava y convencida de lo que quiere, muy decidida para todo, ¡ah, porque eso sí!, en los hechos demuestra que no es de los dientes para afuera, yo le tengo mucha fe. Mi hija es otra cosa. Eso que ni qué, pero por eso es que me duele, porque si viniera de alguien que ahora es de un modo y luego es de otro, hipócrita, digamos, ni lo tomaría en

cuenta, pero viniendo de ella las cosas cambian. Por eso es que me llega al tuétano, porque me siento como avergonzado de que me vea como me ve, y todo por mis gustos por esas canciones, que yo no les veo nada de malo, pero..., tal vez lo que le falta a ella es madurez para entender a los demás, que todos tenemos nuestros gustos y nuestros derechos. La señora interrumpe para llamar la atención de su esposo:

–Sí *Viejo*, pero ahora tenemos que enfrentarnos a su juventud y ese egoísmo sólo se quita cuando nos vamos haciendo viejos, ¿no lo crees?, el señor, muy convencido, cerró el tema, sentenciando: –Bien dice la gente de antes, que 'la juventud es la única enfermedad que se quita con el tiempo'. Eso espero.

El tiempo había transcurrido de manera inadvertida y, la verdad, nadie se percató de ello ya que al día siguiente solamente doña Rosa se tenía que levantar temprano, por lo que fue ella quien le puso punto final a la plática. Todos se dieron las buenas noches y se retiraron a dormir. Sólo por un rato *Tito* y Memo continuaron intercambiando algunos puntos de vista, aunque más que otra cosa, se centraron en lo relativo al regreso de *Tito* a la ciudad de México, lo cual estaba planeado para el día siguiente.

–Y, ¿Magy?, preguntó Memo, ¿cómo van las cosas?

Tito contestó en un tono desganado y con un aire de desencanto –Pues... con ella todo está bien, lo que no está nada bien es mi situación económica porque, la verdad, no resulta nada grato este noviazgo tan 'lagartijero' que nos cargamos.

–¡Ja, ja, ja! –ríe Memo y pregunta–, ¿y por qué lo de lagartijero?; –Sí –contesta *Tito*– es de risa pero cierto, porque eso de pasársela de arbolito en arbolito para protegerse del sol y poder platicar no resulta nada grato. Para colmo, ni encerrados en su casa, es tan chiquita y luego con tanta familia, que como se dice por ahí, nomás entra el sol y todos nos tenemos que salir porque no cabemos. Ni para sodas, ni para el cine, ni para nada, esto es un desmadre.

–Y, ¿luego, qué va a pasar? –pregunta Memo–, eso ya me suena muy trágico.

–Pues yo creo que esto no va a ninguna parte, lo mejor es que yo no le quite el tiempo a Magy, porque yo no tengo ni para cuándo poderle ofrecer algo seguro. Otra vez se da aquello de que 'novia de estudiante, no es esposa de profesionista'. Lo mejor es que todo quede como un bonito recuerdo y no prometer algo que

nos va a atar y luego acabar en odio. Yo así lo creo –sentenció *Tito*, haciéndose un silencio cómplice entre ambos. Mayor verdad no se presentaba para un futuro.

Al día siguiente, en la mente de *Tito* sólo estaba presente el aprontar la salida, pero ¿cómo decírselo a Magy? Después de darle vueltas al asunto, acudió, tal vez, a la forma más cobarde, pero también, tal vez, a la más adecuada si se toma en cuenta que era mejor dejárselo todo al tiempo, pues no por ser valiente se debe acudir a formas crueles, después de todo, aquello no era una tragedia y sólo se trataba de una triste realidad. *Tito* esperó la hora puntual para acudir a despedirse de su novia, y mientras llegaba la hora en que Magy saliera de su turno de la escuela donde trabajaba, anduvo deambulando por ahí, y por aquel calor inclemente y por las horas que habían transcurrido, la sed y el hambre se le hicieron presentes, pero al muchacho no le sobraba un centavo aparte de lo único que traía para regresarse a México. Sus reflexiones por lo mismo, sólo lo inducían a hacer berrinches entripados: '¡chingados!, ni pa' una méndiga soda me sobra lana, ¡qué jodidez!' En eso estaba cuando repentinamente fue sorprendido por alguien que, palmeándolo por un hombro lo saludó efusivamente: –¡Hola *Tito*!, ¿qué andas haciendo por aquí…? Se trataba de un ex compañero de la escuela primaria llamado Gumaro, a quien había dejado de ver hacía algunos años, quien se había trasladado a Monclova en busca de trabajo y, habiéndolo conseguido, ya tenía más de tres años de radicar en esa ciudad. *Tito* se sorprendió y luego de reaccionar, contestó al saludo de aquél.

–¡Quiúbole, mi Gumaro! tanto tiempo sin verte, pos qué te has hecho? Gumaro simplemente contestó que estaba trabajando en AHMSA.

–Pero y ¿tú?, ¿a qué te dedicas? *Tito*, haciendo un relato abreviado, puso al tanto de las cosas a su amigo, y así, entre relatos, comentarios y chismes, pasó el tiempo y *Tito* terminó por decidirse y decirle a Gumaro: –Oye mi buen, píchame una soda, sólo traigo lo del camión para México y tengo un chingo de sed.

No podía ocultarse tanta sinceridad en alguien a quien le saltaba a la vista lo jodido. Gumaro sacándose un billete de diez pesos de la bolsa, se los ofreció a *Tito*. –Yo sé lo que es esta tierra. Ten para unos tacos y una soda, en otra ocasión nos ponemos a mano. Que no te dé pena.

Por parte de *Tito* sólo hubo una humilde aceptación, un ¡gracias! y finalmente un hasta luego. En la mente de *Tito* se quedó grabada para siempre aquella deuda contraída con Gumaro y por más que lo buscó, una vez que los años transcurrieron, irónicamente no lo pudo contactar.

Por fin, llegó la hora de verse con Magy, y de la tarea que se habían planteado la noche anterior ni se acordaron. No hubo comentarios acerca de la crisis económica que les afectaba, ni de todo aquello que incomodaba a su noviazgo, todo se concretó a un 'nos veremos durante el invierno', ya que las vacaciones grandes de *Tito*, en los años sesenta, eran a fin de año, porque en el DF, existía en esos tiempos lo que se denominaba calendario escolar 'B'. Para Magy, las próximas vacaciones grandes estaban por llegar, que eran en el verano, según el calendario escolar 'A', pero como la situación económica para ninguno de los dos era cómoda, Magy no podría ir a México y de ese modo poder continuar con su relación.

Después de aquella visita que *Tito* hiciera a Monclova, a mediados de los sesenta, no se volvió a dar otra en años. Entre la pareja sólo se dio comunicación por cartas, ya que el servicio telefónico no era muy popular todavía, ni mucho menos se podía pensar en eso en esos tiempos. Ese lujo se presentó hasta bien entrados los ochenta, cuando la explosión de los medios de comunicación hizo su aparición en casi todos los rincones del país. Por lo pronto, inmediatamente después de aquella visita, dada la tardanza que existía en las comunicaciones por correo, por una parte y, por otra, las intenciones de *Tito* de ir enfriando aquellas relaciones, los efectos hicieron su presencia y aquel noviazgo pasó a la historia. Con el tiempo *Tito* se enteró de que Magy se había casado a inicios de los setenta.

Década de los sesenta

Entre los años sesenta y setenta no se daba, de manera significativa digamos, una gran influencia de la provincia hacia la ciudad de México, a lo mucho esto existía entre pequeños grupos y en formas aisladas, es decir, no había nada generalizado, tal y como se empezó a observar ya durante los años ochenta. Incluso el trágico terremoto de l985 fue un detonante muy significativo para que se presentara una gran atracción de capitalinos hacia la provincia y, con ella, un gran éxodo de familias completas entre los años de 1987 y 1988 en adelante, viéndose ese fenómeno frenado y hasta regresivo ya durante l990.

Muchas cosas empezaron a cambiar en el ánimo de los capitalinos. Valores antes ignorados cobraron vigencia y muchas de las tendencias de aquellos hacia lo extranjero o, por decir lo menos, el desdén hacia lo provinciano inició un proceso de cambio. Eso lo pudimos observar a través de los programas televisivos, en los cuales un gran número de artistas en lo individual o en forma de grupos, ocuparon los principales espacios. Se empezó a ver en todo tipo de programas,

incluso en telenovelas, a personajes muy 'aprovincianados' y los escenarios o centros de origen de las historias contadas, ya no acontecían en la ciudad de México, sino en algunas de las ciudades de la provincia.

A todo lo anterior había que agregarle también, el no menos importante fenómeno social llamado chilanguismo, que en algunos lugares del interior de la Republica levantó verdaderas ámpulas, llegándose, incluso, a grados de manifestaciones de xenofobia, de insultos a todo lo que sonara a capitalino. Esto originaba que tanto cantantes como actores y toda esa gente de la llamada 'gente pública', con tal de no encontrarse entre los capitalinos o que les encontraran alguna relación con ellos, aprovechaban cualquier escenario para mostrarse como provincianos o por lo menos declarar que sus antepasados provenían de 'San Quilmas de los Palotes', o de algún pueblito, municipio o ejido de tal o cual estado de la República. Todo esto nos corrobora que esa influencia provinciana cobró mucha fuerza a partir de la década de los ochenta, cambiando en gran medida aquellos esquemas que se observaban antes de esos años en la gran ciudad, por su gran proclividad hacia lo extranjero y su desdén hacia lo provinciano, principalmente. Fue necesario que se desbordara ese fenómeno del chilanguismo, para que los capitalinos abandonaran su soberbia y arrogancia, características que fueron acumulando de manera muy marcada y evidente hasta llegar a lo enfermizo, durante las décadas de los sesenta y setenta, tiempo durante el cual a *Tito* le tocó vivir en esa ciudad y sufrir todos sus efectos en carne propia. Durante esos años, nuestro personaje observaba con gran desilusión que mientras que en la ciudad capital, los provincianos necesitaban de una verdadera unión, para aguantar los embates de ese fenómeno que los marginaba en gran forma, esa unión estaba basada (en buena medida) en mentiras, es decir, que mientras que ellos, los provincianos, presumían de que en sus respectivos lugares de origen se vivía estrictamente apegados a las tradiciones, esto no era del todo cierto, y que, salvo algunas regiones de algunos estados de la República, en todos los demás se practicaba un rechazo a esas tradiciones, tal vez como producto de esa castración histórica provocada por la conquista y que nos ha hecho sentir vergüenza de nuestro pasado o, por decir lo menos, que nos ha hecho dejar a la gente 'marginada', de los pueblos, la práctica y conservación de tales tradiciones. Por cierto que esto era algo muy marcado en la tierra de *Tito*, pero como buen provinciano no se delataba ante el capitalino y presumía de lo que no existía en su tierra de origen, él estaba muy consciente de todo eso, por tal razón, la actitud de la hija de don Arturo era bien entendida por parte de *Tito*, mas no por ello aceptada; más bien, a él se le remarcaba todo lo que observaba en el DF, entre sus paisanos, todas esas contradicciones, todos esos contrasentidos.

Monclova, Coahuila, década de los setenta

Durante la década de los setenta, la ciudad de Monclova, Coah., se vio envuelta en un verdadero mito. El auge acerero provocado sobre todo por una falta de competencia en el mercado, el cual ocurría en un momento de proteccionismo y de fronteras cerradas, dedicado solamente a la atención de un mercado cautivo y porque además, por aquellos años, ésas eran las reglas del juego. Por todo lo anotado, aunado a los problemas políticos por los que estaba pasando el entonces presidente de la República, Luís Echeverría Álvarez, quien en su lucha por no ser rehén de los grandes capitalistas, tanto nacionales como extranjeros, se propuso establecer una política económica de autosuficiencia, dejando ver un grado peligroso de desdén hacia los dueños del capital quienes, a su vez, al ver que sus propósitos como inversionistas no sólo no eran bien aceptados, sino que tampoco se les aperturaban nuevas oportunidades para expandir los negocios ya existentes, elevaron el vuelo y se fugaron del país.

El presidente Echeverría, al verse abandonado por los dueños del dinero, se vio en la necesidad de aliarse con la otra fuerza de la producción, o sea la de los trabajadores, la fuerza laboral. Los recursos necesarios para pagar esa mano de obra los tomó del financiamiento público, lo mismo que con deuda pública, con los consecuentes resultados deficitarios ya conocidos. Se evitó, de alguna manera, el cierre de empresas a través de las estatizaciones, lo mismo que, el propio gobierno, asumió el papel de patrón o empresario para así dotar de recursos a los trabajadores. Por lo que al campo se refería, se llevaron a cabo programas de ocupación de mano de obra para abrir caminos vecinales y otras actividades, también con la finalidad de mantener a la gente ocupada y evitar una descomposición social peligrosa, tal y como sucede en la actualidad, que con el grado tan enfermizo de desocupación tanto en las ciudades como en el campo, se ha desatado todo un ejército de delincuentes, lo mismo en forma de bandas que de manera individualizada, que lo mismo delinquen por grandes sumas de dinero, que de cuantías hasta ridículas, pero con igualdad de peligrosidad.

Para lograr en forma masiva la ocupación de mano de obra y con efectos controlados, a favor del gobierno, el Estado se valió de los líderes obreros y campesinos, por otra parte, para controlar al resto de las fuerzas del pueblo, como por ejemplo a los estudiantes, a éstos los mantuvieron a raya mediante una estrecha vigilancia, con infiltraciones de agentes disfrazados de estudiantes en las propias universidades; dando ocupación a los profesionistas de nuevo egreso en las mismas instituciones como maestros de tiempo completo o como asesores de

cualquier cosa, y así, mediante un derroche de recursos cuya finalidad no era la producción o la productividad, sino el control de las fuerzas, no caer en algo peor, o sea la descomposición social, los levantamientos, la delincuencia y todas esas calamidades que llegan una vez que el desempleo y el ocio se instalan entre la ciudadanía. Para corroborar esto, nos basta observar lo que ha venido sucediendo en el país durante los últimos 10 ó 15 años, una delincuencia galopante motivada por un fiero control de las finanzas públicas. Se nos ha brindado lo segundo, pero a cambio de sufrir lo primero. La historia habrá de decirnos a quién habremos de aplaudir y a quién habremos de condenar; a los llamados populistas, que finalmente controlaron a la delincuencia, o a los neoliberales que han desatado todo tipo de calamidades. Si se hiciera una encuesta sería interesante conocer el resultado.

En Monclova los efectos no fueron distintos al resto del país. Siendo la planta acerera de Altos Hornos de México la principal fuente de ocupación de mano de obra regional y, a su vez, la principal detonante de la economía de todo el centro y norte del estado de Coahuila, cuyo principal producto es el carbón y con éste la generación de electricidad, la producción de acero, la industria metalmecánica y así, algunos derivados en cadena, tal planta no se salvó de ser invadida, por así decirlo, de un exceso de mano de obra y un consentimiento o tolerancia hacia los líderes obreros y mineros, cuyos abusos no tardaron en hacer sentir las consecuencias.

Magy se había casado a principios de los setenta con un tornero que laboraba en la planta de AHMSA, de cuya unión nacieron cuatro hijos y su situación económica se vio favorecida gracias a que su esposo formaba parte de una planilla que en aquellos años había ganado las elecciones para ocupar los cargos de una de las dos secciones del Sindicato de Mineros Metalúrgicos de aquella planta. El matrimonio vivía ya una situación muy aburguesada, propia de los pueblos en donde no pasa nada y cuya rutina abona mucho a ello, concretándose a un recorrido entre la casa y el centro de trabajo, por lo que toca a los trabajadores y, por el lado de los estudiantes, entre el acudir a la escuela y esperar el fin de semana para meterse a un cine, o bien, dada la época en la que apenas sí se iniciaban las discotecas, esperar el sabadito lindo para acudir a la misma.

Los no estudiantes esperaban solamente la señal para ingresar a trabajar a la planta de AHMSA, señal que tarde o temprano habría de emitir el sindicato en turno, a través de su bolsa de trabajo. Las conexiones, las palancas, las corruptelas y todo aquello que la década de los setenta permitía, tomaba turno.

–A la tarde nos van a traer el aparato de aire acondicionado nuevo –dijo Víctor, que era el nombre del esposo de Magy. Ésta, contestó de inmediato: –¡Qué bueno!, estos calores son insoportables. Pero, no se te haya ocurrido haber comprado uno de esos aparatos feos de aire lavado, porque te lo regreso, ¿*ok*? –sentenció al marido–; –No, no es de ésos –contestó el esposo– es de aire seco, mucho más caro, pero con las facilidades que a través del sindicato nos están dando, pues hubo que aprovechar.

La situación de Magy era tan diferente a la de otros tiempos que hasta el tonito de voz le había cambiado. El paternalismo hacia los trabajadores a través del sindicato estaba presente en todo. Víctor era un sindicalizado con privilegios en ese momento, a quien ya también se le había olvidado su origen humilde y cuyo mérito apenas sí era el de haber terminado una carrera corta, la de tornero, en una escuela técnica.

–Oye Víctor, te habló por teléfono Óscar López –le informó Magy–. Óscar López era el secretario general del sindicato en ese momento –¡Ah, qué bueno que me lo recuerdas!, tenemos junta hoy en la noche y se me había olvidado –dijo Víctor, a lo que su esposa agregó –¡Otra vez volverás tarde con toda seguridad!, ¿o me equivoco?; –él, en un tono un tanto cuanto molesto contestó: –¡Oh, qué moler Magy! a ti no te cae mal la forma en que vivimos, pero se te olvida que gracias a que me sé mover en la grilla, todo esto nos es posible. –Bueno, bueno, ya vete, sabía que me contestarías de ese modo, pero eso sí, procura regresar ya cenado. –Cuánto cambio se había dado en aquella modesta maestra, en otras épocas tan resignada y tan mesurada.

Ya por la noche, cuando Víctor llegó a las oficinas del sindicato, sólo él faltaba y, por lo mismo, en ese momento dio inicio la sesión para la cual se había convocado. López, el secretario general, recordó a los ahí reunidos que tendría semanalmente una plática personal con cada uno de los miembros que integraban la planilla, a fin de ver los asuntos que eran de la competencia de cada una de las carteras, y así, entre asunto y asunto, de los que en esa reunión se habrían de tratar entre todos, se tomó el correspondiente a los sucesos nacionales, cosa por demás frecuente y común en todo sindicato, sobre todo en aquellos años, en los cuales estas agrupaciones eran verdaderamente privilegiadas, y era peligroso o riesgoso el no estar al tanto de lo que ocurría en el régimen presidencial del momento. López, el secretario del sindicato tomó la palabra:

–Compañeros, la cosa está que arde, según me informan del Nacional. El Presidente de la República anda de los puritos pelos con la iniciativa privada y tal parece que hasta se nos viene una devaluación del peso. Ése era un tema poco o nada entendible por aquellos tiempos, ya que las devaluaciones no eran frecuentes y la última de que se tenía cuenta provenía de los años cincuenta. La gran devaluación, cuando el peso se encontraba a 12.50 por dólar, se presentó en l976 y la mayoría de la gente no tenía ni idea de los efectos que ello producía. Víctor, por su parte, como un simple trabajador, carecía de información sobre lo que en ese momento se estaba tratando y por lo mismo, preguntó:

–¿Y eso qué significa?, y el secretario, por no dejar, y que pudiera quedar en evidencia, no guardó silencio, con cierto aire de conocedor del asunto, contestó: –Pos, con una devaluación, todo lo que compras aquí en la frontera te va a salir más caro, porque los dólares suben de precio y todo lo que se paga con dólares también va a subir de precio.

–¡Ah!, dijo uno de los ahí presentes, o sea que la empresa –refiriéndose lógicamente a Altos Hornos–, ahora va a pagar más pesos por las deudas que tiene en dólares, y vaya que si debe dólares a los Estados Unidos, yo lo he podido ver cuando hacemos los programas de egresos anuales. Creo que la cosa está negra. Cualquier desajuste nos podría afectar en los aumentos de salario, ya no sería tan fácil obtenerlos ni tener prestaciones mejores.

–Por lo pronto –interrumpió el secretario– en estos días va a venir para acá don Napoleón, y ya nos explicará o nos aclarará cómo andan las cosas, y ése es otro de los temas que quería tratar ahora, porque vamos a tener que organizar el recibimiento y todo lo que se va a hacer aquí, ya que vendrán los líderes de las plantas de Piedras Negras y las del Estado de México, y va a estar en grande esto y no vamos a quedar mal. Ya durante la semana que viene nos organizaremos.

La cartera que Víctor atendía en aquella planilla era la de prestaciones sociales. En ella se ventilaban todos los asuntos relativos a las cuestiones de créditos para la vivienda, lo del Seguro Social, los préstamos personales, y un número muy importante de cosas derivadas de aquellos contratos colectivos, ya de por sí tan generosos entonces, por lo que, una vez que el secretario les indicó el día y la hora en la que cada uno de los miembros de la planilla sería llamado en lo individual, para ver los asuntos de sus respectivas carteras, a Víctor le fue señalado su turno, que fue el primero de todos. No habiendo otro asunto que tratar, la sesión se dio por terminada.

–Un momento por favor –dijo el secretario, dirigiéndose específicamente a Víctor–, tú, Víctor, quédate un momento por favor, los demás pueden retirarse. Éste esperó unos momentos para escuchar a Óscar, quien una vez que guardó unos documentos en un portafolios, dijo: –Te quiero preguntar sobre el encargo que te hice la semana pasada, ¿qué noticia me tienes sobre el asunto del Infonavit? Ese instituto hacía poco tiempo que se había creado y lo que de él se sabía era muy poco, o tal vez nada. Óscar le había encomendado a Víctor, de conformidad con la cartera que representaba, que se informara bien acerca de lo que esa institución hacía, por lo que Víctor se concretó a decir a su jefe lo investigado: –Mira Óscar, la verdad que es muy poco lo que saqué en claro, porque no hay nadie que te sepa explicar bien a bien todo ese enredo. Óscar le pregunta: –¿Hablaste con el mero mero?; –Sí, pero cuando me estuvo explicando tuvo que llamar a otros jefes para que me aclararan lo que yo preguntaba, ya en específico, y la verdad es que esos batos no tienen una idea muy clara de todo ese asunto, ésa es al menos la impresión que me dio. Yo les pedí algo de folletería y tampoco tenían nada, el caso es que quedaron de venir a Monclova para darnos una plática y aclararnos dudas, y, para eso, dijeron que iban a traer de la ciudad de México, o iban a pedir, algo de información ya escrita para repartirla entre los compañeros de la planta. –Y, ¿para cuándo sería eso? –preguntó Óscar–. –Quedamos en que tú les llamarías para confirmar el día y la hora, que por parte de ellos no había ningún inconveniente para presentarse cuando tú lo dispusieras: –¡Chingados!, ¡qué lío!, reventó Óscar. Nadie sabe nada de ese asunto, ni los que ya se fueron del sindicato nos dejaron algún expediente, ni los compañeros que ya tienen crédito, ni la empresa, ni las cámaras de comercio, ni nadie sabe nada. Hay que ponerse abusados ahora que vengan para saber cómo le sacamos jugo al tal Infonavit. Yo creo que la cita la podemos planear para mediados de la próxima semana. Ahí te encargo que lo definas y ya me dices para cuándo sería la reunión. Tú arréglalo. El tema terminó y ambos salieron de aquel lugar.

El fin de semana llegó y en casa de Víctor se planeó hacer una carne asada. Apenas sí empezó a anochecer fueron llegando algunos matrimonios y sus hijos para compartir el rato a la usanza norteña, asando carne y escuchando música, porque lo que es cantar y bailar, no es lo usual, tal vez esporádicamente. Aparte de comentarios aislados, que lógicamente suelen darse en estas reuniones, el tema central era un hecho que en esos días estaba latente. Durante la sesión del sindicato no se trató nada de eso, porque ese asunto estaba siendo tratado de modo muy específico, por eso era que se esperaba la presencia del secretario nacional del Sindicato de Mineros. El hecho era que existía un problema en la sección a la que Víctor pertenecía, pues se estaba peleando con la empresa para

que ésta aceptara otorgar contratos definitivos o permanentes a un nutrido número de trabajadores eventuales, que eran aproximadamente 2 500.

Uno de los asistentes a esa reunión se dirigió a Víctor para solicitarle algo: –Oye, Víctor, los compañeros eventuales sólo están esperando la orden para lanzarse al paro y lograr que se les contrate a la brevedad, no se les olvide, ya están preparados. Víctor contestó: –Sí, creo que Óscar ya está enterado y creo que en unos dos o tres días se va a llamar al paro, parece que van a ser 'paros locos'. –La vamos a hacer, dijo otro de los asistentes y agregó: Nuestra 'línea proletaria' hoy está más fuerte que nunca.

Víctor pertenecía a un grupo muy radical que, desde inicios de los setenta, venía ganando terreno por sus posturas y el apoyo que desde el mando presidencial del momento se daba a los sindicatos, los logros los obtenían con relativa facilidad. –Nuestra 'línea de masas' –dijo Víctor–, ha logrado la contratación de miles de obreros y no creo que en esta ocasión vayamos a fallar.

Como dato histórico, se estima que en el año de 1972, había casi 17 000 trabajadores en AHMSA, y para los años 76/77, la cifra llegaba a los 25 000, situación que ya de suyo estaba causándole a la empresa muchos problemas.

Otro de los ahí reunidos agregó al tema un asunto por demás necio, digamos, ya que se trataba de algo que nada tenía que ver con cláusulas contractuales. –Oye, Víctor, también no te olvides de nuestros problemas allá en la colonia Hipódromo, no se vayan a olvidar de darnos el tirón. No nos han cumplido en el municipio con el agua entubada, ni con los drenajes, ni nada. Yo creo que la planta (AHMSA), nos puede apoyar con algunas máquinas y alguna gente para emparejar las calles y luego interesar al municipio para que nos haga el resto.

La creación de la Siderúrgica Dos, trajo a Monclova un crecimiento poblacional desmedido y repentino, afectando con ello a toda la zona conurbana (Ciudad Frontera, Castaños, San Buenaventura), cuyo desbordamiento superó la capacidad de respuesta administrativa de esos municipios, apareciendo, desde luego, un gran número de asentamientos irregulares. La demanda de agua, drenaje, alumbrado, vigilancia, escuelas, hospitales, etc., fue caótica. La empresa AHMSA, no sólo significaba para la región la fuente de empleo más importante y el centro de una red de empresas en cadena, sino que también se constituyó en la institución que brindaba solución a todo tipo de problemas que se presentaban entre la población, hasta los más inverosímiles o incongruentes, asuntos que nada tenían

que ver con su giro. Sin embargo se obtenían las soluciones a través de esa empresa, cuyo paternalismo, irónicamente, contribuyó en gran medida al atraso en que se encuentran estas poblaciones en la actualidad.

La productividad se descuidó y según cifras publicadas entre los años de 1971 a 1982, se mantuvo un crecimiento promedio anual del 6.8%; en tanto que antes, entre los años de 1959 a 1970, el promedio anual de crecimiento era del 14.3%, con un aprovechamiento de la capacidad instalada de un 79.6% a diferencia de lo que después se tuvo, que muy apenas se llagaba al 66%. No obstante, el diálogo entre nuestros personajes discurría de manera por demás inconsciente, ya que para ellos el pedir era lo normal; el conseguir era lo fácil, sin sospechar siquiera la gravedad del asunto una vez que arribaran los años ochenta. En esos momentos la abundancia era lo común, pero muy pocos fueron los que aprovecharon el momento, ya que los más se dieron al derroche. La reunión seguía su curso. Abundante carne, cerveza, jolgorio y regocijo, que era lo que la situación permitía, casetes con música de *Los Relámpagos del Norte*, Cornelio Reyna, y así, cantantes y grupos de moda, alegraban el momento.

Ya entrados en copas, uno de ellos dice a Víctor, en su calidad de secretario de la Vivienda y Prestaciones Sociales, ya entre balbuceos y gestos: –También queremos saber… qué ha pasado con lo de las casas que la planta (AHMSA), nos había prometido allá en la obrera. Víctor simplemente contestó: –Eso ya no va a ser posible, ¿acaso no lo sabías?, para eso de los préstamos ahora está el Infonavit. –¿'Info… quéee'?, con toda razón preguntó el consultante. ¡Cómo de que ya no nos van a dar casas en las Obreras!, ¿pos luego?

La colonia Obrera fue un proyecto de viviendas para los trabajadores de AHMSA, muy avanzado para su tiempo, nacido allá por los años cincuenta, pero solamente se pudieron construir dos sectores. Los terrenos individuales tenían hasta 300m^2 en los más de los casos, habiendo algunos con superficies superiores. La estructura urbana de estos dos sectores, lo mismo que la planeación en general era un verdadero ejemplo, aun para el resto de Monclova, ya que ésta carecía de todo tipo de plan maestro. Hasta la actualidad parece no contar con uno.

Con los años este proyecto quedó en el olvido ya que con la aparición del Infonavit toda iniciativa empresarial en este sentido, por ley, fue sustituida por tal organismo, aquellas colonias Obreras no son más que el recuerdo de un buen propósito. La empresa dejó de subsidiarlas y los servicios municipales son muy deficientes, al igual que en toda la ciudad. No obstante, Víctor aclaró: –Por cierto, muchachos,

va a venir gente del Infonavit y necesito que ustedes se acerquen para que pregunten lo que quieran, ya ven que casi nada sabemos de eso, y ahora es el que se encarga de los préstamos para casa. –Pos sí –dijo uno de ellos–, pero son rete chiquitillas las casas, no son como las de la Obrera, además la planta nos da más facilidades. –Y tú, ¿cómo lo sabes? dijo otro –Poss… yo conozco esas casitas y son muy chiquititas, contestó el primero. –No hombre, digo que tú cómo sabes lo de las facilidades. –Bueno, posss así dicen… y por algo ha de ser.

El hecho es que del Infonavit poco o nada se sabía por aquellos tiempos y la próxima visita del personal del Infonavit supuestamente habría de dar luz a todo lo ignorado. –Y, ¿para cuándo sería esa visita?, alguien pregunta a Víctor. –La estoy pensando para el próximo miércoles o jueves. Yo los voy a citar por teléfono, ya me lo indicó Óscar y me dejó a mí libre decisión. Sólo espero no atravesarme con lo de la visita de don Napoleón, porque si no, la voy a regar. –Poss…, ahí nos avisas ¿*ok*?, –Está hablado –terminó Víctor–, y la fiesta siguió su curso. Aquella visita, tanto de los funcionarios del Infonavit, como la del líder máximo de los mineros, el señor Gómez Sada, se fue postergando en varias ocasiones por razones diversas, por lo que hubo de pasar algún tiempo para que ese evento se llevara a cabo.

México, DF, década de los setenta

Por esas fechas, en las que el sindicalismo tocaba los cuernos de la luna. *Tito*, en el DF, lejos estaba de imaginarse siquiera lo que en Monclova sucedía. Es más para él todo aquel pasado ya formaba parte del olvido y sólo de vez en cuando venia a su memoria algún pasaje de aquello, traído por alguna canción de la época o por alguna referencia cualquiera. Él aún estaba soltero, lo cual le permitía poderse emplear en cualquier parte, dentro de su profesión, y viajar.

Por esos años, surgieron en gran escala en la ciudad de México los Cafés Cantantes, lugares en donde se reunían los jóvenes de la época a escuchar la música de moda (*Beatles* y anexas), a tomar café, refrescos, malteadas, etc., porque ni siquiera se podía beber cerveza, ya que las autoridades lo tenían todo muy vigilado. Incluso, por esos tiempos, en septiembre de 1971, dentro de tal influencia, *Tito* y otros cuatro amigos, acudieron a aquel evento que tuvo lugar en Avándaro, que fuera convocado a costa de todo tipo de riesgos, por personajes que a la fecha aún figuran por ahí en el medio, como Luis de Llano, Tala Menéndez, Armando Molina, Jorge Alarcón, Keko Figueroa, Fito de la Parra, Memo Olmos, Armando Blanco y, en fin, nombres que hasta hoy son recordados y muchos que

por causas diversas ya no lo son, sin dejar de mencionar que por esos motivos, ya después de lo de Avándaro, la raza traía estribillos para ser cantados en los cafetines, como aquello de que 'chingue a su madre el que no cante…', o 'tenemos el poder, tenemos el poder…' y cosas sin más chiste que el de un supuesto desafío a lo del momento, las autoridades ejercieron tal presión que la radio dejó de difundir muchas cosas, porque la represión aún era practicada en extremo. Como un ejemplo, el más significativo, el movimiento estudiantil del 68 que a nuestro personaje le tocara vivir en medio del huracán y que al igual que a la juventud de ese tiempo lo marcó dejándole ese sello de rebeldía y politización que, con esto, se podría decir que era uno de tantos jóvenes de su tiempo, que al estar en contacto con los acontecimientos propios de su época, lo influenciaban a tal grado que sus costumbres de origen fueron quedando muy al margen.

Luego, aunque hasta la siguiente década, vendrían las discotecas, lugares en donde se tocaba cualquier música, menos la nacional y mucho menos algo regionalista. Cantantes como Travolta, Gloria Gaynor, Donna Sommers o Barry White, entre otros muchos, eran las figurotas del momento. Por tantos y tantos sucesos y cambios los regionalismos de *Tito* ya habían pasado a otro nivel. También cabe recordar que se pusieron de moda en la ciudad de México las Peñas; lugares en donde se interpretaba música latina, especialmente sudamericana, moda que en gran medida impulsaron aquellos chilenos llegados a México después de la caída de Salvador Allende y que fueron protegidos por el presidente Echeverría.

La moda de lo fachoso, barbas y pelos largos en desorden, pantalones raídos y decolorados, huaraches, colguijes, en fin, hasta el costumbrismo de lo *hippie* fue muy activado por esos inmigrantes, ya que dicha usanza provenía desde los años sesenta. En buena medida, como ya dijimos, *Tito* no escapó a toda esa influencia, y de algún modo, aunque no al 100%, sí se vio inmerso en toda esta ola de modas contemporáneas, al grado de que sus regionalismos habían dejado de afectarle. *Tito* había terminado la carrera de contador público, y por ese entonces se desempeñaba al servicio de un despacho de auditores, mismo que se encargaba de asuntos de algunas empresas paraestatales, siendo una de ésas la de Fertimex, cuya sede estaba en Monclova y otra llamada Zincamex, ubicada en Saltillo, la cual pertenecía al grupo siderúrgico mexicano. Éste fue el motivo por el cual el destino quiso que *Tito* volviera de nuevo a aquel lugar del norte, ya que el despacho para el que laboraba tuvo que cumplir con compromisos propios de los contratos de servicios de auditoría, que tenía celebrados con aquellas empresas y fue a él a quien comisionaron, junto con otros dos compañeros, para llevar a cabo los trabajos correspondientes.

Para el cumplimiento del programa se asignaron tres meses, los cuales deberían ser distribuidos entre ambas ciudades al libre albedrío de *Tito*, quien iba encabezando al grupo de auditores. Ese tiempo serviría para que nuestro personaje pudiera observar a detalle muchos acontecimientos citadinos. *Tito* tuvo que irse antes que sus otros compañeros, dado que tenía que hacer los preparativos necesarios para efectuar la auditoría y, desde luego, para poder decidir cuál de las empresas habría de ser tratada primero, o ver la posibilidad de tratarlas en forma simultánea.

Como dato importante se aclara que, dentro de las técnicas de auditoría existe una que se aplica para efectos de conocer los entornos que circundan a la entidad o empresa a la cual se va a auditar, misma que permite tener un panorama extra acerca de los factores que habrán de influir en el juicio del auditor, al momento de emitir su dictamen. Estos datos pueden ir desde investigar el tipo de legislación local, a la cual se está sujetando el auditado, la cantidad y calidad del personal empleado, las prestaciones extras o derivadas de los contratos colectivos de trabajo, huelgas que haya experimentado, conflictos diversos ante juzgados o con la competencia; desde la cantidad de habitantes de la región si así fuera posible, hasta sus costumbres, etc., y lo que a juicio del auditor convenga conocer.

El medio de transporte idóneo, para esos tiempos, seguía siendo el autobús, por ello se estaban presentando todas las condiciones necesarias para un recorrido a través del tiempo y los recuerdos. De inicio, la decisión para trasladarse fue hacia Monclova, dedicarle unos días para luego irse a Saltillo, y así estar en condiciones de definir por cuál de las empresas empezar. El viaje se hizo de noche de modo que, al amanecer, el autobús pasó primero por Saltillo y tres horas después habría de llegar a Monclova (eso era lo que entonces tardaban los autobuses).

Tito era muy dado a ensimismarse y, por tal motivo, muy tendiente a platicar consigo mismo situándose en una especie de tercera persona, cosa muy común en este tipo de casos o de individuos con tales características. Como el viaje duraría toda la noche y parte del siguiente día, y al muchacho se le dificultaba conciliar el sueño a bordo de autobuses, todo era propicio para que se presentara una de esas ocasiones de ensimismamiento, por lo que una vez en marcha el autobús, y habiendo transcurrido una hora aproximadamente, *Tito* ya iba metido en una serie de conjeturas, de recuerdos y de cosas simplemente agolpadas en su mente, sin congruencia alguna, pero que poco a poco fueron tomando forma: "¿Cuántas veces habré hecho este viaje?" preámbulo a una historia que habría

de acontecer durante toda esa noche en su memoria. Una historia que habría de platicarse a sí mismo y, así, en un desplazamiento entre tiempo y espacio nuestro personaje inició su retrospección hundiéndose en un pasado de más de diez años.

"Cómo se van los años. Caray, se decía a sí mismo… ¿cuánto gané?, ¿cuánto perdí? Sólo Dios lo sabe. Si me hubiera quedado en Saltillo… ¿qué hubiera sido de mí?, ¿qué estuviera haciendo en estos momentos? A lo mejor ya estuviera casado, y con Magy con toda seguridad. ¡No qué gacho! Bueno, no era mala opción, era muy linda. Claro que ahora ya veo las cosas de otro modo. Y aunque no lo quiera se me atraviesan cosas que he vivido y opacan todo aquello; no es que aquello haya sido menos, lo que pasa es que después de todo ha valido la pena lo vivido. Aunque, también has tenido vivencias muy desagradables, tristes y hasta trágicas (en estos momentos *Tito* entra en el papel de tercera persona). Sí hombre (se contesta a sí mismo), pero tengo la sensación de que ha sido mejor no haberme quedado en Saltillo. Tú sabes *mi buen* (era la forma en la que se refería a su otro yo), soy demasiado inquieto, muy inconforme y quiero andar de aquí para allá cada vez que se me pega la gana y eso no lo hubiera podido hacer si me hubiera casado. Además, me encantan las viejas y no creo que ya casado se me hubiera quitado el gusto". <No te hagas pendejo, simplemente le pondrías cuernos a tu mujer, como lo hace toda la raza, hombre>. "Sí, *mi buen*, pero si no estando casado me ha ido de la chingada cada vez que me han agarrado en la movida, imagínate ya de casado. Además, ya habiendo hijos, yo creo, creo que también es un freno y no me imagino jugando con dos cartas, y con el riesgo de que me manden a la goma y ya no poder ver a mis hijos, y todo eso que veo entre los cuates que tienen esa clase de broncas. Ya me veo, también, pasando la pensión alimenticia y todas esas jaladas que no faltan en esos casos, y para colmo, imposible de pensar que la vieja no tenga deseos, que aunque las mujeres son más discretas, siempre encuentran quien las aplaque. O ¿qué?, no me dirás que eso es cosa desconocida para ti cabrón, que bien que te las has gastado para encontrar quien te dé cachuchazos y hasta te hayan mantenido, ya ves que las 'ñoras', ya maduronas, lo único que buscan es con quien pasarse el rato o simplemente quien las baile o las acompañe los fines de semana para no andar tan solitas". <Sí, es cierto mi *Tito*, es cierto. Esos culitos alegres nunca faltan>. "Imagínate *mi buen*, imagínate a tu vieja divirtiéndose con otro ¡y con tus centavos! ¿cómo la ves?, por aquello de que: quien a hierro mata a hierro muere, está cabrón, verdad". <Pos está cabrón…>

"No *mi buen*, mejor así. China libre". <Bueno mi *Tito*, pero eso también te puede pasar ahora, y no necesariamente si ya te hubieras casado>. "Es cierto, lo que pasa es que me conozco y sé la clase de cabrón que soy y que no dudo, ni tantito así, que hubiera dado más de un motivo, y mil y una broncas ya me hubiera tocado torear…" <Sí, mi *Tito*, pero no necesariamente ya estuvieras casado. A lo mejor aún estuvieras soltero>. "¡Uh, pues peor la cosa!, tú bien sabes, *mi buen*, que en provincia solamente loco, borracho o casado se puede vivir después de los 25, si no es que desde antes, y si no fuera como casado, ya anduviera de catarrín (teporocho), o dando qué decir reuniéndome en el club de algún 'Toby', entre misóginos, o lamiéndome mis penas entre cuates de café rumiando el pasado y, de vez en cuando, visitando el 'Zumbido' (la Zona Roja), para salirle al toro a la hora que te anda llevando la chingada, porque, eso sí, en provincia, no hay de otra, y ahora sí cabrón, a bailar al ritmo del acordeón". <Sí, mi *Tito*… para que no andes de delicadito cabrón, ya ves que en la zona, eso es lo que abunda>. "¡Ah, cómo me acuerdo de aquella chava, la hermana de Memo… Rosita. Esa Rosy, qué habrá sido de ella?, ¿todavía seguirá con ese rollo de que esa música acordeonera sólo es para congales o cantinas de mala muerte? vaya cosas que se le ocurrían. Aunque, viéndolo bien, la verdad es que en gran medida tenía razón. Fíjate, *mi buen* que yo, cuando también defendía ese folklore, sólo lo hacía por la necesidad de pertenecer a algo original, a un grupo, presumirles a los capitalinos y a otros provincianos que también en mi tierra teníamos algo chingón. Me cegaba ante una realidad, ni más ni menos. Era música y canciones hechas para cantinas y la Rosy bien que lo señalaba. Pobre de don Arturo. Qué gacho escucharlo de boca de su propia hija, y la verdad es que sigue siendo igual que antes, por eso es que tantos y tantos grupos modernos han surgido. Porque, aunque interpreten música ranchera, han logrado más aceptación en todos los niveles sociales. Han ofrecido otras propuestas. Por ejemplo, *mi buen*; ahora *Los Fredys*, *Los Babys*, *Los Seilors*, *Los Socios del Ritmo*, *Los Castro*, *Los Ángeles Negros*, y todos esos grupos que andan de moda y que les han comido el mandado a los regionales". <Oye, mi *Tito* y qué me dices de los mariachis, que se han salvado porque se ve que han ido buscando modalidades para adaptarse a los tiempos, claro que sin perder su base o su esencia, pero…, ¿aquéllos?> "Sí, *mi buen*, como que no quieren salir de sus rincones, o no hay quién se los diga o finalmente les vale madre y siguen siendo lo mismo. Es más, *el Mariachi* ha ido introduciendo instrumentos, para interpretaciones ocasionales solamente, como arpas, acordeones, pianos, flautas, cilindros, órganos, y han logrado cosas muy buenas, pero… ¿aquéllos?, siguen igual que siempre, no evolucionan". <Sí, *Tito*, pero también *el Mariachi*, en otros tiempos, no hay que hacernos bueyes, también estaban muy desprestigiados, lo que sea de cada quien. De no haber

sido porque a alguien, creo que a don Emilio Azcárraga, se le ocurrió sugerirles la inclusión de trompetas a lo que en un principio eran simples grupos de cuerdas y para gusto de gente de pueblos, todavía siguieran igual de desprestigiados, junto con José Alfredo Jiménez, a quien también no lo consideraban más que un simple compositor de canciones para borrachos y de himnos al alcohol. Producción sólo para gusto de gente de ranchos, todas esas pendejadas que a la alta sociedad se le ocurre decir cuando algo no le acomoda o no le puede sacar algún provecho. Por eso le incluyeron trompetas, para hacerlo atractivo a otro tipo de público y hacer negocio. Hipócritas, si bien que debió haberles gustado esa música desde siempre, pero para no caer en el gusto popular les bastó con que les metieran las trompetas (o las cornetas… ja, ja, ja)>. "Pos… sí, *mi buen*, el caso es que *el Mariachi* es el único grupo de corte popular que ha salido a flote, porque lo que son los grupos norteños, las bandas de pueblo, y todo ese tipo de grupos folklóricos, no pasan de ser más que simples artículos para turistas, y si no evolucionan en alguna forma, no creo que salgan a flote un día".

<Aunque no creas, mi *Tito*, no solamente los instrumentos son los que influyen en la evolución, sino que también las voces de los cantantes son importantes, y es algo que en los grupos norteños no cambia para nada. La base siempre será el acordeón y el bajosexto, eso habría que admitirlo, pero las voces de los cantantes y esas canciones… esas composiciones, que yo creo que es lo más malo de todo. Ese corte de temas siempre tan trágico, aquel al que la Rosy se refería, qué razón tenía la canija. Para nada cambia eso, para nada, siempre es lo mismo. Y la forma en la que se dicen las cosas, ni siquiera con buen gusto, siempre con formas tan ásperas, tan corrientes, tan cursis, tan similares, tan desparpajadas, y las más de las veces con esa insistencia en el uso de formas vulgares para expresarse, se me figura que es un producto para retrasados mentales a quienes hay que darles todo de manera tan simplona, ya digerida y además vulgar, por aquello de que se nos considere como a personas incapaces de entender o de sentir el verdadero arte>. "Oye, *mi buen*, y no se percibe para nada el más mínimo esfuerzo por encontrar formas bellas. Esa insistencia en considerar que en el norte no habemos personas con un mejor gusto. También se me figura que se nos subestima, que no somos capaces de entender el buen arte en el decir, como que somos poca cosa, acaso creen esos compositores de pacotilla y esos grupillos que no tenemos ni la menor pizca de cultura y que estamos obligados a oírlos con todas sus sandeces y pendejadas. O a lo mejor es la pura verdad, que esa música está hecha sólo para ciertos estratos sociales o cierta clase de consumidores muy particulares, y el que no esté de acuerdo simplemente debe ver para otro lado. O le entran a lo que hay, o se van a la chingada". <Bueno mi

Tito, esto suena muy lógico, pero ¿acaso será la mayoría la que gusta de eso?, ¿y la minoría,… que se chingue?, ¡qué gacho! Yo me resisto a aceptar que es la mayoría. Y aunque así fuera, como se dice por ahí; 'A veces una mayoría sólo significa que los más pendejos están de un solo lado'>. "Oye, *mi buen*, ¿qué será lo que estará pasando en realidad?, ¿qué habrá sido de la Rosy?, ¿se casaría ya?, yo creo que sí. En aquel tiempo ella tendría unos 17 ó 18 años, y ya han pasado diez. Sí, ya hasta ha de tener hijos grandes. ¿Seguirá pensando igual que entonces?, y si tiene hijos, ¿cómo le estará haciendo para que no escuchen esa música o para que no gusten de ella o para que no se contaminen?, porque está cabrón, y lo interesante sería verla ya casada y con hijos, a ver cómo le está haciendo con sus chavos o si tuvo que tragarse todo lo que le decía a su papá. Está interesante la cosa".

Por unos instantes, se hizo un espacio en blanco en la mente de *Tito* y, quedándose con la vista perdida hacia fuera del autobús en el que viajaba, y hasta donde la oscuridad de la noche le permitía ver, accedió al impulso de un suspiro para luego reacomodarse en su asiento y así, poco a poco, reinició su retrospección, hundiéndose en sus recuerdos y en sus conjeturas, en los juicios inevitables producto de todas esas señales provenientes del pasado, y que el momento propiciaba.

"¿Qué habrá sido de toda la gente aquella *mi buen*? Esa buena familia de mi amigo Memo, la Magy, y la ciudad, ¡ah!, ese Monclova, ¿habrá cambiado?" <Pos, mira *Tito*, las noticias acerca del auge acerero no son malas y el crecimiento de la población parece indicar algo bueno. Aunque eso de que crezcan las poblaciones no necesariamente es para mejorar. Muchas de las veces lo único que acarrea es asentamientos humanos irregulares, falta de escuelas, de hospitales, de servicios de todo tipo>. "Oye, *mi buen*, y qué decir de las mezcolanzas sociales, de gentes de todo tipo de costumbres, culturas y tradiciones, que mientras no acaban de asimilarse unas a otras, crean muchos conflictos que acaban con familias completas. No se diga con las invasiones de tierras por aquellos desposeídos de todo, frente a los dueños de todo, o sea, los caciques de los pueblos, que nunca faltan por cierto".

<Oye, *Tito* –le dice su otro yo–, pero no negarás que de no ser por los cruzamientos de culturas, lo mismo entre pobres que entre ricos, los avances sociales no se dan, al menos de manera sana, porque eso de que la gente se cruce solamente entre los iguales, pos… como que no creo que conduzca a algo sano. Las etnias, los grupos, los capitales, las miserias, todo, todo, es bueno que

se combinen, porque de lo contrario ahí tenemos el nacimiento y la eternización de los caciques, de los dueños de todo, deshumanizados ante todo, porque desconocen la realidad de los jodidos. La conciencia de clase se despierta solamente si se tienen espejos para mirarnos y darnos cuenta de lo que somos o no somos. A veces el jodido no se ve o no se quiere ver a sí mismo, lo mismo que el rico que, al cometer el mismo pecado del jodido, ambos solamente le andan haciendo al pendejo convirtiéndose en cretinos sin darse cuenta, sin poder ver sus potencialidades ni sus límites>.

"Es cierto, *mi buen*, pero se da el caso de que a las ciudades no llegan siempre personas pudientes al parejo con los que no tienen nada, sino que es a la inversa, son más los desposeídos que los pudientes, y no dudo que a Monclova primero han llegado migrantes pobres en busca de trabajo, con eso del tal auge acerero, tú sabes, y la mano de obra que anda de aquí para allá en busca de acomodo en alguna chamba, y como no todas las regiones van al parejo, se da por consecuencia la llegada de gente de todas partes y que es a lo que me refiero. Ojalá y que alrededor de AHMSA ya se hayan creado otro tipo de empresas, no necesariamente del ramo siderúrgico, porque eso va a traer como consecuencia un grado de dependencia peligroso, cuando esa empresa matriz tenga problemas, como cualquiera los puede tener. Nomás imagínate, si en los años cuarenta Monclova tenía apenas unos 25 000 habitantes (*Tito* recordaba datos previamente investigados, para los efectos de la auditoría que se iba a practicar), y según lo que leí, de esa población ya trabajaban en la planta unos 3 000, casi un 14% de la población, y si ahora ya trabajan unos 25 000, entonces la población ya andará en unos 18 000 habitantes. Eso si sólo existiera AHMSA, pero supongo que ya habrá más empresas, por lo que entonces la población andará en unos 200 000".

<Oye, *Tito*, pero hasta donde yo me acuerdo el terreno de la ciudad es muy irregular, con muchos cerros, y la ciudad casi rodea a la planta, entonces ¿para dónde estará creciendo? De mediados de los sesenta a la fecha ya han transcurrido diez años que estuvimos por allá y no recuerdo que se avanzara en infraestructura, aprovechando de algún modo la poca o mucha riqueza que se estuviera generando. Yo no creo que en estos diez años se hayan tenido grandes avances, pero en fin, ya veremos ahora que lleguemos qué es lo que vamos a encontrar>.
"Pos yo, *mi buen*, dudo mucho de que exista algún equilibrio. Que no sería ni la primera ni la última ciudad en la que se manifieste ese fenómeno, una gran cantidad de asalariados, a medias, frente a unas cuantas familias que todo lo tienen y todo lo mueven bajo su dominio. Así es también en Saltillo y en otros lugares de los que hemos visto".

Le contesta su otro yo, y agrega: <Así es en todas partes, los dueños de un negocio son los mismos del otro, o si no pues son del pariente o del cuñado, del primo, o del otro cabrón, pero gente cercana una a la otra, al fin que es lo mismo, de ahí vienen los monopolios y luego los oligopolios>. "Y deja tú de eso –dice *Tito*–, lo peor es cuando también alcanzan el poder político". <Cosa nada difícil> –le contesta su otro yo y continúa–. Aunque se ve que, a la fecha, les va mejor si colocan en el poder a sus cuates y atrás de ellos ejercen el poder, y así no se queman, ellos son los buenos y las regadas son de los políticos. El rico solamente da órdenes desde atrás, para irse apoderando de lo que los políticos van decretando que, por cierto, decretan lo que a aquellos les conviene, como por ejemplo los usos del suelo y luego los cambios en ese uso. Primero lo reservan para una cosa que no resulte atractiva para nadie, y si luego al pasar el tiempo conviene más otro tipo de uso, compran barato y ordenan a los políticos decretar el cambio de uso y así se la llevan, manejando a todos como a títeres". <Y para colmo –interrumpe su otro yo–, no pagan los impuestos prediales durante años y solamente se la van jugando con los cinco años de prescripción fiscal, que al final de cuentas va a ser lo mismo, porque a ver quién va a ser el valiente que les cobre esos adeudos, y que quiera correr el riesgo de que le quiten el hueso. Por eso es que digo que les va mejor al ejercer el poder tras bambalinas, porque así el pueblo no se entera de que son ellos mismos los que con su poder se van adueñando de todo y sin quemarse, puesto que ponen a un títere para que cargue con el paquete de 'político bandido' y son los que pasan a la historia cargando con las culpas, claro que a cambio de algo, por supuesto, nada es gratis>. "Así es, *mi buen*: En Monclova, te aseguro que no vamos a encontrar ninguna excepción, te lo puedo asegurar porque entre más pequeños y atrasados sean los lugares son más propensos a los cacicazgos".

<Sí, *Tito*, si en Saltillo, que ya ves, pese a que ya han llegado capitales del extranjero, con toda esa industria automovilística y lo que con ella se han diversificado otras colaterales, la influencia de los poderosos locales aún es muy marcada y no tan fácil aceptan la llegada de quien les pueda hacer sombra o competencia, claro, ya aceptaron todo aquello que no les afecta en sus negocios, es más, les vino a beneficiar porque esas empresas han adquirido grandes terrenos que eran propiedad de aquéllos y al fin han visto cristalizadas sus especulaciones, pero en los giros mercantiles en los cuales ellos son los fuertes, está cabrón que den chanza a otros>. "Es cierto, *mi buen*, y sobre todo porque son los dueños de puntos y negocios estratégicos, de modo que, quien quiera invertir en algo similar pues va a tener que enfrentarse a un tigre, a un cacique. Todo lo que les beneficie, bienvenido, pero si se trata de competencia, ¡ni madre! Aunque de

esto y nada, pues ya de 'pérdiz'. Ojalá que en Monclova esté sucediendo por lo menos lo mismo. Por eso te repito, *mi buen*, que en todas partes es lo mismo. Ya lo hemos visto en otras ciudades y no se diga en pueblos. ¿Te acuerdas allá en Michoacán?, en aquellos pueblos cañeros los dueños de las tierras eran a la vez los dueños de la botica, del puesto de la esquina, de la zapatería, y 'X', total que en todas partes tenían a la familia trabajando en algo, sobre todo a la señora de la casa y a las hijas, porque lo que era el señor de la casa, junto con los hijos varones mayores, estaban en los Estados Unidos, y la tierra rentada a terceros, ¡qué ironía!" <Y deja tú de eso, mi *Tito*, el colmo es que los que tienen esas tierras, que son las mejores por cierto, las tienen como ejidatarios, logrando así también, todos esos beneficios que les da el gobierno. Total, que maman y dan topes, ¿no lo crees?>

"Sí, así es *mi buen*. Yo no entiendo, en estos casos al menos, ¿qué chingados andan haciendo en los Estados Unidos? Lo que sea de cada quien, ésos no necesitan de andar por allá. ¡Ah!, pero eso sí, vienen las vacaciones y ahí los tienes, en las plazas públicas luciendo sus camionetotas gringas". <¿Sí, verdad?, interrumpe su otro yo y continúa, qué curiosos, van y se plantan en la plaza, se ponen a intercambiar experiencias de las que viven allá en los Estados Unidos pero, sobre todo, la mayor parte de sus pláticas versan en torno a sus camionetas, que si son de tantos caballos de fuerza, que si traen tal o cual motor o equipos de sonido, y qué se yo qué más cosas sobre sus 'muebles', porque eso también, ahora les dicen 'muebles'>. "Oye, *mi buen*, y qué me dices de los sombreros negros que casi todos se ponen… llama la atención el por qué de ese gusto por lucir gorras negras. Y eso es dondequiera, en Zacatecas, en Guanajuato, en el norte y en el sur lo hemos visto, en todas partes es lo mismo". <Bueno eso es en los pudientes –dice el otro yo–, porque los que de verdad van a la chinga, por verdadera necesidad, esos pobres cabrones a veces ni tienen para venir a visitar a su gente, y si acaso vienen, muy apenas traen lo justo y lo único que traen, a veces, es un montón de trapos usados, de esos que se compran en las segundas>.

"Es cierto, *mi buen*, esa pobre gente lo mismo está jodida aquí que por allá. Creo que es, al final de cuentas, la que acaba por emigrar a toda la familia completa, porque no tiene caso dividir la lana en dos partes y continuar separados, además, en estos casos es muy diferente y no como aquellos que el andar por los Estados Unidos, ya es cosa de una cultura que nada tiene que ver con la necesidad, porque ni siquiera están estudiando algo para superarse o algo que los haga aprovechar esa oportunidad, lo único que se tiene es un gran desarraigo, porque aunque sigan viniendo a sus lugares de origen y que aparentemente siguen

guardando su arraigo eso no es cierto, porque ya ni son de aquí ni son de allá, ya forman una capa social desculturizada, ni están empapados de la cultura sajona y ya la mexicana se les ha ido quedando en el olvido, porque lo que no se practica, va desapareciendo y sólo quedan los recuerdos y ya cuando llegan a viejos pretenden volver a su origen pero con la gran dificultad de que ya su descendencia, nacida en el extranjero, nada tiene que ver con lo de este lado y sólo voltearán hacia México como para contemplar una extensión de su pasado, pero sin amor ni mística, todo será una mera referencia folklórica".

<Oye, mi *Tito*, creo que lo mismo nos sucedió a nosotros como norteños, ¿recuerdas cómo defendíamos nuestras cosas norteñas ante aquella gente en la UNAM?, y en todas aquellas partes a donde íbamos, creo que hasta hacíamos el ridículo porque hasta nos atribuíamos cosas que ni eran verdad. Tú mismo lo decías en aquellos años, que por una necesidad de pertenecer a 'algo' o a 'algún grupo', lo que nos movía a los provincianos para defendernos del embate de los capitalinos, era que hasta acudíamos a mentiras, con tal de lograr alguna unión y todas aquellas jaladas, ¿lo recuerdas? Bueno pues basta con compararnos ahora con aquellos años, ahora ya aceptamos humildemente, nuestras carencias y defectos, y no es otra cosa más que el producto de un desarraigo. Digo yo, ¿cómo la ves?> "Fíjate, *mi buen*, que es muy cierto. También yo creo que ese apasionamiento que nos llevaba hasta el grado de mentir, y acabar por hacerles creer, a quienes nos lo creían, claro, que era la puritita verdad, era solamente el producto de nuestro arraigo, ese ombligo que no nos queríamos cortar y que ahora, al aceptarnos tal y como somos, nos demuestra un desarraigo, quiere decir que ya nos destetamos, reconociendo que todos tenemos cualidades y defectos. Antes hasta creíamos ser el centro del universo, ¡qué barbaridad!, apenas lo puedo soportar. Me siento avergonzado. Qué bueno que todo queda aquí entre nos… ¿O no, *mi buen*?" <Por supuesto mi *Tito*. Qué gacho es cargar con mitos. Una mentira te lleva a otra. Se ahueva uno a una cosa, y para que nos muevan, está cabrón>.

"Por eso te digo, *mi buen*, que eso del arraigo es puro cuento, y más cuando a los paisanos ya les empieza a ir bien y que le van encontrando por allá la cuadratura al círculo, acaban por creerse más gringos que los bostonianos y a ser los más criticones de nuestras cosas. Acuérdate nomás de las tías de allá de San Antonio y de toda esa parentela". <Es cierto, *Tito*. Y no sólo de la nuestra. También de muchos otros que hemos conocido, que sólo voltean hacia México cuando sienten la necesidad de encontrar alguna identidad, para defensa contra aquella sociedad que siempre los ha marginado, pero eso de que siguen arraigados es puro pedo.

Pinche *Tito*, creo que por eso es que siempre has dicho que el folklore y las costumbres populares, siempre han sido cosas conservadas por los pobres y sólo los pobres se han encargado de que no mueran. Como aquello que le decías a don Arturo allá en Monclova, te acuerdas>. "Así es, *mi buen*, nomás cambia nuestra situación económica y nos volvemos muy mamones y hasta el modito de andar se nos quita, así vivamos aquí en México o allá en los Estados Unidos, y a los paisanos, ya ni qué decir, en lugar de llamar a sus hijos José, les dicen *Joes*, a los Jesús les dicen *Jessy*, a los Juanes *Jhonys*, y así por el estilo, *Júniors*, *Dadys*, etc., nadie escapamos a esos cambios y a las consecuencias".

<Oye, *Tito*, pero ¿y qué me dices de todos nosotros, cuando vamos al otro lado?, ahí nomás del otro ladito del río, nos volvemos muy civilizados. Respetamos los semáforos, cedemos el paso a los peatones, los peatones respetan su turno para cruzar las calles, no tiramos basura; pero nomás pisamos tierra nacional volvemos a nuestros desmadres y todo nos vale 'una pura y dos con sal'. A los paisanos les sucede lo mismo, nomás lo malo conservan, porque no aplican ese civismo en México. Cuando están aquí se ponen a pistear cheves como cosacos y es el tiradero de botes por todas partes; a correr como locos en sus camionetotas ya bien pedos. Les vale una pura chingada si se llevan a alguien por delante, dando mordidas a los patrulleros, que para eso traen lana, y con los estéreos a todo volumen y los vidrios abajo para que todos sepamos lo que a ellos les gusta (por si acaso alguien lo ignorara). Y, en fin, que como aquí todo se puede y no hay fijón, y si lo hubiera ya se sabe cómo arreglarlo, así que 'chin marín', que 'ya encarrerado el ratón, que chingue a su madre el gato'>. "¡Eso, *mi buen*!, estás inspirado esta noche, cabrón, sacando puras domingueras". <Pos, es la neta, pinche *Tito*, ¿a poco no es así? Aunque no es justo generalizar, así se da en la gran mayoría de los casos, pues de lo contrario sería tan notorio, que ya desde cuándo nos hubieran influenciado y también aquí en México las cosas andarían derechitas, pero ni madre>.

Hasta estos momentos, ya habían transcurrido por lo menos unas seis horas, desde que el viaje se había iniciado y, por lo mismo, estaban cruzando por el estado de San Luis Potosí. Era una noche muy fría y a *Tito* le venían a la memoria recuerdos de su paso por esos lugares, los que se alcanzaban a ver a la orilla de la carretera de vez en cuando, como cuartuchos derruidos por el paso del tiempo y ahora habilitados como talleres mecánicos o vulcanizadoras, volviéndole a formular a su otro yo la pregunta que se hizo al iniciar el viaje: "¿Cuántas veces estuvimos por aquí en aquellos años de jodidez?, ¿te acuerdas, *mi buen*?" <Sí que me acuerdo. Viajábamos a puritos 'aventones'. ¡Qué chinga, he?, hacíamos

hasta treinta horas para llegar a Saltillo>. "A veces hasta más, *mi buen*. Acuérdate de aquella vez en la que el chofer de aquel trailer nos dio aventón nomás hasta Matehuala, porque ya se andaba durmiendo, y que tuvimos que bajarnos a seguir pidiendo aventones. Qué nochecita tan cabrona, con un frío de la chingada y sin chaqueta ¿te acuerdas?, que luego nos pusimos, dizque a hacer ejercicios para calentarnos y que al agarrar aquella barra de acero en aquel taller mecánico, para colgarnos y ejercitar los brazos, se nos pegó el fierro en las manos de tan helado que estaba y cuando nos soltamos se nos despellejaron las palmas de las manos ¡'futa'!, por las que hemos pasado, *mi buen*. Sólo porque Dios es muy grande, que si no..., ya nos hubiera cargado la chingada. Sólo de acordarme se me arruga el 'chiquiflais'" <Pero ¿qué tal ahora, mi *Tito*?, todo tiene su recompensa, no tenemos de qué quejarnos, y sólo porque a Monclova no hay vuelos, y creo que ni aeropuerto, que si no este viajecito nos lo estuviéramos chutado en avión>.

"Es cierto, *mi buen*, no cabe duda que sí hemos avanzado en alguna forma, lo que sea de cada quien, pero ya veremos más adelantito, no creo que toda aquella gente que veíamos a la orilla de la carretera vendiendo animalitos silvestres haya cambiado, te aseguro que sigue la misma miseria". <Y, ¿qué otra les queda?, pregunta el otro yo, y a la vez asegurando, lo único que habrá cambiado es la fauna de todo este lugar, que ya ha de estar bien devastada. Nomás imagínate, con tantos años de cacería tan descontrolada y sin reposición de crías, todas estas regiones ya han de estar bien pelonas. Pobre gente, y sin esperanzas de nada. Puros candidatos a mano de obra barata para los gringos, y volvemos a lo mismo que decíamos hace rato, pura raza que abandonará sus casas y familia para irse a los Estados Unidos a trabajar>. "Así andábamos tú y yo hace algunos años, *mi buen*, ¿recuerdas?, cuando recién egresados de la universidad y que no encontrábamos chamba, digo, chamba bien pagada, porque lo que sea de cada quien, chamba siempre ha habido, pero mal pagada. Primero porque dizque no teníamos experiencia, luego porque no estábamos titulados, luego porque no éramos casados, y así, purititas pendejadas, inventadas por los imbéciles manejadores de recursos humanos, sólo para justificar su intención de pagar con miserias y que en lugar de aplicarnos exámenes de tipo técnico, según nuestra profesión, aplican *tests* para encontrar retrasados mentales, igual que ellos. Pero si están bien enfermos esos cabrones". <Y con pulmonía en las nalgas –remató el otro yo–, es cierto mi *Tito*, un poquito más de desesperación, y ya también anduviéramos por allá en los 'unaites' causando penas>.

En esas reflexiones estaba *Tito* cuando, observando a través de la ventanilla del autobús, tomó conciencia de que la aurora, anunciante de la salida del sol, se empezaba a percibir. La totalidad de la noche se la llevó en vela, cosa que era muy común en él ya que rara vez podía conciliar el sueño mientras viajaba en autobuses, y ésta vez no fue la excepción. Por lo mismo se pudo percatar de la existencia de aquellos exhibidores, hechos a base de palos y ramas, situados a la orilla de la carretera, en los cuales se ponían a la venta los animalitos que momentos antes se le vinieron a la memoria; incluso ya se encontraban algunos de aquellos vendedores acomodando sus artículos para la venta, pieles de víboras, carne de víbora ya seca, algunas pieles; pero, en su gran mayoría eran animales vivos, como aves, perritos llaneros, etc., todo lo que el desierto podía propiciar y que pudieran cazar para luego ofrecerlo a la venta en esta forma. Por el momento, aquella introspección se vio interrumpida, al tiempo en que *Tito* iba observando aquel paisaje, el semidesierto del estado de San Luis Potosí, situado entre éste y el de Coahuila y a aquellos vendedores, lo mismo que a gente pidiendo limosna porque ni a vendedores llegaban. "¡Cuánta miseria, *mi buen* –volvía a dirigirse a su otro yo–. Nada ha cambiado". <Ni cambiará mi *Tito*, ni cambiará. Eso no lo veremos nosotros, de mí te acordarás>.

"No cabe duda, *mi buen*, en dondequiera se cuecen habas. Siempre se ha hecho creer que sólo en el sur hay miseria, ignorancia, marginación y todas esas chingaderas. Tanto se repiten mentiras que acaban por creerse como verdades, pero ésta es la única realidad, lo demás no son más que puras mamadas inventadas por quienes queremos ver en los demás todo tipo de miserias y defectos". <Sí, mi *Tito*, bien lo has dicho, inventamos cosas con tal de diferenciarnos, pero no somos más que lo mismo, y mira que vamos cruzando por el estado de Nuevo León, que tanto presume de rico, ya veremos cuando pasemos por San Roberto, Dr. Arroyo y anexas, etc., todos esos lugares de ese estado que muestran también las miserias que con mentiras se trata de ocultar>.

Efectivamente, antes de tocar el estado de Coahuila, saliendo del de San Luis Potosí, se cruza por una pequeña franja del estado de Nuevo León, con una serie de parajes de condición tan dejada como cualquier otro lugar de alguna entidad de la República, de esas consideradas como marginadas.

"Aunque, según nos han dicho, *mi buen*, en Saltillo se están haciendo obras que hace mucho tiempo debieron haberse hecho, y que gracias al actual gobernador (Óscar Flores Tapia), se están haciendo porque él es de ahí, que si no todavía estuviera la ciudad arratonada, bueno, según dicen, ya veremos en qué consisten

esos cambios ahora que estemos por ahí, ya ves que a veces ni la propia gente de Saltillo hace nada por ese pueblo, a veces hacen más los de afuera que los de adentro y en ese pobre Saltillo las cosas siempre han sido así. Pobre pueblo, según dicen los que saben de esto, que desde los tiempos de don Nazario S. Ortiz Garza, nadie le ha vuelto a poner mano, desde los años treinta ¡imagínate!, cuarenta o más años, sin ponerle atención, ¡qué gacho!, por eso vemos a Saltillo como lo vemos, feo y atrasado. ¡Ah, pero eso sí!, presumimos de nuestra 'Atenas del Norte', pos cómo andarán los demás (¿?)". <Bueno, *Tito*, honestamente hablando, yo creo que eso es verdad y sería injusto quererle quitar su mérito, ¿no lo crees?> "Sí, *mi buen*, pero al menos por eso, quienes tanto lo pregonan deberían ser más generosos con esa ciudad, más agradecidos, más congruentes. No puedes presumir tanto de tu casa si la tienes tan sucia, ¿a quién se la muestras?, ¿quién te lo va a creer?" <Oye, *Tito*, yo opino que mientras sigan esos pleitos entre los laguneros y los de Saltillo, siempre va a ser lo mismo, ¿no lo crees?> "Bueno, *mi buen*, sobre esos pleitos y todas esas jaladas, habría qué preguntárselo a los laguneros, ellos son los celosos, no se puede hacer algo a favor de Saltillo sin que ellos repelen y exijan algo similar o mejor para Torreón, ése es un cuento de nunca acabar y provocador de divisionismos estúpidos. Qué bueno que sean progresistas, pero de eso a quererse separar del resto del estado, es tanto como aceptar que los estados del norte, por ser más progresistas en lo esencial, y 'entre comillas' claro, que los del sur, justifiquen por eso una separación, para fundar una República aparte, ¡qué estupidez!, ¿no lo crees así *mi buen*?" <Por supuesto mi *Tito*, pero, quítales lo... ¿terco?, ¿sabes cuándo se los vas a quitar?, ¡nunca!> "Pos allá ellos, *mi buen*, allá ellos. Sólo acuérdate que son un pueblo 'muy joven', y acontece que tienen esa enfermedad llamada 'juventud', esa que con el tiempo se quita porque se quita, y se les va a quitar, porque a nadie le gusta estar siempre enfermo".

En esos momentos se empezaban a ver las montañas de la región de Arteaga cuyo poblado principal, también de nombre Arteaga, apenas sí alcanzaba el grado de villa, porque escasamente tendría unos 5 000 habitantes. Tocaba, por suerte, que se estaba en época de invierno y se encontraba la cima de la serranía copada de nieve, cosa frecuente en este tiempo, dado que es una región que se sitúa a una altura superior a los 2 000 metros sobre el nivel del mar, y la temporada estaba siendo particularmente cruda, por tal razón el paisaje era verdaderamente hermoso y motivó que *Tito* pusiera su atención en contemplar aquel espectáculo, y se fugara de aquellos recuerdos que lo habían acompañado durante toda la noche. Aunque también la postal que le ofrecía el momento repentinamente le provocaba un cruce de imágenes por su memoria, recuerdos de su época de

estudiante en Saltillo, de cuando vivía en aquella ciudad y sus alrededores, y eran tantos y agolpados, que no había oportunidad de entrar en contacto con su otro yo, y trabar así esas extrañas conversaciones, como era costumbre en nuestro personaje, como cuando en la época de manzanas acudía junto con otros jóvenes de su tiempo, durante las vacaciones escolares, para la cosecha de membrillos y manzanas y luego continuar en alguna fábrica de cajetas, que era a donde se llevaba toda esa fruta para elaborar esos productos tan regionales.

El tiempo transcurría y el autobús se acercaba a la ciudad de Saltillo y en ella se tenía que hacer una escala, por lo menos de unos veinte minutos y luego continuar el recorrido de otros 200 kilómetros más hacia el norte, para llegar finalmente a la ciudad de Monclova. Durante este último tramo, por momentos solamente, el sueño vencía a *Tito*, pues a medida que las horas pasaban la luz del sol se hacía más intensa y el cansancio, a querer y no, ya cobraba lo suyo, y durante toda la noche, la nostalgia, con su carga de melancolía, lo mismo que los recuerdos, unos cargados de gratos sentimientos y otros tan destructivos, porque los hay, y… los hubo de todos y produjeron en *Tito* una especie de desgaste que vino a menguar su vigor, de tal modo que de las tres horas que habría de llevarse el recorrido de esos 200 kilómetros faltantes, *Tito* habría de dormirse por lo menos durante dos de ellas. Serían más de tres horas puesto que en este tramo, y más por ser horas tempranas, los autobuses suelen prestar el servicio de transporte a personas que habitan en rancherías y ejidos intermedios, eso es motivo de frecuentes paradas para poder cumplir con tal servicio, de modo que tan luego como el camión se puso en marcha *Tito* se quedó profundamente dormido que ni el rosario de curvas, en 'Las Imágenes', a la salida de Saltillo, lo pudieron despertar, cosa que sí sucedió cuando hubo de cruzar por la llamada 'Muralla', que consta de otra serie de curvas muy pronunciadas, situadas a más de la mitad del trayecto. A partir de este lugar no pudo volver a conciliar el sueño al menos de alguna manera cómoda, por lo que el resto del camino solamente sirvió para contemplar aquella llanura tan yerma, como ya, en esos momentos, estaba también deshabitada su capacidad de hacer retrospecciones, y sólo existía el deseo de que el viaje llegara a su fin, pues después de todo más de 14 horas sobre un autobús era para tronar a cualquiera.

Monclova, Coahuila

En esos momentos aparecía en el camino el poblado de Castaños, como un indicativo de que Monclova estaba cerca, por tal motivo al irse adentrando en esa ciudad, cual si se tratara de una película vista en forma repetida, *Tito* observaba

el caserío, ese que había visto diez años atrás, y resultaba obligado también que por su mente pasara el recuerdo de aquella novia, a quien tuvo que dejar por circunstancias tan adversas. Recuerdos de lugares, de sucesos nada gratos, las grandes caminatas por aquellas calles soleadas o con fríos extremosos, sin recursos mínimos para haberla pasado lo mejor posible.

"¡Qué ironía *mi buen*!, volvía *Tito*, con tristeza, a su interlocución consigo mismo, nada ha cambiado. Las mismas calles llenas de baches, y no dudo que sean las mismas, aún sin pavimentar, las mismas paredes derruidas y casas descarapeladas y despintadas, los mismos baldíos. Tal parece que por aquí el tiempo no pasó. Calles sin banquetas o en ocasiones casi sin ellas de tan angostitas que están, ojalá y que en las colonias nuevas eso se haya corregido, porque lo que son éstas, dizque banquetas, son una verdadera burla y, para colmo, esa costumbre de algunos, de aloncharse ese espacio cuando construyen bardas o casas, pues no dejan nada para la gente". <Oye *Tito*, yo creía que eso ya se te había olvidado> "Sí, *mi buen*, pero como nunca se me había presentado algo igual en otro lugar, es hasta ahora que se me viene a la memoria este detalle", <¡Detalle he!, ya ni la burla perdonas mi *Tito*, ése no es un detalle, es algo muy peculiar y constante por aquí, lo raro del caso es que a pesar de que los dueños de las casas cuentan con mucho terreno de fondo, de todos modos se comen las banquetas ¡qué raro!>. "Y otra cosa, *mi buen*, eso lo vengo observando ahorita, fíjate en los frentes de muchas construcciones, son muy angostitos. Qué extraña manera de emplear el terreno, no me había fijado en eso, será porque tengo muy presente la colonia Obrera, con terrenos tan grandes, con fachadas tan modernas, al menos para su tiempo, con calles tan bien escuadradas y anchas. Y también como en Frontera, ¡vaya que tienen calles anchas!, y siendo ciudades gemelas, cómo es posible que sólo aquí en Monclova se dé eso. ¡Vaya cosa!" <Oye, *Tito*, al parecer la estación de autobuses aún se encuentra donde mismo, ya se empiezan a reconocer las calles del centro>. "Así es, *mi buen*".

Efectivamente, al llegar a la estación de autobuses la misma distribución interna, las mismas aglomeraciones para la adquisición de boletos, y claro, esa situación por lógica, estaba agravada, porque se trataba de una ciudad ya más grande, y con la misma línea de autobuses que tenía el monopolio desde hacía muchos años, los Anáhuac, la misma escasez de unidades, los mismos autobuses destartalados y la pésima calidad en el servicio. Lo único que había cambiado era el tamaño de la ciudad con todos los problemas que eso implicaba, entre otros la dificultad de aquellos grandes vehículos para circular por el centro de la misma. Era más de la una de la tarde de un día muy frío. El autobús se estacionó,

había que descender. La misma sala de espera sin clima y una aglomeración agobiante. Lo único que favorecía a *Tito* era que en esta ocasión contaba con viáticos, de tal suerte que ahora se podía instalar en un buen hotel y disfrutar de otro modo la ciudad.

Por la hora que era, y porque la empresa a donde se habría de presentar tenía un horario corrido, que terminaría a las 3:30 de la tarde, *Tito* tomó las cosas con calma y decidió, después de instalarse en el hotel, tomar un baño y comer, y luego prepararse para el día siguiente a hora temprana, para dar cumplimiento a su programa. Abandonando el hotel ya por la tarde, decidió ir a visitar a su amigo Memo. La colonia Obrera, en donde vivía su amigo, estaba algo retirada y se trasladó en un taxi. Una vez estando frente a la puerta de la casa de aquella familia amiga, tocó el timbre, después de unos instantes abrió la puerta la señora Rosa, mamá de Memo, quien al ver frente a sí a *Tito*, exclamó: –¡*Tito*!, ¡qué milagro!, ¿qué te trae por aquí?, pásale, cuéntame… La señora no ocultó su sorpresa y su gusto al ver a *Tito*, al grado de que no dejaba hablar ni siquiera saludar al visitante pero, una vez calmada, aquel aprovechó un instante para expresar el mismo gusto. Le parecía que la señora mostraba un semblante sano y vigoroso, tal vez unos kilos de más, lo mismo que algunas canas, pero fuera de eso, todo le pareció admirable en ella.

–Me da mucho gusto volverla a ver señora Rosa, cuénteme de la familia, cómo están todos; apenas sí alcanzó *Tito* a decir algo, porque doña Rosa volvió a estructurar preguntas y elogios hacia el muchacho: –Te veo muy bien hijo, ¿por qué te has alejado tanto de nosotros? *Tito* contestó de inmediato, buscando la oportunidad para tomar la palabra de una manera amplia y sin interrupciones: –Todo bien doña Rosa, todo bien. Aquí andamos… y como dijo aquél… Hasta que ya no 'ándenos'. Vine a hacer unos trabajos y voy a estar por acá por algún tiempo más o menos largo. Estoy trabajando para un despacho de auditores que lleva la auditaría de Fertimex, y tengo que empezar por hacer unos inventarios y eso se lleva mucho tiempo. Ya hablaremos de eso después. Dígame… ¿y don Arturo?, ¿qué hay de Memo?, ¿Rosy?, ¿Lupita?, después de tantos años, mucho ha de haber de nuevo. –Pues Memo ya se casó y vive allá por las estancias; Rosy está trabajando y también ya está casada, casi se casaron iguales ella primero y luego Memo, con diferencia de un año y cuatro meses, está viviendo en San Buenaventura, ella tiene dos de familia, un hombre y una mujer; Lupita en la escuela y Arturo ya está pensionado, no debe de tardar… ¿y, por tu casa?, ¿cómo andan todas las cosas, tu familia cómo está?, preguntó de nueva cuenta doña Rosa. –Bien, gracias a Dios, no hay novedades, todo bien… –contestó

Tito–. La señora introdujo en la plática el tema de Magy, cosa obligada, digamos; –Oye, *Tito*, Magy se casó, ¿supiste?; –No, para nada –contestó *Tito*–, en años no he vuelto a saber nada de ella la verdad es que aquello pasó a la historia unos meses después de haberme regresado a México luego de aquella visita, ¿se acuerda?, yo visito con mucha frecuencia a mi familia en Saltillo, pero para acá a Monclova, la verdad es que no me he dado tiempo y ahora, con motivo de este trabajo, pues qué bueno que se me presenta la oportunidad de visitar a tan buenas amistades, como lo son ustedes, ¡que gusto de volverlos a ver!, reiteró *Tito*, a la vez, con ánimo de desviar el tema referido a Magy, cosa que logró y que la señora notó, ya que, como es obvio, ese asunto se habría de retomar más adelante en algunas otras ocasiones.

En ese intercambio estaban cuando hizo su arribo don Arturo quien, al ver a *Tito*, no hizo más que expresar su agrado y, como era lógico, se repitieron de parte de este último las mismas preguntas que a su vez ya le habían sido planteadas por doña Rosa: –¿Te quedarás aquí con nosotros?, le preguntó, a lo que éste contestó: –Me gustaría, don Arturo, pero como tengo que comprobar viáticos, eso me obliga a pagar hotel… usted sabe cómo es eso… y de ningún modo vayan a pensar que ahora los desairo, jamás olvidaré aquellos tiempos, aquella hospitalidad y calor de familia que siempre me brindaron ustedes. La emotividad que expresaba *Tito* en estos momentos fue tan evidente que ellos, al notarlo, impusieron sus manos en los hombros del muchacho, y así correspondieron a su vez, recordando lo que Memo había obtenido en Saltillo en casa de *Tito*. –Reconocer es corresponder. Esas cosas nunca se pagan –señaló la señora–. Tan lindos que fueron con Memo en tu casa también, que eso no se olvida, no se olvida. –Pero sí te quedarás a cenar, o qué, ¿tampoco eso?, preguntó don Arturo. –¡Ah, eso sí!, unas de harina recién paloteadas, nunca deben ser despreciadas porque castiga Dios, 'í'iñor' gustoso, contestó al momento *Tito*; y doña Rosa, para picarle todavía más al muchacho su lado flaco, que casi cualquier norteño tiene, le pregunta: –Y, ¿qué tal te caería un cortadillo, eh?

La señora se dispuso a preparar la cena, en tanto que don Arturo y *Tito* continuaban intercambiándose preguntas y actualizándose mutuamente sobre lo que habían hecho durante todos esos años transcurridos.

Uno de los temas, como era lógico, versó en torno a Memo. *Tito* interrogó: –Cuénteme, ¿qué ha sido de Memo?, qué ha sido de su vida. Don Arturo respondió: –Pues ese muchacho cometió la barbaridad de casarse muy joven. Al poco tiempo de haberte regresado a México conoció a la que es ahora su

esposa, y como si fuera a ser la única y la última mujer en el mundo, se aferró a ella, y ya nada lo hizo ver hacia otro lado. –¡Ése es amor del bueno!, exclamó *Tito*, mas sin embargo a don Arturo no le parecía lo mismo, su desagrado era evidente y reventando dijo:

–¡Qué amor ni que la chiiinnaca…! exclamó con acentuada molestia. Dejó estudios y todo. Ahora no pasa de ser un simple vendedor de viviendas trabajando de sol a sol, para una constructora. Claro, ha tenido otros empleos, pero finalmente parece que este último ha sido el mejor y por eso ha durado en él. Aunque tiene poco tiempo ahí, yo espero que pronto le vaya mejor. Pobre, trabaja como burro. Siempre ha trabajado así, pero ninguno de los trabajos que ha tenido ha valido la pena. En dondequiera se gana poco y ni siquiera perspectivas de futuro. Puras chambas en negocios pequeños de gente de por aquí, tú sabes cómo es eso. Todo de aquí para allá. Tú sabes, cuando no tienes una profesión o una especialidad, todo mundo abusa del trabajador y más cuando ya tienes obligaciones, no hay para dónde hacerte. Este muchacho se echó el compromiso desde muy joven, y no ha podido hacerla. Puros problemas. En fin… espero que Diosito lo ayude.

–Bueno, don Arturo, pero finalmente, si encontró en esa mujer lo que deseaba, qué más da lo que se haya hecho. La verdad es que no hay leyes ni reglas de ningún tipo para saber cuál ha de ser el mejor momento para casarse o para tener hijos, o para lo que sea. Lo importante es ver si lo hecho en la vida, es o no satisfactorio

Habiendo expresado esto *Tito*, don Arturo retomó la palabra de inmediato para agregar algo más a lo que ya había manifestado: –Sí, *Tito*, eso es muy cierto, pero el caso es que en mi hijo eso no es así. No niego que ahora su niño es su adoración. –¡Ah, pero… ¿ya hay un hijo?, interrumpió *Tito*, –Sí, continuó don Arturo, ya tienen un hijo. Un niño muy sano y muy bonito. Amor de abuelo, aparte de todo, claro, pero… no sé exactamente qué o cómo expresar lo que yo siento. Uno quisiera ver en los hijos algo más grande o mejor de lo que uno fue, pero nunca salen las cosas como uno quisiera. Mira, en principio, yo hubiera querido que Memo hiciera una carrera, luego que trabajara y fuera libre durante un tiempecito, y después lo demás, pero no así, no como se dieron las cosas.

–Pues, ¿cómo se dieron? –interroga *Tito*. –Pues del peor modo, lo casaron. Se comieron el lonche antes del recreo. Ni chanza de una pequeña fiesta de bodas, ni luna de miel, jamás, desde que se casaron, han ido siquiera a algún viaje aquí

cerca, ya de jodido a un rancho o lo que fuera…, eso no sólo me entristece por él, sino que tengo miedo o me preocupa que, tarde o temprano, vaya a significar un motivo de molestia entre ellos, como pareja, que no se hayan dado la oportunidad de disfrutarse a sí mismos, pero sin compromiso, pues tú bien lo debes de saber *Tito*, si uno se casa muy joven y sin haber disfrutado la soltería, el aburrimiento viene pronto... digo yo, y uno, pos, qué no quisiera para sus hijos. El señor terminó de esta manera su explicación del motivo de su disgusto.

En esos momentos se escuchó la voz de doña Rosa, para llamarlos a la mesa. Tan sólo de ver aquellos frijoles refritos, el cortadillo, la jarra de café humeante y, por supuesto, las de harina, todo recién elaborado, la mente se les quedó en blanco, y se hizo un total silencio al menos por parte de *Tito*, quien hacía mucho tiempo que no disfrutaba de algo así, tan suyo; sólo llegó a decirse a sí mismo "oye *mi buen*, en esto, jamás exageramos, ni mentimos a nadie. ¡Qué orgullo de ser norteño!, qué delicia es todo esto *mi buen*! Me recuerda la cocina de mamá; primero Dios, dentro de unos días por ahí le estaremos dando trámite a las de harina también". Y así las cosas, *Tito* repitió plato, uno tras otro, por lo menos tres veces. El efecto inmediato de la cena consistió en una somnolencia aguda, sobre todo porque durante la noche anterior realmente *Tito* no había dormido nada, de modo que lo valiente no le servía para nada y no tuvo más remedio que aclararle a la señora la situación, agradecer la cena y despedirse, porque el cansancio se hizo presente y porque muy temprano había que iniciar su trabajo. Hecho lo propio, *Tito* aceptó el ofrecimiento de don Arturo para llevarlo al hotel y durante el camino aprovechó para pedir los números de los teléfonos tanto de Memo como de Rosy, para poderse contactar con ellos al día siguiente.

Una vez instalado en su cuarto *Tito* encendió la TV, y cambiando de un canal a otro por no encontrar algo interesante, estuvo a punto de apagar el aparato, cuando le llamó la atención una noticia, de esas que ya se dan en repetición: 'Existía la amenaza de una devaluación del peso frente al dólar'… "¿Qué te parece *mi buen*?, después de unos doce o catorce años, nos viene otra devaluación, ¡en la madre!, a ver cómo nos va". El aparato fue apagado y, a dormir.

A la mañana siguiente, desde muy temprano, *Tito* se dirigió hacia la empresa donde habría de realizar los trabajos de auditoría, mismos que en primer lugar consistirían en un levantamiento de inventarios, previa la entrega de las cartas de presentación. Le fue asignado un lugar para su trabajo, lo mismo que un auxiliar para que lo guiara hacia todos los almacenes y lugares donde se habrían de hacer

los inventarios, lo mismo de materias primas que de productos terminados; de mobiliarios y equipos de oficinas, entre otros. Casi la totalidad del turno se utilizó en la planeación de la estrategia a seguir y la asignación de tareas a las cuadrillas de empleados que iban a colaborar en el conteo respectivo, previo el acomodamiento y ordenamiento de cosas a inventariar, algo nada fácil, ya que existían artículos y aparatos muy voluminosos y pesados, por lo que la tarea inicial sería pesada y tardada. Algo similar en cuanto al ordenamiento previo, pero de mayor esfuerzo, se iba a presentar en los patios de la empresa puesto que en ellos se encontraban unos materiales apilados y otros descargados a la intemperie por grandes camiones, y en extensiones que se podían contar por hectáreas pero que, además, si tomamos en cuenta el clima que imperaba en esos días, la faena se complicaba. Algo por el mismo estilo iba a suceder en Saltillo, ya que la empresa Zincamex tenía materiales de una gran diversidad lo mismo en materias primas que en productos acabados, en equipos, en refacciones, en mobiliario, etc., de modo que aquellos trabajos iban para largo. Por la tarde, después de haber salido a comer, *Tito* se dedicó a redactar las diversas cartas que habrían de ser dirigidas a los diferentes departamentos que se iban a someter a revisión, para poderlas entregar al día siguiente. En ellas se les solicitaban reportes, facturas, estados de cuenta bancarios, etc., dependiendo del tipo de departamento. En fin, todo iba encaminado a los preparativos necesarios y requeridos para una auditoría. Una vez terminado el día de trabajo, ya por la noche *Tito* se dispuso a telefonear a su amigo Memo y a la hermana de éste, resultando de ello, como era lógico, las respectivas invitaciones a sus casas. En cuanto a Memo, esa misma noche invitó a *Tito* para que acudiera a cenar a su casa, lo que se llevó a cabo; después de la cena ambos amigos charlaron largo y tendido hasta bien entrada la noche. La esposa de Memo tan luego hubo preparado y servido la cena, se despidió, porque tenía que ir a casa de una familia a donde había acudido el hijo del matrimonio para una tarea de la escuela, por lo que no hubo mucha plática entre *Tito* y la señora. Temas fueron y vinieron entre *Tito* y Memo, buscándose de ese modo, en la medida posible, una actualización de lo ocurrido durante los más de diez años transcurridos. La casa de Memo era pequeña y situada en una colonia densamente poblada, en cuyo interior encontramos a estos amigos charlando y recordando un pasado lleno de acontecimientos y, por cierto, muy apropiados para las comparaciones con lo que en la actualidad se estaba viviendo.

–Pues sí, mi amigo, no te quejarás, ahora te veo muy bien, aparte de realizado. Todo un profesionista, con un buen trabajo, ¡y solterito aún!, ¡qué tal pollo! ¿he?

Tito por su parte contesta: –No me quejo mi amigo, todo ha valido la pena, aunque también todo me sigue costando algo, no creas que todo es gratis. Lo que no debemos perder de vista es que lo que hagamos, lo hagamos con plena conciencia y no renegar después porque sentimos que fuimos sorprendidos. Si así queremos vivir, pues que sea con pleno conocimiento y por nuestra voluntad. –Y..., ¿por quién lo dices?, me sabes algo o me espías ¿eh?, *Tito* responde –No, Memo, no es nada personal, yo ¿qué sé de tu vida?, y Memo revira. –No te hagas, si ya platicaste con papá, ya te ha de haber puesto en antecedentes; –No sé de qué me hablas. Aunque, bueno, sí me dijo algunas cosas tuyas, Memo, pero eso no quiere decir que te haya desnudado. –Pos, no lo dudo, porque no serías tú la excepción. Así lo hace con todo mundo. Sobre todo porque nunca estuvo de acuerdo con que yo me casara y mucho menos conque ya no estudiara. Es de los que creen que si no tenemos una carrera profesional no tendremos ninguna otra oportunidad en la vida, y eso no es cierto, también se puede progresar sin tener un título. Bueno, no tengo nada de qué presumirte o cómo comprobarte lo que digo, si al menos viviera en una casa propia, o mejor que ésta, aunque fuera rentada. Pero ya la tendré, ya la tendré, ya lo verás.

En el rostro de Memo se reflejaba cierto grado de aceptación de que su papá tenía razón o algo de ella, por lo menos, pero también su orgullo salía a flote, y en cada bloque de argumentos se hacía una especie de silencio o pausa, como aparentando haber terminado su intervención, sin embargo de inmediato dejaba salir más y más de sus adentros, en tanto que *Tito*, deliberadamente, al notar aquello, lo seguía dejando, no lo interrumpía, pues era evidente que su amigo tenía mucho por decir y seguramente muchas ganas de sacar algo que no lo tenía tranquilo. Así, entre aceptaciones y rechazos a las mismas, entre razones y contradicciones, era notorio que el muchacho se encontraba en un verdadero laberinto y sabedor de que, una vez que guardara silencio, las preguntas se le iban a venir en cascada. Se sentía todo un confeso, sin que nadie se lo hubiera solicitado. *Tito*, por su parte, sentía una especie de dolor ajeno, el de su amigo, quien al hablar de sus cosas denotaba que había en su interior mucho más de lo que había dicho y, sobre todo, molestia, misma que trataba de vez en cuando de disimular; Memo continuaba en lo suyo: –Yo estoy seguro de que tendré mi casa propia y en un lugar mejor, todo es cosa de tiempo, ahí la llevo, ahí la llevo. Mi chavito es mi motor, y a mi esposa la adoro. Me parte la madre que papá no lo vea así. Uno no tiene la culpa de que se te atraviesen las cosas así nomás, yo no las busqué, así se dieron. Si yo no me hubiera enamorado de mi esposa, pos simplemente no me hubiera casado, aunque sólo de ver a mi chavito, yo creo que me hubiera casado de todos modos, en resumidas cuentas, ¿qué culpa tenía él?

pero, sobre todo, que nomás de haberlo visto, todo me hubiera valido madre, tal y como ahora me sucede por él. Mira *Tito*, todo me vale madre, todo lo veo tan chiquito comparado con mi hijo, que yo estoy seguro que sólo por eso la voy a hacer. Estoy pero si bien seguro de que yo nací para ser papá. Yo no me imaginaba siquiera que se pudiera querer tanto así a un hijo. Sólo de pensar en que lo pudiera perder, ya estoy muerto.

Memo mostraba tal entusiasmo y emotividad al hablar, que mayor sinceridad no pudiera existir, al grado mismo de tocar las fibras de *Tito*, quien al sentirse verdaderamente conmovido se animó para interrumpir:

–Oye Memo, y eso, ¿se lo has dicho a don Arturo? –No, contestó tajantemente. –¿No?, interpuso *Tito*, cómo puede ser así? Si sólo de oírte resulta tan emocionante, que yo creo que si tu papá te oyera, lo entendería también y ese resentimiento no existiera. Deja que él se entere de todo, comunícaselo, estoy seguro de que se va a doblar. Es más, ya unidos otra vez, las cosas se te van a facilitar, porque no basta el entusiasmo que te veo, también hace falta estar bien con la familia, digo yo, porque así como tú me dices querer a tu hijo, de esa forma tan efusiva, ¿por qué tu papá no te habría de querer igual?, también así, de ese modo tan fuerte, y que todo se deba a que no está viendo lo que tú estas viviendo y la forma en que esa situación te hace feliz. Él simplemente piensa que desaprovechaste tu juventud, y que no eres feliz

–Mira, *Tito*, hoy no sé qué fue lo que me pasó, tal vez es la confianza que tengo contigo, que de repente me dio por decir cosas que no sé de dónde salieron. Yo mismo estoy sorprendido. No soy así de abierto ni sé decir cosas, más bien soy muy bruto, y hasta malhablado, no sé por qué ahora ni dije maldiciones, siento que siempre tuve en la mente la imagen de mi hijo y además, creo que algo así como lo que te dije, yo tenía como ganas o necesidad de decirlo, y ahora, de repente, ¡salió! A papá nunca le he dicho algo así, porque simplemente a nadie se lo había dicho y no sé si algún día me vaya a salir algo igual y menos frente a mi papá.

–¿Y, por qué no? –pregunta sorprendido *Tito*.

–Pues porque por principio ni nos hablamos, y cuando lo hacemos lo que menos quiere saber es algo sobre mi esposa. No la traga, para él ella es la que me cambió el camino que, la verdad, no sé a cuál camino se refiere papá, aquí en Monclova de todos modos la gente se casa muy joven y la única diferencia que

había conmigo era que yo dejé de estudiar y, según él, ésa es la causa de que yo no progrese.

Tito retoma la palabra, para avalar lo dicho por Memo: –Pues es cierto, no por ser un profesionista se está más seguro de progresar en la vida, se puede ser comerciante, mecánico o dedicarse a cualquier actividad de tipo técnico, que con ser bueno en el oficio basta y sobra.

–Yo también así lo entiendo, *Tito*, pero si es por los centavos, ella fue la mala, si es porque no viajamos, es por ella, si no hemos tenido una luna de miel, es por ella, y la verdad es que ella me ayuda mucho y si no tenemos para más es porque el niño nos absorbe todo, lo mismo tiempo que dinero, y cuando no es tiempo de calores, es de fríos, el hecho es que no nos falta motivo para que el dichoso progreso se pueda ver. Es cierto que cuando hay dinero el progreso sale a la luz, se ve, pero créemelo, no me hago pendejo, reconozco que no tengo lana y que muchas cosas las he dejado de hacer por lo mismo, y que papá tiene razón. Pero en cambio, lo que sí tengo y que es muy valioso, no lo ve, no lo aprecia, no lo valora, y es el cuento de siempre y no estamos en paz. Lo bueno es que, sea lo que sea, nunca se ha llegado a los insultos, papá no es de ese tipo de gente, gracias a Dios. Mi situación me ha servido a mí para no andar en el pedo, pisteando todos los fines de semana, andar de putañero en los congales. No sé si te has dado cuenta tú, pero en los lugares chicos, como esta ciudad, a cierta edad no hay otros caminos y aunque yo me casé, o me casaron, muy chavo, el tiempo de todos modos iba a pasar y habría de llegar a la edad que ahora tengo, si no es que me hubiera muerto antes, pero el hecho es que estoy aquí, vivo, a los 30 años edad, y sin estar en ese camino, tal y como veo a mucha raza. Recién casado también anduve en ésas y ni la presencia de mi hijo, al principio, me hacía agarrar la onda. Pero bastó con que un día, ya grandecito se me enfermara de gravedad, para que me diera cuenta de lo que estaba por perder y no se lo deseo a nadie, cabrón, a nadie. Con ese susto se me quitó lo güilo, así como te lo digo, se me quitó lo pendejo. Lo demás ya vendrá, si quiere venir, pero mi chavito… Con esta palabra en la boca, Memo se quedó por un momento callado, por un pequeñísimo instante, que fue aprovechado por *Tito* para evitarle a su amigo, casi el llanto.

–Memo, no me digas más, lo he comprendido perfectamente y te diré lo que mi papá me ha dicho en ocasiones, que 'nadie gana más, de lo que otro pierde'. El que se casa joven y que además cuida de su familia, claro, la llega a ver crecida y conocerá hasta bisnietos; lo mismo si empieza a trabajar desde joven, el que

aparte de gastar dinero ahorra algo, claro, llega a ver crecida su fortuna y tener una vejez sin aprietos y disfrutarla. No vive al 100% su juventud, sino sólo en parte, pero después tiene tiempo para disfrutar. En cambio si se casa viejo, o si inicia sus ahorros ya viejo, habrá disfrutado su juventud, pero con muchas carencias de todos modos, y al final de cuentas no verá nietos y tal vez su fortuna la goce otro. La vida no da para más. Son pocos en la vida quienes pueden tenerlo todo y ésos no fuimos nosotros. Estoy seguro de que si tu papá te oyera, se le caerían hasta los calzones. Palabra. Yo no tengo aún hijos y quién sabe hasta cuándo los llegue a tener, si es que los llego a tener, pero de lo que sí estoy seguro es de que no tendré el mismo tiempo que tú para disfrutar a un hijo. Yo disfruto de mi soltería y lo he hecho con muchas carencias, tú bien lo sabes, y tú no, tú ya tienes un hijo y yo no, y así sucesivamente, yo gano algo que tú pierdes y yo pierdo algo que tú ganas, ¿o no?

–Pos sí –remató Memo, y reaccionando, pregunta a *Tito*–, pero, y ¿tú?, cuéntame algo de ti. La riego de plano. No te dejo hablar. ¿Qué onda contigo eh? A lo que *Tito* respondió:

–Pues yo ya me titulé, estoy trabajando, he viajado por casi la mitad de los estados de la República, sigo viniendo a Saltillo aunque cada vez con menos frecuencia, mis papás y hermanos bien, gracias a Dios. A Monclova no regresé desde aquellos años, ¿te acuerdas?, y ahora se presentó la oportunidad porque el despacho para el que trabajo hace la auditoria de Fertimex y aquí estoy. También voy a ir a Saltillo, a Zincamex, ya ves que son paraestatales y se tienen que auditar por el fin de ejercicio del año pasado. Por eso creo que andaré por estos rumbos por lo menos durante unos tres o cuatro meses. No es mucha la paga, los despachos no pagan bien, pero se aprende mucho y se viaja mucho y ya con los viáticos, pues algo queda. Por ahora estoy bien y sólo que me salga una buena oportunidad, cambio de patrón. Ahora tengo el nivel de supervisor de grupo y eso es bueno. Estoy en la fase de preparación y planeación de esta auditoría para luego mandar llamar al resto del grupo que me va a ayudar. Como ves, me desenvuelvo en forma muy libre y eso me gusta. He conocido a mucha gente y he recorrido por lo menos unas treinta empresas, lo mismo estatales que privadas con este despacho. Pero tuve la oportunidad de conocer el olor de la pólvora desde que era estudiante, trabajando por horas libres en despachos de contabilidades, de modo que ya me siento capaz de tener mi propio despacho o de asumir responsabilidades en alguna empresa o puesto del gobierno, lo que caiga, pero que aguante, que valga la pena. Oye Memo, y pasando a otra cosa, ¿cómo le habrá ido a Magy?, ¿qué sabes de ella?

–Pues ella se casó, de vez en cuando la veo por ahí sola o con su esposo, con un saludo muy frío, digamos, tú sabes que no había para más ya desde entonces, y por lo que veo, yo creo que está bien, sé que su esposo siempre ha andado en la grilla sindical y ahora está en la planilla en turno. Es un pelao muy metido y grillo, de esos que siempre quedan bien parados y la ha sabido hacer. Creo que tiene dos o tres hijos, un hombre y dos mujeres, no me hagas mucho caso, les he visto buenos carros, casi siempre del año y como casi todos los líderes del sindicato acaban por tener buenas casas, en buenos lugares, no dudo que ellos también vivan en un buen lugar, no sé dónde, pero eso me lo imagino, ¿qué onda, no la olvidas?, maliciosamente preguntó Memo a *Tito*, a lo que éste contestó, con toda serenidad y adustez:

–Olvidar, no, sólo la recuerdo como a la novia de la adolescencia, respetuosamente, sin doblez. Allá de vez en cuando me sucede. Imagínate que se hubiera quedado esperándome, qué locura.

–Sí, bien recuerdo lo que hablamos en aquella noche anterior a que te fueras. 'La novia del estudiante no es la esposa del profesionista'. Pero, y cómo lo sientes ahora, ya pasado el tiempo.

–Pues no me arrepiento de lo hecho. Ha valido la pena mantenerse soltero. Me da mucho gusto oír que ella está bien y que tiene una familia. Ella nació para eso y creo que lo logró, eso es lo importante, se lo merecía, era y creo que lo sigue siendo, una gran mujer. Pobrecita, con tantas carencias también en su época de estudiante, y con su familia tan numerosa y sin dinero, me alegro, de corazón lo digo, me alegro de su buena situación. Siento que esta noticia me quita un peso de encima, un peso del que no tenía conciencia hasta ahora, en que siento un alivio al oírte. Y, tú, ¿lo conoces a él?

–¿A quién, al marido?; –Sí, a él; –No, sólo lo he visto con ella, y sé de sus actividades porque seguido sale en el periódico haciendo declaraciones, tú sabes, de ésas, de ondas sindicales, y nada más; –Oye Memo, y qué hay de tu hermana Rosy. ¡Ah!, cómo me acuerdo de aquellas 'viriguatas' entre Rosy y tu papá, ¿te acuerdas Memo? –Memo responde:

–Sí, hombre, era el cuento de nunca acabar, y más cuando mi hermana empezó a ir a bailes, siempre eran de los que se hacían en el casino, si no, no. Y pobre, porque de ésos no había seguido, tú sabes, se tenía que contratar a muy buenas orquestas y eso era muy caro, y la entrada al baile, pues también era cara. Poco

le duró el gusto, porque no duró mucho de soltera tampoco, casi nos casamos juntos y luego luego encargó familia, así que tampoco el cuñado le pudo hacer sus gustos. Se conocieron en ese ambiente, pero una vez llegados los compromisos de padres, así como tú lo dijiste una vez, hasta el 'modito de andar' se le quitó, porque así pasa. Ahora, sus huercos, no hacen otra cosa que comprar pura música de ésa, tú sabes, de los grupos actuales... que si *Los Fredys*, que si *Los Seilors*, *Las Muecas*, *Los Fresno*, y todos esos grupos de ahora, que lo único que han cambiado son los instrumentos, porque lo que cantan sigue siendo lo ranchero. Ya ves que esos grupos no usan acordeón ni bajosexto, ahora son teclados electrónicos y se visten de traje y corbatita, ya no hay sombreros ni botas, y todo aquello que esos grupos vinieron a cambiar y bien que le han sacado jugo. Bastó que se dieran esos cambios para que la Rosy y todas sus amiguitas 'fresas' dejaran de criticar y le entraran a la onda ranchera también. Yo creo que es por eso que a sus hijos no les prohíbe nada. No veo otra diferencia. Nuestros huercos, todavía no son de bailes, pero sí de radio y de tocadiscos, son los que compran discos y mueven ese pandero, tú sabes. Inevitable. Ahora las discusiones, aunque ya no como antes, se refieren a 'grupos', no a las canciones, que si los de ahora copian a los de antes, que si los de antes sólo tocaban en cantinas, fondas y burdeles, y cosas así, que de no ser porque ya mi hermana no está en la casa de papá y que ya tiene otras preocupaciones, no dudo ni tantito que todavía tuvieran aquellas 'viriguatas', como dices tú.

Se percibía en el ambiente una especie de ganas de dejar para otro día la plática, pues poco a poco los temas iban de unos a otros, pero además eran más intrascendentes, con el fin de no hacer silencios, pero era entendible, pues al parecer lo más importante ya se había desahogado y tal vez sólo hacía falta que, en otra ocasión, se hablara de alguna continuidad en los temas, es decir, no caer en redundancias. El timbre del teléfono vino a romper la parálisis temática en que se había caído y Memo acudió a contestar. Era su esposa, quien le avisaba que se había pasado a casa de su mamá y que a eso se debía su tardanza, cosa que *Tito*, al enterarse, aprovechó para decirle a su amigo que en otra ocasión pasaría para conocer a su hijo y platicar con su señora, dado que por la mañana, muy temprano, habría de presentarse a su trabajo. Memo, por su parte, opinó lo mismo, y dándose las buenas noches quedó establecido el compromiso para verse en una fecha posterior.

Al día siguiente *Tito* continuó con su programa de trabajo, habiendo enviado a la ciudad de México un informe preliminar a efecto de que se fuera previendo la cantidad de elementos que se habrían de requerir para efectuar la auditoría. Al

mismo tiempo avisó a sus superiores su intención de trasladarse a la ciudad de Saltillo y efectuar lo mismo que ya había hecho en Monclova, es decir, avanzar en los preparativos de la auditoría a la empresa Zincamex, dado que los trabajos de acomodamiento y ordenamiento de cosas a inventariar en la empresa Fertimex, se iban a llevar algunos días por parte de operarios de la misma. Terminado su turno continuó con su labor de relaciones y habló por teléfono con la hermana de Memo, Rosy. Naturalmente que para efectos de una visita a casa de aquella, era necesario que lo comentara previamente con su esposo y, por eso, el plan era que hasta el día siguiente se volvieran a comunicar, para ver si era posible una invitación, por lo que después de haber cenado esa noche, *Tito* se aprestó a salir a caminar por las calles del centro de la ciudad. Por lo mismo era obligado pasar por la plaza principal, a pesar del frío que hacía, *Tito* inconscientemente se vió tentado a acudir a ella, para luego recordar tiempos pasados: "¡Cuántos años han pasado! Tal vez no sean tantos en realidad. Ya no hay estanquillos (de nuevo entra en ese estado de tercera persona, lo que le era tan común)". <Pero, ¿te fijaste *Tito*?..., ya por lo menos vimos un cafecito, ya de 'pérdiz' para no andar enfriándonos ¿te acuerdas?> "Y cómo no habría de acordarme *mi buen*, aunque, si te fijaste, ese cafecito es la cafetería de los transportes Anáhuac, sólo que remodelado para que parezca algo independiente, pero como bien dices... ya de 'pérdiz'". <Sí, ya de jodido. Y mira *Tito*, ya también hay discoteca>.

Tito se encontraba parado en esos momentos precisamente frente a la entrada de uno de esos lugares, que a inicios de los años setenta hicieron presencia en casi todo el país. Se encontraba cerrada y sólo estaba a la vista el anuncio de un grupo que se habría de presentar el sábado siguiente. "Pero, por lo demás *mi buen*, no hay grandes cambios. Las construcciones siguen siendo las mismas, ni siquiera remodeladas, o nuevas, lo que ya estaba sigue estando pero más deteriorado. ¿a dónde irá a parar tanta lana que rueda por aquí? Porque AHMSA sigue siendo una gran empresa y muy espléndida, no como en Saltillo, que ninguna de las grandes empresas locales se preocupa por nada. <Sólo por chingar, mi *Tito*, sólo por chingar. Aunque ahora con las armadoras de carros por lo menos hay chamba, lo demás, ya será cosa del municipio, que trabaje para quitarle al pueblo lo rabón>. "Sí, *mi buen*, tengo curiosidad por ver lo que está pasando. Según me han dicho, todo está muy cambiado, o por lo menos, está cambiando".

Tito se había adentrando en otro sector de la ciudad y entre calles y callejones la vista era la misma, un atraso irresponsable, secular. Pavimentos en mal estado o inexistentes, sobre todo en los callejones. Pozos, alumbrado pobre, y las banquetas, esas banquetas, simplemente se desconocían. "¡Qué chinga, *mi buen*,

para los peatones! Tener que andar toreando carros y camiones a la hora del tránsito pesado, ¿cómo andarán las colonias? Mejor vámonos a dormir y déjate de especulaciones, que esto está de la chingada, nada que ver y sí mucho frío".

Tito se dirigió hacia su hotel con paso apresurado y encogido de hombros para proteger sus orejas del frío inclemente que estaba haciendo. Una vez metido en la cama, encendió la televisión y en ese momento se estaban transmitiendo las noticias desde la ciudad de México... 'El presidente Luis Echeverría tenía problemas con el sector privado'.

A la mañana siguiente la rutina siguió: supervisión de los trabajos previos, revisión de respuestas a lo solicitado a los diferentes departamentos que, por cierto, aún no se recibía ninguna, seguramente porque se encontraban en proceso los datos e informes solicitados, etc., un día sin avances. Era casi el mediodía cuando una de las secretarias lo buscó, para decirle que alguien le estaba hablando por teléfono, y cuando tomó la llamada resultó ser de su amigo Memo, quien estaba invitando de nuevo a *Tito* a cenar. La invitación, según dijo Memo, era a petición de su esposa quien, al no haber estado presente la noche anterior se sentía apenada, además, como tampoco había podido conocer a su hijo, se aprovecharía la ocasión para tal efecto. *Tito*, por su parte, le dijo a su amigo que invitara a Rosy, ésa sería una buena ocasión para poderla saludar y no tener que depender de la búsqueda de alguna oportunidad, misma que pudiera resultar, aparte de forzada, molesta para el esposo de aquélla. A Memo no le pareció mala la sugerencia y así lo dijo, por lo tanto, una vez terminada la conversación, buscó a su hermana para comunicarle el plan, y así las cosas, todo quedó pendiente para esa noche porque a esta última también le pareció una buena idea.

Por la noche encontramos en casa de Memo y su esposa Yola al hijo de éstos, a Rosy con su esposo y sus dos hijos y, por supuesto *Tito* después de ser presentado como invitado. Afortunadamente su presencia y trato no fue mal aceptado y, por lo mismo, todo favoreció para que se pudiera entablar una charla afable, prolongada, ligera, y sobre todo anecdótica y constructiva. *Tito* resultó ser una persona interesante y con muy vastas experiencias, las que en todo momento venían a servir para que la reunión no resultara aburrida e insípida. Los temas fueron y vinieron en muy variados aspectos y en un momento muy apropiado, que *Tito* pudo percibir y, además, aprovechar, preguntó a Rosy:

–Oye, Rosy, y ¿todavía sigues con aquella onda de que la música acordeonera es sólo para cantinuchas y fondas de mala garra?, ¿te acuerdas? Porque, eso a

mí se me quedó muy grabado en la memoria, pues fue lo último que hablamos aquella noche de hace más de diez años allá en la casa de tus papás, ¿te acuerdas?

–¡Qué pena!, expresó Rosy sorprendida por la pregunta de *Tito*, yo creía que ya nadie se acordaba de eso. No, no, qué malo eres amigo, eso no se vale. –Continuaba Rosy, diciéndole a *Tito*, asomando una risa de vergüenza y cubriéndose la cara con las manos.

–Pero Rosy, no me dirás que tú no te acordabas de eso, porque no te lo voy a creer; Rosy agrega: –Claro que me acuerdo, como si ahorita fuera, pero es muy distinto a que otros lo hagan también. –Y, ¿por qué? –inquirió *Tito*.

–Pues claro –continuó Rosy–, mira *Tito*, yo no te sé decir qué fue lo que pasó. De pronto me vi envuelta en esa onda, con esas canciones y todo aquello que yo criticaba. No me he puesto a pensar en si acaso existe alguna diferencia en lo de ahora, o si en realidad sigue siendo lo mismo, pero el hecho es que ahora ya no digo nada de aquello.

Tito la interrumpe para recordarle algo: –Sí, mujer, tal y como lo dijo tu papá, ¿te acuerdas?, que la juventud es la única enfermedad que se quita con los años. A lo que Rosy asintió y continuó: –Claro que todo queda dentro de mí misma, pero eso de que alguien también lo sepa, pues me da pena, ¿me entiendes?; –Y, pena, ¿por qué?, ¿qué hay de malo?

–No, no es que tenga algo de malo, es que no sé qué contestar –dijo Rosy–, ni a mí misma. Sobre todo porque ahora sí me doy cuenta de lo que ofendo, y ofendería si lo siguiera diciendo y, por otro lado, ahora hago cosas que antes no hubiera hecho, o sea que, ahora, he ido a ver grupos de ésos, los oigo en radio, bailo esa música en las bodas o quince años, o en donde se toca eso para bailar, tú sabes. Por otra parte, a mi esposo le gusta, y qué decir de mis hijos, también andan en eso. Jamás me imaginé que algún día yo estuviera hablando de esto, y menos delante de la gente.

–Y ya lo ves, amiga, lo estás haciendo y no pasa nada. Y como bien dices, tal vez sea que se ha dado alguna diferencia y, que sin percibirlo, es lo que te ha permitido aceptar. Pero, a propósito, Rosy, yo creo que sí hay una diferencia entre lo de ahora y lo de antes.

–¿Diferencia?, pregunta Rosy, en tanto que *Tito* intenta explicar: –Esa música y esas canciones, ahora las interpretan grupos que no son acordeoneros, como

decías tú, sino que ahora tocan teclados electrónicos y los intérpretes son chavos de corbatita, sin sombreros y sin botas. Ahí tienes a *Los Seilors*, *Los Fredys*, *Los Yonics*, *Los Babis*, *Los Fresno*, *Los Solitarios* y muchos otros, lo mismo en grupos que cantantes solistas, que han venido a comerles el mandado a aquéllos y que, si bien es cierto la música, las canciones, y los sonsonetes, son los mismos, no hay que dejar de tener en cuenta que los instrumentos sí cambiaron y el vestuario, y otras cosas que vinieron a conquistar nuevos públicos, y ya no solamente en fonduchas o cantinas se escucha eso, sino en todo tipo de fiestas y bailes, o en la TV, y así..., de lo contrario, yo creo que seguirías pensando lo mismo que antes, y no lo creas, pero no eras la única persona que así lo pensaba, había mucha gente como tú. –¿De veras? sorprendida preguntó la señora. –Por supuesto, Rosy –contestó *Tito*–, así como tú, había mucha gente, lo que pasaba era que no toda esa gente era tan franca.

–¡Híjole!, qué peso me vienes a quitar de encima. Y yo que me sentía como chinche, ay, amigo, ¿por qué no estuviste aquí unos años antes?, ya caigo en cuenta, lo tenía enfrente, pero no me lo supe explicar. ¡Qué bruta!, sólo bastó que otro tipo de grupos tocaran aquello para que se me quitaran esos prejuicios, qué lástima que no me encontré en aquellos años con personas que pensaban igual que yo, así no me hubiera sentido tan mal. *Tito* refuerza lo dicho por Rosy: –Mira, Rosy, yo, a raíz de lo que te oí decir entonces, y luego observando otras cosas, caí en la cuenta de que tú no andabas tan equivocada. Al igual que tu epreciación, mucha gente también opinaba igual, incluso en pueblos del sur como en Michoacán o Guerrero y en otros tantos sucedía lo mismo. Curiosamente esa música con sus grupos y cantantes, sólo se escuchaban en cantinas o en las zonas de tolerancia, y sólo porque te tuve muy presente cuando la oía, fue que tuve que aceptar que tenías razón.

El resto de los ahí presentes no opinaba nada y solamente se dedicaron a escuchar a Rosy y a *Tito*, pero, repentinamente, Pablo, esposo de Rosy, interrumpió para oponerse, de algún modo, a lo que escuchaba, dado que él era un ciego apasionado de la música norteña, más que nada por sus mismas limitaciones locales para poder estar al tanto de otras corrientes o manifestaciones musicales, que por tener una cultura extensa acerca de este tema. Lo mismo, su pasión se sustentaba en esos mitos que nunca faltan, es decir, que no falta quién invente que lo lugareño es lo mejor del mundo y lo demás no sirve para nada. En este convencimiento *Tito* ya había caído con anterioridad, tanto que, justamente se hacía a sí mismo esas conjeturas con alguna frecuencia, recordando que como una forma de sentirse alguien y no sentirse marginado en aquellos años de estudiante, recién llegado a

la ciudad de México, tuvo que hacer uso hasta de mentiras, de modo que, si bien en ese preciso momento tal ignorancia por parte de Pablo no era del conocimiento de *Tito*, no fue necesario mucho para poderlo concluir, y así, bastaron unas cuantas intervenciones por parte de aquél para dejar en evidencia su pasión y su parcialidad, más que conocimientos que le permitieran ser objetivo.

–¡No, no la jodan!, –dijo Pablo– ustedes andan mal. Yo no sé por parte tuya –refiriéndose a *Tito*–, pero por lo que a mi vieja se refiere, siempre la oí decir eso y yo no estoy de acuerdo –el tono de Pablo, ya de suyo golpeado, al estilo del norte, se sentía hasta con un dejo de molestia– en mi casa y entre mi gente siempre hemos bailado y cantado o escuchado esa música, y no estamos ni somos ninguna zona roja, me perdonan, pero creo que ya van mal por ahí.

–No vamos a caer otra vez en lo mismo *Viejo* –repuso Rosy dirigiéndose a Pablo–; yo creo que este tema ya está muy discutido y además, entendido y creo que hasta superado. Esto es parte de una historia solamente y nadie está tratando de ofender así como tú siempre lo has creído.

Por su parte *Tito*, un tanto cuanto apenado por lo dicho, intervino para tratar de atenuar, de algún modo, lo ahí expresado. Sobre todo porque en realidad no existía el mínimo propósito de ofender pero que, sin embargo, era algo ya experimentado en otras ocasiones, dado que nunca falta quien se ofenda, como es natural, y más aún tratándose de personas que no han tenido la oportunidad de darse cuenta de otras realidades.

–Pablo –dijo *Tito*–, yo me disculpo ante ti si crees que he cometido una ofensa. Yo te suplico que me creas, que no se trata más que de una plática, de algo ya tan viejo, que debes de entender que fueron cosas de jóvenes.

–¿Sí?, ¿de jóvenes? –replicó Pablo, a cuya reacción habría de agregarse el efecto de las cervezas, que también, dicho sea de paso, las ingería tan de golpe, que parecía que se trataba de leche–. Sí, bien que lo acabas de decir, que en el sur sólo en las zonas rojas se escucha esa música, reprochaba Pablo, en tanto que *Tito*, aclaró:

–Yo dije que así sucedía, que lo vi en aquellos años... no dije que eso estuviera sucediendo ahora, incluso, te aclaro, que hace muchísimos años que no me paro en uno de esos lugares, porque la verdad, nunca me han gustado, pero sí digo, la verdad... que en aquellos años así lo percibía.

–Ya quisieran muchos parecerse al *Piporro* –remarca Pablo– ése sí que les da las buenas y las malas al que quiera, y nomás hay que verlo y oírlo en la TV, en radio, en películas y lo mejor, ¿cuál zona roja?, ¡díganme… cuál!

Las disculpas ofrecidas por *Tito* y las intervenciones razonadas de parte de Rosy no surtían efecto alguno, todo lo contrario, el tono utilizado por Pablo se sentía cada vez más enfático, hasta que por fin, interviniendo Yola, la esposa de Memo, se logró que Pablo se calmara un poco.

–Ya compadre, cálmate, cálmate. Estás interpretando mal las cosas. Fijate compadre, que después de oír a la Rosy, y ya desde hace años de eso, yo sin quererlo, le fui poniendo atención a las canciones y a grupos, y todo eso, y es cierto, en una buena medida claro, fui observando que esa onda era muy de cantinas. No puedo decir si también era de zonas rojas porque no las conozco, pero no lo dudaría, yo creo que esos clientes de esas cantinas también son los de las zonas rojas. Y lo de las fonduchas, nomás había que ver a las mujeres que atendían aquellas fondas que estaban en la Morelos, que lo mejor era no pasar a ciertas horas de la noche, porque corrías el riesgo de pasar un mal rato. De eso, compadre, tú bien que lo llegaste a ver, es más, en aquella reunión que tuvimos para hacerle la despedida a la Rosy, estuvimos botaneándonos con lo que por ahí se veía, no te hagas. Hasta tú mismo estuviste arremedando a los borrachines y a las viejas del lugar, lo que pasa es que ya no te acuerdas o no te quieres acordar, ya te lo he dicho otras veces, pero lo niegas, que hasta nos tuviste muertas de risa.

–Sí, comadre, pero tampoco vamos a cambiar nuestras cosas por otras y menos del sur, que no tengo nada contra eso, pero lo nuestro es lo nuestro y ya, ¿o no?

Tito, por su parte, interviene: –Mira Pablo, si te fijas, en Monterrey por ejemplo, le han hecho cunita a los 'porros' (ritmo colombiano) y a la cumbia, que son ritmos del sur, o sea, colombianos, y desde ahí nos lo han ido inculcando poco a poco a todos y desde ahí haste lo han ido exportando, como algo que fuera suyo, es más, parece ser, que hasta una gran colonia de colombianos se ha ido formando en esa ciudad, y no por eso ha dejado de ser la ciudad que es.

–¡Salud, salud!, intervino Memo elevando su cerveza, tratando de romper la tensión, y lo logró, haciendo que también Pablo hiciera lo mismo, y todos al unísono correspondieron al brindis. –¡Sí!, –agregó *Tito*–, chupando, chupando, más glu glu,... que mucho bla bla... no emborracha y la casa pierde, ¡órale! –lo expresado por *Tito* causó gracia y por fortuna el ambiente se pudo distender.

En eso estaba el grupo cuando repentinamente se escucharon unos toquidos en la puerta. Rosy acudió a abrir y la sorpresa fue que se trataba de don Arturo y su esposa. Memo no pudo ocultar su sorpresa, y por qué no, hasta un gesto de gusto. La ocurrencia se le atribuye a Yola, quien tal vez por la manera en que con tanta deferencia trataban a *Tito* en aquella familia, y ya no se diga por parte de su esposo, pensó que sería un buen momento para acercar a Memo con su papá, por lo tanto, astutamente, desde el momento en el que sus suegros entraron a la casa, no perdía detalle. Ciertamente pudo observar que el rostro de Memo se iluminó y que ni tardo ni perezoso se dirigió hacia ellos, abrazando a su mamá como si en muchos años no la hubiera visto. Cuando se volvió hacia su papá, también lo saludó con respeto dándole la bienvenida, se apresuró a ofrecerles el lugar que en el sofá, unos momentos antes estaba ocupando.

Yola, simplemente se dijo a sí misma: "¡Perfecto!", y dirigiéndose a don Arturo, le dice: –¡Qué bien, don Arturo!, muy grata sorpresa. En ese momento, Yola se dirigió a *Tito*: –Oye, *Tito*, ¿me quieres ayudar con algo por acá?, ¿sí?, por favor. Y *Tito* de inmediato atendió a la petición acudiendo hacia la cocina, una vez ahí Yola le dice en voz baja: –Disimula *Tito*, disimula, por favor, que no quiero que se sepa, al menos en este rato, que yo fui quien los invitó. Nunca quieren venir, tú ya sabes algo, ¿o no?

–Bueno, algo me ha platicado Memo, pero no te preocupes, creo que estoy agarrando la onda

–¡Qué bueno!, en tono de agradecimiento remarcó la señora, entonces vamos para allá con ellos, yo después lo aclaro con Memo, porque de seguro que me va a preguntar algo, pero tú *Tito*, no le digas nada, tú disimula por favor; –No te preocupes, dijo *Tito*.

Yola aprovechó el momento para pedirle a *Tito* que se pusiera a encender el carbón para asar la carne, y así volver a donde se encontraban los demás, pidiéndole a Memo que fuera a ayudar a *Tito* y evitar a como diera lugar, preguntas. Se hablaba de cualquier cosa. Yola se esmeraba en atender a los suegros y procuraba que, al menos en esos momentos, no se cruzaran preguntas entre don Arturo y su hijo, porque ella, al invitarlos, dejó entrever que era deseo también de Memo. Hasta esos momentos todo le estaba saliendo a pedir de boca. Pablo también acudió a donde se encontraban *Tito* y Memo, para ayudar en algo, por lo que dentro de la casa se quedaron solamente las mujeres y don Arturo, quien cuidándose de un catarro, procuraba no exponerse al frío y, a la

vez, dirigiéndose a Yola, le observó que el ambiente estaba muy triste, que hacía falta algo de música. Yola se turbó irremediablemente, ya que ella conocía los gustos del señor, los gustos de Rosy, los de Pablo, las observaciones de *Tito* y, en fin, pensó que se avecinaba una tormenta.

–Pues tengo algunos discos por ahí, suegro, a ver qué encuentra que le guste, don Arturo le tomó la palabra y se puso a buscar algo para ponerlo en el tocadiscos, en tanto que Yola se quedó expectante, esperando la reacción, que, a Dios rogaba... no sucediera. Después de una búsqueda, don Arturo dijo a Yola: –Voy por unos discos al carro, son muy buenos para estas ocasiones. Efectivamente, cuando regresó, traía bajo el brazo una buena cantidad de discos LP, lógicamente con música de su gusto. Ni tardo ni perezoso encendió el aparato, colocó un disco y le abrió al volumen. Yola, por su parte, aguzó su mirada, dirigiéndola hacia Rosy, hacia la mamá de ésta y, por supuesto, hacia don Arturo. Se dieron, como era de esperarse, unos cruzamientos de miradas entre las mujeres, mientras que don Arturo, que bien sabía lo que estaba haciendo, simulaba no darse por enterado, ocupándose en comer botana y atender a su gusto musical. Era un disco de *Los Rancheritos del Topo Chico*, con algunos éxitos de los años sesenta (*Pa' qué y por qué*, *La novia blanca*, *Limosna de un hijo*, *Al ver*, etc.), Yola seguía el ritmo de la música golpeándose, ligeramente, con las palmas de sus manos en las rodillas, como una forma de mensaje al suegro, en acto de aceptación a su elección. Era lógico que por la mente de Rosy cruzaran imágenes, recuerdos, conjeturas, todo derivado de los indicios que, naturalmente también ella observaba. La señora Rosa fingía distraerse cambiando platos de botana, yendo y viniendo a la cocina, rellenándolos, levantando migajas de papitas que había sobre la mesita de centro o en el piso, y en fin, que cada una buscaba el modo de que no se fuera a dar motivo a comentarios, mismos que fueran a provocar otra discusión. Yola, finalmente, sólo se dedicaba a atisbar, sin quererlo estaba cumpliendo el papel de árbitro.

Afuera, en el pequeño patio de la casa, el carbón ya había sido preparado para asar la carne. También, al escucharse las canciones los comentarios no faltaron. Por parte de Memo, la preocupación consistía en que por encontrarse Rosy y su papá frente a frente, pudiera darse alguna fricción por los motivos ya de sobra conocidos, y como en un acto de pura fe, de que no se presentaría ningún altercado, no se hacía presente en la sala ni para satisfacer la más mínima curiosidad. Por lo que mientras platicaba con los demás, allá en el fondo de su mente, cabalgaba su preocupación, sin darla a conocer. Pablo mostraba un franco aspecto de satisfacción y, dentro de sí, no era de dudarse que al darse por muy

satisfecho pensara simplemente: "Pa' que se les quite". Por lo que toca a *Tito*, éste, como ya estaba en conocimiento de todos los antecedentes desde hacía más de diez años, sabía lo que sucedía, ya que, en cierto modo, ahora él había propiciado la lluvia de conceptos que se habían dicho apenas un par de horas antes, simplemente estaba a la expectativa y, sobre todo, apoyando a Yola en su propósito por acercar a Memo con su papá. Los primeros cortes de carne empezaron a salir de la parrilla y como es costumbre en estos eventos, los hombres son los que atienden, llevaron la carne, las tortillas y los demás ingredientes a la cocina, para que las mujeres se sirvieran a su gusto. Ya estaba por finalizar el segundo o tercer disco de los que don Arturo había escogido, por lo que Rosy estaba escogiendo alguno de los que su hermano tenía, decidiéndose por uno de *Los Ángeles Negros*, interpretando varios de sus éxitos de origen, lo mismo que unas composiciones de José Alfredo Jiménez. Así, las cosas favorecían para que todo transcurriera sin novedad, en perfecta tolerancia, sin discusiones. El disco seleccionado por Rosy se empezó a escuchar notándose, por lógica, un gran contraste, puesto que aunque eran canciones de José Alfredo J. y de las tradicionalmente llamadas rancheras, los arreglos y la instrumentación lo mismo que los estilos empleados por *Los Ángeles Negros*, y luego un disco de *Los Humildes*, con esa instrumentación electrónica que usaban, cantando rancheras en un popurrí, era también algo muy distinto a lo anteriormente seleccionado por el señor, como lo eran *Los Alegres de Terán*, *El Palomo y el Gorrión*, y así otros de esos tiempos, o cantantes solistas como Juan Salazar (con su *Negra suerte*), Juan Montoya, Pedro Yerena (con su infaltable *Lámpara sin luz*), etc. A medida que el tiempo transcurría, cada quien fue dándose el gusto que a cada cual cuadraba y, así, también Pablo escuchó un disco de *el Piporro*. Todo parecía o daba la impresión de que lo que cada uno seleccionaba, sólo a él, en lo muy personal interesaba o gustaba, y como nadie se daba por correspondido, no compartía lo del otro ni se lo festejaba aunque en el fondo fuera lo mismo. Aparentemente sólo se esperaba a que un disco se terminara, para que de inmediato siguiera el del otro turno y así sucesivamente ocupar el aparato.

A nadie le pasaba inadvertido lo que sucedía, pero nadie comentaba nada, seguramente por no caer en el papel de ave de tempestades y desatar otra trifulca. Todo se volvió un compartimiento de tolerancias, en lugar de un intercambio de gustos. Nacía en cambio una frustración por no encontrar eco en los demás. Todos tenían sus gustos muy personales, y lo más significativo era que siendo todos tan extrovertidos todo transcurriera en paz por una mera aportación de un buen grado de tolerancia, algo nada bueno para los sentimientos. Era algo puramente razonado y que en lugar de sentirse relajados, se iba acrecentando un

sentimiento de tensión, de tal modo que la presencia del alcohol sería el elemento que empujara hacia una explosión. El polvorín estaba al máximo.

Tito se aproximó al tocadiscos a buscar entre los discos alguno que fuera de su gusto, y siendo él, el único que no había escogido algo, todos lo siguieron con la mirada y quedaron expectantes, llevándose la sorpresa de que, como al parecer, no le gustó nada de lo existente, cambió el selector del aparato hacia el radio, y como ya por la noche entran con facilidad y con cierta claridad algunas estaciones de la ciudad de México sintonizó la XEB, estación que dentro de sus programas difunde música bailable muy variada, lo mismo que música cantada, y vino el rompimiento total de todo aquello ya que en esos momentos se estaba escuchando ¡un danzón!, ¡oh, sorpresa!, y terminado el danzón vino un ¡mambo!, luego una interpretación de *Alfredo Gutiérrez y su charanga ballenata*, ya que las emisiones suelen ser de tres en tres piezas seguidas, sin interrupción comercial. Las miradas se cruzaban entre unos y otros, pero la tolerancia continuaba y nadie hacía ningún comentario, siendo *Tito* el único que se festejó a sí mismo y empezó a bailar solo o haciendo como que bailaba, puesto que el alcohol, lo dotaba de cierta desinhibición, lo mismo que su percepción de lo tenso del ambiente, que convertía aquella reunión en todo, menos en un convivio alegre, relajado, sincero y constructivo, así como también la percepción de que poco o nada se lograría entre Memo y su papá, según el plan de Yola y que la reacción que pudiera darse en Pablo, no le importaba, y continuaba bailoteando. *Tito* en su interior se decía a sí mismo: "¿Cómo la ves *mi buen*?, qué pinche ambiente, ¿no lo crees?" <Pos qué te esperabas –se contesta>.

El tal Pablito es un pobre pendejo, ignorante y cerrado para colmo. Incapaz de sensibilizar algo que no sea su pobre alcance, ni de dar a los demás un lugar, lleva el mismo camino que don Arturo, no evoluciona, pasará el tiempo, y no aceptarán que hay otras cosas en el mundo tan buenas o mejores que las suyas. La Rosy, por lo menos ya aceptó que cambió, eso es bueno. Sin dejar lo suyo ya se podrá acercar a sus hijos. Se ve que lo que ha leído o vivido le ha servido para abrirse al mundo, hasta en su modo de expresarse se le nota. Mi cuate Memo, tan apocado, pero tan noble y tan generoso, tan buen hijo, tan buen padre y esposo. Lo vi reverenciar a sus papás y expresarles tanta alegría, que él mismo se merece respeto. Y Yola, en medio de todo, como jamón de *sandwich*, gastándose lo poco que tiene para acercar a Memo con su papá, y ya mero se acaba esto y nada de nada.

Ojalá y yo no esté regando el tepache, esto lo estoy poniendo más tenso de lo que estaba, mi selección no les gustó. Pero nadie dice nada, ni siquiera protestan,

y mira que son extrovertidos. Estamos jodidos, ni hacen ni dejan hacer. Y la pobrecita de doña Rosa, al fin mujer abnegada, afanando en su papel de conciliadora, con un esposo que no la deja ser porque sólo su chicharrón truena. Este señor bien que sabía lo que pasaría al poner su música pero se ve que no le importó ni tantito, si al menos no hubiera abierto el repertorio con lo suyo, todo se hubiera ido por otro lado, pero ya ni modo. *Tito*, dirigiendo su mirada hacia Yola la vio como desmoralizada, por lo que pensó en que ése era el momento de hacer algo, pero, ¿qué? Cuál habría de ser el camino, qué remedio se puede poner ante gente que no tiene temas ni da crédito a otros. Temas que no fueran los deportivos o escuchar canciones cantineras y de lamentaciones. Qué hacer ante gente sin más competencia que no sea la de vaciar botellas de cerveza, en reuniones tan aburridas porque ya se sabe, de antemano, la hora de inicio de la reunión lo mismo que la hora en la que ya todo se va a enfriar; en donde no hay lugar a la sorpresa ni a la casualidad; ¿por dónde atacar?

Los ahí presentes no eran de baile estaba visto. No eran de cantar, el gusto de uno no era el del otro aunque el género musical fuera el mismo, ninguno de ellos cedía; si ante lo similar no sucedió, mucho menos ante lo totalmente opuesto, como lo fue cuando *Tito* encendió la radio; cada uno con lo suyo, porque no hubo uno que impusiera sólo lo suyo (que ésa es la costumbre), y que los demás se jodan (papel que suele asumir el jefe de la casa, el de la fiesta o el de la reunión). El remedio ante estos casos cada uno se lo fabrica, y consiste en ponerse a platicar por separado, mientras el que pone su música la escucha, pero solo. En efecto, mientras *Tito* conjeturaba todo esto, cuando observó de nuevo a los demás, se encontró con una sorpresa, cada pareja platicaba entre sí. La música no existía, la cena ya se había servido, otro interés no existía, la cerveza se terminaba, a nadie se le ocurría algo en común, ya todo, todo, se había enfriado.

Tito, que había estado parado junto a la radio, le bajó el volumen a lo que estaba escuchando y se regresó a su asiento en la sala, un tanto cuanto desanimado, y sin tener pareja con quien hablar, por ello se valió del hijo de Memo, quien andaba por ahí, aún trasnochando. Le preguntó algo sobre su escuela, sus amigos, su deporte favorito, y cosas que pudieran ser del agrado del niño, dado que aún lo era, apenas unos 6 ó 7 años, lo que por naturaleza no permitía más. No obstante, a *Tito* se le ocurrió preguntarle sobre cuáles eran sus discos preferidos y ni tardo ni perezoso se dirigió hacia ellos para traer unos. Se trataba de discos de *Cepillín* y de Lázaro Salazar, y en un plan con maña, *Tito* le pregunta que si quería escucharlos y el niño asintió. Se colocó uno en el aparato y la monotonía se rompió. Primero por lo contrastante, luego, por lo extraño en una reunión de

mayores, y a no dudar, porque por tratarse del hijo de los anfitriones había que ponerle atención de tal modo que los abuelos lo aceptaron, y lo mismo sucedió con el resto de los presentes, aunque, nomás por no dejar, los padres de Memito, le llamaron la atención, pero *Tito* intervino diciéndoles que había sido idea suya y no del muchacho, por lo que Memo y Yola simplemente expresaron un, ¡Ah, huerco éste!, si tú ya deberías estar dormido.

Los comentarios no se dejaron esperar y todos coincidieron en que, en un futuro no muy lejano, habría de existir otro género de música, intermedio entre jóvenes y niños y que, desafortunadamente *Cri Cri* estaba por pasar a la historia. Al fin, un tema vino a servir de punto de enlace. Ése fue *Cri Cri*. Incuestionablemente un referente común a todos, coincidieron en que para que pasaran a la historia, de verdad que las nuevas generaciones de creadores de música infantil iban a batallar. Sin haberlo pensado, esto fue lo que, entre opiniones y opiniones, intercambio de formas de pensar, etc., vino a propiciar que Memo y su papá se enlazaran platicando... ¿de qué?, sólo ellos sabían... en tanto que entre Yola y *Tito* se cruzó un mensaje con la vista y, con él, una sonrisa de satisfacción. ¡Al fin!

La reunión tocó a su fin. *Tito* regresó a su hotel y cada uno a su casa. Don Arturo se despidió de Memo de un modo que todos lo notaron, ¿ cuál fue el motivo?, sólo ellos lo sabían pero, finalmente, fue de un modo reconciliado, contentos, y Yola recibió un abrazo por parte de los suegros, en son de agradecimiento, de aceptación, de tono promisorio para que en lo futuro se dieran mejores relaciones.

El viernes llegó y *Tito* se presentó a sus labores a la hora de costumbre. Los avances eran los programados, todo estaba en marcha conforme a lo previsto y eso daba la seguridad para que el traslado a Saltillo se diera en cualquier momento y presentarse en aquella ciudad en la semana que estaba por entrar.

Saltillo, Coahuila

El domingo por la tarde *Tito* decidió trasladarse a Saltillo con la finalidad de dormir ahí, y, el lunes por la mañana, lo más temprano posible, presentarse a la empresa que seguía en el programa. Durante el trayecto, de nueva cuenta, sumido en sí mismo iba y venía a través del tiempo y la memoria. Hacía un buen tiempo que no visitaba su tierra y su familia, los viajes hacia otros lugares con motivo del trabajo que ahora tenía, lo mantenían ocupado e imposibilitado para hacer visitas más frecuentes.

Por ese tiempo *Tito* ya tenía más de cuatro años sin visitar la ciudad, aclarando que a la familia sí la había visitado, pero de entrada por salida, en no más de 24 horas cuando mucho, y la última había sido hacía más de un año, lo cual implicaba que para nada había recorrido la ciudad y verla en su estado actual. Por tal motivo la curiosidad lo invadía, puesto que se hablaba de grandes cambios en sus vialidades, en remozamiento del centro, de plazoletas y de algunos edificios, ampliación de calles, reordenamiento urbano que daba lugar a centros comerciales modernos lo mismo que a zonas industrial y hotelera, en fin, algo sumamente llamativo y que, a querer y no, a cualquiera que hubiera conocido la ciudad hasta fines de los años sesenta le podría parecer algo para no creerse, puesto que la ciudad, hasta antes de esos años, era un verdadero desastre, ya que en el centro lo mismo había fruterías que bodegas de cueros apestosos, o de establecimientos compradores de fierro y papel viejo y todos esos desechos que provocan la existencia de nidos de ratas y de otras calamidades, al lado de esto carnicerías, tenditas de abarrotes mezcladas con cantinas y fonduchas disfrazando burdeles, con las sinfonolas a todo volumen, casi en la puerta de entrada. ¡Ah! y no muy lejos de ahí algunos vestigios de lo que fuera, hacía unos pocos años la zona roja, misma que durante muchos años estuvo instalada en el mero centro de la ciudad. Calles en las que se encontraban cantinas, con sus olores característicos y su música, tan propia de ellas, lo mismo una al lado de otra, que en las cuatro esquinas del cruce de calles o una en cada cuadra, sin importar si cerca de ellas había escuelas, iglesias o casas familiares. Un mercado pestilente albergando cualquier cantidad de giros comerciales, tan opuestos salubremente unos de otros.

Afuera del mercado gran cantidad de puestos techados con mantas colgadas de ventanas y postes invadiendo las vialidades y obstruyendo el paso hacia algunos domicilios situados en el centro de la ciudad, sitio que servía de lugar de reunión a todo tipo de personas y para toda clase de asuntos. La ciudad, como estaba, no permitía que otras personas instalaran negocios, porque no tenían propiedades en aquel perímetro central. Todo estaba acaparado por unos cuantos, que eran libres de mezclar giros comerciales sin ningún reglamento ni restricción alguna, puesto que eran los mismos que conformaban el cabildo u ostentaban algún puesto en el gobierno municipal, de esos que permiten traficar con influencias. Hasta las fachadas antiguas se acabaron, sucumbieron ante la ambición de los dueños de estas edificaciones, quienes en su afán de convertir en negocios sus antiguos domicilios, hicieron todo tipo de modificaciones y divisiones, sin instalaciones de salubridad, ni nada que dignificara la ciudad, ni en su presente ni para su futuro, resultando de todo eso, lo mismo una fábrica de prendas de mezclilla que una botica o un expendio de vinos, licores y cerveza.

Esta era la ciudad que *Tito* había dejado hacia más de diez años, lo que, por lógica, al saber de todos esos cambios de que le habían hablado, y llevados a cabo en unos dos años, despertaban su curiosidad. El traslado de Monclova a Saltillo, por las condiciones de la carretera, aunado a otros factores, como el que los autobuses levantaran y bajaran pasaje en forma intermedia en los ejidos, se llevaba más de tres horas, tiempo durante el cual *Tito* hizo todo este tipo de elucubraciones, de juego y combinación de recuerdos y autocríticas de su lugar, cosas que la gente solamente a sí misma se puede decir, puesto que decirlo en público implicaría la lapidación. Solamente el silencio puede preservarnos de la marginación. *Tito* terminaba su autocrítica: "Oye, *mi buen*, no puedo entender cómo Atahualpa Yupanqui, dice en uno de los poemas que canta... 'Que no se quede callado quien quiera vivir feliz...' (¿?). ¡Imagínate nomás!, decirle directamente a la gente lo que hemos venido pensando en el camino, implicaría que no nos permitieran entrar en la ciudad". <Sí, mi *Tito*, mejor ya no pienses nada, no sea que te lo vayan a notar, y... ¡en la madre!> Se empezaron a ver los primeros caseríos de la ciudad. Nada extraordinario, lo mismo que en todas las entradas de cualquier ciudad. Algunos remedos de calles y lógicamente, sin pavimentos, arroyos para el desecho de aguas residuales, tendederos de ropa a la vista, casas en desarrollo, perros al por mayor, chatarra a montones ocupando las calles, vehículos que alguna día lo fueron y que ahora, tal vez sólo signifiquen un mero sueño de sus propietarios de que, algún día, los van a poder reparar; automóviles 'chocolates' ingresados al país de manera ilegal, que por baratos significaron la materialización del sueño de alguien de poseer un carro; pero que cuando ya no pudo sostenerlo simplemente hizo nacer el sueño de que, algún día, lo va a echar a caminar de nuevo, lo que en la realidad no sucede. Sin embargo ensucian las ciudades, las contaminan, las afean y de paso, le parten la madre al precio de los vehículos legales de quienes sí pagan impuestos.

A principios de los años setenta se empezaron a ver también los primeros asentamientos humanos irregulares y masivos, empezando porque casi la mayor parte de las familias afectadas con la tragedia minera de Barroterán Coah., en 1969, se vieron en la necesidad de salirse de aquel lugar hacia otros con mejores expectativas de vida, siendo uno de esos destinos la ciudad de Saltillo, adonde, tan luego llegaban, iban invadiendo tierras en la periferia y al poco tiempo presionaban para que se les dotara de servicios. El efecto de estos sucesos fue muy notorio, porque antes de eso no se había presentado una inmigración de tal magnitud y, por otra parte, porque la mezcla de costumbres, como era lógico que se presentara, tomó a la ciudad por sorpresa, originándose con ello enfrentamientos y una suerte de actitudes diversas de parte de los recién llegados hacia los habitantes ya radicados.

Posteriormente fueron llegando otros grupos de personas de diferentes latitudes y con diferentes culturas, con motivo del establecimiento en esta ciudad de la industria automotríz con todas sus implicaciones en cadena, tanto industriales como habitacionales, dando por resultado el rompimiento, en gran medida, del antiguo estatus tradicional de la ciudad, en lo social, en lo económico y en lo costumbrista, ¿para bien o para mal?, ¿quién lo podrá decir?

<¡Ya párale pinche, *Tito*!, que no nos van a dejar entrar en la ciudad si se dan cuenta de lo que estás pensando>. Ya más adentro de la ciudad, efectivamente, se empezaron a ver los cambios. Bulevares, un periférico que hacía las veces de libramiento para que los vehículos pesados ya no cruzaran por el primer cuadro de la ciudad y no perjudicaran los pavimentos ni las instalaciones hidráulicas o de drenajes domiciliarios, drenajes pluviales ampliados, grandes camellones con sus luminarias, zonas arboladas, centros comerciales modernos con sus amplios y vastos estacionamientos, y una gran sorpresa, que aunque ya se lo habían dicho a *Tito*, no lo había visto, la estación del ferrocarril ya no estaba dentro del primer cuadro de la ciudad y las vías habían sido ahogadas, todo había sido trasladado a un lugar donde ya no obstruían el paso, ni afeaba, ni significaba aquel peligro constante en una calzada, que fuera testigo de un gran número de accidentes y tragedias, y, mucho que aun estaba por ver nuestro personaje.

El autobús entró en una terminal de esas que en esos años eran un verdadero lujo, algo moderno y apropiado para estos casos. No obstante, lejos estaba *Tito* de saber que esa terminal de autobuses significaba un verdadero botín a favor de taxistas abusivos y de que, sin necesidad, esas instalaciones se edificaron en ese lugar gracias a la influencia de alguien que, finalmente, se vería beneficiado en la operación. Un pasaje de Saltillo a Monterrey costaba la mitad de lo que un taxi cobraba por llevar a un pasajero al centro de la ciudad y Dios salvara a aquel que tuviera necesidad de ir a una colonia del norte de ese centro saltillense. Este primer tributo lo tuvo que pagar *Tito* al abordar un taxi para que lo llevara a la casa familiar, que estaba en el primer cuadro. La primera observación hacia los taxis: 'Ni en la ciudad de México son tan caros, ¡qué barbaridad!'

Cuando cruzó la ciudad, porque inevitablemente tenía que pasar por el centro, se pudo percatar de grandes cambios. Pero, por ser ya de noche, no se podían ver detalles. Luego de transcurrido el tiempo necesario a bordo del taxi, *Tito* estaba frente a la casa familiar como a las ocho de la noche, siendo recibido por sus padres y hermanos, con la natural alegría en estos casos. Como era lógico, la plática se avivó, las preguntas y respuestas, tanto de una parte como de la otra

abundaron, por lo que hasta después de la cena y ya entrada la noche se retiraron a dormir, ya que, al día siguiente sería lunes y las labores de todos habrían de ser atendidas.

El lunes por la mañana *Tito* se presentó ante los dirigentes de la empresa Zincamex. Era una mañana muy helada, de esos días invernales en los que el termómetro estaba de verdad muy bajo, pues había días en los que el frío tocaba los seis centígrados bajo cero, y se pronosticaban días más fríos, no dudándose que se tendrían temperaturas hasta por debajo de los 10 grados.

La empresa contaba con departamentos de verdad extremos, unos estaban protegidos con clima artificial, como por ejemplo las oficinas administrativas; otros muy cerca de los hornos, si no es que frente a ellos mismos, o bien almacenes de productos terminados consistentes en lingotes del metal producido (zinc, zámac, cadmio, ácido sulfúrico, etc.), metal que tardaba muchos días en enfriarse proporcionando calor al lugar, pero otros, de plano, consistían en bodegones en donde se guardaban refacciones o avíos diversos, vehículos, montacargas, etc., lógicamente desprotegidos del clima por ser innecesario y, por supuesto, los materiales que se encontraban a la intemperie como las arenas o arcillas, que especialmente eran traídas desde el extranjero para la fabricación de peroles o crisoles, que eran las vasijas que se introducían al horno, conteniendo el material para ser fundido y que se inventariaba a base de cálculos volumétricos, de plano a campo abierto.

Aparte de las inclemencias del tiempo, otro elemento que hacía difícil la tarea, era el hecho mismo de que por causa de los procesos, y a pesar de que la planta contaba con una chimenea muy alta, frecuentemente se hacían unos vacíos y, por falta de corrientes de viento, el humo bajaba hasta ras del suelo, y éste tenía un alto contenido de ácido sulfúrico, provocando irritación en garganta, piel y ojos. Tal vez para quienes ya estaban acostumbrados a aquello era soportable hasta cierto grado, por supuesto, el tener que respirar ese humo, pero para *Tito* era un verdadero suplicio. Los efectos nocivos de estas emisiones, a la fecha, ya habían causado grandes estragos alrededor de las instalaciones, a varios kilómetros, puesto que antes de que se instalara la empresa, todo por esos rumbos eran campos de cultivo, rancherías dedicadas a la cría de vacas lecheras y siembra de algunos árboles propios de la región, manzanos, membrillos, nogales y otros, así como también hortalizas, alfalfa, etcétera.

Las lluvias ácidas, lo mismo que los polvos conteniendo grandes cantidades de residuos tóxicos, el humo cargado de ácido sulfúrico, etc., todo eso, dio al traste con la utilidad de la tierra habiendo dejado deforestado todo el entorno desde los primeros años de actividades de la empresa, misma que, lejos de significar un elemento de progreso, con el tiempo se convirtió en una fuente de conflictos laborales, huelgas, producción de parásitos a todos los niveles, y que la irresponsabilidad de las autoridades tanto locales como federales toleraron desde un principio de manera criminal. Las pocas voces que protestaron por lo que estaba sucediendo no fueron tomadas en cuenta para nada, y cómo se les iba a tomar en cuenta, si los altos directivos se encontraban en la ciudad de México, desde donde pretendían dirigir a la industria, lo mismo a esta empresa en Saltillo, que la de AHMSA en Monclova, que la Consolidada en Piedras Negras, o Sicartsa en Michoacán y también la Fundidora Monterrey, todo centralizado, de manera que, a nivel local, no había con quién tratar asuntos de tal envergadura.

Tito al presentarse a la empresa, mostró sus cartas de presentación. La principal, estaba dirigida al director general de Sidermex, que era quien controlaba a todo el sector siderúrgico paraestatal desde la capital del país, de tal modo que, como se dijo, localmente no había un responsable importante.

Al igual que en Monclova, fue necesario elaborar un plan de acciones para efectos del levantamiento de inventarios, ya que, para toda auditoría, las técnicas indican que éstos se deben planear y ejecutar desde el principio de la misma, porque son tardados y más en el caso que nos ocupa. Le fueron asignados un par de auxiliares para que lo guiaran hacia todos aquellos lugares que funcionaban como almacenes, o a donde los requerimientos lo precisaran. Uno de estos elementos resultó ser el encargado del control de almacenes y representante ante el sindicato de todos los auxiliares adscritos a dichos almacenes. Compadre del secretario del trabajo y conflictos del sindicato de la empresa. Un tipo simpático, pero toda una ficha. Acostumbrado a ponerle apodos a todo mundo, dicharachero, pícaro y, lo peor, oreja. De cuanto se enteraba, sobre todo acerca de quienes disentían del sindicato, iba a dar parte más arriba. Por el contrario, a él le apodaban *el Obispo*, porque a todos bautizaba. Su función oficial no la atendía como debiera, dejando en su lugar a un tercero, por dedicarse a recorrer toda la planta y contactarse con todos los sindicalizados, conocer de sus inquietudes o problemas, lo mismo para hacerles sus trámites ante el organismo, que para informarles sobre avances de los ya en camino. Acostumbrado a no llevar lonche porque a todos les quitaba taco a la hora en que se disponían a comer o a almorzar. El estar siendo auxiliado por un tipo de éstos, era algo benéfico para *Tito*, pues también se podía enterar

de todo aquello que, por lógica, no está en los registros auditables sino en los pasillos, en los departamentos, en las voces de aquí y de allá, en los chismes de todas partes y aun en los niveles de confianza. Según se decía, se enteraba de cualquier secreto, y no había vida de secretaria alguna, que no se supiera al revés y al derecho. Todo un caso. ¿Cómo le hacía?, nadie lo sabía, pero era un tipo de esos que la 'raza' cataloga como un DTG, 'desmadroso, tranza y gandalla'.

El primer día de trabajo había concluido y *Tito* regresó a su casa, desde donde se contactó por teléfono con antiguos amigos. A la fecha, contaba con dos hermanas ya casadas y un hermano en las mismas condiciones, por lo que el resto de su familia lo formaban, aparte de sus padres, tres hermanas y tres hermanos. Las condiciones del clima no eran muy apropiadas para andar en la calle, sobre todo porque no traía automóvil, por lo que todo obligaba a permanecer en casa. Durante la cena la plática familiar versó principalmente sobre las novedades del pueblo, los miembros del barrio que ya se habían casado, los viejos que habían muerto, matrimonios que se habían divorciado, en fin todo lo que en torno a la familia, amigos, vecinos y gobernantes toca, en una población en donde apenas se empezaban a presentar algunas novedades interesantes.

Tito había salido de ese lugar hacía más de 10 años, y en cada ocasión en la que estaba de visita, parecía que nada había sucedido, todo era tan estático que pareciera ser que la gente que se había quedado parada en una esquina, era la misma que se encontraba a su regreso. <Es cierto, mi *Tito*, se decía a sí mismo, en estos lugares, sólo borracho, loco o casado se puede vivir, o a lo mejor las cosas ya cambiaron, ¿qué tanto habrá cambiado? a ver el fin de semana, que con un poco de menos frío ya podamos echarle un vistazo a la ciudad> (se preguntaba y a la vez se contestaba en ese doble juego de personas que solía jugar dentro de sí).

Uno de los hermanos solteros, andaría en los 20 años de edad y por lo mismo, en plena chispa de destrampes empatizaba bastante con *Tito*. A diferencia de lo observado en Monclova, este hermano ni por asomo se inclinaba a la música proveniente de aquellos grupos nacionales de que se estuvo hablando en casa de Memo, esto, además, habría de observarlo en los días venideros entre otros muchachos del lugar, quienes más bien gustaban de lo extranjero, tanto solistas como de grupos. Esto no quería decir que todo el pueblo hiciera lo mismo, ya que también había gente que gustaba de acordeoneros, lo mismo que de grupos y cantantes solistas nacionales, un poco de todo, algo más diversificado solamente.

Los días transcurrían y *Tito* pasaba casi todo el día en la empresa, ya que ese lugar se encontraba bastante alejado y era preferible no interrumpir las labores, por lo mismo hacía lo que todos, llevar algo para comer en lugar de trasladarse a la casa y menos aun, con el frío que no perdía fuerza y porque no contaba con carro y así llegó el viernes. Apenas había entrado *Tito* a las oficinas cuando unas personas hicieron acto de presencia y le preguntaron que cuáles eran las oficinas del gerente general. *Tito* contestó y él mismo los acompañó hasta donde se encontraba la secretaria respectiva. Ellos se presentaron y luego de ser anunciados ante aquel funcionario, tomaron asiento para esperar. *Tito* se retiró para continuar con lo suyo, con la diferencia de que ese día lo iba a ocupar en trabajo de gabinete y preparar un informe preliminar para sus jefes de México. Esto motivó que no abandonara las oficinas para trasladarse a alguno de los almacenes que estaban siendo inventariados y pudo darse cuenta de lo que las personas que habían llegado iban a hacer. Las horas transcurrieron y *Tito* no se percató de ello ya que estaba concentrado en elaborar el informe. De pronto entraron en esa área los visitantes. La secretaria del gerente les dijo que en esa oficina se podían instalar para trabajar, eso mismo le dijo a él cuando llegó a la empresa unos días antes, o sea que ésa era una oficina preparada exprofesamente para atender a quienes por motivos diversos tenían que ver con la compañía.

La secretaria se los presentó y, sirviéndoles un café, los dejó solos. Una vez frente a frente *Tito* les dijo que simplemente lo llamaran *Tito*, y como era lógico las preguntas se iniciaron. Se trataba de dos visitantes que venían de la ciudad de México, en representación del Infonavit, su misión, era revisar que la empresa estuviera cumpliendo con el pago de las cuotas patronales a favor de sus trabajadores. Aunque esa función compete al campo de los auditores, ellos aclararon que no iban con ese carácter, porque un departamento de esa naturaleza, aún no se creaba formalmente en el instituto, pero que de hecho, en forma aislada, ya se empezaban a efectuar ese tipo de revisiones. Al presentarse uno de ellos dijo llamarse Martín, que era el que llevaba la representación directa en su carácter de supervisor, el otro era Aurelio un auxiliar subordinado. Se intercambiaron tarjetas de presentación, a *Tito* le llamó la atención que Martín se presentaba como licenciado (en estos casos no se especifica en qué consiste esa licenciatura), y Aurelio no se anteponía título alguno, lo que resultaba algo extraño, toda vez que si estas personas aclararon que no se presentaban como auditores, sino como simples visitadores, y que aún no existía en ese instituto un departamento que tuviera la función de auditar (a las empresas), era razón de sobra para que las preguntas surgieran como rosario.

Tito aclaró que él sí estaba presente en carácter de auditor externo y que, si uno de los renglones a revisar, sin duda, iba a ser el fiscal, y si el pago de cuotas al instituto tenía por ley el carácter de obligación fiscal, irremediablemente las funciones de ambos, iban a encontrarse en algún momento de la revisión.

Por lógica, *Tito* les habría de preguntar el motivo que los llevó a efectuar la revisión, puesto que si la causa era porque la empresa presentaba irregularidades o indicios de evasión, eso iba a ser materia para su informe definitivo. Martín estuvo de acuerdo, y dijo que el Sindicato Nacional de Mineros y Metalúrgicos, a través del sector de los trabajadores, como miembro de la asamblea general del Infonavit, había solicitado que todo el sector perteneciente a Sidermex, fuera revisado y que se vigilara que los trabajadores agremiados tuvieran debidamente cubiertas sus cuotas por parte de los patrones respectivos, y esa empresa era un patrón que tenía trabajadores agremiados al Sindicato Nacional. Aclaró que la asamblea general del Infonavit estaba conformada tripartitamente: por el sector de los trabajadores, el de los patrones y el del gobierno federal. Por último agregó que por el hecho de que aún en el Infonavit no existía un departamento de auditoría a patrones, para extender su actividad a todo ese sector patronal a nivel nacional, se estaban efectuando revisiones con el carácter de auditorías, pero en un plan piloto, y qué mejor que empezar con un sector como el minero, que así se daba satisfacción al sector de los trabajadores y se irían configurando, al mismo tiempo, los programas a nivel general para aplicarse más adelante, pero ya con todo un cuerpo de auditores y por un departamento especializado en eso.

Tito preguntó a Martín: –¿Cuál es tu licenciatura?, y éste respondió abiertamente: –Administración de empresas. Me imagino que preguntas porque ésta es una actividad propia de contadores, ¿o no?; –Así es. Aunque también hay auditorías de tipo administrativo, pero este tema es típicamente de contadores. Está bien que no haya todavía un departamento especializado, pero creo que esa labor debería recaer en contadores, digo yo, porque por mucho que uno sepa de medicina, no es lo mismo que uno se meta a recetar medicamentos sin ser médico, a que lo haga uno que sí lo sea. Claro, lo digo sin la intención de ofender, pero me llama la atención que por una parte me dices que todavía no hay un departamento de auditores, y luego, tomando en cuenta el carácter fiscal que tiene el instituto, es algo raro lo que sucede. No importa que el plan sea sólo como piloto, dime... la neta... ¿qué es lo que está pasando?, porque el Infonavit ya tiene 2 ó 3 años trabajando, y es raro que algo así esté pasando. Además, en buena onda, es un organismo que a todos nos interesa y de un modo u otro nos afecta a todos, creo

que quien pregunte tendrá todo el derecho y razón para hacerlo sin que alguien se tenga que dar por ofendido.

Martín sintiendo el natural celo por su patrón, el Infonavit, no contestaba con buena apertura, y siempre dejaba poco campo para seguir con el tema que, con toda razón, era del interés de *Tito*, como pudiera serlo de cualquier ciudadano, que poco o más bien nada, sabía acerca de tal institución.

Habiendo Martín comentado: –Sí, pero a nadie le gusta que lo cuestionen; *Tito* aclaró: –De ninguna manera se trata de un cuestionamiento y menos a tu persona. En el último de los casos, más bien sería al Infonavit, ¿tú qué tienes que ver? Tú sólo eres uno de sus empleados, tú no decides las cosas. El acompañante de Martín estaba expectante, no opinaba nada concretándose sólo a escuchar. Ya nada fue agregado por nadie, haciéndose un silencio un tanto molesto, y de no haber sido por el silbato de la empresa, indicando que ya era la una de la tarde, ese silencio se hubiera prolongado a grados indeseables.

La interrupción sirvió para que Martín preguntara sobre la comida: –Oye *Tito*, y aquí..., ¿cómo se le hace para ir a comer?, hay transporte de la empresa, taxis, camiones, comedor, o, ¡cómo le hacen? *Tito* les aclaró: –No hay nada de eso por aquí. A mí me pasó lo mismo que a ustedes, y el primer día, como no sabía, no pedí un aventón por lo menos, me la pelé y no comí. Qué bueno que están a tiempo, déjame ver quién anda por ahí, para pedirle un aventón. Yo estoy trayendo algo para calentarlo aquí y no tener que ir hasta mi casa todos los días, y ya sabrán, sin carro, el tiempo que se perdería.

Tito salió de la oficina y afortunadamente aún se encontraba el gerente, por lo cual le solicitó a nombre de aquéllos un aventón hacia el centro de la ciudad y todo se solucionó. *Tito* se dirigió hacia alguno de los departamentos cercanos para, auténticamente, en cualquier lugar, poder calentar su comida, pues era muy común que pasaran ductos por todas partes, por los cuales corrían o escapaban fluidos o materiales propios del proceso fabril, por lo que bastaba con colocar sobre los mismos los utensilios conteniendo los alimentos y calentarlos rápidamente. Todos los obreros hacían lo mismo, ocasión que era lograda por aquel guía gandalla, *el Obispo*, quien se ponía a recorrer la planta para tomar algo de aquí, algo de allá y ahorrarse el costo de la comida. *Tito* no se escapó, porque en esos momentos pasaba el tal visitante y a lo suyo. A la gorra.

Más tarde *Tito* recorrió aquellos lugares en donde se estaban practicando inventarios, para poner en práctica algunas de las técnicas de auditoría, que consistían en hacer muestreos de lo hecho por las cuadrillas de auxiliares que le habían sido asignados para efectuar los conteos, así como la de supervisar el desarrollo de los trabajos, confrontándolo contra el tiempo programado y que se siguiera el orden establecido. Regresó a la oficina ya casi a las seis de la tarde, ahí se encontraban trabajando Martín y Aurelio. Al saludar *Tito* notó la voz amable de Martín, o sea que la molestia de la mañana, parecía haber desaparecido.

–¿Qué tal comieron?, ¿ya se instalaron?, –les preguntó. Aurelio dijo: –Fuimos a buscar hotel y luego nos metimos a comer cabrito. Estuvo sabroso.

–Y, ¿cómo lo comieron?, ¿al pastor o en fritada?; Martín dijo: –Oye, yo vi eso de fritada de cabrito, y como no supimos cómo era, mejor lo pedimos al pastor, ¿cuál es la diferencia?, *Tito* aclaró: –La fritada es un guiso a base de cabrito, pero va en un caldillo que lleva la propia sangre del animalito con sus especias y condimentos, que son los que le dan el toque final. Ése es el estilo o especialidad en Saltillo, y en Monterrey es al pastor. Ahora ya lo saben, se los recomiendo para otra vez, pruébenlo. Hay quienes lo preparan al horno, con sus yerbas de olor y no sé cuántas otras cosas, pero también queda muy bueno.

–Híjole, expresó Aurelio, yo creía que sólo era a las brasas. –No, que va, dijo *Tito*, si tú vas a restaurantes como el Casa Noste o el Evia allá en México, lo preparan de otros modos, como por ejemplo adobado, la pura vida mi buen.

Ese tema vino a ser una variante que sirvió para que se abordaran asuntos que nada tenían que ver con lo que pudiera significar el tocar susceptibilidades. Martín preguntó a *Tito* algo que resultaba una incógnita: –Pues, ¿de dónde eres tú?, porque me llamó la atención que dijeras que te traías de tu casa algo para comer, que trabajas para un despacho de México, y luego eso de las especialidades del cabrito, hasta de restaurantes de México que ni yo conozco, pues, ¿qué onda?; *Tito* les dio una amplia explicación que aclaró el asunto. Eso favoreció un amigable acercamiento y una identificación entre ellos, porque luego no faltaron referentes más comunes.

La hora de retirarse había llegado, y de nueva cuenta *Tito* le pidió al gerente que los llevara hacia el centro. Esto sucedía a diario y ahora lo solicitaba a nombre de los tres. Durante el trayecto, se entabló una amena plática entre *Tito* y el gerente. Resultó que el señor Gorostyeta era originario del DF, que había sido adscrito a

la gerencia de la empresa después de haber recorrido varios estados de la República, en donde existían empresas incorporadas a Sidermex, como en Lázaro Cárdenas, Michoacán, y como *Tito* había trabajado en varios Ingenios Azucareros, algunos de Michoacán, los temas fueron y vinieron, originándose un rosario de recuerdos que a este señor le venían al pelo, porque, como él decía, desde hacía tres años, en que había llegado a Saltillo, no había encontrado todavía con quién hablar de lo que vivió en aquellos lugares.

Era viernes, los temas eran interesantes, era novedoso aquello, la ocasión era como para no cortarla así nomás, por lo que ni tardos ni perezosos se metieron a un bar, el único que había de esa naturaleza pertenecía al hotel Camino Real, situado en la salida hacia México. Por la hora que era tuvieron suerte para encontrar lugar, porque como no había otro bar con esa característica de haber llegado una hora más tarde, hubieran tenido que meterse en una de aquellas cantinas que a *Tito* tanto se le cruzaban en pláticas a lo largo de su vida y ahí escuchar lo que no le agradaba, de haber sido así, con toda seguridad, no hubiera participado, ya que, como se estaban dando las cosas, era algo en lo que para nada estaba incluido un lugar de ésos. Ni se antojaba ni embonaba.

Una vez instalados en aquel bar, Gorostyeta pregunta: –¿Pedimos igual para todos? o hay algún cervecero por aquí. Esta pregunta es clásica entre aquellos que para una parranda no beben cerveza, y, por eso, pedir una botella de algún licor del que todos gusten, y así, también evitarse el estar pidiendo cada cual por su lado, cosa que aprovechan los meseros para apuntar copas de más. La señal del momento apuntaba para largo, nada de... una nada más, y nos vamos. Martín, por su parte, preguntó con su clásico acento capitalino: –¡Ah!, ¿va en serio?; A lo que *Tito* contestó: –Pos, si es botella entonces va para largo y chin chin el que se raje.

El sitio aquel era uno de esos lugares a los que acuden parejas a tomar la copa y bailar, y como no era algo acostumbrado en esos años, esporádicamente acudían damas solas o en grupo, o sea sin pareja, lo cual daba espacio a la oportunidad, a la casualidad, a la sorpresa, en fin, un momento digno de ser contado como algo verdaderamente extraordinario, algo irrepetible que, por ser tan raro, muchos contemporáneos de aquellos inicios de los setenta, habrán de guardar en la memoria como sorprendente. La época, con sus prejuicios no daba para más.

Tito comentó que le sorprendía que existiera un lugar así en Saltillo, y no le faltaba razón puesto que se trataba de un lugar propio de sociedades con madurez

o avanzadas, por decirlo de algún modo. Gorostyeta, agregó: –De vez en cuando me meto por aquí porque me recuerda, de alguna manera, algún lugar de allá de la capirucha, claro, guardando las proporciones, pero además no hay otro.

–¿Cuánto llevas aquí en Saltillo?, le pregunta *Tito* a Gorostyeta.

–Llevo ya tres años, contestó al tiempo que Aurelio le hace otra pregunta. –Y, ¿qué tal, ya te acoplaste?, Gorostyeta contesta gesticulando y encogiéndose de hombros, como diciendo, qué le vamos a hacer... –Pues, la chamba me conviene, y con un poco de voluntad, lo demás ya es cosa de aguantar un poco y luego ya pedir algún cambio.

–Y, ¿cuánto tiempo tiene este lugar?, preguntó Martín. –Pues un poco más de un año, contesta Gorostyeta, y la verdad es que está de la chingada, porque para alguna onda así, aunque sólo sea algo parecida al DF, uno tiene que irse a Monterrey, concluía Gorostyeta, mientras lo interrumpía Martín: –Pues mucho se dice que allá en Monterrey hay mucho movimiento y que las cosas no le piden nada al DF. El gerente dice: –Mira, Monterrey no deja de ser todavía un pueblote, no deja de ser provincia y tal vez, con los años, algunos más todavía, se podrá hablar de algo verdaderamente liberado. A donde vayas, todavía te encuentras a muchos conocidos, y mientras las mujeres se sigan sintiendo observadas, criticadas, limitadas, no habrá lugares dignos de ser considerados como liberales, porque aunque se diga lo contrario, si las mujeres de todos tipos, sin importar su calidad, ni la etiqueta que les cuelgue la sociedad o los machos, si ellas no acuden a los lugares como éstos o de cualquier clase, para lo que sea, siempre van a estar plagados de puros cabrones. Como ellas no están presentes, siempre va a existir el cabrón que escupe en el suelo, el que despotrica, el que mienta madres de aquí para allá, el que se empeda sin límites, el que se vomita en donde le llega. Cabrones que ya bien chachalacos les da por bronquearse y además, que les aplaudan, o bien, siempre vamos a ver los baños con los escusados hasta la madre de cagada, todos miados, apestosos y madreados, sin vidrios, sin focos, sin ventilación, sin papel sanitario, puro periodicote colgando de un pinche clavito en la pared, y todas esas jaladas que bien sabemos son típicas en las piqueras de mala garra. –¡Ah, güey...!, pues, ¿a donde te metes?, exclama verdaderamente sorprendido Martín, y el gerente le contesta al momento; –¿a poco no conoces esos lugares?

Martín de inmediato dijo: –Pues no. Al menos en México no es así, a no ser que eso exista en cantinitas de por allá de La Merced, o Tepito, o La Candelaria, o

¿qué sé yo?, porque nunca he ido a una de ésas. Gorostyeta aclaró al respecto: –Mira Martín, yo te veo muy chavo, pero habrás de saber que hasta finales de los sesenta, también lo que digo sucedía en la ciudad de México, pero desde que se levantó la prohibición de que las mujeres entren en las cantinas, muchas cosas cambiaron en esos lugares, y hasta en esas que dices no conocer, porque, te aclaro, yo soy tepiteño, soy de la colonia Morelos y las conocí desde que yo era un escuincle. No me espanta eso, pero sí me gusta la limpieza y tal parece que nomás llegan las mujeres a un lugar, cambia todo, porque nosotros somos un desmadre, y es más, también las cantinas de mi barrio han cambiado, por aquello de que vayan a entrar mujeres, porque existe esa posibilidad, y por eso ya hay sanitarios para mujeres.

–Pos no te creas, ellas también tienen lo suyo y no cantan mal las rancheras –intervino *Tito*, agregando– fíjate mi buen, que cuando yo anduve en casas de asistencia, unas fueron mixtas y las dueñas opinaban lo contrario. Es más, algunas viejas con las que he andado me han dicho que los baños de mujeres son un desmadre. Pero yo sé, o creo saber a lo que te refieres porque lo he visto. No es solamente en lo relativo a los sanitarios, es la actitud de todo mundo porque, es cierto que basta con la presencia de mujeres, para que las actitudes cambien. Las de la sociedad, las de las autoridades, las de los machos, las de los gandallas, las de todo mundo cambian, y más efecto surte si cada vez asisten muchas mujeres y de variados tipos, edades o clases, que entre más revuelto esté todo, menos ganas van a dar a los criticones para estar jodiendo.

–Y sobre todo para que no se estanque un solo tipo de mujeres, porque si no, pos ya sabemos de lo que se trata. Remata Gorostyeta, al tiempo de que todos irrumpieron en risotadas.

La música, las copas, el cotorreo, el ambiente, y todo, era algo que a *Tito* le hacía falta, por lo que comentó a voz en cuello: –¡Qué buen cuete estoy agarrando, me cae!

Y Gorostyeta declaró lo mismo, diciendo que hacía mucho tiempo que no se la pasaba así, y que ya le hacía falta hablar con quienes pudiera tener alguna identificación: –De verdad que me hace falta con quién hablar de mis ondas, de mis lugares, y de todo eso que se puede cuando se habla con los que conocen lo mismo, o que sin conocerlo se interesan y preguntan y uno, pues se la pasa como pendejo, ilustrando, pero qué bueno que por lo menos así sean las cosas, no lo que sucede en la realidad, que mientras que todos hablan de sus cosas, uno

nomás se queda como el *Tío Lolo*... haciéndose pendejo solo..., de nuevo hay risas y comentarios.

–Oye, de verdad, ya que tocas el punto, tú qué opinas de algo que te voy a plantear, tú como alguien ajeno a estas regiones, ¿que opinas? –*Tito* preparó una pregunta, habiéndose quedado pensando por unos instantes en lo que iba a decir a Gorostyeta, dada su condición de persona que pudiera actuar sin prejuicios o sin pecar de regionalista–, en el poco tiempo que he pasado por aquí, después de una ausencia más o menos prolongada, te aclaro, a mí me da la impresión de que la música regional, o sea la de acordeón y esas canciones, tú sabes; solamente se toca en las cantinas y fondas, y no en lugares de otro tipo En aquellos años, antes de irme al DF, llegué a ver incluso, que era algo muy hecho para la zona roja. Tú como una persona ajena a la región, ¿cómo lo ves?, ¿qué piensas de esto que digo?, no sé si me explico.

Gorostyeta, habiendo interpretado lo dicho y planteado por *Tito*, contestó sin inhibiciones: –Pues yo no sé si antes, en los años aquellos a los que te refieres, era música para la zona roja, pero, de que se escucha mucho por allá, ¡vaya que sí se escucha!, hay lugares en donde sólo eso rifa, por lo que te puedo decir que sigue siendo lo mismo. Ahora, por lo que dices, que es música para cantinas y fondas, pues no andas tan mal, porque viéndolo bien, ahora que lo preguntas, creo que es así. Yo no me había puesto a reflexionar en eso, es más, durante mucho tiempo todo lo vi como algo muy vaciado (curioso), como algo muy del lugar, algo raro pero folklórico. Eso sí, sin prejuiciarlo, porque como yo no tengo esos antecedentes tuyos, no se me ocurría hacer juicios. Pero lo observado por ti es cierto, ¿por qué será?, ¿tienes alguna teoría?

Tito se quedó pensando por unos instantes al tiempo que observaba lo que a su alrededor estaba sucediendo, y mirando a las parejas que estaban bailando en la pista dijo: –No sé si han estado observando u oyendo lo que se está tocando para bailar, pero para nada se toca música de la que estamos hablando. Yo creo que para eso la gente tendría que irse a otro tipo de lugar, entonces lo único que quedaría sería la zona, porque para encontrar uno que no se vaya a los extremos, pos está en chino. Imaginemos por un momento, que de repente se presentara un *Fara Fara* (es un baldón utilizado para referirse a los grupos de música norteña, tal vez por el ruido que produce el fuelle del acordeón al abrirse y cerrarse en el momento de estarse ejecutando una melodía), con una de esa cancionzotas de rompe y rasga, pos... esta gente correría. Como que no es algo para este lugar, o no lo han querido hacer, o qué sé yo… Gorostyeta intervino con una variante:

–Y, ¿qué tal y se presentara un *Mariachi*?, ¿cuál sería la reacción?

A eso respondió Martín: –yo creo que *el Mariachi* ya es algo aceptado en todas partes.

Tito por su parte continuó: –Eso es cierto y hasta donde yo he sabido, al *Mariachi*, en tiempos atrás, también se le consideraba un grupo poco o nada apropiado para lugares de la alta sociedad, que para poderlo explotar a otros niveles fue necesario hacerle modificaciones, y se dice que fue entre los años cuarenta y cincuenta, cuando el dueño de la XEW, el señor Azcárraga, sugirió que le introdujeran trompetas al grupo, porque ese instrumento estaba muy ligado a las orquestas, que eran los grupos que entonces pegaban, y así lograr que otros públicos lo aceptaran sin relacionarlo ya con cantinas ni con fiestas de pueblo. Ya saben ustedes, esas jaladas que nunca han faltado en las élites sociales de todos los tiempos.

–Pos es la primera noticia que tengo de eso –dijo Martín, al tiempo que agregó–, yo creo que entonces algo así les falta a los grupos de por acá, digo, para que sean totalmente aceptados, ¿o no?, porque yo siempre creí, porque todos los norteños que he conocido así me lo han hecho creer, que por acá en el norte todo se ameniza a ritmo de acordeón, y ahora resulta que no, que, por el contrario, existe una discriminación. Eso sí que es para no creerlo.

–Yo, aunque también lo he observado, no había puesto atención ni había hecho juicios, pero ahora que lo dicen, creo que sí hay algo raro por aquí –dijo Gorostyeta, quien levantando su vaso, añadió: Bueno, pos por esta cápsula cultural... digamos salud.

Todos dijeron lo mismo y el evento transcurría con temas de esto y de aquello, algunos con cierta ligazón entre sí, y otros totalmente casuales u ocurrentes, pero que en estos casos es lo más frecuente y hasta lo más sano, porque de lo contrario, si los temas se enfrascan, es muy probable que por los mismos desacuerdos, que nunca faltan, surjan pleitos. –Pero la música ranchera sí se toca aquí –externó Aurelio, quien era el que más callado permanecía y menos intervenciones tenía, tal vez por su misma juventud ya que era el más joven del grupo, al tiempo que apuntaba con su dedo índice hacia la pista. Pero *Tito* hizo una observación muy oportuna:

–Sí se toca música ranchera, claro, pero si te fijas es la que van poniendo de moda los grupos modernos, como *Los Fresno*, *Los Fredys*, *Los Solitarios*, o

cualquiera de esos que están de moda, pero no son para nada *Los Cadetes de Linares*, *Los Relámpagos*, o algunos de ésos que son clásicos en el norte. O sea que el acordeón, para nada. Ahora son los teclados electrónicos los que están de moda y hasta la ropa que usan. Tal y como le sucedió al *Mariachi* cuando se le agregaron trompetas, pero sin cambiarles su vestuario ni su esencia. La música es la misma, pero los instrumentos cambiaron.

–¡Pa' su madre...! –dijo Aurelio después de escuchar a *Tito*–, utilizando una de esas expresiones muy propias de su tierra, Veracruz; ¿quién se va a estar fijando en tantos pinches detalles, y *Tito* le agregó: –Lo que pasa es que como uno ha conocido a los grupos tradicionales y ahora a los que están de moda, pues es fácil encontrar las diferencias. A ti te ha de suceder lo mismo, pero con tus ondas modernistas, ¿o no?, porque es lo tuyo. Si me preguntas algo de eso, pues poco o nada he de saber.

Así en ese tenor las cosas transcurrían y el tiempo se consumía lo mismo que la botella de ron que, por cierto, al verla vacía, se llamó al mesero para que pusiera otra sobre la mesa. La carrera iba a ser larga. Permanecieron en silencio y después de un rato ocupados unos en ir al WC, y otros para ir a invitar a alguna dama a bailar, de nuevo el grupo se vio reunido. Gorostyeta, comentando lo vivido durante el baile, lo mismo que hacía Aurelio; por su parte Martín y *Tito*, desde que regresaban del los sanitarios, comentaban lo observado en la empresa que estaban auditando.

–Por cierto, ¿cómo van las cosas en la revisión?, –interroga Gorostyeta–, lógicamente dirigiéndose a *Tito* y de paso a Martín. Este último dijo solamente que hasta el momento no tenía ni idea de lo que apenas iba a revisar, pero *Tito* sí tenía algún comentario, dado el tiempo que ya llevaba en la empresa.

–Mira Gorostyeta, es muy prematuro para opinar algo, pero, ya que tratas de eso, me mueve el tapete un asunto, observado desde luego luego que iniciamos los inventarios.

–¿Qué cosa? –pregunta el gerente.

–Hay un almacén, allá al fondo de los patios, en el que se guardan piezas, de esas que, supongo, son o deben servir para reparaciones de las instalaciones. Pero, lo curioso del caso es que todas están nuevecitas. Algunas, todavía empaquetadas de origen, y, según las cifras iniciales, en los balances contables, provienen desde

los orígenes de la empresa, o sea que ya tienen ahí unos seis años, y es una gran inversión, valen mucho dinero, así como para observar que se hizo una compra nada planeada y que ese capital está inactivo. Por otra parte, no es posible pensar o aceptar, que nunca se ha descompuesto nada en las instalaciones de la planta, como para no haber utilizado esos repuestos ya desde hace mucho tiempo, o, ¿cómo esta la cosa?, termina preguntando *Tito*.

Gorostyeta contesta: –Mira *Tito*, como de todos modos te vas a dar cuenta y ya veo que eso no te pasó inadvertido, y como nunca antes se había ordenado una revisión a fondo, o sea una auditoría de balance, sino simplemente se revisaban o se hacían auditorías de cuentas en forma aislada, nadie ha presentado un informe de auditoría, con observaciones o excepciones así como tampoco con recomendaciones o sugerencias, yo creo que te va a tocar a ti hacerlo por primera vez y, como me caes bien, te voy a soltar una grande –el alcohol ya hacía de las suyas–, esas piezas ya jamás se van a utilizar.

–¿Y eso?, replica *Tito*. –Pues porque simplemente ya las instalaciones no son las mismas de origen. Fueron modificadas desde un principio, según supe, para favorecer a unos proveedores nacionales. Eso sería lo de menos –continuaba Gorostyeta–, lo malo es que, por eso, la productividad de la empresa no es la óptima. Era en su origen una empresa con tecnología belga, y ahora ya es *tuty fruty*, toda modificada, el plan original simplemente no se llevó a cabo y ahora cualquiera mete mano, incluso, no sé si te has fijado, al lado de la planta, está otra empresa, la de Fosforitas, bueno, pues ésa es una derivada de la planta, se hizo para sacarle jugo a las escorias o sobrantes que van quedando, porque como ya no es eficiente el proceso, algo se queda en esas escorias, entonces la nueva empresa es a lo que se dedica, o sea, a sacarle a los sobrantes el resto del material y comercializarlo por aparte. El negocio es para otros. Ahora tú sabrás cómo explotar esa información.

–¡Hijo e'su...! –expresó de nueva cuenta, a su manera, *el Jarocho*–, y yo que creía que sólo en las empresas del gobierno se estilaban las tranzas.

–¡No qué va! –dijo Martín–, en todas partes se cuecen habas. Si vieran lo que he visto en el Infonavit, y eso que hay auditorías interna y externa y todas esas jaladas. He visto algunas que *¡cuidadete* hijín, *cuidadete!* (remarcaba Martín, utilizando su peculiar acento capitalino).

–Pos pasa corriente, ¿o, qué no?; como consultando al resto del grupo pidió Gorostyeta, suelta alguna.

Martín simplemente dijo: –¿Cómo la ven?, nomás échenle una oreja a esto: la primera conciliación bancaria, y además contable, aclaro, que se hizo en el instituto, se efectuó en 1975, a más de tres años de su creación. Imagínense nomás la cantidad de cosas que pasaron inadvertidas, y eso que se ha tenido auditoría permanente desde siempre.

–Pa'..su ma, dijo el jarocho, hacer una conciliación bancaria de tantos años está de la chingada. Gorostyeta estuvo de acuerdo.

–Oye, pues si para hacer la conciliación ¡de un mes!, en la empresa, me suda el copete, pos ahora tres años, y con la cantidad de movimientos que ha de tener el Infonavit, ¡en la madre!

Martín agregó: –Sí, aquello estuvo del cocol, yo recuerdo cómo se arrancaba los pelos el contador que encabezó al grupo que hizo ese trabajo, porque yo me inicié en el departamento de Contabilidad, antes de pasar al de Verificación. Yo sólo era un auxiliar, pero me di cuenta de todo. Bueno, pues así de ese tamaño se las gastan por allá, pero de eso hablaremos largo y tendido después.

–¡No, qué después ni qué la...!, expresó *Tito* ya de un modo muy descompuesto, pidiéndole a Martín que fuera más a fondo en algo, pero la verdad era que a Martín ya se le trababa la lengua, al igual que a todos, como consecuencia de la cantidad de copas que ya llevaban ingeridas. Por su parte Gorostyeta, sugirió, que ya no se hablara más de esos asuntos.

–Ya mejor no hablemos de eso aquí. Ya la estamos regando. Todo mundo nos está oyendo y esto ya se puso de la chifosca…

Todos asintieron. A partir de ese momento, unos se pararon a invitar a bailar a alguien, pero como ya estaban muy tomados, simplemente ya nadie los aceptaba, y lo que se inició como algo sin plan alguno, acabó siendo una borrachera de antología. La cuenta fue pagada y abandonaron el lugar, entre las dos o tres de la mañana, con las consecuentes dificultades para el manejo del vehículo e ir repartiendo gente a sus lugares.

Durante el sábado, *Tito* trajo una cruda de los mil demonios. Su hermano Omar, al verlo así, lo invitó a un baño de vapor y luego a tomarse una cerveza, cosa que era antojable dadas las circunstancias. El lugar al que fueron era una sociedad mutualista muy afamada por los bailes y eventos sociales que la clase media efectuaba. Estando ahí fue inevitable que *Tito* recordara sus tiempos de estudiante y a Magy, porque fue precisamente ahí en donde la conoció. Aquel bar era un auténtico Club de Toby. Uno de esos lugares donde las mujeres no tienen acceso, salvo a los bailes que son organizados por estudiantes o en algunos eventos organizados por terceros, pero nada que ver con la referida mutualista. Ésta, simplemente no admite mujeres socias y al bar sólo entran hombres. Después del vapor, *Tito* y su hermano entraron en el bar a tomarse una cerveza. Inevitable resultaba ir observando lo que por ahí ocurría. Era una auténtica cantinucha, sólo que para puros socios. El ambiente era lo mismo que en aquellas piqueras, es decir, los escupitajos, las palabrotas, los gritos, etc., nada diferente. Ése era el orgullo. La ausencia de mujeres propiciaba justamente aquellos excesos, los que en la noche anterior eran motivo de comentarios.

En el lugar se encontraban algunas caras conocidas, lo mismo que varios ex compañeros de la preparatoria, quienes desde siempre supieron que *Tito* se había ido a México a estudiar, y que al verlo lo reconocieron. Unos con una simple curiosidad y con las consecuentes preguntas acerca de lo que en todos esos años había hecho, etc., y otros, de esos que con dardo filoso y con acento mordaz, no lo dejaban de llamar chilango, por aquello de las expresiones capitalinas, tan típicas de esa urbe y que por lógica se pegan, sobre todo cuando se ha vivido tantos años en ella. Estos últimos resultan ser un verdadero fastidio, fatales destructores de todo acercamiento, proveedores del principal ingrediente que conduce a la ignorancia y a la falta de cultura. Auténticos xenófobos. No faltaban aquellos que desde los tugurios ya habían hecho su itinerario, que iban de cantina en cantina, a veces con dinero para consumir sus bebidas, y otras en busca de alguien que les invitara alguna cerveza, pero gorreando la botana en todas partes. Y que decir de las filas de jubilados, que ya no fueron capaces de encontrarle alguna utilidad a su existencia y recurrieron a aquel engañoso centro social en busca de la compañía de quienes se consuelan a sí mismos, en lugar de motivarse para la búsqueda de un mejor destino. También, por qué no decirlo, había otra clase de parroquianos, aquellos que eran verdaderos progresistas, profesionistas, comerciantes o dedicados a otras actividades, pero eso sí de muy digno y envidiable nivel, pero que, de todos modos, de no retirarse de aquel lugar a tiempo, no escaparían a los efectos que un Club de Toby, va dejando como huella al paso del tiempo, acabando tarde o temprano como la mayoría,

sumidos en aquel bar o en el salón de dominó, con todo y su gran nivel socioeconómico alcanzado y, para colmo, transmitiendo a sus nuevas generaciones las mismas costumbres. Ahí estaban todavía algunos que *Tito* había conocido en otros tiempos, como personas ya mayores a él, y otros como contemporáneos o hasta menores, ahí estaban tal y como los había dejado años atrás: con la mirada fija en las fichas del dominó, ni siquiera viendo pasar la vida y sus encantos, no, sólo las fichas del dominó, porque es muy peculiar que los jugadores compulsivos, por lo general, no suelen ser ni deportistas, ni bohemios, ni casanovas. Los comentarios al respecto no faltaron entre los dos hermanos, y gracias a que Omar era un individuo muy vivaz, abierto y buen conversador, no eludió a *Tito* sino que, por el contrario, se mostraba atento a las observaciones que éste hacía y, en cantidad de situaciones había mucha coincidencia entre ambos. No obstante Omar trataba de persuadir a *Tito* para que no le diera mucha importancia a aquello y que, por el contrario, tomara en cuenta las bondades del baño de vapor, porque ya siendo socio el costo era extremadamente barato y como en alguna ocasión *Tito* confesó a su hermano que por padecer una extrema resequedad pulmonar, por prescripción médica, necesitaba algún medio que le proveyera de esa humedad faltante, le era recomendable asistir con la mayor frecuencia posible al vapor, entonces lo mejor era sacarle jugo al asunto y no amargarse la vida.

–Tienes razón 'carnal', dijo *Tito* a Omar y añadió: –La verdad es así, como tú bien lo aprecias, pero no me negarás que después de tantos años de no ver a esa gente, volverlos a encontrar en un lugar así, y en ese estancamiento nada envidiable, resulta impactante. Tal vez ya para la próxima semana, todo me viene valiendo madres pero el impacto de momento es natural, inevitable. Si después de una semana sigo con esto entonces ya estaría de cuidado, y yo sería quien estaría mal, aunque también por otro lado estaría de la chingada, porque eso significaría que yo también ya estaría sobre ese mismo caminito y, ¿sabes qué…?, ¡ni madres!, ¿sabes?, toda mi vida le he huido a las piqueras de mala garra, y ese lugar es uno de ellos, sólo que disfrazado. ¡Aguas, carnal!, ¡aguas!

El lunes llegó, y vemos a *Tito* incorporándose a sus actividades. En la oficina, saludó a Gorostyeta y a los visitadores del Infonavit: –¿Cómo les fue de fin de semana?

El gerente por su parte, comentó algo que bien pudiera interpretarse como un verdadero arrepentimiento: –¡Hijo de la chifosca!, traje un cruda de su..., durante todo el sábado, y el domingo la carota de mi vieja. Para contentarla de veras que me costó un huevo y la mitad del otro.

Los otros dos no la pasaron mejor. Cada uno por su lado comentó su cruda, pero eso sí, sin dejar de reconocer que el momento bien valió la pena. Se dedicaron a sacar su trabajo, poco o nada se comentaba. Bien podría decirse que no existía ánimo de cruzar palabra, de entablar confrontaciones o de comentar situaciones aun derivadas del mismo trabajo. En fin, era uno de esos días aburridos. Después de una hora, más o menos, *Tito* salió de las oficinas para dirigirse hacia los almacenes y efectuar pruebas de los trabajos elaborados por las cuadrillas y para supervisar avances; al llegar a uno de esos lugares se encontró con *el Obispo*, a quien después de saludarlo le preguntó: –Hola..., ¿qué te has hecho?, ya hacía un buen tiempo que no te veía por aquí, ¿dónde te has metido?; *Tito* ya había olvidado el nombre de este tipo, o tal vez nunca lo supo porque el día en que se lo asignaron, al momento en el que pronunciaron su nombre, no se escuchó claramente, el caso es que también omitió llamarlo por el sobrenombre, por respeto, por supuesto, en tanto que este último sin dilación alguna, contestó a lo que le había preguntado.

–He estado muy ocupado con las broncas de los ayudantes en esto de los inventarios, porque se les tienen que pagar horas extras. Luego he participado en algunas juntas del sindicato, en las que se está preparando el pliego petitorio de prestaciones y los aumentos salariales para este nuevo año. En esas explicaciones estaba cuando, haciendo un alto, llamó la atención a uno de los miembros de la cuadrilla. –¡Órale, tú…!, ¡muévete!, ¿qué no ves que te van a confundir con un remache y te meten en el inventario?; ¡ja, ja, ja,...!, se escuchó la risa de los ahí presentes, porque se trataba de un trabajador muy chaparrito, con su casco de protección de aluminio, sentado sobre un pequeño banquillo y encogido por el frío, a quien la ocurrencia del *Obispo* y su acostumbrado sarcasmo lo hizo figurar como si se tratara de un tornillo o de un remache. Detalles y ocasiones como éstas, eran aprovechadas por este personaje, al que por su gracia –si así se permitiera decir–, que tenía para aprovecharse de las cosas, la gente lo recibía con agrado y por eso causaba risa. Lo sucedido, sirvió a *Tito* para cambiar un poco la cara de agrio que tenía aquel lunes, al igual que sus compañeros de farra. –Ya por lo menos me hiciste reír un poco, dijo *Tito* al *Obispo*. –¿Y eso?, replicó éste.

–Pues porque hoy, como buen lunes, no se puede carburar bien, ya el martes pues, más o menos..., dijo *Tito*: Y es que el viernes agarramos la jarra, el gerente, los del Infonavit y yo, y nos pusimos un cuete, de aquellitos, pero de nevero... y todo el fin de semana lo he pasado muy mal. Hacía mucho que no me las ponía.

– Oye, contador –dice *el Obispo*– ¿del Infonavit?, ¿a poco hay gente del Infonavit?, ¿dónde?

–Pues allá en las oficinas, en donde estoy yo. Ahí los pusieron también a ellos desde el día en que llegaron. Vienen de México, le contestó *Tito*.

–A ver si me los presentas, quiero tratarles un asuntito –dijo *el Obispo*.

–Pues más al rato si quieres, cuando regrese para allá. Tú me dices –con esto terminó aquella charla y *Tito* continuó con lo suyo.

En aquellas labores transcurrieron unas dos horas. Ya para regresar a las oficinas *Tito* buscó al *Obispo* y le recordó lo del asunto del Infonavit, por lo que este último gustoso, se dispuso a acompañarlo. Se dirigieron hacia la oficina reservada para los visitadores y se hicieron las presentaciones respectivas. De inmediato, *el Obispo* aclaró que tenía unas preguntas que hacerles. Aquéllos estuvieron de acuerdo en contestarlas. *Tito* se dispuso a ordenar sus papeles, al mismo tiempo en que las preguntas empezaron a plantearse, y era imposible que no se escuchara todo, dadas las dimensiones de aquel cubículo que muy apenas tenía unos cuatro por cuatro metros.

–Miren ustedes –así inició *el Obispo* sus preguntas–. Yo represento a uno de los sectores de esta planta ante el sindicato, y cuando he querido sacar información del Infonavit, acerca de los créditos, ustedes saben..., pues poco o nada se pone en claro, o de plano no entiendo nada.

–Como ¿qué?, pregunta Martín.

–Pues, acerca de cómo obtener créditos. Porque, de plano, yo no entiendo cómo es que por una parte se me diga que es para ayudar a los trabajadores con ingresos bajos, y por la otra se pongan requisitos tan absurdos como, por ejemplo, que los solicitantes ya estén casados, que tengan dos o tres hijos, que no tengan propiedades entre sus familiares, que no pueden comprar casas que sus mismos familiares les venden, que los trabajadores no sean muy viejos, y así, unas cosas que muchas veces no es posible cumplir.

Martín, al contestar, fue muy parco. Al no abundar en aspectos legales que fundaran sus respuestas y, al contestar de aquel modo tan simplista dio la impresión de que poco o nada sabía al menos acerca del aspecto crediticio. Las respuestas,

simplemente ratificaban lo ya sabido por *el Obispo*, quien al escucharlas, no acababa por convencerse, toda vez que, si no por conocimientos legales, sí por una simple intuición, aquellos argumentos resultaban increíbles. Nadie, con el mínimo de inteligencia podía aceptar aquello, pero que, no obstante no había forma de dar fundamento legal a los argumentos vertidos en las oficinas del instituto, y ahora ratificadas por Martín, ya que esa institución jamás se había preocupado por difundir sus bases, su ley, sus reglamentos, etc. Toda clase de lineamientos que siempre fueron ocultados como tabú, o al menos, así daba la impresión porque, por otro lado, habría que suponer que tales reglas no existían y eso no es cierto; entonces lo que sucedía era la irresponsabilidad de esa institución para difundir sus reglas; la irresponsabilidad de sus funcionarios para capacitarse ellos mismos y dar orientación; la indolencia central porque no se preocupaba por lo que estaba sucediendo a nivel estatal. De todo esto y más, *Tito* se iba a enterar en tiempos posteriores porque el destino le tenía preparado un escenario que estaba muy lejos de tan siquiera sospechar. Apenas algunos datos aislados relativos al Infonavit empezaban a llegar a oídos de *Tito*, pero en los años por venir, mucho de eso se ratificaría, algunas otras otras cosas se aclararían, pero, sobre todo, lo más importante iba a ser lo que personalmente habría de experimentar, lo que estaba por sucederle al Infonavit como producto de corruptelas, indolencias, irresponsabilidades, aberraciones legales, etc. *Tito*, por su parte, simplemente escuchaba a Martín y al *Obispo* y ganas no le faltaban para plantear algunas preguntas, pero reconocía su total ignorancia de ese tema, y las preguntas que pudiera plantear simplemente estarían deshilachadas. Después de una serie de planteamientos hechos por *el Obispo*, este consultante se retiró de aquel lugar sin la satisfacción correspondiente al tiempo que Aurelio, *el Jarocho*, comentó algo con Martín su jefe:

–Oye jefe, yo creo que ahora que regresemos a México vamos a tener que conseguir algo de literatura acerca de estos asuntos, porque ya ves que a donde quiera que vamos nos preguntan y pues yo tengo mis dudas acerca de lo que contestamos, o más bien de lo que contestas, porque lo que soy yo, mejor ni hablo. La verdad es que a mí también me parece que algo no puede ser posible.

Martín le reconviene de inmediato: –¡Ah!, ¿dudas?, pues... ¿qué no te dieron el curso de capacitación para ingresar al instituto?; –¿Curso...?, ¿cuál 'puej'? –de inmediato pregunta Aurelio, sin abandonar su peculiar acento jarocho,¡curso!, extrañado continuaba Aurelio, que yo sepa a nadie se nos da ese curso de que hablas. Mucho se habla de esa necesidad, cierto, pero de eso a que en realidad se nos dé esa capacitación, pues no sé a quienes se les da porque no nomás yo

lo he preguntado, también los de otros departamentos lo han manifestado en algunas juntas sindicales, y por cierto, va a ser uno de los puntos a discutir en el próximo congreso del sindicato y se van a exigir más cursos de capacitación.

Apenas Aurelio había dicho esto, cuando Martín, por cierto un tanto a disgusto, le aclara a su auxiliar: –Bueno, yo no sé si a los sindicalizados se les dé capacitación, pero a nosotros, los de confianza, sí se nos mantiene constantemente capacitados.

Aurelio, simplemente arrugó los ojos, la frente, la nariz, todo y, prudentemente, ya mejor no continuó con aquel tema. Comprendió que su jefe en realidad estaba reaccionando, en lugar de razonando, porque en la realidad esa capacitación simplemente no existía. Alguien dijo por ahí que 'la violencia es el recurso del incompetente', y a saber, por la reacción de Martín, simplemente estaba demostrando su incompetencia o su ignorancia. *Tito* habría de constatarlo al paso del tiempo. Se podría decir que esos asuntos iban a ser lo primero que iba a investigar, dadas las circunstancias que se le iban a presentar.

El turno terminó, y el personal de oficinas salió puntualmente, igualmente hicieron los visitadores y *Tito*, habiéndole solicitado al gerente, el aventón correspondiente. Al siguiente día, estando *Tito* de nuevo en la oficina, recibió una llamada telefónica de la ciudad de México de los supervisores del despacho, quienes le estaban solicitando que decidiera acerca de la cantidad de auditores que habrían de participar en el resto de la auditoría. Para esto, *Tito* tenía que ver en Monclova los avances en los inventarios, y si los reportes que había solicitado a los jefes de los distintos departamentos, ya se los tenían listos, lo mismo, ver si ya los bancos habían remitido a la empresa las confirmaciones de saldos, y que por su parte hubieran hecho lo mismo los proveedores de aquélla, entre otros asuntos, pues sólo así se estaría en posibilidad de iniciar el resto del trabajo. Esa llamada hizo que *Tito* se dispusiera a trasladarse a Monclova, para ello era necesario dejar en Saltillo programadas las tareas necesarias, que fue lo mismo que ya había hecho en Monclova, por lo que el resto del día, se dedicó de lleno a cubrir esos asuntos. Cuando se terminaron las labores, *Tito* se despidió de los visitadores, suponiendo que a su regreso ya no los habría de encontrar, ya que, aquéllos, sólo necesitaban una semana para efectuar su trabajo. Entre Martín, *Tito* y Aurelio, se dio el correspondiente intercambio de tarjetas de presentación, quedando de buscarse entre sí, una vez que todos se encontraran de nuevo en la ciudad de México.

Monclova, Coahuila

Tito partió a Monclova al día siguiente muy temprano. Eran como las once de la mañana cuando se estaba registrando de nueva cuenta en el mismo hotel al que había llegado. Dejó su maleta en el cuarto se dirigió hacia la empresa a terminar con su cometido, encontrándose con que ya le tenían los reportes departamentales, y las confirmaciones bancarias y de proveedores, en su gran mayoría ya le habían sido contestadas por éstos, por lo que ya con todo ese material, estaba en posibilidades de contestar a sus superiores lo que el día anterior le solicitaron. Según sus apreciaciones, se requerían cuatro auxiliares, si se quería terminar la auditoría en un plazo de l5 días o, de lo contrario, con menos personal, el tiempo se habría de prolongar. *Tito* aprovechó la llamada para solicitar al despacho que le consiguieran literatura acerca del Infonavit. La iba a necesitar para la revisión de este renglón en su momento. Sus superiores, se decidieron por la propuesta de *Tito*, y en dos días más estarían con él los elementos solicitados, los que también serían ocupados en la ciudad de Saltillo. Durante la noche desde el hotel, llamó a su amigo Memo. Aparte de saludarse se intercambiaron preguntas y respuestas acerca del trabajo, de otros asuntos menores e hicieron el plan para verse al día siguiente por la tarde, pero en algún lugar que no fuera la casa de Memo, y como no había cafetines, de esos informales o de cotorros de politiquería, decidieron encontrarse a las seis en algún lugar a plena calle. *Tito* estuvo recordando los sucesos de aquella última noche en Monclova en casa de Memo, cuando a pesar de que la mayor parte del tiempo se agotó en nada, el acercamiento necesario y, de calidad, sí se llevó a cabo entre su amigo y don Arturo. Recordaba las reacciones del tal Pablito, las de la señora Rosa y las de Yola, todo lo estuvo repasando en su memoria por lo que, una vez que los amigos estuvieron frente a frente, la plática no tardó en estar centrada en aquella noche de reconciliaciones.

–Y ¿cómo van las cosas Memo?, ¿qué dice tu papá? Cuéntame.

–Pues las cosas han mejorado mucho y ya platicamos mejor, como si nada hubiera pasado. Por lo menos a Yola ya no la hace menos y hasta creo que la quiere bien. A mi hijo, no se diga, lo trata mucho mejor. La verdad, todo está bien. Ya me enteré que todo fue planeado por Yola y por ti. Les doy las gracias. Aunque yo creo que en el fondo, muy en su fondo, no está de acuerdo con mi trabajo, eso es todo. Él hubiera querido a un profesionista en su casa, pero ni modo, ya no es posible eso. Esa es la conclusión a la que he llegado. Pero nomás que vea la cantidad de casas que voy a vender este año, va a pensar diferente, ya lo verás.

–Y, ¿por qué estás tan seguro de esas ventas?, ¿qué hace la diferencia entre ahora y antes?

–Es que este año, la inversión del Infonavit va a ser del doble que la del año pasado o más, ya lo dijo el delegado y como la Siderúrgica Dos ya abrió, pues los créditos se van para arriba. Ha venido mucha gente de todas partes, muy jodida, o sea que necesitan casa.

Tito se había enterado por la prensa y por lo que se veía, que en la ciudad reinaba un ambiente muy desordenado. A partir de una gran demanda de mano de obra, por la aparición de la planta dos, se presentó un crecimiento poblacional muy grave y, por su parte, la administración del gobierno en turno se vio rebasada y se achicó su capacidad de respuesta a los problemas. Los asentamientos irregulares proliferaban por todas partes, la demanda de agua no se quedaba atrás, la luz, el drenaje y otros servicios básicos como el transporte la vigilancia, etc. Durante su pasada estancia unos días antes, pudo presenciar una marcha de obreros y sus familias, unidos con estudiantes y sectores populares, en una actitud muy agitada, al parecer para exigir a la planta de AHMSA que aceptara el ingreso de más obreros. En los comentarios de rincones, porque no era recomendable hacerlos en público, se decía que el sindicato era muy radical y clasista, proclive al desorden, a los ataques a las estructuras del orden. Se hablaba de la presencia de agitadores sociales y de la revitalización de las asambleas como órganos de poder, y que la cantidad de obreros crecía, en tanto que la productividad disminuía, porque también se decía que no rebasaba un promedio del 6.8% anual, y un aprovechamiento de la capacidad instalada de apenas un 66%, contrastando en mucho con los crecimientos entre los años cincuenta a 1970, en que los crecimientos se sostenían en un promedio de poco más del 14% y un aprovechamiento de la capacidad instalada, que casi era del 80%. De datos como éstos, *Tito* se pudo enterar porque la investigación previa a los trabajos de auditoría, así lo requería. Aunque esa información era derivada de AHMSA, mas no de la empresa que estaba auditando, se entendía que aquella gran industria era (y sigue siendo) el motor que mueve a toda esta región del centro de Coahuila. Por todo esto era comprensible el entusiasmo de Memo, y *Tito* sólo se atrevió a recomendarle algo.

–Pues ponte aguzado mi buen amigo, y no desaproveches esta oportunidad para hacer capital, porque luego se vienen las vacas flacas y si no estás preparado, pierdes todo lo logrado y te quedas chiflando en la loma.

Memo continuó confesando: –Aquí entre nos... te digo que ya hemos estado en pláticas con el mero mero de los créditos en el Infonavit, y también con los del sindicato de AHMSA. Nosotros le vamos a hacer toda la chamba al Infonavit, desde el llenado de las tarjetas de información hasta la integración de los expedientes. El de los créditos nomás va a venir a 'viaticar', tú sabes..., ¡Ah!, y a negociar las esquinas, ya te imaginarás, al mejor postor.

–Oye, Memo, y ¿no hay oficinas del Infonavit aquí?

Memo contestó: –Hubo, pero las quitaron, porque en una trifulca que se tuvo con el sindicato tomaron las oficinas y al delegado no lo dejaban salir. Eso fue considerado como un secuestro y desde México se ordenó cerrar las oficinas de Monclova. El sindicato es cabrón, mira, por ejemplo ahora, en el sindicato van a decir quiénes son los que se van a quedar con casa, ellos manejan su línea de poder de ese modo y así amarran a los sindicalizados como incondicionales, y la constructora, pos... se mocha, de tal manera que va a vender lo que no tienes idea y ahí, pues estoy yo. Ya me avisaron que esté preparado porque vamos a trabajar, pero muy duro, para que todo se dé en el tiempo justo.

–Oye Memo, y cómo se le va a hacer para que todos los trabajadores reúnan los requisitos exigidos por el Infonavit, porque ahora que estuve en Saltillo me enteré de que se les piden muchos que la mayoría no reúnen, o acaso ¿en eso va a consistir tu chamba?

–Pues claro. Yo no sé en dónde están escritos esos requisitos, lo único que sé es que tenemos que integrar los expedientes a como dé lugar tal y como nos los pide el Infonavit, y ya sabrás, tenemos que tratar con gente que se las sabe de todas todas. Nomás nosotros sabemos quiénes son esos camaradas que consiguen actas de nacimiento o de matrimonio, y todas esas transas. Ellos prefieren tratar solamente con nosotros que con cada uno de los obreros, porque se puede regar la onda. Finalmente el Infonavit nomás recaba papeles, no los verifica, ni tiene tiempo para eso. Imagínate nada más, que se pusiera a hacer eso, pues no acabaría ni entregaría todos los créditos que se asignan al estado, y si es así, a los delegados no les va muy bien, según tengo entendido.

–O sea que en la prisa está la ganancia –sentencia *Tito*–, a lo que, simplemente Memo dijo:

–Así es. Nosotros ayudamos a que la delegación del Infonavit cumpla con las metas que le impone el centro, pero también ella tiene que aflojar, porque si las cosas las quieren al pie de la letra, no salen. Los del sindicato y los *Coyotes* no quieren que nadie se acerque a ellos, si no te llevaba a una de estas reuniones, nomás para que veas cómo se las gastan. Oye, por cierto, no se había dado la ocasión para hablar de esto, pero uno de los del sindicato, el que es el secretario de la vivienda y prestaciones sociales, ¿sabes qué?, pues es el que se vino casando con Magy.

–Pues qué buena onda, dijo *Tito*; lógicamente, por mi parte ¡qué bueno!, pero y ¿el pelao?, si me llega a conocer, ¿cómo reaccionaría?

–Pues hasta donde he sabido, es muy celoso –dijo Memo.

–¡No... pos está cabrón! Ahí muere –terminó con el tema–. ¡Chingaos!, con eso de que no tienen por aquí un cafecito, de ésos para echar el cotorreo, parecemos novios. No nos vayan a confundir y nos lleven al bote por faltas a las buenas costumbres y a la moral; ja, ja, ja, hubo risas de ambas partes. Pero Memo reclama a *Tito*:

–Pos, con ese pedo que te cargas de no querer entrar a las cantinas eso impide estar por lo menos en un lugar en donde no nos estemos enfriando.

–¡Sí, cómo no!, seguramente en las cantinas tienen clima.

–No, pero estaríamos cubiertos por lo menos.

–Sí, pero tomando cerveza helada. No tienen ron tus cantinas. Ya me la he pelado varias veces. No acostumbran esas bebidas.

En esos intercambios estaban cuando de plano ambos decidieron retirarse. El tiempo no daba para más, lo mismo que lo frío del clima. *Tito* continuaba aprendiendo asuntos acerca del Infonavit. Lo que no le quedaba claro era el hecho de que nadie, absolutamente nadie hasta ese momento, conocía reglas, o instructivos por lo menos, acerca de cómo se habría de otorgar un crédito. Tal parecía que todo quedaba siempre al libre albedrío de alguien y no de una disposición escrita, y pensaba: "Es interesante ese instituto. Valdría la pena investigar algo al respecto. ¡Sí!, lo voy a hacer ahora que regrese a México. Ya me piqué». Aparte de que se había hecho tal propósito, estando de nuevo en

Saltillo dedicó un tiempo para tratar de obtener literatura al respecto, pero todo fue inútil, no encontraba nada. La delegación operó, durante sus inicios, en unas oficinas que apenas llegaban a unos 16m^2, lo que explicaba que no contaran con espacio suficiente para guardar alguna literatura de origen. Aunque en la actualidad ya contaban con un espacio razonable, era de entenderse que no tenían antecedentes de ningún tipo, no contaban con algún ejemplar de su propia ley, ni de reglamentos, ni nada. Esto se iba poniendo interesante ya que en definitiva iba a serle necesario conocer más acerca de ese instituto, porque al entrar con la auditoría en la fase de revisión de las nóminas, se iban a tener que revisar las aportaciones de cuotas obrero-patronales, por ser ésta, una obligación de carácter fiscal y, por lo mismo, *Tito* quiso anticiparse a lo que posiblemente le sería enviado de México.

Después de unos cinco días, durante los que *Tito* había estado frecuentado un pequeño restaurante para tomar sus alimentos, el dueño era un antiguo trabajador de AHMSA, quien después de pensionarse se dedicó a ese negocio, *Tito* y el viejo hicieron una oportuna amistad, de esas que suelen nacer entre cliente y dueño, a base de preguntas curiosas que entre los dos se cruzaban, con respuestas ligeras, sin profundidad. No obstante, aquel señor resultaba ser alguien sumamente interesante por todos los antecedentes que tenía de AHMSA al igual que de la industria local. Su nombre era Rubén, y era propietario, aparte del restaurante, de unos pequeños locales comerciales en el centro de la ciudad. Comentó que había llegado a Monclova a finales de los cincuenta, siendo ferrocarrilero y desempeñándose como asistente de ingeniería en la construcción de la vía entre Monclova, Coahuila y Camargo, Chihuahua, de donde extraían el mineral para ser trasladado a Monclova. Decía que el tren se comunicaba con Durango, de cuyo Cerro del Mercado acarreaba el fierro para llevarlo a Monclova, que ese abastecimiento se lo hacía la Fundidora de Acero Monterrey, con sólo la condición de que AHMSA no compitiera con la línea de producción de aquélla. Agregó que también con la ruta a Camargo, se explotaban los yacimientos de La Perla y La Negra que estaban concesionadas a La Consolidada. El resturantero todo lo contaba con verdadero entusiasmo, añadió que las empresas grandes de Monclova habían nacido durante los años cincuenta, como Refractarios Básicos, Fundición Monclova, La Sierrita, Construcciones Monclova y otras, a cuyo frente estaba el Sr. Harold R. Pape, como socio mayoritario y que todas ellas formaban el Grupo Industrial Monclova (GIMSA), que la empresa Torres Mexicanas construía estructuras para la CFE, y las Cabezas de Acero Kikapoo para contenedores de acero, etc. Tomándose un respiro mientras cobraba unas cuentas, regresó al asunto, concluyendo parcialmente con su relato: –Mire mi amigo, como le estaba

diciendo, ya para principios de los sesenta Monclova era toda una ciudad industrial, produciendo el 47% del acero nacional, y luego AHMSA compró la empresa La Consolidada, de Piedras Negras, y la de Lechería en el Estado de México. Era evidente el conocimiento que este hombre tenía de la región, por lo que *Tito* aprovechó para preguntar temas concretos.

–Oiga, don Rubén, ¿tiene usted alguna documentación que sirviera para hacer algún libro o algo así por el estilo?

–¡Uh, sí!, por ahí guardo documentos muy viejos para ver si algún día a alguien le interesan. Porque, pos uno, poss, ¿qué puede hacer? Si muy apenas sabe uno escribir su nombre. La verdad era que aquel hombre destilaba humildad, un exceso de modestia, porque vaya que si tenía conocimientos sobre el tema.

–Oiga, don Rubén, y a su juicio, dígame lo que piensa, ¿por qué Monclova está tan atrasada, a pesar de todo lo que me cuenta?, yo creo que ni por Saltillo ha rodado tanto dinero como por aquí. Bueno, hasta puedo decir que, guardando las proporciones por supuesto, que ha competido con la misma ciudad de Monterrey, ¿qué pasa?, ¡no se ve nada que así lo demuestre! Si vemos a ciudades como Guanajuato, Zacatecas, San Luis Potosí y otros pueblos donde floreció la minería y hubo mucho oro, plata, comercio y todo eso, pues quedaron construcciones muy artísticas que hablan de aquel pasado glorioso, pero, ¿y aquí?, ¿qué paso?, no sólo no hay esas construcciones, sino que el pueblo es una ruina, paredes viejas, terrenos baldíos, bueno, ni las oficinas de las grandes empresas son adecuadas, a la altura de su categoría. AHMSA misma, si vemos sus oficinas son muy improvisadas, llenas de cochambre y ni parecen ser lo que usted me platica. Por eso le pregunto esto, no por otra cosa. Don Rubén se quedó pensativo, para luego empezar a hablar. Su discurso se inició un tanto cuanto inseguro, tal vez porque se le agolpaban las respuestas en la cabeza y no sabía realmente por dónde empezar.

–Poss... creo que son muchas cosas. Mire mi amigo –retomaba la palabra dirigiéndose de manera franca a *Tito*–, Ud. dice bien y yo tampoco me explico lo que pasa, porque allá por el año del 49, tengo en la memoria, unos pizarrones dentro de la planta, que decían que la producción de la planta era de unas 100 000 toneladas de acero. Luego por el año de 59, eso ya me tocó verlo, era como de unas 400 000, o más. En 1964 rebasaba el millón, en 1967 llegaba casi al millón trescientas mil, y se decía que Monclova era la capital del acero, ¡en Latinoamérica!, no sólo en México. A la fecha, según dicen, la producción anda

por los dos y medio millones de toneladas pero con mucha gente trabajando, creo que sobran obreros. Ésos fueron los grandes años de Monclova, yo no sé qué pasó después, creo que mucho tuvo qué ver el mismo sindicato, porque se dice que originalmente no pasaban de los l 500 trabajadores, los afiliados a la 147, y ahora ya hay más de 26 000. Claro está que la planta también ha crecido, pero el sindicato actual es duro, a base de presiones gana empleos a diestra y siniestra, sin necesidad de más personal, cada vez entra más y más gente. Yo no sé que va a pasar.

–Bueno sí, don Rubén, pero, ¿qué tiene que ver eso con lo atrasado de la ciudad? El señor, reviró de inmediato: –¿Cómo qué?, que no ve usted mi amigo que los obreros están muy apapachados y cuando ya no están en la planta quedan muy mal impuestos y no quieren someterse al orden. Todo quieren sacarlo de Altos Hornos, si la empresa no manda limpiar las calles nadie lo hace, y así muchas cosas. Mire si le contara algo raro ni me lo va a creer, nomás échele, pa' que vea cómo se las han gastado desde siempre. Resulta que allá por 1948, y todo por un pleito callejero entre un obrero de la planta y un restaurantero libanés, el sindicato, por apoyar al trabajador, quiso involucrar a la empresa para que expulsara del país al libanés. AHMSA simplemente los mandó a la chingada y dijo que el problema no era suyo y, pos claro, no iba a sudar calenturas ajenas como la raza quería y no le entró. Luego vinieron los paros locos para presionar.

–¿Paros locos? y, ¿eso qué es?, interrumpió *Tito*, a lo que el viejo aclaró:

–Pos son paros de labores cada dos o tres horas. Se suspenden labores por una media hora o por una hora cada vez, y así todos los días, en todos los turnos. Así como le hacen para todo, hasta que con la intervención ¡del ejército!, nomás pa' que le eche una tanteadita mi amigo, con los soldados se impidió la entrada de obreros a la planta, los suspendieron, y se les hizo un contrato nuevo, hasta que por fin los trabajadores reconocieron que la estaban regando y volvieron a la chamba. Se les ocurren cosas como ésas, así de absurdas, y hacen cómo les da la gana a su gallina de los huevos de oro, pero también a los gobiernos, porque cuando vienen a pedir votos los que andan de candidatos para algo prometen hasta milagros, y después los obreros, pues cobran lo suyo, y si no se les cumple, vienen problemas. Nomás hágame usted el favor. Y ahora, fíjese nomás en esto que le voy a contar, hace poco más de un año, pos, no lo va usted a creer; los del sindicato creo que estaban pidiendo créditos al Infonavit y exigiendo otras cosas, claro, y andaban a dale y dale y lograron que el mero mero del Infonavit viniera personalmente a atenderlos. Todo estaba bien, pero por un disgusto que no

venía a cuento y no era para tanto, pos no cerraron las oficinas y no dejaban que salieran los empleados. Para colmo, estaba encerrado también el mero mero, creo que le dicen delegado, lo único que lograron fue que esas oficinas se cerraran. Ahora, los trabajadores o sus familias, tienen que ir hasta Saltillo para todo, y si no les hacen caso, también allá se arman plantones. Ya no han querido abrir oficinas aquí en Monclova, por lo mismo, porque la raza es dura.

–Oiga, señor, pues sí que están gruesos éstos. Sobre todo porque el gobierno tiene muy controladitos a los sindicatos. Está raro –dijo *Tito*, con sobrada razón–; porque si bien en esos tiempos los sindicatos estaban muy inflados por el sistema, también era cierto que todo estaba condicionado a la aceptación de los controles centrales. Todo era un 'toma y daca'. Pero aquel narrador, que era un auténtico emisario del pasado, entre anécdota y anécdota, denotaba una especie de desacuerdo con los sucesos, y por lo mismo, *Tito* preguntó, directo al objetivo: –Usted por lo que veo, ¿no está de acuerdo con el sindicato?

–Con el sindicato sí, porque es bueno que se tenga uno. Pero no estoy de acuerdo con la forma en que se hacen las cosas, porque van a acabar con todo, y lo que se ha hecho aquí en Monclova, que ha costado mucho, se lo va a cargar la chingada. Mire, si yo me hubiera atenido a mi pensión del Seguro, pos ni madre que me hubiera alcanzado para sacar a mi familia adelante. Muchos nomás esperan a ser pensionados, para venirse al centro a echar la hueva creyendo que ya con eso es suficiente. Tuve que dedicarme al comercio para completar con el gasto, y gracias a lo que ha sido Monclova, hay lana y hay comercio, pero a este paso, vamos a tener problemas. Ya se nos conoce como 'la ciudad sin ley', ¡nomás échele!, ¿a poco eso es bueno?, pos no, se contestaba solo, porque yo oigo a los proveedores que siempre preguntan sobre cómo andan las cosas por aquí, porque creen que de repente vamos a atrasarnos en los pagos con lo que nos fian, ya ve que ellos siempre se adelantan a todo, porque no quieren problemas. Cada vez nos sueltan menos crédito. La raza que trabaja, pos está atenta a su sueldo y a lo que jalan de la empresa, pero, ¿uno?, uno vive de lo que hay acá afuera. Ellos no quieren pensar en que si hay problemas también los van a tener, pero no les importa o quién sabe.

–Oiga, señor, ¿y los bancos?, prestan dinero o no, ¿cómo andan los intereses?

–¡Uuuh!, de eso ni hablar amigo, los intereses cada vez van para arriba, con eso de la inflación. Que la inflación para acá que la inflación para allá, pos antes qué se sabía de eso, nada, ahora es un mero pretexto o qué se yo, para que todo

suba de precio. ¡Y los bancos!, ni hablar. Por eso le digo lo de los proveedores, porque si ellos no nos sueltan a buen plazo, pos vamos a tronar. Antes nos soltaban la mercancía a 60 y hasta a 90 días, ahora muy apenas nos la sueltan a 30 días, y a los abarroteros, ya es a 'vuelta de proveedor', si bien les va. ¡No, mi amigo!, si las cosas están de la fregada y, por otra parte, los dueños de la ciudad también hacen de las suyas. Los que tienen, porque tienen y los que no tienen, pues por lo mismo, por sus mismas carencias. Nadie exige nada. Todos se conforman con lo que hay. Me da la impresión de que la misma gente piensa que no tiene derechos, que lo que se les quiera dar pues bienvenido, pero, exigir, jamás. Como quien dice, o vive al 'ahí se va', o a 'lo cáido cáido'; –O sea que hay conformismo?, ¿es lo que me quiere usted decir?

–Pos así es, ¿o qué...?, mire usted, mire nada más los techos de todos esos puestos –señalando hacia la acera de enfrente los locales comerciales–, los dueños no les quieren poner techo de material (concreto), son de pura lámina y también muchos de este otro lado. También los hay de tierra, pero son tan viejos que ya están llenos de matorrales, creo que ya hay arbustos arriba de algunos, ¡mírelos, mírelos!, en años nadie se ha subido a cortar esa hierba Los locatarios no quieren pagar más renta porque de todos modos así venden, los compradores no son exigentes y los dueños, pues no les arreglan los locales, total para qué. Yo porque soy propietario, ya les puse techo de material a mis locales.

–Pero, el conformismo ¿por qué?, vuelve *Tito* a señalar su apreciación acerca del conformismo.

–Pos, mire usted, me da la impresión de que la gente piensa que así como llegó, así también se va a ir de aquí, porque la mayor parte de los que aquí vivimos, no somos de aquí. Llegamos de otras partes y como que eso no se nos quita de la mente, o sea que mucha gente piensa que va a regresar al lugar de donde vino, y pos para qué echar raíces. A mí también me pasó lo mismo, pero mi mujer es de por estos rumbos, es de congregación Rodríguez y mis hijos ya son de Monclova, ellos se dieron cuenta de que yo andaba mal porque, según yo, me iba a regresar a Camargo, y así andaba chingue y chingue, renegando contra este lugar, con la forma de ser de la gente, tan conformista y todo eso, pero un día uno de mis hijos me enseñó un libro en donde se decía que en sus orígenes Monclova fue poblado por gente que vino de Nuevo León, con eso y otros datos ya entendí muchas cosas que por aquí pasan, y no crea, me sentí como avergonzado, porque ya tenía hasta el gorro a mi familia. Casi no hay gente netamente de aquí y de eso, pos no tiene culpa el pobre lugar, somos nosotros los que no hacemos nada por

que se vea bonita la ciudad. Yo ya lo entendí y caí en la cuenta de mi error, pero mucha gente ni se va y creo que andan como yo andaba, pero no se dan cuenta, y si uno les platica de eso, pos ni lo entienden. Yo ya mejor ni hablo de esto. Usted me dio confianza y hasta creo que tenía ganas de platicarlo con alguien que me entendiera, porque siempre es bueno que otros nos digan lo que piensan. Yo creo que era natural mi modo de ver las cosas, o, ¿cómo la ve usted mi amigo?

Aquel comerciante hablaba de todo, hilaba una cosa con otra, sin ver si acaso *Tito* quería preguntar algo, y en verdad él percibía que el hombre tenía verdadera necesidad de hablar del asunto, como queriendo encontrar alguna opinión que viniera a darle la razón sobre algo que, por otra parte, no andaba tan errado y quitarse de encima una sensación de culpa, puesto que hasta había confesado haberse sentido avergonzado por su actitud ante las circunstancias. Con la forma en que paró su alocución, planteándole a *Tito* una pregunta sobre su opinión al respecto, quedaba clara su inquietud. *Tito* comprendió aquello y estuvo bien dispuesto a dársela pero antes se tomó un momento para digerir bien todo lo que había escuchado, para replantear o precisar algunas cuestiones.

–Oiga señor, habló *Tito*, ¿le gusta ir al cine? El hombre se sorprendió al escuchar esa pregunta, ¿a qué venía aquello?; –Sí, ¿por qué?, respondió asombrado.

–No sé si ya vio la película *La leyenda de la ciudad sin nombre* (*No name city*, título en inglés). Pero desafortunadamente su interlocutor no sabía de tal película. –No, ¿es gringa o mexicana?

–Gringa –dijo *Tito*–, es la historia de un lugar que fue poblado por aquellos buscadores de oro que hubo en el oeste de los Estados Unidos. Esos que siempre se nos han mostrado como gandallas, gente maleada, viciosa y matona; los clásicos bandidos de las películas gabachas. Bueno, pues detalles más detalles menos, el caso es que después de vagar por aquellos lugares en busca de oro, encontraron uno en donde aparte de existir una gran mina, construyeron un pueblo. Todo florecía, el comercio, las cantinas, los casinos para el juego, etc. Pero antes de que todo esto se construyera, resultaba que había un problema, no había mujeres, eran puros pelaos. Un día pasaron por ahí unos miembros de una religión que permite al hombre tener varias esposas o mujeres a la vez. Al ver aquello obligaron al viajero a subastar a una de ellas y resultó que uno de los más borrachines, al punto de enajenación alcohólica, ofreció más que todos y la obtuvo para sí. El borrachín ya era un hombre de edad, y tenía un amigo inseparable, mucho más

joven que él, por lo que, ni hablar, la compartían, siendo ellos solamente los que tenían mujer y se turnaban la casita, una semana cada quien; el otro se tenía que alejar hacia donde estaban los demás. A partir de este tema central, se desarrollan otros hechos, pero el caso es que a medida que florecía todo, empezaron a llegar prostitutas y ninguna mujer para otros menesteres. Los que iban llegando, trabajaban duro en las minas, en tanto que los primeros colonos, que eran los que explotaban el comercio, los casinos y los bares, o sea lo más rentable de aquel lugar, vivían de lo que los jornaleros extraían. A los que iban llegando pues a ver qué les tocaba.

A los gandayas, como el borrachín y su amigo, ¿quién los tocaba?, cuál ley les afectaba si ellos hicieron todo para su beneficio. Ambos construyeron túneles clandestinos que pasaban por debajo de los casinos, y como los pisos eran de madera, todo el polvo de oro que caía, porque la verdad, en aquellos lugares era puro jolgorio, de día y de noche, ininterrumpidamente, se filtraba hacia los túneles donde era recogido en recipientes, colocados exprofesamente para ello por los gandallas de la película quienes obtenían sin trabajar las ganancias que los apostadores perdían.

El hecho es que, al final de cuentas, ese pueblo se destruyó solo, nada se hizo con miras a trascender, a perdurar, sino solamente para la explotación del momento, los que llegaban se quedaban para ser sumisamente explotados por los que ya se habían apropiado de todo, y si no les gustaba pues a volar. Esa historia le queda a cualquier pueblo o ciudad, donde en la punta de la pirámide se encuentran los primeros colonos, y hacia abajo van quedando los desposeídos, los que se van sumando a la fuerza de trabajo para ser explotados en los negocios de los primeros. Son los ejércitos de nómadas que nada tienen y que van de lugar en lugar buscando su destino. Algunos van encontrando algo interesante y rentable, otros lo construyen, pero, a la inmensa mayoría no le toca nada. Estas tierras nuestras no son como aquellas en donde habitaron indígenas, que eran verdaderos vergeles, que después de haber sido los primeros en llegar fueron luego expulsados por los conquistadores. Aquí la historia es diferente, aquí la riqueza ha sido descubierta recientemente, donde los primeros en llegar han logrado todo y los últimos sólo van recogiendo migajas, son poblaciones de verdaderos desposeídos, de gente que aún anda de nómada y siente que por lo mismo, algún día, no muy lejano, tendrá que emigrar de nuevo, ¿hacia dónde?, quién lo sabe.

.

–Bueno pos, por ahí anda la cosa, intervino el restaurantero. Usted mi amigo, pregunta por qué aquí en Monclova no hay construcciones de esas grandes, de

las que se van quedando cuando hay riqueza en los pueblos, y esas cosas que no ve a pesar de tanta lana que ha rodado por aquí. Tal vez sea por lo que dice, que no nos damos cuenta de que ya pertenecemos a esta tierra y que ya no nos vamos a ir de aquí.

–Eso es lo que creo –intervino *Tito*–, algo así hay por aquí, porque si los que han tenido lana y modo de ir dejando una historia no lo han hecho, pues, ¿qué se puede esperar del que nada ha tenido? Si nos fijamos, por ejemplo en los Estados Unidos, los colonos llegaban por lo general con todo y su familia, bueno, hasta con sus muebles, con la mira de establecerse definitivamente y para eso iban creando sus propias leyes, hasta proteccionistas si así se puede interpretar; pero en nuestros pueblos los españoles venían solos, y donde podían se apropiaban de todo, hasta de las mujeres, violándolas. A sus familias no las traían con ellos, y los que así lo hicieron, como fue el caso de estos lugares (según cuenta la historia), no se establecieron en forma definitiva, es más, dudo mucho de que por aquí existan descendientes de aquellas primeras familias, porque de seguro emigraron hacia otras ciudades una vez que sacaron su provecho. La herencia cultural que va quedando es ésa, la de que nada importa, todo al ahí se va, todo es por encimita y nada más, que así como llega la lana, así se ha de gastar. Nada se profundiza, yo creo que los únicos que tuvieron visión de largo plazo fueron los fundadores de Altos Hornos y las empresas conexas, y eso por razones naturales, porque fuera de ahí y a nivel de particulares no se ve nada.

–Así es la cosa mi amigo y, ¿qué le vamos a hacer?, concluyó el viejo. *Tito* vió el reloj y se percató que el tiempo se había ido, que ya no iba a presentarse a la empresa por la tarde, por lo que decidió irse a su hotel que no estaba retirado, y ponerse a leer el periódico. Encendió la TV y se dispuso a escuchar las noticias… 'Se infarta el Dir. general de Sidermex', 'La sobrecarga de trabajo de un funcionario, que para atender a todo el sector siderúrgico de México, se tenía que trasladar en cuestión de días o de horas, a veces, de la ciudad de México a Monclova, o de Monterrey a Lázaro Cárdenas, Michoacán, o en forma intermedia, a donde fuera, que tuviera que ver con el sector a su cargo…'; se comentaba en el noticiario y, por estar ligado el tema… 'AHMSA, planea aumentar la producción de acero de 3.2 toneladas, anuales, a 3.75, pero el principal problema lo constituye la falta de agua y, por otro lado, se teme que, al iniciarse las actividades en Las Truchas, el mercado mexicano se vaya a ver saturado…' 'Se sabe que el problema del agua se pudiera resolver si se hacen perforaciones, mismas que deberán ser a más de 1100 metros de profundidad...', entre otras noticias del momento. *Tito* apagó la TV y al no poder conciliar el sueño estaba pensando en lo que don

Rubén el restaurantero le había platicado, entrando de nuevo en aquel estado de tercera persona, meditando sobre datos que ya con anterioridad había leído: "¿Te acuerdas *mi buen*?, ¿dónde fue que leímos algo acerca de estas tierras en otros siglos?, ¿dónde?, ¿dónde?, ¿dónde fue? En un libro, pero... no me acuerdo. ¡Ah, ya recuerdo!

De pronto *Tito* recordó la fuente de aquella información. Se trataba de un libro, que no hacía mucho había leído, o mejor dicho, hojeado, porque la verdad era que no lo había leído con detenimiento, sin embargo sí recordaba algo del contenido Una obra escrita por varios historiadores de Saltillo y auspiciada por un senador, que a la fecha era el gobernador de Coahuila, el profesor Óscar Flores Tapia. <Sí, mi *Tito*, ése es el libro y ahora que regresemos a México lo vamos a consultar. Algo hay por ahí muy interesante, acerca de la manera en que fueron pobladas estas tierras, y no de ahora, sino de siglos atrás>. Movido por estas reflexiones, cuando *Tito* regresó a la ciudad de México, consultó el libro de referencia (*Coahuila, 1854-1867 La Reforma, La Intervención, El Imperio*. Participación de...), así como otras fuentes de información como *Chichimecatl* (origen, cultura, lucha y exterminio de los gallardos bárbaros del norte), del Dr. J. de Jesús Dávila Aguirre; *Rebeliones indígenas en el norte de la Nueva España, XVI-XVII*, de Ma. Elena Galaviz de Capdevielle, y otras, habiendo sacado algunas consideraciones interesantes que dejó en un apunte resumido, y que a continuación se presenta; adelantándonos un poco a nuestra historia:

***El estado de Coahuila, siempre estuvo dividido.

***Desde le época de la Colonia y que estas regiones estaban demarcadas por los 'Nuevos Reinos', Saltillo y Parras (ciudades situadas en el extremo sureste del estado), pertenecían al Reino de la Nueva Vizcaya, y la parte fronteriza conocida entonces como Extremadura, también pertenecía a tal Reino, con las actuales ciudades de Piedras Negras, Guerrero, Ciudad Acuña.

***Esto daba por resultado que, el centro del estado, en donde se encuentra situada la ciudad de Monclova, junto con las de San Buenaventura, Nadadores, Sacramento, Abasolo, Escobedo, Frontera, Castaño (según la historia éste es el verdadero nombre de ese municipio), Candela y algunas un poco más al norte, como Sabinas, Nueva Rosita, Múzquiz, no pertenecieron al Reino de la Nueva Vizcaya, y las primeras fundaciones de que se habla, en lo que hoy es Monclova, se dice que fueron ficticias (ver inciso B, de las conclusiones presentadas después de estas consideraciones extraídas de los textos investigados).

***Desde el siglo XVI (año 1500), se supo de controversias entre este Reino de la Nueva Vizcaya, y el Nuevo Reino de León (actual estado de Nuevo León), resueltas hasta 1674.

***Santiago del Saltillo (hoy Saltillo) se funda en 1577. Este territorio pertenecía a la Nueva Vizcaya y se separa en 1787, para agregarse al estado de Coahuila junto con Parras. Esto explica por qué estas ciudades no formaron parte de la breve existencia del estado de Coahuiltejas (1824-1836) pero que, por haber sido las ciudades más importantes de toda la región y las más prósperas, su influencia hizo que la capital de Coahuiltejas fuera Saltillo y no Monclova, situación que cambió hasta 1833, en que la capital de Coahuiltejas se situara en Monclova, lo que duró hasta 1836, año en el que el estado de Texas, logró su independencia.

***La Nueva Almadén (hoy Monclova) se funda hacia 1585, por Luis de Carvajal, fundador también del Nuevo Reino de León. No prosperó (ver inciso C, en las conclusiones). Al parecer esta fundación sólo fue una farsa).

***La ciudad de Nuestra Sra. de Guadalupe (hoy Monclova), se quiso fundar en 1673, y ahora por quien viniera a ser el primer gobernador de Coahuila, Antonio de Balcárcel Rivadeneira y fray Juan Larios, pero también fracasó el intento, según se dice, por influencias imputables a pobladores de la Villa de Santiago del Saltillo.

***Santiago de la Monclova (hoy Monclova), se funda en 1689, por pobladores de Nuevo Leon, encabezados por el mismo gobernador Alonso de León, su familia y otros, fundándose también Nadadores, Candela y otros lugares. En este siglo hubo otros intentos, pero fallidos, por poblar el lugar con gente de Nuevo León, como fue el caso de Martín de Zavala.

***Saltillo y Monclova tenían profundas pugnas y hacia 1835, Saltillo pidió al Congreso autorización para unirse a otros estados, o sea separarse. Todo se debía, en el fondo, a la actitud puntillosa y revoltosa de unos cuantos personajes cuya tendencia era centralista, prosantanista y contraria a los republicanos. Entre los participantes se mencionan apellidos como Arizpe, Letona, Venegas, que sostenían este movimiento.

***Estas pugnas causaron molestias a familias de diversas partes del estado. Así, se mencionaba a los Viesca y Madero de la ciudad de Parras, o de la parte del norte, como los Múzquiz, los Cantú, Blanco, Borrego, Falcón, Cervera,

Ramón, Rosas, Rosales, Gigedo, Vidaurri, Elguézabal, que lo mismo estaban emparentados con gente de Nuevo León, o que tenían negocios entre sí. Se cree que también esto vino dando al traste con el llamado estado de Coahuiltejas, el cual existió como tal, hasta 1836, año en el que Texas obtuvo su independencia, para luego anexarse a los Estados Unidos en 1845. México sostuvo una guerra contra los Estados Unidos durante 1846-1847 queriendo recuperar ese territorio pero finalmente aceptó la pérdida en 1848, con el llamado Tratado de Guadalupe Hidalgo.

***Estos saltillenses, no eran muy aglutinadores y hasta de eso se quejaban los mismos tejanos. Se quejaban de abandono, de actitud hostil y de atropellos por parte de las autoridades. Se sabe que el mismo don Juan Antonio de la Fuente, coahuilense notable, defensor de la Republica y representante de Coahuila ante el Congreso Constituyente de 1855-1857 y opositor a la anexión del estado de Coahuila al de Nuevo León, en 1856 fue víctima también de esos saltillenses, culminando con su destierro hacia el poblado de Venado, en el estado de San Luis Potosí.

***Las razones de quienes querían anexarse a Nuevo León sobraban por lo que el gobernador de Nuevo León, Santiago Vidaurri no hizo otra cosa, en su momento, más que aprovecharse de las circunstancias, y convencer a simpatizantes para anexar a los dos estados, expidiendo un decreto el 19 de febrero de 1856, por el cual Coahuila pasaba a formar parte de Nuevo León, 'como producto del deseo de sus habitantes, exceptuándose a Saltillo y Ramos Arizpe, por haberse opuesto a ello'. El gobierno de Comonfort, suspendió los efectos de tal decreto y restituyó la soberanía al estado, nombrando como gobernador al jefe político del Saltillo, Lic. don Santiago Rodríguez.

***El presidente Juárez, a su paso por Saltillo puso fin a todo ese enredo, con un decreto expedido el 26 de febrero de 1864 y ratificado el 20 de noviembre de 1868, con el cual surgió a la vida política el actual estado de Coahuila de Zaragoza, que a consideración del mismo Juárez, fue por las aportaciones al plan republicano y su brillante participación en la Guerra de Reforma, en la Revolución de Ayutla y la lucha contra el Imperio, dejando en claro y al descubierto a los que, no obstante siendo unos cuantos, provocaron toda una mancha en la historia de esta entidad norteña. Entre estos últimos queda el nombre de aquel gobernador de Nuevo Leon, Santiago Vidaurri, como el más perverso y falso de los hombres de ese tiempo, contrario a la lucha juarista, conspirador y separatista, puesto que era bien sabido que entre sus propósitos estaba el de crear la 'República de la

Sierra Madre', con los territorios de los estados de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas.

Conclusiones:

A). Posiblemente, las autoridades del Nuevo Reino de León, al darse cuenta de que el centro del actual estado de Coahuila, no estaba integrado al entonces Reino de la Nueva Vizcaya, lo quisieron poblar con su gente, por lo que así procedieron, según cuenta la historia.

B). Siendo el Nuevo Reino de León tan pequeño, comparado con el de la Nueva Vizcaya, el cual abarcaba lo que en la actualidad sigue siendo el estado de Nuevo León, podría parecer lógico entender la existencia de una posible ambición expansionista de parte del Nuevo Reino de León, sin embargo, la historia da cuenta de que las incursiones hacia las regiones del centro y norte de Coahuila tuvieron por objeto la captura de nómadas (chichimecas), para venderlos como esclavos en la ciudad de México, o en regiones mineras como Guanajuato y Zacatecas, entre otras motivaciones. Esto pudiera significar, que el propósito no era el de poblar estas regiones, sino el de cazar 'piezas' para su venta. Uno de los personajes afamados de entonces, quien se dedicaba a este negocio, pese a la prohibición impuesta por la propia Corona de España, fue don Luis de Carvajal y de la Cueva (fundador de este reino), de quien extraemos unos apuntes del libro *Chichimecatl*, del Dr. J. de Jesús Dávila Aguirre... 'El último acto del virrey Enríquez, fue el de recomendar con su sucesor (el virrey De Villamanrique, enemigo de la esclavitud), a don Luis de Carvajal y de la Cueva, judío lusitano que había ganado fama como capitán hábil y honesto, gran conocedor de los chichimecas y de las tierras del norte', 'Villamanrique informó al rey que el gobernador de la Nueva Vizcaya, Hernando de Bazán, había hecho entrada en territorio de Sinaloa para sacar indios y venderlos como esclavos...' Bazán fue destituido. También acusó a Carvajal el 28 de abril de 1587, 'de hacer entradas hacia el norte, prendiendo indios de paz para venderlos como esclavos en la Cd. de México...' 'El fiscal del rey lo mandó llamar, pero Carvajal huyó hacia su gobernación... Nuevo León' [que] 'continuaba con sus actos junto con su lugarteniente Castaño... sacando cada vez entre 800 a 1000 indios para venderlos...' …en 1588, de nuevo el virrey Villamanrique, informó que 'Carvajal, gobernador de Nuevo León, seguía cometiendo excesos, junto con un capitán de nombre Cristóbal de Heredia...' 'que en la Villa de Santiago de Saltillo autorizó al capitán Alberto del Canto para entrar

en la ciudad de León, para hacer algunas piezas'. 'El Virrey lo mandó aprehender con el capitán Alonso López al frente de 20 soldados, y lo hizo comparecer ante la Audiencia de México...' ...Finalmente, durante la información se aclaró que las fundaciones que Carvajal dijo haber hecho e informado a la Corona, no existían, siendo falsos sus informes, y que lo único que se encontró en los lugares presuntamente fundados por Carvajal, sólo existían unas cuatro chozas de palos. López, lo llevó preso a México y entregado a la Inquisición, muriendo durante el juicio. Aun dentro de la prisión ordenó a su lugarteniente, Gaspar Castaño, continuar con estas prácticas en la región de Nueva Almadén (Monclova)...' Hasta aquí con el apunte, que sólo nos sirve para concluir que ni la Nueva Vizcaya, ni el Nuevo Reino de León, ni la Nueva España, tuvieron jurisdicción en esta zona central de Coahuila.

C). Al parecer, la cabecera del entonces Reino de la Nueva Vizcaya, estaba situada en lo que ahora es la ciudad de Durango, es de entenderse el grado de lejanía y desentendimiento que se sufría en las regiones de Saltillo y Parras.

D). El florecimiento y crecimiento de la economía, entre otros factores, de parte de la región de Saltillo, hacía posible su gran influencia territorial sobre el resto de las poblaciones cercanas. De esto, con toda seguridad, estaban convencidos los pobladores influyentes de Saltillo, por lo que resultaba natural su celo por las intromisiones que alguien quisiera imponerles aunque por otra parte, no resultaba aceptable su forma de protegerse. Su tradicional forma de proteccionismo subsiste hasta nuestros días y eso ha sido un gran motivo para que el atraso de la ciudad se haya perpetuado hasta los años setenta del siglo XX. Tal vez, en la visión del actual gobernador (Óscar Flores Tapia), esté presente este aspecto y, por lo mismo se están dando cambios y sentando las bases para un futuro más ordenado. Gracias a esa visión y a la influencia que el gobernante puede aprovechar en su momento, el actual está efectuando los cambios y preparativos hacia una ciudad más actualizada. Cabe señalar que estos cambios están causando escozor entre algunos pudientes de Saltillo y, por ahí, pudieran sobrevenirle dificultades al gobernador, por las afectaciones a viejos intereses creados (este gobernador no terminó su periodo. Por los intereses afectados fue obligado a renunciar).

E). Por lo que hace a Monclova y sus alrededores es posible entender, que por la influencia hereditaria que ha quedado con motivo de tanto engaño, de agresiones, de la dualidad o, tal vez, multiplicidad de mandos que sobre sus

pobladores se ha ejercido a través del tiempo, y que finalmente no quedó ninguno de los de esos tiempos, se aclara, nada nos impide pensar en que a la fecha se guarda una secuela de todo aquel pasado. De hecho, la ley existe, pero quienes imponen las cosas, en los hechos, son los mismos ciudadanos, actuando de manera muy desobediente y con la complacencia de sus autoridades locales. Que por otra parte, aunque no aceptable, es entendible, porque al final de cuentas, históricamente la gente sólo ha sido una víctima, a muchos los han llevado y traído de un lugar a otro, cumpliendo un papel de nómadas y de desheredados, han sido motivo de abandonos, de descuidos, de desentendimientos, de desdenes o subestimaciones, etc., por parte de las autoridades federales y estatales (te dejo hacer en tu territorio lo que quieras, pero no me molestes ni me pidas nada, arréglatelas con tus propios medios).

F). El establecimiento de feudos de poder, han sido, son y seguirán siendo el común denominador en todas las sociedades del mundo, pero que si se quiere, tal vez pudiera encontrarse una diferencia hacia lo positivo por supuesto, si quienes tienen el poder guían a sus dominados hacia mejores metas, aprovechándose precisamente de esa influencia, pero está visto que en muchos casos no se emplea la influencia para proyectar a las ciudades hacia mejores condiciones.

G). Por lo que hace a la región de Monclova, la influencia de los dominantes no ha sido para conducir a sus dominados hacia mejores metas. Por el contrario, debido al descuido de que hablamos, cada quien hace lo que quiere a cambio de no ser molestado. El influyente impone lo que quiere y como quiere, vende lo que le da la gana sin permitir competencias, ocupa los espacios estratégicos de manera mañosa para desalentar a quien pudiera llegar a convertirse en un competidor, se confabula para establecer oligopolios, abarca los medios de influencia en forma de cadena de tal manera que nadie le haga competencia ni lo pueda criticar, hacen lo mismo los propietarios de las esquinas comerciales más importantes, de los diarios, de la radio y la TV, las constructoras e inmobiliarias, agencias de carros, accionistas de las principales industrias locales, distribuidoras de cerveza, las farmacias, etc., son los dueños de grandes extensiones territoriales listas para ser utilizadas lo mismo para construir viviendas, que para la industria, con la libre opción, claro está, de manipular el posible uso del suelo mediante su influencia entre las autoridades, según convenga. Por su parte los no influyentes, a cambio de no ser molestados, se someten a aquéllos. Compran lo que les venden a como sea, sin exigencias de ningún tipo: no se les tiene un local para mercado,

los locales comerciales no reúnen condiciones mínimas para comerciar, los changarros proliferan por todas partes, escuchan la música que les imponen y el cine y el circo son los espectáculos por excelencia, y sin faltar, en temporada, el beisbol, que al final de cuentas no es otra cosa que un buen pretexto para la venta de cantidades industriales de cerveza. En fin, viven en un encierro secular.

H). Un gran porcentaje de colonias se compone de viviendas para familias de escasos recursos, lo cual nos indica una prevalencia de un nivel económico medio, si no es que menor. En cambio, la existencia de colonias de un nivel más elevado no se nota; el deterioro de pavimentos, lo mismo que la deficiencia de servicios primarios, es común a todas. Esto último podría ser contradictorio, sin embargo el conformismo se nota en todos los niveles. No exijo para que no me exijan y todos en paz.

Pero regresemos a nuestro relato, a lo que *Tito* estaba experimentando en Monclova y en Saltillo con motivo de las auditorías que estaba efectuando a unas de las empresas fuertes de aquellos lugares. Antes de hacer el apunte anterior, dejamos a nuestro personaje haciendo reflexiones en torno a lo que había escuchado de boca del restaurantero a la hora de la comida. Todo parecía tan congruente que resultaba imposible no creerlo y que, por lo mismo, cualquier lugareño podría sentirse ofendido porque pareciera que ese señor estuviera emitiendo juicios de valor, pero en realidad estaba muy lejos de eso, antes todo lo contrario, eran observaciones muy profundas, dignas de ser tomadas en cuenta para efectos de mejoría.

Monclova, Coahuila

Durante esos días, ya de nuevo en Monclova, *Tito* y Memo tuvieron varios encuentros, lo mismo para una simple plática que para ir a comer, o para que *Tito* acompañara a su amigo a hacer algunas diligencias propias de su oficio de vendedor de viviendas. En una de esas ocasiones, *Tito* le pregunta algo relativo al Infonavit: –Aclárame una cosa, ¿ustedes construyen viviendas y se las venden al Infonavit para que éste se las venda a los trabajadores?, o ¿cómo está la cosa?

–No, no es así el asunto. La constructora hace las obras conforme a lo que el Infonavit decide. Él sólo contrata al constructor, y cuando se terminan las obras, es el instituto quien entrega las viviendas a los trabajadores que él mismo selecciona. El proceso de selección lo hace mediante datos de los trabajadores

que obtiene con unas hojas llamadas Tarjetas de Información, así concursan tres o cuatro trabajadores a un crédito. Las tarjetas son analizadas y evaluadas por el jefe de créditos del Infonavit quien los manda llamar para que integren su expediente.

–Oye Memo, y tú crees que ese jefe de que me hablas, ¿se porta muy derechito?

–Tal vez en la gran mayoría de los casos sí. Pero yo también creo que así, pues hay mucha manga suelta. Yo no sé cómo lo controlan a él. Lo que sí me consta es que le encantan las viejas, el pisto y todas esas ondas. Le llueven invitaciones, y no creo que sólo sea por su linda cara, esas chambas son muy socorridas y alcahuetas –concluía Memo, en tanto que *Tito*, continuaba formulándole preguntas:
–Pero, ha de ser una bronca para el Infonavit el control de tantas obras a nivel nacional, ¿no lo crees?

Memo solamente se concretaba a contestar lo que se imaginaba, o lo que por ahí había escuchado, por lo que las respuestas no eran del todo dadas por ciertas por parte de *Tito*.

–Sí, desde luego. Mira *Tito*, nomás imagínate. El Infonavit, ya nos manda una determinada clase de materiales, lo mismo para construir, que para amueblar las casas, me refiero a los muebles para baño, no a los otros: nos llega acero, cemento, tubería, WC, lavabos, etc. Son más de veinte materiales básicos o algo así. La verdad no sé cómo le harán para controlar todo eso porque, por ejemplo, el acero o sea la varilla en sus diferentes calibres, o el alambrón y el alambre, nos llega directamente de AHMSA. No llega por medio de un proveedor mayoritario, no, sino que es una entrega directa del productor, lo mismo que las cementeras, lo envían directamente. Los muebles para baño nos los surte Vitromex de Saltillo, y creo, no me hagas mucho caso, esa misma empresa hace lo mismo en todo el país, y AHMSA, Tolteca, y Orión, etc., y todos los proveedores de esos materiales hacen lo mismo, ¡imagínate!; *Tito*, verdaderamente impresionado, comenta:
–Pues ese tal Infonavit ha de ser la constructora más grande del mundo. ¡Y la cantidad de personal que ha de ocupar para hacer todo eso!

–Oye *Tito*, por qué no me acompañas a una plática que van a dar en la 147 del Sindicato de AHMSA. Va a venir gente de la Delegación Coahuila. Y así nos enteramos de algo más. Los invitaron los del sindicato ya hace algún tiempo, pero por angas o mangas, no había sido posible efectuar esa reunión, y al parecer se va a hacer este viernes que viene, ¿cómo la ves?, ¿vamos?

–Pues todo depende de la hora –contestó *Tito*.

–Creo que va a ser en la tarde. Lo que no sé es si a las cinco o a las seis, pero será por la tarde. Agarra la onda *Tito*, será por la tarde, para luego aprovechar el fin de semana por la noche, y tú ya sabes hombre, ¿sabes quién viene a impartir la plática?; –No, ¿cómo lo voy a saber?

–¡Ah, *Tito*!, pos de quién hemos estado hablando, pos del que no le gusta para nada el chupe. Y ya tú sabrás, mis jefes van a estar ahí. ¡A güevo!, los líderes del sindicato, pos es de cajón, y no lo dudes que hasta gente de la Cámara de Comercio.

Memo se ve interrumpido por *Tito*: –¡Tanto así?, ¡oye, pues ese tal... es toda una celebridad!

–Pos sí, *Tito*, es como te dije. Esa chamba es muy alcahueta y sobran interesados en estar cerca del que dictamina los créditos. Agarra la onda.

–Ya me picaste –dijo *Tito*– el viernes vamos. Tú me llevas porque ni idea tengo de dónde está esa tal Sección 147.

–Sí hombre, yo paso por ti al hotel, sólo te voy a confirmar la hora, ¿está hablado?

De esta manera se dio por terminada aquella plática y ambos se despidieron. Eran casi las once de la noche y, en la forma acostumbrada, *Tito* veía por la TV los noticieros ya repetidos. En ese momento estaban unos comentaristas platicando de aquel acontecimiento que no hacía muchos meses, enlutó a la alta sociedad regiomontana, especialmente a su grupo industrial, el atentado que terminó con la vida de don Eugenio Garza Sada, sin duda, el artífice o proyectista de un estado de Nuevo León modernista. Se trataba de comentarios algo temerarios, ya que el régimen del primer mandatario en turno, no permitía nada por el estilo... 'La abrupta devaluación del peso mexicano frente al dólar, sin lugar a dudas, tiene como uno de sus antecedentes las difíciles relaciones entre el presidente Echeverría y los hombres del dinero, a quienes el primer mandatario catalogó de 'riquillos', y a quienes señala como exportadores de capitales, quienes valiéndose de información privilegiada especularon a satisfacción de su misma camarilla...' 'Ahora, se corre el riesgo de que el equilibrio de fuerzas, la política por un lado y la económica por el otro, siempre en una aparente y negociada igualdad, se vea roto...' 'Lo peor que al pueblo le podría suceder es que, de ahora en adelante, a

los dueños del dinero, se les despierte la tentación de poseer, además del dinero, el poder político', 'que Dios nos agarre confesados...' <¡Ándale *mi buen*!, comenta *Tito* con él mismo… ¡Qué desmadre se nos viene!, la Revolución 'logró' convertir a cada fuerza en una especie de riel para que caminara el trenecito (el país), pero si esos rieles se llegan a juntar, ¡qué chinga!> *Tito* apagó el aparato y la lámpara, dio un tirón a la cobija, se cubrió hasta la cabeza y se dispuso a dormir.

Los días transcurrieron entre tareas propias de la misión de *Tito* en aquellas tierras, por una parte, y por la otra, algunos encuentros con su amigo Memo, contactos telefónicos con la familia de éste, y las pláticas con don Rubén el restaurantero a la hora de la comida. Llegado el viernes, *Tito* ya había sido advertido de que la reunión a la que habían quedado de acudir, para ver los asuntos del Infonavit, sería a las seis de la tarde. Memo pasó al hotel por *Tito*, y se dirigieron a las instalaciones del Sindicato de AHMSA. La gente estaba llegando al lugar y, tal y como lo había advertido Memo, lo mismo eran sector empresarial, que del laboral y sobre todo, de parte de los constructores, y la verdad no era para menos, ya que no se trataba de una simple plática, tal y como lo había supuesto Memo, sino que la Delegación del Infonavit había dispuesto que la sesión de la Comisión Consultiva, se llevara a cabo en Monclova. Esto fue algo de lo que en principio se enterara *Tito* acerca de aquel misterio llamado Infonavit. Es decir que, a nivel delegacional, existía un cuerpo tripartita, formado por representantes de los sectores laboral, empresarial y del gobierno, encargado de llevar a cabo las disposiciones emanadas del centro y que en esa misma forma operaba el instituto, desde la Asamblea General, como autoridad suprema, o el Consejo de Administración y, en fin, que casi todas las células de dirección de ese organismo funcionaban de manera tripartita y que lo único que cambiaba era el número de representantes por cada sector. El acto formal, o sea la sesión de la Consultiva, ya se había realizado unas horas antes; pero se iba a aprovechar el momento para dar una conferencia de prensa para anunciar los programas del año que se estaba iniciando y se daría a conocer el número de créditos a otorgarse en el estado de Coahuila y, primordialmente lo que a Monclova le correspondería. Así las cosas, era explicable aquel despliegue de recursos, lo mismo que la presencia de tantos interesados en el evento, por lo que para los asuntos que estaban fuera del orden del día, el sindicato puso a disposición de los visitantes su auditorio.

Entre funcionarios del instituto, miembros de la Comisión Consultiva, empresarios del ramo de la construcción, ingenieros y arquitectos, líderes sindicales no sólo

de AHMSA, sino también de otras empresas, prensa y obreros lo mismo interesados que acarreados, sumaban varios cientos, por lo menos unas 450 a 500 personas que abarrotaban aquel auditorio. En fin, nada fuera de lo acostumbrado en esos actos. Cuando *Tito* y Memo llegaron lograron encontrar lugares muy cerca del estrado, pero poco les duró el gusto pues apenas habían transcurrido unos 15 minutos, cuando alguien les solicitó que se pasaran más hacia atrás, ya que esos asientos estaban reservados para personalidades de la localidad y para los dirigentes del Sindicato de AHMSA. Por lo que quedaron situados unas seis filas más atrás. Ya repleto el auditorio, los que quisieron plantear peguntas a los panelistas, lo hicieron. Se utilizó un sistema abierto, a base de hojas de papel sueltas en las que cada interesado exponía su inquietud, una vez juntas todas esas hojas fueron turnadas a los expositores según su especialidad, para ser respondidas. A decir verdad, casi todas se referían a los requisitos para la obtención de un crédito, era comprensible dado que la mayor parte de los asistentes eran trabajadores, aunque no faltaron preguntas de otro tipo a las cuales no se daba plena satisfacción. Unas de esas cuestiones fueron planteadas por *Tito*. Su conclusión fue decepcionante, pues daba la impresión de que poco o nada sabían aquellos funcionarios de los asuntos formales o estructurales relativos al Infonavit. Para los propósitos de *Tito*, ya dentro de su profesión, nada pudo obtener en claro. Todo indicaba que sus dudas habrían de ser planteadas en la ciudad de México, porque lo que ahí se observaba, era simple y llanamente ignorancia, por tantos titubeos y porque, de plano, en algunos casos, los expositores dejaron dudas y prometieron enviar respuestas fundadas en fecha próxima, vía correo. Es más, aun lo que en esos momentos se contestaba no era extraído de algún texto legal, como para que *Tito* se acercara luego a preguntar sobre ese reglamento o ley, sino que todo era contestado como si los expositores tuvieran perfectamente guardadas en la memoria las disposiciones jurídicas (adelantándonos un poco a nuestra historia, la Ley del Infonavit, se dio a conocer por una editora de libros de carácter fiscal, hasta mediados de los noventa, 20 años después de la creación de ese instituto. Antes de esto el instituto emitía ediciones cortas, al parecer sólo para uso doméstico y no para su divulgación y, para colmo, no cada año. Así tenemos ediciones de 1982, 1985, 1986, 1988, 1989 y 1992. Ya después vinieron publicaciones comerciales por editoras privadas. Pasado un tiempo *Tito* se habría de percatar de una serie de imprecisiones externadas a los trabajadores por aquellos funcionarios en la reunión a la que acudió.

Entre los asistentes, como era de esperarse, se encontraban aquellos dirigentes sindicales, que en su momento habíamos dejado disfrutando de una noche de carne asada, y uno a otro se decían:

–Estos cabrones no nos resuelven nada. Tendremos que dirigirnos directamente a México, a través de nuestro Nacional, refiriéndose a la triste exposición que aquellos funcionarios estaban haciendo, del tema tan esperado. Por su parte, el secretario del sindicato dio instrucciones a Víctor, el esposo de Magy, para que, tan luego terminara el evento, se contactara con el jefe de créditos, a fin de precisar la forma en la que se habrían de presentar al Infonavit los posibles candidatos a crédito, ya que esa mesa directiva era nueva en estos asuntos y por lo mismo ignoraban los pasos a dar, aparte de que, por su lado, el instituto con frecuencia cambiaba los procedimientos. Ya para esas fechas, en Monclova se habían otorgado una buena cantidad de créditos y, por motivos derivados de tal situación crediticia, ya existían problemas que la delegación no podía resolver a nivel local, y no lo podía hacer debido a la enfermiza centralización que el Infonavit ya empezaba a mostrar desde entonces, aparte de que en Monclova no había oficinas del instituto. De casi todos los planteamientos de problemas que ahí se hicieron, no se pudo lograr ningún arreglo, en cambio todo quedó en promesas de presentar alguna solución a futuro, una vez que, curiosamente, la delegación hiciera las consultas respectivas, a las oficinas centrales (México). Los años venideros habrían de dar cuenta de lo inútil que iba a resultar todo intento de solución.

Resultaba absurdo que ya para entonces existieran tantos problemas derivados de una cantidad tan pequeña de créditos otorgados a nivel estatal. Según se publicó en los diarios locales los créditos a otorgarse ese año, en todo el estado, no pasaban de 1 800 y según esto, 'ya era' una cifra excelente, ¿cómo estarían las anteriores? De esto, *Tito* habría de enterarse al paso del tiempo, ya que en Coahuila, se otorgaban cantidades de créditos muy pequeñas, comparadas con entidades de la República con características económicas similares. Aquel incidente por el que los amigos se situaran unas filas más atrás, ocasionó que *Tito* no quedara cerca de Víctor, el esposo de Magy, porque tal vez hubieran sido hasta vecinos de butaca. Cuando el evento terminó Memo se dirigió hacia el hotel para dejar a *Tito*. Durante el trayecto no faltaron los comentarios, éste comentó que a su parecer, aquella exposición dejó la impresión de mucha deficiencia por tantas imprecisiones y tantos asuntos que se dejaron para soluciones futuras, según prometieron los expositores. Tengo la sensación de que del tema de Infonavit, esta gente no tiene un conocimiento muy amplio. Hubo asuntos esenciales que, a simple vista, no ameritaban dejar las contestaciones para futuro. Pobres trabajadores, se quedaron igual de ignorantes; Memo, por su parte, compartía la opinión de su amigo mas parecía no importarle mucho.

–Es cierto *Tito* pero, por lo que a mi respecta, mientras menos me pregunten más se me facilitan mis ventas. Ésa es mi función y no la de orientar a nadie. Imagínate nomás que yo tuviera que meterme a conocer las tripas del Infonavit para dar conferencias y luego colocar mis ventas, pos no hago ni una cosa ni otra. Eso le corresponde al Infonavit, y te soy franco, que si los trabajadores se enteraran de varias cosas antes de firmar, entonces mis ventas se vendrían abajo, porque si te fijas muchas de las preguntas que plantearon es porque ya ahora tienen problemas, de haberse enterado a tiempo, pos no nos hubieran comprado las casas.

En lo afirmado por Memo lo mismo había sinceridad que cinismo. Por una parte, a sabiendas de que para lograr ventas era necesario no orientar del todo a los trabajadores, tampoco sugerían al instituto que cumpliera con su parte. Por otro lado, era muy cierto que la orientación no era la misión de los constructores. *Tito* retoma la palabra para recalcar sus dudas:

–Oye, Memo, creo que tú sabes más que ellos del tal Infonavit, o se hicieron pendejos para no contestar, porque les pregunté algo que ya te había planteado, y mientras tú sí me contestaste, ellos simplemente, nada, ¿no te parece absurdo?, como eso que me dijiste aquella noche, que el instituto compra no sé cuánta cantidad de materiales básicos ¿te acuerdas?, y cuando les pregunté que cómo le hacían para controlarse, ¡ni madre de respuesta!, eso no es para creerse.

–Pos créelo, mi *Tito*, porque así como tú haces preguntas nosotros también y nadie contesta nada. A mí me da la impresión de que no saben gran cosa de eso. Uno pregunta lo básico para contestar a los compradores, pero como no nos sueltan prenda, pues uno también finge demencia y los paganos son los trabajadores.

–Oye, Memo, pero también cuando les pregunté acerca del aspecto fiscal, que el mismo instituto debe tener, porque hasta ahora nada he podido conseguir de esa institución por eso les pregunté, ¿te fijaste?, ¡ni siquiera una ley traían a la mano!, esas ya son chingaderas. De plano, es una forma muy barata de dar las nalgas. Ahora ya no sé qué clase de institución sea, ni la calidad del personal que ocupa. Llegando a México me voy a meter en ese asunto, porque nos vamos a encontrar en las auditorías con ese renglón.

Así terminaba *Tito* su comentario justamente al encontrase frente a su hotel.

Ambos se dieron las buenas noches, *Tito* entró al lugar y Memo se dirigió a su casa. De nueva cuenta, por rutina, encendió la TV para ver los noticieros ya en repetición. En esos momentos se escuchaba el siguiente comentario: 'El presidente Echeverría expropia tierras en Sonora…' 'Un rico ganadero sinaloense, llamado Manuel Clouthier, encabeza una protesta contra esos actos...' 'este ingeniero se perfila como alguien importante en las filas políticas del país...' *Tito* en sus adentros se pregunta: ¿y ése...?, al tiempo en que el sueño lo vence y apenas sí alcanzó a apagar el aparato y la lámpara de buró. Los días en Monclova transcurrían lentos, pero efectivos en cuanto a los avances en los trabajos encomendados a *Tito*. El tiempo mejoraba y ya los fríos habían cedido un poco, alternando días fríos, medio fríos, y algunos hasta con un sol picante. Muchos fueron los acontecimientos vividos por él durante esos meses en Monclova, lo mismo que en Saltillo, siendo uno de ellos cuando recibió la invitación de Memo a tomar una cerveza, con motivo de que estaría por Monclova el jefe de créditos del Infonavit para platicar con la constructora en donde Memo prestaba sus servicios. Por parte del instituto, ya se contaba con la anuencia de los líderes del Sindicato de AHMSA sobre quienes habrían de ser los acreditados, ya que durante la visita que habían efectuado los funcionarios del Infonavit, aquellos presentaron al instituto su propuesta para que ese organismo la calificara, una vez hecho esto los enlistados ya aceptados, habrían de ser llamados para que escogieran sus viviendas, acto en el que Memo entraba en acción. Después de la cerveza vino la comida y ya caída la tarde, los trabajadores acudieron al lugar en donde fueron citados. Como recordaremos en Monclova no había oficina del Infonavit, ya que hacía tiempo se habían cerrado con motivo de aquel enfrentamiento entre el Sindicato de AHMSA y el instituto. Tan pronto como fueron atendiendo a los solicitantes de vivienda, *Tito* fue requerido para que abandonara el lugar, a petición de la representación del instituto, ante algunas inconformidades por parte de varios trabajadores al serles asignadas sus viviendas, que éstos no aceptaban porque se interesaban por casas mejor ubicadas, sobre todo por las que estaban situadas en esquinas, se advertía la llegada de alguna... digamos, propuesta o solicitud de 'negociación…', entre inconformes y el Infonavit, lo que después le corroboró Memo a *Tito*.

–Y, ¿qué tal te fue?, pregunta *Tito* a su amigo horas más tarde, una vez concluida aquella farsa.

–¿A mí?, ¡a toda madre! –contestó Memo y continuó–, casi me imagino lo que piensas, digo... por la forma en que me preguntas, pero así son las cosas. Aunque no todo es para mí. Ya el sindicato hizo lo mismo y se lleva un moche con los

trabajadores, para ser seleccionados, luego, para los inconformes, que quieren las viviendas mejor ubicadas o las que tienen algunos metros más de terreno por aquello de las deformaciones 'naturales', de los terrenos, tú sabes, o que están en las esquinas o más cerca de los locales comerciales que en las unidades habitacionales manda hacer el Infonavit, o de la escuela, o qué sé yo, a éstos se les pide lana, o de plano ellos mismos la ofrecen, el caso es que también se mochan.

–Y, ¿tú?, ¿qué papel juegas en esto? –inquiere *Tito* a su amigo.

–Pues yo simplemente sirvo para que el jefe de créditos me pregunte si acaso esas viviendas, las que se están solicitando, están o no libres, y ya dependiendo de lo negociado pues yo aparento dar la autorización. Claro que para lo único que sirve todo esto es para que el Infonavit, por su parte, no quede, digamos, en entredicho. Yo lo cubro y obtengo lo mío ya que de todos modos la vivienda habrá de ser entregada a un acreditado, y el que quiera azul celeste, pues... que le cueste.

–Y de esto, ¿saben en la constructora?, o ¿también les repartes algo?, pregunta *Tito*, a lo que su amigo responde: –Claro que lo saben, pero ésa es la chanza que a mí me dan. Tú crees que el sueldo o la comisión que me dan, ¿es generosa?, ¡ni madre!, con eso no se vive y luego todo el tiempo que uno se tiene que esperar hasta que los créditos del Infonavit sean autorizados a la delegación, pos es de estarse esperando por lo menos un año, y no hay más, porque, de no ser por el Infonavit, ¿a quién más se le venden viviendas? Una vez colocadas las casitas, ya todo el año hay que joderse. No hay para dónde hacerse. Ya lo que lograste hacer fue todo y hasta nuevo aviso. Así es la cosa, ¿cómo la ves?, termina preguntándole a *Tito*.

–Pues si crees que te voy a criticar te equivocas. No soy tan moralista. Aunque me queda muy claro que este tal Infonavit, me tiene muy intrigado.

Claro que aunque *Tito* le dijera a su amigo lo que realmente pensaba no iba a servir de nada y sí, en cambio, podría provocarse un disgusto entre ambos, porque a todas luces, en medio de todo esto se advertía una gran corrupción.

El motivo de la visita de *Tito* a Monclova tocó a su fin. Los 'papeles de trabajo', como son conocidos en el argot de los contadores públicos auditores, los documentos en los que se van vaciando los resultados de los trabajos realizados

con relación a las auditorías, estaban terminados, haciendo falta, por supuesto, el dictamen final, pero como tal dictamen habría de ser elaborado y comentado, con los supervisores del despacho en la ciudad de México, el cierre 'preliminar' de la auditoría fue propuesto a los directivos de la empresa y después de definido el día y la hora para tal acto, éste se llevó a cabo y *Tito* se vio en posibilidad de regresar a Saltillo para continuar en la empresa Zincamex. Las despedidas de sus amistades, lo mismo que del dueño de aquel restaurante en donde comía tuvieron lugar a su tiempo, unas en forma personal, y otras por la vía telefónica.

Saltillo, Coahuila

Tito regresó a Saltillo acompañado de los cuatro elementos que lo habían auxiliado en Monclova y se dieron de lleno al trabajo. La experiencia más sobresaliente obtenida durante el transcurso de esos días, era la relativa al Infonavit, puesto que a cada paso algo nuevo e intrigante, digamos, despertaba su curiosidad. Ardía en deseos por indagar más acerca de aquel misterioso instituto. Tanto ocultamiento, tanto enredo, tanta astucia utilizada por los actores que iba conociendo para conseguir sus fines, lo motivaban para ya querer estar en México, cerca de la información necesaria y, desde luego, empezaba a extrañar su rol de vida y todos los atractivos de aquella ciudad que lo impulsaban, para darle fin a los trabajos encomendados en la empresa.

Durante unos días nada extraordinario sucedió en su ciudad natal. Se enteró de que aquellos visitadores que por parte del Infonavit habían estado en la empresa, ya tenían tiempo de haberse retirado y que le habían dejado una nota en sobre cerrado, en la que le decía Martín que tan luego estuviera en la ciudad de México se contactara con él, porque algo interesante le quería comunicar, pero que debería ser en forma personal y no por teléfono. Esta nota despertaba la curiosidad de *Tito*, pero ante la advertencia de que el contacto debería ser personal ésta tuvo que ser guardada hasta su regreso.

Tito había enviado por paquetería a la ciudad de México los 'papeles de trabajo' correspondientes a la auditoría realizada en Monclova, ahora sólo faltaba cerrar los trabajos en Saltillo para poder regresar a la capital. Esto se efectuó en Saltillo durante los 15 días siguientes, tiempo suficiente como para presentar un informe preliminar y decidir si era o no necesaria alguna ampliación a la revisión que lo obligara a regresar a Coahuila. Pero eso ya sería a criterio de los supervisores del despacho.

México, DF

Tito regresó a la ciudad de México después de una ausencia de tres meses, que fue justamente el tiempo planeado para realizar las auditorías en Monclova y en Saltillo. En su departamento tenía instalada una contestadora de teléfono, lo que le permitía estar en contacto con amistades y compromisos. Cuando escuchó las grabaciones, entre otras llamadas estaban unas relacionadas con un club al cual había estado acudiendo en los últimos tiempos. Este club era algo muy peculiar, ya que a dicho lugar acudía lo que se había dado en llamar 'gente sola', personas que por diversas circunstancias, sin importar cuáles fueran, no tenían pareja, y en ese lugar se encontraban los fines de semana para compartir el rato. El sistema consistía en que alguien organizaba la reunión, los invitados pagaban una cooperación y con esos recursos se adquirían bebidas y alimentos para ser consumidos como bufete. Para invitar al evento, los participantes dejaban su número de teléfono para ser notificados. Durante el convivio unos platicaban, otros cantaban, otros bailaban o todos hacían lo mismo a la vez, el detalle significativo consistía en que, se suponía, nadie era pareja de nadie, y si ya por atracción o identificación personal, alguien era aceptado por alguien, y decidían conformar una pareja, simplemente se retiraban del club. No eran reglas escritas, eran sobreentendidas y todo caminaba sobre rieles.

Lo acostumbrado era que los hombres contactaban a amigas con el club y las mujeres a sus amigos, sin que eso impidiera que algunas veces los caballeros invitaran amigos y las damas a sus amigas. Las reglas se daban a conocer previamente y quien no las respetara no volvía a ser invitado. Por lo general, a quienes más se procuraba invitar, era a aquellas personas con un buen comportamiento, respetuosas de las reglas, y mejor aún, si dentro de sus atributos personales existía alguno que ambientara las reuniones, como cantar, tocar algún instrumento musical, declamar, etc., porque finalmente esa era la intención, divertirse. También se caracterizaban estos clubes, porque no tenían un domicilio fijo, sino que cambiaban de lugar, según quien organizaba la reunión, ello favorecía el que aquel que observara un mal comportamiento, no volvía a saber en dónde se efectuaría una reunión de éstas. El club que había estado dejando los recados tenía un domicilio fijo en la calle de Kansas de la colonia Nápoles. Lo había fundado un colaborador del conocido conductor de programas de TV y radio, Jorge Saldaña, situación de privilegio que favorecía muy buenos contactos y muy buena reputación. Su nombre era El Parasol, como apócope de 'Para Solteros'. Éste era una especie de antesala para acceder a otros clubes (sin domicilio fijo), porque quien resultaba interesante, por alguna razón aparte de su buen

comportamiento, era invitado a esos clubes, que eran de un mejor nivel, por decirlo de algún modo. Después de los eventos, no faltaban aquellos que por su afinidad a algún deporte, como el ciclismo, el boliche, etc., por su afición al dominó, a las cartas, o a las reuniones concretamente bohemias, o al teatro, en fin, cualquier actividad en que coincidieran, organizaban ya por su cuenta reuniones con esa finalidad en especial. Lo principal era que esas personas, originalmente, pertenecían al club de inicio. *Tito* frecuentaba este tipo de lugares con domicilio fijo, porque aparte del Parasol, existían otros como el 'De los Amigos', en el restaurante del Club Libanés, el 'Who is Who' en un domicilio de Las Lomas, y otros, para después participar en otros ya más selectos, como el Braniff, el Codac, etcétera.

Como podemos observar era lógico que, después de tres meses de ausencia, *Tito* ya extrañara sus actividades sociales, muy vastas y variadas y, sobre todo, que él mismo reconocía que no era necesario abusar del alcohol por más que éste abundara en los clubes. Esto último contrastaba mucho con lo experimentado durante sus visitas a provincia con motivo de sus actividades laborales. *Tito* no se caracterizaba por ser un individuo mojigato o moralino, era todo lo contrario, porque no hacía mucho tiempo había caído en una crisis depresiva o absurda, que lo llevó a una trampa de alcoholismo peligroso, logrando salir a tiempo de ella y, por lo mismo, sabía lo que eso implicaba. Ahora él utilizaba al alcohol y no a la inversa. En aquellos clubes no necesariamente los participantes ingerían alcohol, había quienes solamente tomaban café o agua. Cada quien respondía de sus actos.

Como era sábado, le venía muy a tono acudir al Parasol y contactarse con amigos. Al decidirse por esto último recordó a Martín, quien le dejara en Saltillo sus números telefónicos, buscó entre ellos por si acaso estaba el de su domicilio, efectivamente, también le había anotado el de su casa, por lo que de inmediato pudo comunicarse con él. Después de los consabidos saludos le preguntó a Martín si se podían encontrar por la noche en algún lugar, a lo que éste asintió gustoso, dado que durante esa corta plática Martín manifestó que estaba actualmente separado de su esposa después de siete años de matrimonio, que tenía un hijo de 6 años de edad, que estaba viviendo en casa de su mamá en tanto resolvía su situación y que de ese lugar era de donde se encontraba hablando. El encuentro fue frente al Poliforum Siqueiros, en el Vips, ya que de ahí el Parasol, en la calle de Kansas, estaba sumamente cerca. Cuando Martín llegó a la cita, y *Tito* le hizo el comentario relativo al club, aquél se mostró muy interesado porque le venía como anillo al dedo. El plan consistió en que primero tomarían unos

cafés y luego irían al club, tiempo que ocuparían para ventilar el asunto que Martín había calificado en Saltillo como personal.

–Y bien –pregunta *Tito*–, ¿qué es eso tan personal que me quieres comunicar?

Mira *Tito*, te acordarás que en Saltillo te dije que en el Infonavit aún no se creaba un departamento encargado de auditar a las empresas, ¿lo recuerdas?; –Así es –respondió *Tito*.

–Bueno pues acábate de sorprender. El instituto es un organismo muy *sui géneris*, dejémoslo hasta ahí, y tuvieron que pasar casi dos años para que se configurara el departamento de Auditoría Interna, y al mismo, han estado llegando personas que no son contadores públicos, es más, ni siquiera con alguna otra profesión, pero al parecer a alguien ya se le prendió el foco y el hecho es que el tal departamento de Auditoría Interna, hasta últimas fechas ya está siendo ocupado por contadores públicos, cosa que debió ser desde su creación, y eso, es algo de lo *sui géneris* a que me refiero, por no decir aberrante. Ahora bien, resulta que un gran amigo mío va a ser nombrado auditor general interno y me ha estado preguntando acerca de la configuración del instituto y por lógica, del departamento de Auditoría. Hasta ahora vengo a reconocer que del Infonavit poco o nada sabemos, ni los que ahí trabajamos, y que lo que manifestabas como curiosidad, allá en Saltillo, era la pura neta. Es algo vergonzoso. Cuando mi amigo me pregunta acerca de la capacidad de los integrantes de ese departamento la verdad no sé qué contestarle, lo único que sí me parece absurdo es que no esté totalmente configurado con contadores públicos y, en cambio te encuentras con personas de quién sabe qué carreras, si es que las tienen, y cuando se lo digo a mi amigo no me la cree, él piensa que si así están las cosas va a pedirle al director general, que es quien lo va a meter a ese departamento, que le permita hacer los cambios necesarios y parece que así va a ser. Mi cuate no es de aquí del DF, viene de Zacatecas de donde es mi mamá y de ahí viene la amistad de las familias desde hace años, tú sabes, el hecho es que, finalmente, mi cuate me pregunta si yo conozco contadores competentes para llevarlos con él, ya que no se los puede traer de allá de donde él viene, ¡qué ironía!, ¿no lo crees?, él es un buenazo, una cuerdita, hasta con maestría, pero no está toreado aquí en el DF, y anda muy chiveado. Yo sí conozco a muchos, pero no sé de la capacidad profesional de todos, y aunque parezca fácil recomendar ahora veo que puedo meter en líos a mi amigo porque está confiando en mí. O sea, que él piensa que si yo le recomiendo gente de aquí, ya podrá tener confianza en que no lo van a hacer quedar mal, por

aquello de la desconfianza que hacia los chilangos se ha desatado. Tú ya sabes de todo ese pinche rollo. Qué te voy a contar…

–Bueno, y, ¿qué tiene qué ver todo eso conmigo? interrumpió*Tito*.

–Pues que con todo esto, ya como antecedente para ti, te quiero preguntar, ¿quieres venirte a trabajar al Infonavit? No sé lo que actualmente ganas en aquel despacho, pero te puedo asegurar que en sueldo y prestaciones estarías mucho mejor, porque en el instituto las cosas andan bien, ¿cómo la ves? De tu persona, tu capacidad, y lo que conocí de ti allá en Saltillo, que me caíste muy bien por cierto, ya me habló Gorostyeta, el gerente de Zincamex ¿te acuerdas de él?, bueno pues he pensado en ti para presentarte con mi amigo, creo que le puedes ser útil.

Tito estaba de una pieza. A decir verdad la propuesta resultaba muy interesante, aunque faltaba ver que de verdad le representara un buen diferencial en sueldo a su favor, no dudaba, de entrada, que fuera algo mejor, ya que los despachos por muy bien que pagaran, no significaban garantía de crecimiento, aunque por el contrario sí se aprendía y mucho. *Tito* simplemente dijo:

–Te agradezco tu buena opinión hacia mi persona y no voy a poner en saco roto tu propuesta. Preséntame con tu cuate, que lo del sueldo y esos rollos, yo sabré.

–Bueno, pues ése era el asunto que te quería tratar. Yo, si mi amigo se viene al instituto, ya le dije que cuente conmigo, y de hacerse todo esto, pues tal vez estaremos trabajando juntos, ¿qué tal?, terminó preguntando Martín, a lo que *Tito* respondió un tajante: –¡Buen tal!

Después de varias tazas de café y de haber tratado el asunto, lo demás sería cosa de días. Por el momento recordaron que el club los esperaba.

Los días pasaron sin que ambos se hablaran, pero un jueves Martín llamó a *Tito* para comunicarle que el nombramiento de su amigo ya era un hecho y que lo demás estaba en lo dicho. *Tito* se sintió a gusto con aquello. Como Martín le dijo que ese fin de semana lo pasaría con su hijo no se podía hacer algún plan pero que en la próxima semana se pondrían de acuerdo para presentarlo con su amigo. El viernes por la tarde *Tito* lo dedicó a buscar bibliografía acerca del Infonavit, y ¡Oh, sorpresa!, no encontró nada que no fuera el *Diario Oficial* en el que se publicó la ley el 24 de abril de 1972. Lo referente a reglamentos e instructivos, o

sea la legislación secundaria, simplemente nada. *Tito*, llegado el momento, hubiera querido presentarse lo mejor informado ante aquel amigo de Martín, quien habría de ser, en unos días más, su nuevo jefe.

Durante la siguiente semana *Tito* se dispuso a dejar buenas cuentas ante sus jefes en el despacho, haciendo entrega discreta de todos los asuntos en que últimamente había participado. No podía ser de otro modo ya que, por mucho que Martín le presentara un buen panorama, no estaba aún seguro de contar con su nuevo empleo, pero su destino ya estaba echado, todo iba apuntando hacia lo que su amigo le había propuesto. Ellos no se habían vuelto a ver por circunstancias diversas desde el día en que acudieron al Parasol, sus contactos no habían pasado de ser más que llamadas por teléfono, ya que las salidas de Martín hacia las delegaciones regionales se habían intensificado y a *Tito* los dictámenes relativos a las últimas auditorías lo tenían bastante ocupado.

Por fin el día esperado llegó. Un lunes por la mañana *Tito* recibió una llamada telefónica de Martín, citándolo para que se presentara en las oficinas del Infonavit al día siguiente, dejándole a su albedrío la hora, puesto que era de reconocerse que el actual empleo lo mantenía ocupado aún. El martes a las dos de la tarde, se hizo el compromiso y *Tito* fue presentado por Martín, ante el auditor interno del Infonavit. La entrevista fue muy breve, dado que ya el contador público de apellido Maldonado y nuevo auditor interno, sabía bastante acerca de *Tito* y sólo faltaba el papeleo respectivo, pero quedaba claro y en firme que éste ya estaba contratado para ser supervisor de Auditoría Contable. A *Tito* lo primero que le llamó la atención fue lo de Auditoría Contable, ya que, hasta esa fecha, no conocía, profesionalmente hablando, de otro tipo de auditoría. No obstante y para primer asombro, en aquel departamento de Auditoría Interna del Infonavit, existían tres áreas de auditoría, la contable, la administrativa y la de obra. *Tito* aceptó gustoso la propuesta, amén de que en realidad, el sueldo y las prestaciones estaban muy por encima de lo que ganaba en el despacho. No hubo más comentarios salvo la aclaración de que se presentaría en unos días más, hasta en tanto no entregara su anterior empleo, como era lo correcto. *Tito* no tuvo obstáculo alguno para hacer entrega de su puesto en el despacho a otro de los supervisores del mismo, incluso los propietarios le ofrecieron su apoyo y le reconocieron su desempeño, cosa que resultaba algo muy estimulante para él.

El siguiente lunes se apersonó en su nuevo empleo, llevando consigo documentos que, mínimamente, le habrían de ser solicitados para ir integrando su expediente personal sobre la marcha, tal y como se lo ofreciera su nuevo jefe. No se dio con

Tito la aplicación de un programa de inducción, ni de capacitación previa, para que se diera por lo menos una idea de 'en dónde se estaba parado'. De entrada, se le indicó que la Dirección General había solicitado a ese departamento su intervención para la elaboración de unos 'profesiogramas', y según entendía *Tito*, se trataba de unos documentos que habrían de precisar las actividades que cada trabajador del instituto realizaba, su grado de dificultad, los requisitos necesarios para la realización de esas actividades, como conocimientos profesionales por ejemplo, entre otros elementos. Efectivamente, por ahí andaban las cosas y todo porque, imposible de creerse, a esas fechas no se sabía, con precisión, en qué consistía la inmensa cantidad de puestos ya existentes dentro del instituto. A decir del auditor interno la petición que hiciera la Dirección General, fue motivada por el mismo auditor porque, también se encontró con cosas que no se explicaban de ningún modo y no se les veía ni pies ni cabeza. El contrato colectivo de trabajo estaba por ser revisado y las peticiones sindicales se efectuaban sin base alguna. *Tito* lo primero que recordó fue lo observado en AHMSA, un sindicato exigente y sin bases para que la administración se defendiera. "La historia vuelve a repetirse", comentó para sí mismo *Tito*, así como también: <¡Profesiogramas!, ¡qué desmadre *mi buen*! si ni tan siquiera existe un organigrama general del instituto, como para darse una idea de lo que va a implicar la aplicación de un programa de esos. ¡De cuánta gente estamos hablando!, ¡de cuántos niveles estamos tratando! Estamos trabajando con las nalgas. No hay herramientas de trabajo, ¡mínimas! Creo, de entrada, que a este auditor me lo novatearon. Antes de haber movido un dedo, debió agenciarse algunos elementos mínimos. Su observación fue buena y la venta que le hizo al director de elaborar los dichosos profesiogramas, fue un detallazo, pero antes de moverse debieron planearlo>. Éstas fueron las primeras impresiones de *Tito*, durante su primer día de trabajo.

Martín y *Tito* tenían el mismo nivel en la organización por lo que, con frecuencia, se juntaban para planear acciones, y era el caso que para llevar a efecto el programa solicitado por la Dirección General, se tenían que planear las actividades atendiendo a un orden. Esto fue comentado con el jefe y no estuvo en desacuerdo. El problema principal e inmediato al que se estaban enfrentando era que la gran mayoría de los integrantes de aquel departamento de Auditoría, no eran profesionistas en la materia, y algunos en ninguna. *Tito* estaba impuesto a las planeaciones previas a cada auditoría, pero en el caso presente, cuando llegó a integrarse al equipo de trabajo, ya se encontraban en marcha los trabajos y estaba siendo forzado a meterse en un rol que no llevaba orden. Eso era lo de menos, pero los resultados estaban siendo nulos y el tiempo pasaba. En fin, una primera etapa de aquel programa de trabajo se llevó a cabo o se aplicó sólo en

las oficinas centrales, pero para aplicarse en las delegaciones regionales el orden era exigido, ya que el envío de personal a aquéllas iba a implicar un costo por viáticos, por un lado y, por otro, el tiempo, lo cual constituía un factor con el que no se podía ser laxo.

El turno terminó y *Tito* invitó a Martín un café. Se fueron por ahí a platicar y Martín lo interrogó: –¿Y, qué te pareció tu nueva chamba?; –¡A toda madre!, dijo de manera simple y llana.

–¿Sí?, ¿así de simple?, ¿por qué?; –Porque todo está por hacerse.

Martín seguramente no se imaginaba una respuesta así. No es lo usual: –¿No estarás exagerando?, regresa la pregunta a *Tito*.

–Para nada Martín, para nada, y no creo que tú no te hayas dado cuenta. –Bueno, es cierto que existen cosas como para sorprenderse, yo mismo te lo he dicho, pero eso de que todo, todo esté por hacerse... pues, es exagerado.

–No, no lo es –reitera *Tito*–, dime Martín, sinceramente, sabes, de manera integral, ¿qué estás haciendo en el instituto?, porque, si ingresaste del mismo modo en el que yo he entrado, es decir, sin un cursillo de inducción, sin una capacitación previa, sin siquiera saber qué es y para qué sirve el instituto, y todo eso que nos convierte en profesionales, no veo el porqué no sientas lo mismo que yo.

Martín pregunta: –¿Qué es lo que quieres decir con eso de integral?, yo sé lo de mi departamento pero pretender saber lo de los demás, pues sería una locura.

–No exactamente Martín, no es exactamente así. Mira, a un albañil le preguntaron que qué era lo que estaba haciendo cuando se encontraba trabajando y dijo, estoy levantando un muro que me ordenó el ingeniero de la obra, en tanto que a otro, en iguales condiciones le preguntaron lo mismo y respondió, pues estamos construyendo una casa. Entre una respuesta y la otra hay una gran diferencia. Uno sólo tenía la orden de hacer un muro y así se concretaba a trabajar, en tanto que el otro tenía una concepción global de las cosas, tal vez estaba levantando otro muro igual al del compañero, pero su respuesta fue más comprometida, al grado que no contestó a título personal, tal y como fue la pregunta, no, fue de manera colectiva, exponiéndose a la crítica de los demás, arriesgándose a todo. Es ese tipo de colaboradores entusiastas que, por eso mismo, por entusiastas, es

que logran hacer buenos equipos de trabajo y no como los otros, que solamente acuden al centro laboral a esperar a que llegue la quincena, cobrar, y luego a que llegue el aguinaldo, y finalmente, se la juegan al todo por el todo, en espera de su jubilación, por esto es que a medida que el tiempo pasa, se van haciendo más sumisos, por temor a perder el tiempo ya invertido y no llegar a la jubilación, temerosos de que si los despiden dónde les van a dar trabajo, tú sabes, ya todos empolvados. Esa gente se va volviendo hasta peligrosa, porque ve en todo aquel entusiasta una amenaza y en lugar de dejarlo crecer, lo va a boicotear hasta hacerle la vida de cuadritos. A ese paso el instituto pronto se va a burocratizar. Mira, he tratado con personal del instituto en otros lugares, he buscado literatura, he indagado de diferentes maneras para ver qué hay acerca de este instituto y todo es lo mismo, o sea, nada. Nadie sabe nada más allá de lo suyo y, hasta eso, lo que sabe lo sabe a medias cuando mucho, nadie tiene literatura, nadie se preocupa por nada, es más, lo digo con respeto, pero me da la impresión de que al jefe lo novatearon. Yo busqué en su librero, claro, con su permiso y en su presencia y ni siquiera la Ley del Infonavit existe en el montón de libros y, lo que es peor, ninguno de esos libros se refiere al instituto. Yo conseguí hace días el *Diario Oficial* en donde se publicó la Ley del Infonavit y le regalé una copia que, por cierto, por su cara de agradecimiento, me dio la impresión de que ni la conocía, te lo juro Martín, porque la estuvo hojeando, como si jamás la hubiera tenido frente a él.

–Oye, pues dame una copia, te confieso que nunca la he leído. Pero no por eso acepto, del todo, lo que dices, eso de que todo está por hacerse, no exageres –concluía Martín.

–Bueno, tampoco voy a insistir en esto –decía *Tito*– a lo mejor estoy mal impresionado, pero como desde hace tiempo le he seguido la huella a este instituto y como te digo y te repito, sólo he encontrado ignorancia, evasivas, falta de documentación y tranzas, ¡óyelo bien!, tranzas, me constan, hasta hoy me quedo con esa impresión, de que todo está por hacerse.

–Bueno, bueno, dejémoslo hasta aquí. Ya veremos en un futuro. Verás que cambias concluía Martín, al tiempo en el que *Tito* recibía la cuenta, para pagarla y retirarse.

Al día siguiente las cosas no eran distintas en aquella oficina. Las visitas a las diferentes áreas de trabajo del instituto se repetían, Los levantamientos de información sin metodología alguna, sin planeación y, en fin, sin brújula, ocasionaban que no solamente el trabajo se volviera tedioso, sino hasta cansado

y estúpido, cosa que a *Tito* no le pasaba inadvertida, lo malo era que lo manifestaba. Esto ocasionó que el jefe del departamento de Auditoría le preguntara sobre el motivo de su inquietud, a lo que éste, contestó:

–Mira, jefe, todavía no me queda claro el por qué y el para qué de esto que hacemos. Cuando visitamos algún departamento, de él sólo sabemos el nombre y a lo mucho podemos imaginar algo de lo que en ese departamento se hace o se debe hacer según como se denomine, pero, en la realidad nos mandan sin siquiera saber lo que ahí se cocina, simplemente para que al estructurar nuestras preguntas lo hagamos encuadrándonos o ciñéndonos estrictamente a lo que ahí se supone que se hace. Es cierto que no en todos los departamentos sucede esto, no a nivel de departamento, pero ya en alguna área de trabajo en específico, ya dentro de ese departamento en particular, nos encontramos que ni siquiera sus integrantes tienen idea concreta de para qué fueron contratados, es más, hay labores que lo mismo se efectúan en una oficina que en la otra, es decir que se advierte duplicidad de funciones, y nosotros vamos fungiendo como fotógrafos, retratando los hechos, pero sin poder opinar si hay duplicidad, o si lo que encontramos le pertenece estrictamente a esa área o departamento, o si eso, por alguna lógica, le debiera corresponder a otra área de trabajo distinta, etc., es decir, que de nada sirve el percatarnos de lo ilógico, si a nadie se lo podemos o se lo debemos decir, ¿entonces?, ¿qué objeto perseguimos con esto de las auditorías administrativas? Yo entiendo, según mi profesión, que uno de los objetivos que persigue un departamento de Auditoría Interna, es vigilar que los controles internos, en principio, existan, y luego que estén funcionando. Ya dependiendo de esto, puedes opinar en un sentido o en otro, por ejemplo si los controles no existen entonces sugerir que se establezcan, o en caso de que sí existan, entonces comparar contra resultados para ver que sean eficaces, etc., pero, para ello, es necesario saber qué es lo que se va a querer controlar, para ver en el espejo de los resultados si se cumplen o no los objetivos. Y conste que no estoy tratando de una auditoría contable, sino que estoy tratando de un aspecto meramente organizacional que, finalmente, lo vamos a detectar en el transcurso de una auditoría contable, es decir, que ni siquiera es necesario hacer separaciones de tipos de auditorías. Puedo aceptar que en organismos burocráticos, el aspecto administrativo u organizacional impere por encima de cualquier otro aspecto, ya que en ellos lo contable ni existe, salvo en el departamento encargado del ejercicio del presupuesto que le haya sido asignado, así como en el cumplimiento de los aspectos fiscales que le afecten y en los aspectos laborales que redunden en lo fiscal, pero que, finalmente, lo contable no es lo grueso frente a lo operacional. Por ello es que pregunto: –¿Y contra qué vamos a comparar lo que vamos encontrando en nuestras

investigaciones de campo, para poder dar nuestra opinión?, ya como auditores, jefe, esto es lo que hasta hoy no logro captar –después de todo lo expuesto por *Tito*, Maldonado le responde:

–Mira, en la jerga burocrática, las cosas son muy distintas a lo que sucede en la iniciativa privada.

Tito al escuchar aquella introducción, le quedó bien claro que a su jefe, en unos cuantos días, le habían llegado al precio, es decir, que ya pensaba exactamente como burócrata, si tomamos en cuenta que, según Martín le había dicho, no muchos días atrás, que Maldonado era todo un ejemplo de profesionalismo. Ya estaba hablando como si tuviera mucha experiencia en ese camino. Así, continuó:

–Lo que nos están solicitando es que levantemos una especie de inventario de funciones, de todas y cada una de las partes que, hasta ahora, se han creado en el instituto, sin importarnos si cumplen o no con algún objetivo, y así, los resultados obtenidos, tal cual, los proporcionemos a otro departamento, que ha sido creado con el nombre de departamento de Organización y Métodos, y, ya después, ese departamento va a utilizar esa información en algo que, a su vez, le están solicitando.

A *Tito* no le fue difícil entender las cosas, lo que sí le llamó la atención fue el hecho de que posiblemente se estaba frente a otro departamento de nueva creación, cuyo nombre le sugería, por lo menos, que se trataba de un centro de estudios, por decirlo de algún modo, para definir las funciones, métodos, organización, etc., de todo lo que fuera siendo necesario en el Infonavit, algo que por lógica debió existir desde los inicios de ese instituto, y no que apenas hasta esas fechas se estaba creando, una vez que ya se habían echado a funcionar una serie de áreas de trabajo, incluso algunas con dudosa justificación. *Tito*, al preguntar a su jefe acerca de la fecha de creación del departamento de Organización y Métodos, quedó doblemente sorprendido al escuchar que su creación se remontaba a tiempos ya pasados, sin aclarársele cuánto tiempo, pero que para dar cumplimiento a lo que le estaban solicitando, se le pidió al de Auditoría Interna, ¡su colaboración!

–Sí, sí, ya me imagino lo que estarás pensando –dijo Maldonado a *Tito*–, pero tal cual, así lo vamos a hacer, ¿*ok*?

–Sea pues –asintió de buen modo *Tito*, al tiempo en el que pensaba, diciéndose a sí mismo: <Hazme el recabrón favor *mi buen*. Se supone que un departamento de Organización, y no sé qué tantas otras jaladas, como es ése, crea los sistemas de control y el de Auditoría vigila su estricto cumplimiento o en su caso, sugiere cambios o adecuaciones, si lo observa necesario, o bien, reporta desviaciones en su cumplimiento, pero eso de convertirnos en mano de obra de aquéllos sí que es absurdo. ¿Qué más habremos de encontrar por aquí, en este tan… *sui géneris* instituto? Al tiempo mi *Tito*, al tiempo>.

–Oye, *Tito*, antes de que te retires, tengo algo para ti –le dijo Maldonado–, ahora sí, para que veas, ahora sí. De conformidad con lo observado hasta ahora en lo de oficinas centrales, prepárate un programa para actuar en alguna delegación estatal. Vamos a hacer lo mismo, pero como en esos casos el tiempo es oro, debemos actuar con un programa bien definido y terminar justo en el tiempo programado, yo he determinado que esa delegación, digamos piloto, sea la de San Luis Potosí, porque es una delegación que abarca cinco estados (San Luis Potosí, Aguascalientes, Guanajuato, Querétaro, y Zacatecas), que nos puede servir para otros fines, aparte de estos que ahora estamos atendiendo. Te encargo eso para que me lo presentes mañana, ¿hecho?

–Hecho –contestó *Tito* y salió de la oficina del jefe–, y mientras se dirigía a su lugar iba pensando en la solicitud que se le acababa de plantear, sin duda era algo que, por lo menos, tendría pies y cabeza puesto que sería planeado desde el principio. Ésta sería la primera vez que iba a visitar una delegación regional, lo cual le llenaba de entusiasmo. Salir de aquella rutina en la que había caído desde su ingreso a su nuevo empleo, era como un tanque de oxígeno, una luz para quien anda perdido en un cuarto oscuro, buscando un gato negro y, para colmo, con los ojos vendados. Aquella rutina, era algo propio para quien no tuviera curiosidad, para alguien que estuviera por vez primera en un empleo, sin puntos de referencia que lo inquietaran o que lo condujeran a preguntarse, ¿y qué es lo que estoy haciendo, y para qué?, propio de alguien que por la simple emoción de ya, ¡por fin!, cobrar un salario, el porqué y el para qué de las cosas pasa a un término muy insignificante. No era el caso de *Tito*, ya que él tenía antecedentes muy distintos, formado en la práctica profesional que exige resultados y cuanto más pronto mejor, y donde comprometerse era el reto, donde hablar y cuestionar era la regla del juego puesto que no cualquiera se atreve a hacerlo si no se tiene con qué responder. Todo lo contrario lo estaba ahora viviendo, y que si bien ya lo había notado durante sus intervenciones en auditorías a organismos oficiales, ahora no era lo mismo, porque en el papel de auditor externo de uno de esos organismos,

para nada se solicita medir la productividad, sino solamente revisar el estricto apego a la ley en cuanto al ejercicio de los presupuestos asignados y algo de carácter fiscal, y nada más; pero ya como empleado de uno de esos organismos todo era distinto y sobre todo, que la sensibilidad, en plena conciencia, de que se está perdiendo el tiempo, de que no se está produciendo nada, de que la regla es 'el silencio y la sumisión', y lo peor, el halago a los jefes y el culto a su personalidad, esa regla maldita y destructora que lo mejor es no tener conciencia de ella para no estar incómodo y que para cuando ya se tiene tal conciencia, ya se cuente con un caparazón lo suficientemente blindado como para que todo importe pura madre. En las ocasiones en las que *Tito* reflexionó en torno a estos asuntos, no le resultó improductivo el considerar que en el Infonavit todo estaba por hacerse, que lo desesperante iba a ser la espera, sí, la espera de su turno, para poder intervenir y aportar algo positivo a aquel instituto por cuya nobleza, por sus objetivos, bien valía la pena esperar y servirle mientras tanto. Él albergó, desde muy temprana fecha la esperanza de que, por su preparación, pronto habría de escalar peldaños y luego poder aportar lo que éticamente sabía que debía aportar. No obstante muy lejos estaba nuestro amigo de imaginarse que habrían de transcurrir años a efecto de que, por lo menos, se le reconocieran sus buenas intenciones, y sólo eso, porque en estos organismos, las reglas son tan especiales, como tan *sui géneris* son los mismos. El romanticismo de *Tito* lo llevó a entregar años de su vida en aras de algo que no llegó a ver.

Durante la tarde y parte del día siguiente *Tito* se dedicó a armar el programa que se le había encomendado. Buscó, inútilmente, un organigrama de una delegación para tener una idea de hacia dónde se dirigían, de cuántos niveles constaba una delegación así como de cuánto personal ocupaban. Buscó algo que le diera una idea para que le sirviera como modelo pero al no encontrar nada oficial, ya con los elementos que logró obtener, se imaginó una organización aproximada, y así, a partir de esa, digamos adivinanza, fue que estructuró su plan y se lo presentó a Maldonado, quien al ver el esfuerzo hecho por su subordinado por lo menos lo aprobó y le dijo a *Tito* que se preparara para que se trasladara a la ciudad de San Luis Potosí y que pusiera en marcha el plan propuesto. Para concretar el plan fue necesario definir la cantidad de ayudantes y los días a invertir, a efecto de tramitar los correspondientes viáticos. La salida se planeó para ocho días después, escogiéndose un lunes, para iniciar con la semana; la duración de la visita, de inicio, abarcaría dos semanas, salvo que, por las características de la región a visitar (cinco estados de la República), hiciera falta más tiempo.

El lunes programado llegó y el traslado lo hicieron por autobús. El viaje duró seis horas, de modo que para cuando aquel grupo, a cuyo frente iba *Tito*, hiciera presencia en aquellas oficinas, después de haberse instalado en un hotel, ya estaba de salida el personal. Como la gente de confianza sí laboraba por las tardes, el delegado en turno dio la orden para que durante la semana nadie fuera a faltar a fin de atender a los visitantes a quienes invitó a una comida, pero para el día siguiente, toda vez que ya era algo muy precipitado como para planearlo de momento. Por esos años y durante algunos después, la tónica en las delegaciones regionales era la amabilidad, la cortesía, la atención y el respeto hacia los visitantes, sin importar el nivel de éstos, a todos por igual se les daba un lugar decoroso, envidiable y los hacían sentir verdaderamente importantes. En el caso de los auditores se daba un algo muy especial. Tal vez motivado por lo que un auditor por sí mismo significa o porque ese departamento nació a solicitud, muy puntual y específica del mismo director. Las cartas de presentación que se daban a los auditores, entonces eran firmadas por el director general, eso le daba un aire de cierta solemnidad al asunto, a tal grado que los delegados hasta se sentían importantes al recibir esa carta. A *Tito* esto no le pasó inadvertido, sobre todo después de haber pasado días y días sombríos, encerrado en aquellas oficinas centrales, donde no se era más que un elemento del montón, que para llevar a cabo los trabajos que se estaban realizando ni siquiera se tomó en cuenta ya no digamos un plan o programa formal a seguir, sino que tampoco existieron cartas de presentación, por medio de las cuales los distintos jefes de departamentos y áreas de trabajo visitadas, se sintieran tomados en cuenta, todo lo contrario, ya que solamente y de repente, los auditores hacían presencia y... 'aquí estamos', ¿para qué?, pos quién sabe, pero aquí estamos investigando lo que hacen en este departamento, etc. Agresión pura, lo que no aconteció en esa delegación y los efectos inmediatos saltaban a la vista.

En una reunión previa, en presencia de todos los jefes de las distintas áreas de trabajo que integraban la delegación, *Tito* hizo una exposición de motivos de la visita, los objetivos, los alcances y, sobre todo, la petición formal para ser atendidos. Los resultados fueron inmediatos, la colaboración fue tan amplia que no fue necesario mucho tiempo para dar por terminada la visita a las oficinas en esa ciudad; y proceder con la visita hacia las otras ciudades que formaban parte de aquella delegación, es decir las cabeceras y algunos otros municipios de los restantes cuatro estados. En estas localidades las cosas no fueron tan fáciles, ya que ahí se presentaba ese terrible fenómeno de... 'el ejercicio de los pequeños poderes'. Resultaba que cuando se buscó, en su momento, a cada uno de los encargados de las operaciones del Infonavit, en su respectiva localidad, éstos no

se encontraban. En principio, porque como los locales que ocupaban para operar, eran en su gran mayoría prestados por los gobiernos, no contaban con alguna comodidad mínima y, por otra parte, porque como nadie los vigilaba, entonces se dedicaban a cualquier otra actividad aparte de la que le cobraban al instituto. Guanajuato, León, Celaya, Zacatecas, Aguascalientes y Querétaro (que eran consideradas como 'Agencias u Oficinas Locales'), fueron recorridas por aquel grupo encabezado por *Tito*, trasladándose de un lugar a otro en autobuses, lo que no era nada práctico ni presentaban seguridad como para planear salidas y llegadas oportunas para nadie, ni para los visitados, ni para los visitantes. Al grupo le tocó, por mala suerte, que en Aguascalientes se les atravesara la feria de la uva (no la Feria de Aguascalientes), y los hoteles significaron un gran problema. En Guanajuato y en Celaya el hospedaje fue en distintos hoteles, unos mejores que otros, dado que no había lugar para todos en un mismo hotel, agregándose a todo esto lo que ya se habían encontrado los auditores durante la visita, el andar buscando a los encargados de las operaciones en las localidades, no faltando aquellos que, sabiéndose únicos, se dieron el lujo de pedir ser entrevistados hasta el día siguiente, porque 'estaban ocupados'.

Ésa habría de ser la tónica general a observarse en toda la República. Un sometimiento (mas no control), perruno sobre el personal de oficinas centrales. En las delegaciones regionales, era medio perruno, pero a medida que se alejaban las áreas de trabajo, como en los casos de Agencias o de Oficinas Locales, todo tendía a ser más relajado, al grado que el Infonavit en esas localidades era el Sr. 'Fulano de Tal', o sea quien estuviera al frente en la localidad, mas no la institución, practicándose, por ello, 'el ejercicio de los pequeños poderes'. Para ese entonces, ya habían transcurrido casi cuatro semanas, y ya siendo miércoles el grupo se dirigió hacia la última de las localidades a visitar, Querétaro, por ser la que estaba de paso hacia la ciudad de México. El jueves muy temprano se propusieron darle fin al programa, con el propósito de que el viernes quienes quisieran quedarse a descansar en esa ciudad lo hicieran o por el contrario, que se fueran a la ciudad de México, tomando en consideración que de Querétaro a México no iba a haber problemas en el transporte, ya que había muchas corridas de camiones, aunque sólo fueran de paso. *Tito*, por su parte, tenía en mente quedarse en Querétaro para verse con un amigo, mismo que hacía tiempo había sido su jefe en el despacho y quien pertenecía a una familia de buena posición económica, dedicada al negocio de arrendamientos a través de una inmobiliaria. Por supuesto que esto último no era del conocimiento de *Tito*, sino que solamente contaba con su número de teléfono.

Efectivamente los trabajos se dieron por concluidos y ya cada quien hizo lo suyo, entre otras cosas, regresar al DF, pero antes *Tito* pudo contactarse por teléfono con su amigo y quedaron de verse ese viernes por la noche con la finalidad de tomarse la copa. Luis, el amigo de *Tito*, llegó puntualmente al bar del hotel donde se hospedaba éste, y después de los correspondientes saludos charlaron largo y tendido en torno a asuntos diversos. *Tito* le preguntó acerca de sus actividades en Querétaro, ya que cuando dejó el despacho en la ciudad de México, simplemente había dicho que era para incorporarse a su familia y nada más, y cuando Luis daba cuenta de sus actividades, diciendo que su familia se dedicaba al negocio de arrendamientos, lo mismo de viviendas que de locales comerciales, *Tito* se enteró de las nuevas ocupaciones de aquél. Entre otras cosas Luis explicaba a su amigo el mecanismo que su familia tenía para efectuar el negocio de arrendamientos, dado que eran propietarios de una buena cantidad de inmuebles y siendo una familia numerosa, no era posible determinar a cuál de ellos le correspondían las rentas de tal o cual propiedad, sin que no protestara otro de los miembros de la familia u otros, siendo ese el motivo por el que Luis se regresó al seno familiar, para planear la estrategia a seguir y constituir, con todas las propiedades, una empresa arrendadora de inmuebles y de ese modo hacer que todos tuvieran igual número de acciones en el negocio en lugar de discutir a quién, en lo particular, le correspondía tal o cual propiedad. Contó la forma en la que quedó invertido todo, y que eso permitió a su vez que el patrimonio creciera, dado que, ese negocio como tal, hacía posible otra clase de movimientos, cosa que fue perfectamente aprovechada por la familia. *Tito*, por su parte, contó a su amigo Luis sobre el empleo que actualmente tenía, no faltando detalles y observaciones en pro y en contra, las cosas extrañas encontradas hasta entonces, esas peculiaridades y contradicciones que no acababan de ser asimiladas por *Tito*, etc. En esos detalles curiosos, digamos, estaba el tema, cuando:

A propósito de cosas peculiares relacionadas con el Infonavit –dijo Luis–, eso es lo que apenas vas descubriendo, y no es nada; –¡Uuuh, que la...!, y yo que creía que te iba a sorprender con algo nuevo –dijo *Tito*–, pues cuándo te ganaré una. Me acuerdo que tú, como auditor, sí que eras un sabueso, no se te pelaban vivas. Todo te lo olías. Debo reconocerte como un buen maestro mío, y qué bueno que tengas de qué vivir por tu cuenta, porque por muy bueno que fueras, jamás te iban a pagar lo que verdaderamente debías ganar en el despacho.

–Bueno, *Tito*, yo también cuando entré al despacho no sabía nada, pero gracias a los que fueron mis superiores, fue que pude agudizar el olfato y es por eso que ahora ayuda en el control del negocio. Mira, la planeación o estrategia que

seguimos para crear la inmobiliaria fue aportación mía, gracias a lo que aprendí en el despacho. Lo mismo que para estrategias de tipo fiscal, el aprendizaje fue y es para llevar a cabo los negocios que se nos van presentando. De lo contrario yo creo que no hubiéramos hecho nada y a la fecha ya nos hubiéramos matado por pleitos entre hermanos, y hasta con mi papá porque era bien desmadroso, él sólo recibió como herencia las propiedades, porque él, por su cuenta, no creó nada, y como en sus tiempos las cosas podían efectuarse de modo más simple, no lo perdió todo; de no haber sido por lo aprendido en aquel despacho, yo no hubiera servido más que para mandar a la chingada todo, o al igual que todos, no hubiera podido meter las manos a tiempo y ahorita ya no tuviéramos nada. A lo mejor exagero, pero algo así por el estilo nos estuviera pasando, créemelo.

–¡Qué a toda madre es escuchar a personas como tú, me cae! de verdad que te admiro y te lo digo abiertamente, te reconozco.

–¡Gracias, gracias!, ¿qué te tomas?, bromeaba Luis al tiempo en que agregaba, por cierto *Tito*, con el Infonavit hemos podido hacer muy buenos negocios.
–Ah, ¿sí?, sorprendido pregunta *Tito*.

–¡Clarín, mi cuate!, hemos podido intervenir en la compraventa de terrenos para su reserva territorial.

Tito no supo qué agregar puesto que no sabía lo que significaba aquello de reserva territorial. Jamás lo había escuchado, pero no quiso quedarse a medias y tuvo que reconocer su ignorancia y preguntar a su amigo:

–Oye, Luis, apenas he llegado al instituto y no sé mucho de él, como te dije antes, entre sus defectos está precisamente el que no te dan un pinche curso de inducción por lo menos, ni cuentan con documentación ilustrativa para su personal, y todo eso que ya te platiqué, dime, ¿qué es eso de reserva territorial?

–Mira, como el Infonavit va construyendo viviendas, va utilizando grandes extensiones de tierra, y para poder asegurarse de que sus programas se cumplan y no llegar a una crisis por falta de terrenos, y no tener problemas para seguir construyendo, lo mismo que para asegurar los planes de vivienda a futuro y todas esas jaladas políticas, que es abono muy bueno también para los discursos presidenciales, por supuesto, entonces adquiere grandes extensiones para irlas preparando y luego construir. También eso le ayuda a que cuando esos terrenos se van haciendo útiles para vivienda, se aprovecha de una vez en un mismo jalón,

para meterle la infraestructura, o sea, agua, drenaje, vialidades, postes para alumbrado, y todo eso, claro, para un futuro, pero ya lo tiene todo, y así ya nomás va construyendo casas. Eso es lo que significa reserva territorial.

–Siempre algo se aprende. Ya soy un experto en reserva territorial. Mira nada más por dónde lo vengo a saber –comentó *Tito* irónicamente–, oye Luis, ¿y tu familia ha poseído esas extensiones tan grandes de terrenos?, porque la verdad, me dejas sorprendido.

–No, no, no es así. Cierto es que les hemos vendido algo, algo que era un rancho y que ya por falta de agua y trabajadores, y todas esas jaladas agrarias que hay ahora, tú ya sabes, ya no nos servía para nada, y como su ubicación sí era útil para viviendas porque por ahí fue creciendo la industria, y claro, con un poco de 'influencias', conseguimos el cambio de uso de suelo, pues de otro modo, como todo te lo hace de pedo el municipio, no hubiera sido posible la venta, pues se interesaron y nos compraron. Luego, ya con la inmobiliaria, hemos servido para el corretaje de inmuebles, de ahí los terrenos que ha comprado a través de nosotros.

A medida que Luis explicaba cosas que para *Tito* eran novedosas y que, sin duda, algún día le servirían en su nuevo empleo, continuaba haciendo preguntas a su amigo:

–¿Quién decide sobre los terrenos a comprar, su extensión, su factibilidad, y todo eso?, tú ya sabrás por qué te lo pregunto, porque puede darse el caso de que se negocien terrenos que no sirven, o que estén en litigio o que sean ejidos, y todas esas rarezas que existen en el camino. O también, el influyentismo, la selectividad de los vendedores en contra de quienes no tienen influencias y, ya sabes... que al Infonavit se le puedan meter goles.

–Pues todo eso no lo sé, no lo sé porque ya son procedimientos y reglas internas del Infonavit –dice Luis.

A lo que *Tito* agrega: –Bueno eso debe ser cierto, pero alguien debe tomar decisiones. Por ejemplo, ¿ante quién se presentan las propuestas?, ¿quién hace los estudios o investigaciones de campo necesarias, sobre todo, para comprobar que no se trata de terrenos que se puedan inundar, o que se trate de cerros?, digo, sólo por poner ejemplos.

Y Luis aclara: –Pues mis conocimientos no llegan tan adentro y, finalmente, eso le corresponde al instituto. Por lo que hace a nuestra intervención pues solamente hacemos las propuestas, y eso es a últimas fechas, porque hasta hace un par de años, era el Infonavit quien buscaba tierra. Yo entiendo lo que quieres saber, pero no conozco reglas internas al respecto, lo único que sé, porque nos lo explicaron en una plática que nos dieron allá en el DF, es sobre la integración de los anexos técnicos para presentar la oferta, y que después de una propuesta en la que el mero mero en la delegación lleva 'mano' y calidad en su decisión, se 'arregla' con el vendedor quien, finalmente, viene aceptando el precio, ya que, de lo contrario, no será fácil encontrarle cliente al terreno y menos si son terrenos muy grandes. Además, ¿cómo encontrar un cliente como el Infonavit? Es muy buena paga. Y eso es a nivel nacional, esa es una práctica generalizada en la que los delegados se surten en grande aunque las decisiones vengan de las oficinas centrales, porque la influencia del jefe local es clave para que los terrenos sean comprados y, ahí mero, es en donde cabe la oportunidad para que se le gratifique. Nuestra empresa goza de buena fama y buenas conexiones, tanto a nivel local como en el central, lo cual nos favorece al momento en el que alguien quiere venderle un terreno al instituto. Ya sabemos con quién tratar, cómo integrar la oferta, cómo negociar, y eso es lo que explotamos en ese renglón del negocio. Nuestras relaciones y nuestra experiencia para negociar son nuestro capital, y es ahí en donde están los billetes frescos y rozagantes.

–O sea que de nada sirve que sean las oficinas centrales las que tengan en sus manos las decisiones. De todos modos, los delegados pueden sacar tajada. Esto lo aseguraba *Tito* al tiempo en que Luis simplemente asentía moviendo afirmativamente la cabeza, aprontaba su bebida, y agregaba:

–Así mero es *Tito*, eso es lo que vemos, anda tú a saber qué más exista tras los muros del poder. Mira, te voy a contar algo de lo que me di cuenta una vez en la que hubo una reunión nacional, allá en las oficinas centrales, de promotores y oferentes de tierra, para darnos lineamientos y objetivos generales, así como la metodología a seguir por nosotros para el ofrecimiento de terrenos y, tú ya sabes, conoces gente de aquí y de allá, de todas partes del país, y todos, te lo puedo asegurar, todos opinábamos lo mismo, todos sabíamos al final de cuentas en dónde estaban los billetes, ¡claro!, acá entre nosotros, o sea que no era motivo del programa aquel, pero tras las exposiciones formales, por así decirlo, siempre flotaba en el ambiente lo que no se dice pero se piensa, lo que no puede estar escrito, pero se sobreentiende. Y sólo para rematar te voy a contar una anécdota. Resulta que entre los asistentes estaban unos representantes de una inmobiliaria

muy importante, eran dos norteamericanos y un alemán, ya nacionalizados, y durante una comida que compartimos, recuerdo lo que dijeron, en voz del alemán, por cierto: 'Mi abuelo me decía... sé honesto con todo el mundo, menos con el gobierno'. Oyendo eso de esas personas, me quedé frío, por aquello de la rectitud que tanto les atribuimos a esos cuates. Se hizo una pausa cuando Luis se dirigió hacia el WC, lo cual fue aprovechado por *Tito* para quedarse pensando en algunas consideraciones acerca de aquel tema, es decir, lo de la reserva territorial y cuando el amigo regresó a la mesa, abordó de nuevo el asunto.

–No crees tú, Luis, que va a llegar un momento en el que, en algunas partes, ya no vaya a ser tan fácil la compra de terrenos. Hay lugares en donde verdaderamente es difícil encontrar buenos y grandes predios para edificar viviendas, sobre todo para construcción de grandes conjuntos, y ¿luego?, yo creo que se va a dar una especulación criminal con la tierra y con ello, un aumento imprevisible en los precios de las viviendas. Luis, siendo como aparentaba, es decir, pragmático, según se desprendía de su plática, muy adaptable a las circunstancias, nada especulativo, simplemente contestó:

–Mira *Tito*, para cuando eso suceda, que se preocupen los que tengan que preocuparse. Los gobiernos, los políticos, los constructores, y los que para entonces no tengan vivienda, a ellos les corresponderá resolver su problema, ¿no lo crees? Finalmente, como dicen por aquí en mi pueblo, 'mirándolo bien mirao', a cada uno de nosotros solamente le toca vivir un instante en este mundo y estarse preocupando por los que vienen, no lleva a ninguna parte. Creo, eso sí, que lo único que debemos hacer por los que vienen es no matar la naturaleza, ni contaminarla, ni nada que atente contra la vida misma, de eso, ni hablar, pero por lo demás, nadie nos asegura que lo que tú o yo procuremos para los que vienen les vaya a gustar, que a lo mejor hasta nos van a mentar la madre por andar haciendo cosas, dizque por ellos, por andar pensando por ellos, que ni lo van a apreciar y todo lo van a cambiar a su gusto llegado su momento, y mandar a la chingada lo que tú o yo hayamos pensado por ellos.

–Pinche Luisito, ya me mataste el gallo, dijo *Tito*, al tiempo en el que soltaba una carcajada. Es cierto, continuaba *Tito*, motivado por la respuesta de Luis, 'mirándolo bien mirao', como dijiste, y con mucha razón, si vemos el asunto de la Revolución Mexicana, unos se partieron la madre por legarnos algo a los que íbamos a llegar después y resulta que ahora, ya cuando llegamos a nuestro turno, todo lo estamos cambiando, nos vale madre que a aquellos los hayan hasta matado, muy pocos de los sueños revolucionarios se están respetando y quienes

siguen pensando como entonces, ahora son juzgados locos, populistas, trasnochados, anticuados y un chingo de etiquetas más que les cuelgan.

–¿Por quién lo dices?; –Pues basta ver al actual presidente Echeverría. Ya se lo acaban por seguir con aquellos ideales revolucionarios. Ahora quienes piensen como Lázaro Cárdenas, por ejemplo, no son nacionalistas, sino populistas, ya ves que para adjetivar a la gente nos pintamos solos.

–Bueno, pero este cuate se pasa, ¿no lo crees?, hay una gran distancia entre Cárdenas y Echeverría. No compares –interpuso Luis.

–No estoy comparando, digo nada más que ahora pensar como era la moda en los tiempos de Cárdenas es peligroso. Mira, a propósito de Echeverría, en 1917 se establece en la Constitución la obligación patronal de brindar habitaciones a sus trabajadores, luego, pasan y pasan los años, y los patrones con argucias y otras 'estrategias', digamos, no le cumplen a sus trabajadores. En 1972, 55 años después, llega Echeverría y les dice, no nos hagamos pendejos y vamos a cumplirle a los obreros su derecho constitucional, y haciéndole modificaciones a la Constitución y a la Ley Federal del Trabajo crea el Infonavit que, sea como sea, es del modo en el que ahora muchos trabajadores ya tienen una vivienda. Si Echeverría no pensara como piensa, no hubiera promovido nada y que los trabajadores se queden como estaban, es más, si pensara diferente a aquellos revolucionarios, su propuesta hubiera sido para desaparecer el derecho que los trabajadores ya traían desde 1917. Echeverría sólo continuó con lo que ya venía desde aquel año para hacerlo realidad y eso le ha valido, entre otras cosas, que lo llamen populista. Cárdenas en su tiempo expropia lo del petróleo, pelea para México las siderúrgicas, pensando de manera muy nacionalista. Ahora, Echeverría, expropia algo por causas de utilidad pública y lo tachan de populismo. Ya no es nacionalismo. En conclusión, aquéllos se partieron la madre pensando en las futuras generaciones, y ahora estas generaciones van rumbo a cosas completamente distintas a lo que aquéllos pensaron. Tienes razón Luisito, tienes razón. No comparto ni comulgo con eso, pero tienes razón.

–Yo creo, *Tito* –interpuso Luis–, que conociéndote como te conozco vas a tomar muy en serio tu chamba. No sé por qué me late que te vas a involucrar mucho en esto del Infonavit y, bueno, cada quien le dedica su tiempo a lo que le gusta. Yo, por ejemplo, me doy de lleno al negocio, pero es 'mi' negocio y me gusta por redituable y porque siento que me va a dar seguridad en el futuro, claro, si ahorro, si diversifico las inversiones y no pongo todos los huevos en un

solo canasto y, sobre todo, no siendo 'romántico'. Pero en tu caso debes tomar en cuenta que en el momento en el que un cabrón, de esos que nunca faltan, llegue a ser tu jefe y que no comulgue contigo, te va a despedir, ya ves que llegan pidiendo sillas para sentar a sus cuates y más siendo de confianza, son a los primeros en darles una patada en el culo. Aunque no te creas, también a los sindicalizados les pasa lo mismo, no los despiden tan fácilmente, pero, ¡que tal los congelan!, y aquel que no jale con el líder lo echan porque lo echan. Ése es el riesgo de trabajar para otros. Es un mundo de malagradecidos, bajo la ley del más cabrón. Eso lo pude constatar a través de todas las experiencias que viví siendo auditor en el despacho, en el sector gobierno y en las empresas privadas es lo mismo. Ésa es la ley, y, lo único que no se debe perder de vista es la brújula, mi amigo, porque ya para cuando te das cuenta la vida se te fue y, para colmo, ya te empolvaste, a nadie le vas a interesar para darte una chamba. Moraleja, invéntate una chamba mi amigo. Invéntate una.

El tiempo había transcurrido inadvertidamente, y cuando ambos se percataron de ello, decidieron retirarse ya que para el día siguiente tenían asuntos pendientes. *Tito* simplemente se dirigió a su habitación en tanto que Luis salió del bar hacia su casa, no sin antes intercambiar tarjetas, que es lo usual en estos casos.

Al día siguiente *Tito* dejó el hotel cerca del mediodía, para luego trasladarse en un taxi a la central camionera y tomar un autobús que lo condujera a la ciudad de México, a la cual arribó a eso de las cinco de la tarde, ya que tuvo que esperar en la terminal a que en un autobús hubiera lugar, porque la mayor parte de ellos eran de paso.

Casi obscurecía cuando *Tito* llegó a su departamento. Por un largo rato permaneció sentado en un sillón, pensando agolpadamente en todo lo vivido durante las últimas cuatro semanas; para luego concluir repentinamente que de nada le iba a servir abundar más en el asunto Infonavit; que lo mejor sería ir pensando qué hacer en ese fin de semana. Era viernes, y no estaría mal ir a algún lugar a divertirse, mas luego decidió que sería mejor dejarlo para el sábado.

La misma dinámica de trabajo que *Tito* siempre se había buscado, o sea, la de emplearse en algo que le permitiera andar de aquí para allá, provocaba que no tuviera amigos de manera fija. Amigos, o conocidos, mejor dicho, los había y en abundancia, y para estar con ellos bastaba solamente con ir a los lugares a donde solían acudir y ahí encontrarlos. *Tito* operó la grabadora de recados del teléfono para escuchar sus mensajes; entre otros había uno de Martín, quien le avisaba

que ya se encontraba en la ciudad de México desde hacia dos días, que se comunicara con él, tan pronto escuchara el mensaje. Había también una invitación al Braniff, uno de los 12 clubes en los que *Tito* era incluido y le decían el domicilio en donde habrían de juntarse. Esta invitación era para el sábado siguiente, y había otra invitación para ese mismo club, sólo que ya pasada, pues era para uno de los sábados en los que *Tito* había estado fuera. Ya escuchados los mensajes, *Tito* llamó a Martín para saludarlo, y para invitarlo al Braniff. El teléfono no fue contestado, por lo que decidió intentarlo más tarde. *Tito* continuó haciendo algunas cosas en aquel departamento, que por sus continuas ausencias, se iban quedando pendientes, como el acomodar ropa, preparar aquella que tenía que llevar a la lavandería o a la tintorería y, desde luego, sacudir polvo, barrer algunas partes desaseadas, limpiar luego, etc. lo mismo que ver en el refrigerador si había alimentos ya pasados que hubiera que tirar a la basura y decidir lo que tenía que comprar en el súper. Por trabajo en la casa, no quedaba.

La vida amorosa de *Tito*, transcurría, digamos, de manera desafanada. No ponía mucho interés en ahondar relaciones con quienes iba conociendo y entre más superficiales fueran las cosas, mejor las disfrutaba. Las pocas veces en las que se dejó llevar por el involucramiento, le habían dejado la sensación de pérdida de tiempo porque cuando esas relaciones terminaron, llegó a sentir que se había desconectado del mundo y le provocaba una gran sensación de flojera el volverse a conectar. Su forma de conducirse consistía en dejarse llevar por los acontecimientos, con la convicción de que era mejor 'encontrar, que buscar'. La infidelidad era algo placentero, cuando a él se le jugó con alguna infidelidad, incluso lo llegó a considerar como un buen pretexto para continuar libre. Por supuesto que hubo algunas que le hicieron daño, después de todo era natural, pero, a fuerza de ser infiel y de provocar que también así le pagaran, llegó a confeccionarse una coraza de protección que, finalmente, le hacía ver la vida amorosa con superficialidad. Su opinión acerca de la fidelidad, en los amores por supuesto, era que se cometía infidelidad, en el estricto sentido de la palabra, solamente cuando existía matrimonio en la pareja, y no la había cuando la relación no se encontraba en tal situación. Todo lo reforzaba, cuando sacaba por conclusión que, cada vez en la que él buscó una relación, o dicho de otro modo, cuando él puso la parte activa o llevó la iniciativa, que para él era lo mismo que buscar, las infidelidades o sus semejanzas, por lo menos, se llegaron a presentar. Cuando las cosas eran al contrario no se presentaban infidelidades, o de llegarse a presentar simplemente era algo que no le hacía ningún daño. Decía que Álvaro Carrillo fue sabio al decir en su canción: 'Huye cual ave negra del desengaño...' Tal vez por ese motivo aquellos clubes a los que acudía le venían muy al pelo. A ellos acudían

personas que buscaban pareja, o bien sólo buscaban compañía para compartir gustos comunes, honestamente y sin ninguna otra pretensión. También había quienes buscaban aventuras, lo mismo mujeres que hombres, en estos casos estaban por lo general los tránsfugas del matrimonio, aquellos que navegaban con la bandera de la incomprensión. Por lo que al matrimonio tocaba, *Tito* afirmaba que esa institución solamente tenía significación, para él, cuando se trataba de proteger a los hijos o lo que era lo mismo, fortalecer la familia, en cualquier otra circunstancia no servía para nada, a no ser para la protección de intereses de otra índole porque, incluso, afirmaba que el matrimonio ya de por sí, en sí mismo, era la tumba del amor.

Con este marco de referencias, ya nos podremos dar una idea de lo que para *Tito* significaba su trabajo, sus amistades, su vida afectiva, sus conceptos acerca de la fidelidad y del matrimonio, y por ende el significado de la familia. Como por diversas razones nunca se había visto cerca del matrimonio, sobre todo porque no se había enamorado y que eso lo hubiera aproximado, tan siquiera un poco, a pensar en un acto de tal naturaleza, subirse en esa barca, así nomás porque sí, era una verdadera estupidez. Naturalmente que él conocía casos de estos últimos, de hombres y mujeres, en los que algunos se habían lanzado a esa aventura por el simple hecho de que 'ya', ya estaban en la edad; ya era hora de separarse del seno familiar; ya tenían mucho tiempo de novios y ya era hora de 'cumplir'; ya era hora de pasar a 'otra cosa'; ya todos sus amigos y hermanos se habían casado, ya era 'su turno'; ya no encontraban qué hacer con su vida; ya no aguantaron las presiones sociales o familiares, etc., este tipo de personas, naturalmente, resultaban ser elementos que venían muy al pelo a aquellos clubes, porque en ellos había de todo.

Para su amigo Martín haber descubierto a través de *Tito* este tipo de sitios, aunque apenas había asistido a uno y, por así decirlo, uno de los de 'inicio', significaba toda una futura gama de sorpresas, por lo que no era de dudarse que aquella llamada grabada en la contestadora era para preguntarle a *Tito*, ¿y qué es lo que sigue?

Tito había ocupado buena cantidad de tiempo para ordenar su departamento, y habiendo decidido encender la TV para ver las noticias, como era su costumbre, se quedó profundamente dormido en un sillón, así lo sorprendió la mañana siguiente, ya del sábado, siendo el timbre del teléfono lo que vino a despertarlo. Cuando abrió los ojos y vio el reloj, eran pasadas de las diez de la mañana, tomó el aparato y contestó. Era Martín quien tan luego como *Tito* se identificó le dice:

–¿Qué hay, cabrón?, ¿a poco te desperté?; –Sí güey, me agarraste jetón. Qué onda, ¿cómo te ha ido?, entre bostezo y bostezo escucha a Martín: –¿A mí? a toda madre. Me comisionaron a la delegación de Morelos y como de ahí depende 'Acapulquito', pues ya sabrás. Y ¿tú?, ¿qué tal?, ¿cómo te fue?; *Tito* respondió aunque no con el mismo agrado: –Pues no tan bien como a ti, claro, porque a donde fui no hubo mar ni nada atractivo como a donde fuiste tú. Andar de camión en camión por esas tierras, es una chinga.

–Bueno, ya hablaremos de esas cosas prosaicas en la oficina, ahora es sabadito y a lo que te truje, ¿qué onda, hay o no hay club esta noche?; –¡Clarín de orden!, y vengo como navaja. –¡Ay güey!, entonces, ¿a qué hora nos vemos?; –Pues si quieres, empezamos desde temprano. Qué tal si nos vemos en el Tres Caballos, a eso de las dos de la tarde, ¿cómo la ves?, comemos, nos echamos unas entre pecho y espalda, escuchamos *mariachis*, ya ves que ahí no falta quién los patrocine, son de gorra, y de ahí pues nos jalamos al club. ¡Ah!, y por cierto, se te van a caer los calzones güey, en esta ocasión es el Braniff.

–¡Futa!, qué a todísima, mi *Tito*, esa sí que es una buena. Ni hablar, nos vemos a las dos... en el Tres... –remarcaba Martín, al tiempo en el que *Tito* se despedía.

Tito llevó la ropa a la lavandería y luego se fue al baño turco, cosa común y corriente en el DF, lo mismo que barata, nada del otro mundo. Así hizo el tiempo necesario para luego dirigirse al restaurante donde se vería con su amigo. Cuando él arribó ya Martín se encontraba ahí con una cuba entre las manos. Se saludaron, *Tito* ni tardo ni perezoso ordenó lo mismo. La música del *mariachi* estaba en todo su esplendor, era un día maravilloso, con un sol en todo lo alto. El lugar estaba lleno, el ambiente en su punto, en fin, lo que se entiende por todo un 'sábado DF', con ese algo indiscutible que solamente en esa ciudad se puede dar, por sus características naturales, más que por los caprichos de alguien; por la espontaneidad con la que suelen darse ahí las cosas, a pesar de ser tan vapuleada y sobre todo porque estamos situados en la década de los setenta, en la que todavía, era muy disfrutable la capital.

–¡Te veo bien, cabrón! –dice *Tito* a Martín– tostadito de la piel y muy repuestito.

–Pues no me quejo. La gira estuvo ¡de pelos!, hasta el jefe fue. Ya ves que a ellos sólo les interesan los buenos lugares. Morelos es atractivo y más si de ahí había que irse a Acapulco, así que, a toda madre.

–Bueno, ya me tocará a mí –dijo *Tito* resignado–, lo que sí te digo, Martín, es que para divertirse no hay como esta ciudad. Digamos en lo cotidiano, en aquello en lo que no necesitas de vacaciones, en los simples y vulgares fines de semana, en lo común y corriente, cualquier persona por pobre que sea encuentra diversión. Estoy convencido de eso. Mira, mira a tu alrededor, qué ambiente se cargan estos cabrones, viejas y pelaos y no creo que todos sean de fuera, ni que todos estén de vacaciones, ni que celebren lo mismo, ni es un día festivo, ¡ni madre! Esa entrega al ambiente, al goce del momento, sin exigir que exista un día especial, ni que se den circunstancias extraordinarias, digamos masivamente, no, no es necesario. Porque, cierto, no falta quién esté festejando algo, pero los más, te lo puedo asegurar, están aquí más por costumbre que por algún motivo en especial, porque en ellos es lo común, porque en esta ciudad así son las cosas. Esta gente, tus paisanos, pinche Martín, tienen vida interior, auto recargable con el sol.

–Oye, *Tito*, es la primera vez que a alguien que no es de aquí, le escucho expresarse de esa manera de esta ciudad. Siempre sus comentarios están cargados de malas referencias y hasta de odio. Invariablemente sacan a relucir que sus lugares son la quinta maravilla y que esta ciudad es una porquería y no se diga su gente, porque mientras que ellos son todo un dechado de virtudes; nosotros, por aquí, no somos más que chilangos. Que, por cierto, nunca he sabido lo que quiere decir esa palabra, ni nadie lo sabe, pero, ¡ah, cómo la usan!, como resumidero, sólo para decirnos con una sola palabra todo lo que nos detestan. No he podido saber, hasta ahorita, qué es lo que les hemos hecho, de qué nos culpan, porque si es por nuestra forma de ser, pues eso no es más que una de tantas formas habidas y por haber, que no creo que por sí misma les deba causar ofensa. Si de eso se tratara pues en todas partes se cuecen habas y que si de formas de ser se trata hay, en algunos lugares del país, ¡cada forma de ser!, que mejor ahí le paramos. Pero de lo que sí estoy seguro es que de este lugar a nadie se le expulsa. La mayor parte de los que llegan se quedan. No ha de ser por fea. Tanta gente no puede estar equivocada.

–Es cierto Martín, por eso dije lo que oíste. Y métete bien en la cabeza lo que te voy a decir, que sólo hablan mal de esta ciudad tres tipos de personas, bien porque son ignorantes de su grandeza histórica, o porque son malagradecidos, porque a pesar de que muchos provincianos aquí crecemos, aun así no dejan de hablar mal del lugar; finalmente los que fracasaron y no lograron hacer nada, y regresan a sus lugares hablando pestes de la ciudad. Y peor te la pongo Martín, que hay gente que siendo de aquí, piensa del mismo modo que aquéllos y anda buscando asimilarse a algún lugar del interior, y hasta buscando en los archivos

familiares algún nexo con alguna provincia, aunque sea muy remoto. Éstos son un cuarto tipo de personas, los renegados.

–Pues de nuevo te lo repito. Es la primera vez que escucho algo agradable. Ni siendo yo de aquí pude avisorar esas clasificaciones. Las pensaré. Las pensaré…

–¡Ah!, Martín, y nunca te digas a ti mismo chilango, ni te refieras a nadie así. Simplemente eres capitalino o defeño. Así sería tu gentilicio.

–Oye, *Tito*, y a todo esto, ¿por qué vino toda esta cátedra?; –Pues porque después de haber estado por un buen tiempo en provincia puedo percibir la diferencia, se necesitaría estar ciego o sordo para no percibirla y además mudo, para no decirlo.

Entre plática y plática las cubas se repetían sin más esfuerzo que el simple acto de enviar una señal al mesero: lo mismo, y entre botanas, música, algarabía y, por supuesto, flirteos, lo que nunca falta en este tipo de ambientes, el galanteo que permiten algunas damas que gustan de divertirse sin tapujos ni inhibiciones, entre todo eso y más, la historia se iba escribiendo, tal y como lo destacaba *Tito*. Para cuando se dieron cuenta ya la tarde apuntaba para las siete, el ánimo era el mismo o tal vez mayor. Este tipo de lugares abren temprano y cierran temprano, tal vez de diez de la mañana a diez de la noche, pero el fin de semana quien no alcanza lugar por lo menos a las dos de la tarde, ya no la hizo. La gente acostumbra más que ir a comer a compartir el día, no el rato. De ahí, siguen los salones de baile y cualquier otro tipo de diversión, ya dependiendo del gusto de cada quien. Eso fue lo que les pasó a estos amigos, por lo que una vez que dieron las ocho de la noche dejaron el lugar y se dirigieron hacia el Braniff.

La reunión era en la calle Prado norte de las Lomas de Chapultepec. Era una residencia pequeña pero elegante, algo propio del sector del que estamos hablando. Cuando *Tito* y Martín llegaron, tocaron y salieron a recibirlos unos uniformados, se trataba de dos policías auxiliares contratados a una agencia privada lo que daba a todo aquello un toque de mucha seguridad y discreción. Para *Tito* no era algo novedoso porque en todos los lugares en donde se reunían los del Braniff se acostumbraba lo mismo, pero en cambio para Martín sí lo era, pero se reservó sus impresiones y ganas de comentarlas para después. Uno de los guardias los condujo al interior, se identificaron y apuntaron en un registro. Aparte de solicitárseles el nombre, número del teléfono y, en su caso, el nombre de la persona que lo había invitado, cuando se trataba de alguien que por primera vez acudía a

uno de esos eventos. Esta modalidad era la utilizada para llevar un control sobre los participantes, ya que cualquier comportamiento inadecuado costaba al infractor la expulsión y a quien lo invitó se le aplicaba desde una amonestación, dependiendo de los atenuantes, hasta la expulsión si era necesario. Pudiera ser que alguien utilizara un nombre falso, pero su cara nunca sería olvidada por los demás socios, ejerciéndose de ese modo una especie de autocontrol. Una vez registrados y verificada la 'lista negra' que aparecía en aquel libro, pasaron a la sala y fueron saludados por la anfitriona. La organizadora era la dueña de aquella casa. Una dama en una edad muy interesante, bonita sin lugar a dudas, además elegante, con unos modales refinados y mesurados, lo que le daba un toque de distinción; de personalidad muy especial, digamos que se trataba de alguien que entonaba muy bien por donde se le quisiera ver. Era algo como de película. El asombro de Martín iba en aumento. Nada igual había presenciado jamás, por lo que solamente esperaba un momento apropiado para poder comentarle o preguntar algunas cosas a *Tito*, pero eso no llegaba porque *Tito* iba de lugar en lugar, de un sitio a otro, saludando a muchos con aire de gran confianza, a la vez que iba siendo presentado a otros asistentes; él hacía lo mismo con su invitado así, por largo rato, hasta que por fin aparentemente agotado el protocolo de tanta salutación, se dirigieron al bar para solicitar un trago. No hubo comentario alguno, sino hasta después de haber apurado unos tragos cuando Martín rompió el silencio:

–¿Qué onda, pinche *Tito*?, este lugar sí que es muy distinto al Parasol, ¡y, qué damas, carajo!, si hasta parece que estoy en una película de *Tin-Tán*, cuando por mera casualidad pasaba de peladito de barriada, a Las Lomas. Un ceniciento cualquiera.

–Lo mismo me sucedió a mí Martín, tuve la misma sensación la primera vez que asistí a una de estas reuniones. Fue en una residencia de por aquí, pero allá en el Paseo de Las Palmas, era un lugar como cuatro o cinco veces más grande que éste, la fiesta fue en grande, en esos días se celebraban los Juegos Panamericanos y como muchos de los asistentes a éste, digamos club, son de origen extranjero, pues invitaron a varios de los participantes en los juegos, unos como competidores y otros como representantes de países sudamericanos, ya te podrás imaginar, había cada chava que no veas: brasileñas, argentinas, colombianas, chilenas, etc. Era algo de fantasía, así como te lo cuento, de fantasía.

Martín pregunta a *Tito* entre broma y en serio: –¿Y tú, güey?, ¿cómo te colaste?

–Pues de puritita 'leche', de pura 'caca', así como lo oyes. Yo fui invitado, como tú ahora, pero por una señora chilena, que por cierto no hace mucho que murió, pues ya para entonces estaba muy malita, pero de eso ya hablaremos después. Te decía, yo fui invitado a una reunión común y corriente, nada de lo que sucedió entonces estaba planeado, lo que pasó fue algo casual, porque los que invitaron lo hicieron al momento, aprovechando sus relaciones con esos países y cosas así. No te voy a decir que ya perdí mi capacidad de asombro o de sorpresa, claro que no. Ésa, por ejemplo, esa *Ñora*, la que nos recibió, la verdad impresiona. Ha de andar entre los 40 ó 42 años, pero es muy apetecible. No le pide a una chava absolutamente nada, sobre todo con ese toque tan refinado y tan cachondo a la vez, que tanto cabrón de los aquí presentes no podemos estar equivocados. ¡Mira!, observa nada más cómo se la comen todos con los ojos, y mira que, también hay que aceptarlo, hay por aquí cada galán que hay que chingarse, y cuídate, que ni a ellos les pasa inadvertida la dama.

–Bueno, mi *Tito*, y, ¿qué les pides a otras?, andan por el estilo. Maduritas, bien vestidas, nada vulgares, ninguna a la que veas, están como sacadas de una revista de modelos. Oye, pinche *Tito*, y, ¿nos 'pelarán'?, me late que no la vamos a 'pelar'.

–Estás pero si bien jodido, Martín. Aquí no venimos con una mentalidad de conquistadores o de vampiresas. Estos grupos, guardando las distancias, por supuesto, son como los de los *Alcohólicos anónimos*, o *Neuróticos anónimos* o *Divorciados anónimos*, toda esa cantidad de grupos que se han ido formando en los que, por principio, la gente tiene que aceptar lo que 'es', porque de lo contrario todo mundo se sentiría incómodo. Se supone que si son grupos de gente sola, es porque realmente se está solo o se siente uno solo, o porque si bien no se está solo, sino que por el contrario se tiene hasta en demasía gente alrededor, no es algo satisfactorio y se busca algo diferente, a través de un camino diferente o, ¡qué sé yo!, el caso es que si uno se acerca a alguien, o alguien se acerca a uno, es aceptando de antemano y en forma tácita que nos duele el mismo lado. Entre *Alcohólicos anónimos*, no te vas a encontrar a alguien que le diga a otro eres un alcohólico, sería una estupidez y hasta ahí llegaría ese miembro. Aquí es lo mismo y nadie se te va a acercar identificándose: Oye, soy una persona sola y por eso... bla, bla, bla. Nadie necesita de esa identificación, si alguien se le acerca es para que se cumpla el objetivo de por qué y para qué se está aquí, y pendejo fuera si alguien, de entrada, rechaza a alguien, porque se estaría negando a sí mismo la creación de esos vínculos o caminos que solamente entre estos grupos se pueden crear, sin correr riesgos, ya que quien quiera correrlos sería

fuera del grupo y dependerá de su nivel de selectividad. Tú lo viste allá en el Parasol, ¿o no?

–Sí, pero no me negarás que aquí las cosas son muy diferentes, todo es más imponente. No quiero cometer un pecado de racismo o de juzgador de valores. Tú me entiendes.

–Creo que sí. *Tito* lo insta a que se acerque, con cualquier pretexto, a quien quiera, y se percate de que para nada había razón en tener miedo al rechazo, que confiara en que ninguna dama le iba a hacer lo que no quería que le hicieran a ella. Efectivamente, Martín, apuró lo que le quedaba en el vaso y dijo:

–Pos, ya rugiste león. Cómo estás, ¡ahí te voy!

Martín caminó con paso firme y pausado hacia un lado de aquélla sala, luego se dirigió hacia el jardín trasero de la casa donde también se encontraba gente charlando. Se perdió por ahí y *Tito* ya no lo pudo ver. A su vez él, fue al bar a pedir otro trago, finalmente hizo lo mismo que le sugirió a su amigo. Durante más de una hora cada uno se dedicó a relacionarse por su lado. Tal y como lo dijera *Tito*, Martín simplemente se dejó llevar por sus corazonadas y guiado por ese instinto se acercaba a quien él quería conocer o con quien quisiera entablar lo mismo una plática que una posible relación a futuro, aunque, para esto último utilizaba su olfato y buen juicio puesto que no podía darle a cuanto acercamiento tuviera con alguien, una interpretación de un ligue, forzosamente. Lo importante era, en todo caso, la inimaginable situación de posibilidades, de oportunidades, de facilidades, mediante aquel artificio llamado club en donde, como bien dijo *Tito*, cada uno de los asistentes reconoce de antemano su situación personal con dignidad, no hay lugar a protagonismos, de esos que en forma tan sobada y ramplona se suelen tener cuando las personas ocultan sus debilidades. *Tito* fue de persona a persona, de grupito a grupito, para saludar y compartir el rato con sus conocidos y, por supuesto, ver qué oportunidades había para el domingo o para futuras conexiones. Los dos se volvieron a juntar en el comedor, cuando coincidieron sirviéndose algo para comer.

–¿Qué onda, Martín?, te ha de estar yendo a toda madre, ¿o qué?, no me dirás que has estado rezando el rosario.

–¡Qué pieles!, mi *Tito*, qué buenas relaciones éstas. Tenías razón, ya comprendí lo que me decías y admiro el ingenio con el que se la gasta esta gente para sus

acercamientos, digamos, pero sin comprometerse si no se quiere. Por cierto, ya hice un buen contacto con gente que le gusta jugar dominó, ya que a ti no te gusta, pues ya hice mi encuentro para mi jueves de dominó.

–¡Bien!, así se empieza. A partir de ahí, ya me contarás hasta dónde habrás llegado y no te olvides de tu cuate, para invitarlo a tus ondas, ¿*ok*?

–¡Ya!, ¿pos qué onda?, ¡qué!, ¿ya nos estamos despidiendo?

–No, hombre, qué te pasa –*Tito* se explica–, es que el pedo es empezar. Un contacto te lleva a otro y ese otro a otro y así sucesivamente, hasta donde ni te lo imaginas. Yo ya tengo como unos cinco o seis años visitando lugares como éstos, y todo fue por una señora a quien conocí en casa de unos chilenos.

–¡Ah!, ¿la que me dijiste hace rato?

–Sí ella y te dije que después hablaríamos de eso. Fue en una noche de bohemia. Me invitó al Codac, que era un club para divorciados. Yo no lo era, claro, pero me invitó para echar una guitarreada, ya ves que la lira es muy alcahueta. Yo, a partir de ahí, empecé a conocer gente de aquí y de allá, de todos tipos y estratos, gustos, tendencias, deportistas, tahúres, borrachos, mojigatos, de todo, ¡menos homosexuales, eso ni hablar! Y qué decir de las 'amigas'... novias, y todo eso que no faltó. Ya después de unos cuatro o cinco años desde la primera invitación de aquella señora, me la volví a encontrar en otro club. Tuve la sensación de que en ese momento se estaba cerrando un ciclo, porque cuando la volví a ver ya no quedaba nada de aquella mujer, ya estaba muy malita, tenía cáncer. Fue puramente una amistad, además de paso, porque la conocí en la bohemiada, me invitó al Codac una semana después y a partir de aquella ocasión ya no volví a saber nada de ella, ni me la encontraba en ese club ni en otros. No supe dónde vivía ni su teléfono y hasta llegué a pensar que tal vez ya se había regresado a Chile. Por eso es que te digo, o te pronostico, que todo es empezar, y jamás te imaginarás hasta dónde irás a llegar, ¿sabes? Esto es lo que más me gusta de esta ciudad. Que yo la llamo la *Ciudad de la fantasía*, pues para cualquier día, sin que sea algo especial, sabes en dónde lo inicias, pero no te imaginas en dónde lo vas a terminar. No se diga si de lo que se trata es de salir de reventón, tú nomás ponle imaginación al asunto que lo demás viene solito. Ya después de ti depende el cómo torear lo que viene. Todo es como una cadena. En este momento recuerdas el día en el que te invitaron al Braniff, y ese día te lleva a aquel otro, y el anterior al de más atrás y así, sucesivamente, hasta que llegas casi a perderte en los

recuerdos de detalles y sucesos. Así me pasa ahora en este instante, al recordar a aquella señora a la que conocí por mis amigos, los chilenos; pero a esa casa llegué porque a su vez una amiga me invitó a una guitarreada cuando celebraban el día de la independencia de Chile que, por cierto, lo festejan junto con la Independencia de México, porque es en el mismo mes y ellos ya estaban nacionalizados; a ella la conocí en el Parasol, y al Parasol llegué por una cosa muy curiosa. ¿Te la cuento?, o ya te atosigué.

–Dale, dale, síguele. Me cae que está curioso todo. A mí no se me hubiera ocurrido que algo así sucediera y menos tenerlo en la memoria.

–Te decía que al Parasol llegué por un suceso curioso. Resulta que allá en Coyoacán había un lugar, en el sótano de una casa de por ahí; los dueños eran tres hermanos. Vendían cerveza clandestinamente, pero entre la pura raza, entre puros cuates, nada de al público; a quienes nos iban conociendo nos aceptaban y nos dejaban entrar sin más ni más. Una vez adentro del sótano te sentabas en donde hubiera lugar, porque eran unas mesas largas con sus bancas también largas. Nada de mesas en exclusiva, ¡ni madre! Eso provocaba que de repente te vieras entre chavos o chavas que a veces ni entre ellos se conocían, pero era lo de menos porque, al final de cuentas, ése era el misterio de aquel lugar, que una vez adentro, la finalidad era la de cantar y cantar. Ahí nos pasábamos la guitarra entre unos y otros, y quien quisiera declamar, bailotear, o lo que supiera hacer, lo hacía y se acabó. El *show* lo hacíamos entre todos y para todos. Era algo muy divertido. Te la pasabas a todísima madre. Uno de esos días me vi entre un grupo de chavas, totalmente ajeno a ellas, y ya en el cotorreo me invitaron para una guitarreada para el siguiente sábado. Yo solamente apunté el nombre de la que me invitaba y el de la calle, como seña me dijo que estaba frente a un parque o algo así. Ese sábado fui a aquella casa de la colonia Jardín, allá por División del Norte y Quevedo. Llegué a la casa, ya había gente reunida, me abrieron y pregunté por aquella dama que me invitó, pero resultó que nadie la conocía. Yo todo chiveado y con mi guitarra en la mano, me quedé ahí parado sin saber qué hacer, y el cuate que me estaba atendiendo, alguien casi de mi edad si no es que algo mayor, me dijo que tal vez se trataba de una de las muchachas que aún estaban por llegar y que si quería esperarla, pues que pasara. Así lo hice. La gente que ahí estaba no era muy de mi edad, digamos que eran algo mayores que yo. Me presenté, me invitaron una cuba y empezó el cotorreo con las preguntas y respuestas respectivas, y así, llegaron más invitados, y de aquella amiga, nada. Luego, después de mucho rato, ya entrados en copas y en confianza, pues no faltó quien dijera: Pos mientras llega tu amiga, échate una en la guitarra... Yo no

tuve opción, y en respuesta a aquella acogida tan amable, simplemente me dejé llevar por los acontecimientos. Para no hacer más largo esto, resultó que ahí fue donde conocí a unas personas que me hablaron del dichoso Parasol y así fue como me conecté con ese club.

–Bueno, sí que fue curioso el relato. Comenta Martín, un tanto sin asombro, pero *Tito* de inmediato interrumpió para aclarar algo.

–¡Espérate! Que lo más curioso es otra cosa. Resulta que con el tiempo, en una de las tantas ocasiones en las que fui a la Cavita, que era como se conocía a aquel sótano en Coyoacán, me encontré de nuevo con las chavas que me invitaron a la colonia Jardín, y la que aquella vez me dio el domicilio me reclamó por no haber asistido a su casa, tal y como me había invitado. En ese momento supe que se trataba de su casa, y algo no me quedaba claro, por lo que de inmediato procedí a narrar lo sucedido y, una vez que terminé, me dice... 'Todo estuvo muy bien, pero resulta que mi casa está al otro lado del área verde...' O sea, Martín, que en esa colonia, las calles llevan el nombre de Retornos, y cada calle al topar en el área verde, retorna en forma de 'U' hacia la avenida principal o de entrada a la colonia. Yo sí estuve en la calle Retorno X, y además, frente al área verde, pero a donde debí de haber ido, era en los retornos del otro lado de esa área verde –un poco enredada la explicación, pero Martín la entendió. *Tito* por su parte, terminaba el relato–. Aquella aclaración convenció a mi amiga y todo se aclaró. Pero en esa equivocación fue en lo que consistió lo curioso del asunto. Es un hecho de los tantos y tantos que ahora registro, que me vienen a corroborar que esta ciudad es de fantasía. ¡Ah!, porque, por otro lado, aquella amiga me introdujo a otro grupo de amistades, y así, tal y como te lo cuento. Por eso te digo todo el pedo es empezar. Y te diré otra cosa. Tú recordarás al *Tin-Tán*, ¿verdad?, quien en muchas de sus películas de repente se veía enmedio de gente de alta alcurnia, mientras que él representaba a alguien proveniente de una barriada, pero que, por meras circunstancias, de repente ya andaba en ondas totalmente insospechadas; pues eso, que bien pudiera decirse que eran puras imaginaciones de los guionistas de las películas, de los que escribieron las historias aquellas, no era así, ellos simplemente escribieron lo que por ahí vieron, eran cosas basadas en hechos reales. Hechos que solamente se pueden dar, y en abundancia, en un lugar donde las fantasías también abundan y están a flor de tierra. Sólo es cosa de interprertar los acontecimientos.

Los tragos se repetían uno a uno, y la plática seguía su curso, en tanto que Martín dice a *Tito*: –¡Cuánta falta me hacía algo como esto... carajo! Desde que vivo

separado, que ya voy para un año, o más, ¡ya ni sé!, he vivido hundido en puras pendejadas. La verdad, en el puro dominó, para qué le hago al ensarapado. Suena tan lógico, tan común y corriente lo que cuentas, que pareciera ser que eso debe ser lo que a cualquiera le está pasando y le ha pasado, pero jamás me había puesto a hacer un repaso de ésos. Aunque a decir verdad, que para enriquecerlo, hay que estar en el conecte, pero lo que yo he hecho ha sido aislarme. Primero, por casarme muy joven, luego, ya de casado, por meterme en una rutina de matrimonios aburridos, y ya de separado, por darle una importancia mayúscula a mis jugadas de dominó. ¡Qué ciego es uno!, la verdad…

Tito dice por su cuenta: –Fíjate Martín, que como bien se dice, el que está dentro del bosque no lo ve como el que esta afuera. Así le pasa a la gente que vive en DF, no aprecia lo que tiene, hay muchas cosas que le pasan inadvertidas. Tal vez sólo lo intuye, pero no lo reflexiona. Bien lo dijo *Cantinflas* en un comercial; "La ciudad de México es una ciudad con Ángel". Eso es, ni más ni menos.

–¡Carajo!, hablas de esta ciudad mejor que los que somos de aquí, expresó admirado Martín.

–¡Clarín mi Martín!, ni soy fracasado, ni soy malagradecido y creo que tampoco soy ignorante o ciego. Soy de Saltillo, es cierto, pero la ciudad de México es mía porque me ha costado hacerla mía. Ésa es la diferencia. No es lo mismo pertenecer a algo, a que ese algo te pertenezca. No es lo mismo conquistar a ser conquistado. Yo me cuento entre las personas que han conquistado a esta ciudad. ¿Dónde pude haber encontrado algo que me multiplicara mis vivencias, mejor que en este lugar?, en donde lo mismo lo bueno que lo malo, lo he vivido intensamente, exponencialmente, que a veces se me olvida hasta la edad que ya tengo. Un lugar en donde me puedo situar en cualquier edad y no me incomoda ninguna, porque dondequiera quepo. Aquí nos podemos revolver todos. Aquí no hay excluyentes. Mira, dice a Martín, señalando vagamente hacia la gente ahí congregada, todos ellos lo mismo que tú o yo, tenemos nuestro mundito propio, ni quien te conozca, y ni a quien le importe. Nadie te excluye o te acepta por eso. Habemos aquí pobres y ricos, ¿quiénes son unos y quiénes son los otros?, sepa... aquí, te aseguro que han venido damas solas, o sea sin compañía de algún amigo o amiga, y no se sienten avergonzadas ni temerosas de ser señaladas. De aquí nos podemos ir a una Disco..., sin sentirnos fuera de lugar, y los jovencitos se pueden ir a meter en un piano bar, de ésos para 'gente de ayer', y ni quien los haga sentir incómodos tampoco. Cualquiera, lo mismo hombres que mujeres, pueden darse el gusto de

andar con alguien mucho mayor o menor, si es el caso, sin tener que esconderse. ¡Qué viva la libertad!

No había duda, las copas hacían sus efectos, por lo que ambos coincidieron en que sería muy conveniente irse por ahí a meterse entre la gente y no estar solamente platicando y tomando cubas unas tras otras y, de pasada, comer algo. Después de haber comido algunos bocadillos, de nueva cuenta cada uno se fue por su lado a continuar con lo que les acomodara, y así, habiendo transcurrido un buen tiempo, poco a poco los asistentes se empezaron a retirar; por lo que a medida que eso se observaba la salida de esa residencia se empezó a acelerar y los amigos decidieron hacer lo propio. Antes de irse, se despidieron de la anfitriona a quien, cada uno por su lado, ya le habían hecho la corte.

A esta hora, casi las tres de la mañana, ya habían transcurrido por lo menos doce horas desde que *Tito* y Martín se habían encontrado en el Tres Caballos, y como desde ese momento habían estado ingiriendo alcohol, digamos, ininterrumpidamente, los efectos estaban presentes. Tal vez, la atenuante consistía en que entre copa y copa siempre se había dado una buena pausa y, además, botanas y cena, que de no haber sido así era de dudarse que se hubiera dado un buen aguante. Ahora venía lo pesado, el regreso a casa. Como los rumbos de su residencia eran casi opuestos, ambos habían decidido llevar su propio carro. Se despidieron y cada uno enfiló por su lado.

El lunes llegó, y entre las actividades y la hora del café los comentarios de lo sucedido durante el sábado fueron y vinieron de un modo superficial. Tal vez lo que faltaba era un momento especial para ello, digamos, un tiempo que no estuviera siendo interrumpido por el mismo ajetreo del trabajo y la atención que eso exige, por lo que no fue sino hasta la hora de la comida en la que se dieron los intercambios de impresiones:

–Así que, ¿te hizo cruda?, pregunta Martín a *Tito*, a lo que éste decididamente contestó sin ambages.

–¡Hijo de su...!, ¡no la creía!, yo llegué a pensar que el domingo me la iba a pasar muy mal pero, la verdad, estoy sorprendido. A pesar de lo largo del tirón y de lo que nos tomamos, no pasó nada.

–A mí me sucedió lo mismo –dijo Martín– ni madre de cruda. Me fui a ver a mi chavito, porque me tocaba fin de semana con él, y hasta él me notó algo, así me

lo dijo, ¿tú crees?, y ¿qué fue lo que me notó?, no me lo supo decir, claro está, pero yo sí creo saberlo, mi *Tito*, creo saberlo, y por eso es que como cuates, te quiero decir algo. La neta, te agradezco mucho tu invitación a estos lugares, que por mi situación personal, que ya te conté, pues más aún, me vinieron al puro pelo. Cuando uno se casa muy joven, deja de conocer muchas cosas. Se abandonan muchas otras por cumplir con el compromiso que se adquiere, y siempre pensando en que eso es lo mejor para ir construyendo el futuro, o sea, para no crear problemas ni nada que venga a destruir la unión. Y luego, ya cuando llegan los hijos, qué más te puedo decir, uno siente que lo que está haciendo es exactamente lo que se debió hacer, y lo que se debe hacer a futuro. Se refrenda lo hecho y la convicción de que es lo que se deberá seguir haciendo. Nada duele. Todo lo abandonado no vale nada, comparado con lo que estás haciendo y para lo que lo estás haciendo. Bueno, pues todo eso sucedió en mí, y no me arrepiento. Ha sido lo más maravilloso que me ha pasado y, sobre todo, te lo juro manito, mi hijo, su llegada a mi vida multiplica mi existencia, así como te lo digo, la multiplica.

Tito, visiblemente impresionado, sobre todo por su condición de soltero, al escuchar aquello que solamente podía venir de un casado, pregunta a su amigo:

–¿Y luego?, no entiendo. ¿Qué hay de esa separación? Me resulta inconcebible. Tú me entiendes, ¿o no?; a la vez que *Tito* hablaba, Martín asentía con la cabeza, como adivinando lo que aquél le iba a preguntar.

–Es correcta tu apreciación. Me lo he preguntado a mí mismo amigo mío, me lo he preguntado, ¿qué es lo que está pasando?

–¡Sí!, ¿qué pasó?, remarca *Tito*.

–Yo creo que nos llegó el aburrimiento –decía Martín– tres años de novios o más, luego, a la edad de 22 me caso, luego siete de casado, de los cuales llevo poco más de uno de separado. Nos amarramos desde muy jóvenes. Yo le llevo un año de diferencia. Nos hicimos padres de un niño, siendo muy chavos, y además sin lana, y eso pues te aleja mucho de la familia por tener que darle duro a la chamba, porque yo estudiaba a la vez y eso es una chinga. Para cuando tuvimos conciencia de todo, ya andábamos muy fríos en lo nuestro y todo lo tratábamos con discusiones muy severas. Yo, hasta que entré al Infonavit, pude ver más o menos la mía, hasta por ahí de los 27 años. Los primeros ingresos fueron para pagar deudas, luego, para cosas super necesarias, o sea, nada de ir a vacacionar ni nada de nada, de modo que para cuando reaccionamos, ya

andábamos muy mal. Pero, después hablaremos más de eso, lo que te quería y te quiero platicar, es lo de mi chavo.

–Sí, es verdad, ya nos fuimos por otro lado –dijo *Tito*– luego, ¿qué pasó?

Y Martín continuó relatando a *Tito* lo que había observado en la actitud de su hijo. Un relato que dejaba muy lejos al hombre pragmático, dejando aflorar al sensible, al humano. Me creerás que me dijo, así abiertamente, 'te veo muy contento, papi...' Yo, a la vez que sorprendido por lo que me dijo, en realidad, en ese preciso instante, sentí que me 'cayó el veinte', o sea, que en verdad me sentía otro. Mira *Tito*, durante este último año, a lo único que me he dedicado los fines de semana es a jugar dominó. A echarle hielo a la vida, incluso creo que me he vuelto muy sarcástico. ¡Qué estupidez!, ahora me doy cuenta. Soy muy susceptible a enajenarme en rutinas, como te darás cuenta. Tiene que pasarme algo extraordinario para despertarme o reaccionar. Bueno, pues es lo que me ha pasado al conocer estos clubes. Es más, nunca me había puesto siquiera a pensar en aquello que dijiste en el Tres Caballos, acerca de que esta ciudad era de fantasía, aquello de que el bosque se ve mejor desde afuera que desde adentro y que eso de 'Sábado DF', es la pura neta. Mira, sólo porque a mi chavo lo impresioné, y lo impresioné bien, porque lo noté muy diferente, porque ahora me doy cuenta que mi tristeza o mi amargura, se la he estado transmitiendo sin darme cuenta, sólo por eso, es que te debo decir, gracias amigo, gracias. Ahora que, por lo que a mí respecta, te voy a decir que hice plan para ir al cine este jueves, con una dama que conocí en el Braniff el sábado.

–¡Qué buena onda mi Martinianus!, ésas sí que son buenas nuevas. Sobre todo lo de tu chavo y luego, pues lo tuyo. La verdad que te felicito. ¡Qué calladito andabas, eh...! ¡Ni hablar!

–Oye, *Tito*, y pasando a cosas gachas y prosaicas, ya te dijo el jefe ¿a dónde siguen las visitas?

–No, no me ha dicho nada. Apenas hoy por la tarde me citó para ver el informe de la vista a San Luis Potosí, tal vez ahí me diga algo. ¿Y tú?, ¿ya sabes?

–Sí –responde Marín–, aunque no se me precisó a cuál delegación me van a enviar, parece ser que se van a utilizar los datos de unas cuatro delegaciones, para comparar las funciones entre sí a manera de 'Pilotos', y tomarlas como modelo para las demás, si es que no existen muchas discrepancias.

–Creo que es una buena decisión –apuntó *Tito*.

El tiempo para comer había terminado y regresaron a la oficina. *Tito*, tal y como era el plan, estaba siendo esperado por Maldonado para comentar el informe de la visita a la delegación de San Luis Potosí, que como era algo extenso, tal vez se iba a requerir de varias sesiones para su desahogo; por lo que, efectivamente, ese momento solamente se utilizó para un intercambio verbal y superficial de impresiones, para luego preparar algo formal e irlo archivando para efectos de un informe definitivo.

El jefe le comentó a *Tito* lo que ya Martín había anticipado, diciéndole que sería lo mejor, para efectos de la elaboración de los profesiogramas, trabajar a base de modelos y que en unos días más se les asignarían las delegaciones a visitar. En tanto que, mientras elaboraban los informes de las visitas ya realizadas, a *Tito* se le encomendaba un proyecto de programa, para la revisión de las actividades del departamento de Promoción Industrial. Cuando *Tito* escuchó aquello, de inmediato le vino el recuerdo de algo que ya le habían dicho en torno a las actividades de ese departamento. Fue durante su estancia en Monclova cuando su amigo Memo le había comentado algo acerca de ese asunto y recordaba que era esa área del Infonavit en donde se controlaban todas las compras de materiales para la construcción de los conjuntos habitacionales o de los materiales llamados 'básicos'. El tema se tornaba interesante. *Tito*, por su parte, comentó a su jefe que para efecto de elaborar un programa, le iba a ser necesaria una visita de campo previa, para irse adentrando en el tema y así saber de qué se trataba el asunto. Maldonado le contestó que lo que necesitara lo hiciera, pero que tomara en cuenta que ya se contaba con alguna información acerca de las actividades que en ese departamento se desarrollaban, en vista de que con motivo de la elaboración de aquellos profesiogramas, ya había sido investigada esa área. Tanto mejor para *Tito*. Ahora sólo requería de enterarse de esas actividades y proceder a hacer el plan para la revisión. Aquella sesión duró alrededor de dos horas y mientras iban avanzando en las impresiones, iban delineando el formato del informe definitivo. Esto último lo decidió Maldonado aprovechándose de la experiencia que *Tito* ya tenía en materia de elaboración de informes, y también porque su intención era la de utilizar un formato de informe, de los que tradicionalmente se estilan en la iniciativa privada. De igual modo, en forma simultánea, Maldonado iba definiendo las delegaciones que le gustaría visitar, y así las cosas, antes de dar por terminada la reunión, éste, preguntó a *Tito*:

–Teniendo en cuenta tus experiencias en las intervenciones que hasta hoy has tenido, y por las características de la delegación que visitaste, cuál crees que debiera ser incluida para el acopio de información, y que también nos pudiera servir de modelo.

Tito contestó de inmediato: –Sin lugar a dudas, Sinaloa.

–¿Por qué Sinaloa?, revira Maldonado.

–Porque abarca varios estados igual que San Luis Potosí, por lo absurdo de su integración y lo difícil que ha de resultar recorrerla para controlarla. ¡Imagínate jefe!, Sinaloa, Durango y Baja California Sur. Entre Sinaloa y Durango está el Espinazo del Diablo, y entre Sinaloa y Baja California Sur, está nada menos que el mar. Yo creo que quien decidió estas distribuciones, no sabía nada de la geografía mexicana.

–Es cierto, pero mejor no digas nada, que en estas jergas burocráticas se encuentra uno con cada cosa absurda y, además, con más delicadezas de las que una princesa pudiera tener en una nalga. Ya me he enfrentado a cada espécimen, que... –*Tito* comprendió de inmediato–. Bueno, entonces prepárate para hacer una visita a la delegación Sinaloa. Concluía así, con esa indicación de Maldonado a *Tito*, aquella sesión, no sin antes recordarle que también requería del proyecto de revisión al departamento de Promoción Industrial.

Durante varios días, los comentarios entre *Tito* y su amigo Martín, versaban en torno a lo que sucedía en materia de trabajo, y también en lo que sucedía en relación a aquellos clubes que, finalmente, eran la fuente de las relaciones sociales que se les estaban presentando en esos momentos.

Las cosas así, sin novedades ni asuntos interesantes, transcurrieron durante unas dos semanas, hasta que por fin, se presentó la ocasión de tener un primer acercamiento al departamento de Promoción Industrial. Previamente, el programa fue informado a Maldonado, quien en días anteriores ya había alertado a *Tito*, acerca de el objetivo perseguido, el cual simplemente consistía en verificar que el saldo de las cuentas por pagar a proveedores que figuraba en el último balance, estuviera debidamente integrado por los documentos correspondientes, bien custodiados por el departamento de Promoción Industrial, ya que este último, era el encargado de revisar las facturas para programar su pago. Maldonado había pensado en que tal vez lo único que se debería hacer era una especie de

inventario de facturas pendientes de pago, para cotejarlo contra el 'pasivo contable' creado como cuentas por pagar, pero *Tito* iba más allá, tal vez movido por la información que ya tenía desde antes de ingresar al Infonavit, cuya incógnita central: "¿Cómo se controlaba lo comprado, 'materialmente', contra lo pagado?, si la orden de compra se daba desde el centro, y la entrega física se hacía en una determinada delegación o localidad remota, o en varias". El programa propuesto por *Tito*, se salía, por mucho, de la idea que Maldonado tenía en mente, pero, como para lo propuesto por *Tito* era necesario contar con información que proviniera de los proveedores, eso se llevaría tiempo, y como ya se tenía en marcha el programa relativo a los Profesiogramas, lo que significaría un trabajo simultáneo, Maldonado coincidió en que mientras se terminaba el primero de los programas, se podía poner en marcha el segundo, simultáneamente, y se decidió a solicitar información a los proveedores, para hacer una revisión más profesional e integral a aquel departamento. Por lo tanto, correspondió a *Tito* encabezar un grupo de trabajo, mismo que, un lunes, se presentó ante la jefatura de aquel departamento, para hacerle entrega de la carta de presentación firmada por el director general, formalidad propuesta, por cierto, por *Tito* a Maldonado, ya que esto no se estilaba y las visitas carecían de un respaldo formal, por lo mismo parecía que a los auditados se les daba un trato de poca cortesía. Pero, también ese cambio, fue tomado por algunos auditados como algo cuya formalidad sugería más compromiso, puesto que no estaban impuestos a esas formalidades, las visitas para ellos eran algo así como un asunto coloquial, algo propicio para el sainete, algo que revestía poca seriedad. No se tenía conciencia de para qué servía un departamento de auditoría interna. Así las cosas, sucedió que cuando *Tito* y su equipo de revisores se presentó con su carta por delante, aquel jefe de departamento la tomó con cierto recelo, con esa suspicacia propia de aquellos que al tener frente a sí un documento formal, creen que se les está presentando su renuncia para que la firmen. Una vez que se enteró del contenido, con voz sonora, abrió tema.

–¿Y bien..?, ¿de qué se trata? *Tito* procedió a contestar, lo que ya supuestamente no era necesario, dado que la carta, por sí misma contenía el objetivo; pero al observar la reacción de aquel jefe, algo desencajada, y lo expresado de modo tan parco acompañado de un tono casi molesto, decidió responder amigablemente y, para ello, evitó utilizar el Ud. Pues verás. Se trata de hacer una… Apenas sí iniciaba *Tito* su despliegue explicatorio, cuando fue interrumpido por aquel jefe, y de modo poco deseable, por cierto.

–Espere, espere un momento. No veo de dónde se pueda tomar la confianza de tutearme. Por principio, ya empezamos mal.

Tito y su grupo quedaron atónitos y confundidos por aquella reacción, se vieron discretamente unos a otros, y *Tito* acudió al primer argumento que se le vino a la cabeza.

–Bueno, pues como siempre se ha creído que el tutear quita barreras, yo pensé que sería una buena forma de mostrarnos ante Ud. pero, créamelo, que yo opino exactamente lo mismo que Ud., y que cada quien hable como quiera, siempre y cuando con eso se puedan abrir caminos de entendimiento. Mienten aquellos que creen que en el norte todos nos hablamos de tú, porque yo soy de allá, y al menos, en mis tiempos, el tú y el Ud., tenían una connotación muy precisa y la sabíamos utilizar... magistralmente. El tú, entre el grueso de la gente y más entre desconocidos, no a cualquiera se lo otorgábamos, era un acceso o una puerta que se la ganaba cada quien según su comportamiento. Ahora ya cualquiera siente que tiene ese privilegio y no está bien. El Ud. es para asegurarle a todos su derecho a no ser invadidos, y más de los hijos hacia los padres. ¿Le place mi modo de pensar? concluía *Tito* formulando esta pregunta al final de su aclaración, pero, naturalmente, también su tono iba cargado de ironía, de sorna, provocando a aquel muchachito a acercarse, a que también diera su explicación al por qué de su molestia. Después de su pregunta, *Tito* pensó... "A ver qué me contesta este 'lepe caguenge'".

–Así está mejor –arrogantemente contestó aquel junior engreído.

–Y bueno, continuó *Tito*, si no hay más qué aclarar, vamos a empezar por que nos describa Ud. el organigrama de este departamento, para tener una idea acerca del flujo de las operaciones y hacer la revisión, con cierta lógica, digamos.

Aquel jefecillo, con la molestia a flor de piel, accedió a la propuesta de *Tito* y, así, con esa actividad, terminó el turno matutino. El grupo abandonó el lugar para trasladarse a las oficinas de Auditoría Interna, e irse a comer. Ya eran las 3:30 de la tarde y el personal de aquellas oficinas ya se había retirado a checar la salida. Durante el trayecto dentro del edificio, hacia las oficinas de auditoría, los visitantes no daban crédito a lo que presenciaron, y desde luego, ya durante la comida, los comentarios fueron fluyendo como reguero de pólvora.

–¡Qué mamilas! ¿eh? –dijo Toño uno de los integrantes del grupo refiriéndose a la actitud de aquel jefecillo, a lo que otro de ellos, Adán, agregaba: –¿Mamilas?, ¡ojete!, diría yo. Hacer caso a esos pendejos, es engrandecerlos.

–Sí, pero es el jefe de ese departamento –apuntaba Miguel, al tiempo que agregaba–, yo ya quisiera ser ese pendejo, pero también el jefe, porque ahí es muy probable que se mueva muy buena 'tatacha' (dinero), no sé por qué, pero me late que ese güey algo oculta y se acalambró cuando leyó la carta que, por cierto, ¿qué decía la carta?, ¿tú lo sabes? Dirigiéndole a *Tito* la pregunta, a lo que este último contestó:

–Era una simple carta de presentación firmada por el director, pidiéndole su colaboración para poder desarrollar nuestro trabajo que, en especial, sólo se precisaba que se trataba de apoyarlo en su departamento, para la depuración de la cartera por pagar porque, parece ser, y eso es algo acá entre nos, que se traen un desmadre de aquellitos en papeleo; se quiere tener la seguridad de que no se están duplicando pagos. Sólo decía que se nos facilitaran instalaciones, equipo, auxiliares, y cosas así; siendo interrumpido por Toño, éste agrega:

–Pos, la neta, nomás había que ver los cerros de papeles sobre los escritorios, que no es de dudarse que en la Dirección General, algo se huelen ya. Me cae que... 'huele a gas'. A mí que no me vengan con mamadas. La evidente suspicacia de Toño era compartida por *Tito* quien, desde que se dio aquel altercado con el jefe del departamento a revisar, también se dijo a sí mismo... "Oye, *mi buen*, me late que eso del tú y del Ud., fue puro pedo. Sólo manifiesta una cosa *mi buen*,... que algo le movió el piso a ese güey. Desde que Memo me habló acerca de esta forma de construir del Infonavit, y la manera de asegurarse de los materiales básicos, algo no me latió. Quién me iba a decir que yo, ahora, estuviera en el centro de todo esto". <Pues ya lo ves, *Tito*, así es el 'abarrote'. Ahora, ten cuidado de que tus auxiliares no se vayan a balconear y aquel güey se las huela y te empiece a boicotear>.

Mientras pensaba todo esto, *Tito* había guardado silencio para empezar a comer, y sólo sus acompañantes continuaron, de vez en cuando, intercambiándose comentarios entre sí. Finalmente, *Tito* sugirió: –Pues nuestras sospechas y demás conclusiones tendremos que guardárnoslas, para evitar que se nos oculte información.

Adán por su cuenta, agregó: –Así es, tenemos que fingir demencia.

–Ya lo dijiste y qué bueno que yo no lo dije. Creo que nos vamos a encontrar con verdaderas sorpresas. Hoy que observé tantas y tantas facturas sobre los escritorios, no me puedo dar una idea de lo que está sucediendo. Porque, no sé si también lo observaron ustedes, cuando salíamos de ahí ya todo el personal había salido; y, me llama la atención que tantos y tantos documentos ¡siguieran sobre los escritorios!, o sea ¿quién custodia todo aquello?, porque, además, eran documentos originales, no eran copias. Según yo, de acuerdo a mi programa, una vez obtenido un listado general de proveedores, que muestre no solamente el monto de lo adquirido a cada uno de ellos, sino también la lista de números de facturas que amparan esos movimientos, y luego, ir amarrando, con una simple marca, cada factura ya pagada, contra el cheque correspondiente, así de simple, para luego, por excepción, ver en el listado las que aún están pendientes de pago y constatar que esos documentos son los que integran el saldo contable por pagar; y, por el contrario, detectar aquellas que hayan sido pagadas en forma duplicada, o sea las que aparezcan con doble marca… *Tito* fue interrumpido por Toño, para preguntarle: –Oye, jefe, yo no creo que en ese departamento se encuentre todo ese tipo de información, ¿o sí?

Tito, por su parte, aclara: –Claro que no, ya que lo pagado debe estar anexo a las respectivas pólizas de cheque, esta información la habremos de encontrar en los auxiliares de bancos, en los archivos del Departamento de Contabilidad, y los listados los vamos a tener que solicitar a los mismos proveedores. Ésta es una técnica de auditoría obligada en las revisiones a empresas. Se llama Confirmación de información. No hay de otra, pues de lo contrario, sería muy fácil que nos engañaran. Tenemos que cruzar información. Promoción Industrial nos proporcionará un listado de proveedores y sus respectivos domicilios. Luego, solicitaremos a cada proveedor la lista de facturas expedidas al instituto y sus montos. El primer cruce será listado contra listado, para ver que todos nos hayan contestado y, por si acaso, de paso nos encontramos alguna factura rara o de un proveedor no anotado en el listado, o un cheque expedido a un proveedor también no enlistado, nos irá dando información interesante. Un segundo cotejo será entre lo informado por cada proveedor, contra los auxiliares de bancos. Aquí es donde iremos haciendo las marcas de cruce. Teóricamente no deben sobrar ni faltar marcas ya que, de lo contrario, dependiendo de lo que sobre o falte, será el resultado de nuestro trabajo.

Adán comentó: –Pues sí que va para largo esto, porque de aquí a que nos contesten los proveedores, va a estar en chino.

–Así es –dijo *Tito*–, pero una revisión integral no es posible de otro modo. Tenemos que checar los controles internos, aparte de integrar el saldo de lo que está por pagarse. Mientras tanto, tenemos que continuar con el otro programa así, cuando lo terminemos, ya estaremos encaminados en este último. Por cierto, la próxima delegación a visitar es Sinaloa, comentó *Tito*, lo cual dio motivo para que los ahí presentes le solicitaran ser incluidos en el equipo de trabajo.

El programa para el departamento de Promoción Industrial se puso en marcha y mientras tanto se recibía la respuesta por parte de los proveedores, la visita a Sinaloa se llevó a cabo. En esta ocasión el traslado fue por vía aérea por lo que, por tratarse de vuelos muy tempraneros, ya para las diez de la mañana el grupo de trabajo se encontraba en la ciudad de Culiacán y en lo que se acomodaron en un hotel que estaba en el mero centro de esa ciudad, y en otros movimientos, les dieron las doce del mediodía. Por un lado del hotel corría la calle Álvaro Obregón, que era la misma en la que las oficinas del Infonavit estaban instaladas y, para llegar a ellas, no era necesario un transporte, bastaba con caminar un poco y ya.

Aquel grupo hizo lo indicado y se fueron caminando hacia las oficinas del instituto. Por esa calle, muy cerca del hotel, había una funeraria, la que en esos momentos registraba una gran cantidad de gente, era de llamar la atención, pero una vez que se pudieron enterar de a quién se estaba velando, resultaba ser un agente policiaco al cual habían asesinado un día antes. Por cierto que, esa primera noche en Culiacán, un grupo de pistoleros balearon las puertas de aquella funeraria sin que se hubieran presentado víctimas; tal vez se trataba de un simple mensaje, de esos que suelen dejarse entre sí los amos del narcotráfico. Aquellas historias no eran para sorprender a los lugareños mismos que, incluso, hasta se vanagloriaban de que Culiacán era un 'Chicago chiquito', en franca alusión a los desórdenes causados por narcotraficantes. Se trataba de una especie de jactancia de un valer, actuación de fanfarrones en busca de notoriedad, quienes al referirse a aquellos actos nefastos protagonizados por narcos, los elevaban a la categoría de grandiosos, y hasta pintorescos, porque aquello daba a la entidad una categoría original y propia para ser contada a los extraños en forma de todo tipo de fantasías, digamos, peliculescas, algo muy a la Hollywood. Era una lástima, porque esas regiones no necesitaban, ni necesitan, de esos artificios para ser atractivas, ya de suyo lo son, pero a veces nuestro subdesarrollo no nos permite verlo y requerimos de algo, inventado por alguien, a quien le damos la categoría de aval, o de garante.

Si Estados Unidos lo dice, ya lo podemos presumir. Nuestra inseguridad requiere de avales. Incluso los lugareños al escuchar los narcocorridos, lo tomaban como algo heroico y hasta lo pusieron de moda. Podríamos agregar que, con motivo de las frecuentes crisis económicas, el consumo de todo tipo de música en el país se vio afectado, y siendo los 'paisanos' los que trabajando del otro lado de la frontera, fueron los únicos que pudieron salvar su poder de compra y, en consecuencia, los que pudieron continuar con el consumo de esta clase de producción, de paso engordándole el caldo a todo tipo de cantantes, de grupos y de compositores de este género musical; género que, por mucho, se caracteriza por una burda calidad, y por una forma de composición de letras de canciones extremadamente corrientes y vulgares, en donde ya para nada se hace un pequeño esfuerzo siquiera para lograr algo dentro de lo artístico, todo al… ¡ay se va!, que entre más se berrea, más se vende, entre más se desafina, hay más gente que se anima a cantar, y así ya las disqueras dejan de depender de verdaderos ídolos, y los pueden suplir en cualquier momento por cualquier mamarracho que dizque canta. Este fenómeno lo habremos de experimentar en nuestra historia, diez o quince años después, con la aparición de los gruperos y los berreadores acompañados por bandas, que son un verdadero insulto al oído. Si al texano Fredy Martínez, allá por inicios de los ochenta, se le ocurrieron estas mafufadas, es muy respetable, pero para estas alturas del baile, ya era para que hubieran evolucionado.

Las disqueras, junto con todos sus agregados, lograban ventas muy generosas, precisamente por la misma falta de exigencias de aquellos consumidores, ya convertidos en consumidores compulsivos y, con todo ello, nace la creencia de que quien mucho vende es por bueno, cuando, en realidad, lo único que ha sucedido es una total degradación de la calidad. Basta con poner atención a lo que actualmente sucede en torno a este asunto. Ya la producción se hace a base de 'pedidos', sobre todo por parte de quienes practican el culto a la personalidad: 'pago para que me compongan un corrido…' Ya la consigna es el componer a base de plebeyez; de prosa banal; de vulgarismo y chabacanería. *Tito* lo platicaba consigo mismo de este modo: "Oye, *mi buen*, si a Agustín Lara, que para hacer referencia a una mujer de conducta liviana se le ocurrió decir, 'y aquel que de tus labios la miel quiera… que pague con brillantes tu pecado…', y ya por eso se le consideró como a un cursi romántico de su tiempo, hoy, en una situación similar se diría: y aquel que se antoje de tu 'cu cu' …que te suelte una buena feria. 'Qué lindo es tu 'cu cu'…" <o, ¿qué te parece esta otra, mi *Tito*?, esa que dice en la parte repetitiva… 'pero mi orgullo es que yo no la he de buscar, que chingue a su madre… por allá se ha de quedar'; y otras lindezas por el estilo, que ya picado

el barco, que chingue a su madre el capitán>. "Así es, *mi buen*, ¿qué más da?, que al fin de cuentas eso es lo que se vende, que para eso les ha servido el dinero a quienes desprecian el arte del buen decir y les ha sobrado para jactarse de su poder de compra pitorreándose de quienes ahora no lo tienen. Y a quien no le guste, pues igual, que vaya… a… China a un baile".

Pero, volviendo a nuestro relato, aquella delegación reportaba diferencias muy marcadas respecto a la de San Luis Potosí, ya que, no obstante que las áreas de trabajo se denominaban de igual modo en una y otra entidad, las actividades que en ellas se efectuaban estaban distribuidas de forma diferente y así, mientras que en San Luis Potosí unas actividades las desarrollaba una área 'X', en Sinaloa, la décima parte de estas actividades se desempeñaban en otra muy distinta, digamos que en la 'Y', y, otra parte de 'Y', se desarrollaban en la 'Z', y así, una especie de mezcolanza; que lo mismo podía estar mal San Luis Potosí que Sinaloa, porque, finalmente, no había, desde el centro, una definición reglamentada. En consecuencia, la pregunta resultaba ser: ¿Cuál de esas delegaciones iba a servir de modelo? Por otro lado, en lo que correspondía a la parte de Baja California Sur, cuya cabecera estaba en La Paz, en la historia que llevaba escrita el instituto, apenas sí se habrían otorgado unos 200 créditos. Esto era la resultante de que, en esa parte de la República, la recaudación de cuotas para el Infonavit no era significativa porque también la zona, económicamente hablando, no estaba muy desarrollada; sin embargo, sí existía personal del Instituto para atender a las necesidades del lugar que, de por sí, eran casi nulas. El problema iba a ser Durango, cuya cabecera era precisamente la ciudad del mismo nombre, y que se encontraba a muchos kilómetros de distancia de Culiacán, los cuales se tenían que recorrer por carretera, atravesando la zona montañosa de el Espinazo del Diablo, lo que significaba, para el peor de los inteligentes, una situación verdaderamente absurda. Esto ocasionaba que todos los asuntos del Infonavit, relativos al estado de Durango, estuvieran verdaderamente sin control, y quien manejaba realmente los asuntos en esta parte de la delegación era su representante en Durango, es decir, que el Infonavit era una persona, no una institución. Aquí se bailaba al ritmo que tocaba el representante. Si aparte agregamos que Sinaloa, tradicionalmente ha sido una región agrícola y pesquera, y estas actividades no ocupan, por lo general, a personal con derecho al Infonavit (trabajadores eventuales y del campo), entonces se concluía que la recaudación de aportaciones patronales, en buena medida, provenía de la parte de Durango y no de Sinaloa, y para redondear el asunto si agregamos que, ya dentro del estado de Durango, la parte del mismo que estaba industrializada, y sin oficinas del Infonavit para atender sus asuntos, no era la ciudad de Durango, sino la parte denominada

como La Laguna, Ciudad Lerdo y Gómez Palacio, es decir, lo colindante con la ciudad de Torreón, Coahuila, formando ambos estados, con todas estas localidades conurbadas, la Región Lagunera, se concluía que manejar todo desde Culiacán era absurdo, y aun queriéndolo hacer desde la ciudad de Durango, también resultaba de locos, ya que, entre esta región y la capital Durango, había por lo menos 300 km. En suma, un verdadero problema. *Tito* recorrió toda esta región con su equipo de trabajo, y sus conclusiones no se acercaban en gran medida a lo observado en San Luis Potosí, por lo que, hasta este momento, no se podía resolver el asunto desde la óptica de delegaciones modelo. Cuando el equipo de trabajo llegó a Culiacán, no pudo ser atendido debidamente por el delegado, ya que en esos días había una verdadera algarabía con motivo de la visita del candidato a la gubernatura del estado. En las oficinas se traían un gran jaleo, porque se había convocado a colonos de unidades del Infonavit, a reunirse en una de esas unidades para recibir sus escrituras, y el evento se había programado paralelamente a aquella visita, para favorecer a aquel candidato, cosa muy común y frecuente, practicada por el instituto por resultar favorable a candidatos en todas las entidades del país. Estos movimientos de gente, papeleo, y demás preparativos, provocó que durante tres días no se pudiera tener avance en el programa encomendado al equipo, por lo que una vez normalizado todo, ya fue posible efectuar lo correspondiente, llevándose así una semana más para concluir la visita en esa ciudad. Aquí no hubo invitación a algún convivio con el delegado, ya que éste andaba acompañando a aquel candidato a varios municipios del estado. Una noche, la última que pasaron en Culiacán, el grupo salió por ahí al centro a cenar algo. No se caracterizaba la ciudad por tener establecimientos populares para estos menesteres, lo cual cedía espacio para la proliferación de carritos ambulantes en donde se vendían tacos. Ante esto, se acomodaron en una banca larga para pedir algunas órdenes de tacos, y cuando habían transcurrido algunos 20 minutos, Toño, con su pierna toca la de *Tito* insistentemente llamando su atención muy disimuladamente, y cuando *Tito* observa a Toño, éste le hace indicaciones a base de muecas, indicándole que viera hacia atrás de ellos. Se trataba de advertir a *Tito* y a los demás miembros del grupo, que tras de ellos estaban parados tres tipos que dejaban ver sus armas entre el cinturón y bajo sus chamarras de mezclilla, mismos que no pedían nada al taquero y que, sin embargo, estaban ahí, inexplicablemente parados tras del grupo. A la vez, Toño, ya en voz baja, dice a *Tito*.

–Fíjate en la camioneta de enfrente, refiriéndose a una *pick-up* que se encontraba estacionada en la acera de enfrente de aquella calle, en la que había otro par de individuos mirando insistentemente hacia el puesto de tacos. Efectivamente, apenas

terminaron de comerse sus tacos, *Tito* y el resto del grupo pagaron la cuenta para retirarse de ahí sin que aquellos sujetos abandonaran su posición, pero en cuanto pudieron, emprendieron la huida. El taquero comentó:

–Con razón, si estos cabrones no pedían nada era porque se estaban escudando con ustedes. Dirigiéndose a sus clientes, quienes a partir de ese momento presenciaron la persecución por toda la calle de aquellos hombres armados, por quienes se encontraban a bordo de la camioneta al otro lado de la calle.

–Creo que me va a dar chorrillo. Apúrenle –dijo Adán cuando iban rumbo al hotel y nadie más comentó nada.

La visita se prolongaba en virtud de que el delegado no estuvo presente durante tres días y algunos de los jefes de área andaban con él en aquella gira del candidato; lo mismo que otros jefes andaban en sus recorridos por el estado, según sus propios programas de trabajo, supervisando las oficinas locales (así llamadas) las cuales se encontraban en Mazatlán, y en Los Mochis. Naturalmente que cuando se trataba de hacer visitas a las oficinas de las agencias (así se denominaban a las que se ubicaban en los estados que dependían de una delegación) que era el caso de Durango y Baja California Sur, se motivaba un gran ausentismo de parte de los jefes de área en la sede de la delegación, por lo que aquella comisión no estaba rindiendo los resultados deseados; todo lo investigado tuvo que ser obtenido de los empleados menores y no de parte de los jefes. Para redondear el programa se escogieron dos centros de trabajo aparte de la sede (Culiacán), siendo éstos los situados en Los Mochis y en Durango. Un sábado por la mañana partieron hacia la ciudad de Los Mochis, lo hicieron a propósito para de ese modo aprovechar el fin de semana y conocer el lugar. Después de haberse instalado en un hotel, salieron al centro de la ciudad para conocerla, y Adán hizo un comentario derivado, lógicamente, de una observación muy aguda: –Oigan, ¿no han notado entre la gente algo raro?; a lo que alguien del grupo preguntó con extrañeza: –¿Raro?, ¿cómo qué?, a lo que Adán respondió: –Que la mayor parte de la gente no es joven, aunque no precisamente anciana, tampoco, pero como que no veo chavos y chavas de nuestra rodada.

Aquello llamó la atención del grupo; a partir de ese momento se pusieron a observar a su alrededor con cierto grado de detenimiento, para ver hasta dónde estaba Adán en lo cierto. Curioso fue lo observado. Efectivamente, la gran mayoría de la gente que iban viendo en aquellas calles era, o al menos así lo representaban, mayores que cualquiera de los del grupo, cuyo promedio andaría por los 25 a 27

años. Durante el resto de aquel día, aunque se llegaron a tratar asuntos muy diversos, aquella observación de Adán, seguía siendo el centro de todo.

–Si vamos a la noche a una Disco, vamos a ver cómo está la cosa, comentó Toño, yo creo que ahí sí nos vamos a encontrar chavas de las de acá. Refiriéndose, naturalmente, a mujeres a la altura de los requerimientos de aquel grupo, que, particularmente, todos eran solteros.

La época de las Discotecas, se iniciaba apenas, por lo que el concepto de las mismas no estaba muy bien definido, ya que se daban una serie de mezclas de música y detalles tan diversos, que lo mismo se podía bailar algo que ya pertenecía a un franco pasado, o que ya estaba en en vías de pasar de moda, que lo que estaba en plena actualidad, o de plano, música que para nada tenía relación con aquellos lugares; más aún tratándose de provincia, en donde en esos tiempos no se observaba, mínimamente, ser vanguardistas. Esta circunstancia motivó que en la ciudad no hubiera más que dos lugares de ésos, no existiendo gran diferencia entre ambos, y los dos estaban abarrotados. El grupo pudo acomodarse en virtud de que llegaron desde muy temprana hora y, así, pudieron observar, de inicio a fin, la entrada y salida de clientes. Lo observado por Adán se confirmaba. La gran mayoría de los asistentes no eran muy jóvenes, incluso, hasta se podría decir, que había la presencia de personas en franca madurez, a quienes les venía, por cierto, muy a tono, aquella música que nada tenía que ver con lo típico de una discoteca. Nunca se pudo encontrar una explicación. Después de dos días, mismos que dedicaron a trabajar con el personal de aquellas oficinas locales, partieron hacia la ciudad de Durango, habiendo llegado a la misma a mediados de la semana.

En Durango se encontraron con una situación muy peculiar. El agente, porque ahí no era delegación, parecía ser una persona que nada tenía que ver con la sede de la delegación. Ahí sólo su chicharrón tronaba. El agente era el Infonavit. Ahí la institución, como tal, no se concebía. En este lugar sí fueron atendidos directamente por el agente, quien en todo momento estuvo atento al desarrollo del programa. Se trataba de un profesionista, muy celoso de su lugar y, por cierto, muy conocedor de su historia, la que en todo momento divulgaba haciendo gala de su saber: Mi Durango es un campeón sin corona, solía decir, teniendo tanto de que presumir, por sus aportaciones a la patria y tanta gente que ha figurado en la historia, para nada se le toma en cuenta. ¡Bueno, hasta Pancho Villa!, que habiendo sido de aquí, nos lo plagiaron en Chihuahua.

–¡Oye, sí!, intervino *Tito* para agregarle algo a lo dicho por el agente, también una cosa que he venido observando ahora, aquí en Durango, pero que ya lo había observado desde años atrás con la gente que he conocido de por aquí.

–Y... ¿cuál ?... pregunta el agente; a lo que *Tito* contesta: –He observado que las personas con más estatura física que he conocido son duranguenses. Ahora lo estoy corroborando. Yo no conocía el estado de Durango, es más, no conozco Torreón, es la única parte de Coahuila que no conozco, y por eso es que no sé nada de la gente de Gómez ni de Lerdo. Así que ésa sería otra peculiaridad a sumarle a este estado.

Durante las pláticas que sostuvo con el grupo, aquel funcionario mencionó muchos nombres de personas, lo mismo hombres que mujeres, políticos, artistas, literatos, etc., que al grupo, mejor se le hizo bolas el engrudo que memorizar a tanta gente.

–¿Y, cómo se atiende la Región Lagunera?, pregunta *Tito* al agente, porque, según entiendo, es la parte más industrializada del estado, ¿o me equivoco?

En lo que aquel estuvo de acuerdo, respondiendo de manera muy tajante: –Pues desde Torreón, porque lo que es a nosotros, aquí en Durango, no nos quieren abrir una delegación en forma. Ésa es otra de nuestras desgracias.

–¡Qué estupidez!, exclama *Tito*, esto sí que es el colmo.

Y el agente agrega: –Bien es sabido que, incluso Torreón, está mejor dotado de servicios que Saltillo, uno de esos servicios es el avión, y eso nos facilita el envío de nuestra documentación por esa vía y muchos trámites los hacemos desde ahí, ya que trasladarse a Culiacán, no es mejor que ir a Torreón. Por eso, como bien lo has observado, aparentemente a Culiacán ni lo pelamos. Torreón es el centro que absorbe a toda la Comarca Lagunera, incluida la parte del estado de Durango. Todos los trabajadores que tienen asuntos que tratar con el Infonavit, pues acuden a las oficinas de la delegación Coahuila en Torreón, porque como no contamos con oficinas propias y Culiacán les queda… 'aca... la chingada', pues es lógico que mejor acudan a Torreón.

–Pos qué desmadre, concluye *Tito*.

Como no había mucho qué revisar en Durango, puesto que en Culiacán se centralizaba todo el papeleo administrativo y ahí, en la ciudad de Durango, el

grueso de las actividades del personal se centraban en el cuidado del avance en las obras de construcción, durante los días en los que el grupo estuvo en ese lugar, se dieron más a la tarea de conocer la ciudad que a otra cosa. En uno de esos días el agente llevó al grupo a ver un partido de beisbol a un campo cercano, y mientras se jugaba el partido, entre el personal del Infonavit contra un equipo formado por constructoras, el intercambio de impresiones continuaba. Una de las cosas raras que sucedieron fue el hecho de que aquel terreno, en donde se jugaba el partido, estaba en duda, ¡sí, en duda!, de si le pertenecía o no al instituto, y a decir del agente, del centro no se les daba información alguna al respecto por más que la habían ya solicitado, y además, existía una especie de bodega, en la cual se guardaban materiales de construcción diversos, de aquellos que se solicitaban a través de aquel departamento de Promoción Industrial, del cual, como ya sabemos, estaba en proceso un programa de auditoría, en oficinas centrales. La puerta de aquel, digamos, almacén, estaba asegurada con una simple cadena y un candado, que cualquiera podía abrir sin dificultad alguna, por lo que *Tito* pregunta al agente, con sobrada razón.

–¿Quién custodia este lugar? El Agente simplemente dice: –Realmente, nadie. No hay un elemento en la agencia que haya sido contratado como velador, las cosas a guardar se presentan de manera muy esporádica, por eso es que no hay un velador. Aunque, a veces, como ahora, sí hay mucho que cuidar y pues, estamos a la buena de Dios.

–O sea que no se sabe ¿ni lo que entra ni lo que sale? –pregunta *Tito*–; –En realidad no, dice el agente.

Tito y su equipo de trabajo solamente se miraban lanzándose preguntas a través de la mirada, simplemente sorprendidos.

–Pues con el debido respeto, intervino Toño, pero, en arca abierta, hasta el más justo peca, y todo esto, pues... está, digamos, muy a la deriva. A Toño no le faltaba razón, ya que era evidente que por muy honrada que fuera la gente, todo aquello era una invitación a extraer lo que fuera porque al final de cuentas, nadie vigilaba nada. Era de llamar la atención que un gran espacio de aquel lugar, lo ocupaban para guardar madera.

La visita terminó y el grupo regresó a la ciudad de México. En el informe no destacaba nada que viniera a corroborar, según lo hasta entonces investigado, que en las delegaciones se trabajaba de manera estandarizada y que, por lo

mismo, se pudiera sugerir la utilización de un modelo a seguir, de un prototipo de delegación que sirviera para uniformarlas a todas. Por lo demás, tampoco lo observado en cuanto a detalles curiosos o las peculiaridades con respecto a la extraña configuración territorial de aquella delegación, quedaría contendido en un informe específico digamos, toda vez que el objetivo de la visita era otro. No obstante, *Tito* lo comentó con Maldonado para que éste, a su vez, lo comentara más arriba si así lo estimaba conveniente, de lo que aquél, jamás se enteró.

Tito se contactó por teléfono con su amigo Martín, porque el regreso se dio en fin de semana y planearon irse a tomar la copa. El lugar de la cita fue la cantina La Guadalupana, en donde reza un letrero que dice: 'Todos los coyotes somos guadalupanos', porque dicho lugar se encuentra en el centro del pueblo de Coyoacán, justo atrás de la iglesia principal, esto tal vez se debía a que cuando esa cantina se estableció, no había restricciones al respecto. Si tomamos en cuenta que es un lugar casi centenario, ya podremos concluir que no se estilaban las actuales. A la fecha tiene un tinte bastante típico o hasta histórico, ya que hasta antes de que se levantara la prohibición a las mujeres en el DF para la entrada a estos lugares, se trataba de una simple y común cantina, a donde los burreros, que bajaban de los poblados aledaños, después de vender sus cargas de leña, carbón o de otras mercaderías, acudían a tomarse la copa. Así era entonces La Guadalupana donde ahora, y antes de que dieran las dos de la tarde, porque de lo contrario no hubieran encontrado lugar, nos encontramos a *Tito* y Martín dialogando y comentando los sucesos de las últimas semanas.

–Y bien, ¿qué onda contigo?, finalmente a ¿cuál delegación te mandaron?, dice Tito.

–A ninguna. Yo me quedé en oficinas centrales. Y te comento lo que, al final de cuentas, vas a saber.

Tito exclama: – ¡Ah, chingaos!, ¿de qué se trata?

–Resulta que cuando estábamos por decidir a cuál delegación me trasladaría, el jefe fue llamado a la Dirección General para ver algunos detalles del programa que tú propusiste para el departamento de Promoción, porque resultó que al jefe de ese departamento algo no le gustó y se dirigió al director para pedirle su intervención porque, según él, dice que 'no quiere policías en su departamento', así como te lo digo, textual...

Tito pregunta: –Debo entender que hay problemas?;–Exacto. Dime... ¿qué pasó?

Tito expuso a su amigo lo ocurrido en la ocasión aquella en la que visitó al jefe del departamento de Promoción, con género de detalles, puesto que había testigos y no quería faltar a la verdad. Cuando terminó de exponer lo sucedido, Martín continuó:

–Si esa es la verdad, ese cabrón no dijo nada al respecto. Yo sólo sé que dijo, porque él mismo así me lo expuso, del mismo modo que lo hizo a Maldonado ante el director, según me confió el jefe,... 'que no quería policías, etc.'

–Pues qué culero se vio. Ojalá y Maldonado no se la crea tal cual y que escuche mi versión.

–Yo estoy seguro que el jefe te va a creer, porque además hasta tienes testigos y aquel güey, no. Lo que sí creo, y te lo anticipo para que no te vayas a sentir, que de todos modos, no te va a dejar al frente de ese programa, porque ya el director se lo concedió al cabrón aquel. Se trata de un júnior, un hijo de papi y, así las cosas, creo que no puedes hacer nada.

–Mira que yo no ando tan perdido, porque allá en Durango, ahora que hicimos la visita a las oficinas locales, nos encontramos con una bodega, ¡hasta la chingada!... ¡repleta!, de materiales, y sin ningún control. Al agente no le compete cuidar de aquello porque los materiales nomás llegan y así como llegan los utilizan los constructores. A él, no se le hace responsable de lo que entra ni de lo que sale, porque, además, ni se le reporta nada y no hay velador que cuide; y como el agente dice que son tratos entre el centro, entiéndase, "el departamento de Promoción Industrial" y los constructores, pues es algo que se sale de sus funciones y creo que tiene razón. Ahora, más que entonces, creo que tiene razón, y yo en su lugar, tampoco metería las manos. Ahora dime tú, Martín, ¿podrías amarrar algunos cabitos?

–Muchos. Pero de mi cuenta corre, te lo prometo, que aunque modificaron el programa y no va a hacerse ese cruce de información con los reportes de proveedores, como tú lo proponías en el programa, a ver cómo le hacemos para que algo de esa información nos lleve, así como no queriendo la cosa, a lo que tú proponías, ¿cómo la ves? Aunque yo, te lo confieso, no tengo el colmillo de auditor que tú tienes y no sabría cómo hacerlo, espero que me vayas guiando y me des sugerencias, pero que no se las vaya a oler ese güey, porque hasta ahí llegamos, tú y yo juntos.

–¡Pinche Martinianus, eres maquiavélico, cabrón! No esperaba menos de ti. No voy a hacer pedo y trabajaremos por debajo del agua para descubrir a ese pendejo corrupto.

El par de amigos continuaron con este tema y algunos otros, a medida que la tarde se iba agotando. De pronto, ya se encontraban hablando de diferentes asuntos. Martín comenta con *Tito*: –Hacía mucho tiempo que yo no venía por aquí. Años y felices días. El matrimonio acaba por hacer lo suyo, no cabe duda. La única vez que vine fue precisamente con mi ex mujer, ya después, olvídalo.

–Pues yo sí he venido muchas veces acompañado y hasta solo. Finalmente nunca acabas solo, porque no falta con quien hacer roncha. Fíjate que hasta al dueño del lugar, resultó que lo conocí antes de verlo aquí. Fue en casa de un matrimonio de amigos míos, que viven aquí cerca, donde en una de sus tantas reuniones se encontraba presente. Cotorreamos mucho, largo y tendido; con eso de la guitarra no falta pretexto o motivo para el acercamiento, resultó ser un bohemiazo de primera. Transcurrió algún tiempo y me lo encontré aquí; sin saber que era el dueño le invité un trago, él me dijo que no tomaba, que ya se había tomado todo lo que le tocaba en su vida, pero que en cambio, él me correspondía con algo por su cuenta. Llamó al mesero, le dio algunas instrucciones que yo no escuché y, al rato, después de unos 30 minutos, me dijo que se retiraba porque el deber lo llamaba. Me dijo, incluso, "no me despido, ahorita te veo", y se dirigió hacia la caja del negocio. Fue entonces que me di cuenta que era el dueño.

–Y en aquella fiesta ¿no te diste cuenta de que no tomaba?

–No. Después supe, por mis amigos, que cuando toma, lo hace con cualquier bebida, menos con alcohol.

–Oye, Tito, me llama la atención que casi toda la barra está llena de productos de la Domec, como si nada más eso vendieran, ¿te fijas?

–Sí, yo también lo noté hace mucho tiempo, y el mismo dueño me aclaró algo cuando se lo pregunté. Siempre que vengo a echarme la copa a este lugar me acuerdo de lo que me comentó acerca de la lealtad a los amigos. Resulta que estábamos en la barra platicando y con el tema en pleno vuelo me dijo: ¿Cuál marca de licor crees que es la de mayor venta aquí en mi negocio?, y como yo observo que aquí en el DF se consume mucho el ron y particularmente el Bacardí, pues le dije eso, el Bacardí. El me dijo que era cierto, pero que lo que más

exhibía era lo de la Domec, porque ellos eran sus amigos, antes que otra cosa, y que la Bacardí, a pesar de haberle puesto un cheque en blanco, para que le hiciera un exhibidor, aunque no fuera tan amplio como el de Domec, no lo había aceptado.

–Pues tendrá mucha lana, porque está cabrón negarse a una oferta así, ¿no lo crees?

–Yo le dije algo parecido y me respondió que a principios del siglo pasado su papá había abierto el lugar, que por muchos años no dejó de ser una simple cantina de pueblo; que ya cuando él la heredó en poco tiempo había hecho suficiente lana con el negocio y que no le llamaba la atención hacer más dinero; que, incluso, el mismo gobierno de la ciudad ya tenía catalogado el lugar como histórico, o algo así. Fíjate mi buen, que esa onda me impactó. Se la creí, porque si tú lo conocieras, también te darías cuenta de que en sus palabras no hay dobleces, eso es lo que creo. Yo conocí esta cantina antes de ser como ahora. La veía por fuera nomás, cuando recién conocí el DF. Era muy común ver a los burreros entrar a echarse la copa y, luego, cuando ya estaban hasta las chanclas, nomás los subían al burro ya caída la noche, le daban un fuetazo al animal y haz de cuenta que les ponían el piloto automático, los burros regresaban solitos a su lugar de origen aquí por los alrededores, ¿quién lo dijera? Mira nada más a los bombones que ahora tiene por clientes.

–Ahora voy agarrando más la onda acerca de lo que me decías la otra vez en el Tres Caballos, que esta ciudad es de fantasía. Es verdad, *Tito*, ahora que he salido bastante a provincia veo la ciudad desde afuera y me doy cuenta de que no la sabemos disfrutar Que esa magia, la que solamente da el tiempo y no los adornos prefabricados exprofesamente para aparentar un escenario, a gusto de la moda, sin originalidad ninguna, sin autenticidad ni fondo, todo más falso que un billete de a tres cincuenta, esa magia, abunda en esta ciudad.

–¡Ay, güey!, ahora el inspirado eres tú. Aunque me cuesta trabajo creer que no te hayas dado cuenta antes, porque te digo que entonces sí te vas a sorprender cuando visitemos otros tantos tugurios de éstos, que abundan por ahí, porque, de verdad, sí que abunda cada piquera, que no veas.

–Y, ¿qué onda?, ¿qué ahora no hay club?, porque lo que es por mí, no quiero volver a la casa temprano, ¡ni madre!

–¡Ya rugiste, *leoncio*! A ver adónde nos metemos. A mí no me dejaron recado en la grabadora de ninguno de los clubes. Aunque no falla, si vamos al Parasol, de seguro hay onda. ¿Cómo la 'Veis-bol'?

–Pues ya vas que chutas. Vamos a empezar, o más bien, vamos a seguirla por ahí, y si no está bien el ambiente, pues nos jalamos para otro tugurio, como dices tú. Y si no, pues hay un chingo de calles y cualquiera es buena como para pasársela a todas margaritas, ¡qué carajos!

A esas horas, las copas ya habían iniciado su efecto, y gracias a que todavía por esos tiempos la capital era algo segura, podían continuar dándose el gusto de disfrutar del embrujo, que sólo esa ciudad podía brindar.

El siguiente lunes, ya en la oficina, nos encontramos a *Tito*, Martín y a Maldonado, reunidos para definir el asunto relacionado con el departamento de Promoción Industrial, puesto que, al haberse dado un cambio en las cosas, lo más sano era comunicárselo a *Tito*, así como para que éste diera a conocer la parte que le correspondía. *Tito*, por su lado, explicó al jefe lo sucedido en aquella ocasión, diciéndole lo mismo que ya había expuesto a Martín. Maldonado, por su parte, de un modo muy astuto, ya había obtenido información a través de uno de los integrantes de aquel grupo, lo que hizo que la versión de *Tito* fuera congruente, lo mismo que altamente creíble, por ello Maldonado dio toda su confianza a *Tito*, diciéndole que le creía, pero que, pese a todo, y por el sano desarrollo del programa era mejor que no estuviera al frente del mismo. *Tito* simplemente expresó su aceptación sin sacar a relucir el asunto de aquella bodega que se encontraron en Durango. Luego de aquel encuentro, Maldonado indicó a *Tito* que por la tarde, verían los pormenores acerca de la visita a le delegación Culiacán. Cuando salieron de la oficina del jefe *Tito* se dirigió hacia el lugar en donde se encontraban los integrantes de su grupo de trabajo, quienes en ese momento estaban preparando el informe de la última visita, para comunicarles lo del cambio decidido por Maldonado. Toño le hace una seña discreta a *Tito*, como invitándolo a irse hacia otro lugar, cosa que este últimó interpretó perfectamente. Una vez solos, Toño le confiesa a *Tito* que por la mañana, muy temprano, Maldonado le había hecho algunas preguntas respecto a lo sucedido con el jefe del Dpto. de Promoción y que, naturalmente, sorprendido por eso, y para no comprometer las cosas, le había contestado sólo a lo que le preguntaba, y que sólo dijo la verdad de lo que vio y cómo lo vio. Asimismo, Toño manifestó que el jefe se había dirigido a él de un modo un tanto cuanto raro; que lo notó, porque, por lo general, el jefe no trataba asuntos de trabajo directamente con los auxiliares; que el trato hacia ellos

era, aparte de cordial y respetuoso, para cosas de cualquier otro tipo, particularmente si se trataba del desarrollo de los juegos de futbol en el campeonato de liga, dada su afición tan apasionada. Esto alertó a *Tito* y a la vez lo tranquilizó, porque al parecer las versiones coincidían; sin embargo, la alerta la trajo en su mente durante el resto del turno matutino.

El instituto, tenía un comedor para empleados, sobre todo para los de confianza, que tenían que regresar por la tarde a trabajar, a diferencia de los sindicalizados quienes tenían su salida a las 3:30 de la tarde, a menos que estuvieran cubriendo algunas horas extras. Por lo general, *Tito* y el resto del departamento de Auditoría usaban el servicio de comedor, salvo cuando tenían ganas de otro tipo de comida, entonces salían a algún restaurante por ahí cerca. En esta ocasión nos encontramos en el comedor con *Tito*, Martín, y el grupo de trabajo, quienes decidieron comer juntos para delinear las acciones a seguir. *Tito* confesó que, a propósito, no había hecho comentario alguno respecto a la bodega aquella de Durango, por considerar que, finalmente, no serviría de nada si no se hacía una conexión con el departamento de Promoción para, de ese modo, tener una conclusión contundente, pidiéndoles la más absoluta reserva para no alertar a la jefatura de aquel departamento y esperar a ver en qué forma se podría explotar esa información. Terminaron de comer, y ya en camino hacia el elevador, Adán, le dice muy discretamente a *Tito*:

–Ahorita que estemos en la oficina te quiero mostrar algo, nomás... "Ssschitón", expresó, poniéndose el índice en la nariz y despertando la curiosidad de *Tito*. Una vez en la oficina lo llama: –Oye, cuando nos invitó el agente, allá en Durango, a ver lo que aquella bodega contenía, te confieso, la neta, porque te juro que no hubo intención para eso, ya ves que a mí se me hizo el encargo de todos los papeles de trabajo, me traje una carpeta que no era nuestra; creo que nos puede ser muy útil. En realidad no son papeles importantes, son copias, pero para nosotros... creo que sí. Mira –y sacando una carpeta del escritorio se la muestra–. En ella había una buena cantidad de copias de facturas, a nombre de un constructor, engrapadas en un fajo, con una nota al principio, que decía: "Originales enviados a México, para su revisión y cobro"; lo curioso era que entre las copias, había algunos originales, a pesar de que en la nota inicial, ya estaban en la relación de las enviadas al cobro. Así, en otros fajos, se daba el mismo caso. Una relación inicial, sus soportes a base de copias de facturas, y un par de ellas en original. El asunto no decía gran cosa, a no ser el modo en que se repetía el caso; por el momento, al no poder sacar conclusiones, *Tito* decidió guardar esa carpeta. Luego se reunió con Maldonado para comentar los pormenores de la visita a

Culiacán y, entre lo ya revisado, concluir en un modelo a seguir, y estandarizar a todas las delegaciones. En realidad existían discrepancias muy importantes entre las áreas de trabajo de una delegación con respecto a otra, por lo que había que definir cuáles deberían ser sus actividades normales y cuáles no le pertenecían, de tal modo que se lograra una reestructuración y finalmente una estandarización. Por otro lado, Maldonado, comprendiendo lo sucedido a *Tito*, en torno al programa en el que había sido destituido, le dijo:

–Yo creo que estas visitas las vas a seguir haciendo tú, hasta que tengamos los elementos necesarios para decidir lo que vamos a dictaminar. Creo que lo estás haciendo bien, y lo observado es interesante, ¿cómo la ves?, le preguntó, a lo que éste dijo estar de acuerdo. En ese sentido, como tratando de que *Tito* no se fuera a sentir, lo dejó en libertad para que eligiera otra delegación a visitar. Ante este panorama, y dado que a *Tito* le agradaba el andar de arriba para abajo, se dejó llevar por los acontecimientos haciendo el papel de víctima. La reunión terminó y *Tito* se dirigió a su casa. Habían transcurrido un par de días, durante los cuales *Tito* y su grupo de auxiliares estaban en plena terminación de los informes, cuando fue llamado por Maldonado para que se presentara en el privado. Ya estando juntos, el jefe le dice: –Se nos está pidiendo una intervención en la Delegación Coahuila, porque al parecer hubo una extracción de cheques de devolución de fondos de ahorro y se quiere llegar al fondo de las cosas. Prepárate para que vayas a ver ese asunto. *Tito*, pregunta: –¿Qué elementos tenemos que llevar de aquí de las oficinas centrales, o qué información de base nos han dado?; –Ninguna. Se trata de que ante Auditoría Interna, se levante el acta correspondiente y fincar responsabilidades, si así lo amerita el caso, eso es todo. –*Ok*, y ¿cuándo sería la salida?; –Es de ya.

Al día siguiente *Tito* partió hacia Saltillo, para atender el asunto. Decidió hacerlo en el Regiomontano, un tren verdaderamente de lujo; a falta de avión hacia esa ciudad lo mejor y hasta envidiable era ese tren, con sus camarines y alcobas, amplias y confortables, su restaurante y su bar, lo mismo que el coche mirador, era de verdad placentero viajar. Una vez en las oficinas de Saltillo, se enteró de los pormenores, entre éstos estaba lo referente a los sucesos que se habían presentado en Torreón. Ahora el viaje sería por carretera, en autobús, y de nuevo a esos climas tan inclementes y en esos vehículos tan destartalados. En Torreón el asunto era simple; de manera muy burda, efectivamente, uno de los empleados había extraído un cheque cuyo beneficiario era un derechohabiente ya pensionado, por tal motivo su fondo de ahorro le iba a ser devuelto mediante el documento extraído. El acta se levantó y el resultado final no lo supo *Tito*, puesto que se

seguiría un proceso legal que no era de su incumbencia. No obstante, *Tito* aprovechó la ocasión para conocer una ciudad más del estado de Coahuila, que siempre ha sido proclive al separatismo, a manifestar su deseo para que se funde la entidad federativa de 'La Laguna' separándose de Coahuila; y, para colmo, el Infonavit colaborando, pues al no tenérseles asignadas unas oficinas decorosas, el descontento era mayúsculo, porque para atender los asuntos de la Comarca Lagunera desde Saltillo, se tenía que hacer un recorrido de 300 km. El local en el que operaban era un sitio semejante a una cochera, pero ancha y profunda, unos ocho metros de ancho por unos 20 de fondo. Con un cuarto de servicio sanitario pequeño, sin patio ni ventilación alguna. Sin un clima adecuado, en su lugar existían abanicos eléctricos; el mobiliario, eran puros desechos de las oficinas de Saltillo; como a ésta llegaban a su vez desechos de las oficinas de Monterrey, en consecuencia a Torreón se le asignaba mobiliario ya de tercera mano. Ahí, *Tito* pudo observar algo de lo que el agente en Durango le había comentado; que los trabajadores que pertenecían a la parte de Durango, por 'comodidad' (?), preferían acudir a ventilar sus asuntos a las oficinas del Infonavit Coahuila, en lugar de acudir, absurdamente, hasta Culiacán, dado que en esa parte de Durango, o sea la Comarca Lagunera, no había oficinas. Aquello al mediodía, era un manicomio, con personas demandando servicios, lo mismo trabajadores que sus familiares, indistintamente de si se trataba de gente del estado de Coahuila o de Durango ya que el personal del Infonavit no se iba a poner a identificar a dónde pertenecía cada uno de los solicitantes de servicios. Un verdadero infierno, tanto para los derechohabientes como para los empleados del instituto. Por lo menos el 50% de la carga de trabajo de la Delegación Coahuila se encontraba en Torreón, con su zona conurbada (Madero, Matamoros, Viesca, San Pedro) y para colmo, lo que se le agregaba de la parte de Durango (Cd. Lerdo y Gómez Palacio), ahí solamente laboran cinco elementos. Pobres delegaciones del Infonavit, tan cerca de los problemas y tan lejos de oficinas centrales. Ninguna de las ya visitadas por *Tito*, escapaba a estas incongruencias. Cada una con su propio mal, con su propio drama, con sus propias características y totalmente descuidadas por el centro. La visita se llevó tres días, y el regreso se tuvo que realizar otra vez pasando por Saltillo, porque había que tratar el asunto con el delegado. Las instalaciones en Saltillo tampoco eran de lo mejor. En la terminal de autobuses, admitieron a cinco personas paradas porque ya estaban vendidos todos los lugares. *Tito* fue uno de ellos pero, a medida que iban atravesando la ciudad, se iba recogiendo a más y más pasajeros, de tal suerte que, cuando ya estaban en franca carretera con rumbo a San Pedro de las Colonias, los de pie sumarían por lo menos 18 personas ocupando el pasillo. Ése era el drama de aquella gente, para trasladarse en autobús. Cuando no eran los calores infernales, era el frío,

todo aunado a ese exceso de pasajeros, con la complacencia de los federales de caminos.

En Saltillo se dirigió a las oficinas para despedirse del delegado y comentarle algo de lo observado en Torreón, lo que le permitió darse cuenta de lo que habría de ser una anécdota célebre. Sucede que por esas fechas, enfrente de donde se encontraban las oficinas, se estaba edificando una obra de varios pisos, y estando uno de los albañiles trabajando en la obra, situado justamente en un lugar desde donde podía ver una de las ventanas del despacho del delegado, observó que éste estaba echándose una sistecita, cómodamente sentado en su sillón, lo que provocó que el albañil le gritara: ¡No te acabes… Infonavit…! Aquel suceso habría de ser conocido por boca del mismo delegado y al paso del tiempo habría de ser una expresión popular entre el mismo personal del instituto, como una expresión de satisfacción cada vez que se daba un motivo para agradecerle algo.

Se agotó el motivo de la visita, y el regreso a la ciudad de México de nuevo fue por ferrocarril. *Tito* llegó a la ciudad de México un sábado por la mañana; tan luego estuvo en su departamento quiso hablar con Martín para ver qué plan podrían hacer para ese fin de semana, pero no pudo porque éste le dejó un recado en la contestadora diciéndole que pasaría el fin de semana en San Miguel de Allende, Gto., que después le daría más detalles. Había otras llamadas grabadas entre las cuales estaba la de Roberto, un ex compañero de la universidad originario de Mazamitla, Jalisco, quien le pedía que en cuanto pudiera se comunicara con él, y le dejó su número telefónico. Roberto siempre se comportó con *Tito* como un verdadero amigo, incluso, cuando *Tito* siendo estudiante, pasaba por una de sus peores etapas económicas, le facilitó una cama de su departamento que había adquirido en Villa Coapa; para entonces este amigo ya contaba con un buen empleo en unos laboratorios productores de medicamentos, y lo compartía con dos hermanos como por esos días uno de ellos se había ido a los Estados Unidos a trabajar, sobraba una cama que le fue ofrecida a *Tito*. Ni tardo ni perezoso, *Tito* se comunicó con Roberto y tuvo la suerte de encontrarlo; quedaron de verse en el referido departamento esa misma tarde-noche, pues no se precisó la hora. *Tito* decidió llegar temprano a la visita, digamos como a eso de las seis de la tarde; cuando llegó, quienes se encontraban en esos momentos eran los dos hermanos de Roberto acompañados por tres amigas. Curiosamente estaban jugando con una perinola de esas que tienen por cada lado las propuestas de: Toma todo, Todos ponen, etc. estaban seriamente enfrascados sin habérselo propuesto, ya que tratándose de un jueguito, digamos, infantil, no obstante lo

encontraron divertido y para añadirle emoción decidieron apostar. Se saludaron efusivamente, ya que tenían por lo menos 10 años de no verse; resultaba que a la fecha uno de ellos divorciado y, el otro, el que se había ido a trabajar a Estados Unidos, tenía a su familia en Texas y solamente estaba pasando unos días en la ciudad de México. El departamento lo habitaba el divorciado, no tenía hijos y su mujer se había ido a vivir con sus padres. Roberto residía en Ensenada, BC, en donde tenía a su familia; también estaba de visita y por ese el motivo buscó a *Tito* para saludarlo.

De todo esto fue informado *Tito* mientras esperaba a Roberto; le sirvieron una cuba y lo metieron a aquel jueguito que estaba resultando muy divertido. Ya habían transcurrido casi dos horas y Roberto no llegaba; en eso sonó el teléfono, era él quien preguntaba por *Tito* y solicitó que tomara el auricular. Roberto, disculpándose, le dijo que en una hora más estaría por ahí, ya que se le había presentado un imprevisto y que se iba a tardar un poco más. El tiempo continuaba pasando y aquel grupo jugando, pero llegó un momento en el que para el intercambio de pagos no había suficiente moneda fraccionaria, para subsanar el problema decidieron jugar con palillos de dientes dándole, por supuesto, un valor a cada palillo. Los que iban perdiendo todos sus palillos ya no jugaban, y uno de los que ya tenían pocos palillos se retiró por un momento argumentando que iba al WC, y no habiendo tardado mucho, regresó y se reincorporó al juego. Quien iba ganando en forma definitiva era una de las mujeres; de repente, intempestiva y violentamente, gritó reclamándole a quien se había levantado al WC, o sea al divorciado, que de dónde sacaba tantos palillos, puesto que cuando se había retirado, ya casi no tenía con qué pagar, y aquél, viéndose descubierto, simplemente se echó a reír, como no dándole importancia a las cosas, que por lo demás, en realidad, no lo ameritaba, máxime que el valor que se le había asignado a cada palillo era de 20 centavos, pero la mujer no reparó en ello y ya con el efecto de las copas no reflexionó y se puso histérica y violenta. Entonces Roberto hizo su aparición y aquel alboroto aparentemente se calmó. *Tito* y Roberto se saludaron y ocuparon un buen tiempo en recordar sucesos de cuando eran estudiantes. Ellos fueron universitarios en pleno movimiento estudiantil de 1968; también de lo ocurrido en 1966, que en parte fue uno de los antecedentes del 68, de modo que había mucho que recordar y que contar. Ya había transcurrido por lo menos otra hora o más, desde que Roberto había llegado, cuando éste se ofreció para ir a comprar más bebida porque, según él, lo que quedaba no iba a durar mucho.

–Ahorita regreso, avisó a los presentes. Voy hasta la calzada de Tlalpan, a los expendios de por ahí, en donde venden clandestinamente, porque a estas horas ya está cerrado todo.

–O también en la Portales, ahí por el California Dancing Club, hay varios, sugirió *Tito*.

Aquel salió del departamento, pero una de las mujeres que a todas luces era quien tenía algo que ver con Roberto, decidió acompañarlo y también salió del lugar, por lo que se quedaron las dos restantes, los hermanos de Roberto y *Tito*. Para entonces ya era muy evidente el efecto de las copas en todos ellos, no así en *Tito*, ya que aquellos habían iniciado la tomada desde el mediodía, pero, más aún lo era en una de las visitantes, la que poco antes se había puesto violenta; lo mismo sucedía con el divorciado, los roces entre ambos, cada vez más exaltados, evidenciaban una total antipatía.

–Ojalá y que Roberto encuentre algo por aquí cerca y no tenga que ir a la Portales, dijo el hermano que había venido de Texas, no vaya a ser que se tenga que enfrentar con *Los Nazis* (pandilla que por esos años radicaba en esa colonia). A lo que el divorciado agregó: –¿Ésos?, ¡ésos son puros cabrones!, ¡valen madre! Apenas acabó de decir eso el divorciado, cuando su enemiga le reviró enfáticamente: –¡El cabrón lo serás tú, güey!, ¡Ellos sí son chingones no como tú, que no vales madre!; y aquel, que también nomás estaba esperando cualquier pretexto para entrar en acción, al oír las expresiones nada delicadas de la mujer, le lanzó un manazo que muy apenas alcanzó a tocarle un hombro; pero en el ánimo de la mujer eso bastó para encender un volcán, para apagarlo fueron necesarios todos los sucesos que de ahí se desprendieron.

Aquella mujer, en franco estado de ebriedad y sumamente descompuesta, reaccionó de ese modo porque, según decía, *Los Nazis* eran sus cuates y que el que se metiera con ellos, se las vería con ella. Pero la cosa no quedó ahí, pues aquella rabiosa mujer, en cuanto pudo, tomó una botella de refresco por el cuello, y, golpeándola contra el piso, al modo más desgastado de las películas de rumberas de los cincuenta, logró una peligrosa arma, con la que arremetía contra su enemigo en ese momento y ya entrada en acción agredía a los demás, quienes por más que trataban de calmarla no lo lograban. De pronto, y aprovechando un momento en el que la mujer quedó de espaldas al divorciado, éste quiso quitarle el arma de la mano golpeándosela, pero para su mala suerte, cuando la mujer volteaba hacia él, provocó que ésta, lo hiriera en una mano, cortándole una vena. Fue entonces

cuando la agresora, al verse triunfadora, digamos, se quedó quieta por un momento, mismo que *Tito* aprovechó para, con su cinturón, que hacía un rato se había quitado, enredarla de los pies y someterla. Fue tirada al piso y una vez ahí la pudieron desarmar y atar de las manos con el mismo cinturón. Mientras todo esto sucedía, la otra se había ido sin que nadie se diera cuenta, pero lo que más importaba en esos momentos era evitar que el herido siguiera desangrándose, que ya de por sí, en el manoteo que estuvo haciendo, había manchado de sangre hasta el techo de la sala, así como también las paredes y cortinas. Aquel cuadro era de película. Afortunadamente en esos momentos Roberto hacía su arribo al departamento, quien al ver todo aquel espectáculo, y a su hermano en ese estado, quedó impactado y de inmediato dijo: –¡Vamos a ver a mi vecino el de arriba, que es médico, y que lo atienda!; en eso consistió la fortuna, pues el médico sí se encontraba en su domicilio, ya acostado, pero como entre éste y Roberto había una buena amistad, ya de años, el auxilio no le fue negado.

La agresora se calmó a cambio de que la desataran y porque además era atendida por la que, se supone, era la pareja de Roberto. De la que salió del departamento no se sabía nada. Regresaron Roberto y su hermano, éste ya suturado, apenas sí se empezaron a dar disculpas, alguien tocó a la puerta. Al abrir se quedaron helados, la que se había salido lo hizo con la intención de dar aviso a la policía, y habiéndose encontrado una patrulla les pidió que la acompañaran al lugar de los hechos. Los policías vieron las manchas de sangre y ante esto calificaron de grave el asunto, los sacaron a todos de aquel lugar y los subieron a la patrulla; era una camioneta panel, donde todos cupieron, ellos en la parte trasera y las mujeres adelante. Mientras enfilaban el vehículo por la carretera que iba de Villa Coapa hacia Xochimilco, que era la demarcación a la que pertenecía el hecho, se podía ver por la ventanilla trasera a los policías, que para caber bien en la cabina hicieron que las mujeres se sentaran sobre sus piernas, lo cual aprovecharon para darse un buen agasajo durante el trayecto.

Cuando estuvieron en las inmediaciones del canal de Cuemanco, los apresados resolvieron que lo mejor que se podría hacer era llegar a un arreglo con los policías, por lo que llamaron la atención de aquéllos, tocándoles por el vidrio de la ventanilla trasera de la panel, logrando que el vehículo se detuviera. Una vez hablando con los agentes, llegaron al precio, no sin algunos regateos, ya que no tenían el suficiente dinero, pero, como ya los policias tenían plan con las mujeres, aceptaron liberarlos, ahí en plena carretera, como a eso de las cinco de la mañana. Regresaron a pie hacia Villa Coapa y ya clareando el alba, llegaron al departamento. Ahí se despidió *Tito* de Roberto y sus hermanos, quedando de

encontrarse en otra ocasión, lo cual nunca se llegó a dar, sin más comentarios, porque ya el cansancio los tumbaba, cada quien se fue por su lado.

Ya en pleno día *Tito* se metió en la cama, dispuesto a dormir algo y mientras lograba conciliar el sueño se decía a sí mismo: "No me cabe la menor duda *mi buen*, ésta, es la *Ciudad de la fantasía*. Sabes en dónde empiezas, pero nunca dónde ni cómo ni cuándo, vas a terminar".

Y se quedó profundamente dormido. Entre más rincones tiene la ciudad es más misteriosa y resulta que el DF tiene tantos recovecos, tan desconocidos aun para los que la habitan, que por más que se quiera no se logra conocerlos todos, en principio porque son incontables y, luego, porque no todos nos llaman la atención y, por último, porque cada vez nacen nuevos y se transforman otros, que ya para mañana nos parecerán nuevos. Así es la dinámica de esta ciudad, dependiendo de hacia dónde dobles la esquina será el escondrijo que uno se va a encontrar. Definitivamente no es un lugar para quienes gustan de lo conocido, de lo rutinario, y a quienes les causa angustia darse cuenta de que mañana, por fuerza, ya será otro día. Esta clase de fines de semana, sábados violentos, riesgosos, dejaban en *Tito* una sensación de vacío, algo solamente para la anécdota, pero no para volverlo a vivir; nadie puede saber lo que va a suceder, a menos que tenga el suficiente olfato o intuición, como para huir 'Cual ave negra del desengaño', como dice la canción, pero, lo suficientemente a tiempo y no gastarse la pólvora en infiernitos. *Tito* ya había aprendido a olfatear estas situaciones, sin embargo, como pensaba cuando iba de regreso a su departamento "por estar esperando el momento de platicar con mi amigo, mira nada más lo que nos pasó *mi buen*. En peligro y hasta entreguemos la 'zalea' en una de ésas. Pero, que nos sirva de experiencia". Durante casi todo el domingo permaneció en la cama y solamente se levantó para comer algo y ver TV; así lo sorprendió la noche para continuar durmiendo y prepararse para ir al día siguiente a sus labores.

El lunes por la mañana, *Tito* llegó a la oficina ya con el informe elaborado en borrador, solamente para que una de las mecanógrafas lo pusiera presentable y tenerlo listo cuando lo llamara el jefe. Las cosas se dieron tal y como las había pensado. Después de haberle reportado verbalmente a Maldonado, todo estaba en el informe escrito; este último dice a *Tito*: –Vamos a continuar con el programa de profesiogramas, yo creo que con otra delegación más estaremos en condiciones de proponer un modelo a seguir. Elige otra de las del norte, porque ya las del centro y sur están siendo visitadas por otro grupo de trabajo al mando del departamento de Organización y Métodos.

–¿Cómo?, inquirió *Tito* sorprendido, ¡ese departamento...!, ¿está haciendo algo?; –Así es –dijo Maldonado–, creo que les dio vergüenza y decidieron acoplarse a nuestro programa y desarrollarlo por su cuenta, pero en las delegaciones del sur. –¡Al fin están desquitando el sueldo!, volvió a hablar *Tito* y Maldonado agregó: –Es cierto *Tito*, pero, por favor ya déjalos en paz.
–De acuerdo, de acuerdo, asintió *Tito*, para luego sugerir: que te parece si visitamos la delegación que fue la primera en crearse: Hermosillo; Maldonado simplemente dijo: –Me parece bien. Adelante; *Tito* salió del despacho del jefe y se dirigió al cubículo de Martín. La verdad, estaba muy interesado en saber cómo le había ido al amigo en su fin de semana en San Miguel.

–¡Qué onda mi Martinianus!, ¿cómo te fue por aquellas tierras?; –¡Qué hay *Tito*! Me da gusto verte, y tú...¿qué cuentas de nuevo?; –¡No... ni madres!, mejor cuéntame algo tú.

–¿Qué?, de plano, ¿así las cosas?; –La neta. Mejor hablas tú.

–Pues... ¡de pelos!, te acuerdas del ligue aquel, en el Braniff.

–Sí, Martín, ¿qué onda?; –Pues la Meche y yo nos estuvimos tratando por teléfono primero, luego al cafecito, al cine al teatro y, de plano, hicimos un plan para irnos de fin de semana a San Miguel de Allende, Gto. Y, ¡a todísima...!, nos la pasamos ¡de pelos!

–Hijo de la..., te felicito, porque lo que es a mí, me fue de la chingada este fin de semana.

–No chingues güey, ¿qué?, así ¿de plano? Espero que nada grave, o ¿sí?; –No, hombre, nada grave, simplemente fue una de esas noches de sábado violento que mejor hubiera sido no salir de la casa.

Y *Tito* dio santo y seña de lo ocurrido en ese fin de semana por lo que cuando terminó su relato, Martín sí que se compadeció de su amigo; después de todo lo que ahora estaba viviendo se lo debía en parte a él.

–Te voy a decir algo para que te consueles. Me cae que te va a agradar. Resulta que Mercedes, ¡ah, porque así se llama esta señora!, te aclaro; como también se la pasó muy bien y, según me dijo, ya como divorciada, pues siempre procuró no crearse expectativas, y que lo ocurrido le parecía un algo, digamos, inesperado;

algo como para agradecerlo siempre y, en fin, que ella estaba muy emocionada, para acabar pronto, me decía que como a ti te conoce a través del club, y como estaba muy contenta con todo esto que te estoy platicando, y que gracias a que tú me llevaste nos conocimos ella y yo, y todo ese rollo, tú sabes, pues que te quería presentar a una cuñada divorciada y sin compromisos, ¿cómo la ves?

–¡Oye, mínimo!, ¿o no? Que después de ese macabrón fin de semana, creo que me merezco un premio.

–¡Ah!, y échate este trompo a la uña cabrón, la cuñadita no está nada mal, yo ya la conocí. Una vez nos saludó en el Sanborns de los azulejos, estábamos tomando un café y ahí estaba acompañada por un cuate que, a decir de la Meche, es su eterno enamorado y que ahora, ya como divorciada, aquel anda pero si tendidísimo tras sus huesos, pero que ella, para nada. Se ve difícil la dama, pero ya dependerá de ti.

–Pues con lo que me encantan esos retos a mí. Tú nomás me dices cuándo y 'como éstas, dijo Gestas'.

–Óyeme cabrón, también hay que chambear. Después le seguimos, ¿*ok*?

–Ya vas. Nos vemos en el comedor o ¿vamos a otro lugar?, porque si nos quedamos, hay que pedirle vales a la Secre., antes de que se vaya.

–Yo creo que aquí en el comedor, Tito. Tengo que regresar temprano por la tarde, porque hay muchas cosas que ordenar.
–¿Del departamento de Promoción?; –Sí, pero después hablamos de eso, quiero comentarte algo o, mejor dicho, preguntarte algo.

Cada quien se abocó a lo suyo y hasta que llegó la hora de comer pudieron continuar con aquellos temas.

–Estoy que me las pelo por saber cómo andan las cosas en tu programa, dijo *Tito*, ¿qué se te ofrece?; –La cosa está de la chingada. Hay papeles o facturas por todas partes. No se sabe cuáles ya han sido pagadas y cuáles no, así, a simple vista.

–¿Y eso?, ¿por qué?

–Mira, *Tito*, cuando se estrenó este edificio de Barranca del Muerto y se tuvo que acarrear todo de allá, de Paseo de la Reforma, la mudanza de mobiliario, archivos, máquinas y, en fin, de todo, no se hizo con precaución, llegó un momento en el que así como se encontraban las cosas, así las subían a los camiones para transportarlas para acá. El desorden con que se apilaron las cosas aquí en los sótanos también prevaleció. Bueno, pues resulta que uno de esos problemas está repercutiendo en este departamento, aparte de lo desordenado que es ya de por sí, la falta de controles complica todo; resulta un verdadero problema saber lo comprado, lo facturado, lo pagado, y todo ese desmadre. Creo que tu plan hubiera resultado mucho mejor que proceder del modo en que lo quieren, o sea, ver cuáles facturas, de ese mundo de papeles, son las que conforman el saldo contable por pagar. Ahora te entiendo la razón de querer proceder de ese modo, y como lo quiere ese júnior, está en chino. ¿Qué me sugieres? A ti como contador, ¿qué se te ocurre?

–Mira, en principio, no tengo ni idea de la forma en la que se encuentran, físicamente, esos papeles, es decir, si por lo menos están ordenados por proveedor, por fechas, por antigüedad, etc., para poderte sugerir algo; si te acompaño un día y me ven por ahí, la que se puede armar. No nos la acabamos. O, definitivamente, dile a Maldonado que el programa sugerido será lo mejor para aplicarse al caso, que de lo contrario nunca van a salir de ahí, pero, eso sí, sin que se dé cuenta de que ya lo platicamos, porque sino va a decir que estoy interviniendo y obstaculizando las cosas.

–Lo voy a hacer. Hablaré con Maldonado y trataré de convencerlo de que éste no es el camino. Es necesario proceder con alguna metodología o técnica profesional. Así no. A ver qué me contesta.

–Él es contador y creo que lo va a entender muy bien. Sólo espero que no esté pensando en seguirle la corriente al júnior ese, por alguna consigna, tú sabes, porque si es así no habrá nada que lo convenza.

–Fíjate amigo, que para cuando se hizo el cambio de responsable del programa, ya se habían enviado algunas cartas a algunos proveedores, así como tú lo sugerías, y luego las demás se detuvieron por órdenes de arriba. A la fecha, las enviadas, ya nos las contestaron. El jefe ya las tuvo en sus manos, y no creo que no se haya dado cuenta de que eso era lo mejor, por eso creo que hay consigna.

Tito por un momento se quedó impactado, mientras platicaba con Martín hacía elucubraciones muy en su interior, pensando en que, tal vez, con un poco de suerte, podría encontrar en las respuestas de los proveedores que habían contestado algo que le permitiera darle alguna explicación a lo observado en la forma de agrupar las copias obtenidas, por accidente, en Durango, o sea esa repetición en el acomodamiento de facturas, una relación numérica de documentos, una tira de sumadora, los soportes a base de copias, y luego unas tres facturas en originales.

Martín al notar que *Tito* se había quedado como mudo, le pregunta: –¿qué te pasa?; –Dime una cosa mi buen, ¿quién tiene esas respuestas?; –Yo. Las tengo entre los papeles de trabajo.

–¡Bien!, ¡magnifico!, ¡eso es todo!, ojalá y que sirvan de algo esos papeles, porque de ser así, ya tengo una pista.

–¿Pista?, ¿de qué hablas?; –Recuerda que me ibas a echar la mano, ¿*ok*?, bueno, pues préstame esos papeles, es cosa de un ratito.

–*Ok*. Ahí los tengo arriba, en la oficina, ahorita te los facilito, pero, ¿a qué te refieres?

–Mira Martinianus, ahorita que tenga conmigo esos papeles, yo te voy a mostrar también algunos, no quiero adelantarme a nada pero, de salir algo, como me lo estoy imaginando, ya te enterarás, serás el primero en saberlo. ¡Ojalá y no me equivoque!

El tiempo de la comida terminó y se dirigieron hacia las oficinas de Auditoría; una vez en el cubículo de Martín, éste sacó de sus archivos aquellas cartas que *Tito* esperaba con verdadera ansia.

–Espérame un momentito. Voy a mi cubículo a traerte los papeles míos. Los vamos a confrontar. A ver qué pasa.

Luego de transcurridos unos minutos, *Tito* regresó a donde se encontraba Martín para proceder a hacer unas confrontaciones, entre los datos que figuraban en las respuestas de aquellos proveedores y los contenidos en la carpeta que Adán se había traído accidentalmente de Durango. Lo que quería *Tito* era ver si había alguna factura o copia de aquellos tres o cuatro que ya habían dado respuesta,

entre las contenidas en aquella carpeta y, para su fortuna, sí existían varias copias de uno de esos proveedores y, providencialmente, hasta uno de aquellos originales correspondía a ese proveedor.
–¡Eso es!, exclamó entusiastamente como si se hubiera encontrado un verdadero tesoro.

–¿Que?, ¿qué onda?, preguntaba Martín verdaderamente extrañado.

–Mira. Mira esto. Este proveedor es uno de los que enviaron algún material a Durango, ¿*ok*?, ahora fíjate en el listado que nos envía en su respuesta, esta factura (refiriéndose a uno de aquellos originales), debe estar en esa lista. Búscala.
–Martín, enseguida hizo lo que se le solicitó.

–Sí, aquí está esa factura enlistada, es lógico, pertenece a una de sus entregas, y ¿qué hay con eso?

–Pues si según lo que dice esta carpeta, son facturas enviadas de Durango a oficinas centrales, para 'su trámite y pago', y allá cuando hacen ese envío de documentos se quedan con copias, que es lo que vemos en esta carpeta, la pregunta es: ¿Qué hace un original entre estas copias?

–Pues supongo, sólo eso, supongo que se les quedó.

–¿Se les quedó?, ¿no será que cuando la debieron enviar, en su lugar pusieron una copia y no la original? ¿Que cuando pagaron aquellas originales, incluyeron ésta y la pagaron por medio de una copia?, ¿que después, ya tiempo después, la envíen de nuevo, incluida entre puras originales y la vuelvan a pagar?, o sea, que deliberadamente soliciten un pago a través de una copia, y luego vuelvan a solicitar el pago, pero ya con la original? Los controles no valen madre, ni aquí ni allá en el almacén.

–Bueno, *Tito*, y ¿cómo saber o cómo constatar tu... teoría, digamos, porque no deja de ser eso, una simple teoría, muy aventurada por cierto, pero sospechosa.

–Pues ahora lo que debemos es encontrar los auxiliares de bancos, en la contabilidad, para rastrear esta factura. Vamos a ver si la pagaron junto con las originales que están en este fajo de copias. Según la tira de sumadora de esta carpeta, se muestra la fecha en la que fue hecho el envío de solicitud de pago, y a partir de esa fecha empezaremos la búsqueda de los pagos. Si en realidad,

como yo lo estoy planteando, se hizo un pago a este proveedor tomando en cuenta una copia de factura ya, de suyo, es una falta grave, porque por principio eso no debió ser sino hasta que contaran con el original. Por otra parte, de ser así, o sea que sí se haya efectuado un pago, entonces esta factura iba a ser enviada después y, eso, ya va a ser difícil de comprobar, porque tendríamos que regresar todo esto a Durango y esperar a que después la envíen de nuevo al cobro, y va a estar cabrón que no se las huelan.

–Bueno, tal vez podamos encontrar algún hecho de éstos, ya consumado, señaló Martín.

–Era por esa razón que en mi programa yo proponía confrontar estos listados, contra los auxiliares de bancos, para luego, por excepción, ver los números de facturas que al no tener un cheque correlativo, sería una factura por pagar y ésa sería una de las integrantes del saldo por pagar, misma que debería estar en custodia en ese departamento de Promoción, y ya como programada para su pago.

–Bueno, pues eso lo podemos hacer si vamos directamente a donde tienen, supuestamente, custodiadas esas facturas, y constatar que entre ellas hay copias programadas para su pago.

–Es cierto, pero si nos encontramos copias, simplemente nos podrían contestar que están en espera de los originales, bastaría con un telefonazo para alertar de eso a donde estuvieran las originales y las enviarían de inmediato, o ¡qué sé yo! Ya ves que si alguien está haciendo algo chueco, procura tener las coartadas necesarias a la mano. Aunque, a juzgar por el grado de desmadre que se observa en ese departamento y por la actitud asumida por su jefe, yo creo que están muy confiados. Pero, sea como sea, no nos va a costar nada hacer lo que queremos hacer. Ya tenemos elementos a la mano.

–Lo que sí creo, es que para encontrar los auxiliares de bancos va a estar en chino. Yo me acuerdo que cuando participé, en el 75, en la conciliación aquélla, de la que te hablé allá en Saltillo, ¿recuerdas?, pues batallábamos mucho porque en los sótanos del edificio estaba todo amontonado y, todavía, hay cerros de papeles y registros hechos un desmadre, porque a la fecha no le han hecho caso a eso, dijo Martín.

–Yo mañana me voy a echar un clavado en esos archivos del sótano, aseguró *Tito*, tengo curiosidad. Espero que no se nos complique la vida, porque si no ya

valimos chiches de gallina. Quiero ver cómo son esos archivos y además que el que cuida me permita verlos.

–Nadie cuida aquello. No vas a tener ningún problema. Pero si quieres yo te acompaño, que más o menos sé algo de eso.

–Ah, pues está mejor. Bueno, pues te dejo. Tengo que ir a hacer unas compras porque en el Depa… ya no hay nada. Nos vemos, ah, y no se te olvide, que estamos entrados con esa cuñadita, ¿eh?, *Tito* salió del edificio para ir a comprar algo de despensa, que aunque no cocinaba para él mismo, siempre hacía falta alguna latería o bebidas.

Al día siguiente procuró estar más temprano de lo acostumbrado en la oficina, para irse adentrando en el asunto aquel del archivo, en el sótano del edificio sede del Infonavit. Martín, que ya de por sí acostumbraba llegar más temprano que *Tito*, ya estaba ahí, y avisaron a la secretaria del jefe, por si éste preguntaba por ellos, que iban a ver algunos asuntos personales al departamento de Personal, para no decir que iban a los archivos. Una vez en esa área del edificio, *Tito* se sorprendió al ver que Martín le había dicho la verdad. Todo aquello era un verdadero desorden. Cajas aún flejadas y otras ya abiertas, apiladas una sobre otra; unas con indicadores acerca de su contenido y otras sin ninguna identificación. Como se trataba de áreas abiertas, es decir, que no había muros intermedios, en algunos tramos se podían encontrar pasillos para poder transitar entre todo aquello pero, en gran medida, para poder pasar de un lugar a otro o para buscar algo, era necesario mover cajas y cajas de papeles, de cosas diversas, apilarlas en otro sitio y, en fin, hacer una verdadera mezcla de todo, sin la menor intención de dañar, pero que así resultaba.

–Oye, creí entender lo que me decías acerca de este lugar, pero creo que te quedaste corto.

–Y eso no es nada, porque como quiera que sea, ya cada departamento ha venido a buscar sus cosas y se han llevado mucho para sus respectivos pisos, lo que te dará una idea de cómo nos encontramos esto cuando se hizo aquella conciliación bancaria. Ya desde Reforma, donde iniciamos esos trabajos, habíamos recopilado algo de documentación, sobre todo contable; pero cuando nos la trajeron para acá, ¡para encontrarla, güey, fue una odisea!, aseguró Martín.

–Nomás porque lo veo lo creo, pero nunca en mi vida de contador, jamás, óyelo bien, jamás, vi un desmadre como éste. Bueno, ni en los ingenios azucareros, en donde siempre se nos decía, que una catástrofe había sucedido y que había desaparecido documentación. Todos los ingenios azucareros, casualmente, registraban en su historia una calamidad. Ya sabrás para qué, o ¿no?, pero esto, no lo puedo creer.

–Por fortuna creo que lo contable se salva algo de todo este desmadre, porque el contralor actual es muy exigente y ha ordenado que sus archivos sean rescatados cuanto antes. Ésos están por allá. Tú sígueme.

Tito no daba crédito a lo que estaba viendo y se concretó a seguirle los pasos a Martín, hasta llegar a una parte de aquel sótano en donde, más o menos, se apreciaba un orden. Faltaban anaqueles para acomodar todo aquello pero, aunque en cajas de cartón, la documentación guardada estaba definida.

–Aquí es. Mira, ya están clasificando los contenidos por años, luego por meses, y otras clasificaciones más.

–Sí, ya veo que también hay clasificación por pólizas de diario, bancos y egresos, ¡magnifico!, esto nos ayudará, afirmó *Tito*, pero, y ¿los auxiliares?, porque no bastan las pólizas de egresos para lo que vamos a hacer, sin los registros auxiliares aquí nos vamos a eternizar y nos van a agarrar los indios.

Cuando Martín escuchó aquello buscó a su alrededor y encontró algo, y se lo hizo saber al momento a *Tito*.

–Creo que son esos paquetes de allá. Y caminó hacia otro lugar, para sacar de unas cajas unos paquetes, que eran los auxiliares de que hablaba *Tito*. Cuando éste observó el contenido constató que efectivamente se trataba de auxiliares de bancos, pero, de uno de los tres bancos con los que operaba el instituto. Ahí lo mismo había de un año reciente o un mes cercano, que de otras fechas más alejadas, es decir, otro desorden.

–Esto es lo que necesitamos, pero sí que nos va a sudar el copete para encontrarlos todos completos, y luego ponerlos en orden, ¡qué chinga!, exclamó *Tito*.

A partir de ese momento aquellos buscadores de la verdad, todas las mañanas y parte de las tardes, se dieron a la tarea de localizar documentación contable para

poder llegar a la conclusión de algo que, en esos momentos, sólo era una simple sospecha. Salieron de aquel lugar y se dirigieron a sus respectivos cubículos de trabajo, sin comentarle a nadie lo que estaban haciendo. Esa labor les iba a llevar casi dos semanas, mismas que sirvieron para sacar adelante sus compromisos ya programados, y procurar no llamar la atención de nadie para no ver frustradas sus intenciones. Para el efecto, durante esas semanas, se propusieron llegar lo más temprano posible y dedicar una hora diaria a la búsqueda de registros.

Cierto día, de esos que le dedicaron a la búsqueda de elementos contables, *Tito* encontró en uno de los auxiliares de bancos unos movimientos cuya redacción se refería a 'Ajustes por Auditoría'. Se trataba de un buen número de movimientos por importes muy diversos, por lo que la curiosidad lo llevó a buscar las pólizas de origen de aquellos asientos contables. No hubo dificultad puesto que esas pólizas ya las habían visto en días anteriores, y hasta clasificadas por su tipo y año al que pertenecían. *Tito* se dirigió a los anaqueles donde estaban las pólizas, buscó los asientos de origen así como los soportes o comprobantes, de donde provenían los ajustes y ver los motivos de dichos movimientos. Se trataba de varias carpetas, conteniendo las referidas pólizas contables, y a su vez, anexos a cada póliza, una cantidad considerable de comprobantes, los cuales eran copias fotostáticas de fichas de banco, lo mismo de depósitos, que de cargos por razones muy diversas. Entre aquella gran cantidad de fichas, había unas que se referían a 'cargo por cheque sin fondos', e inmediatamente, el costo de la comisión cargada por el banco al Infonavit, por ese concepto, lo mismo que la respectiva copia del cheque devuelto, con el correspondiente sello de 'sin fondos'. Para la experiencia de *Tito*, como auditor, no fue necesario preguntarle a su amigo nada acerca de lo que estaba viendo, ya que en la redacción que suele ponerse en el cuerpo de las pólizas, se hace una explicación del movimiento contable propuesto, motivos, razones, circunstancias, etc., precisamente para que, quien quiera hacer alguna investigación al respecto, cuente con los elementos suficientes para que los papeles hablen por sí mismos. Tal fue el caso. *Tito* pudo interpretar perfectamente la causa de aquellos asientos contables, y extrajo datos acerca de quienes habían girado aquellos cheques, devueltos al instituto por falta de fondos, anotándolos en una pequeña agenda que llevaba consigo. *Tito* se dio cuenta, a través de aquellos papeles, que Martín había intervenido en la propuesta de aquellos ajustes de auditoría, porque su nombre figuraba en varios documentos, e inmediatamente vino a su mente aquella ocasión en Saltillo, en la que Martín comentó algo de su participación en una depuración de las cuentas bancarias del instituto, y por las fechas de las pólizas, corroboraba que, sin duda alguna, ésos eran los antecedentes de aquellas confesiones hechas en el bar, cuando ambos recién se habían conocido.

En la primera ocasión en la que *Tito* pudo comentar algo de aquellos movimientos contables con su amigo para asombro de éste, *Tito* ya tenía toda una teoría:

–Oye *mi buen*, ¿te acuerdas de aquella vez, en aquel bar en Saltillo, en la que nos comentaste que habías participado en la depuración o, más bien, en las conciliaciones bancarias del instituto, y que las hicieron varios años después de haberse inaugurado el Infonavit?, o ¿algo así?

–Sí, así fue, ¿por qué?

–Dime algo. Si esas conciliaciones, se hicieron después de varios año de haberse creado el Infonavit, ¿qué hizo el instituto en contra de quienes le hicieron 'topillos'?, o 'tranzas', como se quiera ver.

–Que yo sepa, nada. Pero...¿y tú?, ¿por qué lo señalas así?, preguntó Martín, yo no comenté nada acerca de 'tranzas', o algo así, que yo me acuerde.

–No, no dijiste nada de eso. Yo lo estoy diciendo porque vi algunos papeles de trabajo de aquellos, en unas de las pólizas en las que se corrieron ajustes con motivo de esa conciliación, y creo que se refieren a lo que tú nos platicaste.

–Sí. Deben ser ésos. No hay otros. Pero ¿cómo diste con ellas cabrón?; –Muy fácil. Y *Tito* hizo una exposición del cómo se había enterado de aquello.

–Pero, eso de tranzas, ya es de tu cosecha, ¿o no?

–Así es. Pero no es difícil concluirlo, porque los cheques devueltos eran de casi tres años atrás, y hasta mucho después se entera el Infonavit que le pagaron con cheques de hule. ¡Y todo por la falta de conciliaciones bancarias contables!

–Bueno, ¿ya qué te puedo ocultar?, resulta que varios de aquellos cheques correspondían a algunos jefes de algunos buenos niveles en el instituto, quienes pagaron préstamos personales con cheques 'de hule', sin fondos, para luego poder renovar préstamos, y así nunca pagaron sus deudas. Pero, además, y según versiones chismosas, porque yo ahí ya no intervine para nada. Resulta que encontraron una chequera... ¡Sí, toda una chequera!, con la cual 'alguien', o 'algunos', estuvieron sacando dinero de una cuenta del instituto que, al parecer, servía para manejar algo de una oficina que se encontraba en la calle de Villalongín, allá en los inicios del instituto. Pero también por la falta de conciliaciones bancarias,

no se detectaban a tiempo esas irregularidades. No me hagas mucho caso, pero, a como se daban las cosas, y se siguen dando, no es de dudarse tampoco.

–Y regresando al asunto de los auxiliares bancarios, por más que busco ya no encuentro más paquetes de aquéllos, sí hay, pero copias, yo no sé qué clase de supervisión realizaban en contabilidad, porque la verdad es que he encontrado cantidad de copias que nomás hacen bulto, pero los que debiéramos de encontrar, quién sabe en dónde estarán. Deja mucho qué desear la forma en la que se ha manejado al instituto. A cada paso te encuentras todo tipo de desorden, comentó *Tito*.

La búsqueda de auxiliares se prolongó por casi dos semanas, para esas fechas *Tito* ya tenía que salir a Sonora. Lo que se realizó un domingo en la noche por vía aérea, para estar en las oficinas de aquella delegación el lunes por la mañana muy temprano. La delegación tenía, aparte de las oficinas de Hermosillo, unas en la ciudad de Nogales y otras en Cd. Obregón, por lo que, de haber necesidad de desplazamientos, éstos se llevarían mucho tiempo, y más si se tomaba en cuenta que unas oficinas estaban hacia el norte de Hermosillo y las otras hacia el sur, aunado todo a que los traslados se tenían que efectuar por autobús. Por todo esto el programa podría llevarse una semana completa, por lo menos.

Las presentaciones de rutina se llevaron a cabo ese lunes, excepto con el delegado, quien no se encontraba en la ciudad, los trabajos se iniciaron de inmediato. Por otra parte el asunto del clima era de tomarse en cuenta porque, a pesar de que ya transcurría la segunda mitad del año, las temperaturas todavía se acercaban a los 40 centígrados en promedio, durante la mayor parte del día.

Aparte de llevar a cabo su programa de trabajo, *Tito* no dejaba de conectarlo con aquel asunto relacionado con el depatamento de Promoción Industrial aunque no tuviera nada que ver una cosa con la otra. En realidad, él podía hacer todo tipo de preguntas según le conviniera, y sin que eso despertara suspicacias. Estando entrevistando al jefe del Área Técnica, que es el encargado de todos los asuntos relacionados con la construcción de viviendas, le hizo algunas preguntas relativas a la adquisición de materiales básicos. Toca la casualidad de que el jefe de esa área, tenía poco menos de dos semanas de haber tomado posesión del puesto y no sabía responder nada de lo relativo a materiales básicos, porque no tenía ni idea.

Tito, tan luego hizo sus preguntas y después de haber recibido como respuestas, simplemente... nada,... comprendió que aquel jefe era otra víctima de la falta de cursos de inducción al personal de nuevo ingreso al Infonavit, quien en esos momentos, no tenía ni la más peregrina idea de lo que ese instituto era. Esto era muy común en casi todo el personal, ya que la gran mayoría de los empleados era de nuevo ingreso, tal y como le estaba sucediendo también a *Tito*, que también era víctima de falta de instrucción previa o curso de inducción. Tan luego se enteró *Tito* de lo que el jefe del área ignoraba y el motivo de su falta de conocimientos acerca de aquel instituto, procedió a exponerle lo que él ya sabía, de los materiales básicos. Cuando *Tito* terminó su exposición, aquel jefe hizo un comentario por demás inocente, respecto a la existencia de unos materiales que estaban guardados en unos furgones de ferrocarril, que era lo único que sabía al respecto, y que habían sido importados de los Estados Unidos, entre otras peculiaridades. *Tito*, al oír aquello, no tuvo más que asombrarse, toda vez que, hasta donde él sabía, los materiales eran adquiridos a proveedores nacionales y para nada, eran de procedencia extranjera. *Tito* solicitó a su entrevistado que le mostrara facturas que respaldaran aquellas adquisiciones; éste contestó que esos documentos los debería tener, tal vez, el administrador de la delegación, que era el encargado de la recepción y pago de facturas, ya que en los archivos que había recibido de su antecesor, no había nada relacionado con ese asunto, ni con nada que tuviera que ver con la compra de los famosos materiales básicos.

Tito, a propósito, ya no dio al tema aquel mayor importancia y prefirió dejar para el día siguiente el rastreo de aquellos misteriosos materiales, y prosiguió con otros asuntos, hasta terminar la encuesta con este funcionario. Sin embargo, para fortuna de *Tito*, el entrevistado se ofreció para mostrárselos a lo que, ni tardo ni perezoso accedió y lo planearon para el siguiente día; muy temprano *Tito* y el jefe del Área Técnica, se dirigieron a los patios del ferrocarril, para que aquél supiera de lo que se había estado hablando el día anterior; aunque no era muy visible lo que en el interior de varios furgones existía, solamente se podía apreciar la existencia de madera, misma que parecía estar bien empacada, envuelta con cartón muy resistente, flejada y bien protegida. En el empaque que se alcanzaba a distinguir, se visualizaba un letrero grande que decía: Oregon.

–Y, ¿cómo te diste cuenta tú, de la existencia de este material?, preguntó Tito al técnico, si apenas acabas de entrar, y al parecer, según lo desteñido de los empaques y lo poco visible de los letreros ya comidos por la lluvia y posiblemente por el calor del sol, ya lleva algún tiempo ese cargamento en los furgones.

La pregunta era bastante atinada porque a la vista, se apreciaba que ya había transcurrido un buen tiempo de que aquellos materiales estuvieran expuestos a las inclemencias del clima. El técnico, con un peculiar acento, aunado a su inocencia, contestó:

–Me acabo de enterar. Hace una semana más o menos, estando yo en Nogales, conociendo el territorio a cubrir y las obras en marcha, tú sabes, supe que ya hace un tiempito, de aquí habían llevado madera para una construcción de viviendas, por cierto con un material de 'nombre muy raro'. Yo visité esa obra, y la verdad es que todavía no entiendo lo que ahí sucedió. A mí sólo se me dijo, por parte del delegado, que 'esa obra no es asunto nuestro', o sea, de la Delegación; que lo nuestro estaba en otros frentes de construcción, que ya hablaríamos de eso en otra ocasión. Como te dije acabo de entrar al Infonavit y, con tanto territorio a visitar, apenas sí he tenido tiempo de estar en mi oficina, a la fecha no he podido saber de qué se trata todo esto. Yo creí que eso de de los materiales básicos, tenía algo qué ver con lo que te he enseñado.

Mientras el técnico hablaba, *Tito* iba planeando la forma en la que se iría a conducir ante el administrador, para sacarle las facturas de aquel material, ya que su misión en esa visita no era la de efectuar una auditoría; simplemente se trataba de sondear en cada una de las áreas de trabajo lo que hacían, cómo lo hacían y para qué lo hacían, entre otras consideraciones, y así poder estandarizar a todas las delegaciones a través de unos 'profesiogramas'. Asimismo, *Tito* recordó al técnico, que aún no le decía cuál era el extraño nombre del material de que estaban hechas las viviendas, y aquel contestó de inmediato: 'Plastónium'.

–¿Que qué...?, plasti... qué?; –Plastónium. Así como lo oyes. Raro, ¿verdad?

–Pues ¿qué jalada es esa?, me suena a algo así como 'espacial', como de ciencia ficción, exclamó *Tito*.

–A mí también, y créemelo, que cuando vi aquellas viviendas, simplemente me parecieron una mentada de madre; –¡Ah, chingados!, ¿y eso? –Pues porque la verdad, no encuentro de dónde se pudo haber sacado aquel nombre tan rimbombante.

–Pues ¿cómo es ese material o de qué está hecho?, preguntó *Tito*.

–Son hojas tipo *sandwich*, rellenas de yeso, y las caras son de madera aglomerada, o algo así, el caso es que en lugar de usar bloques o ladrillos para los muros, se usan esas hojas y se 'engrapan', lógicamente con una engrapadora especial, hasta formar los cuartos. Luego, los muebles para baño, ya son cabinitas completas que ya vienen empacadas por juegos, ya nomás para instalarse en los interiores, que ya están hechos a la medida, solamente se va armando todo, como si fueran de juguete, y así, lámparas, herrajes, cableado eléctrico, etc. A mí, lo que me pareció una mentada de madre, es que esas construcciones las usan los gringos para hacer sus casitas traseras en sus residencias, como para guardar sus herramientas, o para cuartos de servicio, o bodeguitas, o para cocheras, pero, eso de querer usarlas para que aquí en México, a los trabajadores los metan para que las ocupen como residencias con sus familias, me parece una burla.

Tito interrumpe la exposición del técnico: –Oye, ¿cuándo piensas ir a Nogales?, quisiera ver aquello. Me llama la atención.

–Pues cuando tú quieras. Yo puedo y, además, debo visitar lo más seguido posible las obras para supervisar los avances. La verdad es que es muy cansado andar en esas carreteras, pero ya con compañía, pues cuando quieras.

Tito quedó de avisarle al técnico cuándo podrían trasladarse a Nogales, en esos momentos estaban llegando a las oficinas delegacionales. Durante el desarrollo del programa, motivo de aquella visita, *Tito* no encontraba una forma o un pretexto para pedirle al administrador de la delegación los documentos que soportaran la adquisición de aquellos materiales, por lo que mejor decidió consultarlo con su jefe en las Oficinas Centrales, comentándole previamente lo que había encontrado. Al día siguiente se comunicó por teléfono con Maldonado a fin de que este funcionario opinara algo al respecto, la decisión fue acertada porque cuando Maldonado escuchó aquello le indicó que no hiciera nada, hasta que en oficinas centrales se encontraran antecedentes de tal operación.

Tito decidió, por fin, avisarle al técnico el día en el que estaba dispuesto a trasladarse a Nogales, a lo que éste estuvo de acuerdo. Partieron de Hermosillo rumbo a Nogales un miércoles por la tarde, para aprovechar el jueves y el viernes completos. Durante el trayecto, entre comentarios y otros detalles, *Tito* se percataba de que el técnico ignoraba aún muchas cosas del Infonavit; desde la legislación misma, hasta su estructura, la causa era de sobra entendible dado el reciente ingreso de aquél, a la institución. Con *Tito* pasaba algo similar, puesto

que tampoco había encontrado gran cosa acerca del instituto, que lo llevara hacia un mejor conocimiento del mismo, por lo tanto, concluían ambos, en que todos los empleados estaban por el estilo, que andaban a bordo de una nave en la que, a lo mucho, cada quien sabía únicamente 'algo', del departamento al que pertenecía o en el cual laboraba, pero que para nada tenían una concepción global de las cosas. Incluso la existencia de las Oficinas Centrales, era algo de membrete únicamente.

–Mira, opinó el técnico, a mí me da la impresión de que cada quien anda por su lado. De repente nos vemos todos los jefes de área juntos en las oficinas, pero para que volvamos a coincidir, está cabrón, porque cuando no, uno anda en Obregón, otro en Nogales, otro en México, otro en 'X' asunto, y si bien yo acabo de entrar al instituto, eso ya lo observaba desde antes, porque yo trabajaba en una constructora en la que seguido tenía que ir a las oficinas, y ya eran así las cosas. Me acuerdo que cuando los *chúntaros* de allá de oficinas centrales avisaban que iban a venir, ¡hijo de la chingada!, para juntar a todos los jefes, se les tenía que buscar desde uno o dos días antes.

Tito interrumpe al técnico: –¿*chúntaros*? , ¿qué es eso?; –Así se les dice por acá a los que vienen del sur. O tambien guachos.

–¡Ay, güey, ¡algo se aprende todos los días!

–Sí, así como te lo digo. Eso de oficinas centrales, me era algo tan lejano y, ahora que lo vivo, me parece algo raro. Como que si existen, ¡qué bueno!, y si no, lo mismo. Porque finalmente, nosotros en las delegaciones, sólo somos capturistas de papeles, todo lo enviamos a oficinas centrales, y allá lo concentran todo, aquí no se toman decisiones para nada, todo viene de allá, de modo que, lo que suceda o no, todo es responsabilidad de aquéllos.

Efectivamente. La organización y el funcionamiento del Infonavit, era totalmente 'Centralista'. Estos descubrimientos cada vez confundían más a *Tito*. Un monstruo de ese tamaño, que en materia de construcción, aunque circunstancialmente, se había convertido en la constructora más grande del mundo, para controlarlo de una forma centralizada, era algo totalmente descabellado. Pero no solamente en materia de construcción, sino que también, como se iba viendo, en todos sus aspectos los controles 'pretendían' ser manejados desde el centro, cosa más absurda no podía existir. Recordemos el asunto del departamento de Promoción Industrial.

–Yo también tengo poco tiempo de haber ingresado al Infonavit –comentó *Tito*– y créemelo que estoy muy sacado de onda. A cada paso que doy me doy cuenta del brutal centralismo que se da en el instituto. Pero se va a pagar caro, porque para cuando se quiera corregir el camino, va a ser muy difícil. Muchas cosas ya van a estar truncas, muy enredadas. Lo peor es que mucha de la gente en las delegaciones va a estar muy mal impuesta, porque cuando se les descentralicen operaciones que ahora, malamente están centralizadas, no van a estar conformes con lo que ganan. Es muy cómodo ser un simple colector de papeles, para luego empacarlos y enviarlos al centro, para que sean otros los que los contabilicen, los archiven, los custodien, y se responsabilicen de ellos, etc. mientras que por acá, ni se participa en nada, que no sea el obedecer órdenes, ejercer un presupuesto, entregar los créditos que se asignan a la región. Nada, absolutamente nada, nace en la Delegación, no sé qué es lo que se delega, ni de dónde viene eso de 'Delegación'. Todo viene del centro, aquí nada se mueve sin la voluntad del centro, ni se contrata nada ni a nadie, ni se compra nada porque hasta la papelería y artículos de oficina, lo mismo que mobiliario, y creo que hasta el papel del WC, se les envía del centro.

–¿Tanto así?, te lo pregunto porque como no tengo mucho tiempo de haber llegado y desconozco aún muchas cosas de mi área de trabajo, me parece que estas exagerando, ¿o, no?

–Para nada. Es la verdad. Mira, con esto de los profesiogramas me he dado cuenta de lo que cada área hace, ya llevo varias delegaciones y me parece que es muy cómoda la situación de los empleados de una delegación. Como te digo, no hacen nada por cuenta y riesgo propio o local, nada que no les sea ordenado, entonces, basta con obedecer y ya.

–¿Qué es eso de profesiogramas?, nunca lo había escuchado.

–¡Anda, hombre!, creo que es una jalada de los técnicos en administración, que a últimas fechas están muy metidos en todas partes, e inventan cada jalada, que no veas. Con decirte que nadie me ha podido definir qué son estas 'anchetas'. Yo, por mi cuenta, digo que se trata de un documento que describe lo que en una unidad o área de trabajo se hace, cómo y para que se está haciendo, y el grado de responsabilidad que requiere ese puesto, lo mismo que las exigencias profesionales requeridas para desempeñar el puesto.

–Bueno, yo me imagino que esos documentos, o instructivos, ya debieran existir antes de que uno ingrese a un puesto determinado, ¿o, estoy equivocado? A mí, por ejemplo, no me han proporcionado nada para que me oriente acerca de lo que debo hacer en mi área de trabajo. Sé lo que tengo que hacer en lo que a construcción se refiere, pero, hay otras funciones propias del instituto muy en particular de él, que tienen mucho que ver con ondas administrativas, de archivos y controles, y en fin, cosas que ahora, poco a poco voy descubriendo, pero que nadie me ha dicho cómo lo debo hacer, ni se me dio un curso preparativo, que me diga lo que el Infonavit es, más allá de lo que mi lógica me indica, quiero que me entiendas, nada, nada de eso me dieron. Mira, yo no sé lo que va a pasar, ni qué es lo que voy a presentarles ahora que vengan de tu departamento de Auditoría, los auditores de obra.

–¿Van a venir?, ¿cuándo?

–Recibí un oficio en el que me previenen para que prepare una serie de cosas, que la verdad, no sé a qué se refieren, porque por más que busqué en el archivo que me entregó mi antecesor, no encuentro nada parecido a lo que me piden tus compañeros de auditoría, al menos con esos nombres tan curiosos. A lo mejor tenemos todo lo que nos piden pero, así, con esos nombres tan desconocidos por mí, o en mi profesión, pues habrá que esperar a que me expliquen y así, poco a poco, irme adentrando en esto del Infonavit y su modo de manejar las cosas. Por eso creo que los tales profesiogramas, debieran existir desde antes de que uno ingrese.

–Pero ¿cuándo van a estar por aquí?

–Falta todo un mes, porque vienen a revisar el primer semestre del año, y a esta delegación le toca hasta dentro de un mes, si mal no recuerdo.

–Bueno, te doy la razón, porque hasta yo, ahora en este departamento de Auditoría, me he encontrado con que hay ...aparte de la tradicional auditoría contable, auditoría administrativa, auditoría de obra, auditoría de sistemas, y la verdad, es que esas funciones las ha desempeñado siempre un auditor contable a la par con la revisión contable, es decir, que no se requiere de una especialización, salvo lo de 'obra', que vale por sí misma y que de auditoría no le veo nada. Podría llamársele a esa revisión de cualquier otra forma, pero como... auditoría, tengo mis reservas. Pero, aún así, aceptando que todo cambia y que este instituto es muy 'especial', con más razón, los tales profesiogramas debieran elaborarse

desde antes de echar a volar un nuevo departamento, en donde quedara definida, por lo menos, su terminología, sus tecnicismos, en fin, sus particularidades, para no sorprender a nadie y que se pueda interpretar lo que su 'inventor', quiso decir o hacer. Ya lo ves, estamos elaborando los profesiogramas, sin siquiera habérsenos definido lo que significan; lo que sucede es que esta área de auditoría administrativa está a cargo de un administrador de empresas, muy cuate del director, por lo que yo creo que fue un invento de ese cuate, y convenció al director para proponer la creación de esta área, porque como te digo, ahora, a los administradores te los encuentras en todas partes, ¡ah!, y siempre discutidores contra los contadores públicos. Me da la impresión de que con descalificaciones, van a lograr su lugar en el mundo profesional. Ellos, los administradores, tienen muy bien delineada su área de trabajo, no tienen por qué meterse en otros campos.

Pero volviendo a lo que dijiste, de que por acá es muy cómoda la postura de los jefes, ¿en verdad así lo crees?, que nadie trabaja –cuestionó el técnico.

–No digo que no trabajan, lo que digo es que hay mucha comodidad, porque la responsabilidad siempre la llevarán otros, porque aquí sólo basta con obedecer. Sólo por ponerte un ejemplo, hablemos del administrador de una delegación. A él le corresponde vigilar el presupuesto de gastos, el cual, ya de origen, está definido desde el centro, por renglones, en lo que se ha de erogar, y basta con cuidar que no se traslapen renglones para dar por cumplida su función. La nómina del personal ya se la mandan elaborada, ni siquiera tienen que hacer cálculos de impuestos, todo está hecho y sólo se limita a abrir la caja para pagar. Los pagos a constructores, ya vienen los cheques elaborados desde el centro, sólo espera el Visto Bueno del técnico, para autorizar el pago. Para devolver fondos de ahorro a derechohabientes, lo mismo, en la delegación no se dictamina si procede o no la devolución, simplemente son receptores de papeles en un expediente integrado por el mismo trabajador en el área jurídica, se envía ese expediente al centro, para pedir los fondos y cuando ya se los sitúan desde el centro, se elaboran los cheques para entregárselos a los beneficiarios, es más, el dictamen de procedencia se hace en oficinas centrales, y así, podríamos ir operación por operación, incluida la misma contabilidad, porque los registros contables se llevan en el centro, aquí simplemente son recopiladores de comprobantes para ser enviados al centro a contabilidad y al archivo. Lo mismo podríamos decir del área del Jurídico, ya que todos los documentos oficiales nacen en el centro, aquí no se contrata ni se litiga nada, y para colmo, lo que sí se debiera hacer en forma local, porque eso sí compete estrictamente a lo local, no se hace, es más, ni

siquiera existen las áreas que debieran encargarse de esas actividades... ¿Tienes idea de lo qué digo?, ¿a qué me refiero?

El técnico se quedó pensativo, y después de haber hecho algunas suposiciones, por cierto muy alejadas de lo que *Tito* percibía, se daba por vencido: –No. No me imagino siquiera a lo que te estás refiriendo, ¡dímelo!

–A la vigilancia de los evasores que no le pagan al Infonavit las cuotas, porque ¡eso sí!, hay muchos y localmente son muy conocidos. Así como el IMSS tiene sus auditores de empresas, que vigilan que no lo estén evadiendo, y que aun así de todos modos le meten goles, el Infonavit debiera tener sus vigilantes. El instituto no vigila para nada, que los acreditados que ya no tienen trabajo, paguen los créditos directamente hasta que vuelvan a tener un nuevo empleo, porque va a llegar un día en el que la cartera vencida lo va a asfixiar, como todo aquel que presta y no cobra, lo mismo le puede suceder al Infonavit y creo que está muy confiado. Ya son varios los años que tiene de operar el instituto, y no se vigila que le paguen. Bueno, pues esto es algo muy local, y no lo hace, ni desde el centro ni localmente, pero a los delegados ni les importa, porque su chamba es muy cómoda también, y no les interesa meterse en problemas. Allá el centro que se preocupe. Por eso creo, que si algún día se descentralizan operaciones, las delegaciones van a parir chayotes.

–El Infonavit cree que desde el centro lo puede hacer todo, hasta controlar, pero está visto que hay cosas de las que ni siquiera se da cuenta. Por ejemplo, lo que vimos allá en los patios del ferrocarril. A mí siempre me ha llamado la atención que esos materiales estén ahí, y como te digo, hasta donde me he dado cuenta, ya tienen mucho tiempo ahí y nadie dice nada.

–Como cuánto tiempo llevarán ahí, ¿eh?, preguntó *Tito*.

–No podría precisarlo, pero si calculamos, algo sabremos. Mira, si la Unidad Habitacional 1º de Mayo, que es donde se utilizó aquel material de nombre raro, el 'Plastónium', se hizo en el año 73 ó 74, más o menos, a la fecha ya tiene por lo menos cuatro años si no es que más, y mientras tanto, no me imagino cómo es que están ocupando furgones y lugar en los patios del ferrocarril, yo no creo que sea gratis. Pero, como te digo, nadie sabe ni quiere saber de aquello. ¿Y las Oficinas Centrales?, ¿qué onda?

–Por eso te digo que es muy cómoda la chamba de jefe de área en una delegación, porque la responsabilidad en una operación, desde que se autoriza y hasta que se contabiliza y archiva, es de Oficinas Centrales, luego, con el cuento de que, físicamente, lo que adquiere está situado lejanamente, en una delegación, no está viendo las cosas y de ellas no sabe de nada. Finalmente, los que están cerca, simplemente asumen una actitud pasiva. Así, me he encontrado terrenos, materiales básicos en una bodega sin ningún control, materiales raros, un departamento que compra pero que no controla y, para colmo, un centralismo enfermizo –aseguró *Tito*.

–Y eso que apenas empezamos. ¿Qué va a suceder cuando ya tengamos más años de operaciones?

–Lo peor será cuando para entonces muchos de los responsables de todo esto ya no trabajarán en el instituto. A ver quién va a desenredar todo este desmadre. Muchas operaciones ya estarán truncas, o sea que ya no tendrán una ilación para enlazar todos sus componentes, nadie las va a entender. Va a haber muchas pérdidas.

Aquella carretera hacia el norte, era recta, y parecía interminable. La conversación había hecho menos tedioso el trayecto. Dos poblaciones pequeñas ya habían sido cruzadas, Magdalena de Quino y Benjamín Hill, y a los ojos de *Tito* no pasó inadvertido el hecho de que, a las orillas de aquella carretera, había una cantidad impresionante de latas de cerveza vacías, desechadas o tiradas como a propósito, como si existiera una consigna colectiva de llegar a ver tapizadas, algún día, las laterales áridas de la carretera Hermosillo-Nogales.

Se empezaron a ver los primeros caseríos de aquella ciudad fronteriza. A lo lejos, se apreciaba como si se tratara de un cañón a donde se iban introduciendo la vía del ferrocarril, lo mismo que la carretera, un gran hueco o pasadizo, formado entre montañas. Ya era de noche y el viaje había terminado. Estaban en Nogales.

Se instalaron en un hotel cercano a la Línea Fronteriza con Nogales, Arizona, que lleva el nombre de un fraile. Pasadas unas dos horas, después de haber cenado, estos amigos, atraídos por un gran jolgorio que se escuchaba en un sector de la calle 'Elías' decidieron irse caminando hacia el mismo. A decir del técnico, acababan de pasar unas fiestas que por ese rumbo llaman Fiestas de Mayo, pero que, con o sin esas fiestas, la gente acostumbraba irse a escuchar música y a tomar cerveza a ese sitio, motivados más aún por el calor agobiante

del lugar y por lo ya cercano del fin de semana. La gente caminaba por aquella calle de apenas dos cuadras de largo por una de ancho donde había algunos sitios para divertirse, que eran los primeros conceptos de Discotecas que, por lo mismo, no necesariamente eran para escuchar o bailar música moderna, sino que se escuchaba de todo, mariachis, bandas, acordeones, etc. Del tema Infonavit no se volvió a tratar nada. Era tan distrayente aquel lugar y su ambiente, que hubiera sido un verdadero sacrilegio desaprovecharlo, mezclándolo con un tema tan prosaico.

Al día siguiente, acudieron a las oficinas que servían para atender a las necesidades de los lugareños, en materia Infonavit. Las instalaciones dejaban mucho que desear, para los fines perseguidos. Ni en amplitud, ni en confort, ni en mobiliario, ni en capacitación del personal para orientar a los derechohabientes o a los empresarios, etc., simplemente un lugar de reunión. Cuando *Tito* requirió de datos respecto a lo que habría de suceder, durante los dos meses siguientes, no encontró absolutamente nada. Una ignorancia total en torno a todo lo que en el lugar sucedía. *Tito* no se imaginaba siquiera lo que habría de venir en los siguientes días.

Llevado por la curiosidad, *Tito* pidió al técnico que lo llevara a aquella Unidad Habitacional construida con el Plastónium. Esa Unidad quedaba en las afueras de lo que, entonces, abarcaba la ciudad. La sorpresa de *Tito* fue mayúscula, nunca se imaginó lo que realmente iba a presenciar. Era un conjunto de unas 100 viviendas, construidas con aquel material, que apenas sí tenían un par de años de que habían sido terminadas y ocupadas, y ya eran una verdadera burla. En su gran mayoría aquellas construcciones ya presentaban un deterioro propio de viviendas de unos 15 años de antigüedad por lo menos, pero sin haber recibido mantenimiento alguno, bueno, ni tan siquiera pintura en las fachadas. Se les había dejado el mismo color de aquella especie de láminas blancas, formadas por dos caras de aglomerado rellenas de yeso y engrapadas una con otra, unidas con un armazón previo, etc., en fin, casas 'prefabricadas'. Eran unos enormes cajones, con ventanas y puerta. Si a alguien se le hubiera ocurrido, como con toda seguridad algo así sucedió, meter un clavo, simplemente la pieza se hubiera desmoronado. Indignas de ser llamadas viviendas, sobre todo porque no eran un regalo para los acreditados, sino una venta de algo que distaba mucho de ser producto de una operación honesta, entre quien fabricó aquello y lo vendió a un necesitado, en fin, un verdadero abuso.

A pesar de aquellos cajones ya con agujeros, y en franco estado de inutilidad, había moradores dueños de los créditos, pero había también casas ya abandonadas, completamente destruidas y desmanteladas, con toda seguridad por delincuentes; había otras que estaban siendo ocupadas por ilegales, o por aspirantes a cruzar la frontera hacia Arizona, es decir, que aquello era tierra de nadie. ¿Quién había autorizado aquello?, ¿la compra de ese material?, ¿la edificación?, ¿la utilización de un terreno digno de ser utilizado en un mejor proyecto?, así, muchas preguntas que quedaron sin respuesta. *Tito* no daba crédito a lo que estaba viendo, y el técnico para remarcar todavía más la sorpresa de aquél, le dice: –Ahora viene lo peor…; –¿Qué?, ¿acaso hay algo más?

El técnico, visiblemente motivado y con su acento lugareño, dice: –Por lo menos este material ha sido edificado y le sirve a alguien, que sin querer justificar lo que está sucediendo, lo quiero ver con ojos de misericordia para con estos infelices que no poseen, ¡ni madre!, y que, arrastrándose con sus familias, sólo esperan una oportunidad para largarse mucho a la chingada de aquí, en donde no conocen más que la miseria. ¡Ven!, para que te acabes de zurrar. Quiero que veas algo que bien justificaría un informe a base de mentadas de madre. ¡Qué bueno que ya hay alguien que informe de este pedo!

Qué lejos estaba el técnico de saber que la misión de *Tito*, no era la de investigar ni informar nada acerca de aquello. Su programa era otro. El destino lo puso al frente de este asunto, porque lo que ahí sucedía también motivó que la comisión se extendiera por los dos meses siguientes, y del desenlace de todo este embrollo *Tito* se habría de enterar en fechas futuras.

Siguiendo por esa misma vialidad, que ya en esa zona de la ciudad era la orilla, un poco más adelante el técnico detuvo la camioneta e invitó a *Tito* a bajarse: –Ven para acá contador. Para que veas lo que hay aquí.

–¿Este terreno es del Infonavit?; –Sí. Se llama Los Encinos. Es muy grande. No recuerdo la medida, pero es una de las adquisiciones más grandes en esta ciudad, así lo tengo entendido. Se tiene en reserva. Todavía falta desarrollarlo y urbanizarlo. Ahora es reserva territorial.

Habían abierto una puerta, que no era más que una alambrada de púas y caminaron hacia adentro del predio como unos 100 metros, cuando se empezaron a ver, tirados y casi enterrados, porque en época de lluvias se hacía un arroyo por ahí y todo se cubría de barro, materiales consistentes en cajas de cable para

instalaciones eléctricas, sin abrir aún; acometidas para esas instalaciones, por cientos; tornillería; lámparas para los exteriores de aquellas viviendas que momentos antes habían visto; paquetes de cabinas para WC y baños con su lavabo y todos sus aditamentos; etc. O sea que ahí estaban depositadas 400 de las 500 viviendas 'prefabricadas', que se habían adquirido en los Estados Unidos para edificarlas en la Unidad 1º de Mayo, pero que, por causas desconocidas, o tal vez porque luego luego se dieron cuenta de que no podían servir como casas-habitación, y menos que pudieran cumplir con el requisito de ley, consistente en que aguantaran un posible uso de 30 años, solamente se armaron o edificaron 100, que eran aquéllas, las que acababan de ver un poco antes, ya casi destruidas. También había, empaquetada aún, madera. Se trataba de una parte de aquella madera que estaba en los furgones del ferrocarril en Hermosillo, la cual todavía se podía identificar por aquel letrero porque casi era visible; pero en la que ahí estaba, en ese terreno, a la intemperie, ya casi era imposible leer, porque el sol y la lluvia lo habían borrado, pero aquello de Oregon, no dejaba duda. Al tocar aquellas piezas de madera empacadas, se sentían perfectamente lijadas, sin torceduras por ser madera tratada especialmente para usarse en construcción de casas, sobre todo para exteriores.

–¿Qué te parece contador? Ni te lo imaginabas, ¿verdad? Como podrás ver ya ha pasado un buen tiempo, porque hay mucho material enterrado. Pero todo está perfectamente conservado. Listo para ser usado. Yo no sé por qué no lo venden y se ocupa la lana en algo más benéfico.

–Lo más extraño es, ¡el porqué no se lo han robado!, si no hay ni quien vigile.

–Creo que lo hubo por un tiempo, pero como no era personal del Infonavit, sino un velador contratado por fuera, como ya de las Oficinas Centrales no quisieron enviarle su paga, que no era mucho, pues ya no volvió. Ya tú sabes ese desmadre de oficinas centrales, si no son ellos los que contratan, no lo podemos hacer por acá, aunque nos esté llevando la chingada, porque se fijan en los centavos, pero tiran los pesos. Lo que sé, me lo comentaron el administrador y el delegado, pero más allá, nada. Y sí se han robado algo pero, por suerte, como no está muy a la vista, sino muy metido por acá, entre las ramas y estos árboles, pues se ha salvado.

–Pues no estaría mal levantar un inventario y compararlo contra lo que se compró, y tomar en cuenta lo que se construyó, para saber si se han robado o no algo importante. Porque así, nomás a simple vista, da la impresión de que no, pero yo lo dudo. Con tanto necesitado por aquí cerca, ¿tú crees que no?

–Pues porque no lo han alcanzado a ver. Y yo más bien creo, que se debe a que los intereses de esa gente no están para este lado del camino, sino más bien para allá, hacia el centro, hacia la Línea (así se le decía a la Línea Fronteriza), en donde siempre están al pendiente de cualquier chanza para pelarse para adentro. Para este lado, no hay ni rutas de camiones y esa gente sólo anda en camiones, no tienen nada a qué venir hacia esta parte.

–Pero, el mismo velador aquel o quienes sabían de este lugar, sus familiares, amigos, y en fin. Está raro.

–Yo pensé lo mismo, pero, a decir del delegado, ese velador era un albañil que le hizo unas chambas en su casa, y de ahí se lo trajo para acá. Fue alguien de mucha confianza, que no era de aquí, que era de Zacatecas, o algo así. Que no conocía a nadie de por aquí, y finalmente, logró pasarse a Estados Unidos. Porque ése era su objetivo al llegar aquí a Nogales.

–Oye, y el delegado, ¿cuándo regresa?, porque me dijeron que andaba en Obregón y luego que de ahí se fue a México, ¿tú qué sabes?

–Así es, y no sé si regrese este fin de semana o se quede para la próxima semana por allá. Ése es uno de los problemas que enfrentamos por acá, o sea, que por la misma lejanía y por ese centralismo, los delegados, tengo entendido que todos, tienen que estar viajando constantemente para oficinas centrales, ¿no lo conociste?

–No. Y a lo mejor no lo voy a conocer.

En realidad, ya no tenían nada qué hacer en aquel terreno y decidieron regresar a la oficina.

Era ya más del mediodía y con un calor infernal, cuando entraron a aquel lugar que se utilizaba como oficina local. En el interior el clima mejoraba gracias a un enfriador de aire, pero eran demasiados adentro. Dos mujeres atendiendo a derechohabientes, el técnico y *Tito*, más los que se encontraban realizando algún trámite, que en total serían unas 20 personas, de modo que aquel aparato de aire, no daba para mucho. *Tito* aprovechó para hablar con su jefatura en México, a pesar de la dificultad para explayarse en torno a lo encontrado en Nogales, hizo más o menos una exposición clara, de tal modo que Maldonado entendió bien el mensaje y, aunado a lo poco que ya había investigado, porque la documentación estaba en Hermosillo, tal y como se lo había propuesto a *Tito*,

Maldonado le comunicó que se había tomado la decisión de investigar directamente en esa delegación todo lo relacionado con ese asunto, y que, por instrucciones de la Dirección General, era necesaria la permanencia de un elemento del departamento de Auditoría Interna en el lugar, para que después de hacer un recuento de lo encontrado rindiera un informe y después, con ese documento, tomar alguna decisión. *Tito* debía permanecer en Nogales, hasta nuevo aviso. Como primeros pasos a seguir, *Tito* sugirió a Maldonado, el levantamiento de un inventario, y la construcción de una especie de bodega con madera, de la que ahí había bastante, para poner a resguardo lo que pudiera llevar riesgo, no sólo de perjudicarse, sino de ser robado. Maldonado estuvo de acuerdo y le señaló que, en un par de días, le tendría noticias acerca de los fondos que solicitaría para pagar a algunos carpinteros que construyeran aquella bodega. Antes de colgar el teléfono, Maldonado pidió a *Tito*, que enviara por paquetería los papeles de trabajo y un informe acerca del programa que en principio era el motivo de aquella visita y que siguiera con el asunto de los materiales, empezando por hacer un presupuesto de lo que costaría aquello y que se lo comunicara a la brevedad. *Tito* se dirigió al técnico para comunicarle lo hablado con su jefe en México: –Me ordenan que me quede.

–¿Cómo?, ¿qué pasó?, o sea que me voy a regresar solo.

–Me dieron la orden de no moverme de aquí, hasta no hacer un recuento del material que vimos.

–¿Ya lo ves?, por andar abriendo la boca te cayó chamba. Te lo hubieras guardado y así no te hubieran dejado.

–La verdad, me agrada la idea. Me gusta conocer otros lugares, además este asunto me tiene inquieto. Ahora sí, ya podré solicitar todo tipo de información.

–Bueno, pues siendo así, qué bueno que no te desagrada. Vámonos a comer ahora, porque por lo que a mí respecta, me regreso hoy mismo, ya he estado mucho tiempo fuera de la casa y ya extraño a mi 'Morrito' (su hijo).

Después de comer el técnico dejó en el hotel a *Tito*, para luego regresarse a Hermosillo. Realmente, las labores se iban a iniciar hasta el siguiente lunes, ya que era necesario contar con la seguridad de aquellos fondos para contratar a unos carpinteros y a dos elementos que le ayudaran al levantamiento del inventario. *Tito* debía investigar cuánto pedirían los carpinteros por hacer aquel trabajo y

cuánto costarían dos elementos que le ayudaran, no sólo a contar sino a acarrear materiales para ser guardados, y luego informarle a Maldonado cuánto se debería solicitar. A partir del siguiente día, ya viernes, inició la labor y se pudo obtener el monto de la partida y después de ser aprobada, se dio la orden a *Tito* para que iniciara el levantamiento del inventario y de la bodega. Los trabajos se desarrollaban a pleno sol, en medio de aquel terreno lleno de maleza, con barro y arenilla muy seca, fina y rojiza, producto de las corrientes de agua que por ahí bajaban en tiempos de lluvia. Muchas de las veces era necesario escarbar para poder liberar paquetes que se encontraban bajo el barro seco. De plano, dos elementos no fueron suficientes y, para colmo, no se podía utilizar gran parte de la luz del día porque no se aguantaba mucho trabajar bajo aquel sol inclemente. Así, el tiempo empleado para dar por terminada la labor, fue de dos meses. Gracias a que en Nogales todavía quedaban vestigios de aquellas Fiestas de Mayo, y, por lo mismo, en la calle Elías, todas las tardes, al filo ya de la noche, renacía el jolgorio y la música de las bandas, *el Mariachi*, *los Fara faras*, y la multitud aquella que se juntaba, en su mayoría mujeres, que eran ocupadas en la industria armadora de artículos transistorizados japoneses, que por esos años setenta, estaban muy en boga, como decíamos, gracias a eso, la estancia de *Tito* allá por Nogales fue placentera, durante los dos meses que duró la comisión.

Terminada la recolección de todo aquello, una vez ordenado y contado, lo mismo que puesto al cuidado de un velador, *Tito* regresó a las oficinas en Hermosillo para solicitarle al administrador las facturas que respaldaban los materiales, y así poder evaluar el inventario, según los costos de adquisición. Esto se llevó a cabo y luego se procedió a solicitar que lo que estaba aún a bordo de los furgones de ferrocarril, fuera contado para proceder a su valuación y terminar con aquel trabajo. A esta última solicitud, no se le daba trámite por parte de la delegación y *Tito* informó a su jefatura. Maldonado quedó de tratar el asunto con el delegado y en oficinas centrales. Transcurrió toda la semana prácticamente sin hacer nada, finalmente, en una tarde de viernes, *Tito* recibió un telefonazo de Maldonado que le daba la indicación de regresar a oficinas centrales. *Tito* se regresó a la ciudad de México al siguiente día de haber recibido aquella orden. Se podía decir que en el ánimo de *Tito* ya existía el deseo de estar en el DF, por aquello de que en esa ciudad estaba su modo de vida, sus amistades, su casa, y, pensando en lograr el sábado desde muy temprano llamó a Martín para ver, en caso de que éste no tuviera algún compromiso, la posibilidad de irse por ahí, a uno de tantos y tan variados lugares con que cuenta la capital. Afortunadamente para *Tito* su amigo estaba disponible e incluso se ofreció para ir al aeropuerto a esperarlo, esto favoreció para que aquel sábado pudieran disfrutarlo desde muy temprana

hora. En el trayecto al departamento de *Tito*, éste sugirió ir a comer comida oaxaqueña a la Casa Neri, en la colonia Portales, con la intención de irse después a algún otro lugar.

–Oye *Tito*, yo entiendo que traes ganas de ir a algún lugar que te ofrezca una variante de lo que has de venir harto, ¿o no?, pero da la casualidad de que, la semana pasada, de ahí del departamento de Auditoría, organizamos una comida de fin de semana y precisamente fuimos a ese lugar. Vamos a otro, ¿te parece?

–Por mí, no importa, con tal de variarle ya, ¿qué tal si vamos a la Polar?

–¿Y en dónde está ese lugar?

–No me digas que no lo has visto. Está cerca del teatro San Rafael, en la colonia San Rafael, ¿ya te ubicaste?; –Creo que sí, pero no lo conozco. Y ahí, ¿qué onda?

–Pues la especialidad es la birria, la cerveza o los tragos de lo que quieras. Los cancioneros y lo demás, tú sabes, el ambiente, eso que tanto extraño.

–Sí ya sé. Tu *Ciudad de la fantasía*, ¿o me equivoco?

–No, para nada. Tengo ganas de una noche misteriosa y ésta, no me la pierdo ahora, ¿cómo ves?

–Pues por mí, soy materia dispuesta, ¡ya rugiste!

–Pero primero vamos aquí al depa..., para dejar mis cosas y luego le seguimos.

Cuando llegaron al departamento de *Tito*, una de las primeras cosas que hizo éste fue oír los recados de la grabadora. Había cantidad de llamadas, destacando, por el momento, aquellas que se referían a invitaciones a los clubes de gente sola, que, naturalmente, ya eran de fechas muy pasadas. No obstante, había una que coincidía precisamente para ese mismo sábado. *Tito* tomó nota del domicilio a donde se estaba citando, y de inmediato salieron hacia el lugar planeado para ir a comer. En realidad ya era algo tarde para eso, pero con el hambre que tenían, la hora no importaba.

–Fíjate, *Tito*, que yo sí he asistido a algunas de esas reuniones porque también me han llamado; –¿Y qué tal?, ¿cómo han estado?

–Muy bien, como siempre, lo malo es que no me gusta que la Meche y yo coincidamos, pero eso es inevitable. Eso sucedió en dos ocasiones.

–¿Qué?, ¿ya no la llevan bien? ¡Cuidado!, eh?, porque estamos "pendientes de un balcón", con eso de la cuñadita ¿eh?, no te me hagas el que ya se le olvidó.

–No, hombre, para nada. Estamos bien, pero tú sabes cómo son estas cosas. Hay tanta chanza de conocer amiguitas en los clubes que es un desperdicio amarrarte. Con la Meche las cosas andan bien. Pero es algo absorbente. No me reclama ni exige nada, pero no deja de presentarse en los clubes repentinamente, y ya después ni ella ni yo sabemos qué decirnos. Los dos sabemos que no queremos un compromiso pero, muy en el fondo, nos seguimos los pasos. ¿Por qué chingados somos así?

–Sí. Yo sé de eso. Pero no podemos chiflar y comer pinole. Pero, ¡a poco va a todos los que tú conoces!, según me dices ella es de las de acá, de mucha alcurnia, o así lo entendí, no creo que asista a todos.

–Es verdad, no asiste a todos, es más, yo creo que no ha oído hablar de todos ellos, pero no faltará quién se lo comunique, porque ya ves cómo nos revolvemos y nos encontramos unos con otros en diferentes clubes. ¡No somos los únicos!, muchos picamos en todas partes.

En estos temas estaban cuando ya iban entrando a aquel lugar que, por ser sábado, estaba prácticamente lleno, sin embargo encontraron una mesa allá en un rincón, pero eso ya no tenía importancia.

–Lo dicho. El Chava Flores no se equivoca. *Sábado DF*. ¡Ni hablar!

–¡Esto es vida!, lo demás... son puras migajas. No me cabe la menor duda, soy rata de ciudad. Con tantos días allá en el monte, ya me sentía como fuera de la civilización.

–Oye, de veras. Vienes muy tostado, pues ¿qué?, te fuiste a la playa o ¿qué fue lo que te pasó?

–¡Ni madres!, fue una chinga de dos meses allá en pleno monte, levantando un inventario.

–Sí, algo me decía Maldonado.

–Pero no venimos aquí para hablar de eso. Vengo hasta la madre de aquello. Ya hablaremos en la oficina del asunto. Por ahora, ¡que vengan las otras, con botana y cacahuate!, como dijo *el Piporro*; tengo ganas de agarrar un cuete de nevero, como dijo Pedro Infante.

A partir de ese momento, lo que siguió fue lo deseado. Que la *Ciudad de la fantasía* no niega nada a quien le sabe encontrar el gusto. Lo que comieron fue bien poco, pese al hambre que traían, sobre todo *Tito*, pero las copas se siguieron muy rápido, casi durante unas tres horas, y el ritmo fue el mismo.

–¿Cómo la ves mi Martinianus?, qué tal si vamos al Codac. Aquí tenemos la dirección. ¿O qué vamos a hacer después de aquí?, porque ya no tardan mucho en traernos la cuenta, para correrno. Ya ves que estos lugares los cierran temprano, y de irnos a cualquier otra piquera o al club, pos yo creo que el club.

–¡Chin, marín!, vámonos al club, porque ya con este pedito que siento lo mejor es no correr riesgos. Ahí nos la mareamos y le vamos bajando al acelerador poco a poco.

Tal vez transcurrió una hora más y la cuenta les fue presentada y salieron del lugar con rumbo al club.

.

–Me gustó el lugar, pero como que estábamos muy fuera de lo que es el ambiente.
–Sí, Martín quedamos muy mal parqueados, otro día venimos pero temprano, porque si no, no disfrutamos de todo el jolgorio.

Entre temas sueltos y comentarios de aquí y allá, llegaron a la colonia Santa María, que era en donde se encontraba el domicilio apuntado por *Tito*, seguramente de alguien que ofreció su casa para aquella reunión del Codac, que era un club auténticamente itinerante. La San Rafael y la Santa María, son colonias vecinas, y solamente tuvieron que atravesar varias calles, lo cual facilitó la llegada a buen tiempo al club. Ambas colonias, son de lo más antiguo de la ciudad y tienen un especial toque porfiriano. Casonas grandes, con jardines y enrejados envidiables.

El domicilio estaba muy cerca de la hermosa Alameda Santa María. Se trataba de una residencia verdaderamente impresionante. Cualquier parecido a una película de *Tin-Tán*, de los años cincuenta, era mera coincidencia. La rutina de siempre. Al llegar fueron buscados en el registro de invitados; firmaron, pagaron y entraron. Ya se encontraba una buena cantidad de personas en el lugar. Unas áreas muy amplias, con un mobiliario muy adecuado y con un gusto refinado. Martín, le comenta a *Tito* de manera muy discreta: –Pinche *Tito*, me siento como filmando una película, de esas en blanco y negro.

–Sí. Hasta parece que veo en blanco y negro, como si se tratara de una de aquellas películas. Pero la verdad, me gusta un chingo. ¡Mira nada más qué escalinata!, ¡blanca!, parece de mármol.

–Y los candiles y las cortinas, todo…, de pocas emes.

Estaban admirando todo aquel escenario, tan auténtico y tal vez ya tan perdido con el paso de los años, en este modernismo que no acaba por detener su destrucción, cuando apareció el anfitrión, quien les dio la bienvenida y los invitó a que pasaran al bar a servirse lo que quisieran, dándole órdenes a un sirviente para que los atendiera. Se trataba de todo un señor. Un libanés con el acento de su idioma de origen aún muy marcado; impecablemente vestido, muy sobrio y además, con una presencia o personalidad muy especial.

Los dos se dirigieron al bar, siguiéndole los pasos a aquel sirviente, quien los precedió. Todo estaba de maravilla. Mujeres bien ataviadas, ambiente distinguido, música suave y bien escogida y sólo se oían los murmullos de la gente. Todo en su lugar

–Oye, *Tito*, tenemos que llevárnosla suavecita, porque si seguimos al mismo paso, se nos va a subir el pedo, y la vamos a 'cagar'. Yo no quiero perderme esto, porque, mira nada más, ¡qué señoras! Bueno, hasta los galanes se vé que son de catego... casi todos.

–Sí, casi todos, menos tú y yo. Si nomás porque fuimos invitados, que si no ya nos hubieran corrido. Venimos en pura facha, Martín.

–Pero me extraña la forma en que se conducen todos, como si se hubieran puesto de acuerdo o como si ya fuera algo entendido previamente, ¿tú ya habías asistido a reuniones de este club?

–Solamente allá en el restaurante del Club Libanés, pero ahí sólo se va a tomar café y es una reunión como en un café común y corriente. La verdad es que nunca había estado en una reunión como ésta, como se trata de un club en el que se reúnen, por lo general divorciados yo creo que por eso las reuniones son muy esporádicas o, no se cómo esté la cosa.

Todo transcurría sobre rieles, todo era prometedor, poco a poco, el ambiente se iba calentando, por así decirlo, y la actitud apaciguada de la gente, empezaba a cambiar, cuando de pronto, Martín llama la atención de *Tito*.

–¡No la chingues!, ¡no puede ser!, ¡ahí esta la Meche!, como por arte de encanto, o más bien de desencanto, las cosas se venían abajo para Martín.

–¿En dónde está?, ¿quién es?, le señaló Martín el sitio en donde se encontraba la mujer y *Tito* la pudo reconocer porque ya la había visto en otros lugares.

–¡Ah!, ya sé de quien se trata. Es una mujer muy bonita y nada alocada. En lo poco que la he visto siempre me ha parecido muy buena onda.

–Sí, hombre, y qué bueno que te oigo esa opinión, pero, y ¿ahora?, ¿qué hacemos?

–Pues qué vas a hacer tú, porque lo que soy yo, no me quiero ir invicto de este lugar.

–¡Por eso!, porque yo ya estaba pensando lo mismo, pero... eso es a lo que me refería en la tarde, que me la encuentro, precisamente en donde no quiero.

–Bueno, mi cuate, para que veas que no soy gacho, dime una cosa, qué tal si nos vamos sin que ella se dé cuenta, y así, si cuando la vuelvas a ver te dice que vino, pues quiere decir que tú eres su mero *machín rin*, pero, si te lo oculta, pues guárdaselo para su momento y así ya te liberas y dejas bien claras las cosas, porque, al menos yo, ya lo tengo por bien entendido, porque ya pasé por eso también, no es bueno involucrarse a fondo con nadie, pues eso significa tener un policía que te estará marcando el paso a todas partes, y quien quiera disfrutar de estos lugares tiene que agenciarse de una buena dosis de cinismo, de un pragmatismo tal, que haga que todo te valga madre. Así, no pides cuentas, para que nadie te las pida. Estoy convencido de que los humanos somos unos perfectos 'monógamos' …infieles.

–¡Ándale filósofo!, eso es un contrasentido, ¿no lo crees?

–Así parece, pero, a la vez que nos gusta la exclusividad, nos encanta andar de flor en flor. En estos lugares es muy frecuente observar lo que te digo. ¿Si no?, nomás empieza a observarte de aquí en adelante y a observar a la Meche también. O caes en el pragmatismo de que te hablo, o te vas a meter en un mundo de broncas que te va a envejecer, porque te van a salir canas verdes.

–Sí, creo que sí. Ya empiezo a sentir celos, y sin embargo aquí estoy yo también. Viéndolo bien, creo que sería un buen puntacho ver qué ojitos pone cuando la vuelva a ver. Sería interesante experimentar lo que viene. Vámonos sin que se dé cuenta. Aunque estaría de la chingada si alguien que ya nos liga, me hubiera visto por aquí, se lo va a decir.

–Bueno, pues juégatela. Por ahora, ya nos la pelamos, no podremos disfrutar de lo que tenemos a la vista. Ni modo.

Efectivamente, los dos amigos, salieron de aquella casa procurando no ser vistos por Meche y no llamar la atención de nadie. Iban pensativos, Martín tal vez pensaba en lo que estaba por suceder, en tanto que *Tito* tal vez pensaba en ¿adónde seguirla?, porque la noche aún era joven. Cuando ya iban en el auto el silencio se rompió:

–¡Vamos a un lugar de esos en donde haya concurso de tangas! (antecedentes de lo que después serían los *Table Dance*), ¿cómo ves *Tito*?

–Por mí, a donde sea, con tal de no exponernos a que una pinche patrulla nos detenga y nos la haga de pedo por andar de borrachotes y manejando, ya ves que esos güeyes sólo a eso se dedican.

Iban transitando por la avenida San Cosme y llegaron al cruce con Insurgentes, luego se dirigieron hacia el sur para llegar a la Zona Rosa que es donde abundan todo tipo de lugares nocturnos y buscar uno de esos bares.

El siguiente lunes, ya en las oficinas, *Tito* y Martín recordaban lo sucedido el sábado, por lo que salía a relucir aquella afirmación de *Tito*: en el DF sabes en dónde inicias la parranda, pero ni te imaginas en qué lugar y en qué condiciones vas a terminar, pues a cada paso te van sucediendo cosas que van variando los acontecimientos, basta tan sólo dejarte llevar por ellos para subirte al carro de

las sorpresas. Ellos habían terminado aquella juerga almorzando tacos de barbacoa y consomé de carnero, en el mercado de Portales. Apenas *Tito* iba a platicarle a su amigo lo vivido en la Delegación de Sonora, cuando fue llamado por Maldonado a su privado, en realidad no había mucho qué informar, a no ser que ahora lo pusiera por escrito. Hablaron de lo que ambos ya sabían. *Tito*, no obstante intuía que Maldonado ya se había enterado de algo de lo que él apenas sí sabía pero que no lo daba a conocer posiblemente por indicaciones superiores. Incluso, cuando le preguntó acerca del posible destino de aquel material encontrado, su jefe no quiso comentar nada y claramente desvió el tema, diciéndole que continuara con lo relacionado a los Profesiogramas. La sesión terminó y cada quien continuó con sus actividades.

Tito salió del despacho de Maldonado, tratando de no mostrar su disgusto que justificadamente le nacía; sobre todo porque cada vez que surgía un asunto importante, al cual se le debería seguir tratando hasta sus últimas consecuencias, simplemente se le hacía a un lado. Tal cosa se dio en el programa relativo al Dpto. de Promoción Industrial, que finalmente vino siéndole asignado a Martín, quien a pesar de la gran amistad que entre ambos existía, aparte de la confianza, aquél nunca comentaba nada acerca de los avances, o rarezas que a todas luces existían en ese departamento. Todo hacía suponer que había una consigna para que Martín no divulgara nada. Esta sospecha no había inquietado a *Tito* hasta esos momentos, todo parecía ser una cosa natural; pero, tan luego salió del privado de Maldonado, y como producto del disgusto que le causó que no se le comunicara ni un sólo dato de los obtenidos por su jefe acerca de aquellos materiales encontrados en la Delegación Hermosillo, y la forma tan burda en la que se le dijo que continuara simplemente con el programa relativo a los profesiogramas, *Tito* empezó a desconfiar del comportamiento de su jefe, porque no correspondían los hechos observados con las referencias que de él le había dado Martín en su momento, tal vez *Tito* no percibía que ésa era la virtud del jefe, su capacidad de adaptación a las circunstancias y por lo mismo, de sacar provecho. Hubo un momento de reflexión y *Tito* consideró natural que Martín le guardara fidelidad a su jefe y amigo, aunque no le quedara muy claro si los 'secretos' a guardar realmente valían la pena; por otro lado juzgó razonable esperar los acontecimientos futuros, en torno a lo observado en Sonora, tal vez lo llamaran para alguna aclaración o para continuar con algo, dependiendo de las decisiones del director general. Sin embargo se le metió en la cabeza que, de ahora en adelante, no debería ser tan abierto con Martín, ni comentar nada acerca de sus impresiones sobre el jefe. Su intuición correspondía claramente a aquel juicio maquiavélico: 'No se debe confiar mucho en los amigos del jefe'. Envuelto

en un mar de reflexiones, *Tito* decidió planear bien las cosas si quería permanecer en ese trabajo, lo mismo si quería ascender o ganarse la confianza del jefe. Comprendió que en el llamado sector público, las maneras de conducirse no son las mismas que en el sector privado. En aquél el concepto de patrón o jefe es algo impersonal, invisible, intangible, pues... ¿quién es, finalmente el jefe?, ¿el inmediato?, ¿el de más arriba?, ¿el subdirector?, ¿el coordinador?, ¿el director sectorial?, ¿el director general?, ¿el presidente del Consejo?, ¿el de la Asamblea?, ¿el secretario del sector al cual pertenece tal o cual dependencia pública?, o, acaso ¿el Presidente de la República?, ¡ah, porque también habría que tomar en cuenta si el empleado o subordinado de que se trate, es empleado de confianza, o bien, si es sindicalizado o de los llamados 'de base', porque en este último caso, es súper necesario considerar a los grillos, a los panegiristas de los líderes sindicales, a los jilguerillos, etc., o sea a toda esa bola de eternizados, dueños por asalto del contrato colectivo. Cuando alguien nace, la primera palabra que se empieza a estructurar es la de mamá, y cuando alguien del sector público llaga a su jubilación, la primera palabra que ya se le ha olvidado es la de jefe, la habrá odiado. *Tito*, ya aleccionado por sus impresiones, por sus reflexiones y por sus planes a futuro, decidió conducirse con fingimiento de demencia. Lo primero que hizo fue practicar esas decisiones ante su amigo. Por lo mismo, cuando se dio el momento de hablar con aquél, decidió tratar de cualquier cosa, y esperar a que Martín se interesara por saber algo acerca de cuestiones de trabajo, y de ese modo irle midiendo el agua a los camotes, observando sus reacciones y las consecuencias de todo lo que comentara. De acuerdo con esto, también le nacían dudas acerca de aquel plan que se habían propuesto, con relación al cruce de información entre proveedores de materiales básicos, y las pólizas de cheque en la contabilidad. ¿Hasta dónde seguiría siendo un secreto entre estos dos amigos?

A la hora de la comida *Tito* y Martín decidieron no ir al comedor del instituto, sino que salieron a uno de los lugares cercanos a las oficinas; la charla se centró en todo, menos en asuntos laborales; sobre aquéllos había mucho de qué hablar. No obstante los asuntos evadidos por *Tito* poco a poco vinieron a la palestra.

–Bueno, no me has dicho nada acerca de lo de Hermosillo, ¿cómo te fue?; –¿En cuál de todos los sentidos?

–¡Ah, chingaos!, pues ¿qué?, ¿hay muchos?; –No tantos, y de lo que yo quisiera, no hay nada.

–Y, ¿qué es lo que quieres?

–Pues la verdad, siempre que voy a alguno de estos lugares, quisiera conocer a una buena chava y ver las posibilidades de planear algo en serio, ¿me entiendes?

–Claro que lo entiendo. Pero y, ¿qué es lo que no se da?, ¿por qué ese desánimo?

–Pues se ha dado de todo, con esta edad y con tantísimos lugares, discotecas, bares, clubes, etc., ¿qué no se ha dado?, pero, algo así, tal y como te lo digo, o sea, algo interesante, algo que me ancle, que yo sienta que me sujeta, que me fije en un punto, y esas cosas... que a veces me vienen como algo ya necesario, tú me entiendes.

–Claro que te entiendo, pero ¿qué acaso no ha habido nada así?, si las delegaciones están llenas de chavas y además solteras, que es lo mejor de todo.

–Es cierto, pero no se ha dado nada. Siempre me ha tocado andar fuera de donde está la jugada. Mira ahora por ejemplo, casi el 95% del tiempo me lo pasé en el monte.

–¿En el monte?, y ¿eso?

Tito hizo un breve relato acerca de los sucesos acontecidos allá en Nogales y Hermosillo, pero siempre teniendo en mente no ahondar en lo que ya había resuelto no revelar. Al contrario, procuró llevar el tema por un camino que propiciara que Martín soltara información, y medir hasta dónde, ya su amigo Maldonado, le había confiado.

–Finalmente, todo aquel material se inventarió, se guardó, se evaluó, y ahora van a ver qué es lo que se va a hacer con él, según me dijo Maldonado, porque no hay planes para ello todavía.

–Sí, parece que así andan las cosas. Lo afirmado por Martín, en esta última intervención, hizo que *Tito* parara las orejas, y se dijera a sí mismo: "¡Sí, sabe algo!, pero ¿qué?"

–¿Tú, qué piensas de esto?, le preguntó Tito; –Pues... bien, bien, no lo sé, o más bien no me lo imagino.

"Esas respuestas son evasivas –pensó *Tito*– de algo que sí sabe, pero que ahora, sólo por no dejar de contestar lo hace. Lo mejor hubiera sido que no afirmara nada, pero éste ya se ventaneó". Él mejor decidió ya no darle importancia al asunto y cambió de rumbo.

–Pero, ¿y lo tuyo?, lo del departamento de Promoción, ¿ya mero acaban?, o ¿cuánto les falta?

–Pues ahí van las cosas. Poco a poco.

–Pero, con el debido respeto, mi buen, yo creo que así, como se solicitaron las cosas, sin tanto rebuscamiento según mi programa, creo que ya deberían de haber terminado, ¿no lo crees?

–Bueno, *Tito*, es que ya hace tiempo que nos dijeron que suspendiéramos todo, hasta nuevo aviso. ¡No sé el motivo!, ya ves que no les faltan jaladas a estos pendejos. El hecho es que vamos a seguirle, tal vez… la próxima semana.

Tito trataba de encontrar en las palabras de su amigo, alguna respuesta que fuera más allá de lo escuchado, que no resultaba nada convincente; que ya de suyo era muy elocuente lo que estaba sucediendo, solamente había que darle varias interpretaciones, por aquello de que... 'desconfía y acertarás'.

–O sea que de lo que pretendíamos hacer, de cruzar información contable contra los listados de facturas de los proveedores, y todo ese rollo, ¡nada!

–Efectivamente, *Tito*, mientras no volvamos a tener acceso a su información, no podremos hacer las confrontaciones con lo contable, como lo habíamos planeado.

El tiempo para la comida ya se había agotado y tenían que regresar a la oficina. Durante el camino hacia el edificio del Infonavit, poco o nada se volvió a tratar, que no fueran comentarios acerca de los calores en la ciudad de México y los de Nogales, cosas puramente triviales, intrascendentes, pero que a todas luces era motivado por la desilusión, por todo lo que estaba aconteciendo.

Esa tarde y durante la noche *Tito* pensaba en que tal vez, ya con aquel amigo no podía contar plenamente sin que estuviera presente ese estigma de la desconfianza.

La semana transcurría de un modo insustancial. Ni Maldonado daba señas de vida, ni Martín comentaba algo interesante, ni nada. Era evidente que algo... 'algo', andaba fuera de su lugar. A mediados de semana se acercaron al escritorio de *Tito* sus auxiliares, aquellos subordinados que siempre lo procuraban y que tal vez, por su misma situación en aquel organismo, por su condición de dependientes comunes, sin más aspiraciones que las que el mismo escalafón sindical les ofrece si se portan bien, etc., tal vez por eso, era posible creer en sus actitudes, en los motivos de sus acercamientos; de modo que cuando éstos lo invitaron a un reventón para el siguiente viernes, en casa de uno de ellos, allá por Azcapotzalco, con motivo de la despedida de soltero que se iba a hacer para uno de los hermanos de Toño y que querían una onda bohemia, por lo que le pidieron a *Tito* que llevara su guitarra. Este acontecimiento hizo que el ánimo de *Tito* se viera un poco más elevado y así, llegó el fin de semana.

Tan pronto salieron de la oficina, a las 3:30 de la tarde, todos se dirigieron al lugar en donde se habría de celebrar el reventón, que iniciaría desde la hora de la comida y hasta donde el cuerpo aguantara. *Tito* decidió no regresar a la oficina esa tarde, por lo que se fue con aquellos amigos y de eso nada dijo a Martín. Serían aproximadamente las 4:30 cuando iniciaron el festín; en esos momentos estarían ahí unos 25 asistentes, en su gran mayoría amigos del festejado, quien trabajaba para Pemex. Por lo menos ocho de ellos provenían de Poza Rica, Veracruz; rentaban un par de departamentos en las inmediaciones de Azcapotzalco en la colonia Petrolera. Ya para esos momentos, tenían preparada una comida muy veracruzana, en cuanto *Tito* y sus amigos llegaron casi de inmediato comieron algo y los tragos no esperaron tampoco.

Entre comida, botanas y tragos, transcurrieron varias horas y ya iniciándose la noche, su majestad, la guitarra, entró al quite. Habiendo gente sureña en las reuniones festivas, nunca falta la verdadera bohemia y el buen son; en esta ocasión no fue excepción, pues los apasionados del canto se arrebataban el turno para entonar una canción. Nada de ruegos para que alguien cantara, al contrario, aquello era un... 'espérate tantito, la siguiente es tuya', porque, lo que eran cantantes y sugerencias, sobraban. Situaciones como éstas son un verdadero manjar para quienes pulsan la guitarra, pues no es lo mismo que toda la carga de una noche de bohemia se la dejen solamente al guitarrista, a que entre todos armen y participen en la hechura de un momento de éstos. Tal era el caso. *Tito* cayó en su mero ambiente, a él le bastaba con la simple petición de acompañar a alguien con la guitarra, que ya después él se encargaba de encontrarle el tono al cantante y de hacerle, de vez en cuando, alguna segunda. La noche era joven y

prometedora, y las copas caían peligrosamente... bien. Uno de los asistentes era un auténtico bohemio, en su haber cultural musical, había todo un acervo de canciones, que no había rato para echarlo a perder. Salvo por un par de interrupciones en las que se comentaba la posible asistencia a aquel evento de unas amigas de aquel grupo, también paisanas de ellos, que con frecuencia los visitaban y que en esa ocasión, por tratarse de una despedida de soltero, no querían faltar para hacerle pasar 'un buen rato'. Incluso, habían anticipado que le tenían una sorpresa; según decían aquellos veracruzanos, se trataba, con toda seguridad, de un acto nudista. A pesar de que todo estaba perfectamente en su lugar, no faltaba el prietito en el arroz. Se trataba de un muchacho joven recientemente llegado a la ciudad de México y también proveniente de un lugar de Veracruz. Se veía que, tal vez por su misma juventud, aquello no era lo suyo, pues continuamente se retiraba del grupo y manifestaba alguna inquietud y de vez en cuando preguntaba a alguien, ¿a qué hora llegarían las invitadas? Su interés había ido creciendo durante aquellos días en los que la fiesta había sido planeada, Pues ya se le había anticipado que se trataba de unas 'amigas', muy complacientes con aquel grupo, y que además eran muy dadas a llevar a otras amigas a reuniones de fin de semana. Sin duda alguna, a aquel muchacho ya le habían abierto el interés, pero de manera francamente exagerada por una de ellas, de nombre Lucy que, a decir de los que la conocían, era la más guapa, la líder y a la vez, la más cooperadora, siendo esto lo que más inquietaba al mozalbete.

Como aquello de las diez u once de la noche, en plena entonación de una canción de la trova yucateca, de esas que nunca faltan ni deben faltar en acontecimientos de esta altura, se oyeron toquidos en la puerta. Uno de los presentes acudió a abrir, y apenas abierta la puerta, con gran algarabía entraron al lugar un grupo de cuatro mujeres, con botella en mano y entonando una canción: *Ya es casado y te regaña tu señora, y ya no puedes andar entre la bola... ya eres...*; apenas iban a iniciar la siguiente estrofa, cuando de pronto se hizo un gran silencio; resultó que quedaron frente a frente Lucy y aquel jovencito, al tiempo en que este último exclamaba: –¡Tía!, ¿tú?... Se trataba de una hermana de la mamá de aquel muchacho, la mayor de la familia, que después de haberse divorciado se había ido a vivir al DF, ya hacía algunos años, y quien acostumbraba llevar amistad sobre todo con sus paisanos.

El silencio se prolongó durante un lapso suficiente para darles la oportunidad de separarse del grupo hacia una de las recámaras, para que pudieran entablar algún diálogo. La estupefacción hizo lo suyo. Nadie sabía qué decir. Todo se había enfriado. Las otras mujeres decidieron entrar en la recámara en donde

unos minutos antes habían entrado Lucy y su sobrino, siempre con el fin de aportar alguna ayuda a la amiga, y cuando habían transcurrido unos cinco minutos una de ellas salió para decirles a los ahí presentes que aquel muchacho se encontraba muy confundido y avergonzado al grado de que no podía darles la cara y, a la vez, preguntándoles que si podían desalojar aquel lugar, sólo el tiempo necesario para hacer que el muchacho saliera del cuarto y no ser visto por nadie, a lo que los ahí reunidos accedieron.

Cuando se encontraban en plena calle, el festejado lamentó lo sucedido, compadeciéndose de aquel pobre chamaco, que si bien era un muchacho de un poco más de 20 años de edad, no dejaba de ser el más joven de todos, recién llegado al grupo en calidad de estudiante. La edad de los amigos sería de unos 28 años en promedio. Uno de los presentes traía un vehículo de Pemex, especie de microbús, porque se desempeñaba como chofer de grupos en campo; por lo mismo, y al punto de borrachera, sugirió que todos subieran para 'seguirla' por ahí. Ninguno dijo no, una vez a bordo, enfilaron hacia el centro en busca de algún lugar que les permitiera continuar con lo suyo. Siendo ya casi la una de la mañana, entraron a un salón de baile, luego se fueron a otro, y así, yendo de lugar en lugar, el tiempo se fue agotando y ya no fue posible encontrar lugares abiertos, sino que ya para esas horas, todo se estaba cerrando. Ya con el sol encima, *Tito* se decía a sí mismo: "No cabe duda. México, es la *Ciudad de la fantasía*. Supimos en dónde iniciamos, pero, quién iba a imaginarse en dónde habríamos de terminar".

Eran las ocho de la mañana y se encontraban desayunando en el restaurante Las Mañanitas, en Cuernavaca. Se trata de un lugar muy socorrido por noctámbulos del DF, donde se acostumbra aterrizar para disfrutar de un buen almuerzo; por lo que no era ninguna casualidad que en esos momentos se encontraran unos señores, ya algo entrados en años lo mismo que en copas y discutiendo porque dos de ellos ya no querían seguir la borrachera. Mientras almorzaban *Tito* y los demás observaban aquel cuadro y comentaban que los que ya no querían seguir la parranda tenían razón y que era algo muy común entre amigos, que ya entrados en copas, las necedades no faltaban.

Aquellos dos que ya no querían seguir la parranda no andaban en su vehículo propio, por lo que abordando a *Tito* les pidieron un aventón hacia la ciudad de México. Los otros accedieron sin dilación y una vez que se efectúo el regreso, los solicitantes se agregaron al grupo. Durante el trayecto vinieron los agradecimientos y las presentaciones; las tarjetitas se intercambiaron entre los que traían, por supuesto; resultó que la urgencia de regresar al DF, era porque

uno de ellos tenía que ser padrino de bodas de un sobrino, esa misma noche; que era poblano y estaba hospedado en un hotel del centro. *Tito* se ofreció a moverlo en la ciudad, pero sólo era necesario recoger su carro allá en Azcapotzalco. El apresurado hombre aceptó de buen grado y las cosas sucedieron tal y como las propuso *Tito*. Recogieron el carro, se dirigieron hacia el hotel de aquél, luego lo llevó a hacer algunas compras y todo se normalizó. Mientras esto sucedía, el hombre comentaba con *Tito* el motivo por el que andaba en Cuernavaca; y resultó que se trató de un encuentro entre amigos, ex compañeros de generación de ingeniería del Instituto Politécnico Nacional, mismos que hacía años que no se veían, que el reencuentro fue todo un éxito; y ése fue el motivo por el que se había venido de Puebla un día antes que el resto de su familia, para luego asistir a la boda de su sobrino.

También este hombre y sus amigos andaban en su propia aventura, pues desde un día antes, narraba, habían iniciado el encuentro y era hora en que no terminaban, aclarando que habían empezado en el Círculo Vasco, luego visitaron un par de lugares nocturnos y, finalmente, se fueron a Cuernavaca para luego de ahí continuar hacia Acapulco, pero que, naturalmente, él estaba imposibilitado de seguirlos por el compromiso que tenía esa misma noche, por tal motivo no dudó ni tantito en solicitarle a *Tito* que lo llevaran de regreso a la ciudad de México. El hombre, ya más tranquilo, se quedó en su hotel esperando al resto de su familia, la que llegaría a las seis de la tarde. Aquel señor, en agradecimiento, ofreció a *Tito* su amistad y le pidió que lo acompañara a la boda. *Tito*, quien en realidad no tenía ningún compromiso para esa noche, accedió. Anotó la dirección donde se realizaría el evento social y se dirigió a su departamento. Ahí tomó nota de los mensajes telefónicos de la grabadora y no había nada importante; pensaba que Martín no le había hablado porque con toda seguridad habría hecho algún plan con la Meche. Esto reafirmó su decisión de asistir a aquella boda, lo cual no dejaba de ser parte de las rarezas que, en cadena, suelen darse en esta ciudad. "Ni sueño tengo, y mientras me da un poco, no estaría mal seguirle la huella a lo que viene, ¡chin, marín!, ¡ahí voy!, se dijo a sí mismo" y salió de nuevo a la aventura.

Esa noche, después de aquella boda, *Tito* regresó al departamento verdaderamente exhausto, y durmió hasta bien entrada la tarde del domingo, de no haber sido por el hambre que le dio muy bien pudo haberse quedado en la cama hasta el día siguiente. Pensó en un antojo rápido y sabroso, decidiéndose por unas tortas que preparaban no muy lejos de su casa, en el Biarrits. Acudió a ese lugar y se sentó en un lugar de la barra; unos minutos después llegó otro cliente y se acomodó

al lado de él, a pedir también tortas; al poco rato *Tito* y aquel cliente ya estaban platicando. Este individuo era un agente de las Brigadas Blancas que, a decir de él, eran grupos formados y entrenados por el gobierno, para mezclarse entre el estudiantado ahí en los centros de estudio, sobre todo en la UNAM o el IPN, o bien en las preparatorias, con la intención de neutralizar cualquier movimiento estudiantil, entre otras cosas. "Si le sigo la corriente a este cuate, seguramente podré saber algo interesante", pensaba *Tito* y, efectivamente, a través de ese encuentro con el agente aquel, vivió algunas experiencias, mismas que pronto habría de abandonar, porque se trataba de temas demasiado comprometedores y *Tito*, no era alguien interesado en asuntos de ese calibre. <Oye, *mi buen*, para experiencias, esta ciudad>, se reafirmaba a sí mismo.

Lunes. Otra semana más daba inicio. *Tito* pensaba que de no ser por las comisiones a provincia, en realidad en oficinas centrales nada era interesante. Aquéllas permitían conocer lugares diferentes, amén de lo que redituaban, porque los viáticos permitían que el sueldo se ahorrara. El año estaba por expirar, y aquel programa, el tendiente a la elaboración de los profesiogramas, no rendía ningún fruto y los programas que en forma alternativa se iban presentando, en ninguno de ellos se llegaba a conclusión alguna, a ningún informe, a ningún plan a futuro, a ninguna recomendación de perfeccionamiento de controles internos, en fin, a nada. "¡Qué manera de hacerse pendejos!... Yo creí que este auditor, por su preparación y por su formación dentro del sector privado nos iba a abrir nuevos senderos, pero, ¡ni madre!, qué rápido se amoldó. Creo que para todos nosotros ése es el mensaje, es lo que debemos hacer y no buscarle mangas al chaleco. Total, ¿quién es el patrón?"

Estas y otras reflexiones, de vez en cuando cruzaban por la mente de *Tito* y, a veces, se preguntaba también: "¿Qué tan a tiempo estaría de evitar entrar a un estado de cosas, en el que lo etiquetaran, y... ¿qué tanto faltaba para que lo congelaran?" Él ya sentía pasos en la azotea, porque se estaban dando hechos, a sus espaldas o en sus ausencias, incluso las actitudes de Martín ya se mostraban de un modo un tanto cuanto extrañas.

Cuando *Tito* ingresó al Infonavit, dentro de aquella estructura del departamento de Auditoría existía un puesto inmediatamente por encima de él y de Martín; el titular no había figurado para nada en todas las historias que *Tito* iba protagonizando. Se trataba de un sujeto de nombre Facundo quien, con el tiempo, habría de dejar al descubierto su modo de trabajar, proclive a la corrupción y a la intriga. Durante los meses en los que no estuvo presente para nada en todas

estas historias, ese elemento estuvo gozando, primero de un periodo prolongado de vacaciones, y luego de una licencia de tres meses, misma que, cuando expiró, pudo renovarla por otros tres, de tal suerte que hasta esta última semana se estaba presentando a reanudar sus labores. Ésa fue la razón por la que tanto *Tito* como Martín entraban directamente a tratar los asuntos con el jefe Maldonado. De haber estado Facundo en activo, hubiera sido éste quien estuviera de intermediario, tal y como lo indicaría el organigrama. El tipo tal vez era un protegido de 'alguien' ya que, desde lejos, movía los hilos necesarios para evitar ser desplazado; cuando *Tito* supo de su regreso, esto lo hizo reflexionar en el sentido de que quizás ése era el motivo por el cual Maldonado, repentinamente, había cambiado de actitud, y no andaba muy lejos de la verdad, ya que a través de ése, digamos, protector, también se ejercía una influencia sobre Maldonado, quien para no verse en conflictos con sus iguales en el instituto, seguramente accedió a guardarle su lugar a Facundo.

Ese lunes fue cuando *Tito* y Martín conocieron a Facundo, quien fue presentado ante todos los que aún no lo habían conocido, como el jefe intermedio, que por asuntos personales había solicitado licencia temporal para ausentarse del Infonavit. A partir de entonces su estilo de trabajo, sus modos intrigosos, y todo lo que tenía de nefasto, creó un ambiente peor del que ya de por sí se estaba dando. Con el tiempo se supo, por ejemplo, que cuando él le asignaba alguna comisión a uno de sus subordinados, si se programaban 10 días para realizarla, de los 10 días de viáticos que al comisionado le correspondían, dos se los quedaba él, y así, cuantos iban conociendo este estilo, curiosamente iban teniendo más y más comisiones.

Esto naturalmente no era planteado a nadie por Facundo, sino que el sentido común iba haciendo que cuantos quisieran 'viaticar' (así se conocía en el argot del instituto), tenían que ofrecer 'algo' al jefe, incluso al regreso de la comisión no debía faltar el regalo al jefe. No sería de dudarse, que ese, digamos, entendido, se corrió en secreto entre todos aquellos que continuamente eran asignados a alguna comisión, ¡ah!, y si la comisión era a algún destino turístico, como La Paz BC, Acapulco, Mérida, etc., pues las cosas ya cambiaban. Sólo por mencionar algo de todo este asunto de corruptelas, que fueron el 'adorno', de cuantos asuntos o programas se movieron durante la estancia de este sujeto al frente de aquel puesto intermedio. Al principio no faltaban las salidas a comer de Facundo y sus dos subordinados inmediatos, *Tito* y Martín. Zorro, como era el tal Facundo, lo que en realidad estaba haciendo era semblantear el camino, medirle a cada cual sus debilidades y así, ver con quién podía contar para sus corruptelas, en

caso necesario. Le lleva algún tiempo en lograr su propósito, pero al fin lo logró y en cuanto pudo, empezó por congelar a *Tito*, enviándolo a efectuar trabajos por demás humillantes, digámoslo así, humillantes para un profesionista titulado, experimentado y bien fogueado como *Tito*; frente a un elemento como Martín, que no reunía, ni en mínima forma, esos atributos; empezando porque no era auditor y a quien Facundo le asignaba todo tipo de programas lucidores, comisiones a lugares atractivos, ni siquiera a delegaciones cualquiera, no, eran a puntos muy escogidos. Con el paso del tiempo hicieron una mancuerna perfecta estos dos tipos.

A principios del año surgió un conflicto entre el departamento de Contraloría General y el sindicato del Infonavit, pues resultaba que había una oficina, así se les denominaba a las células integrantes de un departamento, que se encargaba de revisar toda la documentación que las delegaciones enviaban, para comprobar el ejercicio de su respectivo presupuesto (gastos de administración, operación y vigilancia), lo mismo que los pagos a las constructoras, de acuerdo con los avances que llevaran en las construcciones, que eran envíos desde oficinas centrales que no formaban parte del presupuesto. El problema sobrevino porque el titular de aquella oficina se había ido de vacaciones, luego, aprovechando la oportunidad que el Instituto daba, obtuvo una licencia por seis meses, para irse a estudiar a algún lugar del extranjero, el caso era que la secretaria de ese titular, se quedó sola con todo el trabajo y, siendo sindicalizada, no regresaba por las tardes a trabajar, sino que su salida era a las 3:30.

Otro de los elementos que vinieron a mezclarse en el conflicto era que el titular de la oficina en problemas también era sindicalizado, pero, con una licencia sindical, en esa oficina estaba desempeñando un puesto de confianza, que por lo mismo, el sueldo era muy superior al que le correspondía como sindicalizado. Así las cosas no tardó mucho aquella secretaria en reclamar para sí el sueldo que le tocaba a su jefe, ya que, en realidad, era ella quien ahora estaba sacando todo el trabajo y las horas extras que se le pagaban, más bien la perjudicaban, porque tenía que pagar más impuesto sobre la renta, de lo que realmente le quedaba para su beneficio.

El sindicato entró a proteger a su agremiada y la Contraloría no cedía a las peticiones que, por lo demás, eran justas. Mientras esto se ventilaba, todo cayó en una inactividad, las delegaciones empezaron a sufrir las consecuencias por falta de recursos, sobre todo para el pago a los contratistas, y las obras estaban en peligro de ser suspendidas, incluso algunas, sí llegaron a ese extremo, porque

los fondos no se les situaban ya que en aquella oficina en problemas, no se revisaba nada y no se solicitaban fondos a la tesorería para enviarlos a aquellas entidades. Cuando todo hizo crisis, el contralor general solicitó apoyo al departamento de Auditoría para que uno o dos elementos de tal dependencia, se hicieran cargo de la revisión de la documentación que ya las delegaciones habían enviado para su reembolso, y una vez dictaminada la situación, se les situaran los recursos y se normalizara el flujo de dinero hacia aquéllas.

La situación le venía como anillo al dedo a Facundo, pues influyendo en el ánimo de Maldonado hizo que la designación recayera en *Tito* y ése fue el modo en el que este último fue enviado a apagar aquel fuego en la Contraloría General.

Para empezar, *Tito* necesitaba que le indicaran los parámetros a seguir, a efecto de poder determinar si alguna documentación debería ser o no aceptada para reponer el valor de la misma a la delegación que lo estuviera solicitando, cosa que le fue proporcionada por el contralor en su momento, y así, de nueva cuenta se vio en medio de otra experiencia, de otra de las tantas y tantas situaciones en las que fuera comisionado. Para esta labor se le asignaron dos auxiliares, Toño y Adán, sus eternos ayudantes. La labor fue titánica desde el inicio, porque ya había mucho rezago y las delegaciones pedían a gritos sus respectivos fondos, para evitar el paro total de las obras a nivel nacional. Mientras tanto, las discusiones entre el sindicato y la Contraloría continuaban, no de manera muy positiva ya que el remedio que se le estaba dando al caso, no era más que un paliativo toda vez que, dada la experiencia que ya se tenía con relación al titular de aquella oficina en conflicto, se sabía que no se iba a llegar a solución alguna; porque ese jefe, también protegido de alguien, no iba a cambiar de costumbre, cobraba como un trabajador de confianza, pero en realidad se comportaba como un sindicalizado, por una parte y, por la otra, ya era sistemático su proceder cada año, porque pedía licencias y se ausentaba por tiempo prolongado, dejando a su suerte a aquella secretaria, quien ya sabiendo todo esto había llegado al límite y ahora estaba pidiéndole al sindicato su intervención. Para éste era más fácil y además conveniente, pedir que le nivelaran el salario a la secretaria, que afectar a uno de sus agremiados y menos si era uno de esos elementos protegidos.

Por vía de mientras, a *Tito* y sus ayudantes les tocó bailar con la más fea otra vez, vivir los conflictos y destapar cloacas, lo que menos hubieran querido sus superiores, pero que, dado el olfato de sabueso que *Tito* tenía, no pasaban inadvertidas las irregularidades. Ellos procedían a dictaminar las solicitudes de dinero, revisando la documentación apegados estrictamente a los lineamientos

impuestos por el Dpto. de Contraloría, haciendo a un lado, como era natural, todo aquello que no reuniera requisitos, de modo que lo solicitado por algunas delegaciones no era lo que se les reembolsaba, con la subsecuente protesta por parte de los delegados afectados. Se daban casos en los que las solicitudes se basaban en unas tiras de sumas de máquina, y a veces simplemente manuscritas en un papel, y así eran aceptadas por el titular de la oficina. Esto fue declarado por la secretaria, ya que quien tomaba las decisiones para solicitar fondos era su jefe, y el dictamen de éste, era el que bastaba al contralor en turno para autorizar los envíos de fondos, por aquello de las mal interpretadas y mal usadas... 'firmas automáticas'. Éstas se estampan bajo la simple premisa de que 'alguien', muy responsable, ya revisó y lo debió haber hecho con toda puntualidad y decencia. El superior solamente está para firmar lo definitivo, lo de abajo no le corresponde a él, eso es 'perder el tiempo', no es de altos ejecutivos, no es para quienes, habiendo recibido su respectivo lavado de coco, en una de esas escuelas para hombres de alto rendimiento, obtienen el título de súper hombres, o también de súper mujeres, que también las hay.

Con este filtro, con el cual varios delegados no contaban, saltaron a la luz algunas de las irregularidades que se venían practicando, pues ciertas sumas se reponían a las delegaciones sin tener los sustentos debidos, sobre todo en lo relacionado con obras, cuyos comprobantes eran simples papeles sin valor fiscal alguno, pues para el cumplimiento ante el fisco, en esos tiempos las constructoras pagaban un porcentaje fijo basado en lo que cobraban al efectuar alguna edificación, es decir, no había facturación. La 'obra extra' era muy socorrida y, desde una oficina central, acaso ¿alguien lo podía verificar?, ¿alguien, a distancia, con un simple papel en la mano lleno de firmas de avances y cuantas otras cosas que ahí se estampaban, podía acaso tener la seguridad de que lo solicitado correspondía a algo efectivamente edificado? Menos aún se podía creer en aquellos papeles sueltos que, al ser cuestionados por los revisores al mando de *Tito*, menguaban los recursos solicitados por algunos delegados, quienes investidos de influyentismo no esperaron mucho para hacer llegar sus protestas contra quienes estuvieran interrumpiendo el flujo de efectivo. Antes no lo hicieron porque, era lógico que existía algún arreglo entre el titular de esa oficina y los que solicitaban fondos en esas condiciones. Lo curioso era que las delegaciones situadas en entidades pobres de la República, huelga aclarar cuáles eran éstas, cumplían al pie de la letra con los requisitos marcados por la Contraloría; no así otras y éstas eran las correspondientes a entidades más desarrolladas. El influyentismo y la soberbia se inclinaban más hacia algunos lados que hacia otros.

Los jefes delegacionales que estaban siendo afectados con frecuencia hablaban por teléfono con *Tito*, para ver la forma de destrabar el conflicto, pero *Tito*, al observar aquellas diferencias en el comportamiento entre las delegaciones, dependiendo de su situación de desarrollo, se sintió el vengador, y como el conflicto sindical tampoco llegaba a su fin y porque hubiera resultado muy evidente el motivo por el cual estuvieran destituyendo (en su caso) a *Tito* de aquella comisión; por otra parte nadie en Auditoría quería estar en medio de aquel huracán y tuvo que ser sostenido en esa comisión por fuerza durante ese año. Cuando se le dio la orden de reintegrarse al departamento de Auditoría, tanto Maldonado como Facundo hacían hasta lo imposible por saber lo que *Tito* había encontrado en los expedientes, dentro de aquellas oscuridades y el contenido de sus pláticas con delegados, etc., lo que no estaba obligado a informar, toda vez que la comisión no fue para efectuar una revisión de auditoría, sino que se trató de la suplencia de un elemento clave, en un lugar clave, de muchas cosas raras, incluidas las de la misma auditoría de obra, puesto que, cuando esta área revisaba a los técnicos de las delegaciones, muchos comprobantes que finalmente pasaban a la Contraloría para ser reembolsados fueron, supuestamente, sancionados por esa auditoría. *Tito* pudo ver papeles con evidentes signos de irregularidad, incluidos los que, supuestamente, fueron revisados por auditoría de obra. Maldonado sabía perfectamente que *Tito* había pasado por aquellos papeles, pero siempre se quedó con la duda acerca de ¿cuánto sabía *Tito* de todo eso?

Para esas fechas, *Tito* ya no se sentía un miembro muy integrado a aquel departamento de Auditoría, y como no fue posible que tanto Maldonado como Facundo pudieran sacarle sopa, las hostilidades se siguieron dando. Por ello ahora se le asignaba una nueva comisión, que consistía en adherirse a un grupo de trabajo conformado por puros elementos de la Contraloría General, mismo que tenía por objeto efectuar la descentralización de la contabilidad hacia las delegaciones, pues ya se tenía el proyecto de hacer que aquéllas se encargaran del registro de todo lo que a cada una le afectara. A *Tito* se le asignó la tarea de descentralizar la cuenta de Créditos, o sea que, por causas de aquel centralismo practicado por el instituto, todos los acreditados en la República, hasta esos momentos, estaban registrados en la contabilidad central y, ahora, había que trasladar esos números hacia lo que a cada delegación le correspondía. La tarea fue brutal, pero como también había que trasladarse a las delegaciones para abrir las cuentas en cada una y homologarlas con los expedientes de acreditados, que siempre estuvieron resguardados en aquéllas, finalmente significó para *Tito* un verdadero *relax*, porque el simple hecho de no estar al mando de aquellos jefes del departamento al cual pertenecía, ya era de suyo ganancioso.

Así, otro año concluía y *Tito* lo cerraba con viajes a todos los estados de la República y, por supuesto, como él reportaba a la Contraloría General, porque finalmente era un programa emanado de ese departamento, y a la vez como tampoco era un elemento adscrito a éste podía, en consecuencia, dosificarse sus comisiones y así, aprovechaba para prolongar aquellas que mejor le parecieran, sobre todo hacia lugares turísticos.

Cuando finalmente tuvo que reincorporarse a su departamento, se encontró con que ya Facundo iba a cambiarse del mismo y eso lo ponía hasta cierto punto contento, no sólo porque ese elemento se fuera a otra parte, sino porque de eso dependía algún posible ascenso; ya que ese puesto lo debería cubrir él o Martín, pero como se trataba de auditoría contable y Martín no era contador, sino licenciado en administración de empresas, pues todo indicaba que él sería el asignado. Se solicitó al departamento que se reunieran para darle la despedida a Facundo y, a la vez, para anunciar quién sería el sustituto de éste; la sorpresa de *Tito* fue mayúscula, lo mismo para otros de los ahí reunidos, quienes no daban crédito a lo que escuchaban, no porque quisieran que a *Tito* le respetaran sus méritos, sino porque sabían que, en cualquier momento, también a ellos les podía suceder lo mismo y sus respectivos méritos no contaran para nada. Martín era quien habría de ascender, sin más explicaciones. Con el tiempo, *Tito* se enteró de que ambos, tanto él como Martín, fueron tomados en cuenta por Maldonado para que uno de ellos ocupara el puesto que iba a dejar Facundo, uno por la cercanía al jefe, que era Martín, y el otro, por sus méritos, o sea *Tito*, pero que la balanza se había inclinado hacia Martín, porque éste le había pagado veinte mil pesos a Facundo que éste le solicitó a cambio de ese favor, y que a *Tito* no se lo ofreció porque sabía que no lograría nada con él. Facundo se cambió adonde Martín había estado antes, donde se hacían revisiones a empresas; por esos días apenas se le había dado el carácter de departamento, pues recordemos que cuando Martín y *Tito* se conocieron en Saltillo, aún no se formaba un departamento con esas características. *Tito* pensaba, y no sin razón: "Este cabrón anda buscando dónde clavar el diente. Es posible que haciendo revisiones a empresas encuentre el modo de chingar", y no se equivocó, pero a Facundo no le duró mucho el gusto porque en una de esas ocasiones, que debieron ser varias, agarraron al corrupto en una movida y lo echaron del instituto, gracias a que existió una denuncia de un afectado, pues de lo contrario todavía anduviera por ahí.

A partir de aquellos acontecimientos, *Tito* no mostraba interés alguno en lo que hacía, ni nada le importaba. A pesar de que le resultaba sumamente fácil enrolarse en aventuras y no caer en rutinas, de pronto empezó a sentir que también aquella

forma de vivir era una especie de rutina. Él continuaba en aquel departamento de Auditoría, su jefe inmediato ahora era Martín, pero cuando éste se vio descubierto se convirtió en una persona totalmente diferente y lejos de ayudar al amigo, lo menospreciaba y le encomendaba asuntos de poca monta, un malagradecido, sin lugar a dudas, quien por esas fechas ya se había reconciliado con la esposa y vivían una nueva etapa matrimonial. Mucho era lo que a *Tito* le sucedía como para estar llegando al extremo de las depresiones y de nuevo al alcohol. Así, en esas circunstancias, *Tito* vivió durante una buena cantidad de meses, casi un año, experiencias extremadamente peligrosas. Resultaba lo mismo pasarse los fines de semana encerrado en su departamento que en algún sitio por ahí, de los tantos que hay en la ciudad, o irse a San Miguel de Allende, a Cuernavaca, o Tepotzotlán, o al lugar que fuera, tenía el modo de hacerlo, pero finalmente sólo servía para lo mismo. La crisis total se empezó a dar cuando ya los fines de semana se los pasaba encerrado en el departamento, sin más compañía que una botella de ron. Todo lo que le pasaba era notado por sus compañeros de trabajo. Su carácter amargado, su proclividad a la soledad y a la no participación en nada.

Qué fue de aquel individuo cuya vida afectiva de novias o de amigas, de aventuras de todo tipo, siempre estuvieron por encima de una media, por decirlo de algún modo, nadie se lo explicaba, menos él. Así, como viento que pasa, como agua entre los dedos, como en un sueño largo, a *Tito* se le fue un año de su vida, sin avances de nada ni perspectivas de nada.

Un sábado de tantos, a invitación de una familia conocida de él, *Tito* acudió a una boda, allá por el rumbo de Tepito. Para tomar, lo mismo daba un lugar que otro o un motivo que otro, ¿qué más daba? Antes de ir a la casa aquella adonde se efectuaría el baile, *Tito* se presentó a la ceremonia religiosa. Estaba casi en la entrada del templo platicando con las personas que lo habían invitado; lo mismo que los ahí presentes, junto con el novio, estaban en espera de la novia. El novio era un muchacho joven, tendría entre 25 ó 28 años, no más, con aspecto humilde y bonachón, al igual que una buena cantidad de amigos suyos que lo estaban acompañando. De pronto, un auto se para frente a la iglesia y de él bajó la novia. Cuando ésta se acercó al novio, donde también se encontraba *Tito*, vio con estupefacción que la novia era una señora que posiblemente tendría unos 20 años más que el novio; y, no sólo eso, al lado de los novios estaba una de las hijas de la señora, a su vez con un niño a su lado, y embarazada.

La ceremonia religiosa terminó y todos se dirigieron adonde se habría de celebrar el baile. Mucha gente, mucha bebida, y de todo, pero lo que no había, eran

suficientes mujeres. En realidad se trataba de un baile muy disparejo, muchos hombres y pocas mujeres, el desagrado de *Tito* iba creciendo y para colmo, como la hija de la novia era una estilista, había invitado a una buena cantidad de homosexuales, quienes a medida que se iban embriagando y animando con la música, se empezaron a descubrir, porque de momento, entre tanta gente, no se habían puesto de manifiesto, pero poco a poco, hicieron suya la fiesta. *Tito* salió de ahí sin despedirse. Muy molesto, enfiló con rumbo al centro, atravesó la parte del Zócalo, siguió por 5 de Mayo hasta Hidalgo, al llegar a Reforma se dirigió hacia Insurgentes, al sur, rumbo a su casa: "¡Qué curioso, *mi buen*!, ¿dónde quedaron los setenta? Y, los sesenta, ¡sobre todo!, ¿en qué momento las cosas han cambiado tanto? Las mujeres escasean, abundan los hombres y los homosexuales ocupan cada día más espacios. Los respeto, pero no me gusta estar donde ellos están. En donde hay uno, llegan más y cuando ya son muchos, todo acaba en broncas. Mañana me informarán mis cuates de lo que haya sucedido".

Cosas como ésas pasaban por su mente mientras manejaba. Serían alrededor de las once de la noche y nada le interesaba más que estar en su casa, tomándose unos tragos, tal y como era su costumbre. Cuando llegó a la esquina de Insurgentes sur, con Baja California se detuvo, esperando la luz verde del semáforo; en la esquina apareció una mujer con un atractivo muy exquisito. Era algo alta, delgada y muy bien ataviada con una maxifalda y una especie de estola sobre los hombros, como si fuera o viniera de alguna fiesta. A *Tito* se le ocurrió hacerle una seña para ofrecerle un aventón, cosa que ella, esquivando la mirada, no correspondió, pero ya después, cuando la luz verde prendió, al pasar frente a ella, *Tito* volvió a ofrecerse para llevarla a algún lugar y entonces aceptó. Subió al auto y le dijo que si por favor le daba un aventón al Parque Hundido, y él simplemente le dijo que con todo gusto. Poco a poco se iba dando un diálogo más abierto; cuando llegaron a aquel parque él le preguntó que a qué lugar iba exactamente, pues con gusto la estaba llevando, ella respondió que nada más ahí, que la dejara en la esquina. Antes de que la mujer se bajara del auto, *Tito* le preguntó que si era posible que se pudieran ver en alguna otra ocasión; le dijo que no, que no era posible, y dándole las gracias se alejó caminando hacia el frente del automóvil. *Tito* se quedó detenido por unos instantes viendo cómo ella se alejaba, caminando por la banqueta. Se puso en marcha y cuando volvió a estar cerca, ella le hace una seña para que se detuviera. *Tito* así lo hizo y bajó el cristal del lado contrario para oír lo que le quería decir, y ella, asomándose por la ventanilla le dice. –Mira, si me quieres volver a ver, yo trabajo ahí enfrente y salgo a las dos de la mañana. *Tito* volteó hacia la otra acera de la avenida y vio que se trataba de un pequeño

centro nocturno, al que asistían chicas de muy buen ver, a 'fichar'. Ella siguió su camino, y *Tito* el suyo, rumiando su malestar por aquel chasco, pues creyendo haber tenido frente a sí a una mujer, digamos, interesante, porque además así se venía comportando, y por su vestir, así se mostraba, resultó ser una fichera.

Al poco rato *Tito* ya se encontraba en su casa, con una botella de ron enfrente y ya con una copa servida. Empezaba de nueva cuenta uno de esos fines de semana peligrosos en su vida y ensimismándose se decía: "¿Cómo la ves *mi buen*?, ¡qué pinche ironía!, todavía no digiero todo lo que he visto esta noche".

Ya hacía tiempo en que *Tito* venía haciendo un uso muy riesgoso de aquella costumbre, podía pasarse la noche entera hablando con él mismo, que si alguien lo viera, no podía más que concluir que se trataba ya de un loco, mas por otra parte y viéndolo bien, sus conjeturas eran eso, conjeturas, juicios que si bien no era el mejor modo de ventilarlos, no dejaban de estar fincados en observaciones, tal vez en estas observaciones estribaba lo raro del asunto, pues lo llevaban a detectar indicios de cosas que no a todo mundo se le venían a la cabeza, o que simplemente no les interesaban. "¿Qué?, ¿a poco ya no estoy en *la Ciudad de la fantasía*? ¿qué es lo que está pasando? Será acaso que los años ochenta nos están acarreando una destrucción de costumbres? ¿Por qué veo las cosas tan diferentes ahora?" Estaba por servirse la segunda copa, cuando repentinamente salió de él una especie de rebeldía, un ¡ya basta!, que lo hizo incorporarse y dirigirse hacia un espejo. –<¡Ese eres tú ahora!, ¡idiota!, ¡cuánto tiempo has perdido compadeciéndote de ti mismo!, ¡imbécil!, ¡escápate!, ¡lárgate ahora antes de que llegue el día y te veas de nuevo platicando con Max!, ¡pobre Max!, ¿qué culpa tiene?>

Max era un muchacho vecino suyo en el edificio, justamente en el mismo piso, tristemente con secuelas de una posible parálisis cerebral; lo curioso era que los demás hermanos también presentaban el mismo cuadro, aunque en Max era más acentuado. Ahí los tenía un tío, a los tres, viviendo al lado de su madre, quien se ausentaba por tiempos indefinidos y los dejaba en pleno abandono, siendo el tío quien los mantenía y les pagaba la renta, pero tampoco él se hacía presente, sino que, el menos afectado de los hermanos iba a casa de su protector cada mes, por los recursos económicos que les asignaba. Durante esos últimos meses en los que *Tito* se vio sumido en aquellas depresiones, y que se pasaba prácticamente como ermitaño los fines de semana, en una plena desolación, era Max la única persona con la que hablaba. Todo un cuadro. ¿De qué se podía hablar? Naturalmente que *Tito* nunca le dio a beber licor a aquel hombre, sino que aquellas

'pláticas', las sostenían los domingos, en plena cruda, después de sus encerronas. <¡Salte *Tito*, salte, antes de que sea tarde!>; "sí, eso haré. Pero, y ¿a dónde?" <Sí sabes. O invéntate un modo. Todo será mejor de lo que ahora estás haciendo>. Terminaba de decirse esto a sí mismo, y dejando el vaso sobre la mesa, porque ya no quiso servirse otro trago, pensaba en algo, en alguna forma que lo volviera a conectar a aquellas ondas, las que ya había extraviado porque, en realidad, había que reconocer que aquellos años ochenta, que apenas se iniciaban, algo presagiaban de feos, y el comportamiento de la gente en la ciudad había cambiado también; por ese mareo que nos viene cuando creemos que todo lo merecemos y ya cegados nos hace caer en la soberbia; porque alguien nos dijo que 'ya éramos ricos' y que la lana no la gastáramos en el país; porque al igual que en el 68, por haber sido escogidos como sede para los Juegos Olímpicos, los capitalinos se sintieron los escogidos de los dioses y se volvieron vanidosos e insoportables; ahora también, 'ya ricos', se fueron a buscar la belleza de otras ciudades en el extranjero; porque ya la ciudad de México les resultaba fea y había que descuidarla, abandonarla y afearla; o tal vez, de tanto andar de un lado para otro, *Tito* fue perdiendo contactos, o también, por qué no decirlo, quizá aquellos acontecimientos en su trabajo, que lo tenían muy marginado, inconscientemente le estaban afectando.

Todo un mar de cosas raras, pero dignas de tomarse en cuenta, las tenía *Tito* en forma consciente, y otras estaban por ahí, ocultas, pero afectándole y, naturalmente, mientras acudiera al alcohol menos iba a darse cuenta de lo que le estaba sucediendo. Feliz momento en el que se había rebelado, porque no dejaba de pensar en encontrar alguna forma, algún artificio, en fin, algo, que le sirviera de gancho para engarzarse de nuevo a alguna aventura, de esas que, a decir verdad, ya los años ochenta amenazaban con destruir. "No creo que todo haya terminado. Algo debe de haber por ahí todavía. En fin, voy a experimentar". Terminó diciéndose a sí mismo, y lo primero que se le ocurrió fue tomar la guitarra, con la intención de que le sirviera de 'gancho' en alguna parte, por aquello de que éste es un instrumento muy alcahuete.

Salió del departamento, abordó el auto y se dirigió hacia algún sector de la ciudad que a esas horas tuviera alguna afluencia, porque ya pasaba de la una de la mañana. "Me pararé como una vulgar piruja en una esquina, con la guitarra en el hombro, ¡chin marín!, a ver qué pasa". Lo dicho, como algo pintado, o producto de un guión teatral. Él estaba parado en una esquina de la avenida Insurgentes en las inmediaciones de la colonia Roma, cuando un auto, en donde venían dos muchachos jóvenes, se detuvo cerca de él y le preguntaron que si daba serenatas,

él respondió que sí, y sobre lo del precio, lo que contestó fue muy simple: –Eso lo arreglamos, no se preocupen. ¿Dónde es la tocada?; uno de ellos le contestó: –Aquí en esta colonia (Roma). En la calle Querétaro, súbete. Se dirigieron al sitio en el que se daría la serenata, y todo aconteció sin problemas, ya que si algo sabía *Tito* eran canciones propias para serenata. La novia del que llevó la serenata los invitó a pasar, para que continuara la serenata; ya en lo íntimo les ofreció algo de tomar y en unos minutos más, ya estaba el papá de ella sumado al grupo, luego la mamá y por último, el hermano de la agraciada, quien andaría más o menos entre los 28 ó 30 años, ya casado, vivía en Cuernavaca; pero por asuntos del trabajo tuvo que pernoctar en casa de sus padres. La plática y la velada aquella fue algo muy divertido por lo menos para *Tito*, porque corroboraba que el encanto de la ciudad no había muerto, que sólo era diferente, que las cosas cambian y uno tiene que cambiar con ese ritmo para no rezagarse. Padre e hijo eran muy alegres, lo mismo cantaban canciones de la época del señor, que de la del hijo, canciones que no estaban tampoco muy alejadas de la época de *Tito*.

Durante la plática salió a relucir la existencia de algunos lugares a donde acudía la gente bohemia a tomar la copa y a cantar, es decir, los Pianos Bar; por cierto por esos días estaba muy de moda la Cueva de Amparo Montes, pues el señor de la casa comentó que de vez en cuando, él y su esposa y a veces con su hijo, solían ir a desvelarse a ese lugar, lo que hizo que en ese momento *Tito* se percatara plenamente de su inconsciencia, de su irresponsabilidad, de los riesgos en los que había caído y que durante muchos meses lo habían mantenido al margen de todo cuanto había por ahí. Cierto, las cosas ya no eran como en los setenta, eran diferentes; incluso su edad ya obligaba a mirar hacia otros senderos. *Tito* ya se acercaba a los cuarenta años, gran cantidad de amigos y conocidos ya estaban casados y con hijos, y con quienes solía hacer ronda, por esos días, eran solteros pero muy jóvenes junto a él. Aquel evento terminó y cuando le pidieron la cuenta a *Tito*, éste no tuvo más remedio que confesar su historia. Para los que escucharon todo aquello era algo más que extraño, pues se enteraron de que no se trataba de un trovador por dinero, sino por diversión, por amor al arte, lo que le valió que en fechas futuras fuera invitado, lo mismo a la casa de esa familia que a Cuernavaca, dando inicio otra vez a una de las tantas cadenas de vivencias, como en los viejos tiempos.

No habían transcurrido muchos meses cuando *Tito* recibió una llamada telefónica de un tal Lucas, así quedó grabada en su contestadora, y de no haber sido porque también le dejaron el número del teléfono, con aquel nombre desconocido no hubiera identificado de quién se trataba; buscando en su agenda encontró que

era el hermano de aquella muchacha de la colonia Roma, a quien le habían llevado serenata hacía unos seis meses. *Tito* lo corroboró y regresó la llamada. Después de los saludos quedaron de verse para el fin de semana con la finalidad de irse por ahí a tomar la copa. No obstante, Lucas invitó a *Tito* a tomarse sólo un café esa misma noche, puesto que era a mediados de semana y no había la intención de desvelarse. Cuando se encontraron, *Tito* pensó en dejar que aquel reciente amigo dirigiera la orquesta por lo que, de plano, así lo propuso. Tomaron café y luego entraron en materia para hacer algo el fin de semana. Lucas, por su parte, andaba de negocios en la ciudad de México y se iba a quedar hasta el domingo venidero, porque su esposa tuvo que irse a su tierra, Guadalajara, para asistir a una hermana que estaba próxima a dar a luz, lo que significaba que durante algunos días podía quedarse en el DF, o en Cuernavaca.

–Mira, Lucas, hace tiempo que no me enrolo en estas ondas, y aunque tampoco creo que todo lo que yo haya conocido ya no exista, prefiero seguirte la corriente. Tú decides.

–Bueno, ya que me das chanza, ¿qué te parece si vamos al Casino Royal?, hace tiempo que estuve por ahí y me gustó, se pone bien y nos queda aquí cerca, ¿*ok*? Además, tengo unas conocidas por aquí en la Del Valle y a lo mejor ligamos onda, ¿aguantas?

–¡Sale!, por mí, soy materia dispuesta.
–¡De plano!, ¿qué tal si lo dejamos para hoy mismo? Sólo un par de copas y le paramos. Yo invito.

–Bueno pero que sea sólo eso, ya ves que es a mediados de semana y para reponerse de una desvelada está cabrón.

Era claro que Lucas andaba picado y quería, además, aprovechar la oportunidad de que por unos días no iba a ver a su esposa. Se dirigieron a aquel lugar, siendo más o menos las nueve de la noche; tan luego como llegaron Lucas fue al teléfono con la intención de contactarse con sus amigas y después de un buen rato volvió a la mesa.

–¿Qué pasó?, ¿hay tiro o no hay tiro?

–No estaban. Me contestó la mamá. Me dijo que les hablara más tarde. Son dos hermanas, bien parejas y las conozco desde la prepa. Una ya es divorciada y era

mi amor secreto, pero uno más gandaya que yo, me la ganó. La otra no se ha casado porque como tiene muy buena chamba en un banco, tú sabes, se engolosinan y se alejan mucho de esas tentaciones, o piensan que no les llegan al precio, o qué sé yo. El caso es que son buenas cuatitas y con la que era mi amorcito secreto, pues sí ha habido algunos acercamientos, pero hasta ahí nomás. Solamente hemos 'calentado el boiler', pero no nos hemos bañado, y ya hace tiempo que nomás puras llamaditas por teléfono; la verdad es que ando picado, pero aunque sólo lleguemos a eso, así se me pasa la onda, porque cuando uno ya está casado, pues necesita de estímulos, aunque sea como aquellos cabrones que se compran revistas porno, pero yo lo prefiero en vivo y a todo color.

–¿Y hablaste con ellas ahora?, o te vino de pura puntada. Porque ¿qué tal si ya andan en alguna onda y no las vas a poder contactar?

–Pues eso sí. Porque no tenía plan, hasta que me acordé de hablarte. Es que de vez en cuando me descuelgo por aquí y me quedo el fin de semana. Mi señora no es absorbente y no hay cuete con ella. Aunque te parezca contradictorio, yo no le soy infiel, o sea que no me meto con nadie, sólo me divierto, ¿me entiendes? Una onda te lleva a otra y así te la vas llevando, a mí me parece divertido esto pero no me convence la idea de serle infiel a mi vieja. Tú, como soltero, pues es otro rollo, pero yo, pues no me dejo caer. Pero esas chavas son muy buena onda y a la hora que las invite están dispuestas. Claro que con sus límites, porque con esto de que no es fin de semana pues quién sabe. Pero como no viven lejos de por aquí, a lo mejor jalan.

–Pues piensas igual que yo. También creo en eso de que una onda te lleva a otra; y le recordó a Lucas lo sucedido aquella noche en la casa de sus papás, cuando su cuñado le llevó serenata a su hermana, y los motivos que tuvo para enrolarse en aquella aventura. Y no me quejo, porque, como dice la canción... 'En amores no me quejo como ven no soy muy viejo ni tampoco estoy tullido. El amor de las mujeres unas veces lo he rogado y otras veces, pos… me han pedido...' y siempre he pensado que esta ciudad es la *Ciudad de la fantasía*. Para que te aburras, pues le cuelga un rato.

–¿A ver cómo está eso?, ¡me pasa!, ¿qué onda con eso?

Lucas se interesó en lo afirmado por *Tito*, y éste se explayó en su ya gastado discurso acerca de lo que para él significaba la ciudad de México, que, por lo demás, gastado o no era la pura verdad, y prueba de ello era el interés que

despertaba en Lucas, que cuando terminó su alocución, éste agregó: –Mira que soy de aquí y jamás me había puesto a pensar en ese aspecto. Aunque lo vivo, lo practico y lo digo, que todo es una cadenita ininterrumpida de ondas y situaciones raras e impredecibles, si así se puede decir, no se me había ocurrido ponerle argumento. ¡Oye, qué buena onda!, algo nuevo se aprende siempre.

–Pues es claro, por eso la mayoría de los que venimos a vivir aquí ya no nos salimos, yo creo que así ha sido la historia de este lugar desde sus fundadores, por eso es que se trata de la región más poblada del país, y tanta gente no puede estar equivocada, ¿no lo crees?

Ya para entonces habían bebido unos dos o tres tragos y de vez en cuando comentaban acerca de lo que a su alrededor veían, parejas muy parejas lo mismo que disparejas, de todo un poco, corroborando con ello que en la ciudad de México no hay fijón. Señoras ya maduras, acompañadas de jóvenes, y a la inversa, muchachas muy jóvenes con hombres ya entrados en canas, pero que por las características de la gran ciudad, esto no es más que lo cotidiano. En lugares pequeños esto resultaría inaceptable y si alguien quisiera darse un gusto de ésos, se tendría que quedar como el 'Gallo enano'… que, 'en querer y no alcanzar, se la pasa todo el año'.

Lucas vio su reloj y consideró que ya era hora de hablar de nuevo a sus amigas; dirigiéndose hacia un teléfono público hizo la llamada, esta vez sí tuvo éxito y regresó con *Tito*; –¡Ya la hicimos gacha y horriblemente!

–¿Qué pasó?; –Pues, que ¡ya vienen!, la verdad es que sólo les hablé porque así se lo dije a su mamá, sólo era para saludarlas y hacer algún plan para el fin de semana, ¡ya se nos hizo mi campeón!, vendrán sólo por un rato, ¿está bien, o no?

La música estaba a todo lo que daba y solamente les hacía falta compañía, lo que se logró después de haber transcurrido un buen rato. Lucas se había dirigido a la puerta para indicarle al guardia que las amigas aquellas estaban por llegar y le pidió de favor que las condujera hacia su mesa. Las hermanas llegaron y las presentaciones de rigor no faltaron. Aparte de tratarse de dos mujeres atractivas, también eran alegres y conversadoras, por lo que todo transcurría a las mil maravillas. Buena charla, buenos tragos, buenas para el baile, todo perfecto. Todo se deslizaba sobre rieles y apuntaba hacia un final de fantasía, de no haber sido por unos tipos que se encontraban en otra mesa, quienes tenían una verdadera

algarabía y cuyo objetivo, según parecía, no era más que el de beber en forma excesiva, lo cual amenazaba con la aparición de un incidente nada grato, pues con frecuencia se veía a los meseros haciéndoles aclaraciones, de cuyo contenido no era posible enterarse.

Las muchachas aquellas se empezaron a inquietar y en su incomodidad pidieron a *Tito* y a Lucas, que las acompañaran a su casa, y como en estos casos la mujer lleva la batuta, pues los amigos no tuvieron otra opción que la de complacerlas. Por otra parte, el hecho de tener que levantarse temprano al día siguiente para ir a trabajar, no era un ingrediente grato.

La cuenta fue liquidada y salieron del lugar rumbo a la casa de estas mujeres; en el trayecto se hizo el intercambio de números de teléfono y proyectos para para planear otro día una onda con más anticipación y sobre todo, más temprana, porque lo que estaba sucediendo en realidad lo habían iniciado muy tarde, esto dejaba a *Tito* y a Lucas complacidos, con el propósito de que en fecha próxima planearían algo de modo diferente. Cuando fueron a dejar a las hermanas, lo hicieron en el vehículo de Lucas, por lo que después fue necesario que éste regresara a *Tito* a aquel lugar, en donde había dejado su auto estacionado; lo que no implicaba gran dificultad puesto que no había grandes distancias que recorrer, ni por el tráfico, pues ya serían como las tres de la mañana. A medida que se acercaban al Casino Royal, se veía mucho alboroto y el ulular de ambulancias que iban hacia el mismo lugar, y, ¡Oh, sorpresa!, el Casino, ardía en llamas. *Tito* abordó su carro y se alejó junto con Lucas y desde lejos, porque estaba acordonado un buen perímetro, observaban el acontecimiento sin explicarse lo que estaba sucediendo.

Otro día la prensa daba cuenta de que unos clientes inconformes con la cuenta, habían discutido con los meseros y uno de aquéllos, después de haberse retirado, regresó con un bote de gasolina y mojó las alfombras y cortinas para prenderles fuego. Al menos ésa fue una de las versiones. El resultado, según se dijo, fue de unas 12 víctimas mortales. El pirómano seguramente era uno de aquellos clientes que habían estado en el lugar, y que por su actitud las amigas pidieron que las sacaran de ahí; él había sido el causante de tal desgracia. También es la ciudad de las malas sorpresas.

Un nuevo día y con él, aparte de la desvelada, la rutina; con ese congelamiento que venía a empeorar las cosas. Con esa sensación de ya no pertenecer a aquel departamento de Auditoría, causada por tantas ausencias con motivo de

participaciones tan prolongadas en programas tan alejados o ajenos a dicho departamento; y esa falta de estímulos por el hecho nefasto que se había dado entre Facundo y Martín; en fin, que ya su adscripción a aquel departamento sólo era una mera circunstancia porque, en realidad, ya su ambiente y amigos estaban en otro departamento, el de la Contraloría General.

El programa de descentralización de la contabilidad continuaba, y aunque ya había concluido la tarea que a *Tito* se le había asignado, de vez en cuando se presentaban desajustes en algunas entidades, y fue por eso, que no solo por un desajuste, sino porque desde los orígenes del programa descentralizador de la cuenta de créditos, en la Delegación Jalapa las cosas no habían ido bien, y podía decirse que todo estaba pendiente aún, por lo que *Tito* fue enviado al estado de Veracruz en una comisión que habría de prolongarse por espacio de un mes y medio. La comisión en la ciudad de Jalapa la llevó a cabo en el tiempo programado, mas sin embargo, movido por algunos hechos extraordinarios que observaba en la entidad, convenció al contralor de que le permitiera hacer unas visitas a las 'oficinas locales', unas ubicadas en Coatzacoalcos y otras en la ciudad de Veracruz, y habiendo obtenido la autorización se trasladó a aquellas ciudades, y lo que observó era cierto, o sea que con motivo del auge petrolero, estaba llegando gente de muchas partes al estado de Veracruz, principalmente del DF, que eran técnicos, ingenieros o simplemente trabajadores administrativos contratados por Pemex, destinados principalmente a aquellos lugares en donde la producción petrolera se manifestaba fuertemente; como consecuencia de tal auge, uno de los efectos extraordinarios relacionados con el Infonavit se refería a que, por la misma falta de viviendas para satisfacer la demanda de los recién llegados, muchos de los acreditados del instituto decidieron rentarles sus casitas o departamentitos, obteniendo de ese modo unas rentas muy lucrativas, cuyos montos iban más allá de lo que ganaban en sus ocupaciones tradicionales.

Los altos ingresos obtenidos por los recién llegados provocaron una gran inflación en aquellas localidades, dejando en desventaja a los lugareños, cuyos salarios no eran competitivos, porque tampoco los patrones de éstos podían nivelar los sueldos a la altura de los que pagaba Pemex. Por esos motivos y otros, que pudieran explicar mejor los expertos en estas cuestiones, los acreditados del Infonavit se vieron tentados a rentar sus viviendas, a dejar sus empleos o bien, algunos sí se vieron obligados, y se retiraron a 'vivir de sus rentas' como reza el dicho popular. Este fenómeno provocó una gran baja en la recuperación de los créditos del Infonavit, dado que los que rentaban sus viviendas, no se sometieron al régimen de pago directo, a pesar de que estaban obligados a ello, al ya no

contar con un empleo y con un patrón que les hiciera descuentos en sus salarios. Por lo mismo se incrementó considerablemente la cartera vencida. Cuando sobrevino la caída del auge petrolero, lo único que quedó en todos esos lugares fue una gran inflación y un gran desajuste motivado por los excesos a los que Pemex había sometido a los lugareños.

Cuando *Tito* regresó a oficinas centrales, si bien comunicó al contralor lo que había observado, con la intención de que el Infonavit tomara sus precauciones, de nada sirvió, porque para esas fechas el instituto, no tenía ni para cuando crear un departamento que se hiciera cargo de la vigilancia en la recuperación de créditos. Éste se creó muy tardíamente, hasta unos 18 ó 19 años después.

Aquellas ausencias agrandaban la brecha entre *Tito* y su departamento de asignación y, por el contrario, cada vez estaba más vinculado a las actividades de la Contraloría General, por tal motivo cuando *Tito* regresó de Veracruz, el contralor le propuso que solicitara su cambio hacia ese departamento, cosa que a aquél le pareció atrayente. El trámite se hizo y en el lapso de una semana *Tito* ya pertenecía a otro departamento; por lo demás ya hacía tiempo que esto venía sucediendo.

Tito ya con nuevos bríos y con nuevas perspectivas, retomó su camino volviendo a hacer lo que había abandonado. En la Contraloría, que era entonces el departamento más grande de todo el instituto, la mayor parte del personal era sindicalizado al contario del de Auditoría, en donde casi todos eran de confianza, lo que daba al ambiente un tono diferente, incluso, ya no había la obligación de regresar por las tardes a la oficina, sino que la hora de salida sería a las 3:30 de la tarde, porque la plaza que ahora tenía *Tito* era sindicalizada. En este departamento, por ser tan grande, se formaban grupos de personas con gustos diferentes, lo mismo había deportistas, que estudiantes, o bohemios o jugadores de dominó, etc., el caso era que si alguien gustaba de una cosa o de varias, podía participar en lo que quisiera sin más requisito que su deseo, ya que el ambiente era muy cordial. Era natural que *Tito* encontrara a sus afines por lo que en muy poco tiempo ya andaba enrolado con amigos que gustaban de irse a la bohemia, a los bailes de salón o a donde fuera, con tal de que hubiera relajo, pues entre ellos lo mismo había solteros que casados y hasta divorciados, pero no sólo eso sino que también había compañeras de trabajo que solían hacer ronda con todos ellos y así todo parecía, y de hecho lo era, más humano, más cordial, más cálido. Ya en su nueva adscripción *Tito* permaneció algunos meses sin salir a comisiones, lo que le permitió consolidar amistades en su puesto reciente y en su nueva situación, ya como sindicalizado, y hasta le permitió exponer algunas propuestas

al sindicato, ya que, por esos días, iba a celebrarse la revisión del contrato para efecto de prestaciones y el posible aumento salarial para el año que estaba por entrar. Con ese fin el sindicato convocaba a todo el personal, para que el que quisiera presentara sus propuestas a través de su representante departamental; *Tito* expuso dos propuestas en una junta sindical del departamento; una se refería a una estrategia de prestaciones, con el fin de lograr beneficios para el personal, sin que por ello se viera afectada la base salarial, de tal suerte que no se elevara el pago del Impuesto Sobre la Renta a cargo del trabajador; y la otra, hacía referencia a que los trabajadores del instituto, tuvieran derecho a un crédito para adquirir vivienda, pero que éste se elevara a la categoría de prestación contractual y que la decisión ya no estuviera a criterio de los dirigentes sindicales. Como la primera de las propuestas exigía ponerse a trabajar, en la combinación de ciertos factores, para que resultara precisamente una 'estrategia' para que el trabajador se beneficiara y no estuviera expuesto a un aumento en los impuestos; y la otra implicaba que los dirigentes del sindicato perdieran su influencia sobre el personal, pues eran ellos los que decidían a quiénes les eran otorgados los créditos que la Dirección General ponía a disposición de los trabajadores, convirtiéndose en una arma poderosa de control sobre los sindicalizados, como ésas eran las implicaciones obviamente no prosperaron las propuestas, aunque ya el departamento en pleno las había aceptado como suyas para ser presentadas en el congreso que el sindicato estaba por celebrar. La realidad fue que, como el representante de la Contraloría ante el sindicato era un simple esbirro, un servil del sindicato, por ser sobrino político de uno de los jerarcas, se echó la culpa, diciendo a sus representados que se le habían olvidado en su escritorio las propuestas, y que por ese motivo, no se habían podido exponer ante el congreso. Mentira tal, nadie de los representados se la tragó y concluyeron que por lo que implicaba, seguramente al representante le habían dado línea para que ni siquiera mencionara nada, y le pidieron que inventara algo, antes que echar de cabeza al sindicato, y ésa fue la mentira que echó, y fue la causa por la que la que se le retiró del cargo y, en una junta departamental, decidieron nombrar en su lugar como nuevo representante a *Tito*.

Ya como representante de la Contraloría ante el sindicato, y siendo el departamento más grande y con mayor influencia ante aquel organismo, los jerarcas lo vieron como algo amenazante, porque les habían quitado a su marioneta y, en cambio, enviaron a un representante nombrado y legitimado por unanimidad. En esta crónica habremos de citar algunos sucesos, vividos por este personaje ya dentro de esta nueva etapa, como miembro del CEN (Comité Ejecutivo Nacional), del Sindicato del Infonavit. Para nuestro protagonista esta etapa le venía al pelo,

como la lluvia de verano a los ejidos de temporal, todo era fresco y prometedor. Por esos días se le acercaron unos compañeros de departamento para solicitarle que hiciera algo por ellos, dado que ya estaban imposibilitados para ascender, en virtud de que sus puestos, dentro del escalafón sindical, ya no tenían Pie de Rama, o sea, que cuando esos puestos se crearon, habían pertenecido a actividades que a la fecha ya no existían; eran una especie de residuos que, para no despedirlos simplemente eran utilizados como comodines, por decirlo de algún modo, y los empleaban para apagar fuegos, reforzando a alguna área que de pronto se veía con sobrecarga de trabajo, pero a la hora de las retabulaciones salariales no les tocaba nada, porque ya no pertenecían a ninguna rama y mucho menos cuando se trataba de escalar en aquel organigrama, porque éstas ya no existían. Después de algunos intentos por resolver aquel problema *Tito* tuvo éxito, ya que los jerarcas del sindicato, razonaron en función de que era mejor tenerlo de su lado que distante, y ese fue el inicio de una serie de logros para el personal de aquel departamento lo que redundaba en una buena calificación para su representante.

En aquel departamento laboraban aproximadamente 150 empleados, de los cuales por lo menos 60% eran hombres y el resto mujeres, ni siquiera una de las delegaciones estatales, por grande que fuera, tenía tantos empleados como la Contraloría General. Existía una buena camaradería y una tendencia a solidarizarse para todo, no se diga si se trataba de pachangas, pues para eso se pintaban solitos. No obstante, existía un grupo de unos 20 elementos aún más sólido, lo mismo formado por empleados sindicalizados que de confianza, la mayoría casados, casi todos eran infieles, un elemento aglutinador y un gran pretexto para hacer reuniones bohemias, o irse en grupo a los salones de baile, etc. Estos acontecimientos novedosos vinieron a sacar a *Tito* de aquel estado de depresión en el que ya había caído, no sólo por esas distracciones sino por los mismos retos a los que su nuevo estatus lo sometía o lo obligaba, puesto que, indudablemente, había mucho por que luchar, ya que los dirigentes del sindicato, por el mismo anquilosamiento producido por los años que llevaban en esos puestos y el hartazgo al que conllevan las rutinas, ya habían llegado a su límite de incompetencia, a su falta de imaginación, al sometimiento patronal y al de la central obrera a la cual pertenecía el sindicato; aunque no era nada fácil conducirse entre aquella enredadera, pues no faltaban los orejones, los incondicionales, los espías, y toda esa suerte de bichos y zánganos, que con tal de no estar fuera del grupo dominante y de no trabajar, entregan mansamente las 'teleras', de manera ignominiosa. Este estatus sindical lo habríamos de encontrar, cual fotografía en sepia, muchos años después de estos relatos. Por el momento, a nuestro personaje le servía para experimentar, otra vez, esas cadenas de vivencias, de aventuras,

de encuentros y de todo aquello que, finalmente, venía a constituir el cúmulo de ingredientes que configuraban su personalidad y que era, por lo mismo, el motivo de su forma de ver al mundo o de analizarlo, puesto que no hay que perder de vista que ese cristal, a través del cual vemos las cosas, todo mundo está influenciado por un sinfín de experiencias que la vida nos va dando, pero no todos las guardan del mismo modo y en ocasiones ni siquiera las utilizan, que es lo peor. Una de las tantas cosas a las que *Tito* hubo de enfrentarse ya como sindicalizado y como representante ante el sindicato, fue lo relacionado con aquella oficina donde se había presentado el problema de aquel jefe con licencia sindical y que por la falta de fluidez en las revisiones de papeles, las remesas de fondos hacia las delegaciones habían causado una crisis nacional y las obras en construcción se vieron entorpecidas en su avance. Para estas fechas ya había transcurrido poco más de un año de aquel conflicto, pero no así la insatisfacción de la secretaria a la que le cargaban trabajo de otras oficinas, pues para entonces las labores de revisión de documentos para el envío de remesas hacia delegaciones ya no existían, puesto que ya se había descentralizado la contabilidad y las obras en proceso se manejaban en las delegaciones. Se trataba pues de algo similar al problema de los empleados rezagados que le habían solicitado ayuda para sacarlos de aquellas ramas laborales que ya no tenían futuro escalafonario, y como el fondo del asunto era plenamente conocido por *Tito*, no tuvo problema alguno para lograr sacar de ese atolladero a la quejosa, y que gracias a ese movimiento, en la revisión del contrato colectivo de trabajo de ese año, así como de las reconsideraciones que se hicieron a todas las plazas rezagadas, los ascensos escalafonarios y los correlativos beneficios salariales repercutieron de un modo inesperado entre ellos y aquella secretaria, a quien llamaban Maru. Un tiempo después ella habría de pagarle muy generosamente ese favor a *Tito*.

Por esos días, para Maru el sueldo era algo verdaderamente vital, ya que su esposo, con quien no llevaba mucho de casada, estaba estudiando una maestría en finanzas y ese dinero era con lo único con que contaban, de modo que al verse favorecida con los aumentos y con el reacomodamiento de su plaza, su situación, junto con la de su esposo, dejó de verse apretada. Por supuesto que tal situación era ignorada por *Tito*, igualmente que el esposo de Maru venía siendo sobrino segundo, o algo así, de un subjefe de departamento del Infonavit, mismo que, tan luego viera recibido a su sobrino lo integraría al mismo como asesor, porque en realidad no era ningún improvisado. La oficina a la que *Tito* pertenecía se encargaba de todos los asuntos de carácter fiscal que en el Infonavit se daban, por lo mismo, estando a la cabeza del departamento un contralor con gran capacidad creativa trabajaron muy activamente en la configuración de un

subsidio, para que los trabajadores que obtenían créditos del instituto, gozaran de un descuento en el monto de su adeudo, con cargo al erario federal. Su nombre era el de 'Ceprofi', (Certificado de Promoción Fiscal), a través del cual al acreditado se le hacía un descuento. Ese certificado lo utilizaba el Infonavit para pagar impuestos a la Secretaría de Hacienda. Así, el Infonavit recuperaba lo que le descontaba al acreditado dejando de pagar impuestos a Hacienda, lo que finalmente venía a ser algo a cargo del erario público. Esta manera de hacerle aportaciones al Infonavit, tomadas del erario público, influyeron en su momento para que al Infonavit se le considerara, 'de hecho', como parte del grupo de dependencias que conformaban a la Administración Pública Federal, puesto que estaba siendo receptor de fondos públicos, motivo por el cual, por esas fechas, se vino creando la Secretaría de la Contraloría Federal (hoy Secretaría de la Función Pública), se suscitó la controversia de si los empleados de confianza del Infonavit debían o no, presentar su declaración patrimonial a dicha secretaría, y como legalmente no se formaba parte de la Administración Pública Federal y, por el contrario, sí se estaban recibiendo fondos públicos, sujetos a revisión por parte de la citada secretaría, se tuvo que firmar un convenio entre ésta y el instituto, a fin de obligar a los empleados de confianza a presentar su declaración patrimonial, aparte de someterlos a la Ley de Responsabilidades de los Servidores Públicos, lo que venía siendo un mecanismo muy sano de control sobre el instituto, mecanismo impuesto por aquel contralor visionario, para frenar actitudes corruptas practicadas por quienes, abusando de que no son servidores públicos, y que saben que la Contraloría Federal no los puede tocar, han hecho del Infonavit un verdadero botín. Esta situación se volvió a recrudecer en años posteriores, de lo cual trataremos en su momento.

¡El Presidente de la República, presentará su Informe de Gobierno! Nos amanecimos con esa expectativa. En las oficinas del Instituto había la facilidad para todo aquel que se interesara en escuchar y ver por la TV el Informe, lo hiciera y punto. La gran noticia, 'Se estatiza la Banca'.

Tito recibió una nota desde la Dirigencia Sindical Central para: "Comunicarle a todo el personal bajo su jurisdicción, que quienes deseen asistir 'Voluntariamente' (¿?), a dar el apoyo al Sr. Presidente por su valiente decisión, acudan a la explanada del Zócalo..." etc., palabras más, palabras menos. El boletín fue transmitido y quien quiso asistir lo hizo y quien no, simplemente se quedó en las oficinas. Algo así ya se esperaba. Por aquellos días los banqueros actuaban de modo muy extraño. Solamente entre ellos se prestaban dinero, sólo ellos hacían inversiones en empresas alrededor de sus bancos. Cuando salió a la luz lo que tras sus

bancos había, resultó que eran accionistas de cadenas de negocios pequeños y grandes, de constructoras, de inmobiliarias, etc., lo cual indicaba que ellos captaban recursos del público con bajos intereses, los invertían en negocios de ellos y para ellos mediante dinero barato, y si alguien se les acercaba para pedirles dinero simplemente o no lo había o se lo prestaban con intereses caros, en pocas palabras, se olvidaron de su función y aprovecharon ventajosamente su condición de banqueros, monopolizando la captura de recursos del público para su propio beneficio. La pregunta estaba en el aire... y aún lo sigue estando... ¿Fue justa o no lo fue, esa decisión del Presidente en turno, de hacer a un lado a esos abusones?

Antes de leer aquel boletín ante sus representados *Tito* hizo una exposición en los términos anteriormente descritos, y la terminó con una pregunta similar a la que se ha planteado, y les dijo: "Ahí piénsenla y decidan por sí mismos. No me gustan las órdenes soterradas, pero si a mí se me preguntara lo que haría... contesto públicamente; –Yo sí voy..., nuevamente, gracias a ese discurso y a su convicción personal, tuvo una respuesta del 100%, cosa que no se dio entre el personal de otros departamentos, donde ni siquiera se les dijo que la invitación era a voluntad, sino que los representantes departamentales recibieron la nota del sindicato como una orden central y así la transmitieron. Como a *Tito* no le interesaba una carrera sindical, era lógico que no le importaba quedar bien ante el organismo central, y aquí nos encontramos ante aquella anécdota histórica atribuida a don Fidel Velásquez, cuando le preguntaron que por qué llevaba ya tantos años al frente de la CTM, y simplemente contestó: "Porque nunca he querido ser Presidente..." y, a insistencia de alguien, 'y ¿por qué no?', don Fidel respondió de nuevo, secamente: "Porque ése es un puesto que sólo dura seis años".

No cabía duda de que a *Tito* le iban saliendo muy bien las cosas dentro de su nueva adscripción, lo mismo que por eso también le redituaban bastante esos aciertos, al grado de que dentro de aquella oficina en donde se trataban puros asuntos de orden fiscal, se ideaban también estrategias para beneficio del personal del instituto, aprovechando las ventajas que el sistema federal, en esos momentos, otorgaba a la clase trabajadora a través de incentivos fiscales, incluso los integrantes de aquel equipo, en forma fuera de serie, eran enviados con frecuencia a tomar cursos de actualización fiscal a institutos muy prestigiados y muy profesionales en la materia. En el Infonavit este aspecto era y sigue siendo, algo escaso. Todo transcurría sin tropiezos y, por el contrario, con más sumas que restas. Por esos días se necesitó efectuar unos trabajos en la región noreste, la cual incluía los estados de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas y, para tal comisión fueron designados *Tito* y tres ayudantes. El inicio fue por la delegación de

Chihuahua, luego seguiría Nuevo León, por la facilidad en el transporte aéreo para ser conectado, y luego seguiría en forma terrestre Coahuila, por la cercanía de 84 kilómetros entre Monterrey y Saltillo, y finalmente Ciudad Victoria, para luego abordar avión a la Cd. de México. La salida del DF, se efectuó por la mañana muy temprano, para aprovechar todo el día en la Delegación Chihuahua. La siguiente anécdota se cuenta porque el avión que los trasladó a esa ciudad, tenía la estampa de Cuauhtémoc en los costados, lo mismo que ese nombre. Al día siguiente, *Tito* y sus acompañantes viajaron a Monterrey, porque en realidad en la Delegación Chihuahua no había gran problema en lo que iban a hacer, es más, ni siquiera hubiera sido necesaria esa visita, pero así se decidió para ajustar algunos asuntos que requerirían un viaje en fecha próxima. La llegada a Monterrey también fue muy temprana. Después de haber concluido la tarea de ese día, se trasladaron al hotel. Tan luego estuvieron en la habitación, encendieron la TV, y cuál no sería su sorpresa, que en el noticiero de *24 Horas*, se estaba dando cuenta de que, ese día por la mañana, el avión Cuauhtémoc había sufrido un accidente fatal, en el aeropuerto de Chihuahua. *Tito* y sus auxiliares nomás se veían unos a otros. Esos sucesos tuvieron lugar al día siguiente de que ellos lo habían abordado. El grueso de los problemas que se iban a tratar, realmente se estaban dando en la Delegación Monterrey, y cabe traer a colación el hecho de que, por esos años, entre el centro, incluido el Infonavit, y aquella entidad norteña, no existían relaciones cordiales, ni cercanas en lo más mínimo. Las operaciones institucionales se atendían en unos departamentos habilitados como oficinas. Para todos los efectos se utilizaban dos o tres departamentos separados entre sí y, además, situados en diferentes calles. Aquello resultaba algo vergonzoso y además incómodo, tanto para los mismos empleados, que no gozaban de las más mínimas comodidades para su trabajo, como también para los usuarios del servicio del instituto, que eran sometidos a un verdadero sacrificio para cualquier trámite. Cada departamento contaba con un sólo WC; los clósets se acondicionaron para archivos de papelería o de expedientes. En lo que eran las recámaras, existían tres o más empleados con su respectivo escritorio y a las cocinas, se les daba cualquier uso. Cables de electricidad cruzaban por todas partes, y no se diga para las conexiones de abanicos, para poder refrescar un poco aquel ambiente infernal.

Tito recordaba esta anécdota: resultó que en uno de esos días, con un motivo de esos que nunca faltan, los empleados de la delegación, después de terminadas las labores, organizaron una carne asada en un lugar a las afueras de Monterrey, con rumbo a Linares. Él y sus acompañantes fueron invitados por el entonces administrador, quien consideró que para eso no tenía que consultar con nadie, ya

que las buenas costumbres y la hospitalidad siempre deben estar a salvo de todo protocolo. Una vez en aquel lugar, y ya entrados en cervezas, las pasiones no se dejaron esperar. *Tito* y su equipo fueron objeto de cantidad de insultos por parte de varios de los ahí presentes. El administrador, como era natural, por más que sacó la cara por ellos, no logró atenuar siquiera las agresiones. Decía uno: "–Esos pinches chilangos, hasta que van a tragar con manteca y buena carne!, todos los presentes, guardaron silencio, pero sólo por un momento, ya que una vez que vieron al que expresó aquello, por tratarse de un jefe, tenían que apoyarlo y lo secundaron con tremendas carcajadas. Otro agregó: –¡Sí, ustedes, no se hagan pendejos!, ¡acérquense a tragar como la gente!, ya está lista la carne, nomás para que vean la calidad, y no sus pinches tortas… ¡ja, ja, ja!

A una agresión siguió otra y los afectados no podían dar crédito a aquello. Como era lógico, ésa fue una gran oportunidad para aquella turba para cobrarse, injustamente, lo que el centro les estaba haciendo, pues como ya se narró, era tal la pugna entre Monterrey y el gobierno central, que cualquier motivo era suficiente para que afloraran todos los rollos y todas las pasiones. Después de un largo rosario de improperios, se hizo un espacio, mismo que aprovechó *Tito* una vez que pudo digerir parte de todo aquello.

Como ignoraban su origen y además porque, de cualquier modo, también por sus expresiones y tal vez hasta por el tono en el hablar, él ya se parecía más a un capitalino que a un norteño, nunca pensaron los agresores que alguien iba a saltar en defensa propia:

–¡Épale, épale, párenle a su pinche pedo...! –*Tito*, hasta con premeditada intención recalcó el acento anorteñado, con el firme propósito de hacerse respetar, sacando de onda a los ahí presentes, y luego, continuando con su intervención–. Con norteños así, es mejor ser de cualquier parte.

–¡Sí, pero menos chilango! No te defiendas, que estás pero si bien jodido porque lo chilango no se te quitará por más que te lo sacudas.

Tito recalcó: –Mira, yo no hubiera querido decir esto, porque dirán mis compañeros que los estoy dejando solos, pero no es así, y sábelo, que yo soy tan norteño como tú, y tal vez mucho más que tú y todos los aquí presentes. ¡Soy de Coahuila y mi abuela paterna era de Monterrey!, soy más norteño porque soy más viejo y porque todavía guardo el respeto a los demás, con la tradicional nobleza que me heredaron los antiguos norteños, por eso y nada más por eso,

¿acaso te parece poco? Y no como los de pacotilla, vaqueros de *boutique*. Soy norteño de los de antes.

Se hizo un gran silencio de nueva cuenta. *Tito* tenía el rostro desencajado, y ya totalmente desfigurado, arrojó el trozo de carne que tenía en la mano diciéndoles a los ahí presentes: –Métanse por donde mejor les quepa esto, que no estamos muertos de hambre. ¡Vámonos de aquí!, Terminó dirigiéndose a sus compañeros. El administrador tuvo el gran valor de enfrentarse a los agresores y despidiéndose de ellos se ofreció con los visitantes para regresarlos a la ciudad. Ya en el camino, el anfitrión mostraba su gran vergüenza y trataba de explicar el porqué de tanto rencor, cosa que *Tito* y sus acompañantes entendían, y más al ver las condiciones tan humillantes en las que estaban trabajando en aquellas oficinas delegacionales, aunque de todos modos, lo que había sucedido momentos antes, no tenía justificación por más razones que se quisieran exponer, porque los ofendidos ni tenían la culpa ni podían hacer nada por cambiar lo que, por la historia ya sabemos, es decir, el choque entre dos potencias, una de ellas, conformada por un gobierno centralista y solapado a la vez por todas las entidades federativas, las cuales nunca han defendido el Federalismo, y la otra, configurada por un grupo de poderosos industriales, que sólo están contentos cuando el centro los apapacha, pues de lo contrario acaban por mostrar su verdadero rostro, su proclividad a lo extranjero y al separatismo.

Ya la historia data hechos nada honorables desde la misma fundación del Nuevo Reino de León, y luego en la época de Juárez, con el cacique Santiago Vidaurri, con sus claras inclinaciones a someterse al Imperio y combatiendo en contra del Presidente, fue secundado por el centro y norte del estado de Coahuila, íntimamente ligados a Nuevo León por parentescos e intereses económicos, en 1856 anexaron a Coahuila con Nuevo León, excepto a Saltillo, lo cual, aquel cacique logró hacer hasta 1860, año en que esta ciudad dejó de ser la capital del estado y luego, continuó con el propósito de anexar a Tamaulipas también, para así crear una república independiente con el nombre de 'República de la Sierra Madre'. Juárez puso fin a tal anexión en 1864 y el Congreso de la Unión lo ratificó en 1868. Los invasores abandonaron el país y Vidaurri huyó a Texas.[1] En hechos más recientes se pueden destacar las fugas de capitales tan pronto han surgido las más pequeñas señales de inestabilidad económica o política, porque, finalmente, el dinero no tiene patria.

1 *Historia de la Ciudad de Saltillo*. Pablo M. Cuéllar Valdés. Ed. Libros de México, 1975; *Coahuila 1854-1867. La Reforma, La Intervención, El Imperio*, Óscar Flores Tapia. Editado por el Gobierno del Edo. de Coah., 1966.

Por esas fechas, en las que *Tito* y sus acompañantes tuvieron aquella triste experiencia, el fenómeno del chilanguismo estaba muy recrudecido y, para colmo, cuando sucedió lo del terremoto de 1985, en que miles de personas se vieron obligadas o motivadas para salirse del DF, y que emigraron hacia otras entidades del país, las reacciones en su contra se agrandaron, mas aún en los estados del norte, en donde con frecuencia se encontraban consignas contrarias a aquéllos, a través de pintas en muros callejeros, o de referencias insidiosas con toda saña o carga de un rencor inexplicable, contra todo aquel que perteneciera al DF, o que de ahí hubiera salido o que se le pareciera, que era lo peor de todo. Sólo para no dejar suelta esta parte, recordaremos que no fue sino hasta el periodo del presidente Carlos Salinas de Gortari, en que los lazos se volvieron a estrechar. No podemos hacer a un lado la gran coincidencia de que esas familias tienen su origen en Nuevo León.

Los comisionados continuaron con su trabajo por las delegaciones que aún les faltaban y, sin novedades ni incidentes terminaron el recorrido en casi dos semanas. Regresaron a las oficinas centrales y lo sucedido pasó a formar parte de un mal rato, ya que el capitalino está muy consciente de su situación frente a la provincia, es más, los hay, y muchos, que se mofan de sí mismos y hasta ellos mismos se autonombran chilangos, cosa que no debiera ser así porque aunque sea de pura chunga, mucha gente en lugar de definir lo que por tal expresión habría de entenderse, simplemente lo toman como una arma de ataque. Si bien, en mucho contribuyeron los propios capitalinos en ganarse esa fama, pero ya las cosas no son como las encontró *Tito* en aquellos inicios de los años sesenta, cuando se solía decir que... 'después del Toreo, todo es Cuautitlán', en franca referencia despectiva hacia la provincia y los provincianos. A *Tito* le tocó en gran medida lidiar contra muchos prejuicios y discriminaciones, y si a personas como él, que motivos no les faltaron para ensañarse contra los chilangos, no guardan ningún rencor y, por el contrario, encuentran en la gran ciudad grandes atributos lo mismo que en su gente, no hay explicación como para que otros, ¡aun sin conocer siquiera al DF!, tomen posturas tan cretinas. Los bonos de *Tito* que ya de por sí estaban muy bien cotizados entre sus representados, al conocerse los sucesos de Monterrey, y la postura que tuvo ante aquellos insultos, lo colocaban en un plano de verdadero líder y, por tal razón, no había evento social al que no fuera invitado por el personal de la Contraloría y, también, por supuesto era tomado en cuenta para todo tipo de conflictos, para los cuales era considerado como buen negociador y todo gracias a la confianza que se había ganado. De ese modo se fueron entrelazando las cosas, de tal manera que al finalizar ese año los resultados fueron de un verdadero superávit. Las vacaciones navideñas llegaron,

y como *Tito* tenía acumuladas las de todo el año, porque no había disfrutado de ningún periodo intermedio, decidió pasarse todo ese mes de diciembre con su familia. Hacía mucho tiempo que un lapso así de grande no lo pasaba en esa forma, de tal suerte que pudo vivir algunas cosas que, si bien ahí estaban, por el mismo ritmo de vida que llevaba no se percataba de ellas, como por ejemplo la edad de sus padres. De un golpe, observando a sus progenitores, recorrió los más de 20 años que ya habían transcurrido desde que partió a la ciudad de México. Su padre ya rebasaba los ochenta años y su madre andaría cerca de los setenta, de manera que esto era para reflexionarlo muy a fondo.

Durante ese periodo vacacional *Tito* hizo una verdadera vida hogareña. Sus pláticas continuas con su papá o con su mamá, ya por separado o bien conjuntamente, se dieron como nunca se habían dado, sólo con la madurez que dan los años se puede apreciar lo que de joven no es posible. Es como los que están dentro del bosque, que no lo aprecian como los que están fuera de él, no lo pueden percibir igual, ni justipreciar, ni sentir, ni interpretar. *Tito* recordó de pronto aquella afirmación que don Arturo, el papá de su amigo Memo, allá en Monclova, un lejano día le dijo... 'La juventud es una enfermedad que, por fortuna, con el tiempo se quita...' "¡Cuánta razón tenía don Arturo!, y la sigue teniendo qué caray", se decía a sí mismo, y cayendo en sus usuales introspecciones, reflexionaba: <Oye, mi *Tito*, la verdad es que hace muchos años, que se perdió esa cercanía con tus papás, ¿no lo crees?> "–Sí, es verdad *mi buen*, se contestaba. Pero, ¿cuándo se perdió?, es más, creo que si hubo alguna cercanía en un tiempo, eso fue muy efímero, sólo tengo una leve sospecha de que hubo una cercanía, y eso, siendo yo muy niño. Pero... no tengo ni idea de cuándo se terminó o por qué se terminó... acaso cuando al necesitar de mi papá, al llegar a la adolescencia, él no me supo entender, y en lugar de atender a mis requerimientos, me dejó solo". <¡Párale párale mi *Tito*!, no se te ocurra hacer lo que todos los chavos hacen en estos casos, culpar a los padres de que los abandonaron y que no los comprendieron, y todos esos rollos, que sólo son los síntomas de la enfermedad llamada juventud. O bien, mi *Tito*, contéstate a ti mismo, pero sinceramente, ¿sientes algún rencor contra tu papá o contra tu mamá?, ¿ahora?, ¿en este preciso instante?>, – "no, *mi buen*, creo, sinceramente, que no. Es más, creo que lo que siento ahora es una gran tristeza, al verlos tan avejentados, y una gran responsabilidad para con ellos. Fíjate, *mi buen*, no sé por qué, pero presiento que un día de éstos, mi papá me va a decir algo parecido a lo que escuché un día en la radio, en la voz de Enrique Rambal, en aquellas emisiones que se llamaban. 'Cartas a mi hijo'. Decía algo así, palabras más, palabras menos: '...hijo mío, y cuando yo muera, no abandones a tu madre, y entiérrala junto a mí cuando ella

también, se haya ido...'" <Sí, mi *Tito*, bien que lo recuerdo>. Su otro yo terminaba de este modo aquel momento de reflexión, y *Tito* se percató de que estaba llorando.

Los días navideños, con toda esa carga de culpas, de buenos deseos, de rencores, de buenos propósitos, etc., estaban presentes. Sólo cuando se es niño se pueden disfrutar a plenitud esas fiestas, aun siendo un niño pobre, porque, finalmente, basta un pequeño regalo para darles por cubierto el expediente de la Navidad, a la gente mayor eso no nos basta, es más, ni lo deseamos. Para los mayores la Navidad es para dar, que muchos, ni siquiera reciben algo. Para los mayores, la Navidad sólo nos significa un límite, un hasta aquí, para decirnos a nosotros mismos: que …'es el momento en que se tiene que hacer un acto de conciencia nos guste o no nos guste', y ver de cerca y de frente, aun hasta aquellos a quienes evitamos durante los doce meses anteriores, y hasta tenemos que darles su abrazo, y a veces hasta un regalo, por aquello de que nos hayan metido en el intercambio de regalos, etc., ¿y, el fin del año?, ni qué decir, es para todos, al parejo, otra vez un punto de partida hacia el final de nuestras vidas, cualquiera que haya sido el día o el mes en que hayamos nacido, y por eso, sólo por eso, es que en ese momento, todos sentimos lo mismo a la vez: ...que hemos envejecido un año más, todos parejitos, porque el año que se va, se lleva nuestro anterior onomástico o cumpleaños y estaremos en espera del que viene, pero solamente con fe, porque nadie tenemos comprado el futuro. Por eso es que el fin de un año, nos pone a todos en posición de arranque, al parejo, y ¿quién llegará a un nuevo cumpleaños?, …sólo Dios lo sabe.

Reflexiones de este tipo, y consideraciones basadas en la vida de sus hermanos y hermanas, quienes ya se habían casado, incluso una de ellas ya hasta era abuela, lo sometieron a un proceso de reconsideraciones, de reacomodamiento de perspectivas, de valoración de circunstancias. De tal suerte que concluía en que tal vez ya había llegado la hora de ir pensando en regresarse a la tierra. Era indudable que algo ya lo estaba llamando. "La verdad, *mi buen*, que nunca me puse a pensar siquiera, un poquito siquiera, en lo que papá o mamá sintieron cuando me les fui de la casa. Con cuánto egoísmo actuamos cuando estamos jóvenes. No tengo hijos ahora, pero puedo intuir que si un hijo mío se me fuera de la casa, cualquiera que fuera el motivo, me causaría una gran pena". <Sí, mi *Tito*, dicen que cuando se tiene un hijo, hasta el modito de andar nos cambia>.

De vez en cuando *Tito* dejaba su encierro y su actitud hogareña, para salir por ahí a darse una vuelta por la ciudad. Entre aquella gente que pasaba a su lado, de

repente aparecía alguien conocido, pero que sólo *Tito* lo recordaba o lo reconocía, ya que el que pasaba a su lado, ¡ni en cuenta!, tal parecía que él era transparente, invisible, ya no existía en la memoria de muchos de los que pasaban a su lado. Cruzaba por la Alameda en esos momentos de ensimismamiento y, por lo mismo, decidió sentarse en una de aquellas bancas, tan llenas de recuerdos. "¡En la madre, *mi buen*!, imagínate nada más, que yo regresara a la tierra y que tuviera necesidad de pedirle a algún amigo que me echara la mano, para poder subsistir, ¡qué chinga eh?, es como para pensarlo muchas veces, ¿no lo crees?" <Sí, mi *Tito*, pero por fortuna ése no sería tu caso. Tú vendrías con un empleo y con algunos ahorros, aparte de lo que ya has invertido por aquí, y eso no sólo te evitaría esa pena, sino que hasta te pondría en un plano de ventaja, porque resultaría que ahora, ¡ahora sí!, te iban a sobrar conocidos y, sobre todo, porque tu empleo no se lo debes a nadie de por aquí, a nadie tendrías que pagarle favores ni nadie te podría señalar como protegido de alguien. Ser un incógnito, es interesante, ¿no lo crees, mi *Tito*?> "Oye, *mi buen*, ¡qué buen tip me has dado! A ver en qué palo me trepo, pero buscaré la forma de regresarme". *Tito* concluía su ensimismamiento con una alegría interna producida por aquella posibilidad, aunque remota de regresarse a Saltillo pero, por supuesto, con un empleo, porque... ¡Ay de aquel, que regrese a su pueblo con las alas caídas!, que Dios lo agarre confesado. *Tito* siempre pensó que ya después de cierta edad, para poder vivir en provincia, solamente borracho, loco o casado; porque de lo contrario, es decir sin vicios, cuerdo y solterón, y si por añadidura no se tiene un empleo, ni dinero y con las alas caídas, sin lugar a dudas, se es un candidato perfecto para un suicidio. Y así, los días navideños se fueron y un nuevo año llegó, y con él la fecha en la que *Tito* tenía que regresarse al DF. Mientras viajaba en tren, en el Regiomontano, de nueva cuenta entraba en sus pensamientos y diálogos consigo mismo. "Qué curioso, *mi buen*, antes andábamos en camión porque no teníamos carro ¿y ahora?" <Pues, mi *Tito*, no me negarás que viajar en este tipo de servicio es un verdadero lujo. Ya no es aquel tren que duraba 24 horas y a veces hasta mucho más, para ir a la ciudad de México; no, ahora es de lujo. ¡Mira!, ahora se trata de una cama, tienes un WC para ti solito, sábanas limpias, y cobertor limpiecito, toalla y jabón, y clima acondicionado. Luego, un comedor con una cena de magnate, ¡bueno!, hasta cenas con copa de vino y si quieres más, te la sirven, todo está incluido, y además, la llegada al DF es puntualísima, ni el camión lo es tanto. Y, ¿qué decir del bar?, buenos tragos a buen precio, gente amable y damas de muy buen ver, ¿para qué queremos carro?, a nadie paseamos, nadie esperaba por nosotros, a ningún lugar teníamos que ir, entonces, ¿para qué cansarnos?>. "Es cierto *mi buen*. ¡Y, qué gacho!, ¿te fijaste?, ya nadie se acuerda de nosotros, o casi nadie". <Bueno, mi *Tito*, acuérdate que en todo caso, si

regresáramos, sería por tus papás y todos los riesgos se tendrían que correr, por eso mismo, no debemos tomar muy en cuenta ese detalle. Acuérdate, mi *Tito*, que santo que no es visto, no es adorado. Tendríamos que volver a empezar. Ni modo>. *Tito* se vio interrumpido por el llamador, que con una campanita avisaba que la cena ya estaba siendo servida y que era hora de pasar al comedor, que era todo un acontecimiento. Pollo, carne roja o pescado, vino tinto o blanco, al gusto, café o té, pan blanco y mantequilla. Después pasar al carro fumador o al bar para tomarse un trago o una cerveza y jugar una manita de dominó antes de irse a dormir. Por la mañana, muy temprano, ya como a las siete de la mañana, el desayuno se servía: *hot cakes*, huevos al gusto, machacado con huevo, o con chorizo, buenas tortillas de harina, café, leche o té, o refresco, todo al gusto. Y lo mismo de la noche, irse al carro fumador para esperar el arribo a la ciudad de México, que era a las ocho de la mañana en punto (se hace lo más que se puede para entrar en detalles, por si alguien preguntara algún día, si acaso en este país existió algún transporte de este tipo, en alguna ocasión y la respuesta es: sí lo hubo, y creo que nos quedamos cortos).

Durante el viaje, *Tito* se animaba cada vez más en torno a la posibilidad de regresarse a Saltillo, ya que, después de todo, podía visitar el DF cada vez que así lo deseara, pues aquel servicio de transporte lo facilitaría: tan generoso, cómodo y además barato, porque costaba 30% menos que un autobús, donde nada se obtiene extra, salvo unos escusados pestilentes, música de mal gusto a juicio de los operadores quienes, sin misericordia alguna, le hacen de cuadritos la vida a los pasajeros, entre otras lindezas. Las ocho de la mañana en punto y el tren se estaba estacionando en los andenes de Buena Vista. La ciudad de México aún lucía los adornos navideños, porque no hay que olvidar que en esa ciudad, el telón no cae tan súbitamente al final de las fiestas decembrinas, anunciando el arranque hacia lo inevitable, la llegada de un nuevo año, no, ya que antes de que se apaguen todas esas luces, antes de olvidar todo ese jolgorio, para enfrentarse con la realidad de que nos acercamos cada vez más a nuestro final, hay algo que viene a redimirlo todo, nada más ni nada menos que la presencia de los niños, la verdadera fiesta, la que nos indulta, la que nos exonera de esa esclavitud a lo inevitable y que hace que la realidad no nos quite la alegría de vivir. Los niños nos dicen con la espera de sus regalos, la de los Reyes Magos, que ésa es la entrega que el Creador nos da, de lo más preciado: La Vida, La Esperanza, La Fe, La Luz, la alegría de vivir, y no la de un *Santa*, que no solamente a muchos niños deja frustrados, sino que también a muchos adultos, porque está entendido que *Santa* trae regalos a grandes y a chicos, siendo que los obsequios, los regalos, los juguetes, los objetos, deben ser sólo para niños, y que entre adultos lo que

debemos darnos es amor, que todo lo demás no es más que un culto al consumismo. Nuestro esfuerzo económico envuelto con amor debe encaminarse sólo hacia los niños, y la sinceridad envuelta en amor, es hacia los adultos. Por eso es que a muchos, como a *Tito*, les gusta que las fiestas no terminen el 31 de diciembre, sino el día 6 de Reyes, con juguetes y con un pan.

México, DF, enero de 1984

El primer lunes de mes fue día 2 y luego llegaría el día 6, por cierto en viernes, todo apuntaba hacia un día de fiesta, no sólo para pequeños, sino también para los grandes, porque así son las celebraciones por esos rumbos, y el telón aún no bajaba. *Tito*, ya estaba incorporado a sus labores. En ese año, *Tito* cumpliría sus 40 años de edad, y con ellos las posibles consecuencias, como los problemas existenciales por ejemplo. Lo mismo, en ese año, se cumplirían 21 años de residir en el DF, y con ellos, todo un bagaje, todo un historial de altas y bajas, un gran cúmulo de motivos para ir pensando ya, en un posible regreso a la tierra. Todo iba apuntando hacia un año sin muchas perspectivas de salidas a delegaciones, aunque para él ya no representaban un gran atractivo, ya que cada vez se convencía más de que por esa causa no ahondaba en amistades, no sostenía una relación amorosa permanente y con futuro, y con sus 40 encima, la dichosa crisis existencial, amenazaba. De no haber sido por aquel grupo de compañeros de trabajo, tan unidos entre sí, como tan infieles, los fines de semana hubieran sido verdaderamente insoportables, y como en ese año, no en forma precisa, sino que fue uno de esos años que marcaron un punto de partida para la aparición de muchos salones de baile, en especial de salsa, que apenas sí empezaban a hartarse de un salón, cuando ya aparecía otro en el escenario. También durante ese año, *Tito* se dio a la búsqueda de sus antiguos lugares para gente sola, habiendo encontrado algunos que, por fortuna, seguían conservando lo suyo, asimismo empezaron a pulular los llamados Pianos-Bar, donde, en torno a un piano, se reunían los bohemios a cantar, de manera que, si bien en el trabajo las cosas habían ya caído en un tedio, no así en lo que a lugares novedosos tocaba los que permitieron a nuestro personaje entrar en una dinámica tal que la famosa crisis existencial no hizo su aparición, al menos durante los primeros ocho o nueve meses de ese año. Precisamente corrían esos días cuando *Tito* recibió un telefonazo de uno de sus hermanos, quien le dejó en la grabadora un mensaje para que se comunicara. Él se contactó tan luego se enteró del mismo y el asunto era muy concreto. El hermano le comunicaba que había una persona que tenía un rancho en venta, que la finca tenía mucho tiempo abandonada y que por lo tanto, las obras de irrigación estaban dañadas, que el pozo de agua que había estaba

azolvado y, en fin, que habiendo mucho qué hacerle a aquello para hacerlo trabajar, el precio era atractivo. Por lo dicho, a *Tito* le llamó la atención el asunto, y decidió ir a Saltillo para verlo. Como las relaciones entre el jefe de la Contraloría y *Tito* eran muy buenas, cuando éste pidió permiso para ausentarse unos tres días, el jefe le facilitó las cosas y hasta le inventó una comisión a la Delegación Coahuila, para que así se trasladara en avión y con viáticos. *Tito* se trasladó a Saltillo y una vez vistas las cosas de cerca, no quedó muy convencido de que aquel ofrecimiento fuera a representar, en un plazo razonable, un buen negocio, por lo que sencillamente no llegó a nada con el vendedor.

Como *Tito* tenía que rendir un informe de rigor, para justificar su visita a la delegación, siendo ya viernes, se presentó a esas oficinas, para darse a ver por ahí, reportarse con el delegado y, en fin, 'taparle el ojo al macho'; visitó y saludó a cada uno de los jefes de área, y cuando pasó por la oficina de uno de ellos se percató de que el escritorio no tenía papeles encima, y que toda esa área estaba vacía. Cuando preguntó a la secretaria acerca de aquel jefe, ella le informó que ya no estaba laborando ahí, porque el delegado lo había dado de baja.

Se trataba de un puesto en donde definitivamente, no se hacía nada. Era uno de tantos inventos burocráticos que no tenían pies ni cabeza, o bien, ninguna razón de ser. Área de Orientación y Promoción Social, en donde, en realidad, ni se orientaba a nadie ni se promovía nada, era el brazo político de toda Delegación hacia el partido tricolor, a través del cual se controlaba a todos los colonos, vía líderes y lideresas, por medio de dádivas y todo tipo de medios para fines políticos y de compra de votos. El colmo de todo, era que esas 'actividades…', se efectuaban a través de dos áreas: Promoción Social, que era la que estaba vacante, y la de Orientación Social. En esos días esas actividades fueron fusionadas en la segunda, para quedar con el nombre que inicialmente señalamos. La que quedaba vacante iba a ser transformada para asignarle funciones, digamos, más serias, de tal modo que aquel jefe, a quien dieron de baja, al comprender que no podría cumplir con el nuevo paquete, simplemente ni opuso resistencia y aceptó ser liquidado. Este movimiento entre áreas y reasignación de funciones fue algo a nivel nacional, y el efecto que se dio en Saltillo, con el ocupante de tal área, coincidentemente fue el mismo a nivel nacional, provocando el pánico entre sus titulares, quienes estando impuestos a no hacer nada, ahora entrarían en una fase en la cual se iba a requerir de profesionalismo, el que por supuesto no tenían y por miedo a hacer el ridículo, huyeron. *Tito*, al enterarse de lo que estaba sucediendo, fue de inmediato a la oficina del delegado para pedirle su apoyo, y que le diera la oportunidad de ocupar esa vacante y, de ese modo, poder

regresarse a Saltillo. Después de los saludos de rigor, *Tito* expuso su drama, su necesidad y motivos humanos, para regresarse a Saltillo, etc., y la primera respuesta de aquél fue: 'Tú sabes, que ésa no es decisión de un delegado, ésos son puestos en los que decide el centro', etc. Aquella, no era comida para un auditor, como lo fue *Tito*, quien sabía perfectamente que, en principio, eran los feudos de los delegados y que, por mera salvedad, 'alguien' del centro, podía influir. Pero, era curioso, esas salvedades, por lo común, se daban con mucha frecuencia, en las delegaciones cercanas al DF, o sea a las oficinas centrales, no así en las más alejadas, y con más razón en aquellas delegaciones que no ofrecían ningún atractivo, por no ser lugares turísticos, ni por ser industriosos, ni por ser progresistas, ni por ser... 'algo', que ejerciera cierto atractivo, es más, en esos tiempos, ni la Delegación de Monterrey era atractiva, las interesantes eran pocas y, por lo general, si estaban cercanas a oficinas centrales, ése era el verdadero atractivo por aquellos años.

Lo dicho por aquel delegado, dizque amigo de *Tito*, por ser paisanos y ex compañeros de la secundaria, cayó sobre *Tito* como agua helada. No lo podía creer. Se quedó tieso sin saber qué argumentar. En esos momentos hizo su entrada la secretaria del delegado y disculpándose le comunicó algo que dio por terminada la visita: –Señor delegado, le hablan de la Secretaría de Gobierno del Estado, para informarle que la señora del gobernador, acaba de fallecer..., que por favor se presente Ud. para lo correspondiente..., palabras más, palabras menos. El delegado salió intempestivamente de la oficina, apenas sí, despidiéndose de *Tito*, y éste se quedó solo en aquel lugar, sin saber qué hacer. Pasados unos minutos salió también de la oficina, se dirigió a su casa, pasó ahí el fin de semana y se regresó el domingo al DF. Durante los días que vinieron, su rabia e impotencia no lo dejaban quieto, cualquiera que se le acercaba lo notaba. Para él no era creíble que se le negara así, de ese modo, aquella oportunidad, ésa que no se presenta en cualquier momento, y por más que buscaba entre sus conocidos a alguien que lo apalancara y que lo ayudara en sus deseos, no lo encontraba, porque además, no lo había. Él estaba totalmente alejado de todo tipo de paisanos importantes o influyentes. El superávit que sí tenía, y bien logrado, era solamente entre sus representados y éstos, ¿qué podrían hacer por él?

Cierto día, no muy alejado de aquel en el que *Tito* había regresado de Coahuila, desencantado por las tristes tierras que le ofrecían como rancho y por aquella inesperada reacción negativa del delegado, cuando le pidió ayuda para regresarse a Saltillo, justamente unos de aquellos agradecidos amigos quienes, aparentemente, no podían hacer nada por él, lo invitaron a una comida en un

restaurante de mariscos. El motivo era que Maru cumplía años, y pidió a los compañeros de oficina que le avisaran a *Tito* para que acudiera también. Aceptó y cuando se presentó a aquel lugar felicitó a Maru y ésta le presentó a Kino su esposo, y una vez transcurrido el rato, Maru agradeció el detalle que sus compañeros le estaban brindando, y públicamente agradeció a *Tito* lo que en momentos tan difíciles para ella y su esposo había logrado en su beneficio. Kino tomó luego la palabra, expresó su agradecimiento y además, dijo: –Quiero también ponerme a sus órdenes en el departamento administrativo, del cual he recibido el nombramiento de subjefe. La sorpresa fue mayúscula y la algarabía se dejó venir, lo mismo que los brindis y los buenos deseos. El evento terminó y todos siguieron con sus su labores, con su carga de rutinas que pasaban lentamente y de vez en cuando se veían interrumpidas por la presencia de las fiestas patrias, que en el DF son todo un acontecimiento. En el semblante de *Tito* sus compañeros observaban algo extraño, aparte de que también ya tenía arranques nada aceptables. Maru lo sorprendió en uno de esos malos días, y no tuvo empacho para preguntarle qué le sucedía. *Tito* tampoco tuvo limitación alguna y contó a su amiga lo que le estaba pasando, sobre todo porque en esos días se había comunicado a Saltillo, para saber si ya había sido ocupada aquella plaza, al enterarse de que aún estaba vacante y no encontrar el modo de ser él quien la ocupara, su desesperación estaba al límite. Maru, en ese momento, sólo le dijo que tuviera fe, que era comprensible su deseo de volver a su tierra y que no se desesperara.

Maru, comprendiendo por lo que estaba pasando su amigo, aprovechó la influencia que su marido tenía en esos momentos, como subjefe de departamento y el cargo del tío de Kino, que ya había ascendido a jefe, para corresponderle lo que en su momento, *Tito* había hecho por ella. Éste fue sorprendido por una llamada telefónica desde la Coordinación General de Delegaciones, para indicarle que por instrucciones de la Dirección General, se trasladara a la Delegación Coahuila para ocupar la plaza vacante.

Tito no daba crédito a aquella noticia y, más aún, se preguntaba de dónde había venido todo aquello. La única respuesta posible era su amiga, a quien fue a buscar para preguntarle sobre la relación que existía entre ella y los afortunados sucesos. Maru simplemente le dijo: –Fue mi esposo. Él es un hombre muy agradecido. No se diga más. Ambos, ella y él, eran del DF. Aquel día fue para *Tito* un antes de y un después de. Atrás quedaban 21 años de historia, y se iniciaba un nuevo periodo; lo más caprichoso de todo era que se trataba de una nueva etapa, sí, pero tal y como se la había imaginado durante los pasados días

de Navidad, en los que pensaba en lo grandioso que sería regresar a la tierra con un empleo, sí, pero sin debérselo a nadie, y menos haberlo obtenido mediante ruegos a un paisano. Esto le brindaba una total libertad, no existía compromiso alguno con nadie. Cuando *Tito* avisó al sindicato sobre los nuevos sucesos, a efecto de que se procediera a nombrar un sustituto, el secretario general le dio la opción para que él fuera quien lo pusiera, además le dio una licencia sindical por si acaso no se sentía bien en su nuevo puesto y pudiera regresarse a su base. Esto era un blindaje más. Aunque, dicho sea de paso, lo que el secretario quiso en realidad fue animar a *Tito* para que abandonara la plaza y así volver a tener, en aquel importante departamento, a otro incondicional. Esto se vio al poco tiempo.

Saltillo, Coahuila, 1984

Corría el mes de octubre de 1984 y *Tito* tomó posesión de la plaza, a la que se le asignó un nombre absurdo: 'Cobranzas'. Jamás se supo qué era lo que se cobraba, tal y como lo veríamos en los dos años siguientes. En el Infonavit para iniciar cualquier actividad novedosa, pero sin crear un departamento nuevo o por lo menos una pequeña oficina que por lo mismo implicara la contratación de más personal, era costumbre denominar a aquello como 'Programa'. Tal fue el caso de esta dichosa área, que no fue de nueva creación sino que al personal ya existente, se le asignaron funciones diferentes; se le cambió el nombre de Orientación Social, por el de 'Programa de Cobranza'. La cuestión era ¿qué se iba a cobrar?, puesto que a través de tal área, se pretendió distribuir talonarios de pago a todos aquellos acreditados que ya no estaban laborando para un patrón, y que, por lo mismo, no estaban pagando su adeudo al instituto a través de los descuentos a su salario y, en consecuencia, deberían hacerlo por medio de aquellos recibos, los cuales les era proporcionados en forma de talonarios.

El cuestionamiento sobre ¿qué era lo que se iba a cobrar? continuaba, porque los talonarios ya para cuando eran enviados de oficinas centrales a las delegaciones, se referían a periodos de uno o dos años atrás. Si a esto agregamos otros agravantes como el hecho de que aquellas áreas de cobranza, aparte de la jefatura, solamente contaban con una plaza para un auxiliar y una secretaria, la capacidad para distribuir los documentos en las unidades habitacionales financiadas en todo el país por el Infonavit era casi nula.

Pero, iniciemos nuestra historia, ya en esta delegación, desde el principio:

Tito se apersonó ante el delegado con una carta de presentación expedida por la Coordinación General de Delegaciones, que era el órgano central del cual dependían todas las delegaciones del país, y que, dada la premura con la que fue hecho todo el movimiento, gracias a la influencia del esposo de Maru, este delegado no había sido advertido de que ya se le estaba enviando a una persona para que cubriera la plaza vacante en su feudo, por lo que su sorpresa fue mayúscula al recibir aquella carta de manos de su secretaria, quien estaba anunciando a *Tito*. El delegado, con cara de pocos amigos le ordenó:

–Dígale que pase –una vez dentro, *Tito* saludó cordialmente a su nuevo jefe, quien lógicamente ya había cambiado su semblante por el de una cara súper amable.

–¡Hola Sergio!, ya habrás leído la carta, y me da gusto saludarte y ponerme a tus órdenes.

–Lo mismo te digo, y te doy la bienvenida. Ojalá y te sientas a gusto con nosotros y lo que se te ofrezca, estoy a tus órdenes. ¡Qué grata sorpresa, hombre!, que hayas logrado ser tú quien viniera a ocupar esta vacante. Nadie de oficinas centrales me dijo nada, y ahora te convencerás que éstas son decisiones del centro, así que, mayor es mi sorpresa –en realidad, la sorpresa de Sergio, el delegado, se debía a que sus planes, de ayudar a uno de sus colaboradores para ascenderlo a jefe de área, se vinieron abajo.

–En seguida te voy a acompañar a todas las áreas, para presentarte como el nuevo compañero de trabajo, claro, ya que, por lo demás, tú eres de sobra conocido aquí.

Aquello era cierto, sin embargo, y como así lo habríamos de advertir posteriormente, que al igual que otras personas provenientes del DF, que no eran del todo bien aceptadas en Saltillo, igual que en cualquier otra provincia, al paso del tiempo también *Tito* no habría de ser considerado coahuilense sino chilango; lo que significaba una carga extra en el futuro inmediato para poderse integrar a su grupo de trabajo. Todos esos rollos mentales iban a surgir poco a poco, *Tito* se iba a dar cuenta de ellos, pero también poco a poco y de manera muy indirecta y hasta sutil en ocasiones, ya que esos prejuicios siempre trabajan 'a la sorda', a espaldas, con una sonrisa socarrona por delante y una verdadera intención por detrás. Claro está que estas conductas no se dieron en el 100% de sus compañeros, pero sí en una buena cantidad de ellos, pues dicho sea de paso,

tampoco faltaron aquellos que habían heredado la nobleza del norteño clásico, del auténtico, del de antes, del que transparentemente ofrece su amistad sin dobleces ni arrogancias, sin la contaminación aquella de quienes han sido envenenados con el cuento de una superioridad por encima del resto del país; de los que no se han tragado la píldora de que han sido llamados por la divinidad, para ser los conductores o tutores del resto de los mexicanos, entre otros mitos. Finalmente *Tito* fue presentado con su equipo de trabajo. Se trataba de dos señoritas: Rebeca, con el cargo de auxiliar, y Mónica con el de secretaria.

–Señoritas, me es grato conocerlas y espero que nos podamos entender y adaptar para un buen desempeño en estas labores de 'Cobranza' –sus compañeras correspondieron amablemente, y de inmediato se dispusieron los tres a charlar en torno a aquello que para *Tito* era novedoso.

–Confieso que me apena tener que iniciar mi participación preguntándoles, ¿qué es lo que aquí se cobra y cómo?, porque habré de aclararles que cuando yo solicité mi cambio para esta delegación, esta área era denominada Orientación Social, y cuando vi mi carta de presentación decía Cobranza. Es por eso que ustedes podrán comprender mi confusión.

De inmediato, Rebeca le contestó de un modo contundente y sin tapujos: –Tiene usted razón, porque apenas hace un mes que nos cambiaron de actividad. Lo que antes hacíamos era, simplemente, ¡nada!, y ahora distribuimos talonarios de pago a los acreditados, pero tampoco sirven de nada, porque se refieren a períodos muy atrasados.

–Bueno, pero si esos periodos aún los deben, aunque estén atrasados los talonarios, pueden ser utilizados de todos modos o, ¿cuál es el verdadero problema?

–Mire usted contador, añadió Mónica, lo que sucede, en muchos casos, es que la gente cuando no tiene sus talonarios ya impresos, paga con talones que nosotros les proporcionamos, 'en blanco', y ya cuando les llegan los impresos, pues éstos ya no les sirven. Por otra parte, para nosotras es un trabajo inútil y además doble, porque sea como sea, por mandato de oficinas centrales, tenemos que distribuirlos junto con un requerimiento de pago que nos debe firmar el deudor, luego nos comprueban que ya pagaron mediante copias fotostáticas de esos comprobantes, mismos que anexamos al requerimiento de pago para cancelarlo y enviárselos a oficinas centrales para su proceso. Es decir, que si los talonarios

llegaran a tiempo, no fuera necesario el requerimiento ni todo lo demás, incluso, en caso de existir algún requerimiento de pago, éste sería efectivo puesto que realmente se trataría de periodos realmente omitidos.

–Bueno, Mónica, pero también hay que tener en cuenta que oficinas centrales lleva un atraso muy grave en el proceso de los pagos, incluso, Sr. contador, fíjese usted, que vienen operando el sistema con las copias que nosotros les enviamos, y no con el original de los talones que ya desde meses atrás han pagado los trabajadores.

–O sea que de nada sirve que el deudor pague con esos 'talones en blanco' que ustedes les proporcionan, puesto que la operación va a ser realizada en el sistema ¡con las copias!, que se recaban con el requerimiento de pago, ¿o, estoy entendiendo mal?

–¡Exactamente!, ni más ni menos, constestó Rebeca.

–Bueno, si consideramos que un requerimiento de pago es emitido por el sistema, por falta de pago precisamente, junto con el talonario correspondiente a ese periodo supuestamente adeudado, y si el deudor por su parte, ya había hecho su liquidación con talones en blanco, quiere decir que ese pago aún no había sido capturado por el sistema ni operado en el estado de cuenta del acreditado, lo cual significa que los talones ya pagados aquí, en la caja de la delegación o en los bancos, no llegan a tiempo o nunca llegan, para su proceso, o se pierden o qué sé yo, pero…, ¿y el dinero?

Mónica intervino: –¿Qué quiere usted decir?

–¡Sí!, si todo va para oficinas centrales, tanto los talones ya sellados de pagado, sea de aquí de la caja de la delegación o de algún banco, y también el dinero, se supone que los talones deben estar respaldados por dinero, o el dinero por talones, lo equivalente de uno a lo otro, y vemos que los estados de cuenta no muestran los abonos de los pagos efectuados por los acreditados, quiere decir que la contabilidad del instituto anda mal, porque un asiento contable de cargo al banco, por el depósito de ese dinero, ¡que yo sí creo que les llega a tiempo!, no coincide con los abonos a las cuentas individuales de crédito. Los depósitos creo que se hacen a diario, pero… y ¿los abonos a los créditos?, se hacen hasta que aquí se recaban copias de los talones ya pagados. Pero muchos meses después. ¡Eso es absurdo!, ¿no lo ven así ustedes? –aquellas mujeres se veían una a la otra, con tamaños ojotes.

–Pues nunca me había puesto a considerar así las cosas, porque no sé contabilidad –comentó Rebeca–, pero explicado así, pues suena ilógico lo que está sucediendo. Oiga contador, y de acuerdo con esta explicación, ¿qué opina entonces del caso contrario?, o sea, que nos muestran talones ya pagados, pero de dos o tres años de antigüedad, y nunca aparecen abonados en el estado de cuenta del acreditado, por más que enviamos a México esos comprobantes, porque nos lo están reclamando los afectados.

–Pues, de acuerdo con lo que vemos, no me imagino cómo, en oficinas centrales, puedan identificar esos talones que ya tienen tanta antigüedad, para avalarlos con dinero y luego procesarlos a favor de los interesados. Yo creo que jamás van a serles reconocidos esos pagos. Aunque debieran hacerlo con el simple hecho de que están debidamente sellados de pagado. Pero, aquí vamos al contrario de lo que yo decía antes, o sea que vamos a tener un abono contable a un crédito, pero, ¿y el cargo respectivo al banco?, ¿en dónde está el dinero que supuestamente se cobró? O sea que contablemente todo es una incógnita.

Aquellos cuestionamientos serían los primeros, ahora ya desde la óptica de una delegación regional de los muchos, que anteriormente, ya de por sí se planteaba *Tito*.

–Y díganme, ¿cómo se atiende todo esto de la entrega de talonarios?, ¿tenemos acaso mensajeros?

–¡No, qué va!, nosotras somos las que vamos casa por casa, ¿verdad Beca?

–Sí, así es contador. No contamos ni con carro de la delegación para irnos a todo el estado.

–¿Y luego?, ¿eso quiere decir que sólo Saltillo es atendido?

–Así es. El resto del estado, no lo podemos atender nosotras solas, dijo Mónica.

–Y, esto, ¿lo saben en oficinas centrales?

Rebeca explicó: –Pues como esto apenas empieza, y no nos han venido a visitar para ver cómo va el programa, no sabemos la reacción que vayan a tener con nosotras. Aunque, no creo que no vayan a darse cuenta de las carencias que tenemos. Además de que para una de mujer, no es fácil andar en comisiones por

allá, en esas colonias de todo el estado. Por ahí, en el archivo, deben estar las cajas que contienen los talonarios que no hemos podido entregar, porque ni en Torreón hemos podido trabajar, que por sí mismo tiene tantos créditos como Saltillo; porque, según esto, nos iban a contratar un servicio de mensajería pero, a la fecha, nada. Eso nos lo han dicho muchas veces por teléfono, desde oficinas centrales.

–Pues, ¿desde cuándo existe este programa?

–Pues, como programa, ya debe tener unos 12 meses –añadió Mónica– pero no se sabía, con precisión, qué área de las ya existentes se iba a encargar de ese reparto, y de la atención a los que quisieran pagar o comprobar lo que se les requería. Poco a poco nos fueron involucrando porque realmente se veía que no hacíamos nada, como ya le dije antes. El jefe que antes teníamos, conforme nos iban involucrando, se iba haciendo a un ladito porque él utilizaba este trabajo para fines personales. Viajaba solamente para atender sus intereses porque su familia es comerciante, y al ver cómo, poco a poco, iban cambiando las cosas y cómo se le iban exigiendo cumplimientos, creemos que no pudo con el paquete, y se fue. Ahora aquí estamos esperando una guía para ponernos en orden. Sobre todo para ver lo que se necesita y poder atender a todo el estado, porque por más que hemos expuesto nuestro problema al delegado, no nos ayuda.

–Y ahora, a ver cómo nos va, porque, a propósito, le quiero preguntar algo contador. ¿Usted llegó aquí por él?, o ¿viene por otra vía? Perdóneme por hacerle esta pregunta, pero hasta donde yo sabía, él ya tenía un candidato para esta jefatura y sabíamos quién era ese candidato, pero veo que las cosas ahora son diferentes.

–Mire, Beca, yo vengo solo. Nadie me trajo ni le debo a nadie este puesto. Esto puede ser bueno o puede ser malo. Es bueno porque no se tienen compromisos, pero, es malo, por aquello de los apoyos. Comprendo su inquietud, pero espero que se entiendan bien las cosas y que los apoyos necesarios nos los den, aunque no desconozco que estas cosas son así, que para todo, en estas jergas burocráticas, lo que cuentan son las palancas.

–¿Y usted, las tiene?

–No. Mi ingreso y mi andar por el Infonavit han sido por mis méritos. Ésa es mi desventaja. Es más, de haber sido siempre de confianza, tan luego fui sindicalizado,

mis méritos me llevaron a ser representante de mi departamento ante el sindicato y las circunstancias me llevaron a ser el que tenía más peso dentro del mismo y ésa fue, en lugar de una ventaja, una desventaja. En conclusión, lo que vale es el aguante a la ignominia, a la indignidad, al deshonor, no los méritos. No hay mejor amigo que el compromiso, con lo que da palancas. Los méritos no son para jugar este juego. Lo mejor es darse cuenta de esto a tiempo, y fingir demencia para no ser víctima de la frustración. Si nos dan los elementos necesarios, en esa medida rendiremos, de lo contrario, como yo no creo en los mártires porque, al final de cuentas, aquí no vale nada de eso, entonces, mis estimadas colaboradoras, digo esto: soy práctico y no voy más allá de lo que mi vida vale. Primero soy yo. La vida se vive sólo una vez. No compito contra lo imposible y, por eso, no me gusta que me pidan lo imposible. ¡Ah!, y me encanta ponerles 'cuatros' a los de arriba.

Sus nuevas compañeras solamente escuchaban, y en un momento oportuno, Mónica preguntó: –¿Qué es eso de 'los cuatros'?

–Quiero decir que me encanta ponerlos en aprietos. O sea que soy muy preguntón. Me gusta mucho cuestionar. Por un lado, para quitarme en algo lo ignorante y, por otro, si no ignoro las cosas, para ver hasta dónde un superior realmente vale la pena, porque me gusta estar cerca de los que saben, y de aquellos que si no saben lo reconocen, en lugar de presentarse con arrogancias por el simple hecho de ostentar un puesto superior. En este instituto he conocido muchos bichos de ésos. Me divierte. Un día, cuando ande por aquí un auditor, le voy a preguntar esto de las discrepancias contables, de las que hemos platicado hoy. Cuando fui auditor, no me di cuenta de ello porque nunca tuve conocimiento de estas irregularidades en el procesamiento de los talones de pago, de lo contrario, hubiera sugerido un programa para investigar eso, pero a los que programan las auditorías, a aquellos que conocí y que venden los resultados, en lugar de ser honestos, y que un día les advertí algo sobre la cartera vencida para armar programas de avanzada, y que se pudo haber evitado, en parte al menos, lo que ahora tenemos de basura, que además yo creo que ni me entendieron, bien valdría la pena ponerles un cuatro, y lo voy a hacer en la primera oportunidad que tenga. Pues bien, amiguitas, hay mucho con qué divertirnos. Por ahora el turno se acabó, ustedes a checar la salida y yo a regresar por las tardes para ver cómo organizo esto y sacar los pendientes. Hasta mañana.

En realidad había mucho rezago en la entrega de talonarios. Excepto en Saltillo, en todos los demás municipios no se había trabajado nada y, aunque estuvieran

ya retrasados los periodos, lo importante, por el momento, era entregarlos todos a sus destinatarios y que sus reacciones fueran la mejor crítica hacia lo que oficinas centrales estaba haciendo. Después de conocer la magnitud de la carga de trabajo, para poder dar cumplimiento a la entrega solicitó un vehículo lo mismo que medios económicos, bien para pagar mensajeros o viáticos para irse él personalmente a hacerle al cartero. Luego de unos días, los viáticos le fueron aprobados y se realizó así, la primera visita a todo el estado con la finalidad de entregar aquellos talonarios ya obsoletos, entre aquella gente que ya no contaba con un empleo y que, por eso mismo, tenía que utilizar aquel medio para continuar con lo que se llamaba 'Pago directo'.

Había, entre los vehículos de la delegación, una vieja 'combi, que ya nadie utilizaba, la que con uno que otro toque de composturas, se echó a andar y le sirvió a *Tito* para iniciar su objetivo. Un lunes muy temprano, cargó la camioneta con aquellos sobres y partió hacia una verdadera aventura. La delegación contaba con oficinas solamente en Saltillo, y un remedo de oficinas, en Torreón, a pesar de que en esta ciudad se otorgaban casi la mitad de los créditos de la delegación. Ahí, se valió, sólo para su orientación, de los servicios de uno de aquellos empleados que atendían a esta región lagunera, y aún así le llevó un buen tiempo y trabajo agotar la tarea. Haber iniciado así la labor le sirvió para que, de un plumazo, agotara casi la mitad de la entrega, la cual abarcó casi dos semanas.

De regreso a Saltillo pasó por Parras de la Fuente, para trabajar lo que tenía que hacer y, desde luego, para aprovecharse de un buen fin de semana en aquel lugar, en donde de verdad se descansa. Estaba recién inaugurado el Rincón del Montero, con sus pequeñas pero bien orientadas cabañas bajo los nogales y a la orilla del arroyuelo que por ahí pasa. Pudo disfrutar de una de aquellas *Noches con parrilladas norteñas*, carne asada, frijoles de la olla, de suerte sin batidillos revueltos en ellos, como son las salchichas o tocinos, nada de eso; unas tortillas de harina ahí mismo paloteadas, buenas tazas de café negro, por fortuna no instantáneo, un lugar sin teléfono en las habitaciones ni ruidos de juniors reventones, en fin, un paraíso en medio del desierto. Había que lograr aquello, gozarlo al máximo porque lo que venía en la próxima semana, estaba muy lejos de parecerse ni siquiera un poquito a lo que estaba viviendo. Tocaba visitar de nuevo aquellas regiones, lo mismo acaloradas que frías en extremo, según la estación, y aunque por fortuna era noviembre, mes en el que no se tocan extremos todavía, iban a ser pesados los días por venir. El rumbo sería hacia el norte, empezando por Monclova. De nuevo hacia este lugar tan lleno de contradicciones, lugar de antítesis, de disparidades singulares, la arena de la antinomia.

Una vez transcurrido ese placentero fin de semana, *Tito* se dirigió con rumbo a Monclova. Aquella camioneta no desarrollaba gran velocidad, pues hay que recordar que se trataba de un mueble ya viejo y muy andado, por lo que no levantaba más de 80 ó 90 kilómetros por hora, lo peor era que en las subidas de pendientes, a lo mucho alcanzaba unos 60 kilómetros, por lo que, entre los traslados y las entregas, el tiempo se consumía. En Monclova se tardó una semana para hacer entrega de talonarios, aunque la mayor parte del tiempo, hubo de ocuparla en preguntar por los domicilios, ya que lo intrincado de sus calles, lo mismo que su falta de nomenclatura y numeración domiciliaria, lo accidentado de su terreno, lo disperso de sus asentamientos, todo resultaba difícil, y si a eso agregamos que en muchos de los domicilios visitados, no había quien atendiera para recabar el acuse de recibo, pues había que regresar otro día o por las tardes o noches.

La tarea no fue fácil pero se pudo realizar, trabajando desde temprana hora y hasta ya bien entrada la noche. Acto siguiente, muy temprano, *Tito* decidió irse directamente a la frontera, específicamente a Piedras Negras, para luego atender Ciudad Acuña, porque en esas ciudades fronterizas era donde más acreditados se concentraban, para luego, de regreso a Saltillo, ir puebleando.

Ya cuando había recorrido unos cinco kilómetros de carretera, aquella destartalada camioneta empezó a fallar. *Tito*, afortunadamente decidió regresarse a Monclova y meter aquel vetusto vehículo a un taller mecánico, ahí le advirtieron que, definitivamente, el mal era serio y que iban a tardar en arreglarle el motor. Eran como las once de la mañana, y *Tito* logró arreglarse con el dueño del taller; lo que seguía era decidir si se regresaba a Saltillo o continuaba con la labor hasta darle fin. El mismo mecánico se ofreció para llevar a *Tito* a la estación de autobuses, para ver, y sólo para eso, para ver si era posible que existiera alguna salida hacia Piedras Negras. El riesgo había que tomarlo, o continuar hacia el norte o volver a Saltillo.

Pues ninguna de las dos opciones. Para un lado o para el otro, era lo mismo. Había que esperar la pasada de autobuses, para ver si disponían de algún lugar, y ya, dependiendo de hacia qué rumbo podía adquirir un boleto, era lo que sucedería. La vieja historia se volvía a repetir, y mientras *Tito* esperaba en aquella estación de autobuses que, ya de por sí, nada tenía de diferente, nada se le había remodelado, nada había cambiado, tampoco aquel suplicio para la gente había cambiado, el tener que sufrir para poder obtener un boleto, y así poder salir de aquella ciudad, tan abandonada siempre. La espera duró hasta poco después

del mediodía; durante ese tiempo, por lo menos pasaron cuatro autobuses, dos hacia el norte y dos hacia el sur, pero en ninguno de ellos había lugar, ni para un lado ni para el otro, lo peor era que las siguientes posibilidades habrían de presentarse hasta después de las tres de la tarde, a decir del vendedor de boletos.

Tito esperaba en silencio, soportando el calor porque, no obstante estar en una temporada otoñal, aun así, era calurosa, con la vista dirigida constantemente hacia el reloj de la taquilla, que parecía no moverse… "Qué chinga, *mi buen*, ¡qué chinga…, ¿qué tanto hace que viajábamos con todo lujo?, y mira nada más cómo andamos ahora! <Así son las cosas, mi *Tito*, así es la vida. A veces arriba a veces abajo. No se queje, ¡aguántese cabrón!>. Como siempre, su otro yo era su eterno interlocutor, pero, cuando en eso estaba, y al recordar aquel tren de pasajeros tan lujoso, se acordó de que había tren hacia Piedras Negras, lo que no sabía era lo relativo a los horarios. Tuvo entonces la brillante idea de preguntárselo a un taxista; éste le contestó diciéndole que el tren salía de Frontera (ciudad gemela de Monclova), a la una de la tarde, que, por cierto ya casi era la hora. Ni tardo ni perezoso *Tito* decidió trasladarse a la estación del ferrocarril en ese mismo taxi y, para su fortuna, el tren estaba aún estacionado, porque su salida oficial era a las 13:17 horas; es más, era tan a tiempo, que el boleto lo tuvo que pagar ya estando a bordo. Apenas sí estaba *Tito* acomodando su maleta en la canastilla lo mismo que las cajas en donde llevaba los sobres que tenía que entregar, cuando el tren inició su salida. A medida que aquél se iba perdiendo en las llanuras secas, era inevitable que *Tito* entrara en sus recuerdos… "Ah; cuántos años han pasado desde que pasé por estos rumbos, ¿30?, sí, más o menos…" <Sí, mi *Tito*, fue como en el 52, cuando tu papá tuvo que venir a Piedras, a ver lo que había quedado de su casa paterna, después de aquella gran inundación que provocó el río Bravo>; "sí, *mi buen*, creo que fue en ese año". Apenas habían transcurrido unos diez minutos, durante las cuales, por la mente y los recuerdos de *Tito* pasó aquel viaje que hacía muchos años había hecho acompañando a su papá; cuando el tren empezó a disminuir la velocidad, eso se debía a que estaba próxima una de las muchas pequeñas poblaciones, que todavía eran atendidas por aquel servicio del ferrocarril. Un letrero se alcanzaba a ver en un muro de ladrillos, material con el cual estaban construidas todas las estaciones de los ferrocarriles, por grandes o pequeñas que fueran, ahí decía: 'Agustín Espinoza… km 210". El tren sólo disminuyó la velocidad, mas no se detuvo.

Aquel viaje que *Tito* recordaba lo hizo por tren, pero cuando aún existían las máquinas de vapor, por lo cual el humo de la máquina se metía por las ventanillas; también su olor a carbón y recordaba cómo el polvo que el tren iba levantando a

su paso, les iba ensuciando la ropa a todos, y hasta la cara les quedaba impregnada de polvo negro, pues si cerraban las ventanillas, el calor los consumía. El recuerdo de aquellos silbatos, tan contrastantes a los de la máquina que ahora los conducía, y los carros, tan diferentes en su interior, y muchos otros detalles iban y venían. De nuevo, apenas habían transcurrido otros diez minutos, cuando otro pobladito aparecía: 'Adjuntas… km 220'; y otro rato más, y otro pueblito, 'Tapado… km 230'. El tren sólo pasó de largo. "La verdad *mi buen*, que tengo en la mente escenas de vendedoras que se subían a ofrecernos tacos o café, y ya ni me acuerdo qué otras cosas pero, ahora, todo está cada vez más desolado. Ya ni siquiera el tren se detiene, yo creo que ya nadie habita por aquí". <Así ha de ser, mi *Tito*, si de por sí estos pueblos tienden a desaparecer, pues imagínate ahora, ya sin esperanzas de sacarle nada a la tierra, como antes era la candelilla o la lechuguilla, ahora, ¿pues quién se las compra?, si es que todavía a alguien le interesa, ya son materiales muy superados>. "Oye, *mi buen*, y ¿te acuerdas de cuando aquella vez se subieron al tren a cantar un ciego con su guitarra y una mujer, que aparte de servirle de lazarillo, le hacía unas segundotas de poca madre al bato, ¿eh?, ¿te acuerdas?" <Y cómo no me voy a acordar mi *Tito*, si hasta siempre creí, y sigo creyéndolo, te advierto, que eran Lupe y Raúl, ese dueto tan chingón que canta de poca… m… y cada vez que oigo la canción de los *Dos Arbolitos*, la de Chucho Martínez Gil, me acuerdo de ellos, porque bien lo recuerdo, que la cantaron, andaba de moda y ellos se la echaron>. Justamente cuando estaba *Tito* en uno de sus ensimismamientos, el tren se detuvo, y en el letrero de la estacioncita aquella, decía: 'Hermanas… km 241'. El reloj marcaba las 14:02 horas. Habían transcurrido unos 45 minutos, y se habían avanzado 40 kilómetros, apenas.

Tito intentó dormir, pero el calor no lo permitía, y además la tentación de ir viendo los pueblos que aún estaban por verse, no lo dejaba en paz, estaban tan cerca uno de otro que apenas se salía de uno y ya se aproximaba otro, y así, siguieron: "¡Cuánta desolación, *mi buen*!" <Así es mi *Tito*, qué triste está todo esto>, se decía a sí mismo mientras observaba aquellas viejas estaciones de tren, que en otros tiempos por lo menos fueron utilizadas por vendedores de todo tipo de antojos regionales. Ahora, ni fantasmas. Puras bardas carcomidas por el tiempo, paredes descarapeladas o de plano, adobes pelones. Antiguas habitaciones, ahora sin techos y de vez en cuando se alcanzaban a ver algunas puertas derruidas, maderas astilladas y comidas por el sol. Corrales de varas y alambres que, en algún tiempo, sirvieron tal vez para encerrar cabras, y el paisaje, aquel campo tan devastado por las inclemencias de la región, en donde, de plano, ni antes ni después, con toda seguridad, pudo heber existido alguna condición

favorable para el cultivo de algo. <He aquí la obra de los gobiernos, mi *Tito*. Pinches vende patrias. Les valió madre dejar fuera de toda posibilidad de sobrevivencia a toda esa gente que por aquí vivía>. "Sí, *mi buen*, qué bueno fuera que ahora toda esa gente tuviera una mejor forma de vivir, pero con seguridad, ahora andan de perras flacas allá en los Estados Unidos, porque ni de albañiles en Monclova, porque hasta eso de la construcción, por estas regiones, anda de la chingada, ¡no se ve nada!" <Y nomás que se empiece a ver la retirada de las maquiladoras, mi *Tito*, esto va a estar de la jodida, porque sólo dejan miseria. Y lo peor de todo, que los que en ellas trabajan, ni ahorran, porque no son chambas para eso, ni tienen la buena costumbre de comprarse cosas que les sirvan a futuro, todo es gastar por el momento, todo es puro 'tingo lingo'. Un buen carro 'chocolate' y 'sixpacs', y ya estuvo, ¡qué desmadre!> Lentamente fueron figurando estaciones ya convertidas en fantasmas:

Lampacitos… km 253; Obayos… km 266; Lechuguilla... km 273; Aura… km 282 …(X); Barroterán… km 296 …(X); San Fernando… km 307; Mezquital… km 320; Sabinas… km 322 …(X); Blanco… km 335; Puente Negro… km 340; Silencio… km 350; Peyotes… km 357; Las Blancas… km 368; Calatrava… km 372; Los Rosales… km 376; Allende… km 387…(X); Nava… km 399 …(X); Río Escondido Km.421 …(X); Cantú… km 433; Fuente… km 434 …(X); Piedras Negras… km 439 …(X).

El tren debió de llegar, oficialmente, a las 18:20 horas, no obstante, eran las 19:05. Un retraso de 45 minutos. El kilometraje parte de la ciudad de Saltillo. Lo marcado con (X), indica que ahí existen créditos del Infonavit, y fueron lugares visitados por *Tito* a efecto de entregar talonarios de pago. Esto último lo efectúo ya estando de regreso a Saltillo, conforme a su plan.

Asimismo, estando en Piedras Negras, hizo un viaje a la otra ciudad fronteriza de Coahuila, que es Cd. Acuña. Lo correspondiente a Múzquiz y Palaú lo hizo estando en Sabinas, trasladándose desde esa ciudad, en autobús. En resumen, para poder efectuar el trabajo rezagado, y rendir su primer informe, *Tito* tuvo que recorrer, por lo menos, unos 1 800 kilómetros, considerando ida y vuelta, y solamente para efecto de los traslados, porque, aparte, se tienen que considerar los desplazamientos locales, los cuales resultan, particularmente, muy agobiantes. Con el paso del tiempo, y en ocasión de dar cumplimiento a otras funciones, las cuales fueron naciendo en la delegación conforme a las necesidades del Infonavit; *Tito* hizo otros recorridos por el interior del estado, por municipios y poblaciones que no fueron tocadas en este viaje por estar dispersos o por estar por diferentes

rumbos, pero que le sirvieron para observar aspectos que tal parece que a nadie le gusta mencionar, sobre todo en las zonas mineras.

Casi un mes completo se tuvo que ocupar para agotar lo que estaba pendiente. Cada talonario se refería a un semestre, y en cada sobre, podía contenerse, desde un talonario o hasta cinco en ocasiones, dependiendo del grado de atraso que un acreditado tuviera en sus pagos, o sea, que había atrasos hasta por más de dos años, sobre todo en aquellas localidades a donde jamás se les había llevado un talonario para que pagaran. La cultura del 'No pago', ya estaba fuertemente fomentada por el mismo Infonavit, pues aparte de no facilitar el cumplimiento, mediante aquellos formatos, tampoco se tenían celebrados convenios con la banca, para que los deudores pagaran en sus cajas, ni con los referidos talones, ni de ningún otro modo, obligando a que todo aquel que quisiera portarse bien, lo hiciera, pero acudiendo directamente a las oficinas de Saltillo, y como ya lo vimos, el medio de transporte no era, ni en mínima forma, eficiente. Aparte, era absurdo tener que pagar transporte, el cual era muchísimo más caro que lo que se adeudaba por mensualidad. Finalmente, si estos sucesos los encontramos ya en 1984, tenemos que ya para entonces habían transcurrido 12 años, sin que existiera un mecanismo que evitara al instituto la cartera vencida, que ya para esas fechas era grave. El Informe de *Tito* decía lo siguiente (resumido en porcentajes):

Del 100% de sobres a entregar:

Entregados con acuse de recibo, directamente a los interesados 45%
Entregados con acuse de recibo, a través de un vecino 10%
Casas abandonadas 15%
(algunas casi destruidas al ..... 100%)
Casas ocupadas por personas ajenas al acreditado, ... 15%
(rentadas, invadidas, traspasadas, etc.)
Domicilios inexistentes, no encontrados, o sobres sin domicilio anotado 15%
Total: 100%

De lo anterior, era posible, y sólo eso…, era posible que solamente quienes recibieron sus talonarios, ya en forma directa o indirecta, se pudieran poner al corriente; es decir que de ese 55%, todavía pudiera continuar con su adeudo un 10% dada la cultura del no pago y la falta de vigilancia, lo mismo que la falta de aplicación de la ley. De los restantes, era lógico que nadie regularizaría su situación, o sea que podía tratarse de un potencial de irregularidad permanente y a futuro,

de un 55%. Cuando ese informe fue enviado a oficinas centrales, ningún resultado se obtuvo a cambio, es decir, que un foco rojo se encendiera, o que algún seguimiento se le diera a aquella situación, etc., nada, absolutamente nada sucedió. *Tito* puso a sus ayudantes a examinar los expedientes de los acreditados con irregularidad en los domicilios, y sacó por conclusión que la falta de información venía de origen, es decir, que el sistema de cómputo no guardaba esos datos, porque de origen no fueron recabados por el área de créditos al momento del otorgamiento del crédito y de la integración del expediente mismo, por lo que esos sobres, que contenían domicilios equivocados o bien omitidos o inexistentes, *Tito* los regresó a oficinas centrales, con una intención premeditada, la de provocar alguna reacción en aquellas oficinas, pero no sucedió absolutamente nada.

Como era lógico y además institucional, con copias de los oficios, se le rendía parte al delegado de todo lo que se informaba a oficinas centrales, por lo que al momento de comentar las actividades realizadas en la semana, al igual que las planeadas para la siguiente, en unas juntas interdisciplinarias que se realizaban en la delegación, cada lunes a primera hora, *Tito* solicitó al área de créditos, que al momento de otorgar un crédito y de integrar el expediente respectivo, se fuera sumamente cuidadoso en la verificación de los domicilios, para efectos de digitalizarlos bien en el sistema y, en su caso, de no omitirlos, para poder vigilar la cobranza, entre otras razones. El resultado fue el mismo que el de oficinas centrales, ninguna reacción sucedió. Al paso de los años aquel descuido se siguió repitiendo.

Los dos primeros meses fueron para *Tito* de intensa actividad. Fue necesario actualizar las cosas y rendir los primeros informes, al igual que organizar para el futuro las actividades de aquel pobre equipo. Para ese entonces, llegaba el fin de año, con todas sus lentitudes y desactivaciones en todo el instituto.

Ese fue el motivo por el que entre *Tito* y sus compañeras de trabajo se dio una intercomunicación muy importante. Cada cual aportó de sí lo que era necesario para darse a conocer. Hasta entonces aquellas mujeres supieron quién era su jefe, de dónde era, lo que había hecho, cómo llegó al instituto, y lo que había transitado, etc., y la confianza lo mismo que la colaboración no se hizo esperar.

Rebeca preguntó: –¿Y cómo le fue durante su recorrido por el estado?, no hemos platicado nada de eso.

–Me gustó, aun con todo y la lata que me dio la camioneta y el ajetreo en el tren y los camiones, lo mismo que la friega en las unidades habitacionales o en los

domicilios fuera de esas unidades. El calor, la desolación que se ve en el centro y norte del estado, y las malpasadas, porque, en verdad, ¡qué mal andamos en eso de conseguir en dónde comer!, ¡caray!, bien dicen por ahí, que 'la cultura acaba en donde empieza la carne asada'.

–¡Órale, órale, que sea menos, que sea menos!, a poco también usted nos va a venir con ese cuento, le reclamó Mónica.

–¡Ah, entonces ya lo sabía!, ¿quién se lo dijo?

–Pues lo he escuchado ya varias veces, sobre todo de los chilangos que, cuando vienen aquí, siempre se quejan de lo mismo.

–Oiga, Moni, entonces habría que pensar en que tanta gente no puede estar tan equivocada, ¿no lo cree?, y, por otra parte, eso de chilangos, creo que nos va a dar mucho de qué hablar.

–¡A poco los va a defender!, quedamos en que usted era de aquí, dijo Rebeca.

–Sí, así es. Pero lo mismo conozco a los chilangos que a los capitalinos; a los provincianos del norte, del sur, del centro y de las costas; y todavía no encuentro la superioridad de nadie. Y si alguien ha dicho que en el norte no hay una buena variedad de comidas o que no hay muchos lugares en dónde comer, que es a lo que yo, al menos yo, es a lo que me refiero, pues no veo razón para defender esa causa. Simplemente no se tiene esa característica, la de una buena cocina, y san se acabó. Tan simple como eso.

–Sí, es cierto, pero esos chilangos se creen mucho, agregó Moni.

–Por lo que veo ya es pleito cazado contra ellos, porque hasta donde yo me he dado cuenta en ese concepto se nos tiene no sólo en el DF, sino en todo el sur; dicen que carecemos de una buena cocina y, hasta eso, no toda la gente, porque hay mucha que ni en cuenta toma estas cosas. Sinceramente, razones no les faltan y, es más, mucha gente en el norte lo acepta con mucha dignidad. Eso no nos hace inferiores, Mónica, las cosas así son y se acabó. Para qué arremeter contra alguien en especial o aprovecharse de las circunstancias para sacar nuestros rollos. Y, mire usted, Rebeca, no es que los defienda, pero también en lo que al norte se refiere, hay muchos mitos. Por eso dije que este tema va a dar mucho de

qué hablar. Y, bueno, me preguntaron sobre cómo me había ido…, y ya nos fuimos por otro lado.

–Sí, pero es que tal parece que usted se ofendió, y por eso le pregunto de nuevo, ¿es del DF, o qué?

–Pues ante esa insistencia, y al ver que mi intención no se ha entendido, le voy a contestar de este modo: no es lo mismo pertenecerle a algo, a que algo nos pertenezca.

–¿Me lo explica?, no entiendo la respuesta, dijo Rebeca.

–Me explicaré. Yo soy de Saltillo, pero el DF es mío. Lo diré para usted misma: usted es de Saltillo, pero Saltillo no le pertenece a usted, porque usted no lo conquistó, a usted le tocó solamente nacer aquí, como pudo haber nacido en cualquier otra parte. Es como los amores, que no es lo mismo andar con alguien que nos tiene, a andar con alguien a quien queremos tener. Lo que nos cuesta, eso es lo que amamos. Yo llegué al DF a los 18 años, y fue muy duro para mí, que sin ayuda ni recursos propios ni nada, pude salir adelante. Esa ciudad me costó, yo la conquisté. Me dio estudios, amigos, experiencias de todo tipo, me dio trabajo, me permitió capitalizar algo y, lo más importante, me enseñó a ser agradecido. Cuando yo llegué a ella, yo no tenía prejuicios contra nadie, pero mis propios paisanos me inyectaron los primeros odios, de ellos escuché por vez primera la palabra 'chilango', porque no existía en mi inventario, por eso fue que empecé a ver enemigos donde ni siquiera me pelaban, porque eso sí, si a uno no lo toman en cuenta decimos que nos discriminan, o que es un lugar deshumanizado, cuando la verdad es que eso sucede en todas partes. La gente que llega por primera vez a un lugar se enfrenta con los que ya están posesionados de casi todo, y defienden lo que les pertenece, desconfían del extraño; aquí en Saltillo y en todas partes es lo mismo, ésa es condición humana, no es privativa de nadie. Uno se tiene que ganar la confianza del dueño de la casa. Podría decir más cosas, lo mismo a favor que en contra de esa ciudad y de su gente, porque lo conozco, porque lo viví, porque me costó, y no solamente porque me lo dijeron por ahí. Y no es que me haya ofendido usted, Rebeca, lo que pasa es que veo, tristemente, que también ha sido víctima de las malas lenguas. Ya platicaremos largo y tendido, si así me lo permite, y va usted a ver que lo mismo digo cosas buenas que malas de esa ciudad y de su gente, ¿cómo la ve?, ¿me lo permitirá?, y además les diré una cosa, que me interesa saber de ustedes, lo que piensan acerca de lo que sucede por acá, en estos lugares y su gente, porque yo no

quisiera actuar con prejuicios tampoco y cualquier aclaración que se me haga la voy a agradecer, porque he visto cosas muy desagradables, y quisiera estar equivocado en mis apreciaciones.

Rebeca dijo: –Pues no creo que sea lo mismo, yo aún no me convenzo de que pudiera estar equivocada en lo que he dicho.

–Mire, Rebeca, de algo que siempre he presumido del norteño es de su nobleza, como los norteños de antes, no me defraude. No hay que ser tan obtuso. Entre más nos conozcamos y aceptemos nuestros defectos, y aprendamos a respetarnos, más ahondará la amistad, se lo aseguro. Lo importante es sumar, no restar. Y recalco lo que dije: soy de Saltillo y me sentiré orgulloso de serlo cada vez que en alguien aflore, lo que siempre he dicho, la nobleza del norteño. Sin eso, vale lo mismo ser de cualquier parte.

Se hizo un pequeño silencio. *Tito* se disculpó para retirarse, pues tenía algunos pendientes que ver en el área jurídica y se dispuso a continuar con ellos, por lo que Rebeca y Mónica se quedaron solas, cada una con sus propios pensamientos, como tratando de digerir lo que habían escuchado.

–Oye, Rebe, yo siempre te he dicho que como que exageras en tus apreciaciones. Te cierras mucho y hasta creo que cuando viene gente de México la tratas por igual, y a veces ni es de ahí, pero basta y sobra con que venga del DF, para que te arranques. En esto hay muchas relatividades, ¿no lo crees?

–Fíjate, Moni, creo que tienes razón. Sí veo en el señor Héctor a un chilango, porque sus expresiones y otras cosillas por ahí así lo delatan, pero al escuchar sus razones veo algo, o más bien, me entero de algo que no se me hubiera ocurrido antes. Por lo pronto dime, ¿qué es eso de obtuso?, me sonó muy feíto. Enseguida sacaron un *Diccionario de la lengua española*, y hasta uno de sinónimos, y su sorpresa fue mayúscula.

–Esto fuera como para ofenderse –dijo Mónica– pero la verdad, no es así. Simplemente lo que quiso decir era que no te cerraras.

–Nomás porque tuvo estilo para decírmelo le voy a entrar a su juego.

–Pues además no nos queda de otra, amiga. Es el jefe y ni modo. Pero también, a poco no está mejor que el que teníamos, que ni siquiera nos pedía las cosas

con delicadeza, ni siquiera por favor. Éste por lo menos es educado y no un patán.

–Sí, tan educado, que hasta harta –comentó Rebeca.

–Pero no me negarás que es preferible esa clase de hartazón a estar escuchando las palabrotas del otro cada vez que hablaba por teléfono, y hasta delante de nosotras, ¡que no se detenía para nada!, el 'muy' gracioso, ¡qué vulgar!, yo te soy franca, me late que vamos a estar bien. Al menos creo que éste sí sabe lo que es el instituto y además le echa ganas, no que aquél sólo sabía de sus negocios familiares y ya ves cómo tenía todo atrasado, y nosotras –se quejó Mónica–, haciéndole frente a las llamadas de atención de oficinas centrales, porque él ni siquiera se dignaba atenderlas. Sí hay diferencia, y buena.

–¡Ay, amiga!, y ¿no será también porque es soltero?, ¡no me contestes, no me contestes! que ya sé lo que me vas a decir, que aquí puros casados, y que ni con quien echarse el chal sin tener que correr riesgos.

–Y, ¿a poco no piensas igual? –comentó Moni–, yo sé de tu tipo de hombre, que no es éste precisamente, pero, por lo menos, nadie se sentirá ofendida ni de nadie se andará uno cuidando, si es que acaso, aclaro, si acaso, éste sí nos invita de vez en cuando a comer, ¡ja, ja, ja!

Rebeca comentó: –Ya hiciste que me riera. Que bastante falta me hacía. Aunque, viéndolo bien, si algo tiene de chilango, ojalá y tenga eso… de que son muy invitadores… 'dicen', a mí no me lo creas. Porque es cierto lo que dices, desde aquel día en que la esposa del Olaf vino a armarle el tango a la flaca del archivo, dizque porque algo tenían que ver, tan fea que está la pobre, ¿y él?, ¡tan buenote!, pues de dónde iba a ser así la cosa. Vieja loca, nada más por enviarnos un mensaje. Desde entonces, todas andamos a tientas. Ya nadie trata a los jefes con confianza, ¡qué gacho!

Éste y otro tipo de comentarios, eran los que se repetirías en torno a *Tito*, don Héctor, como habrían de referirse a él todas aquellas compañeras de trabajo. Su forma de vestir no era muy juvenil, sus 40 años ya no se prestaban para ello y, aparte, en él aún persistía la costumbre de utilizar sacos, que aunque no estuvieran acompañados de corbata no dejaba de ser algo inusual en aquel lugar, y por eso daba la impresión de muy formal. En esas pláticas estaban las mujeres cuando hizo su arribo *Tito* y les solicitó que entraran a su privado para tratarles algo.

–Rebeca, Mónica, quiero que avisen en sus casas que mañana no van a ir a comer, porque yo quiero invitarlas. Estos días de fin de año son un buen motivo o pretexto para este tipo de convivios. Yo no sé cómo se estilan las cosas por aquí entre ustedes, pero no lo voy a investigar. Están ustedes muy cordialmente invitadas y sólo díganme si aceptan.

Se quedaron sorprendidas, como si *Tito* hubiese escuchado los comentarios que hicieron durante el rato en que se ausentó, pero no era más que pura coincidencia, la verdad era que *Tito*, como ya lo sabemos, tenía por costumbre buscar lugares dónde pasársela bien, con música y ambiente festivo, y con más razón en esos momentos en los que comprendió que era necesario borrar malas o equivocadas apreciaciones, lo mismo que aprovechar los días de fin de año. Ellas, desde ese momento, aceptaron la invitación.

La hora de salir llegó y el personal sindicalizado se apresuró a formar la fila para el checado de tarjetas. Solamente los de confianza, como *Tito*, regresaban por las tardes. Al día siguiente, después de haber atendido los asuntos de la oficina, autorizó a sus compañeras para que salieran una hora antes de la oficial, con la mira de aprovechar lo mejor posible el rato; después de dejar que ellas eligieran el lugar para comer, llegaron al mismo. *Tito* iba dejando que ellas marcaran el camino y que decidieran todo, para no entrar en detalles acerca de si él estaba acostumbrado a determinadas formas de convivio o cualquier otra circunstancia que diera motivo a perder el tiempo en aclaraciones. Finalmente, nada extraordinario sucedió. *Tito* ya sabía de las costumbres locales, que, por lo demás, es algo muy común en casi toda la provincia, donde lo usual no es acudir con tiempo sobrado a un determinado lugar para hacer un preámbulo al mero acto de comer o de cenar, según sea el caso, y más aún, si es que así se dieran las circunstancias, para posteriormente olvidarse de lo que ya pasó, y hacer algo más, aprovechándose del ambiente que ya se hubiere creado, y entrar en ese posible mundo de fantasía, como *Tito* lo definía o lo percibía en el DF (guardada toda proporción), y máxime estando entre gente sin compromisos, como se dice vulgarmente, que 'ya encarrerado el ratón, que tizne a su madre el gato'; pero *Tito* ya sabía de todo esto y, por lo mismo, no llevaba expectativas adicionales; para lo único que sirvió el tiempo previo fue para continuar con algo de la temática del día anterior, aunque claro, ya en otro tono y con una intencionalidad diferente.

Entre otras cosas, y dentro de la plática entablada durante la comida, *Tito* trató el tema relacionado con aquello de la *Ciudad de la fantasía*, asunto que fue muy bien entendido por sus compañeras, pero que no dejó de ser una mera

anécdota, porque tan luego terminaron de comer, aquel lugar paulatinamente se fue quedando solo, para hallarse, finalmente, tal y como estaba cuando llegaron, casi vacío. El ambiente a lo mucho duró entre dos o tres horas. Era viernes y *Tito* pensó, "esto es lo que me espera en adelante. Lo tomo o lo dejo, ¡qué chinga!"

Después de aquella comida se despidieron y cada quien se retiró por su lado. *Tito* seguía con sus pensamientos, "oye, *mi buen*, ¿y ahora qué?", <pos ya te chingaste, mi *Tito*. Hasta el lunes güey, porque no tenemos ningún plan ni perspectiva de nada, al menos que te quieras ir a meter en una pinche piquera, de las tantas que hay, o en una disco, llena de huercos caguengues. Tú dices, ¿pa' dónde mi *Tito*?>

Aquel cambio para *Tito* significó un tajo, puesto que a partir de entonces habría de buscar nuevas formas de distracción. Mucha gente le decía que en la ciudad de Monterrey, a 84 kilómetros de distancia, podía encontrar satisfacción a sus gustos, pero no fue así, porque la realidad es que esa ciudad se asemeja más bien a usos y costumbres atejanadas, y eso a *Tito* no le llamaba la atención. Finalmente, llegó lo irónico, *Tito* se iba al DF dos veces al mes, a pasarse los fines de semana. Su situación se lo permitía perfectamente, pues aparte de los medios económicos, había un medio de transporte que ni mandado a hacer, era un verdadero lujo y además económico, el tren de pasajeros Regiomontano. Si a eso le agregamos que en el DF, *Tito* aún conservaba su departamentito y, por todo eso, ¡ni hablar!, ése fue el remedio practicado durante los once años que siguieron a estos acontecimientos; no obstante que, con bastantes salvedades, no dejaron de sumar algunos cientos de viajes. Por cierto, de no haber sido por las perversidades de los gobiernos, salinista y zedillista, que provocaron la chatarrización del ferrocarril, para poder justificar su venta y luego, en el caso de Zedillo, convertirse en el presidente del consejo de administración de la empresa privada que se creó y, con ello, la desaparición de todo el sistema nacional de trenes de pasajeros, ese tren aún siguiera prestando su magnífico servicio. Ya en los últimos dos años de vida de éste, a *Tito* le tocó ser una especie de fantasma en aquel tren, porque llegó el momento en el que ya no tenía ni prestigio ni clientela. Después de haber constado de 14 a 16 carros, y en temporadas altas, hasta de 18, se vino quedando con dos; sin agua, sin servicios de ninguna especie, malolientes, retrasados y, eso sí, aptos para el transporte de drogas, a través de valijas que 'alguien', subía en el camino, que curiosamente 'nadie' vigilaba, o sea que viajaban solas, y luego los mismos agente de la PGR, las bajaban para llevárselas con destino desconocido.

Cierto día, en uno de los últimos viajes, en un tren ya destartalado, *Tito* le pidió al porter (encargado del carro. Cada unidad del tren contaba con uno), que le diera razón de uno de ellos, a quien durante muchos viajes le tocó ser porter del carro dormitorio en donde viajaba, porque ya hacía mucho tiempo que no lo veía, aquel simplemente le contestó: –¿Ah, fulano!, ya no está aquí; lo tienen guardado en el bote, por tráfico de drogas (¡…!). En sus mejores tiempos este tren sirvió para los comerciantes de Tepito, quienes transportaban desde la frontera todo tipo de mercancías y el dinero rodaba. Lo mismo, durante algunos años, y en virtud de que el servicio lo extendieron hasta Nuevo Laredo Tamaulipas, los coches dormitorio eran saturados por turistas norteamericanos, que iban a pasarse el fin de semana a la ciudad de México. Incluso, ¿en cuántas ocasiones *Tito* pudo observar a parejas que utilizaban ese medio para encuentros discretos también?, porque bien se podría decir que era un medio perfecto para encuentros furtivos. Y todo fue, porque curiosamente, mientras estaba en espera del tren, *Tito* observaba que, al igual que él, mucha gente utilizaba con frecuencia el medio para ir al DF, lo mismo hombres que mujeres, a quienes los iban a despedir sus familiares, o a veces llegaban solos a la estación. El caso era que, una vez a bordo, esas personas ya no se daban a ver ni en el restaurante ni en el bar, o sea que desde que subían al tren, de inmediato se encerraban en sus dormitorios, pero a cierta hora de la noche se llevaba a cabo el encuentro. En algunas ocasiones *Tito* llegó a ver en bares o centros nocturnos a algunas de aquellas parejas, lo cual venía a corroborar lo observado, es decir, que el Regiomontano vino a significar 'un puente hacia la libertad'. En gran medida se explicaba el por qué, cuando mucha gente deseaba viajar en ese tren no conseguía boleto, ya estaban apartados, tal y como sucedió con *Tito* que, con el fin de no quedarse, la clave era decirle al boletero: le apuesto X pesos, a que no tiene lugares…, a lo que el boletero contestaba, pues ya perdió, y a fuerza de repetirse aquello, llegaba el momento en el que el mismo boletero se los llevaba a los domicilios de esos viajeros constantes, y todo quedaba en familia. Todo terminó por caprichos ocultos, acuerdos en lo oscurito entre quien era el gerente general de la empresa en los años ochenta, y del entonces, secretario del sindicato, haciendo un trabajo sucio previo a la privatización, para evitar algún movimiento de inconformes entre el gremio ferrocarrilero, como el de los años 1958/59, en los que se dejó sentir, con Demetrio Vallejo, la real fuerza de ese gremio. Una década después de la privatización ese gerente fue premiado y puesto al frente del Infonavit, también para hacer trabajos sucios, y todo a propósito de nuestra historia. A ese títere aún lo encontramos en la actual administración y, curiosamente, ha ocupado dos carteras. ¿Qué explicación se podría encontrar?, porque, la verdad sea dicha, no se le ha visto como a alguien 'genial', es más, ni siquiera sale en los noticieros,

ni huele ni hiede. La última noticia que *Tito* tuvo del tal funcionario, es que escuchó su nombre entre los que participaron en la licitación de las obras que van a dar origen al tren suburbano de la ciudad de México a Cuautitlán.

Se podría decir entonces, que entre 1985 y 1996, año, este último, en el que *Tito* dejó de laborar en el instituto, vivía con un pie en el DF y otro en Saltillo y, por ello, su estilo de vida, sus prácticas, su modo de vivir era el mismo, algo espaciado solamente, pero no abandonado. En septiembre de 1985, *Tito* fue al DF a pasarse las fiestas patrias, porque a su entender, esas festividades solamente tienen sabor en esa ciudad, y por el aprovechamiento del puente, él se regresó el día 18 a las seis de la tarde, hora en la que partía el tren hacia el norte. La llegada a Saltillo era entre seis y siete de la mañana, de tal suerte que no se enteró del fatal sismo que estaba sacudiendo a la ciudad, porque cuando llegaba a su casa, aun aprovechaba una o dos horas para seguir durmiendo y presentarse en la oficina entre las 9:00 y 9:30.

De los tristes sucesos, se vino enterando cuando llegó a la oficina, ya que la alarma cundió, porque las comunicaciones hacia oficinas centrales eran nulas y los medios noticiosos daban cuenta de algo 'fatal'. *Tito*, acompañado de uno de sus cuñados, decidió ir al DF, para ver si en el edificio en el que se encontraba su departamento no había ocurrido algo que ameritara ponerle atención, por lo que, como a las siete de la tarde/noche, viajaron en un auto, para llegar a eso de las seis de la mañana ya del día 20. Lo que *Tito* y su cuñado iban encontrando era verdaderamente trágico. El caos total. Todo eso los apresuraba a llegar al edificio del domicilio de *Tito*; pero el tránsito era extremadamente pesado y por fin, al mediodía pudieron llegar a su objetivo. La fortuna estaba con *Tito*, porque no existían más daños que vidrios rotos, no así algunos edificios cercanos, los cuales se habían desplomado, totalmente destruidos. Ya más calmados, decidieron buscar un lugar para comer y luego hicieron algunas visitas a amigos para saber de su suerte. Afortunadamente tampoco encontraron malas noticias. Ya casi llegada la noche regresaron al departamento dispuestos a dormir, ya que el viaje y el ajetreo de ese día los tenían verdaderamente exhaustos, cuando de pronto se dejó sentir aquel segundo gran sacudimiento, el cual acabó por hacer caer, en muchas edificaciones, lo que había quedado sostenido por puros muros o columnas semidestruidas. El pánico en todo el vecindario hizo que mucha gente saliera de sus casas y edificios, la mayoría ya en ropa de cama, algunos casi al desnudo, gente de todas las edades y condiciones unidos en un mismo ruego, en una plegaria de piedad al cielo. *Tito* y su cuñado regresaron a Saltillo, después de aquello ya nada fue igual. El parteaguas se manifestó en todo. Lo y los de

arriba de pronto se vieron también abajo. La humildad afloró y la arrogancia, que suele tomar partido cuando las sociedades se enajenan, también quedó bajo aquellas ruinas. Las manifestaciones arrogantes de los años sesenta entre la gente de la capital, evidenciadas hasta en actos racistas, discriminatorios, etc., se habían empezado a observar de nuevo en la década de los ochenta. Irremediablemente las cosas se repiten y las sociedades, ya de por sí olvidadizas, tan pronto se empiezan a sentir en el paraíso, sobre todo en lo económico, actúan con todo género de desplantes absurdos. El paraíso prometido por nuestro gobierno de entonces provocó el desquiciamiento de mucha gente, el efecto se dejó sentir con más agudeza entre aquellos sectores de la sociedad en los que la abundancia los hizo caer en el hartazgo, los excesos, el aburrimiento, y de ahí a la arrogancia y al despotismo sólo hubo un medio paso, porque riquezas sin cultura equivalen a pólvora y fuego. Mucha gente se vio de repente rica o por lo menos así se lo creyó, pero sin cultura. Fueron aquellos años en que las tiendas al otro lado del Bravo, estaban abarrotadas a todas horas. Mucha gente vendió todo para convertirlo en efectivo y comprar en los bancos títulos de inversión de renta fija, que pagaban altas tasas de interés, y resultaba muy atractivo el vivir solamente del cobro de los réditos, sin preocuparse por trabajar ni comerciar y mucho menos por producir.

Tito era proclive a hacerse este tipo de observaciones y comentarios para sí mismo, o ante aquellos que estuvieran dispuestos a escucharlo. Todos los cambios observados en el comportamiento capitalino no le pasaban inadvertidos y el efecto que le produjeron fue impactante. Para colmo, por esos meses, sucedió algo que acabó por cambiarlo de ángulo en sus perspectivas: la muerte de su papá que, en el grupo familiar inmediato, era el primer deceso que se daba, la primera experiencia de ese tipo que se le presentaba en la vida. En su mente se agolparon muchos recuerdos, muchos cuestionamientos, afloraron círculos no cerrados, asuntos inconclusos, heridas no sanadas, cosas que hubiera querido vivir una vez retornado a su terruño y que mucho se referían a su relación con su padre, la cual había quedado interrumpida por lo menos desde que *Tito* tenía 15 años. De pronto, ya no había nada qué hacer, más de 20 años de telarañas que ya no sería posible deshacer, limpiar, aclarar. Un mes después de la muerte de su papá, muere en un inocente accidente aquel cuñado que lo había acompañado al DF, en ocasión del terremoto, y con quien había logrado tener un buen acercamiento y compañía. La tragedia se debió a algo verdaderamente infantil.

Acontecimientos como los descritos enmarcaron aquel año de 1985, además de otros que, aunque de menor importancia, definitivamente convulsionaron su existir.

Uno de esos capítulos se refirió a las fricciones con su jefatura en oficinas centrales y todo por cuestiones de enfoque en lo que tocaba al trabajo, pero de eso trataremos en su momento y, por ahora, regresemos a la cronología de los hechos. Al iniciarse 1985, se podía decir con toda certeza, que los resultados que en el centro se esperaban a partir de la entrega de talonarios, fueron un rotundo fracaso. Esto se evidenciaba en la delegación hasta ya bien entrada la primera mitad de ese año, por la casi nula respuesta de los deudores de créditos, que ni siquiera se acercaban a solicitar información o para aclarar alguna duda. Por lo que a recaudación de dinero se refería, la misma no se reflejaba en la caja de la delegación y los pagos, que en caso muy lejano alguien hubiera querido hacer a través de la red bancaria, eran técnicamente imposibles, dada la ausencia de algún convenio entre Infonavit y la banca. Incluso, de haber existido un convenio hubiera abortado, porque los talonarios, como ya se dijo, se referían a periodos extremadamente atrasados. Los informes de *Tito* hacia el centro no rendían absolutamente nada, porque además era algo generalizado en todo el país. Sin embargo, a aquellos formatos implantados por oficinas centrales a las delegaciones, para rendir información, *Tito* solía anexarles algún oficio conteniendo propuestas, con la simple intención de colaborar en alguna forma para un mejor resultado, pues, ¿quién mejor que los que están operando el sistema, y que conocen de cerca los problemas, pueden ofrecer su punto de vista? Aquellos oficios, lejos de surtir efecto o de causar una buena impresión, causaban molestias. No hay que olvidar que en el Infonavit los únicos que están para pensar, para planear, para decidir, para conducir, etc., son los jerarcas del centro, todos los demás, aunque estén en el centro, pero que no sean jerarcas, están considerados como mentes de tercera, y con más razón si es personal de delegaciones. *Tito* sabía de tal arrogancia, pues cuando trabajó en oficinas centrales, muchas veces llegó a enterarse de comentarios vertidos en contra de la gente de los estados, pitorreándose de todo aquel que se atreviera a cuestionar o a sugerir algo. Pero, aun conociendo ese pecado, también cayó en la trampa, pues creyó que por tratarse de una actividad de reciente creación, aun considerado como Programa de Cobranzas, para el cual, ni siquiera se efectuó un estudio previo, tal y como era lo acostumbrado en el Infonavit, pensó que la aportación de sugerencias era algo oportuno y útil. Cierto día, al arribar *Tito* a la oficina y revisar sobre su escritorio los recados anotados por Mónica, su secretaria, vio que había uno, recibido de oficinas centrales, pero sin detalle alguno. Para enterarse más a fondo la llamó:

–Diga usted.

–Es sobre esta llamada de oficinas centrales. ¿Qué es lo que se ofrece?, ¿anotó usted algo?

–No, señor, y la verdad es que no entendí bien lo que me dijeron, porque no me encargaron que le pasara alguna información, sino que después de comentarme algo que no entendí…, repito, sólo me dijeron que se comunicara usted con la licenciada García (la jefa del programa), tan luego como llegara.

–Está bien Moni, por favor comuníqueme con la licenciada. Voy a ver qué se ofrece. Pero antes dígame si era ella, quien personalmente me estaba llamando.

–No. No era ella. Era la secretaria.

–¡Si seré iluso!, ¿cuándo se dignará ser ella misma la que hable con nosotros?

–Eso ni pensarlo. Son pocas las veces que hablan y, cuando eso sucede, siempre es a través de uno de sus tantos achichincles.

Tan luego se logró la comunicación con oficinas centrales, Mónica pasó la llamada a *Tito*. En la línea estaba la secretaria de la jefa:

–Buenos días –saludó *Tito*–, me estoy reportando con la licenciada García. Tengo aquí una llamada de ella, pero no sé en qué le puedo servir. Por favor comuníqueme.

–La licenciada está en junta y no puede atenderlo personalmente, lo voy a comunicar a la extensión del licenciado Puente, que es el encargado de enlace.

" ¿Enlace?, ¡Qué poca!, ni que fuera para tanto este pinche programa", pensó *Tito*.

Daba la casualidad que aquella jefa era conocida de *Tito*, mas no a la inversa, porque se trataba de una ex activista sindical, que no podía formar parte de la actual mesa directiva del sindicato, y que, a últimas fechas, para desactivarla, le habían asignado el tal programa de 'Cobranzas'. Cuando *Tito* hizo conjeturas acerca de aquel absurdo programa, y al enterarse de quién era la jefa, no pudo más que sospechar que se iba a tratar de una vacilada. Por esa razón, enviaba sus sugerencias, pues ya que estaban al frente de lo que podía ser algo muy significativo y prometedor, bien valía la pena afinarlo todo y arribar a logros productivos.

En oficinas centrales se escuchó la voz del jefe de enlace: –Bueno, ¿sí?, a sus órdenes, soy el licenciado Vargas, ¿en qué le puedo servir?

–Perdón, pero es que me estoy reportando a una llamada de ustedes.

–Ah, bueno. Si me permites, te devuelvo la llamada en unos minutos. Por favor espérala –pidió Vargas–, *Tito* se quedó sorprendido, ¿cómo era posible aquello?, después de una media hora, la llamada de oficinas centrales volvía a entrar y *Tito* contestó a la misma. Era el encargado de enlace, quien ya enterado del asunto, platicó con él.

–Mira, licenciado (así se refirió Vargas a *Tito*, con tuteo y todo, por la falsa creencia de que eso ayuda a establecer una buena comunicación). Solamente es para pedirte que cuando nos turnes tus informes omitas anexar tus sugerencias. Nuestros asesores ya tienen contempladas (palabra muy de moda por aquellas fechas), todas y cada una de las estrategias, y nuestros programas de acción ya están afinados conforme a sus sugerencias. A la jefa no le gusta que los informes se desapeguen de los formatos establecidos en nuestra normatividad, porque confunden. Ése era el motivo de la llamada, ¿alguna otra cosa?

–No. Nada más. Todo está perfectamente entendido –asintió *Tito*– y solamente salúdeme usted afectuosamente a la jefa.

Aquella conferencia terminó, y *Tito* se quedó perplejo, como dudando si lo que acababa de escuchar, realmente lo había escuchado. "¡Qué poca mmm!, no se conforman con tenernos como retrasados mentales, sino que, ¡todavía nos lo dicen…!"

–¿Se tiene qué preparar algo para oficinas centrales?, preguntó Mónica, ya que, por lo general, esa clase de llamadas sólo eran para solicitar algo fuera de informes.

–No, Moni, afortunadamente no.

Pero como el semblante de *Tito*, aunado a su tono de voz, evidenciaba algo, su secretaria no dudó en preguntarle si algo sucedía: –¿Hay algún problema señor?

–Con nosotros, no. Pero ellos sí que tienen un grave problema, ¡imagínese nada más!, lo que cuestan tantas llamadas de larga distancia. Primero, la que recibimos por la mañana, en seguida nuestra contestación, para que, por ignorar el asunto,

me dijeran que colgara y luego, me devuelven la llamada para una estupidez. Se ve que no tienen nada que hacer. Después de que Mónica fue enterada de lo sucedido, comenta:

–Pero, y en qué les afecta el que alguien sugiera algo, con la simple intención de colaborar para un mejor desempeño. ¿Qué les pasa? Mire contador, por razones como ésa, entre otras, claro está, es que Rebeca les tira tanto a los chilangos, ¿no cree usted que se pasan…?

–Sí, se pasan. Pero eso nada tiene que ver con los chilangos, porque le diré una cosa, que tal vez usted ignore, Moni, que la jefa es de Guadalajara y no del DF, yo lo sé porque sé quién es y de dónde viene. Ella era una activista opositora al sindicato y operaba desde aquella delegación pero como a la subdirección llegó una amiga suya, la desactivaron dándole este programa. Como verá, eso del chilanguismo es algo relativo a actitudes y no al origen de la gente. Si a eso se refieren con lo de chilangos, pues entonces donde quiera existe ese síndrome. Oficinas centrales está llena de personas de todas partes, y dependiendo de dónde provengan las cabezas, es la influencia de provincianos que predominan en un determinado momento, costeños, sureños, norteños, y ya dependiendo del punto preciso, pueden ser sinaloenses, yucatecos, etc. Si por chilango, tomáramos sólo en cuenta a aquellos capitalinos que por su origen de barriada lo fueran, esa gente, créamelo, se dedica a cualquier otro oficio menos al de burócrata. No es tonto. Es el que domina las barriadas y quien domina los mercados de todo tipo. Ellos son los que mueven auténticamente a los políticos. No están exentos de pecar de chilanguismo, pero ése es un síndrome que padecemos todos en este país. No necesariamente porque se viva en el DF, o porque ahí se haya nacido, o porque ahí se haya desarrollado la gente, pues ejemplos de actitudes nefastas abundan por todas partes y no son privativas del DF.

–¡Uy!, pues qué bueno que no lo está oyendo la Rebe, porque no aceptaría eso. Para ella, todos los malos están ahí y los buenos sólo son los del norte, porque ni los sureños. Esto sería para ella como una bofetada.

–Pues, a mi modo de ver, eso es racismo que ya nada tiene que ver con lo de chilanguismo. Me recuerda a Hitler, con su famosa teoría de la raza aria. Su defensa era muy forzada y muy estrecha o rebuscada, con tal de convencer. Yo sí le digo una cosa, que todo aquel que se encuentre en oficinas centrales, sea la dependencia pública que sea, y sea o no capitalino, tratará a la provincia como retrasada mental. Sólo ellos piensan o razonan, los demás nacieron sólo para

obedecer, les guste o no les guste. Ese centralismo lo vemos en todo. Aquí tenemos, ahora mismo, un ejemplo. Me gustaría conocer la opinión de Rebe. Platíquele lo sucedido y entérese de su punto de vista. Mire, Mónica, ese fenómeno de insensatez y de arrogancia lo vemos aquí mismo en provincia, donde, históricamente, los lugares fuertes siempre han tratado en forma muy desigual a los débiles. No me negará que los de Monterrey siempre se han expresado de manera muy despectiva de los de Saltillo, o que los de Saltillo tratan muy feamente a los de Monclova a quienes, incluso tratándose del Infonavit, ni siquiera se les tiene asignada una oficina para atenderlos dignamente en sus asuntos, o que los de Torreón, siempre se han sentido superiores al resto del estado y hasta han pugnado por su separación, etc. Entonces, ¿para qué irnos tan lejos? Aquella mujer sólo pelaba los ojos y calladamente escuchaba los argumentos de *Tito*, quien parecía estar adoptando el papel de abogado del diablo.

–Pero, no me negará que hay otras cosas en ellos que los hace ser odiosos.

–Y, ¿como qué?, porque al menos de lo que los acusan, no es todo privativo de ellos. Dondequiera se cuecen habas.

–Tal vez no lo pueda expresar, pero dan la impresión de que se sienten muy superiores, o algo así.

–Mire, Mónica, le voy a contar algo. Para cuando yo llegué al DF, que fue a principios de los sesenta, cualquiera de los que ahí vivían, fueran o no de ahí, ya me llevaban, por lo menos, unos diez años de ventaja en ver TV; en escuchar estaciones de radio muy variadas; en presenciar espectáculos muy desconocidos en provincia; en leer periódicos o revistas especializadas en algo, lo que en provincia ni siquiera se estila en plena actualidad, salvo esporádicas excepciones; ventajas en acudir a museos; en conocer gente de muchísimas partes no sólo de la República sino del mundo; en darme cuenta de que mucha gente, de mi edad, había acudido a una academia para aprender el inglés porque el medio se los exigía y a mí en provincia no, y así, le podría mencionar muchas cosas que ni en sueños me las había imaginado. Bueno, pues todo eso hacía que cuando alguien con tantas ventajas estaba frente a mí, me parecía que se sentía muy superior a mí. Entre los compañeros de la UNAM, algunos alumnos tenían estudios extras que yo no tenía y eso me hacía sentir mal, como por ejemplo sabían inglés, practicaban natación o buceo, o habían acudido a una escuela de futbol u obtenido estudios de oratoria, otros ya eran políticos en camino, o simplemente sabían bailar toda clase de ritmos; y así sucesivamente muchas cosas que me ponían en

desventaja, y ni modo de pensar que ellos, con tal de no querer dar esa apariencia de superioridad, ¡iban a ocultar sus armas de defensa o de competencia!, porque nadie, que yo sepa, que estudia y se esfuerza para competir, va a ocultar lo que sabe. Muchas veces el que tiene las armas ni necesita cacarearlo, con su simple actitud de seguridad y de aplomo ante los retos lo manifiesta. Termino diciéndole algo más, que no quiero que me lo malinterprete, pero cuando yo llego a estas oficinas, o a cualquier otro lugar de los pocos que voy conociendo o frecuentando, nadie leyó el periódico, nadie escuchó noticias por radio, o a algún comentarista, aparte del noticiero de *24 Horas*, que es el único referente que casi todo mundo tiene, o los programas domingueros de Raúl Velasco, y digo nadie porque es el colmo que, hasta ahora, no he encontrado a alguien que me saque de mi apreciación. Si a cosas como éstas son a las que usted se refiere y por las cuales tiene la impresión de que ellos se sienten superiores, pues entonces dígame, ¿en qué me equivoco? No me gustaría ser metido en esa clasificación de indeseables. Un ejemplo le pongo, de lo único que yo no puedo hablar durante el preámbulo que tenemos cada lunes, en las juntas interdisciplinarias de jefes de área, hasta ahora, es de futbol americano, porque, debo decirle, que ese es el gran y único tema que se toca en ese espacio previo a la exposición de nuestros asuntos de trabajo. Primero, porque no lo entiendo, segundo porque no me llama la atención entender un evento tan aburrido como ése, y tercero, porque me parece absurdo que ese tema sea el único, habiendo un mundo de cosas que comentar. Pudiera entonces concluir, que lo que sucede es que no tienen otro referente sobre el cual hacer comentarios. ¿Y qué les impide tener otras experiencias? Si no quieren sentirse inferiores, pues, ¡muévanse! que el mundo ahí está y es para todos.

Aquella secretaria, que muy apenas sí había pasado por una academia de comercio para aprender mecanografía, estaba siendo bombardeada con argumentos que jamás en su vida había escuchado ni se le habían ocurrido y, mientras *Tito* exponía, pensaba en que era una verdadera lástima que Rebeca, siendo la que rechazaba, por sistema, a los chilangos, y que tenía estudios universitarios (era licenciada en administración de empresas), no se encontrara presente. Rebeca había avisado que ese día visitaría al médico por algunos problemas dentales y que llegaría tarde a la oficina.

–Mire, Moni, yo en lo personal lo observo así, fíjese bien, el capitalino es muy festivo (de cualquier cosa hace un baile), desinhibido (presta poca atención a las críticas), decidido, gregario (sobre todo por su proclividad a rozarse con todo tipo de gentes), invitador, espléndido (se le critica mucho hasta de ser manirroto), dicharachero, ambicioso (se le ve muy seguido metido en negocios, o en cursos

de capacitación para competir), politizado (afecto a la lectura de periódicos y revistas) y oidor de comentaristas diversos. Así se trate de un simple taxista, habla de cualquier tema. En cambio, el provinciano necesita de un motivo especial para hacer un baile. Un pueblo chico es un infierno grande (la crítica es algo muy practicado). La inhibición es la hija de la crítica (el temor al qué dirán, es un gran estorbo), las mezclas sociales no suelen darse entre todo tipo de gentes (cada estrato social es perfectamente identificable en provincia y es muy difícil penetrar a ciertas elites), la ambición es algo mal entendido. No se practica la política sino el amiguismo y la defensa de clases y el proteccionismo de familias y de clanes. Ahora bien, para que un provinciano haga lo que un capitalino, necesita irse a la capital, porque es tan capaz de hacer cosas al igual que aquél, sólo que, como nadie en su tierra es profeta, el mejor campo de cultivo siempre lo será aquel lugar en donde la gran mayoría de las personas anden luchando por lo suyo, sin fijarse en el prójimo, porque eso es perder el tiempo, y si se descuidan, se los comen. Finalmente, hacer las cosas al revés es fatal, o sea que en la capital un provinciano no debe actuar como provinciano, porque de lo contrario no avanza, y si no avanza, se regresa a su pueblo hablando pestes del DF, y un capitalino, si actúa como tal en la provincia, lo tachan de chilango, aunque su origen sea de provincia. Es por eso que un comportamiento como capitalino, en provincia se ve y se tacha de gandaya, pero en el fondo debe entenderse que es la vida la que enseña y que nadie estará dispuesto a dejarse ganar, después de haber aprendido a competir y, entre estos últimos, lo mismo nos encontramos a capitalinos puros que a provincianos. Por esto es que yo digo que ese terminajo (chilango), es puro cuento. Ser chilango es una actitud, no un origen. Se puede ser originario de cualquier parte y tener actitudes de chilango y, al final de cuentas, ¿qué hay de malo en ellas?

Tito estaba en plena exposición de su tema, y no se había dado cuenta de que Rebeca ya había regresado de donde andaba, y lo estaba escuchando. Sin saber los antecedentes del tema, en ese momento, la muchacha arremetió:

–¡No, no!, usted siempre va a buscar la forma de defenderlos, pero nada les quitará su defecto.

–No es una defensa, es que por más que busco en dónde está ese defecto tan, pero ¡tan marcado! y específico entre ellos, que no se parezca o sea, tal vez, el mismo que tenga cualquier otra persona no siendo del DF. Un poblano, uno de Nuevo León, un yucateco, que lo mismo hacen cosas malas que buenas, no por ser provincianos todo está bien en ellos, ¿o sí ?, ¿así de simple? La gente es la

gente, y su conducta puede ser buena o mala sin importar de dónde se sea. Si a los del DF por sus cosas malas, muy de ellos, se les dice chilangos, entonces ¿cómo les vamos a llamar a los que actúan mal, por ejemplo, aquí en Saltillo?, por esas cosas malas y muy especiales de Saltillo ¿son acaso saltilleros en lugar de saltillenses? o ¿en Chihuahua?, por sus defectos muy especiales, que también los tienen, o los de cualquier otra parte. Como que nomás queremos ver los defectos de allá, pero los de provincia, ¿en dónde quedan?

–Bueno, me declaro impotente para explicarme, pero, sólo por ahora. Llegado el momento y ante cosas muy precisas, se lo voy a recordar. Sólo así me podré explicar. Me extraña que nomás usted saque la cara en su defensa, porque ni ellos mismos lo hacen, ¡ellos mismos, se dicen chilangos!, recalcó Rebeca.

–Eso es. Así será más fácil, porque a ésta, a la Rebe, no se le va una.

–Me parece buena idea. Tal vez yo alcance a ver entonces lo que no he podido ver hasta hoy. Ellos mismos se dicen así, porque ni ellos mismos se han puesto a pensar en lo que eso significa y, en cambio, se han tragado el anzuelo al grado de que andan buscando entre sus antepasados a algún tatarabuelo, ya de jodido, que haya tenido su origen en provincia, para también adjudicárselo. Tanto les echan, que han llegado a sentir vergüenza de su origen en lugar de defenderse con dignidad. Pero creo, finalmente, que la realidad consiste en que ahora pagan por la soberbia con la que ellos también se llegaron a mostrar con respecto a los provincianos en tiempos pasados, y no nos vaya a suceder lo mismo a nosotros.

–¡Ah, pues ahí está la cosa!, ¿no cree que todo tiene un motivo?, preguntó Rebeca.

–Sí, es cierto, y no dudo que ése haya sido, en parte, el motivo. Pero aunque yo mismo haya llegado a sufrir en carne propia por esos embates pendejos, no creo que ahora deba tomar venganza. Dos cosas malas no hacen una cosa buena. Por eso es que yo digo, que habemos norteños de antes y los de ahora. Los de antes me gustaban por su nobleza, los de ahora, me disgustan por su soberbia y por su arrogancia. Y todos vamos a pagar, algún día también, por esa osadía, y me pregunto, ¿y yo?, ¿qué culpa tengo? O si algún día tengo un hijo, ¿cuál va a ser su culpa? Lo mismo que en estos tiempos, los capitalinos de ahora están pagando las culpas de sus antepasados, aceptando sumisamente su mote, como lamiendo la coyunda. Si tuvieran conciencia de eso se defenderían con dignidad y dejarían que sus antepasados paguen, en algún lugar, aquí o en el infierno, sus propias culpas. Eso de andar chingando a las futuras generaciones me parece una

verdadera pendejada. Además, mi estimada Rebeca, ¿cree correcto el convertirse en juez?, y peor aún, en verdugo para dar castigo a conductas del pasado, conductas que, finalmente ni siquiera usted sufrió, y tal vez tampoco nadie de su familia. Lo mejor sería llegar a una conciliación y que ahí muriera la cosa.

–Bueno, debo aceptar que nunca escuché algo parecido, y eso de los norteños de antes y los de ahora, como que me da en qué pensar, ya lo veremos, ya lo veremos.

Se hizo un silencio, digamos, hasta provocado lo mismo que aceptado, como en un entendimiento tácito de que las cosas no deberían de continuar. Al momento, se intercambiaron entre aquellas mujeres algunas preguntas propias, entre otras lo del dentista; *Tito*, por su parte entró en su privado para acomodar algunos documentos porque, a decir verdad, en aquella oficina no había nada que hacer y eso daba cabida a entablar aquellas largas exposiciones, como la que acabamos de describir pues de otro modo no existiría el tiempo suficiente para ello. Los meses se iban uno a uno, y el aburrimiento, motivado por aquella inactividad, hacía estragos. Como sabemos, *Tito* se iba cada quince días a pasar los fines de semana a la ciudad de México, eso daba pauta a que sus compañeras de oficina le hicieran preguntas acerca de cómo la había pasado, qué fue lo que hizo, etc. Naturalmente que a *Tito* le sobraba tema. Esto ocasionaba entrar en charlas de interés lo mismo que de discusión, lo que significaba, al final de cuentas, una irreconciliable situación. A aquellas mujeres, lo mismo que al resto de sus compañeros en la delegación, les parecía fuera de toda lógica que *Tito* viajara tantos kilómetros para encontrar diversiones, en lugar de quedarse en Saltillo o irse a Monterrey o a Laredo o a Eagle Pass a fayuquear, lo que se agravaba cuando *Tito* les exponía todo lo que él encontraba en la capital y que no existía en los lugares por ellos sugeridos. Como era natural, el celo por lo propio saltaba a la vista y la ceguera se acentuaba, pues en lugar de entender lo que él exponía, ellos trataban a toda costa de convencerlo de que si las cosas no eran iguales, en cambio sí eran mejores. En suma, una situación controvertida e irreconciliable.

Por fin sucedió algo que vino a romper aquel estado de cosas inútil. Se recibió de oficinas centrales la orden de que el titular de área, acudiera a una reunión de jefes que tenía el carácter de nacional. *Tito* acudió al evento, sonaba interesante, puesto que en el mismo se planteó la decisión del Consejo de Administración del Instituto, de encomendar al personal de esas áreas delegacionales, la tarea de 'cobrar', pero ahora a las empresas, los adeudos que tuvieran con el Infonavit, con motivo de evasiones u omisiones de información. Para *Tito*, aquello era un

verdadero manjar, ya que era lo suyo, o sea, el campo fiscal. Antes de que los expositores entraran en el tema a fondo y con detalle, *Tito* ya se imaginaba actuando como un profesional, revisando registros empresariales, determinando omisiones en cantidades líquidas, 'cobrándolas' o, en su defecto, cumplir órdenes de ejecución, contra morosos o renuentes a cumplir, y que a pesar de estar a la vista, *Tito* no podía actuar contra ellos por falta de facultades legales, y en fin, todo eso que implica el estar trabajando para un organismo de carácter fiscal, como lo es el Infonavit. Pensaba que, por fin, había llegado al lugar en donde podría desempeñarse como lo que era, un profesional en materia fiscal, porque eso fue para lo que el instituto lo había capacitado. Después de que unos jerarcas del instituto hicieran la presentación de rigor y la apertura del evento, con toda esa carga de discursos ociosos, baldíos e innecesarios, pronunciados por esos funcionarios dados a tomarse fotografías para los informes y para la justificación del cobro de sus muy generosos emolumentos, todo lo dejaron en manos de la jefa suprema, la tapatía aquella, que de cobradora no tenía nada que no fuera su propio sueldo, y que ahora, de fiscalista, tampoco tenía nada. Resultaba, al final de cuentas, que el personal adscrito a aquel programa de Cobranzas comandado por la guadalajareña, que ya tenía por lo menos un año de creado y sin función alguna, pasaba a formar parte de un departamento denominado de Verificación. Pero aquella incorporación era algo muy *sui géneris*, o forzado, porque las áreas delegacionales se seguían denominando de Cobranzas, y no de Verificación, como quien dice, no le quitaban a la jalisciense su ejército, sino que sólo lo prestaba al departamento de Verificación. Aquello afectaba mucho, dado que, el citado departamento estaba facultado para ejercer funciones de fiscalización y, en cambio, las citadas áreas de cobranzas, seguían siendo un mero membrete difuso, confuso, hueco, inútil, sin pertenecer formalmente a un cuerpo con un verdadero peso, sin representación respetable, sin facultades para actuar, etc. Por añadidura, aquella situación daba también motivo a que el personal de Cobranzas, no tuviera el mismo nivel salarial que el personal de Verificación, porque se suponía que este último estaba conformado por auditores (contadores públicos), en tanto que los de cobranzas eran sobrantes de diversas áreas delegacionales.

Después de que la jefa de Cobranzas hiciera su presentación, el resto de los trabajos quedó en manos de un quinto participante. Era Vargas, el jefe de Enlace, quien después de pronunciar algunas palabras, que no dejaron de ser 'su' discurso, llamó a un sexto participante, subalterno suyo, mismo que entró en más detalles, pero que los explicaría después de la comida, porque el tiempo hasta ese momento se había dispuesto para el pronunciamiento de discursos. El evento aquel se

reanudó a las 3:30 de la tarde y continuaría hasta las 8:00 de la noche. Ése sería el horario para el resto de los días.

El expositor dijo: –Bueno pues como ya ha quedado planteado, de ahora en adelante en las delegaciones habrá de atenderse a las empresas que presenten adeudos con el Infonavit. Esto, aparte de la atención a la cobranza a acreditados morosos, adscritos al sistema REA (Régimen Especial de Amortización de créditos), sistema implantado para los que ya no tienen una relación laboral y que deben pagar sus créditos directamente al instituto, es decir, sin la intermediación de un patrón. Los adeudos empresariales, están siendo detectados por nuestro sistema de cómputo que, al encontrar omisiones, lo mismo en pagos, que en una simple información, emite un requerimiento y éste será notificado al contribuyente para que, en el plazo de ley, lo atienda, ya sea pagando o comprobando que ya lo hizo, o, en el caso de información omitida, que la proporcione. En pocas palabras. Para este efecto, se enviarán a las delegaciones los requerimientos oficiales, para que sean notificados los respectivos destinatarios, y luego, para cuando éstos acudan a atender a lo requerido, sean atendidos a su vez, por el personal de cobranzas.

Habrá un manual para la atención a empresas, a través del cual pensamos en unificar criterios en todos los aspectos del programa, y hasta las formas de presentar los informes sobre los avances. Aquí, durante esta reunión, habremos de practicar sobre casos concretos, para capacitarlos sobre el modo de llenar formatos, la manera de identificar comprobantes, y todos los aspectos que se les van a presentar, aparte de los que vayan saliendo al paso.

Vargas lo interrumpe en esos momentos para preguntar al auditorio: –Hasta aquí, ¿alguna duda? o ¿algún comentario?

Como cada participante tenía frente a sí un letrero que lo identificaba por su nombre y profesión, lo mismo que la delegación que representaba, era fácil para Vargas dirigirse a quien él quisiera para preguntarle algo, nombrándolo directamente y además, tuteándolo. Así, fue de uno en uno con parte del grupo, alternadamente, preguntando sobre alguna duda hasta ese momento. Algunos plantearon algo, lo cual fue resuelto, otros de los interrogados no preguntaron nada, y al llegar a *Tito*, casi lo iba a omitir, pero se arrepintió y regresándose hacia a él, le preguntó:

–¡Ah!, fue contigo con quien hablé hace algún tiempo, acerca de las sugerencias que has acompañado a tus informes, ¿o me equivoco?

–Efectivamente. Fue conmigo. Y no tengo preguntas, hasta este momento.

–Me parece bueno eso, lo cual quiere decir que hay claridad en la exposición de los objetivos. Le devuelvo la palabra a nuestro expositor.

El expositor continuó con lo suyo durante el resto de la tarde, y durante dos veces fue interrumpido por Vargas, quien fungiendo como mediador o moderador intervino en ese papel, para templar un par de discusiones que se dieron entre el expositor y uno de los participantes quien, siendo abogado planteó la dificultad con la que se iba a enfrentar el área de Cobranzas de cualquier delegación, ante la situación de que el Infonavit, no tenía facultades 'de ejecución', para actuar ante el caso de que alguien se declarara, expresa o tácitamente, en rebeldía y no atendiera a algún requerimiento, situación que por lógica y por fuerza, se tendría que presentar.

Las intervenciones, tanto del expositor como de Vargas, no dieron satisfacción a aquel abogado, quien presentaba su caso con toda razón y con toda oportunidad, dado que éste así lo solicitó a la audiencia. Era visible el disgusto de Vargas, con toda seguridad por su incapacidad para responder a aquellos planteamientos que, de suyo, eran ya de un carácter superior, puesto que se referían al campo de lo contencioso, o de pleito, entre autoridad y contribuyente y que era algo muy fuera del dominio de aquel par de presentadores. El expositor era apenas un estudiante de la carrera de comercio exterior, y Vargas era licenciado en trabajo social.

Al día siguiente le tocó el turno a otro expositor. En este caso, ya se trataba de un elemento adscrito al departamento de Verificación quien se suponía, tendría elementos más cercanos para el trato de los asuntos relativos a la materia fiscal. Pero tampoco fue así, pues también se trataba de una persona que no podía entrar más al fondo de los hechos, porque sólo se pensaba en que el Infonavit, siendo el acreedor fiscal de unos adeudos patronales, simplemente se debería abocar al aspecto de requerir, por la vía legal a los morosos, pero se olvidaba de que, sin duda alguna, se iba a enfrentar con empresas bien equipadas para el manejo de esos asuntos, asesoradas por despachos de fiscalistas duchos en la materia, entre otras eventualidades. Muchos de los participantes, dicho sea de paso, ni entendían lo que estaba sucediendo, puesto que se trataba de una mezcla

de todo tipo de personas, unos con profesión, pero muy lejanas a lo requerido por el nuevo esquema que se iba a abordar en las delegaciones, otros, la mayoría, sin profesión alguna, es más, sin experiencia siquiera en asuntos cercanos al tema. Con este panorama, era lógico que quienes planteaban casos a los expositores, haciéndolos sentir perturbados, dieran la apariencia de impertinentes, porque parecía ser que los querían exhibir de faltos de dominio en el tema. Por todo ello, el desenvolvimiento de las sesiones se volvía aburrido por lo inentendible que les resultaba a los legos, o a los novatos, pues debemos recordar que estas áreas no fueron planeadas exprofesamente para estos asuntos, sino que fue personal de las áreas de Orientación Social, cuyos jefes y subordinados no tenían preparación técnica en materia fiscal y sin precaución alguna, irresponsablemente, el Infonavit acabó por utilizarlos en actividades que no eran de su dominio.

Llegado el momento para ir a comer, y como suele suceder en estos casos, entre una gran cantidad de participantes es inevitable la mezcla entre todo tipo de individuos. Se da el encuentro entre personas de muy diversa idiosincrasia, o bien, de preparación profesional, o con un concepto del sentido de la responsabilidad muy desacorde, porque no hay que olvidarse de aquellos que llegan a los puestos de jefaturas por el simple amiguismo, casos en los que el tan llevado y traído sentido de la responsabilidad es lo que menos importa. El hecho es que, a la hora de ocupar los lugares en donde se van a servir los alimentos, la gente queda mezclada, es decir, de todos los colores y sabores. Esto es lo que comúnmente sucede durante el primer día del encuentro. A partir del segundo día, por lo general, la formación de grupitos es inevitable, bien por la afinidad de caracteres, por simpatías o regionalismos, etc., el caso es que también suele ser por que algunos se muestran interesados en hacer progresos, y los hay, de plano, a quienes les vale madre el asunto. El objetivo de ellos es el de 'viaticar', el de divertirse, es más, no faltan aquellos que se empiezan a identificar por sus tendencias hacia las tranzas y los intercambios de mañas no tardan mucho en tomar su lugar. Estos intercambios se inician desde el momento en el que se juntan para irse a la diversión. La conducta de este tipo de personas es pragmática, es decir que no se meten en honduras y dejan que los acontecimientos fluyan simplemente, pasan sin pena ni gloria y, en cuanto pueden, tratan de persuadir a aquellos que sí muestran interés, para que no hagan tantas preguntas y no tornen tan pesadas o aburridas las sesiones. Estaba el grupo en el comedor, y uno de los 'pragmáticos', que nunca faltan, quien ya identificado y formando un grupo con otros de igual condición, digámoslo así, se dirigió a aquel abogado que prácticamente había puesto en jaque al expositor en turno.

–Oye, licenciado, ya no le pongas trabas al expositor, mira que por tratar de darnos explicaciones nos soltaron un cuarto de hora más tarde a la comida, y antes de que termine el curso, aquí los socios y yo, queremos salir temprano para irnos por ahí a dar la vuelta, a algún buen lugar con las de 'Pico rojo'. Agarra la onda.

–¿Yo?, no hombre, dijo el abogado, lo que pasa es que yo simplemente creo que sí debemos estar bien preparados y además bien equipados con personal bien capacitado, para enfrentarnos a las empresas, que no creo que vayan a sentirse muy bien con nosotros a la hora de requerirles pagos. Yo vengo de un corporativo, en donde participé en el equipo de fiscalistas, y esto no es cualquier cosa, porque al menos el grupo de empresas al que representábamos, no aceptaban tan fácilmente requerimientos de carácter fiscal y, por eso, casi siempre los impugnábamos, y lo que veo, en mi delegación al menos, es que el personal con el que cuento no tiene ni idea de este tipo de asuntos.

–Bueno, pero no creo que eso vaya a ser en la mayoría de los casos. Además, en caso de broncas legales, pues que las arregle el Área Jurídica, que para eso está.

–Aparentemente así van a ser las cosas, pero la materia fiscal no cualquiera la aborda o la conoce, y menos los abogados de esas áreas, porque no son fiscalistas, tan simple como eso. Además, ellos también están hasta el copete de chamba y no están preparados para estos nuevos asuntos, ni tampoco cuentan con el personal calificado.

–Pero creo que te estás ahogando antes de meterte al río. Todavía ni empieza esto y ya estás con esa clase de problemas.

–Bueno, pero no está de más al menos prevenirnos, porque de lo poco que sé del Infonavit, me he dado cuenta de que en todo se improvisa. Y en este caso la improvisación no es recomendable, porque aquí ya intervienen muchos intereses, y no simplemente los intereses particulares del instituto, quien con sus improvisaciones lo mismo le da perder que ganar, que al final nadie le pide cuentas, pero en el caso de las empresas, todo es muy diferente. No son peritas en dulce.

Otro de los ahí participantes, pregunta al abogado: –Oye mi Lic., y qué hay de eso de lo "contencioso…", que fue lo que puso a pujar al expositor, ¿qué quiere decir eso?, porque en lo que a mí respecta, me quedé hecho un pendejo, y el resto de la sesión ni la entendí.

Este último en intervenir no era abogado, como se podrá inferir, sino que se trataba de uno de aquellos jefes del área de Orientación, ya desaparecida, que junto con sus subordinados, habían sido transferidos a la nueva función de fiscalización del Infonavit. Como en el área desaparecida no se requería de profesión alguna, esta deficiencia fue heredada, primero al programa denominado de Cobranzas, y luego de éste, a la futura función de fiscalización.

–Por lo que escucho, tú no eres abogado, y te lo voy a explicar. Mira, lo que quiere decirse es que ya es el campo del pleito entre la autoridad fiscal, que requiere algo a un particular, y el particular que se defiende de ese requerimiento. Para eso existe el derecho fiscal. Por eso es que dije antes, que los jefes de las áreas jurídicas en las delegaciones, no le van a entrar, porque no son abogados fiscalistas y mucho menos sus subordinados, que en su gran mayoría ni siquiera son licenciados en derecho, en ninguna de sus ramas.

–Y tú, ¿sí eres fiscalista?, ¿cuánto tiempo llevas en el instituto?, preguntó el pragmático.

–Yo soy abogado de profesión y tengo la especialidad en derecho fiscal, con un diplomado y una maestría. Esto me lo pagó el grupo para el que yo trabajaba antes. Yo tengo como unos siete meses de haber llegado al instituto y me interesó porque desde entonces me dijeron que se iba a crear una área de asuntos fiscales en todas las delegaciones, y la persona que me trajo está muy interesada en que yo imparta cursos de capacitación en lugar de estar al frente de una área delegacional. Es por eso que le hice varias preguntas al expositor, porque tengo esa consigna de parte de mi protector, por así decirlo, ya que él se interesa mucho por la profesionalización de esta actividad, y me encargó todo tipo de datos.

–¡Ah, chingaos…, y quién es él?

–No lo debo decir. Sólo les diré que él está en el Consejo de Administración del Infonavit, dentro del sector empresarial y, al saberse que el instituto iba a ampliar sus labores de fiscalización hacia los estados, ha recibido una serie de recomendaciones de los diferentes grupos empresariales de la República, para asegurarles que se habrá de actuar con profesionalismo. En vista de eso, esa persona, como paisana mía, pidió al grupo empresarial para el que yo trabajaba que me permitiera ocupar ese cargo en la delegación. El grupo tuvo que

permitírmelo porque mi capacitación le ha costado a él. La mira es que en un futuro inmediato yo ocupe un cargo como instructor en esta materia.

Hasta estos momentos, *Tito*, quien se encontraba enmedio del 'pragmático' y sus seguidores, y el abogado y su compañero de cuarto, había permanecido sólo a la expectativa, dado que conocía muy bien las formas de reaccionar de la gente de oficinas centrales, sus celos, su arrogancia, su creencia de que solamente ellos habían sido llamados para pensar por los demás, etc., pero, que al escuchar a aquel abogado, se mostró interesado en su exposición, esperando a que terminara la comida para acercársele y preguntarle algo, pero cuidando de que ya estuviera apartado de aquel interrogador, que a todas luces se evidenciaba como lo que era, un pragmático, y como el clásico elemento que jamás se habría de poner la camiseta. El pragmatismo los lleva a convertirse con mucha facilidad en orejones.

El grupo regresó al auditorio en donde se estaban celebrando las reuniones para continuar con el programa. No faltaron las preguntas y respuestas inherentes al tema, y también las respuestas a medias. Éstas son las que dan aquellos que de plano no tienen facultades para resolver verdaderos problemas. Su típica salida siempre será: 'Déjenme planteadas sus dudas y se les aclararán por escrito, enviándoselas a sus respectivas delegaciones…'. Esta gente solamente está para transmitir órdenes, para dar instrucciones acerca de lo que se 'deberá hacer', y hasta 'el cómo se deberá hacer…', sin embargo, quienes reciben órdenes para llevar a cabo algún trabajo, normalmente cuestionarán acerca de los elementos o medios con los que se va a contar para el debido cumplimiento, y como los expositores no tienen facultades para dar satisfacciones, la clásica respuesta será: 'Eso no es asunto mío'; 'cuando venga el o la jefe (a), pregúntenle a él (ella)'. Esto, porque en el supuesto de que exista una buena respuesta, quien se va a parar el cuello será ese jefe, o bien, porque en caso de no existir una buena respuesta, el responsable no se va a 'quemar', y sólo ordenará decir en su nombre: 'Reciban un cordial saludo del o la jefe (a), quien por sobre cargas de trabajo y de compromisos que no pudo evadir, no pudo estar presente, y les hará llegar por escrito las respuestas a sus dudas…

–Una pregunta expositor, ¿me permites?

–Sí. Adelante con ella.

–Como es natural, muchas de las empresas a quienes se les va a requerir algo, no están dentro de la misma ciudad en donde se encuentra la delegación, sino en otras poblaciones, mi pregunta es: ¿Cómo le vamos a hacer para trasladarnos hacia ellas?, porque, al menos en mi caso, no contamos con un vehículo para nuestro propio servicio. ¿Nos puedes hacer alguna exposición respecto a los recursos, materiales, humanos o económicos, con los que vamos a contar?, porque, ya nos dijiste que el plazo para dar por terminada la fase de entrega de requerimientos es hasta antes de que se termine este año, pero desconocemos la cantidad de empresas a visitar y como no tenemos antecedentes de este tipo de labores, no podemos hacer ni un estimado acerca del tiempo que pudiera llevarse la tarea, lo mismo que los costos. Yo deseo saber si ustedes ya tienen alguna experiencia al respecto y que nos la pudieran transmitir, porque debo agregar que, también en mi caso, no cuento más que con un auxiliar en mi área. Entonces, tengo dudas respecto a varias cosas.

–Bueno dijo el expositor, pues yo solamente puedo dar respuestas respecto a lo que hay qué hacer, y por lo que toca a los medios, como tú lo planteas, yo no puedo dar respuestas porque no depende de mí el resolver esas dificultades. Eso ya es cosa de que se autoricen nuevas contrataciones de personal; de que en el nuevo presupuesto para el año que viene, se prevea la adquisición de vehículos nuevos para dotar a estas áreas de un vehículo propio; de que se presupuesten partidas para viáticos; y en fin, de todo eso, que yo creo, que ya será la jefa quien lo pueda responder.

El abogado intervino: –Como también habría que tomar en cuenta, que para asuntos de esta naturaleza es necesaria cierta capacitación, y muy especial, yo preguntaría además, ¿se va a impartir capacitación? No sólo se necesita para efectos de las notificaciones, sino que también, para efecto de atender a los requeridos.

–Se supone, dijo el expositor, que quienes trabajamos para el instituto lo conocemos y, específicamente, en estas labores de verificación, ya sabemos lo que es susceptible de ser requerido y por lo mismo, lo que debemos recibir en respuesta. Si acaso fueran necesarias ciertas especificaciones, o precisiones, ya se les harán llegar a sus delegaciones en los instructivos correspondientes.

Era evidente, a todas luces, que aquel expositor no tenía ni la más peregrina idea de la clase de personal al que se estaba dirigiendo, de su capacidad técnica, de su deficiencia en materia fiscal, de la forma en la que fueron armados los equipos

para esos efectos en las delegaciones, de las carencias materiales, humanas, económicas, etc. Lo peor de todo era que el tiempo ya estaba agotado porque al día siguiente se terminaba la reunión, y aún quedaban muchas preguntas sin respuestas, lo mismo que muchas cuestiones por plantearse. Con toda seguridad, la jefa, se presentaría al día siguiente, pero sólo para dar por terminado el evento, sacarse la foto para la revista *Informavit* (revista informativa interna del Infonavit, de publicación mensual), rendir un informe a sus superiores con un encabezado de 'excelentes resultados y nutridas participaciones…', y, los jerarcas que ya no se presentaron de nuevo, dándose el abrazo. Cuando la jefa se presentó, y si acaso hubo tiempo para que se le preguntaran asuntos que no fueron lo suficientemente o competentemente ventilados, las respuestas fueron muy simpáticas: –Nuestro deber es sacar los asuntos adelante, con los elementos que tenemos, para eso somos profesionistas. No vamos a dejar en tela de duda el gran liderazgo de nuestro señor director. Tenemos que actuar con responsabilidad. Éstas son órdenes de nuestros órganos colegiados, bla, bla, bla –por último, la más socorrida de todas las respuestas–. Ni modo compañero, nos tocó bailar con la más fea. Naturalmente que esta célebre frase no quedó escrita en los informes ni en la revista.

La noche anterior al cierre del evento *Tito* buscó a aquel abogado que puso en jaque varias veces al expositor, para platicar más de cerca con él. Aunque de vista ya se conocían, por supuesto, ahora ya se requerirían las debidas presentaciones y, entre otras cosas, se daría la aclaración de las delegaciones a las que pertenecían. Luego de buscarlo, *Tito* lo encontró leyendo el periódico en el *lobby* del hotel en que estaban hospedados. Se disculpó por interrumpirlo y de inmediato abordó el tema:

–Oye, licenciado, he seguido con atención tus intervenciones, y a pesar de que, como tú lo dijiste, tienes pocos meses de haberte incorporado, no cabe duda de que tienes un panorama muy amplio del instituto. Al menos estás mejor que muchos de los que ya tienen tiempo dentro.

–Tanto así no, pero, por lo que al tema se refiere, el colmo sería que no lo conociera y éste, es lo mismo en todas partes. Yo manejé estos asuntos mucho tiempo, dentro de la Iniciativa Privada, trabajando para un corporativo de 11 empresas, y los asuntos fiscales, los requerimientos, las auditorías por parte de Hacienda o del IMSS, etc., las tuve que enfrentar, no precisamente en cuanto a su desarrollo y contenido porque ésa era labor de los contadores, sino más bien ya entrados en pleito. Tú sabes, las empresas no tan fácilmente entregan las

teleras, máxime si se encuentran dentro de la ley, y más aún si son de participación extranjera, esa gente es muy quisquillosa.

–Me interesó lo que dijiste acerca de que estas aquí por 'alguien'. No te pregunto quién es, pero es interesante, porque la verdad es que este instituto está plagado de inconsistencias. Personal insuficiente en algunas áreas, personal incompetente en donde debiera ser lo contrario, personal abundante en donde ya no se requiere y, en fin, un desmadre. ¡Ah!, y muchos orejones. Eso sí, ni hablar. Tal vez en este momento yo estuviera frente a alguien que se preste a esas chingaderas, pero no te ofendas, que sólo es un decir. Y también hay muchos jarritos de Tlaquepaque, esos que apenitas les da el sol y se 'sienten de abajo'. O sea que se les agujera el culo porque alguien los exhibe y en ese caso, qué bueno que estás protegido por alguien, porque con seguridad te van a etiquetar por tus participaciones, te lo aclaro.

–¡No la chingues!, porque eso de que estoy protegido es puro pedo, te lo confieso. Mira, yo ya me conozco y cada vez que participo en eventos como este, que han sido muchos por cierto, siempre me sucede lo mismo, soy muy preguntón y no tan fácilmente me convencen de algo, y eso me acarrea problemas. Es bien sabido que cuando uno participa mucho o interviene mucho, los instructores o los que imparten cursos, acaban por sentirse incómodos. Si en la IP, sucede eso, me imagino lo que puede suceder en el sector público, es por eso, que ese alguien me recomendó que cuando yo participara en una de estas reuniones del Infonavit dijera que estoy protegido, o que diera esa apariencia para evitar que me etiquetaran, como lo dices tú. Esa persona en realidad es importante en el Infonavit, y toda su vida ha lidiado con burócratas, tiene muchas tablas en este sector y mucho colmillo, pero no es mi protector. Fue mi palanca, para que yo ingresara al instituto, eso sí, y es cierto que me prometió echarme la mano para ser capacitador, pero eso de protector, es de mi cosecha.

–¡Qué lástima!, yo ya no puedo echar una mentira de ésas, ya me conocen en el Infonavit. Pero no es mala táctica, así no te ponen en la mira tan fácilmente. Y en caso de que te aceptaran como instructor, ¿estarías dispuesto a venirte a vivir al DF?

–¿Y, por qué al DF?

–Pues, ¿de qué otro modo lo harías?, el departamento Administrativo está en oficinas centrales y la oficina o unidad de capacitación depende de ese departamento y también está en oficinas centrales.

–¿Y qué?, ¿acaso no se puede desde la delegación, ser capacitador?

–¡Uy manito!, lo quieres…. peladito y en la boca. Eso ni pensarlo. A lo mucho te darán chanza de que de vez en cuando impartas algún curso por ahí, pero no podrías ser permanentemente un capacitador en este tema, porque se supone que no se tendría esa necesidad todo el tiempo. O tal vez mientras esta nueva actividad se afianza, pudieras servir de capacitador durante un tiempo, porque eso sí, aquí entre nos, hay mucha incompetencia en la materia entre el personal adscrito a estas áreas. Ya habrás notado que como casi todo el personal era de la desaparecida Área de Orientación Social, ahora, de este nuevo rollo, no conocen ni madre y, dicho sea de paso, esa área no era otra cosa más que el brazo del PRI en la delegación, era la conexión política para el control y adquisición de votos, lo que ahora hacen en el Área de Promoción Social. ¿Y luego?, el resto del tiempo te tendrías que dedicar a ser operador de los programas enviados desde el centro, o venirte a oficinas centrales a las áreas normativas, porque en una delegación sólo serás un operador de los mandatos del centro, es más, estarás condenado a la frustración, porque en delegaciones 'nadie' debe pensar, 'nadie' debe sugerir, 'nadie sabe más' que los jefes. ¿No has notado acaso la actitud de los jerarcas y de los expositores?, ¡no les ganas una! ¡Ni siquiera planearon la creación de estas nuevas áreas!, es más, yo lo sé por experiencia, jamás se ha creado alguna unidad de trabajo, o departamento, o área, o lo que sea, bajo una previa planeación que indique el perfil del personal a contratarse, la cantidad del mismo, su calidad profesional, nada, simplemente se va traspasando gente de un área a otra y se van cubriendo las plazas de confianza con amigos de los amigos, y las plazas sindicalizadas se van cubriendo con los elementos que el sindicato tiene anotados en la lista de espera de la bolsa de trabajo.

–Bueno, ése no es mi caso. Yo llegué aquí porque ésta es mi especialidad, y me parece muy exagerado eso de que nadie puede sugerir por lo menos algo. Me decepciona, porque no quito la mira de que quiero ser capacitador y si no, pues creo que puedo sugerir cosas, y muchas, por lo que veo.

–Una golondrina no hace verano. Hay excepciones y muy respetables, como es tu caso, pero la generalidad es como te la digo. Basta ver lo que sucede ahora entre nuestro personal. Es más, tú mismo preguntaste al expositor, si acaso se iba a impartir capacitación al mismo, o…, ¿por qué lo preguntaste?, ¿sólo por lucirte? Y por lo que he dicho, acerca de que no puedes sugerir nada, es que sí puedes, sobre todo si estás capacitado para ello, lo que pasa es que… ¡no debes hacerlo!, porque se acalambran y creen que les quieres quitar la chamba. Mira, hace algunos

días, el jefe de Enlace, me habló a la delegación y me dijo que no anduviera enviando sugerencias, porque le he enviado algunas. No te miento. ¡Ah!, y fue porque según él, así lo ordenó la jefa. Cuando estuve en oficinas centrales en auditoría, pregúntame ¿cuántas de mis sugerencias tuvieron acomodo?, ¡ninguna! Ahora, estando en una delegación, pues peor el asunto, nadie es mejor que ellos. Cómo va a ser posible que siendo ellos los normativos, un simple operador, en una delegación ¿va a enseñarles algo?, o que alguna de sus normas dictadas, ¿va a estar equivocada?, ¡jamás!

–Mira contador, yo pregunté lo de la capacitación, en principio, porque me interesaba saber lo que fuera acerca del asunto, y también porque, desde luego, veo que en mi delegación de esta materia no se sabe nada, y ahora, aquí, en donde nos encontramos, los jefes de esas áreas, veo que muchos tampoco tienen idea sobre cuestiones de carácter fiscal. Y qué bueno que me dices lo de que se acalambran ante alguna sugerencia y todas esas cosas, porque no sé si tú lo hayas experimentado, pero en la IP, si no sugieres, si no opinas, si no participas, si no eres inquieto, en fin, si eres pasivo, te corren. De modo que como vengo con esas costumbres y me parece lo correcto, además no creo que me vaya a acomodar ser pasivo, pues buscaré el modo de hacerlo para no herir susceptibilidades.

–Bueno, pues aquí tienes a la vista un ejemplo de lo que estoy diciendo, y qué bueno que te sirva lo que te estoy advirtiendo. Ya me dirás después cómo te ha ido, ¿*ok*?

–Pues ¿cuánto tiempo llevas en el instituto?

–Ya más de diez años, ocho en Auditoria Interna y dos en la Contraloría Interna, todos en oficinas centrales, y uno en la delegación. No tienes ni idea de la cantidad de cosas inconclusas que he visto. ¡Todo al chingazo! Si te contara el asunto relativo a unos famosos 'Profesiogramas', te cagarías de la risa. El ejemplo máximo de una crónica acerca de lo que significa el 'perder el tiempo'.

–¿Profesiogramas dijiste?, y, eso, ¿con qué se come?

–Es algo con lo que Renato Leduk hubiera escrito otro soneto; para loar al tesón y a la alegría con la que se mandaron a la chingada tiempo, recursos, neuronas y vergüenza, para que después de diez años aún no se sepa lo que eso significa y que, para colmo, no dudaría de que aún estuviera en proceso aquel programa.

Tito le comentó algo acerca de su paso por el sindicato también, y de sus experiencias como empleado de confianza, pero como ya había despertado la curiosidad del abogado, éste lo convenció para que le aclarara aquel irónico juego de palabras; *Tito* como autor del laberinto luego de ingeniárselas para hacer un resumen entendible, dio desde luego cumplimiento. El abogado terminó en carcajadas, y no era para menos, ya que, desde aquellas visitas hechas por *Tito* a una buena cantidad de departamentos, oficinas y áreas de trabajo, para la elaboración de aquellos mentados e inconclusos profesiogramas, pudo evidenciarse que mucho era producto de la improvisación.

–A propósito de capacitación, no sé cómo la veas tú, contador, pero al menos a mí me da la impresión de que aquí entre los compañeros hay a quienes les vale madre saber o no saber, capacitarse o no capacitarse. No participan en nada, no preguntan nada, sólo están a la expectativa. Porque, sea como sea, estos eventos son para capacitarse y dan la impresión de que todo lo saben, o no quieren exhibirse, ¿qué opinas?

–Pienso lo mismo, que sólo son aves de paso. Esa gente por lo general es la que llega recomendada. Llegan a ocupar puestos y se van simplemente. Son aquellos que jamás hacen carrera en un sólo lugar. Andan de chamba en chamba, y hasta eso, tienen suerte, siempre logran colocarse bien, nunca les falta quién los cobije, por eso les vale madre. Hay otros que no están en iguales condiciones y necesitan la chamba tanto como nosotros, pero una forma de conservarla es, precisamente, la de no ponerse en la mira, no sacar la cabeza porque se las cortan, no dar lata al centro, estar siempre dispuestos a toda tolerancia para identificarse como incondicionales, son los futuros lamehuevos, son candidatos a jilguerillos, o a orejas. Estos sí se van a capacitar, pero mientras eso llega, cometen muchas pendejadas, y tampoco evitan que el centro las cometa porque no contravienen ni advierten de nada y, a la menor oportunidad, algunos se corrompen con mucha facilidad precisamente porque no suelen estar en la mira y siempre dan la imagen de confiables.

–¡Carajos!, mira que como abogado me han enseñado a desconfiar de todo, pero no se me hubiera ocurrido tanto. Tú más bien actúas como abogado y no como contador.
–Si tú lo dices. Más bien creo que cuando andas en la rama de la auditoría, también te enseñas a desconfiar de todo y, más aún, a conectar hechos, circunstancias, causas y efectos, en fin, se te desarrolla un sentido del alcance que un determinado hecho, acto u omisión, puede llegar a tener, y aquí en este

instituto, he visto ya tantas cosas, y se seguirán viendo porque ha llegado el momento en que ya el personal suele decir, con la mano en la cintura y con todo cinismo, 'No pasa nada…' Para todo se dice: 'Ahí viene el lobo….' Y el pinche lobo jamás se asoma. Todo es muy blandengue y muy laxo.

–Bueno, en poco tiempo ya he visto algo de eso. No muy lejos, aquí entre los encargados de este programa, no veo a ningún especialista en la materia.

–¿Ya lo ves?, ¡te digo!, y lo que sabrás. Te falta mucho.

–Mañana nos van a decir, ¡al fin! qué ejercicios fiscales vamos a revisar. Yo creo, que como nunca se ha revisado nada, por lo menos nos van a encargar la revisión de los últimos cinco años, por aquello de las prescripciones.

–A ver con qué sorpresa nos topamos, dijo *Tito*.

–¿Tú crees que haya sorpresas?, ¿como cuáles?, ¿no será que le ves muchos defectos a todo esto?

–Tienes razón en pensar así. Yo mismo me he cuestionado eso. Yo sé que también hay mucho de bueno, pero de lo bueno, los jerarcas se encargan de cacarearlo. A nosotros nos toca cargar con lo malo porque somos los operadores de sus ocurrencias o proyectos, a ellos no les pasa nada si los programas fallan, les premian los aciertos, a los que operamos todo, sólo se nos dice que es nuestro deber. No sé si te acuerdas de uno de los discursos que se pronunciaron, con todas esas frases hechas… 'Es nuestro deber, gua, gua, gua…'; 'no vamos a dejar en tela de duda a nuestro director, bla, bla, bla'; 'ni a nuestros órganos colegiados…, ¿te acuerdas? Bueno, pues ahí tienes lo que digo. Yo nunca he visto que castiguen, en alguna forma, a alguien que haya fallado en el intento de algo. Si se invirtieron muchos recursos o pocos no importa, por lo general cada generación de nuevos jerarcas viene a experimentar algo, echa por tierra lo que los anteriores hicieron porque sólo lo de ellos va a ser bueno, los anteriores no sirvieron para nada; cada cual asegurará que va a corregir lo malo y a implantar lo bueno, lo mejor, etc.; ya he escuchado mucho y, no pasa nada, todo queda en programas inconclusos, cada generación modifica todo y acaba por diluirlo. Los jefes se van y la frustración queda sembrada en la base.

–¿La base?; –Sí, en la base, o sea entre el personal sindicalizado, a quien le va quedando claro que su misión es cumplir con las órdenes superiores guardándose

para siempre sus ganas de participar en algún plan, él no debe pensar; luego, checar su tarjeta a tiempo y, finalmente, como todo buen empleado, esperará su jubilación. A medida que va pasando el tiempo y la jubilación se acerca, como cualquier otro empleado sindicalizado, empezará a vivir aterrorizado por aquello de que lo vayan a sacar antes de la jugada y eso lo obligará cada vez más y más, a someterse. Esto es natural, porque ya con los años encima, pues, en otra parte ¿quién le dará trabajo?

–¡Y peor aún, si se ha empolvado!, que es lo más probable. Oye contador, ésos sí que son alcances.

–Lo sé, porque lo he vivido. A mi papá le sucedió lo mismo, lo que aprendió en el ferrocarril no era aplicable fuera de esa empresa. Lo bueno en él era que le gustaba el comercio y se dedicó a él ya después de jubilado, que si no, no la hubiera hecho con tantos hijos.

–Pero, en dónde está instalado, digámoslo así, ¿en dónde está lo malo?

–Bueno, vamos a distinguir tres partes en el instituto… Una es la institución misma, otra es su personal, de base y de confianza, y otra sus dirigentes. Podríamos pensar en otras partes más o en otra forma de seccionarlo, pero para explicarme me parece buena esta forma. A la institución, en sí misma, mis respetos, que nada tiene de mala, nada. En su personal, en la base sólo hay soldaditos que cumplen órdenes, así los utilicen para mal, sólo son eso, soldados en un ejército, y ya nos vamos acercando a la parte crítica, o sea al elemento humano denominado como de confianza. Ya en este sector tenemos que distinguir entre mandos medios, jefes y dirigentes. Entre los mandos medios se oculta mucha gente incompetente. Algunos de ellos, ya los has podido identificar, no me dirás lo contrario, o acaso, como ejemplo inmediato, ¿no puedes evaluar a la jefa?, y ¿qué me dices de sus operadores? No me digas nada ahora, sólo te invito a que los evalúes. Ahora, por la parte de los jefes, los que están por encima de los mandos medios, ésos son los que cada vez que llegan por vez primera a los puestos, como chambistas, como arribistas producto del amiguismo, todo lo cambian, sistemas, mandos medios, formas de operar, etc., y vuelta a comenzar, son los que están constantemente reinventando al Infonavit y no lo dejan madurar, máxime si están de moda cierto tipo de profesionistas o egresados de alguna institución educativa, o si los que se apoderan son puramente políticos, o tecnócratas, o ¡qué sé yo!, cuando llega esta ola de gente extraña, los anteriores mandos se ponen a temblar y muchas veces, a boicotear. Por último, están los dirigentes. Esas cúpulas que

son las que se reparten el pastel, que viendo cómo, en un momento dado, abunda la corrupción, la cartera vencida no se cobra, la evasión fiscal está a la orden del día, que los promotores de vivienda no tienen la misma oportunidad salvo los que están bien colocados en el centro, que dependiendo del sector que mejor posicionado esté en el poder ése será el que mayores beneficios habrá de tener, que a sabiendas de que alguna ley o reglamento ya es inoperante, no lo modifican, que se dedican a inventar 'programas', para darle chamba a los cuates, Bueno, pues ¿por dónde empezamos?, ahí está instalada la parte mala. La que no actúa por más que a la vista estén los problemas o la corrupción. A las aves de paso todo les vale gorro.

Después de hacerse un silencio ambos coincidieron en que ya era hora de irse a dormir. Se dieron las buenas noches y se retiraron a sus respectivas habitaciones. Por su parte, el abogado, al entrar en su habitación, encontró que su compañero de cuarto aún estaba despierto, y entablaron entre sí un diálogo:

–Creí que te habías ido con los compas de en la tarde, los del comedor, que querían irse por ahí, a dar el rol.

–No. Yo entendí que lo quieren hacer el día del cierre del curso y por eso quieren salir temprano, o algo así, dijo el abogado.

–Pues me dije: éste va a llegar como placa de trailer, hasta atrás, pero si bien servido…

–Me quedé platicando en el *lobby* con el de Saltillo, ¿lo recuerdas?, ahí estaba junto a nosotros a la hora de la comida. La verdad es que está grueso. Conoce bastante del Infonavit, pero de tanto que lo conoce como que ya no le encuentra mucho interés, o algo así. Si yo, como me dijeron en el comedor, he puesto en jaque a los expositores, con lo poco que sé del instituto, ya me imagino si ese cuate se atreviera a participar. Ya ves que no ha tenido participaciones. Porque yo no lo he escuchado, o ¿tú sí?

–No, yo tampoco. Como que es muy introvertido.

–¿Introvertido?, yo creo que para nada. Lo hubieras oído. Sacaba cada rollo, que no veas. Y nada que estuviera fuera de lugar. Cierto que con exageración, pero, más bien, corrijo, en lugar de exageración era 'alcance'. Porque a una cosa le venía otra, y ésa la conectaba con otra, y así. Por eso te digo que si se

atreviera a participar, no quiero ver en la que pondría a los expositores. A mí me gustaría que le entrara, porque ahora veo que si no soy el único, sí soy uno de los pocos en intervenir por lo que ya me siento incómodo. Como dice él, que espera que no me fichen o que no me etiqueten.

–Bueno, pues eres de los pocos que saben de este nuevo rollo. ¿Nosotros?, quiero decir, la gran mayoría de nosotros, porque casi todos provenimos del área de Orientación Social, nada sabemos de eso, ¿en qué chingados participamos? ¡Si los que están ahí, no son tan fieras!, pues ¿nosotros? Tú ya te habrás dado cuenta, ¿o no? Oye, ¿ya tiene mucho en el Infonavit este amigo, o es nuevo?

–Me dijo que ya tenía más de 10 años en el instituto. Que ha estado aquí en oficinas centrales y luego en la delegación. Que también fue sindicalizado que formó parte del CEN del mismo, y además, que tuvo formación en la IP, y no lo dudo, por su forma de pensar.

–¡Ya caigo!, con razón se me hacía conocido. Sí, así es. Él fue a mi delegación en alguna ocasión, creo que era de Auditoría Interna.

–Entonces, ¿tú también eres veterano?

–¡Oh, sí!, yo vengo siendo casi fundador del instituto porque soy de los primeros que fueron contratados para abrir la delegación, que es de las primeras. Siempre tuve a mi cargo el Área de Orientación y Promoción Social, que después las dividieron, una de Orientación, que fue con la que me quedé yo, y la otra de Promoción Social, que es la que aún existe, porque ya la mía la desaparecieron y ahora pertenecemos a este programa de Cobranzas.

–Oye, y dime francamente, ¿cómo te sientes ahora en esta nueva área?, porque fue de algo de lo que hablamos. Como que los requisitos que se van a necesitar, en esta área fiscal, son algo que va a obligar a capacitarse. Y por lo que hablamos, en aquella Área de Orientación Social, como que para nada se requería de esta materia ni de ninguna otra, con el debido respeto. Según este cuate, esas áreas eran el brazo político de las delegaciones, porque desde ahí se conectaba todo lo político por aquello de la consecución de votos.

–Pues te diré que no le falta razón, en mucho, ésa era mi chamba. Luego con el cambio, en un principio, no me inquietó porque la chamba que nos dieron era la

de entregar Talonarios de Pago y luego seguir en contacto con la gente, y ahora era hasta mejor, porque ya se trataba de un amortiguador entre el instituto como cobrador y el deudor, y así, se le podía controlar mejor. Luego, atender a los interesados en pagar o en aclarar algo, o para obtener algún convenio, y como tú sabes, para nada se necesitaba eso de lo de fiscal, más bien, seguía siendo un trato con la gente, y especialmente con los acreditados ya en problemas. Pero, ya con este cambio, que ahora tenemos que enfrentarnos con fiscalistas de empresas, y si para colmo entramos en broncas ya de carácter jurídico, como eso que aclaraste tú, eso de lo… ¿contes…qué?, ya ni me acuerdo de esa palabra que usaste.

–Contencioso. Pleito legal contra empresas.

–Eso. Lo contencioso. La verdad, no tengo ni la más pinche idea de lo que es eso ni de lo que va a suceder. Lo mío es el rollo, la grilla, la organización de eventos para adornar las visitas del director, o para engordarle el caldo a los candidatos que el instituto quiere apoyar, aquí entre nos, te lo confieso. Yo creo que por ahí, de vez en cuando, te voy a hablar por teléfono para que me eches la mano. Pero ahí le seguimos mañana, buenas noches.
–Buenas…

Al día siguiente, que era el último de los programados para aquella reunión, los expositores trataron ya, directamente, sobre lo que a cada delegación le correspondería hacer, es decir, que a cada jefe de área ya les fueron entregados los cuadernillos en los que aparecían, tanto de manera resumida, como en forma detallada, las cantidades de requerimientos que habrían de serles notificados a empresas con supuestas omisiones de diversa índole. Entre estos documentos estaban los listados de aquellas empresas a las que se les iba a notificar algún requerimiento de orden fiscal. Los sobres y lo que habría de introducirse en ellos iba por separado, empaquetado en cajas de cartón y su transportación sería por un medio contratado por oficinas centrales, de modo que nadie tenía ni la menor idea del trabajo que iba a significar hacer las separaciones de documentos, para luego hacer los juegos de papeles y ensobrarlos para, finalmente, entregar esos sobres a la empresa requerida, junto con el documento oficial llamado 'Requerimiento'. Por esta razón nadie vio, físicamente, aquellos paquetes, su volumen, etc., y sólo se utilizaron algunos ejemplares de esos documentos para efectos de explicaciones. Durante el desarrollo de esa última exposición solamente se explicó el contenido o datos de la documentación, lo que significaban esos datos, entre otros detalles. Asimismo, se procedía a dar una rápida exposición

del contenido de un manual, mismo que habría de ser observado al pie de la letra, para efectos de que aquel programa pudiera llegar a feliz término. Cuando el expositor en turno preguntó al auditorio si acaso había alguna duda, después de unos instantes de expectación, fue *Tito* quien ahora planteó algunas dudas. Era lógica la expectación lo mismo que la reacción de los presentes, porque había gente que no tenía ni la más peregrina idea de lo que estaba sucediendo y menos de lo que estaba por sucederles en sus respectivas delegaciones; aparte había quienes, como en el caso de *Tito*, que sí tenían nociones y hasta sólidos conocimientos del tema que ahí se estaba tratando, o sea el fiscal, pero que no obstante, no participaban por ser así su estilo, digámoslo de algún modo amable. También, había aquellos que ya lo que querían era regresar a sus lugares de origen , o bien ya querían tiempo libre para otros asuntos. Por todo, no faltaron los rumores: 'Ahora éste'. 'Ya no le muevas…' ¿Ahora qué? etc. Aunque hipócritamente, porque bien sabían que gracias a los planteamientos de quienes se atrevían a intervenir, como el caso del abogado, muchos de los ahí presentes pudieron aprender o enterarse de algo, que de otro modo les hubiera pasado inadvertido dado su grado de preparación, tan lejana, digamos, al tema. En estas nuevas áreas, muchos aprendieron sobre la marcha, porque su preparación técnica, previa, no existía.

–Ustedes habrán de perdonar, pero yo veo en todo esto, de entrada, un gravísimo error, o ustedes me habrán de corregir, señaló *Tito*.

–¿Error?, y, ¿cuál?, ¿estás seguro?

En el tono del cuestionado, se advirtió de inmediato que algo le sonaba insolente, ¡cómo!, no era posible que el centro tuviera ¡un error! Aquello sonaba como un desafió a los jefes. Al grado que el auditorio, auténticamente se sacudió, despertó de un aburrimiento en que ya había caído. Pero en eso, también se escuchó la voz de otro participante, la del abogado, quien, levantando la mano, pidió permiso para intervenir.

–Efectivamente, hay un error, ¿a ver si estamos observando lo mismo?

Cuando expresó esa última, especie de pregunta, lo hizo dirigiendo la mirada hacia *Tito*.

–Adelante, ¿qué observas?; –Que vamos a requerirles a las empresas ejercicios ya prescritos, ¿estamos en lo mismo?; –Exactamente, ¿error?, ¿descuido?, ¿intencionalidad?, o ¿qué?

La gran mayoría de los participantes delegacionales, simplemente estaban a la expectativa, como preguntándose a sí mismos: "¿De qué rayos estarán hablando este par?" Lo que estaba sucediendo era que, estando en el año fiscal 1985, se había preparado para revisión un paquete de 10 ejercicios entre los cuales había cinco, ya prescritos. El paquete incluía los años de 1972 a 1982, y, estando en 1985, saltaba a la luz que los años 1972 al 1976, ya no podían ser motivo de revisión fiscal, porque ya habían transcurrido más de cinco años y la acción de la autoridad fiscal, como lo establece la ley, no puede extenderse más allá de cinco años.

–Así es, abogado. Yo estoy confundido y sólo que el expositor nos tenga alguna aclaración, veo que ya tenemos ejercicios fuera de nuestro alcance. Por lo tanto, no creo sano, para el mismo Infonavit, entregar esos requerimientos, porque ni nos van a hacer caso y, en cambio, sí nos van a tachar de ilegales o lo peor, de ignorantes.

–Bueno, yo les pido por favor que esperemos a que lleguen los responsables del programa para que nos den la explicación correspondiente; de paso yo estoy de acuerdo con ustedes, pero los motivos que hayan tenido para hacer las cosas de este modo los ignoro, señaló el expositor.

No era de creerse que en el ánimo de los participantes existiera un interés por salir de aquellas dudas, por algo tan extraño a sus oídos y lejano a sus conocimientos, pero también la frustración, por saber que, con toda seguridad, aquello apuntaba para que hubiera necesidad de alargar las cosas. Por otra parte, era inconcebible que el expositor no tuviera una respuesta a algo tan evidente, sobre todo si él mismo había expresado su acuerdo con lo observado, cómo era posible que no se hubiera examinado el hecho antes de que se iniciara el programa. Luego todo apuntaba hacia una extraña 'intencionalidad', hacia alguna finalidad, pero ¿cuál pudiera ser ésa que no importaba llevar a toda una institución hacia un foro de exhibicionismo tan delicado? Como la hora de cerrar el curso estaba por llegar, no tardó mucho en hacer su arribo aquel grupo de funcionarios, que sólo al inicio de estos eventos aparecen. De los altos jerarcas es explicable, pero, de los directamente implicados en los asuntos que se están tratando no es aceptable, toda vez que, como en esos momentos, surgen dudas, y las mismas o se quedan sin respuesta, o si acaso son abordadas, muchas de las veces quedan aclaradas, pero a medias, que es lo mismo. Tal fue el caso. El expositor pidió la intervención de la jefa del programa de Cobranzas, para que aclarara aquel misterio, ya que

en realidad existían ejercicios fiscales ya prescritos. La jefa no se anduvo por las ramas y simplemente contestó, directo y sin ambages:

–Sabíamos que se nos iba a cuestionar por eso y la respuesta es muy simple. Se trata de extender nuestra revisión hasta aquellos años en los cuales, por razones que a nosotros no nos toca juzgar, el instituto no ejerció sus facultades como autoridad fiscal. Efectivamente, estamos fuera de tiempo para solicitar aclaraciones o pagos en su caso, por aquellos ejercicios ya prescritos, pero tampoco a nosotros nos toca defender a los empresarios. Si ellos deciden interponer medios de defensa, pues adelante, pero a los que no se defiendan, pues simplemente les cobraremos o les aceptaremos lo que comprueben que no deben, así de simple.

Aquella respuesta, a juicio de los que ignoraban los detalles legales, resultaba muy valiente. Resultaba algo que bien podría pensarse en que, 'para eso soy la autoridad', y para quienes no tenían ni idea de las bases legales aplicables, les estaba sonando como, 'ya tengo la respuesta a quien se me ponga al brinco'. Se sintieron envalentonados, porque ya tenían un puesto público representando a una autoridad y sólo les faltaban argumentos para justificar sus acciones y su derecho a cobrar la quincena.

–Licenciada –adujo el abogado–, debemos tener en cuenta que la autoridad sólo tiene facultades para actuar dentro de lo que la Constitución le tiene estrictamente permitido, muy a diferencia del particular, quien sí puede actuar en aquello que no le está prohibido.

Uno de los tantos participantes preguntó: –¿Nos puedes explicar ese juego de palabras por favor?

–Sí, mira, nosotros los particulares con frecuencia decimos: que lo que no está prohibido, está permitido. Ésa es la regla. Por lo mismo, actuamos sin preguntar si tenemos o no derecho a hacer ciertas cosas. Al igual, la misma ley nos dice que la ignorancia de las leyes no excusa a nadie de su cumplimiento. Por lo tanto, lo que hagamos y que no esté prohibido, no nos debe ser sancionado; y si está prohibido, pero lo ignoramos, entonces tampoco tenemos la razón y vamos a ser sancionados. Si algo no está contenido en una ley, entonces el particular puede hacer o dejar de hacer algo, sin que para ello tenga sanción alguna. En cambio la autoridad, siempre deberá tener indicado, expresamente, lo que puede y debe hacer. Deberá actuar con justo conocimiento de lo que puede hacer, porque así le está permitido por la Constitución e indicado concretamente por alguna ley en

particular. Por lo tanto, el Infonavit, siendo una autoridad fiscal sabe perfectamente, y así deben saberlo sus representantes, hasta dónde está facultado para ejercer su autoridad. Actuará solamente estando dentro del plazo de cinco años porque una ley en particular así se lo marca, o sea el Código Fiscal de la Federación, lo demás, no le está permitido. Por lo tanto, es inútil requerir, sin tener derecho a ello, algo que está fuera de esos cinco años. Y digo que sin tener derecho, porque bien sabemos que para que se pueda requerir algo más allá de los cinco años, la prescripción debió haberse interrumpido por algún acto de autoridad, etc., pero eso ya es otro tema. Incluso, al instituto le pudiera resultar hasta riesgoso ejercer actos para los que no está facultado.

–Pues su exposición, compañero, es muy elocuente, pero yo le preguntaría, ¿de qué lado está usted?, no le parece, acaso, que esa defensa le corresponde al afectado y no a nosotros, expuso la jefa.

–Lo que yo estoy argumentando no es una defensa. Es algo que está marcado para todos en nuestra Carta Magna. O sea que debo, y puedo, interpretar que aquí, aunque sepamos que estamos extralimitándonos en nuestras facultades, así debemos actuar y cumplir simplemente por tratarse de… ¿una orden? Entonces nuestra profesión y nuestra ética, ¿dónde quedarían?, debemos hacer todo a un lado, ¡aún a sabiendas!, de que estamos infringiendo las leyes, ¿eso es lo que debemos entender, porque ése es el mensaje?

–Yo quisiera entender bien lo que aquí he escuchado. ¿Es, en realidad, una orden?, Porque se debe tener en cuenta que somos nosotros los que al final de cuentas vamos a dar la cara, y yo, siendo contador público, pecaría ante el público de supina ignorancia, y ¿sólo por defender a alguien?, la verdad es que se me pediría algo muy difícil de cumplir, dijo *Tito*.

–Pues el que no pueda, pues que renuncie. Las órdenes se dan para ser cumplidas no para ser discutidas. Se los recuerdo para evitar discusiones. Nuestros órganos colegiados nos han dado una orden y ésa, será cumplida ¿cuántas veces no hemos recibido la orden o el requerimiento de pagar algo que ya habíamos pagado?, la luz, el teléfono, los impuestos, etc., ¿y qué pasa?, nada, simplemente vamos y entregamos una copia fotostática del pago y asunto arreglado.

Otro participante interviene: –Sí, es cierto, pero si por desgracia el requerido no encuentra el comprobante de que ya no debe nada, entonces ya por ese simple

hecho, se justifica, o nace ¡espontáneamente! la razón, para que el que cobra lo indebido, ¿lo cobre?

–Y no cree usted, compañero, que resulta mucha casualidad que, precisamente de lo requerido, sea exactamente el documento-comprobante, ¿el que se tenga extraviado? Siendo así, pues bastaría con contestar siempre a la autoridad que el comprobante respectivo, lo tenemos extraviado y ya, enfatiza el expositor.

–Creo que estamos entrando a un campo de puras especulaciones –señala el abogado–. Aquí lo cierto es que estamos actuando fuera de lo que la ley nos faculta. Sólo en el caso de que tengamos la razón en solicitar algo, supuestamente ya prescrito, tendríamos que comprobarle lo contrario al contribuyente, que el asunto no ha prescrito, porque la carga de la prueba le corresponde a la autoridad, en cuyo caso el requerimiento debería indicar ese hecho, es decir, que de acuerdo a la ley le asiste al instituto la razón para requerir algo, o sea, fundar y motivar su acto. Ante esto, yo pregunto a usted (dirigiéndose a la jefa), ¿fundan y motivan el acto, en todos y cada uno de los casos? y, sobre todo, me refiero a aquellos ejercicios que ya tienen más de cinco años, porque siendo así, pues no hay nada que discutir, pero si por el contrario los requerimientos van ciegos, es decir, que vamos a ver quién cae, pues creo que vamos a pagar las consecuencias algún día.

–Yo creo que debemos actuar y no especular. Cuando tengan en sus manos sus casos, ya verán que no implica problema alguno. En todo caso, en oficinas centrales estaremos siempre atentos para apoyarlos en todo, aseguró la jefa.

Tito cuestionó: –Yo tengo otra duda y deseo que se me aclare. Me refiero al… ¿'Cómo', vamos a dar cumplimiento al proceso de la notificación?, puesto que, como sabemos, en las delegaciones no se cuenta con un mensajero siquiera, para que se encargue de notificar los requerimientos, y por nuestra parte, como creo que es el caso de todas las delegaciones, tendremos la necesidad de desplazarnos hacia lugares fuera de donde esta la sede de la delegación, y como no contamos con un vehículo que esté al servicio exclusivo de estas áreas, aunado todo a la falta de personal, etc., entonces la pregunta está en el aire, ¿ya se pensó en todo eso, y más? Como ya se nos recalcó que debemos de dar cumplimiento al programa, eso ya me quedó claro, sólo que, en el 'cómo', está la duda, y ante esto, pues ya dependerá del plazo en el cual habremos de cumplir con esa parte.

–Esa parte queda aclarada en el manual. La forma en la que se va a llevar a cabo la notificación ya está prevista. Ya se ha contratado a una empresa para que lleve

a cabo esa función. Por esa parte, olvídense. Yo creo que las especulaciones, como ya les dije, no tienen lugar, y cuando vean sus respectivos casos, verán que no hay gran problema y que, en caso de presentarse alguno, para eso estaremos muy atentos desde aquí en oficinas centrales. Todo lo resolveremos sobre la marcha, aseguró la jefa.

Luego de aquellas palabras, no faltaron los defensores ciegos, los que siempre se quieren dar a conocer como incondicionales, quienes ayudaron a la jefa para ya no seguir con aquello que, además, era de suma trascendencia, tal y como en un futuro lo habríamos de ver, por sus consecuencias. Por su parte, tanto el abogado como *Tito* y los otros que participaron en aquel absurdo, tuvieron la prudencia de guardar silencio y hacerle creer a la jefa que le asistía toda la razón. Esa primera reunión de jefes de Área de Cobranza, llegó a su fin y cada uno regresó a su lugar de origen. *Tito*, por su parte, esperaba que en el material que habría de recibirse en su delegación, llegara algo más amplio, sobre todo lo relativo a la forma en la que se iba a resolver el asunto de las notificaciones poque, pese a la respuesta que dio la jefa, no se agotaron todas las dudas, sobre todo las relativas a la 'formalidad', o sean las de tipo legal.

Como era fin de semana *Tito* tuvo la idea de buscar a antiguos amigos, sobre todo, a quienes le pudieran informar de aquellos clubes de gente sola, porque, de existir alguno por ahí, sería una buena forma de disfrutar el sábado. Al llegar a su departamento se puso a hacer llamadas, pero resultaron infructuosas; en algunos casos nadie respondió, y en otros la persona buscada ya no vivía ahí, o ya no trabajaba en ese lugar, o simplemente no se encontraba en ese momento, el caso era que no le iba a servir para nada el intentar resolver su fin de semana acudiendo a ese plan. Se olvidó por el momento del asunto y se dispuso a dormir.

Al día siguiente, ya sábado, *Tito* salió a la calle sin plan alguno, y se dispuso simplemente a caminar. En lo único que reparaba era en decidir hacia qué rumbo enfilar, ya que, eso sí iba a ser necesario. Así, pronto llegó a la esquina de las calles de División del Norte y Emiliano Zapata, porque no estaban muy lejos de donde él vivía, y, pensaba. "¿Cómo la ves *mi buen*?, o nos vamos con rumbo al centro, o hacia Coyoacán". <Pues, mi *Tito*, yo creo que a Coyoacán, porque está aquí cerca y además, ya nos alejamos del Eje Central>. "Pos dirás bien *mi buen*, sirve que nos echamos una en la Guadalupana y de ahí a ver qué sale, ya ves que nunca falta con quién agarrar la onda. Es más, vámonos caminando, que al fin es temprano y sirve que nos da sed". Su extraña forma de conversar consigo mismo lo hizo dirigirse con rumbo sur, por División del Norte, y justo cuando

llega a la calle de Xicoténcatl para voltear a su derecha, escuchó que desde un vehículo alguien le llamaba. Se trataba de un amigo llamado Federico, quien no muy lejos de ahí, por la misma Av. Xicoténcatl, tenía una escuela de música, ya que él era pianista y de los buenos; cuando *Tito* lo identificó se acercó al auto para saludarlo y después de cruzar algunas palabras en corto, Federico lo invitó a subir, porque ya el semáforo estaba en verde.

–¿Adónde te diriges?, ¿qué has hecho?, ¿cómo estas? Cuéntame, hace mucho que no nos vemos.

–Pues son muchas preguntas. Lo mismo hago yo contigo. La verdad es que iba sin rumbo fijo y de repente se me ocurrió ir a la Guadalupana, ¿cómo ves, me acompañas?, te invito unas.

Para Federico no era desconocido el lugar puesto que era viejo vecino de Coyoacán y la Guadalupana es algo inherente a sus colonos. Desde siempre había vivido en ese lugar, y en un espacio de su casa instaló una escuela de música, cuya especialidad era el piano porque ése era su oficio. Aparte de su academia, él amenizaba eventos sociales. Después de escuchar la invitación de *Tito*, le respondió:

–Yo creo que por ahora no va a ser posible, porque tengo una tocada en una boda por la tarde y sólo cuento con un par de horas para que me arreglen una falla que trae el carro, y si no lo llevo con el mecánico ahora, ya no lo llevé otra vez, porque así tengo ya como dos semanas ¡carajo!, y ahora, ya es o no es. Disculpa que te haya desviado pero al rato te doy un aventón, ya de regreso a la casa, no creo que se tarde mucho en arreglarlo.

–No te preocupes, 'no hay tos'. Me da lo mismo total no había plan alguno y me da gusto verte. La Guadalupana ahí está y los amigos no siempre.

La plática fue y vino, se actualizaron acerca de lo que ambos habían hecho durante los casi tres años que tenían de no verse, se acordaron de ondas bohemias así como de otros chismes; como el problema que traía el carro realmente no era para poco rato, pasaron más de las dos horas que Federico había dispuesto para arreglarlo, éste se sintió apenado con *Tito* por haberlo desviado de su propósito.

–Mira *Tito*, como ya te eché a perder tu plan, porque bien sabemos que ya después de las dos de la tarde no hay lugar en la piquera, mejor yo te invito a que me acompañes a mi tocada, ¿cómo la ves? Total también hay buenos tragos y hasta puede que agarremos onda después de mi compromiso, porque se va a terminar temprano, ya ves que cuando son en salones rentados, es por tiempo contadito.

–Sí, hombre. No hay pedo. Ya te dije que no tenía plan definido. A mí me da lo mismo. No te preocupes.

A quien se le pregunte acerca de esta clase de acontecimientos casuales, circunstanciales, inesperados, espontáneos, etc., estará de acuerdo en que no son cosas del otro mundo, pero, en el caso del DF, ya no sabemos si llamarles casuales porque se dan con mucha frecuencia; sin embargo no se pierde ese toque de sorpresa, de espontaneidad o de casualidad. Lo que estaba aconteciendo, hizo que *Tito* entrara súbitamente en esas consideraciones: "¿Qué te parece *mi buen*?, ¿tenemos o no razón en lo que pensamos acerca de *Chilangolandia*?" <Sí, mi *Tito*, estoy convencido de que es la *Ciudad de la fantasía*. Al menos nosotros no necesitamos de hacer planes, la ciudad nos lo resuelve>. El mecánico terminó su trabajo y de inmediato regresaron a la casa de Federico, quien después de tomar un baño se puso algo apropiado para amenizar la boda, lo que no obligaba a *Tito*, por lo que contando con el tiempo suficiente, se dirigieron hacia el salón en donde se iba a llevar a cabo la recepción. Todo estuvo en tiempo y Federico se dedicó a lo suyo y a complacer a quien le solicitaba tocara algo al piano, en los intermedios que propiciaba el grupo musical que se encargaba de la parte del baile.

Tito, ni tardo ni perezoso, se dispuso a disfrutar de las bebidas, de la comida y del baile; Federico lo hacía también, excepto el de acelerarle al trago, ya que estaba obligado a cumplir con cierto horario. El tiempo contratado por el papá de la novia con el pianista, llegó a su fin y con él, la paga. Aquel señor lo instó para que se quedara como un invitado más, lo que Federico aceptó.

La onda bohemia es por demás alcahueta. Después del baile que permitió a los amigos conocer a un par de señoras divorciadas, vino la tornaboda. La gente fue invitada a la casa de la novia, para seguir, ahora, con una onda bohemia, que se extendió hasta bien entrada la madrugada, y todos aguantaron hasta entonces, para poder acompañar a los novios al aeropuerto, de donde iban a partir en viaje de bodas hacia Cancún.

Ya con el sol encima y con los estragos de la desvelada y las copas de la noche anterior, encontramos al par de amigos formando un convoy de autos por Av. Churubusco y ya muy cerca del aeropuerto, para la dichosa despedida, cuando de pronto Federico dice a *Tito*:

–Oye, viéndolo bien, ¿a dónde vamos ahora como pendejos?, qué pinche pito tocamos en esta orquesta? Ya sacamos onda para otro día con estas 'Ñoras', ya vamonos a dormir, ¿o no?

–Pues yo solamente te estoy siguiendo la onda, ¿por mí?, a la goma.

En la primera oportunidad Federico dio vuelta en 'U' y se regresó por la misma avenida para ir a dejar a *Tito* a su departamento que estaba en Portales, colonia muy cercana a Coyoacán, para dar por terminada aquella aventura nacida un día antes. Como a las 11:30 de la mañana *Tito* caminaba incierto y sin plan de ningún tipo, por uno de tantos rumbos de aquella *Ciudad de la fantasía*, durmió unas cinco horas y se dispuso para regresarse a Saltillo ese domingo abordando el tren Regiomontano; era tal la desvelada que se cargaba que, tan luego se inició el movimiento, se metió a la cama para seguir durmiendo hasta las cinco de la mañana del día siguiente. A las 6:15 a.m., del lunes, *Tito* estaba descendiendo del tren y a eso de las 9:00 ya estaba en su oficina platicando los pormenores del evento convocado por oficinas centrales, con sus compañeras de área, quienes le planteaban todo tipo de preguntas, mismas que él respondía según datos obtenidos durante la reunión, no faltando las críticas severas, ya que el tema había dado para eso y para más.

Como se les había advertido a los participantes de las delegaciones que habrían de esperar por lo menos una semana para que recibieran en sus localidades los paquetes de papeles de que se había hablado durante el evento, el compás de espera estaba puesto, y *Tito* consideró que había tiempo de sobra para capacitar a sus auxiliares en materia de Notificación Fiscal, porque, por su naturaleza, tal acto debía apegarse a disposiciones legales bien enmarcadas por el Código Fiscal de la Federación, a efecto de no cometer ilícitos, los cuales, en su caso, darían pie a impugnaciones empresariales. Esa razón dio motivo para que durante dos días *Tito* se abocara a platicar con su personal aspectos relativos a la legalidad en esa materia. No obstante, antes de cumplirse el plazo advertido, *Tito*, al igual que todos los jefes delegacionales, recibió de oficinas centrales un oficio en el cual le daban a conocer que los citados paquetes se habían turnado directamente a la empresa Servicio Panamericano de Protección, que era la que había sido

contratada para efectuar las notificaciones, que ésta, a su vez haría entrega de lo que a cada entidad federativa le correspondía, a través de sus sucursales en toda la República.

"¡Caray *mi buen*!, con esta forma de operar del centro, ¿cuántas novedades nos vendrán todavía?" <Pues prepárate mi *Tito*>, se decía a sí mismo, en tanto que comentaba con sus auxiliares:

–Compañeritas, yo ya me había hecho a la idea de que seríamos nosotros los notificadores, y, por eso mismo, tomé muy en serio mi papel de capacitador. Hasta pena me da.

–Pues ni se apure por eso, dijo Mónica, así está mejor. No somos suficientes para dar cumplimiento a sus planes, al menos en los tiempos marcados por ellos, así, de ese modo, pues hasta un favor nos están haciendo, ¿no lo cree?

–Pues por mi parte, que hagan lo que quieran. Nomás que no nos vayan a responsabilizar de lo que otros hagan mal, comentó Rebeca.

–Yo sí creo que vamos a tener problemas, porque esto de las notificaciones fiscales no es cualquier cosa. Las empresas lo primero que hacen para defenderse es buscarle defectos a la notificación, y dudo mucho que estos mensajeros sepan de lo que en el fondo se trata. No creo equivocarme porque, por principio, esa gente no trabaja directamente para el instituto, lo cual nos hace estar actuando fuera de la ley. Ustedes creen, acaso, que esos mensajeros van a pedir a quien los atienda, sobre todo en 'Sociedades', ¡que muestre el 'Poder notarial', que los autoriza para recibir notificaciones!

Aquellas mujeres ya entendían algunas cosas relativas al tema, pero otras no, por lo que les daba motivo para preguntar:

–¿A qué sociedades se refiere?

–A las Sociedades Anónimas. Usted sabe, Rebeca, que hay muchos negocios que son propiedad de personas físicas, pero hay muchos otros que son sociedades, a ésas me refiero. Cuando son personas físicas basta que el notificado se identifique, pero en los otros casos, es necesario que muestren un poder notarial en donde se estipula que la persona que está atendiendo al notificador, es la autorizada para recibir la notificación fiscal, de lo contrario no vale esa notificación, es ilegal

entregársela a alguien que no esté autorizado para eso. La ley indica que el notificador deberá dejar un citatorio al obligado, para que, en el dia hábil siguiente, y a cierta hora precisa, lo espere para efecto de que atienda a la diligencia. Si todavía persiste la ausencia del obligado o del autorizado, entonces la diligencia la atenderá con quien se encuentre en la empresa. En fin, son procedimientos legales marcados por la ley para evitar que la autoridad abuse. Yo tengo mis dudas al respecto, no creo que esos mensajeros sepan de lo que se trata. No sé si se les haya instruido para hacer el levantamiento de las actas de visita del notificador y todos esos rollos.
Mónica observó: –Pues sí que es un lío. Yo no me imaginaba que fuera tan complicado.

–Lo es. Y lo es para evitar abusos de autoridad y para que los requeridos no tengan la salida de que no fueron ellos los que recibieron la notificación o que se la entregaron a quien no tenía facultades para representar a la empresa.

–¿Y qué nos puede pasar a nosotros?, ¿nos pueden castigar?, ¿con cárcel o con multas, o cómo?, se alarmó Rebeca.

–La ley marca castigos o multas a notificadores mentirosos o abusivos pero, en nuestro caso, como no vamos a ser quienes entreguen esos documentos o levantemos actas de ningún tipo, quienes deben responder son los de oficinas centrales, que son los responsables del programa.

–¿Entonces?, contador ¿cuál es la preocupación?, preguntó Rebeca.

–Que nos vamos a llenar de basura y de impugnaciones innecesarias, y que oficinas centrales no va a dar la cara.

Cuestionamientos como éstos fueron y vinieron, y de todos el tiempo habría de dar cuenta. A mediados de 1985 se empezaron a recibir las primeras contestaciones de empresas requeridas y, en efecto, las más de ellas no contestaban nada relacionado con los años ya prescritos esto, en principio. Por lo que se refería a los ejercicios no prescritos contestaban con fotocopias de comprobantes pero, en su gran mayoría, eran ilegibles.

En otras ocasiones las empresas incluían documentación que para nada se refería a los asuntos requeridos; eso, con toda seguridad, lo hacían las empresas sólo con la finalidad de dar cumplimiento en tiempo, mas no en forma, para evitar que

fueran tomadas en rebeldía, aunque lo contestado no tuviera que ver con lo requerido. También, con el tiempo, se empezaron a recibir una gran cantidad de asuntos que no pudieron diligenciarse en vista de que se trataba de empresas ya desaparecidas, que ya habían cambiado de domicilio o que ya no se denominaban del mismo modo, en fin, que las causas o los motivos sobraban. Por ello aquel servicio prestado por la empresa contratada dejó mucho que desear. Por lo menos 50% de las empresas requeridas fueron reportadas como no localizadas, o como ya desaparecidas, o bien, que ya no se denominaban de igual modo y por ese motivo no habían querido recibir la notificación.

Pero, mayúscula sorpresa se llevó *Tito*, al darse cuenta, con todos aquellos asuntos no diligenciados, lo mismo que con lo que recibía de empresas bien comportadas, que las notificaciones se habían efectuado con unos simples Acuses de Recibo, es decir, que no se había observado para nada, ningún procedimiento legal, que el código fiscal ni siquiera se conocía ni se había instruido a nadie para que fuera observado. Todo esto daría por consecuencia lógica, que a ninguna de las empresas requeridas de ese modo, se les podía obligar, por ley, a dar cumplimiento a lo requerido. Por lo menos el 50% de las requeridas no contestó, puesto que sabía, perfectamente, que aquella forma de proceder por parte del Infonavit, estaba totalmente fuera de la ley.

Después de someter a una revisión y a un análisis detenido toda aquella documentación recibida por parte de quienes, de buena fe, atendieron a lo requerido ilegalmente por el instituto, se daba por conclusión que, más o menos, sólo 30% de las requeridas daba fiel contestación; otro 30% mostraba asuntos incompletos, 20% no interpretaban bien lo requerido o enviaban papeles ilegibles y el restante 20%, de las pocas que contestaban, aceptaban tener algún adeudo. Esto último, en cuanto al costo beneficio, era verdaderamente ridículo. Naturalmente que los informes a las oficinas centrales no eran satisfactorios pues, en su ignorancia, suponían que iban a recibirse las carretadas de dinero. Uno de los renglones informado por *Tito*, mas no porque lo solicitaran de oficinas centrales, lo constituía el reporte de la cantidad de empresas a las cuales se les devolvía su documentación por escrito y con el carácter de 'Incompleta', esto en vías de precaución, toda vez que, en caso necesario, aquellas que a propósito habían constatado algo indebido, no podrían alegar haber dado fiel contestación cuando en realidad lo hicieron de manera tendenciosa. *Tito* daba especial atención a este aspecto, toda vez que esperaba, y no sin razón, que algún día iba a ser necesario el empleo de la vía coactiva para obligar a los incumplidos a atender a los requerimientos, y de ese modo, quienes habían atendido, pero no de manera

correcta, no tendrían defensa que alegar. Para finales de 1985, ya era evidente el rotundo fracaso de aquella primera incursión del instituto en materia de fiscalización a empresas. Por supuesto que también la arrogancia de los jefes centrales y su tozudez al no querer aceptar su fracaso se manifestaba dando todo tipo de explicaciones para justificarse, pero como en todo eso estaban implicados hasta los órganos colegiados, por el descuido que por muchos años mostraron al aspecto fiscalizador del instituto, nada se hacía por llamarles la atención y que actuaran con más profesionalismo. Ya en plenas fechas navideñas, *Tito* recibió una llamada de aquel abogado que había participado en el evento organizado por oficinas centrales. El propósito era, en principio, las salutaciones con motivo del fin de año, y luego, para saber cómo lo había tratado la vida en torno a aquellos asuntos tan deshilachados y tan discutidos en su momento:

–¿Cómo te va contador?, te llamo para desearte lo mejor en estas fiestas, para ti y tu familia.

–Lo mismo para ti, aprovechando esta llamada. Estoy bien en lo que cabe, pues en estos días he perdido a mi papá, y eso no me hace llegar al fin de año con buen ánimo, ya sabrás, batallando con esta serie de barbaridades cometidas por aquellos genios, tal y como lo advertíamos allá en México.

–Cuánto siento saber lo que te pasa. Ánimo, mi amigo, que la vida sigue. Se dice fácil, pero yo también sé que no es así. Lo mismo me sucedió cuando perdí a mi madre. Ánimo, ánimo. Y pasando a lo que ya sabemos. ¿Cómo te las has ingeniado?, sobre todo para torear a la gente de oficinas centrales, porque siguen en la 'necia'… no los convences por nada.

–¿Convencerlos?, y ¿de qué ahora?

–Pues, ¿cómo que de qué?, ¿a, poco tú ya sabes lo que vamos a hacer con aquellos que no contesten?, Acuérdate que yo por eso les decía a aquéllos, que si no teníamos funciones como 'Ejecutores', cómo le íbamos a hacer para obligar a dar cumplimiento a los negados a hacerlo. ¿Vamos a embargar bienes?, o ¿qué?

–Bueno, abogado, lo que sabemos es que, de todo aquel que no dé cumplimiento, vamos a enviar el expediente a la Oficina Federal de Hacienda, para esa ejecución. Hasta ahí es lo que sabemos.

–Es cierto, eso ya lo sabemos, pero, ¿a poco a ti te ha dado resultado eso?, ¡a mí no! Ya he turnado muchos expedientes a ejecución y cuando no me los regresan porque la forma en que se hizo la notificación no fue la correcta o la legal, con un simple acuse de recibo, me envían papeles que nada tienen que ver con lo requerido porque las empresas se aprovechan de que Hacienda desconoce lo que estamos requiriendo, o bien, me alegan que ellos, como Hacienda, no están para revisar documentación, que sólo son receptores y en caso de persistir el incumplimiento, a juicio del Infonavit, pues ejecutarán, pero ¿con qué?, que con un simple acuse de recibo no lo pueden hacer.

–Pues a mí me está sucediendo lo mismo. Yo creí que era el único, pero decir algo y que luego se enteren en oficinas centrales, ¡está cabrón!, lo mejor es seguirles la corriente. Ya ves que ellos jamás admitirán su fracaso y su falta de visión.

–¡No, hombre!, ya he hablado con otros jefes y es lo mismo o están peor. Aunque también, no han faltado aquellos mamones que me dan ¡unas noticiotas!, pero ¡súper chingonas!, pero, que se las crea… a ver quién. Fíjate, contador, pasando a otra cosa, que he buscado por todos los medios a mi alcance, como fiscalista que soy, algún reglamento o algo parecido, que nos dé una luz a la gente de cobranzas, para saber el alcance de nuestra función, porque atenernos a las Federales de Hacienda no creo que nos vaya a servir de algo, ¿tú sabes de algo así?

–¡Ay, güey!, ¿reglamento? No, ni siquiera se me había ocurrido que algo así hiciera falta. Admito mi limitación en el campo de los fiscalistas. Por favor explícame.

Aquel abogado dio una explicación a *Tito*, aunque somera, sobre la necesidad de la existencia de un reglamento que enmarcara las atribuciones del Infonavit en materia fiscal, o sea en su carácter de organismo fiscal, y razón no le faltaba pues, a la postre, habría de nacer un reglamento como aquel al que el fiscalista aludía. Tal instrumento legal fue expedido cuatro años después, es decir, en 1989, y ya para entonces el instituto había sido objeto de múltiples evasiones.

La conversación telefónica terminó y *Tito* volvió a lo suyo, a la revisión de papeles, tan inútiles en una gran cantidad, que sólo servían para quitar el tiempo. Los informes que cada mes se enviaban a oficinas centrales iban cargados de fotocopias de comprobantes, donde los patrones requeridos probaban haber dado

cumplimiento a lo requerido, y muy rara vez se informaba acerca de haberse efectuado algún cobro de algo verdaderamente omitido, lo cual indicaba el grado de deficiencia que el instituto tenía en materia de control de registros, sobre todo en lo relativo a los primeros años de existencia institucional; caso contrario, o sea, las verdaderas omisiones, se empezaron a dar ya cuando entraron en acción las crisis económicas, mismas que provocaban que los empresarios omitieran pagos, pero que, ahora, el grado de atraso en materia de vigilancia fiscal por parte del instituto, había propiciado una gran cantidad de evasores; para entonces unos ya habían desaparecido y otros, ya habían cambiado de domicilio o bien, de razón o de denominación social, lo cual hacía verdaderamente difícil, y a veces hasta imposible, hacerlos que cumplieran con sus obligaciones.

Como el plan central era que, para aquellos que se mostraran en rebeldía en dar cumplimiento, se preparara un expediente para hacerlo llegar a la Oficina Federal de Hacienda local, y que ésta se encargara de la ejecución del asunto por la vía coactiva, ya fuera a través del cobro de las omisiones, o de embargos para garantizar los adeudos, *Tito* fue acumulando una gran cantidad de expedientes para dar cumplimiento al referido plan, pero a partir del año siguiente de 1986, ya que las vacaciones de fin de año, entorpecerían todo un proceso. Por tal razón, la decisión fue con la intención de iniciar el año de 1986, con la nueva fase del proceso; efectivamente, tan luego se reiniciaron las labores en el Infonavit, se recibió un oficio con carácter de 'urgente', para que se informara acerca de la cantidad, lo mismo que el avance que se tuviera a esa fecha, de los asuntos turnados a la Secretaría de Hacienda. El informe se contestó de inmediato, dando cuenta sobre la cantidad de expedientes, equivalente al mismo número de empresas omisas, pero con cero avance en resultados sobre ese nuevo paso.

Ese primer paquete de empresas a revisarse, que comprendía los ejercicios fiscales de 1972 al de 1982, fue atendido durante los años 1985 a 1987. Luego vinieron los ejercicios fiscales de1983 al de 1992, para ser atendidos en los años 1988 a 1995, como sigue:

Ejercicios fiscales a revisar.- 1972 a 1982. Total.- 11 Ejercicios. Atendidos entre 1985 a 1987. Ya existía para entonces un desfasamiento que fluctuaba de entre 3 a 13 años.

Luego se recibieron 10 ejercicios fiscales más, para ser revisados y que correspondían a los años de 1983 a 1992. Estos se atendieron entre 1986 a 1995 teniéndose ya un desfasamiento de entre 3 a 5 años.

Como se podrá apreciar, el desfasamiento entre los ejercicios revisados y los años en los que se realizó la revisión era muy marcado, obteniendo con ello un pobre resultado tanto en recuperación de cuotas como en abonos a los créditos otorgados a los trabajadores, perdiéndose así una gran cantidad de recursos, e iniciándose, paralelamente a eso, un crecimiento desmedido en la cartera vencida, en empresas evasoras y en el deterioro de la imagen del instituto, entre otras cosas.

Durante 1986, la tónica siguió siendo la misma, es decir, empresas que apenas estaban dando contestación al requerimiento en su contra, a pesar de que ya habían transcurrido meses, desde que fueran requeridas. También se recibían reportes muy desafortunados de las Oficinas Federales de Hacienda, de Saltillo, de Torreón, de Monclova, de Piedras Negras, en fin, de todos aquellos municipios que tenían esa clase de oficinas en sus localidades, o a través de las llamadas Oficinas Subalternas de la Secretaía de Hacienda, porque en esos reportes se incluían kilos de papeles que las empresas entregaban a dicha autoridad, con la finalidad de comprobar que ya habían cumplido en tiempo, o bien papeles que nada tenían que ver con lo requerido por el instituto y cuya finalidad, sin duda, era la de confundir a los visitadores de la Secretaría de Hacienda. Por otra parte, entre esa cantidad enorme de papeles venían documentos que la Secretaría de Hacienda regresaba al instituto, por no poderse proceder legalmente en contra de los patrones morosos, empezando porque los requerimientos fueron notificados a través de simples acuses de recibo y nunca hubo apego a las disposiciones legales aplicables a la materia fiscal, resultando de todo eso todo tipo de razones por parte de los notificados para no darse por enterados, o simplemente para no prestar atención alguna al instituto ni a la misma Secretaría de Hacienda, ya incluida en este momento como autoridad 'ejecutora', porque de tal, no pudo tener nada, en vista de los vicios que existieron en materia de notificación.

Con toda esa nulidad, era lógico que los informes hacia oficinas centrales no resultaran satisfactorios tampoco, y menos aún, en el caso de *Tito*, quien incluía renglones a sus informes, adicionales a los formatos ordenados por la jefatura, en los cuales reportaba aquello que, lógicamente, no era del agrado de los jerarcas, pero que, para efectos futuros, *Tito* sabía perfectamente que le servirían para cubrirse, sobre todo cuando recibiera la visita de los auditores. Por una parte, la visita de los auditores internos, cuyo programa consistía en una revisión por año, y por otra parte, los auditores externos, cuya misión era la de verificar que todas las observaciones que la interna hiciera a los departamentos auditados, se hubieran atendido o que estuvieran en proceso de ser cumplidas.

Por esta razón, a principio del año, puntualmente se recibió la visita de los auditores internos. *Tito* sabía las técnicas utilizadas por un auditor para efectos de dar cumplimiento a su función, aunque, como ya sabemos, en el instituto la forma de proceder de los auditores era muy 'fuera de lo común'. Para esas fechas aquel departamento utilizaba un 'formato' muy extraño para *Tito*, el cual era extremadamente limitado, tanto para los auditores como para los auditados, porque aquéllos debían limitarse a tal formulario sin distracción alguna y porque los auditados no tenían defensa alguna si así lo ameritaba el caso. El referido formato contenía una serie de columnas, con encabezados en las mismas, cuyos rubros decían: Asunto revisado… Resultado… Observaciones… Soluciones… Plazo para cumplir… etcétera.

Todo aquel asunto que no estuviera contenido en la normatividad, no se incluía en la columna de 'Asunto revisado', y en el caso que nos ocupa, *Tito* tenía una gran cantidad de papeles correspondientes a aquellas empresas que contestaban lo que les daba la gana, o los simples 'Acuses de recibo', no atendidos por quienes sabían perfectamente que se trataba de una forma de requerimiento totalmente ilegal. Tampoco se incluían los pormenores del trabajo realizado, de tal manera que se pudieran observar los costo-beneficios, o que, dentro de las relatividades o ponderaciones de las cifras, se pudiera percibir lo que los simples números no reflejan, y en tal suerte, por ejemplo, aquellos informes de auditoría no reflejaban para nada, que en cada nueva emisión de requerimientos fiscales a trabajar había un número cada vez menor, lo cual bien se podría deber a que *Tito* había estado dedicando una buena cantidad de su tiempo al aspecto de *difusión* con la mira de que ya no se dieran más casos de requerimientos a cargo de patrones, al menos por causas de la gran ignorancia que se tenía en torno a los asuntos del Infonavit, supliendo así el descuido que el instituto siempre ha tenido en este aspecto, y no sólo se omitían esos pormenores, sino que al momento de que se asignaban recursos o refuerzos humanos a las delegaciones, éstos se otorgaban a aquellas entidades que reflejaban un crecimiento en la cartera fiscal, en lugar de reforzar también a las que disminuían el problema, por aquello de que 'la casa más limpia no es la que más se barre, sino la que menos se ensucia…' y aquí se actuaba en sentido contrario, en lugar de reforzar a las delegaciones más aplicadas, se reforzaba a las más descuidadas, o bien a las que estuvieran mejor relacionadas con el centro, por aquello del amiguismo. Una prueba de ello es que a Monclova se le dotó de una pequeña oficina de mera gestión, sin facultades de ninguna clase, hasta el año 2005, o sea, que durante casi 30 años se dejó a esta pobre ciudad en el más completo descuido y, paradójicamente, se le dotó de oficina ya cuando de nueva cuenta, el instituto, por ley, reinició la concentración

de actividades acrecentando el burocratismo en el centro y desdeñando a las delegaciones, tal y como lo era a inicios de la vida del instituto. El informe del auditor resultaba a no dudar más que negativo y no podía ser de otro modo, porque la consigna del auditor era la de preguntar sólo lo que acomodaba a los jerarcas, mas no la de presentar una realidad a los órganos colegiados, quienes, sin lugar a dudas, también estaban representando una farsa para dar cumplimiento a una recomendación que la Asamblea General del Infonavit le había planteado a la Dirección General. No era aceptable, desde ningún punto de vista, que la gran asamblea desconociera que, durante los primeros 12 años del instituto, éste no había efectuado ninguna acción fiscalizadora y, en cambio, se podía decir que se trató de algo solapado, porque uno de los grupos que configuran a esa asamblea es el de los empresarios. También se puede decir, que lo de la cartera vencida no se vino a atender, sino hasta el año de 1999, 27 años después de creado el instituto, cuando se crearon las áreas de Cartera vencida, porque el sector de los trabajadores también sabía perfectamente lo que estaba pasando, y éste forma parte de aquella asamblea, junto con el sector del gobierno federal. Los tres sectores solapaban todo lo que estaba sucediendo, convirtiendo al instituto en su víctima.

Tito, por su parte, se atrevió a dar contestación a las observaciones hechas por el auditor, lo cual hizo por escrito, destacando que, desde el momento en el que esas áreas no participaron en la fase de la notificación, ni tampoco en la decisión que en el centro tomaron para incluir en el programa ejercicios fiscales ya prescritos, no podían, por lo mismo, ser responsables de tan negativos resultados. Afortunadamente para él no sobrevino represalia alguna, digamos de manera inmediata, pero luego y muy a la sorda, le aplicaban presiones o no le atendían necesidades locales y todo le era cuesta arriba. Durante 1986, se notificaron los ejercicios fiscales 1983 y 1984. En 1987 se notificó el ejercicio fiscal de 1985 y en 1988 se notificó el de 1986.

Para la atención de notificaciones, finalmente se vino aceptando por parte del centro, que el apego a la ley había sido un factor desestimado y, por lo mismo, se delegó esa función hacia las entidades federativas, pero no así los recursos necesarios y suficientes para cubrir el objetivo, de modo que, para dar cumplimiento a las metas impuestas, los jefes de las áreas de fiscalización eran sometidos a verdaderos sacrificios, porque eran ellos mismos los que tenían que ir en busca de las empresas, en casi todos los rincones de los estados, o los más difíciles, porque con lo escaso de recursos no podían pagar a notificadores externos para atender precisamente a este tipo de empresas.

A *Tito* le tocó bailar con la más fea, porque, por una parte, las represalias de los jerarcas en esta ocasión se agudizaron, y, por la otra, siendo el estado de Coahuila, el tercero más grande de la República, la parte más pesada era el centro de la entidad, con una gran cantidad de empresas mineras medianas y pequeñas, situadas en lugares desérticos y abandonados, en donde no había ni dónde comer, y bastante dispersas, entre otros factores de dificultad. Por esos días, en los que *Tito* anduvo notificando por esas regiones se le presentaron casos como el que ahora se narra. Resultaba que una notificación iba dirigida a nombre de una persona llamada Inés… y *Tito* preguntaba por ella, a cuantos lugareños podía encontrarse por ahí, que, por cierto, no eran muchos, dada la soledad de aquellas regiones. Nadie le podía dar razón, ya que, como se dijo antes, los ejercicios fiscales que se estaban trabajando eran muy atrasados, y nadie se acordaba de una persona con ese nombre. Por fin, se encontró con un individuo que iba por uno de aqurellos caminos que comunicaban a algunas minas, y le preguntó por la señora Inés, a lo que el custionado contestó: –¿Inés?, ¿señora?, ¡no, hombre!, no es mujer sino hombre, y hace mucho que se fue de por aquí. El era un contratista que trabajaba para la mina. 'X', y él a su vez, contrataba gente para trabajar en la mina, pero cuando los trabajos se terminaron, pos se fue. La explicación era muy clara, que las empresas mineras, por no contraer compromisos laborales, interponían a subcontratistas, quienes se registraban ante Hacienda como empresarios, para cumplir con los requisitos fiscales ante la empresa contratante, y, supuestamente, esos subcontratistas asumían las obligaciones laborales de los mineros contratados. Pero eso no era así, y en lo que al Infonavit se refería, las cuotas patronales las evadían, y dada la inexistente vigilancia que por parte del instituto existía, ponían como domicilio fiscal el de la mina, para dificultar así alguna eventual requisición de pago, dejando también a los mineros sin el beneficio que el Infonavit prevé para los trabajadores, siendo esta práctica muy socorrida por esos rumbos, con la complicidad del mismo instituto. Por más que se solicitaron recursos para la atención adecuada y rápida y poder cumplir puntualmente con las metas, las actitudes vengativas no se disimularon. Quien no estuviera bien parado 'con el centro', estaba perdido. Nada se manejaba de manera institucional, todo era a base de cuatismo. En 1987, Rebeca, su auxiliar se casó y solamente quedaron en aquella área *Tito* y su secretaria; para cubrir la plaza el sindicato local le proponía a candidatas no aptas para el puesto, aparte de que *Tito* solicitaba que fuera un hombre quien la ocupara, para poder apoyarse en las actividades sobre todo de aquellas que requerían de viajes al interior del estado. Finalmente el sindicato se impuso, y después de estira y afloja durante un año y medio se colocó a una mujer y para colmo casada, esa situación era un gran impedimento para los fines perseguidos.

Así, entre tirones y jalones, entre escasos recursos y la negativa del centro de aceptar la contratación de elementos capacitados en materia fiscal, transcurrieron los años. Para colmo, la política trasnochada del presidente De la Madrid, con su tozudo criterio de adelgazar al aparato administrativo, lo que no debió tocar al instituto porque éste no depende de asignaciones presupuestales federales y cuenta con sus propios recursos y autonomía para su utilización, provocó no solamente que se dejara de contratar personal, sino que éste, ya para 1988, se había disminuido a casi la mitad del que tenía originalmente. Todavía hasta 1987, oficinas centrales tenía centralizada la función del envío de asuntos no atendidos por los patrones notificados, a las Oficinas Federales de Hacienda para llevar a cabo el proceso administrativo de ejecución; con ello, se perdía totalmente el control entre lo notificado, lo contestado, lo no atendido, lo enviado a ejecución etc., de tal modo que aquello era un verdadero caos. De nueva cuenta el centralismo enfermizo cobraba sus réditos.

En 1989, no se notificó un ejercicio nuevo, y fue hasta entonces, cuando, finalmente, después de 17 años de la creación del Infonavit, se publicó el primer Reglamento Interno del Infonavit en materia fiscal, que aunque no daba ninguna solución a los problemas de las áreas de fiscalización, ya era un pequeño avance en esa materia. Otra novedad en la delegación, consistió en que hubo cambio de delegado, quien si bien sabía de construcción, no sabía nada relativo a asuntos jurídicos ni contables y menos aún de tipo fiscal. Ese año de 1989 trajo un problema adicional, que se sumaría al de las empresas requeridas; se refería a la pretensión, por parte del instituto, de querer recuperar cartera, pero en base a un procedimiento muy desafortunado.

A mediados de 1989, fue enviada a toda la República una circular, la cual contenía la orden de cancelarle el crédito a todo aquel que tuviera más de 12 mensualidades de pago omitidas específicamente en créditos de la línea uno y otorgados de 1984 a la fecha. Si una vez cancelado el crédito su titular deseaba continuar con la vivienda, el contrato original sería objeto de renovación, actualizándose las condiciones del contrato y, sobre todo, el precio de la misma.

La noticia corrió como reguero de pólvora. Se empezaron a presentar manifestaciones de rechazo a esa medida; Coahuila no fue la excepción, ya que en Torreón fueron tomadas las oficinas y secuestrado el personal. En Saltillo se recibió la noticia como a la una de la tarde y el delegado solicitó a *Tito*, como encargado de ver las cuestiones de cartera, que lo acompañara para hablar con los inconformes, ya que ésa era una de sus condiciones.

La salida hacia aquella ciudad se efectuó hasta después de las dos de la tarde, por lo que el arribo a las oficinas fue como a eso de las cinco de la tarde; cuando llegaron la escena era bastante escandalosa. Afuera de las oficinas había por lo menos unas trescientas personas, entre ellas menores de edad y adentro, impidiendo la salida del personal, habría otras cincuenta personas, porque dada la pequeñez de las instalaciones ya no cabían más. Varias de las empleadas eran amas de casa con hijos, lo que originó, que como había algunas con la necesidad de recibir a sus niños en aquella oficina después de la salida de las escuelas, esos menores también estuvieran sufriendo las inclemencias del momento. Ya no había agua en los tinacos y en la tubería sólo se tenía agua por las mañanas, y a partir de eso, los servicios sanitarios fueron ya inútiles, lo mismo que los aparatos de aire acondicionado que ya de por sí eran insuficientes, ahora, con tanta gente, resultaban inservibles. Los olores los había de todos tipos. A pesar de la sed, el hambre y las inclemencias del clima, de pleno junio, a nadie, ni a los menores, les permitían salir de ahí.

Cuando *Tito* y el delegado arribaron a aquel lugar fueron recibidos con rechiflas y con todo género de insultos, de esos que salen por ahí, de quienes aprovechándose de las masas suelen sacar a retozar todos sus rollos y frustraciones, en pleno uso de los pequeños poderes que el anonimato les confiere.

Ya los estaban esperando también la plana mayor de la CTM local, con ella, lógicamente, el jerarca principal de esa región, quienes fueron llamados para intermediar. Se saludaron y se introdujeron a las oficinas. El ambiente para el diálogo era verdaderamente inhumano y lo primero que el delegado pidió fue que se dejara salir a los menores y mujeres, y que se formara una comisión de inconformes, para desalojar aquel lugar. Sólo se accedió a lo primero, pues no quisieron conformar una comisión y así, entre gritos y olores se llevó a cabo aquella reunión.

Cabe aclarar, que cuando el delegado y *Tito* venían en camino, aquél le hizo a éste algunas preguntas, confesándole su gran desconocimiento de estos asuntos. *Tito*, por su parte, expuso que el problema de cartera vencida se inicia a partir de que un trabajador deja de tener un empleo, a través del cual se le hagan los descuentos para efecto de pagos al instituto, ya que, al ya no contar con un empleo fijo, su obligación es la de pagar directamente mediante unos talonarios, que el instituto está obligado a proporcionarle, ya sea impresos previamente con todos los datos del deudor o, en su defecto, con formatos de talones en blanco. Como ya sabemos, la falta de oportunidad en el reparto de los dichosos talonarios,

o la omisión de eso, provocaba que los deudores se atrasaran en el pago; aunada a la 'cultura del no pago' auspiciada por el mismo instituto, pues tampoco era muy cómodo acudir a pagar desde cualquier rincón de ese enorme estado, a las oficinas de Saltillo o las de Torreón, según las que quedaran más cercanas. El simple pago de transportación, en ocasiones era el doble de lo que representaba una mensualidad y a esto habría que agregarle la alimentación y el tiempo que eso les implicaba, en otros tantos casos, era la señora de la casa quien se encargaba de tal menester y con ella iban los hijos. Con todo, entonces era entendible la participación del mismo Infonavit en aquel problema. *Tito* agregaba, que como la ocasión hace al ladrón, no faltaban también aquellos que traspasaban las viviendas bajo cualquier título, ya fuera en venta, en renta, en trueque, negociando invasiones, en intercambios mediante una corta feria, en traspasos entre parientes, etc., aprovechándose de lo laxo de la ley institucional y de la práctica de los empleados, quienes inventaban requisitos, multas, recargos, etc., inexistentes en la ley o en algún reglamento, y, el descuido irresponsable por parte de los jerarcas del centro, que aparte de creerse divinos, solapaban la situación, puesto que desde las cúpulas que configuran la asamblea del Infonavit (Sector Obrero, Sector Empresarial y Sector Gobierno), bien que sabían de esa gravedad y no le pusieron freno a tiempo, creando mecanismos que resultaran prácticos y fáciles de cumplir.

Volviendo a los acontecimientos de Torreón, el primero en hablar fue el líder de la CTM, quien ya había sido instruido por los quejosos, y para tal efecto argumentó:

–Señor delegado –arguyó el líder– esa medida es injusta e ilegal, porque el Infonavit nunca ha sido puntual en la facilitación de medios para el debido cumplimiento por parte de los obligados a pagar y es preciso que cargue o se responsabilice de su negligencia. Por otra parte, es ilegal, porque es inexplicable que sólo sea aplicable a una de las líneas de crédito, a la uno, y sólo a partir de créditos de 1984. Todos sabemos que las líneas de crédito dos a la cinco, solamente están al alcance de trabajadores con mejores salarios, y la uno es para los trabajadores más desprotegidos, y dejan fuera de la aplicación a los créditos anteriores a 1984, haciendo con esto una aplicación parcial de la ley.

De no haber sido por aquella plática sostenida entre *Tito* y el delegado, durante el trayecto a Torreón, éste no hubiera entendido nada, y tal vez hasta hubiera juzgado al líder de demagogo o cosa por el estilo, sin embargo, habiendo entendido en gran medida lo ahí expuesto, y no sintiéndose apto para dar alguna respuesta que resultara digna a favor del Infonavit, muy discretamente pidió a *Tito*, que él

tomara la palabra una vez que aquél terminara. El discurso resultaba contundente. Se hizo un silencio total. Aquel líder sabía lo que estaba diciendo y cuando terminó de hablar el delegado presentó a *Tito* como el encargado de aquellos asuntos de cobranza, para que expusiera lo que hubiera a favor del instituto. *Tito* argumentó:

–Lo que aquí el representante de los trabajadores ha expuesto tiene mucha validez. Como parte, en este problema, se debe tener en cuenta también al Infonavit, estamos de acuerdo, y con base en esto vamos a pedir a oficinas centrales que nos afinen esta circular, porque así como está resulta muy parca y poco explícita. Tal parece que no se pensó en las atenuantes que los deudores pudieran tener a su favor, y que con toda seguridad, muchos las tienen, es decir, los motivos por los cuales, han caído en cartera vencida. Más adelante habré de referirme a esos posibles motivos. Pero no podemos hacer a un lado también aquellos casos en los cuales el Infonavit tiene la razón y, en esos casos, habremos de imponer la ley. Por principio, no se le puede negar al instituto su derecho a cobrar lo que le pertenece; pero, si por alguna razón imputable al mismo, el deudor ha caído en moratoria, habremos de darle al deudor las armas para que defienda su posición y, por otro lado, si la causa es imputable al deudor, la ley se va a aplicar, sobre todo porque sabemos que, en muchos casos, se trata de tenedores de viviendas en forma irregular o ilegal. En estos asuntos, también por principio, sabemos que no es posible regularizar la situación a través de la ley que tenemos porque no existe disposición jurídica aplicable a los mismos, y habría que buscar una fórmula que así lo facilite.

En resumidas cuentas, se propone que el Infonavit revise caso por caso, para darle una salida justa a su particular situación ya que no es posible, y no es justo tampoco, tratar a todos por igual. Unos tienen características de cierto tipo y otros son diferentes, por lo mismo, la solución va a depender de lo que a cada uno le sea aplicable.

Aquella exposición no convencía a algunos de los ahí presentes, sobre todo a los que lideraban a los colonos, quienes, a la postre, se vendría descubriendo que no les asistía ninguna atenuante para resolver su situación, pues aparte de ser deudores, eran negociantes de viviendas abandonadas, o intermediarios entre vendedores o cambistas, o definitivamente invasores de algunos inmuebles situados en diferentes unidades habitacionales. Por esos y otros motivos interrumpieron la alocución de *Tito* y trataron de imponer sus condiciones, naturalmente con gritos y con todo tipo de artimañas, azuzando a la gente a adherirse a sus formas, lo que aquella masa obedecía incondicionalmente. Sin

duda alguna *Tito* les había pisado el callo. El líder de la CTM intervino de nueva cuenta, pidiendo a los manifestantes que se calmaran y que dieran oportunidad a que el instituto acabara de exponer su postura, pidiéndole a *Tito*, que tratara sobre todo aquellas atenuantes a las que había hecho referencia. *Tito* continuó con su exposición:

–La misma Ley del Infonavit dispone de mecanismos que, en muchos de los casos, pueden ser favorables. Uno de ellos es la prórroga, o sea el permiso por parte del instituto para dejar de pagar durante un año sin consecuencia alguna para el deudor. Esta disposición, por desconocimiento del trabajador, no la aplica, y aunque no la haya solicitado en tiempo, creo que puede ser aceptada por el instituto aún a destiempo, para evitarle al deudor que se le cancele el crédito. Otra atenuante pudiera ser aquella en la que el trabajador, sí hubiera sufrido descuentos en su salario, pero que su patrón no lo pagó al Infonavit y habría que cobrárselo a ese patrón omiso, o lo pagó, pero con algún error y habría que aclararlo. Esto sería a través de un tratamiento de tipo fiscal, llamando al patrón para que aclare lo que estuviera pasando. Otra sería, que se tratara de un trabajador que hubiera estado incapacitado por el IMSS, ante cuyo caso, por ley, su patrón no le pudo descontar los abonos porque no estaba recibiendo sueldo, sino una prestación social por parte del IMSS. Otra pudiera ser cuando el dueño del crédito ya hubiera caído en una incapacidad total, decretada por el IMSS, ante cuyo caso, no solamente no debe pagar, sino que el total del adeudo se debe liberar. Esto es algo que muchos ignoran y no efectúan ningún trámite. Otro sería el caso en que un acreditado ya hubiera fallecido, entonces el tratamiento a seguir es el mismo que en el caso de los incapacitados. Y así, se vería caso por caso, y tal vez, hasta se pudiera lograr algún convenio de pago, sólo en el caso de no existir atenuantes, y hasta llegar al grado de lo que la ley establece como Imputabilidad. Mientras ésta no quede bien establecida, el instituto no puede actuar en consecuencia. Ésa es nuestra postura y, por lo mismo, vamos a preparar un escrito para enviarlo a oficinas centrales y dar a saber las posturas, tanto las expuestas por el representante de la CTM, y las nuestras, si es que a ustedes les interesa ese plan.

De nuevo, tan luego *Tito* acabó de hacer su exposición, no faltaron las voces de los inconformes que, aunque ya no eran secundados por la mayoría, no dejaban de hacer ruido. El líder de la CTM solicitó la palabra y después de pedir silencio, lo que no logró fácilmente, expuso:

–A mi entender creo que el plan es bueno, sobre todo porque es dable de acuerdo con la ley existente y no se está solicitando una nueva. También creo que hay muchos trabajadores que ignoraban esas posibilidades de solución y es bueno que las apliquen, si es el caso y, por último, me parece bien lo de los convenios, sobre todo si el Infonavit acepta su culpa, porque ¡vaya que la tiene! Por ahora, yo creo que la propuesta es buena y habría que darle al Infonavit la oportunidad de consultar a oficinas centrales, para ver cómo le vamos a hacer en definitiva.

Después de tres horas o más, aquella reunión se daba por terminada, existiendo como era de esperarse, algunas voces inconformes. *Tito*, al observar aquello pidió a los aún inconformes sus datos personales, con el argumento de que sería a ellos, a quienes directamente les comunicaría cualquier respuesta obtenida de oficinas centrales, y accedieron a ello, sin sospechar que en el fondo lo que se quería era investigar el porqué de tanta inconformidad y al hacerlo se llegó a determinar que se trataba de individuos que debían hasta la camisa, los que además, durante mucho tiempo se venían dedicando a negociar con viviendas irregulares, incluso que para la obtención de información clave, para poder hacer aquellas transacciones, se aprovechaban de la facilidad con la que se introducían a los archivos y en otras ocasiones gracias al contubernio que tenían con empleados del mismo Infonavit. Se llegó a determinar que dos de ellos ni tan siquiera eran acreditados del Infonavit. Asimismo, si los archivos en su totalidad, lo mismo que los jefes de cada área, estaban en Saltillo, todo apuntaba a que era en esa ciudad en donde obtenían lo necesario.

Al día siguiente, tan luego como *Tito* llegó a su oficina ya estaban a la expectativa su secretaria y Rebeca quien estaba en vías de dejar el puesto porque se iba a casar, misma que preguntó acerca de los acontecimientos del día anterior.

–Y ¿cómo les fue contador?

–Pues parece que bien. Aunque para darle cauce a esta circular tenemos que pedir algunas aclaraciones, porque como ya lo habíamos visto aquí ayer, está hecha con las patas, como si se ignoraran cosas que saltan a la vista y que quien la hizo parece que no trabaja en el instituto. Lo de siempre. Todo hecho a la ligera. Luego, ahí vienen los auditores, con sus consignas simplonas y su carencia de facultades para autocriticarse. Facultades normativas, claro, y además pareciera ser que mentales también. Sometidos a un cajón… cuadrado como ellos y carentes de criterio propio.

–Pues dejara de venir de donde viene ¿o no?

–Ya déjelos Rebe. Es cierto que en oficinas centrales creen que no necesitan saber nuestra opinión y todos esos rollos que tiro yo por delante, pero lo demás, lo que usted continuamente está achacándoles, pues no creo que sea argumento. Es usted la que mira moros por todas partes.

–Pues ya los quiero ver cuando los tengamos enfrente. Arrogantes y exigentes como la fregada, señaló Mónica.

–Y lo peor, que vamos a revirar la circular. Al menos para que nos aclaren algunas cosas o para ver si aceptan el plan que traemos de Torreón, que si no toman en cuenta la actitud agresiva de los colonos de ayer, yo no sé de qué estarían hechos. Por lo pronto, usted Mónica, venga a mi privado para que tome nota del escrito que vamos a enviarles, quiero que el delegado lo vea hoy mismo y que me lo firme a la brevedad para ponerle acelerador a esto.

El plan se hizo por escrito, se explicaron los pormenores y las causas, sobre todo haciendo alusión a los acontecimientos de Torreón, y después de ser aprobado por el delegado ese mismo día se turnó el oficio a oficinas centrales para su conocimiento. Jamás se recibió alguna contestación con respecto a aquella propuesta hecha por la delegación Coahuila. Y cuando ya habían transcurrido por lo menos dos meses, llegó otro comunicado de oficinas centrales a través del cual se citaba a todos los delegados, a los jefes de verificación y cartera lo mismo que a los de crédito y del jurídico, a una reunión de trabajo en Monterrey, el asunto era la Circular en cuestión, pero ahora se contaría con la presencia de grandes figuras del centro, sólo faltó el director general.

Durante tres días estuvieron en aquella ciudad, y los jerarcas concurrentes se dieron vuelo exponiendo sendos discursos con argumentos más que gastados, porque era evidente que el Infonavit tenía derecho al cobro de sus créditos y, ante esto, quién podría poner en duda el contenido de aquellos discursos, sin embargo, en ninguno de ellos se hablaba de atenuantes, como si el Infonavit las tuviera todas de su lado. Ninguno de aquéllos expuso algo cercano a las culpas institucionales, cualquiera que ignorara los pormenores de estos asuntos hubiera dado la razón plena al instituto, pero eso no era concebible dado que, se suponía, los altos jefes estaban enterados de las graves omisiones y de la negligencia con la que se manejaba al instituto pero que, naturalmente, eso no lo iban a confesar, a través de la exposición de atenuantes a favor de los deudores. *Tito* quiso tomar

la palabra pero el delegado le indicó que esperara a que ellos solicitaran opiniones o propuestas, mismas que cuando fueron solicitadas fue con la indicación de que se expusieran por escrito y que las enviaran a oficinas centrales. Cuando regresaron a Saltillo, el escrito que habían enviado hacia dos meses lo enviaron de nueva cuenta, con la aclaración de que ya se los habían enviado a manera de propuesta, y que ahora se trataba de la misma. Jamás se recibió comentario alguno en respuesta pero, en cambio, la aplicación de aquella circular fue refrendada y exigida tal y como se había ordenado, con puntos y comas. El resultado, un gran fracaso.

Durante un par de semanas no se presentó ningún interesado en apegarse a aquella propuesta; resultaba infantil esperar que alguien así se interesara en ella, pero una vez transcurrido ese tiempo, se empezaron a dar los primeros casos de acreditados que se acercaban a hacer trámites, pero basados en aquellas indicaciones vertidas en Torreón, es decir, que se trataba de deudores con derecho a que se les liberara el adeudo con motivo de incapacidades y de beneficiarios de trabajadores que ya habían fallecido, pero que por su ignorancia no habían acudido al instituto a hacer válido su derecho, mismo que está plenamente tutelado por la misma Ley del Infonavit y la Ley Federal del Trabajo.

Un lunes muy temprano, se presentó ante *Tito* un representante del líder de la CTM en La Laguna, cuya misión era la de hacer efectiva la propuesta que *Tito* había expuesto en aquella ocasión en la que fueron tomadas las oficinas. Se trataba de un paquete de más de 70 ex trabajadores, que a la fecha estaban incapacitados por el IMSS, y algunos 40 casos más de acreditados que ya habían fallecido. De acuerdo con la forma en la que era aplicada la ley, en el área a cargo de *Tito*, aquellos asuntos no ameritaban discusión y, por lo mismo, los turnó con un oficio al área del Jurídico, para que fuera ésta, la que girara las órdenes al Registro Público de la Propiedad en Torreón, para que se cancelaran las hipotecas correspondientes, en vista de que, según la ley, por tales causales los adeudos deberían ser liberados. De este modo, *Tito* daba cumplimiento al ofrecimiento vertido en la reunión de Torreón, y aquel representante de la CTM, no tenía duda alguna de que el ofrecimiento estaba plenamente cumplido. Sin embargo, como el líder había estado en la creencia de que el trámite quedaría resuelto una vez que *Tito* firmara algo, y no que la cancelación oficial dependería de otro, se retiró con sus dudas, ya que el jefe del Jurídico le indicó que esos casos los iba a consultar con oficinas centrales, porque se daba la circunstancia de que, todos los interesados, presentaban adeudos anteriores a la fecha en la que el IMSS les había dictaminado la incapacidad total o adeudos anteriores a la

fecha de fallecimiento, y eso obligaba a los interesados a liquidar tales adeudos anteriores y solamente se les liberaría lo que aún salieran debiendo. *Tito* no entró en aclaraciones con su colega, porque consideró que en el oficio que había girado, bastaba con citar los fundamentos de ley en los que basaba su escrito, pero nunca imaginó que en el jurídico sostuvieran una postura distinta y simplemente esperó las consecuencias de todo aquello, por una parte la reacción de los interesados y, por la otra, la respuesta de oficinas centrales.

Bajo aquel criterio, o sea, el de esperar las reacciones de los interesados, por esos días tan agitados, como consecuencia de la aplicación de aquella circular absurda, se empezaron a juntar desde muy temprana hora, a las afueras de las oficinas de la delegación, personas a quienes les afectaba la tantas veces aludida circular, y de unas cuantas pasaron a sumar por lo menos un centenar a cuya cabeza estaba un líder de los que nunca faltan, incluso este personaje no tenía ningún beneficio que pelear ante el Infonavit, porque no era ni trabajador, ni acreditado, ni beneficiario bajo ninguna circunstancia, era un agitador profesional que de todo sacaba partido. Las consignas eran en el sentido de que querían hablar con el delegado para llegar a alguna solución, cualquiera, menos la que se estaba planteando por parte del Infonavit, en la circular que tantos problemas estaba originando.

Se conformó una comisión para ser recibida por el delegado y después de unos minutos ya estaban dialogando en el privado. *Tito*, un tanto cuanto sorprendido porque no fue invitado a aquella reunión, pese a que todo aquello era de su estricta incumbencia, estaba expectante, esperando afuera del despacho del delegado a que en cualquier momento pudiera ser llamado, mas esto no sucedió. *Tito* se había retirado por unos minutos de la sala de espera y cuando regresó sorprendió al delegado hablando por teléfono por la extensión de la secretaria, pero, como se encontraba de espaldas a *Tito*, no se pudo percatar de que éste estaba escuchando, y por lo que estaba tratando, era fácil concluir que se estaba refiriendo a lo que en esos momentos estaba sucediendo en la delegación. Se podía pensar que como esa llamada no la podía hacer delante de aquella gente, ése era el motivo por el cual había salido de su despacho para comunicarse con entera libertad y pedir alguna instrucción.

–Oye, Catalán (se trataba de un alto funcionario de oficinas centrales)… pero, y cuando no se tiene derecho a Infonavit, ¿cómo se le hace? Enseguida un silencio y después del mismo, el delegado concluye… Bueno, pues entonces así lo voy a hacer, seguiré tus instrucciones. Yo te envío la documentación y todo, para que me lo autorices… ¿sale? Hasta luego…

El delegado colgó el teléfono y se metió a su privado. No se dio cuenta de que *Tito* lo había escuchado. Aquella reunión no se llevó mucho tiempo y todos los asistentes a ella, cuando salieron del privado, mostraban un semblante muy satisfactorio.

Cuando *Tito* preguntó al delegado acerca de la forma en la que había logrado someter, por así decirlo, a aquel líder cuya fama de aguerrido causaba pavor a donde quiera que llegaba con sus seguidores o acarreados que, por cierto, siempre eran los mismos, eran miembros de colonias proletarias que agarraban banderas de todo tipo, sólo con la finalidad de sacar ventajas personales, a cambio de supuestos apoyos a todo aquel que lo solicitara, tal y como el caso que nos ocupa, porque en realidad los afectados por el Infonavit apenas sí llagarían a 20 personas, y el resto de los manifestantes no eran otra cosa más que el grupo de choque que siempre era comandado por este líder, conocido simplemente por su apellido, Montelongo; el delegado sólo se concretó a decir: –Ya esta todo arreglado y bajo control.

Efectivamente, durante el resto de la gestión de este jefe, aquel líder jamás se volvió a presentar en apoyo de alguien o de alguna causa, pese a que se seguían presentando manifestaciones de inconformes por diferentes causas. No fue sino hasta ya transcurridos diez años, en ocasión de que *Tito* tuviera la oportunidad de encabezar otra área de trabajo de nueva creación, denominada de 'Cartera', que se pudo enterar de cuál había sido el arreglo al que habían llegado su jefe y el líder. Se trató, simplemente, de que el delegado le autorizó un crédito sin que el líder tuviera derecho a ello, cambiándole el apellido de Montelongo a Montiel, para que el Registro Federal de Contribuyentes no se le afectara. Cuando *Tito* se enteró del asunto, ese crédito formaba parte de los muchos que durante años, jamás registraron un solo abono. Como estos casos, en su momento, fueron tratados con especial atención por *Tito* ya siendo jefe de la nueva área, para ver la manera de rescatar algo al hacer una visita directamente al domicilio de la vivienda correspondiente, su sorpresa fue mayúscula, ya que en el estado de cuenta del crédito no aparecía un solo pago y, sin embargo, ya la vivienda adquirida por ese tal líder había sido vendida más adelante.

Pero, volviendo a los días de problemas motivados por aquella circular de tan tristes recuerdos, las semanas completando meses, transcurrían, en tanto que *Tito* se la pasaba literalmente toreando al otro líder, el de la CTM de Torreón, quien poco a poco iba perdiendo la paciencia, creyendo que aquél había inventado algo simplemente para 'darles el avión'. Naturalmente que el líder, habló con el

delegado y le expuso que estaba desconfiando de la actitud de *Tito*, y amenazaba con endurecer su posición si en el corto plazo no se tenía alguna respuesta. Por su parte, el delegado tuvo que hacer lo mismo con *Tito*, preguntándole si aquello había sido una mera vacilada sólo para darle largas al asunto. Éste le contestó, firmemente, que eso no era verdad, y que el asunto ya estaba en manos de quien tenía que resolver, o sea, el jefe del Jurídico, y cuando el delegado preguntó por este asunto al jefe de esa área, éste simplemente dijo que a la fecha no había obtenido una respuesta al respecto por parte de oficinas centrales y que, en todo caso, en su área se estaban apegando a una orden que hacía mucho tiempo le habían girado en una circular, también del departamento Jurídico, y que tal vez por esa razón simplemente ni le iban a contestar. Ante esto, el delegado los instó para aclarar las discrepancias que había entre ambos.

Tito aclaró: –Mira, delegado, de acuerdo con el artículo 51 de la Ley del Infonavit, en los casos que nos ocupan, los saldos a cargo de los deudores, el que tengan, al momento en el que el IMSS les dictamine una incapacidad del 50% o más, lo mismo que si es el caso de fallecidos, ese saldo se deberá liberar, sin más requisito que el dictamen del IMSS, ni más ni menos, ya que la ley no hace referencia a condición alguna y esa disposición es categórica o imperativa. Asimismo, eso está previsto en la Ley Federal del Trabajo, en el artículo 145, no hay nada qué discutir (Nota: Años después la Suprema Corte de la Nación, emitió una jurisprudencia a favor de este tipo de situaciones, coincidiendo con ello, lo sustentado por *Tito* en su momento).

El jefe del Jurídico intervino: ¡Ah!, entonces si un acreditado no ha pagado un sólo centavo de su crédito, porque así tenemos a cientos de ellos, si fallece, ya el instituto ¿se jodió? Yo no creo que en oficinas centrales sean tan tontos como para no darse cuenta de que la circular que nos enviaron es incorrecta. Creo que ellos han de tener a todo tipo de asesores, y no nomás porque sí nos van a dar órdenes, así sin consultar lo que es correcto. Yo no lo creo.

–Yo tampoco lo creo –dijo el delegado–, pero si como dice *Tito* esa disposición es categórica, entonces ¿qué es lo que debemos hacer?

–Pues yo opino que, de que lloren en la casa de los deudores o de que lloremos en la nuestra, mejor que lloren ellos. Yo no metería las manos a la lumbre por ellos. En todo caso, ellos han sido los responsables de sus atrasos, al menos en su mayoría, aclaró el jefe de Jurídico.

–Si no tuviéramos qué enfrentarnos a ellos, tu proceder sería lo más cómodo, pero no es así, ya que, como lo ves, poco a poco van haciendo más y más presión, comentó *Tito*.

–¿Quién te mandó haberles creado esa expectativa?, yo no lo hubiera hecho, aseveró el abogado.

El delegado expresó: –Pareciera ser lo más práctico, pero no es lo correcto. Yo solamente tengo mis dudas, porque como soy arquitecto, eso de las leyes no es mi fuerte. Si fuera cierto lo que afirma *Tito* tú, como abogado que eres, no deberías de pensar en esa forma, y, por otro lado, si *Tito* no es experto en leyes, entonces, pudiera ser que en oficinas centrales estuvieran actuando correctamente.

–Mira delegado, estoy de acuerdo en que no soy abogado, pero soy contador. Y los fundamentos del derecho también me los enseñaron en la universidad. Por eso creo que ante una disposición Imperativa, tal y como está escrito el artículo al que hago referencia, no cabe discusión alguna, máxime que tampoco existe en esa disposición condicionante alguna.

–Bueno, pero, y ¿qué vamos a hacer?, preguntó el delegado porque lo que sí es un hecho, es que ya tenemos un cuete en la mano, y en lo que son peras o son manzanas algo tenemos que hacer.

–Eso es lo cierto, porque no solamente son los casos que nos trajo el líder de Torreón, ya se le han sumado más. Aquí en Saltillo, como también los he enterado de ese procedimiento ya se me acumularon muchos casos, lo mismo que los que han llegado de otras partes del estado, y las consultas por teléfono están a la orden del día. No me doy abasto y ya no sé qué contestarles. Una cosa sí les digo, mi opinión es en el sentido de que esos casos deben ser liberados. La ley es clara. Además, nosotros no estamos para interpretarla, sólo para cumplirla, enfatizó *Tito*.

–Pues qué cómodo es tu punto de vista. Como no eres tú quien ha de firmar las liberaciones quieres que a mí me truenen, se quejó el abogado.

–No es lo que quiero, dijo *Tito*, opino simplemente que la pelotita está en tu cancha y debes ser tú quien insista en la consulta, porque si lo hago yo me van a contestar que no es de mi incumbencia el asunto, así de simple.

–Oye, Alfonso, y tú como jefe del Jurídico, ¿en qué términos hiciste la consulta?, porque no recuerdo que me hayas marcado copia de eso, ¿o sí?

Alfonso, el licenciado que fungía como jefe del Jurídico, mostró al delegado el oficio en el que, según él, había planteado la consulta a sus superiores; de aquel escrito no se desprendía nada en concreto, sólo una tímida insinuación acerca de lo que se pudiera interpretar como una consulta.

El delegado era una persona muy ecuánime, y jamás se había mostrado enojado pero, en esa ocasión, por más que disimuló su disgusto, no tuvo más que reaccionar y aceptar que la situación no iba a tener respuesta alguna, porque no se había planteado ni el problema que existía en la delegación, ni mucho menos se planteaba una pregunta en concreto acerca de la manera en la que se habría de aplicar lo dispuesto por la ley. Después de un breve silencio dio por terminada la reunión. Alfonso y *Tito*, salieron del privado del delegado y cada uno se dirigió a su lugar de trabajo sin cruzar palabra.

Habría transcurrido una hora más o menos cuando, por la red interna, *Tito* atendió una llamada del delegado, quien le pidió que fuera al privado. Una vez ahí, el delegado, ya con mejor semblante, dijo:

–No gano nada con disgustarme. He pensado que Alfonso me ha metido en un grave problema porque ahora que me presente ante la Comisión Consultiva de Torreón, el líder de la CTM me va a tupir, y con sobrada razón. Además, yo no puedo salir con mi batea de babas, echándole la culpa al Jurídico, dirá que entonces, ¿para qué estoy aquí? Dime *Tito*, de verdad ¿tú interpretas la ley de ese modo en que lo defiendes? Porque de acuerdo con lo que escuché del Jurídico, su actuación es más que acomodaticia y nada responsable, y luego de leer aquel oficio, del que ni siquiera me marcó copia, eso no se lo voy a pasar, necesito que me convenzas de que tu punto de vista, por lo menos, es defendible. Porque siendo así, entonces yo voy a tomar el toro por los cuernos. ¡No hay de otra!, este problema nos va a traer plantones y periodicazos, y con eso de que por aquí no nos quieren a los del DF, hasta ahora no he tenido enfrentamientos por esas pendejadas, no quiero problemas.

–Estoy absolutamente convencido de lo que digo; si yo fuera el que tuviera que plantear la consulta, te aseguro que no me temblaría la mano.

–Sí, ya te conozco. A veces es un buen entrenamiento ser contestatario, porque a la hora de tomar decisiones no da temor a hablar u opinar. Sólo algunos tienen esa característica, pero no sé si es una virtud o un defecto, te lo juro. Ahora necesito de una persona como tú. Ayúdame a redactar un oficio que diga, sin lugar a dobleces, que vamos a actuar de acuerdo con lo que dice la ley, pero, con algún atenuante para que no parezca rebeldía, o algo así, que al final de cuentas, como lo tienes ya documentado, ya tenemos muchos casos que nos van a causar problemas. Úsalo de alguna manera, y preséntame un proyecto de oficio, ¿sale?

–Esa voz me agrada. Al rato te molesto para que lo revises.

Tito salió del privado e inmediatamente se puso en acción para redactar un oficio, más o menos en las condiciones que el delegado le había sugerido, y después de varios intentos se le ocurrió uno que, en primer término y en pocas palabras, hacía del conocimiento de que en la delegación ya se tenía un grave problema, lo que además era verdad, e inmediatamente sentenciaba que en la delegación se iba a actuar conforme a la ley y que ya se estaban liberando los casos de conformidad con la misma. La idea era que, al leer aquel oficio en oficinas centrales reaccionaran de inmediato, es decir, alarmarlos, diciéndoles que ya estaban actuando en consecuencia, de modo que no se interpretara aquello como una consulta. Si guardaban silencio, tal y como era la costumbre, entonces adelante, pero, si era lo contrario, obligaban a que se pusieran a razonar el sentido estricto de la ley y, a la vez, obligarlos a dar una respuesta que sirviera para protegerse contra los embates del sector de los trabajadores.

La forma y el contenido de aquel oficio no fue objetado por el delegado y así fue enviado a oficinas centrales, para luego esperar la reacción. Mientras llegaba alguna respuesta, los casos se seguían acumulando. Muchos eran los interesados en que se les liberaran los adeudos con base en aquella disposición legal, mas sin embargo, en el Jurídico seguían con su negativa y de oficinas centrales no llegaba ni una sola noticia. Naturalmente que las consultas de los interesados eran frecuentes, sobre todo de parte del líder de la CTM, quien no dejaba de ejercer presión. Cierto día, después de unos tres meses de haberse enviado aquel oficio, se apersonó ante *Tito* el líder de la CTM, quien, visiblemente molesto, pero sin faltar a los buenos modos, sobre todo porque bien sabía que el asunto estaba detenido en el Jurídico, pero como aquel jefe estaba muy bien posicionado en su puesto, en virtud de una palanca que tenía con el gobernador del estado, nada se le podía exigir. Por tal motivo, *Tito* seguía siendo el centro de todo aquel asunto sin arreglar:

–Sr. Contador, dijo el líder dirigiéndose a *Tito*, yo creo que ya ha pasado el tiempo suficiente como para que la propuesta que ustedes nos hicieron ya tenga algo en firme. La gente está muy molesta y yo estoy en medio de todo esto, porque si usted mal no recuerda, intervine para calmarla y les dimos un voto de confianza. Ellos confiaron en mí y yo en ustedes. De modo que ahora vengo por una respuesta en firme.

–Usted bien sabe señor, que el asunto no está en mis manos, y estoy consciente de que si el Jurídico ha detenido los asuntos, no es porque tenga la razón, pero yo no puedo obligarlo a que actúe en forma diferente, ni el delegado, porque como aquél dice que él tiene una orden oficial para negarse a liberar los saldos de los trabajadores con dictámenes del IMSS, pues él tiene la forma de estarse protegiendo, en cambio nosotros, nada. Sin embargo, se me ha estado ocurriendo una cosa. Que se proceda, por parte de los interesados, a hacer la consulta directamente a la Comisión de Inconformidades del Infonavit, misma que se deberá presentar por escrito y en forma personalizada, porque ahí no se vale actuar en forma colectiva mediante una representación. Por eso, todo aquel que se decida a actuar así, que venga conmigo, yo le redacto el escrito y se lo fundamento y solamente que me lo firme y me doy por notificado, para luego, yo enviarlo por valija y con un oficio, para que se vean obligados a dar respuesta oficial, ¿cómo la ve? Así, yo estoy en lo dicho, dispuesto a ayudarlos dentro de la ley, y usted queda a salvo de reclamaciones. Piénsela y decida. El líder, se quedó por unos momentos pensativo y luego de eso, contestó:

–Viéndolo bien, yo creo que es lo mejor. Que decidan directamente los que puedan decidir, y haremos a un lado al Jurídico. ¡Pero, lo dicho!, ¿eh?, usted los orienta y les recibe los escritos para enviarlos a la comisión, ¿*ok*?

–¡*Ok*!, mándemelos. Yo los atiendo. O, mejor, horita mismo le redacto un machote, y lo llenan allá, lo firman, cada uno el suyo y me los envían en paquete, así les evitamos un viaje y ablandamos un poco esto, ¿cómo la ve ?

–Muy bien, ¡excelente idea!, adelante con eso.

Tito se puso de imediato a idear aquel documento para que Mónica, su secretaria, lo mecanografiara; luego le indicó al líder que se lo llevara y que le sacara tantas copias como hicieran falta, y lo repartiera entre los interesados, para así continuar con aquel plan. Habrían transcurrido unos 10 días cuando *Tito* recibió el paquete conteniendo cartas dirigidas a la Comisión de Inconformidades, firmó y selló de

recibida la lista que se anexaba al paquete, y la regresó al líder en calidad de acuse de recibo. Luego procedió a redactar un oficio para la comisión para hacerle saber que había recibido aquel paquete de parte del representante de la CTM en La Laguna, y que quedaba en espera de las respuestas respectivas, no sin antes hacer de su conocimiento que en la delegación ya se tenía un grave problema por la falta de un lineamiento definido y concreto con respecto a aquellas peticiones. De nueva cuenta tuvo que transcurrir casi otro mes, para que en la oficina de *Tito* se empezaran a dar las respuestas esperadas, porque la Comisión de Inconformidades envió las respuestas directamente a cada uno de los peticionarios y no se dio parte a *Tito*. La respuesta era en el sentido de que como no se trataba de una inconformidad en contra de alguna actuación concreta por parte del Infonavit, misma que debería constar en alguna resolución formal tomada por el área Jurídica de la delegación, la inconformidad presentada ante esa comisión, no era procedente. Era obvio, o tal vez 'comodino', por parte de la comisión, no darse por enterada de que en uno de los párrafos del machote llenado por los inconformes, decía que se estaba actuando de ese modo en virtud de que, en el área Jurídica de la delegación, se les negaba la liberación de los adeudos y por tal motivo 'estaban haciendo una consulta', mas no que se trataba de una inconformidad y tampoco se decía que se estaba solicitando que la comisión 'liberara', lo que en realidad no era de su competencia. Entonces era evidente que la comisión actuó de ese modo para lograr la consabida moratoria, ésa que siempre es utilizada por los que ejercen el poder, y, aplicar así, la ley del astronauta… 'Poner en órbita a todos, para no resolverles nada'. La comisión no se tomó la molestia, ni tantito, para consultar a quien sí podía dar alguna opinión, y ayudar a destrabar aquel problema, que en realidad no lo era, y simplemente reviró en los términos menos útiles y los más cobardes.

Ahora los interesados estaban aprisionados, porque no les quedaba más que intentar un juicio por la vía laboral o por la civil; la que se intentara desencantaba a cualquiera porque argumentaban los quejosos, que jamás un juez va a ponerse en contra de una autoridad, lo que era un camino hacia un fracaso anunciado. Algunos de los interesados si bien no actuaron por alguna de aquellas vías, lo volvieron a hacer a través de *Tito*, quien los seguía asesorando, y las respuestas seguían siendo las mismas, tan evasivas como cobardes; los meses fueron transcurriendo y no se resolvió ni un solo caso. Un día de tantos, ya después de haber transcurrido casi dos años, se presentó ante *Tito* uno de aquellos interesados, pero era de los pertenecientes a Saltillo, porque los de La Laguna, se dieron por decepcionados. Ese interesado traía consigo un oficio en el que la comisión le estaba contestando, después de un año, algo que ya equivalía a una opinión, o

sea que era algo más que un oficio con evasivas, en el sentido de que, 'tenía que pagar las mensualidades omitidas, anteriores a la fecha en la que el IMSS le hubiera otorgado la incapacidad definitiva, etc., o sea, lo mismo que el Infonavit venía sosteniendo desde siempre, pero, se agregaba… 'Porque se supone que usted debió estar al corriente para tener derecho a… etc'. En esto último había algo que daba pie a una defensa, porque decía… 'Se supone…', o sea, que no había una disposición que categóricamente obligara a nadie a estar al corriente de los pagos para tener derecho a que el seguro, que protegía esos casos, le fuera aplicado en su beneficio al pensionado. *Tito* convenció al interesado para que firmara una carta, que él mismo le ayudó a redactar, y una vez que se la recibiera, turnarla a la comisión, escrito que puntualizaba sobre aquel término de 'Se supone', para contravenirlo, diciendo que la ley no señalaba *Supuestos*, sino que se trataba de una Orden Categórica, y que eso de, 'Se supone', era algo que no tenía por qué agregarse al texto de la ley.

Mientras se esperaba una respuesta, la cual, ahora no tardó mucho tiempo, digamos que apenas dos semanas, *Tito* recibió unas llamadas telefónicas de parte de la Comisión de Inconformidades, mismas que, por supuesto, no eran del titular, sino de una dependiente de menor nivel, quien ostensiblemente molesta y tal vez sacada de sus casillas, por tantos y tantos escritos en torno a aquel asunto, cometió la indiscreción de decir: 'estamos seguros, por aquí en la comisión, que es usted mismo quien les redacta los escritos…' *Tito* no hizo ningún comentario y simplemente esperó a que su 'defendido', por decirlo de algún modo, recibiera la contestación definitiva, aquella que debería ser contundente, letal, para luego interponer una demanda ante la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, misma que es competente para ventilar este tipo de controversias en contra del Infonavit y, desde luego, aclarándole al interesado que no se preocupara por atender el juicio, que sería el mismo *Tito* quien se iba a encargar de todo porque, definitivamente, si un asunto se resolvía a favor de un trabajador, así se tendrían que resolver todos los demás.

Cuando el interesado recibió la respuesta tan esperada, acudió ante *Tito* y en el escrito aquel no había nada nuevo, era una simple reiteración de que… 'Debía liquidar sus adeudos pendientes…', y lo llamativo en esta ocasión era quien firmaba aquel oficio, era la empleada aquella que le había hablado por teléfono y cuya firma estaba estampada de manera espectacular, de un modo más que elocuente, como queriendo persuadir a *Tito* de que ya se dejara de indirectas o algo así por el estilo, porque esa rúbrica abarcaba la hoja casi de lado a lado y las letras eran tan grandes que de arriba hacia abajo ocupaban un lugar más que

exagerado o fuera de lógica. En esta ocasión, el individuo al que *Tito* asesoraba y que le estaba sirviendo de punta de lanza para abrir los cauces a favor de tantos afectados, estaba acompañado por su esposa, quien se espantó al escuchar a *Tito* acerca del gran paso que se iba a dar y al cual él estaba bien dispuesto, y convenció a su esposo para que ya no continuara con aquello, y que si quería liberar la hipoteca y dejar las escrituras en orden lo mejor era pagar lo que adeudaban y que dejara las cosas hasta ahí. *Tito* trató de convencerla de que lo que hacían no les iba a acarrear ningún problema y que, a lo mucho, lo peor que les podría pasar era pagar y que, por el contrario, su caso iba a servir para el beneficio de muchos otros. Ella simplemente dijo: –Pues ellos que así lo hagan. No nos metamos en problemas. *Tito*, por su parte, ocultó su gran frustración, y pensó para sí "Déjalos mi *Tito*. Esta gente sigue sin tener Conciencia de Clase. Incapaces de ayudarse entre ellos mismos. Que los demás se chinguen. Ésa es su filosofía. Tú ¿para qué te metes?" <Así es *mi buen*, te metes de redentor y sales crucificado>.

Durante días, Mónica había notado un semblante de tristeza y de actitud poco dinámica en su jefe y no era difícil colegir los motivos, y por lo mismo se dirigió a él para hacerle plática:

–¿Algún problema jefe?

–¿Problema?, no. O al menos no es mi problema.

–No entiendo.

–Sí, que no es mi problema lo que me tiene pensativo, sino que, más bien creo que el problema lo tienen otros. Para ser claro, me refiero al asunto que nos ha traído de cola en los últimos tiempos. Se habrá dado cuenta de que si no es a través de líderes, la gente es incapaz de ejercitar sus derechos por sí misma. Si no es a través de 'tranzas', la gente no cree que avanza para arreglar sus problemas, no se interesa en acudir a instancias legales. Que los más fregados son los que menos hacen por otro fregado y siempre esperan que un influyente los rescate. Que aquí en el Infonavit, los jerarcas y los deudores se han vuelto unos cínicos, unos porque hacen como que mandan, como que atienden, como que administran, como que trabajan; y los otros hacen como que obedecen, como que pagan los créditos, como que cumplen, como que agradecen y, en fin, todos se hacen pendejos. Sólo faltamos los empleados y eso sí me preocuparía, que si no tomamos conciencia del para qué estamos aquí, vamos a estar como

ellos, convertidos también en unos cínicos. No sé si se habrá puesto a pensar en que todos los programas, todos, acaban en la nada, en el olvido, pero eso sí, cuánta lana se gasta en su aplicación, cursos de capacitación, juntas interdisciplinarias de jefes, reuniones nacionales para definir estrategias, papelería, formatos, teléfonos, viáticos, hoteles, comidas, fotografías, declaraciones en los medios, y en fin, puritito *bloff*.

–Es cierto. Y aquí estamos igual que como empezamos. Yo también me pongo a pensar en eso y no veo que se arreglen las cosas y los archivos están llenos de asuntos inconclusos. Pero eso sí, la 'informitis', no se les quita a los jefes de oficinas centrales, porque, ¡ah, cómo joden!, mi sueldo lo desquito nomás en esos malditos reportes que, finalmente, creo que no han servido para nada y a nadie, y luego sin la ayuda de la Rebe, la sobrecarga de trabajo, y además, trabajo inútil, es tremendo; ya llevamos no sé cuánto tiempo esperando a que se asigne a alguien en el puesto y nada.

–¡Más de un año!, casi 18 meses ya. Y lo peor de todo es Torreón, donde nunca hemos tenido a alguien de buen nivel para que atienda los asuntos, y ni esperar siquiera que algún día las cosas cambien, al contrario, ya lo ve, los recortes de personal están a la orden del día y nuestros sabios del centro creen que con los servicios sociales que nos prestan los estudiantes que vienen a 'dizque' ayudarnos, se van a solucionar las cosas, las que verdaderamente significan problemas y no los inventos que nos envían, ésos…

–Dígalo, dígalo, esos chilangos, porque estoy bien convencida de que la Rebe, no estaba equivocada.

–No, Mónica. Si se fija bien el chilanguismo es cosa de actitudes más que de atributos físicos o de orígenes de la gente, ya lo vimos también por aquí. Actitudes irresponsables, invasores de viviendas, patrones omisos y evasores, gente atenida a los demás en bola, e incapaz de arreglar sus propios asuntos y todo eso que vemos cotidianamente por todas partes, ¡no me dirá que es una gracia! Me entristece que el caso que según yo, ya tenía como arma, para obligar a oficinas centrales a que fijara su posición, una vez enfrentados a un afectado defendiéndose por la vía legal, pero cuando ya los teníamos contra la pared se rajó, o mejor dicho la esposa se entrometió y todo lo echó a perder. Como usted lo ha visto en todas partes hay rajones.

Entre requerimientos a empresas incumplidas interpuestos por el Infonavit, unos en forma ilegal y otros en forma ya prescrita, y muchos más que no estando en tales condiciones de debilidad eran contestados, cierto, pero para no resolver absolutamente nada, sino que contestaban lo que les daba la gana, por la misma debilidad del Infonavit y entre problemas creados por el mismo Infonavit, queriendo aplicar medidas absurdas, con evasivas a los trabajadores que se inconformaban, con silencios ante consultas interpuestas por éstos, por la vía legal, etc., y para colmo, ante afectados que no procedían ni en defensa propia por temor o por abulia, que lo único que estaban provocando era el atiborramiento de archivos con asuntos inconclusos, que provocaban también manifestaciones de inconformidad, toma de oficinas, secuestro de personal, periodicazos, deterioro de la imagen del Infonavit, nacimiento de animadversiones contra el instituto, acrecentando la cultura del revanchismo a través del *No pago*, etc., y en fin, entre tantos programas inútiles, acciones institucionales poco o nada sesudas, y finalmente cobros de efectivo más que pobres o ridículos, si tomamos en cuenta el balance del costo beneficio, pasó el tiempo, traducido en años, un lapso ente 1985 a 1992, siete años infructuosos.

En 1992 surge otra novedad que afectó al Infonavit, la aparición del SAR (Sistema de Ahorro para el Retiro), cuya inclusión de este instituto a tal sistema, obedeció a que, como el Infonavit no pagaba intereses a las cuentas individuales de los trabajadores, ahora se hacía necesario que esos ahorros redituaran algo a sus titulares, pero que, con el SAR o sin él, el Infonavit pudo haberles pagado intereses de todos modos y no era necesaria la aparición de este sistema.

De nueva cuenta el Infonavit cayó en omisiones graves, lo cual indicaba que para nada le servía la experiencia de 20 años vividos, pues sabiendo que el referido sistema le iba a impactar no preparó gente, no impartió cursos de capacitación entre el personal, que favoreciera a los cuenta habientes cada vez que se acercaban a solicitar información, provocando que aquéllos cayeran en un túnel, en una cueva sin luz, y los posteriores cinco años de ahorros quedaron entrampados en infinidad de casos, cuyos fondos perdidos fueron utilizados por el gobierno federal para fines muy distintos a lo que fuera el objetivo inicial. Esta deficiencia en materia de capacitación la ha traído ese instituto desde su aparición. Otro error cometido fue el hecho de que para el control de las cuentas individuales se siguió utilizando el Registro Federal de Contribuyentes del trabajador pese a que, bien se sabía en el instituto, esa forma de control había causado infinidad de problemas y ocasionado la pérdida de muchos fondos de ahorro, cuyos importes no fueron reclamados por sus titulares porque eran cantidades poco atractivas. Ahora, ya

no sería el Infonavit quien llevara el registro de las cuentas individuales, sino que, dado el novedoso criterio de los gobernantes en turno, habría que pasarles beneficios a los banqueros y, con esto, resultó que ahora serían los bancos los que sustituyeran al instituto y serían los que llevaran los citados registros, claro que con el cobro de una comisión. De acuerdo con lo anterior, desde que apareció el SAR, en marzo de 1992, y hasta junio de 1997 (cinco años), al seguirse utilizando el RFC como medio de control, los bancos empezaron a tener los mismos problemas que el Infonavit había tenido durante los veinte años inmediatos anteriores, y para efectos de evitar, sobre todo duplicidad de registros o a veces hasta en forma triplicada, en miles de trabajadores, se inventó lo que se dio a conocer como *Homo clave*, y como este número de control lo podían asignar lo mismo bancos, que la SHCP, se dieron casos hasta de cuatro *Homo claves* en muchos ahorradores. Total, el mismo error de antaño, ahora con un agregado, la *Homo clave*.

De nueva cuenta los beneficiarios de los fondos han sufrido uno de tantos vía crucis buscando el origen del problema para que, una vez unificados los números repetidos, les pudieran ser devueltos sus fondos de ahorro. Finalmente, y de plano, en el año de 2002, el gobierno federal se quedó con todas estas cuentas en problemas, porque supuestamente no eran identificables, y crear con esos fondos la actual Financiera Rural. Éste fue un robo en despoblado, y claro, avalado por el Congreso que decretó tal acción.

Tito, por su cuenta, le siguió la huella a este novedoso sistema y logró formar un verdadero archivo de datos, de modo que eso le permitió impartir cursos de capacitación a empresas, sindicatos, grupos colegiados de profesionistas, maquiladoras, etc., logrando con ello ingresos adicionales.

Dentro de las novedades acaecidas en 1992, y que dieron pauta para modificar las reglas para el otorgamiento de créditos en el Infonavit, se estableció que los créditos ahora serían asignados bajo un sistema a base de puntos. Primero, puntos para decidir si un trabajador podía ser acreditable, en el momento en el que solicitaba el crédito y, luego, puntos para decidirle, en caso afirmativo, a cuánto podía ascender el monto del préstamo referido. Esos puntos eran obtenidos de unas tablas que, al combinar en ellas las veces del salario mínimo, diario del trabajador, y su edad, justo en donde convergían esos dos datos, existía un número clave, que, si era igual o superior al exigido por el Infonavit, para dar por acreditable a un solicitante, así se seleccionaba, y luego en otra tabla, combinando esos mismos factores, se obtenía otro número el cual significaba la cantidad de veces el salario mínimo mensual del DF, al cual podía aspirar el acreditado.

Si bien, la intención del instituto era la de evitar que los créditos fueran asignados de manera directa, a ojo de buen cubero y a base de influencias, como ya hemos contado en su momento, no obstante, el error de nuevo estuvo presente.

Tito tuvo muchos desencuentros, por así decirlo, de nueva cuenta con oficinas centrales, porque cada crédito que se otorgaba, con base con el nuevo sistema, pero afectado con las mañas que nunca han faltado en ese instituto, la carga de trabajo, inútil además, repercutía en su área de labores.

Cierto día, lunes por cierto, se encontraban en la sala de usos múltiples todos los jefes de área, en una de las acostumbradas y tempraneras juntas interdisciplinarias. Era algo exigido por oficinas centrales a cada delegación, pero éstas de poco o nada servían porque, era lógico que a los delegados únicamente les interesaba el llamado *Tren de vivienda*, y el resto de actividades ni siquiera las tomaban en cuenta. En este último caso estaba el área de *Tito*, que por tratarse de un área de carácter fiscal y de Cartera, obvio era que causaba problemas a los empresarios lo mismo que a los acreditados morosos y las repercusiones no eran agradables, si las comparamos con lo alegre que resultaba el soltar créditos, máxime si éstos eran entregados a la ligera, aparte de lo redituable que era lo resultante del famoso *Tren de vivienda* que era la parte alegre, la parte que redituaba… de todo…

Cuando tocó el turno a *Tito*, para exponer los asuntos de su competencia que, particularmente, en esos momentos, se referirían a la sobrecarga de trabajo que le estaba causando la entrega de créditos de manera 'ligera', por no decir 'irregular', ya todos los demás estaban cansados, *Tito* era el último en exponer asuntos de su área, y como aquellas reuniones duraban hasta cinco horas, era lógico que ya a nadie le interesaba lo que él expusiera. Lo fiscal y lo de cartera vencida, era algo totalmente ajeno y despreciado por los jerarcas del instituto.

Tito, por tal motivo, solicitó la presencia y la atención de todos, para exponer aquel asunto, el cual le estaba representando una carga indebida y extra de trabajo en todo el estado, y que si a eso se agregaba el hecho de que solamente en Saltillo se contaba con personal, la situación ya era insostenible:

–Delegado. Necesitamos poner orden en el área de créditos, porque se están dando situaciones muy irregulares.

–¿Quieres explicarnos eso?

–Por supuesto. Todos sabemos que ahora, con el nuevo sistema para el otorgamiento de créditos, uno de los factores que se requieren es conocer el salario del trabajador, y este dato se puede falsificar fácilmente, lo que no es posible con la edad, porque para eso sería necesaria un acta de nacimiento chueca y una torcedura en el Registro Federal de Contribuyentes del trabajador. Por lo tanto, a lo que se está recurriendo es a declarar un salario falso, cuyo monto caiga a modo, para que cuando se busque en la tabla de puntos para la asignación del crédito, el solicitante salga agraciado sin tener derecho a ello. Luego, se le otorga un monto de crédito que no le corresponde a su capacidad de endeudamiento y, para que lo pague le va a resultar sumamente gravoso el descuento que se le haga a su salario.

–A ver, Argelio, refiriéndose al jefe de créditos, ¿cómo está este asunto?

–No le veo lo irregular a esto. El trabajador nos trae una carta firmada por su patrón, en donde nos dice cuál es el salario de su trabajador, y ése es el monto que se toma en cuenta para obtener su puntuación. Así está escrito en la normatividad y a ella nos apegamos.

Tito aclaró: –Eso es lo malo, precisamente, que el dato obtenido de ese patrón, es el que acomoda para la puntuación mas no es el sueldo real. Yo creo que para que no nos metan goles lo que se debe solicitar es el Aviso de Modificaciones Salariales que se proporciona al IMSS; ese documento sí que es confiable, porque para que le metan goles al IMSS está cabrón. Ese dato sí es verificable y no el que nos envían las empresas en esas simples cartas membretadas. Además, he descubierto que no coincide el salario que manifiestan esos patrones con lo que aparece en las altas al IMSS.

Argelio reclamó: –¡Oye, oye!, ¿no andarás metiéndote a los archivos de mi área? Eso no te lo voy a permitir.

–¿Qué tienes que decir a eso?, dijo el delegado dirigiéndose a *Tito*.

–Por supuesto que lo hago. Son archivos generales para consulta de toda la delegación. ¿De dónde crees tú que obtengo información para sostenerle a una empresa que algún requerimiento que le fincamos está debidamente fundado y motivado, sobre todo cuando lo que le estamos requiriendo son los abonos omitidos después de habérselos descontado a sus trabajadores de su salario? En estos casos acudo al expediente respectivo, si así lo considero necesario, porque

los archivos no son propiedad de nadie, son del instituto y sirven a sus fines.

–Eso no lo voy a permitir, delegado, y me veo en la necesidad de ponerle cerraduras a los anaqueles en donde se archivan los expedientes de crédito, señaló Argelio.

El delegado dijo: –Yo creo que *Tito* tiene la razón, porque los archivos son propiedad del instituto y deben servir para defender sus intereses. No vayas a cerrar el acceso a ellos.

Argelio volvió a intervenir: –Mira, *Tito*, bien sabemos que eres muy dado a meterte en las actividades de otras áreas y eso no está bien, al menos en mi área no lo voy a permitir. Eso que dices, de que hay irregularidades en el otorgamiento de créditos es muy grave y lo mejor será que lo reconsideres porque se va a prestar a malos entendidos.

–Mira, delegado, todo lo tengo debidamente documentado, aseguró *Tito*, cuando lo quieras ver pídemelo. Y con otra, ahí te va. Resulta que en muchos de los casos que te digo, son las mismas constructoras las que fungen como patrones de acreditados para acomodar sus viviendas entre ellos, pero una vez que han obtenido el crédito y que ya poseen la casa, los dan de baja en la empresas y no alcanzan ni a pagar un bimestre, porque resulta que para el siguiente ya no laboran con ellas. Son simples simulaciones para vender sus casas. Ahí están los expedientes que no mienten. Los dan de alta en el IMSS unos seis meses antes de terminar de construir las casas, luego les vienen a tramitar un crédito, con la información falseada en lo tocante al salario que supuestamente devengan, y una vez obtenido y entregada la vivienda, los dan de baja y los envían para acá, para que los registremos en el pago directo. Ésas son simulaciones aquí y en China. Eso nos provoca que dentro de dos años, porque hasta eso, el Infonavit siempre trae un atraso estúpido en cuanto al control de empresas evasoras, repito que, dentro de dos años, vamos a requerirle a esa constructora que nos pague, lo que debió descontar al salario de su supuesto trabajador, pero lo que va a suceder es que nos van a presentar los *Talones de Liberación a las Retenciones* o la *Baja* de ese trabajador y no vamos a recuperar ni el costo del papel en donde se imprimió el requerimiento y, mucho menos el costo del notificador. A eso, agrégale que la cartera vencida se inicia, precisamente a partir de que un acreditado deja de tener un patrón, porque ya no le volverás a ver ni el polvo. La cultura del 'No pago', es lo que hemos fomentado con nuestras prácticas… 'curiosas'.

–Bueno. Si dices que tienes documentado todo esto, ya lo veremos otro dia. Por ahora, se da por terminada la junta.

El tiempo pasó y jamás se les dio crédito a las palabras de *Tito*. Era obvio, puesto que los delegados no estaban al margen de conocer aquellas prácticas. ¿Con qué motivos?: lo mismo para acelerar la colocación de los créditos del programa y no atrasarse en la parte final del 'Tren de Vivienda', cumplir con 'Las metas', ayudar al director general en la presentación de 'Cifras alegres', porque todos son parte de su equipo, aunque mucho de lo hecho estuviera mal, y que, finalmente, a nadie le ha importado de verdad la recuperación de los créditos. *Tito*, dentro de sí, especulaba: "Si la recuperación significara un negocio, u obtuvieran alguna retribución o premio por atenderla, las cosas serían distintas, pero como nadie sabe lo que habrá de suceder durante los 30 años siguientes al otorgamiento de un crédito (porque ése es el plazo máximo permisible al trabajador para que lo liquide), ese evento futuro a nadie le importa". <Así es, mi *Tito*, los dirigentes saben perfectamente que por lo menos el 50% de los créditos serán irrecuperables, y ése es motivo suficiente para no meterse en esas broncas>. "¡Ah, chingaos, *mi buen*!, la verdad es que no me había puesto a pensar en eso, a ver, a ver, si le damos un porcentaje, más o menos conservador, a las posibles causas de irrecuperabilidad, ¿qué resultaría?" <Pues échale cuentas mi *Tito*… Un 10% de los acreditados terminará incapacitado, a tal grado que el crédito quedará saldado merced al seguro que opera en el Infonavit para estos casos.

Un 10%, habrá de fallecer durante el transcurso del tiempo otorgado para la liquidación del adeudo y también para estos casos operará el seguro antes señalado.

Un 5%, serán créditos apócrifos o clonados, de tal manera que no habrá a quién cobrárselos.

Un 5% no será cobrado en el corto plazo y, para cuando eso suceda, lo recuperado estará muy devaluado.

Un 5%, llegará hasta el fin de los 30 años otorgados en plazo, y siendo así, el saldo que quedare insoluto, deberá ser condonado. Un 5%, habrá de abandonar la vivienda porque se irá en busca de una mejoría en su situación económica, tal y como sucede con los emigrantes a los Estados Unidos. Estas viviendas se verán invadidas y sus ocupantes, aunque quisieran que el Infonavit les regularizara su situación y quisieran pagarlas por su cuenta, eso no habrá de suceder, en vista

de que ese instituto carece de herramientas jurídicas para llevar a cabo ese tipo de operaciones, que por cierto, no es poca cosa.

Un 5% de viviendas habrá de verse destruida por motivos naturales, sobre todo en aquellas regiones de alto riesgo por la presencia constante de meteoros, y aun en regiones con condiciones diferentes, pero que de todos modos y gracias a la corrupción imperante, no están a salvo de haber sido construidas en lugares poco útiles para la habitación humana y van a enfrentar graves problemas.

Un 5% de las viviendas habrá de ser motivo de traspaso ilegal, entre acreditados y terceras personas, o bien habrá de ser motivo de arrendamiento a terceros, sin que eso quiera decir que al Infonavit le vayan a pagar lo suyo. Estos porcentajes podrían variar en cada causal, pero cualquiera que fuera el caso la resultante sería la misma, una merma en los recursos potenciales del Infonavit> "¡Hijo de la chingada!, no andas tan mal *mi buen*, después de todo no eres tan pendejo". <¿Qué pasó, qué pasó, mi *Tito*?, yo creo que después de esto ya deberíamos ir pensando en tener otra forma de ganarnos la vida, porque, a lo mejor, en cualquier momento nos echan, ya ves que no somos interesantes para nadie, y luego qué vamos a hacer?, ya andamos muy empolvados y dudo mucho que este instituto vaya a significar algo interesante dentro de poco tiempo>. "Así es, *mi buen*, y ya lo hemos visto con los que han salido de aquí, ahora andan de mandaderos en las constructoras, o de coyotes al mando de líderes de trabajadores o en las cámaras empresariales, porque, ¿qué otra cosa aprendieron aquí?, ¡ni madre!, y si no te pones chango, te empolvas". <Sí, mi *Tito*, a veces me asaltan esos pensamientos, porque aunque uno le eche ganas al trabajo, o le quieras ser muy fiel o darte más a fondo, entregarte más, que creo que eso es lo que hemos querido hacer, ya lo hemos visto, puras pinches broncas, y finalmente a nadie le importa lo que verdaderamente sucede>.

En ese tipo de consideraciones, encontramos ahora a nuestro personaje, pensando precisamente en algo que, definitivamente, le habría de redituar mejores rendimientos, o sea, en ir preparando su posible salida del Infonavit porque, además, ya le había buscado mucho ruido al chicharrón y en estos organismos aquel que no tiene buenas palancas, buenos contactos, o buena disposición para vender su dignidad, o convertirse en jilguerillo, o en oreja, o en lame colas, en fin en alguien que acepta ser pisoteado, no perdura y, a decir verdad, *Tito* había corrido con mucha suerte y sería muy buen momento para emplearse en algo diferente, y de manera paralela a aquel empleo que, por mucho, no podía ser eterno.

Su estancia en aquel instituto ya sumaba a esa fecha 18 años, y de acuerdo con la forma de ser y de pensar de personas como ésta, no les asegura mucho tiempo, y *Tito*, a pesar de todo, ya había durado bastante en ese empleo y lo bueno era que así lo estaba considerando. Él había estado ahorrando durante algunos años, lo que le valió que para esas fechas ya tuviera algunos recursos importantes; si a eso le agregamos que hacía cinco o seis años había comprado un terreno a alguien que se encontraba en situación ahorcada, y que al paso de los años el sector en donde se encontraba el inmueble fue adquiriendo importancia comercial, las posibilidades de hacer algo en paralelo se le prestaban a la perfección y, ni tardo ni perezoso, tan luego se dio la oportunidad inició un negocio, de manera que terminó dedicándose al arrendamiento de locales comerciales. Junto a esto, *Tito* seguía explotando sus conocimientos en materia de SAR, y de AFORES, impartiendo cursos de capacitación y asesorías, lo que le valió para continuar trabajando en esos menesteres bastante tiempo después de su salida del Infonavit, lo que tuvo lugar a mediados de los noventa.

Pero hagamos un retroceso en el tiempo, para dar continuidad a la historia y dejar los hechos recientemente narrados como un planteamiento de lo que habría de ser el desenlace.

Suspendimos nuestro relato justamente en el momento en el que *Tito* se encontraba en uno de sus acostumbrados ensimismamientos, reflexionando en los porcentajes de casos que habrían de afectar la calidad de la cartera del Infonavit y que, por lo mismo, su recuperación con esos agravantes le habría de significar un verdadero problema y un inevitable quebranto, aunado, claro está, a la negligencia de los dirigentes de aquel organismo, que en lugar de ponerle la atención debida a lo que sí podría ser recuperable y a lo que podría ser evitable o salvable de caer en quebranto, se dedicaban al fomento de las corruptelas, al encubrimiento de hechos hasta delictivos, los cuales estaban perfectamente tipificados en la misma Ley del Infonavit como fraudulentos y perseguibles de oficio, pero que jamás los denunciaron o que, a lo mucho, simplemente despedían al infractor y, en ocasiones, hasta a algún chivo expiatorio pero, hasta eso, previamente pagada la indemnización correspondiente al despedido, lo que hacía aún más curioso el asunto.

Tanto había estado llamando la atención a nivel de la delegación, como en oficinas centrales, porque siempre que había cambios, nuevos programas o por cualquier otra razón, se efectuaban reuniones de jefes de área, y en ellas *Tito* siempre aprovechaba para advertir sobre asuntos que, según él, era conveniente tomar

en cuenta, y que, naturalmente y dada la soberbia de los jerarcas siempre era desestimado, de modo que uno de aquellos días fue llamado por el jefe de asesores de la Dirección General, para que expusiera sus inquietudes, ya que hasta aquéllos habían llegado algunas de sus advertencias, al grado de que, durante aquella exposición, lo invitaron a que formara parte de aquel cuerpo de asesores, pero para lo cual era necesario cambiar de residencia, o sea regresarse al DF, lo que no le resultó atractivo y menos por la diferencia tan pequeña en el sueldo ofrecido, y por otro lado, pensaba que si en la delegación era muy probable que en cualquier día cercano lo despidieran, con mayor razón estando en oficinas centrales y muy cerca de la Dirección General, porque en los cambios que se daban, lo acostumbrado era que con el director general salía todo su séquito; como por esos años los cambios de directores estaban a la orden del día y duraban muy poco, *Tito* no quiso correr el riego y prefirió esperar lo que sería inevitable, pero en su lugar de origen.

El motivo por el que había sido invitado por el cuerpo de asesores era porque, en opinión de *Tito*, se estaban otorgando créditos de manera riesgosa y que, por lo mismo, en poco tiempo la cartera vencida iba a ser más grave de lo que ya era. Su afirmación la basaba en que para efectos de otorgar la calificación aprobatoria del crédito, a muchos que no lo podían obtener, bastaba simplemente con que al aspirante se le inventara un sueldo específico, de manera que, una vez combinado con su edad, la puntuación le favoreciera. Ese sueldo era muy fácil de acomodar, en vista de que sólo se necesitaba que el patrón respectivo expidiera una simple carta con el membrete empresarial, manifestando que el sueldo era precisamente el que se requería para lograr la calificación, y todo lo resumía en unas coordenadas: En la coordenada vertical representaba la edad, y en la horizontal el sueldo del aspirante. Luego, del centro hacia la derecha, sobre la línea horizontal, representaba salarios altos, y hacia la izquierda, representaba los salarios bajos. Lo mismo hizo con la línea vertical, del centro hacia arriba representaba mayor edad y hacia abajo, menor edad, la conclusión que sacó, después de analizar la tabla de puntuaciones, era que los solicitantes que quedaran comprendidos en el cuadrante superior derecho, y los que quedaran en el cuadrante inferior izquierdo, serían los más beneficiados, asimismo, los que quedaran en el cuadrante superior izquierdo, serían poco beneficiados, en tanto que los del cuadrante inferior derecho, de plano no podrían aspirar a nada. La explicación era simple, porque quienes ganaran salario bajo, era necesario que fueran muy jóvenes, y si no eran tan jóvenes, requerían de salario alto. Por el contrario, los que tuvieran poco salario y edad alta, serían beneficiados, pero era muy poco probable que calificaran, y por último, quienes tuvieran poca edad y salario alto, de plano

quería decir que mejor acudieran a un banco a solicitar un crédito, porque se suponía que eran los trabajadores con mejores posibilidades económicas, o sea jóvenes y con buenos ingresos.

No era de dudarse que el Infonavit había pensado en diseñar aquella tabla precisamente para distribuir los créditos en función de capacidades económicas y de edades, privilegiando, desde luego, a quienes tenían poca capacidad económica, pero una buena expectativa de vida para poder pagar el crédito, o que si ya no se tenía esa expectativa de vida, entonces se contara con un buen salario para que los abonos al crédito fueran altos, y así poder recuperar el préstamo. Sin embargo, en lo que no se pensó, y eso era lo extraño, que para conocer el salario del trabajador, en las Reglas para el Otorgamiento de Créditos, no se exigía una forma menos vulnerable que aquellas simples cartas membretadas expedidas por los patrones, como por ejemplo, que se exhibiera el formato que los patrones presentaban al IMSS, para declarar el salario de su trabajador, ya que ese documento es muy difícil de falsificar. Aquello era extraño, porque el efecto que producía aquella tabla indicaba en dónde estaba el lado vulnerable y no se procuró evitarlo, a sabiendas de que en nuestro país luego luego se le encuentra la salida a las cosas.

Fue precisamente durante una de aquellas reuniones de trabajo en la que se expuso el nuevo esquema de otorgamiento de créditos, cuando *Tito* hizo esta observación, dejando bastante incómodos a quienes habían participado en la elaboración de ese sistema y ése fue el motivo por el cual fue llamado a platicar con el cuerpo de asesores, evento durante el cual su exposición ya la pudo efectuar con bastante claridad, con una gráfica bien elaborada, tal y como se ha explicado. Poco tiempo después en la normatividad para el otorgamiento de créditos, mas no en la ley, ya se exigió la presentación de una Carta de Certificación de Ingresos, la cual contenía la foto del trabajador, el sueldo y además de otra información, las firmas tanto del trabajador como la de su patrón, aún así, como aquel documento nadie lo corroboraba, ni el mismo Infonavit, porque su indolencia o su inocencia no se lo permitían, nadie podía asegurar que se estuviera obteniendo la información correcta. Así las cosas, el Infonavit seguía con su soberbia al no querer admitir que el IMSS, en materia de información, estaba mejor posicionado; por lo mismo, las altas y bajas de trabajadores o los cambios a sus salarios, según el IMSS, no se tomaban en cuenta por el Infonavit y siguen en la misma tónica, pese a los ajustes a las tablas, lo mismo que a las Reglas para el Otorgamiento de Créditos, por lo que los goles no han dejado de meterse a la red del instituto.

Otro asunto que provocó que *Tito* de nueva cuenta se colocara en un plano de protagonismo, la verdad sin quererlo, porque definitivamente era un hecho caprichoso, que todo lo que estuviera sucediendo de manera irregular, ya fuera en la propia delegación o a nivel nacional, las áreas de trabajo, como la que *Tito* atendía, eran una especie de receptáculos de consecuencias de errores, veamos por qué:

Primer elemento: A mediados de 1993, tuvo lugar la modificación monetaria en México, que trajo como consecuencia la eliminación de los famosos tres ceros a la misma, y que los millones, de plano, se volvieron miles. Así, si una persona tenía un billete de mil pesos, o una deuda por esa cantidad, lo que tuviera, ahora ya sólo tenía un peso, o sólo debía un peso, porque el efecto fue parejo.

Segundo elemento: Una de las novedades que se presentaron en el nuevo modo de otorgar créditos, era aquella de que, lo que el trabajador tuviera ahorrado en la subcuenta de vivienda en el SAR, sería aplicado al pago inicial del crédito que el Infonavit le otorgara, y luego esa modalidad se extendió a los créditos viejos, de tal suerte que también ese ahorro servía para aplicarse al pago de adeudos viejos.

Ahora bien, combinando los dos elementos ya explicados, resultaba que los adeudos viejos se redujeron en tres ceros, en tanto que las aportaciones a las cuentas del SAR, contenían su actual composición, de tal suerte que, si una deuda vieja, era de $ 100,000.00, con la eliminación de los tres ceros, quedaba en $ 100.00, y luego, si las nuevas aportaciones sumaban, por ejemplo, y muy conservadoramente, $ 3,000.00 en *Nuevos Pesos*, al ser traspasado este último importe al estado de cuenta del deudor, quien ahora debía solamente $ 100.00, resultaba que ya existía un sobrante a favor del acreditado, por un importe de $2,900.00. Para colmo, en muchos de los adeudos viejos, se daba el caso de que, como jamás el acreditado había pagado al Infonavit un solo centavo, el adeudo tan abultado se debía a los intereses acumulados y, finalmente, aparte de no pagar nada, ahora pasaba de ser deudor del Infonavit, a ser acreedor del mismo. Las cosas se invirtieron.

Tan luego los deudores se enteraron de ese efecto, causado por las nuevas modalidades tanto en materia monetaria, como en las Reglas para el Otorgamiento de Créditos, se apresuraron a solicitar la devolución de aquellos sobrantes y, con ello, a solicitar la carta de liberación del adeudo, la carta de liberación de las hipotecas y, finalmente, de manera contundente, el otorgamiento de las escrituras correspondientes.

Ése fue el efecto negativo que tuvo que pagar el Infonavit, como producto de aquellas genialidades, y cuyas críticas vertidas por *Tito* no fueron tomadas en cuenta, aprovechándose de los escasos foros en los que podía participar, y que siempre eran con motivo de reuniones de trabajo convocadas por el centro, con la finalidad de exponer a los jefes de área los cambios que se iban presentando, mas nunca con la finalidad de aceptar observaciones, es decir, eran con la finalidad de imponerlo todo, nunca para rectificar algo. Como la expedición de estados de cuenta a los solicitantes de devoluciones era a cargo del área de *Tito*, las filas de solicitantes estaban a la orden del día, luego, también en esa área se tenía que expedir la carta de liberación del adeudo para que, finalmente, con ese documento, en el Jurídico se tramitara la carta de liberación de la hipoteca y la entrega de las escrituras. Total, que el área de *Tito* no solamente no cobraba centavo alguno, sino que todo se traducía en sobrecargas de trabajo inútiles. Esto, al igual que mucho de lo que se les reclamaba a los jerarcas del centro, no lo querían aceptar, por más que se les demostraran las consecuencias tan negativas que producían aquellas genialidades.

Tito trató este asunto con su delegado y lo convenció de que el efecto que estaba produciéndose era la devolución anticipada de fondos de ahorro, por la vía del error, y decidieron, por cuenta propia, detener aquellas fugas de dinero, inventando pretextos a los solicitantes, mientras hacían intentos por convencer al centro de los efectos negativos que aquella disposición estaba produciendo en contra del mismo Instituto. Tuvieron que pasar más de dos años, para que una vez convencidos de aquello se emitiera una regla para evitar tales fugas. **Regla 15 Bis, de las Reglas Generales sobre el SAR.**

Éste era el tipo de protagonismos que continuamente vivía *Tito*, en virtud de que, sin habérselo propuesto así, fue acumulando y clasificando todo tipo de disposiciones legales y reglamentarias, tanto del Infonavit como del SAR, del Código Fiscal de la Federación, de la Ley Federal del Trabajo, del IMSS, etc., lo que le valía para asesorar, más hacia afuera que hacia adentro del Infonavit y que además, afortunadamente, le redituaba ingresos adicionales.

De nueva cuenta, en cierta ocasión fue llamado a oficinas centrales, para que respondiera de algunas irregularidades que se le imputaban. El jefe del departamento al cual estaba adscrito lo citó porque, a decir de dicho funcionario, había llegado a sus manos un folleto que era editado por *Tito* en forma particular y le servía de material didáctico en sus exposiciones. Ese folleto tenía en su pasta frontal una figura ideada por un amigo de *Tito*, la cual, si no se le ponía la suficiente

atención, bien podría confundirse con el logotipo del Infonavit, y fue una de las observaciones que aquel funcionario le hizo:

–*Tito*, tengo que decirte que en la subdirección jurídica están muy disgustados porque estás utilizando el logotipo del instituto para tus fines que, además, son comerciales.
–Eso es mentira. Yo no estoy haciendo eso, ¿de dónde han sacado tal cosa?
–Pues de la pasta de tu folleto, ¿de dónde más? La estás regando, eso es un fraude y te puede ir muy mal.

Las palabras de su jefe eran más amenazantes que amigables o en última instancia, conciliadoras. Su tono iba dirigido a que ya no debería continuar con sus publicaciones y mucho menos hacer críticas a cuanto sistema o programa se ponía en marcha. Con toda seguridad estaba sirviendo de mensajero. *Tito* estaba plenamente convencido de que aquello era mentira porque no había tal uso del logotipo; se dedicó a seguir la corriente para ver hasta dónde andaban las cosas.

–Oye, jefe, no me dirás que me has mandado llamar desde tan lejos para esta observación, ¿no será que me quieres decir algo más? Adelante.

–Bueno, pues en realidad hay algo más, y eso te lo digo yo no viene de otra parte. Se trata de lo que, supuestamente, tú enseñas en tus folletos.

–Bueno, realmente no es un supuesto, ¡trato de enseñar! ésa es la realidad, no es un supuesto. Y ¿qué es lo que trato de enseñar?, pues muy fácil, trato de divulgar lo que el Infonavit no hace, así de simple. Hago lo que debo hacer. Si estoy trabajando para una institución que se identifica, por ley, como un organismo de carácter fiscal, entonces está obligada, por mandato del Código Fiscal de la Federación, artículo 33, a brindar asesoría y asistencia al contribuyente. Te recuerdo o te lo digo, por si lo ignoras, que yo he propuesto a la misma Dirección General o a la subdirección jurídica, en su momento también, hacer divulgación de nuestras cosas institucionales, y he puesto a disposición de ellos mi material, pero, habré de decirte que, según mi percepción, basta con que una idea nazca en provincia o en una delegación para ser más preciso, para que sea de inmediato descalificada. Nadie puede, ni debe, pensar o pretender aportar algo al Infonavit, lo que no se origine en oficinas centrales no es digno para el instituto. Ésa es mi percepción de lo que sucede. Y no lo digo por el simple hecho de decirlo, no, antes de que tú llegaras a esta jefatura ya me había atrevido a hacer sugerencias, a criticar también, a advertir sobre asuntos que ahora ya estamos viendo las

consecuencias. Por lo tanto yo divulgo lo que creo que debo divulgar, o sea la ley, los reglamentos, etc. tanto del instituto como de todo aquello que, de manera paralela, le son aplicables a este organismo. Aquí está la prueba de lo que afirmo. Si no lo hacen desde el centro, entonces ¿en qué les afecta que se haga en provincia?, ¿por qué limitar la iniciativa personal?

–Sí, es cierto lo que dices, pero tú cobras por enseñar, estás especulando con lo que sabes, desde adentro del instituto.

–Pues esa es una opinión, simplemente. Porque la verdad, es que a cuantos quieren saber algo del Infonavit y que acuden a mi oficina para que los oriente no les cuesta ni un sólo centavo. Yo hago lo que desde aquí se omite, que es distinto. Ahora, por lo que se refiere a mis actividades profesionales independientes, ésa es otra fase de mi profesión que exploto, pero por fuera del instituto y en mis tiempos libres, como por ejemplo, dar conferencias en la Universidad de Coahuila, o a grupos colegiados de profesionistas, a centros patronales, etc. A mí me llaman para impartir cursos de capacitación y me pagan mi material, el que me sirve de material didáctico; porque a mí me cuestan, no sólo los materiales sino las ideas vertidas en ellos para exponer. Ahora, por otra parte, en mis exposiciones van conocimientos de otra índole que no son sólo los relacionados con el Infonavit, sino que también son de carácter fiscal, laboral, los hay también en materia de SAR, etc., porque por cierto, aquí en el instituto, no se ha capacitado a nadie para atender lo que ya es parte tambien de nosotros o sea el SAR, y, ya mejor no le sigo, porque acabaría cuestionando a todos los jefes, para ver qué tanto saben de esto. Yo sí me he interesado y he pagado por mi cuenta viajes, material informativo, he acudido a conferencias, a cursos, he investigado en los bancos, en la Consar, en aseguradoras y, en fin, en cuanta fuente se me ha ocurrido, para luego diseñar mis materiales expositivos. Entones, cabe hacerles una pregunta, ¿han considerado todo esto antes de juzgarme?

–Y, ¿qué hay del logotipo? Ya te me desviaste del tema.

–Pues, acerca de eso, te repito que no es cierto y que andan como a tres metros de la bacinica. Si tienes por ahí algo de mi material, porque con toda seguridad te lo habrán proporcionado para enviarme este mensaje, sácalo por favor. Sácalo.

El jefe de *Tito*, de inmediato se dirigió hacia un librero que tenía a un lado del escritorio y sacó unos folletos de aquellos que *Tito* editaba, para luego, con mucha seguridad, señalarle lo que era la observación central de todo esto.

–¡Mira, hombre, mira!, a esto es a lo que se refieren los jefes, así como te diriges a ellos. ¿Ya lo ves?, a este logotipo; cuando el jefe estaba haciendo la indicación, con el dedo dirigido al folleto, *Tito* no tuvo más que dejar asomar una leve, pero efectiva sonrisa, entre burlona o sarcástica.

–¿Estás seguro de lo que estás diciendo, o de lo que están diciendo?, fíjate bien en el dibujo, porque andan como a tres cuadras del baile.

–¡En la madre!; la verdad, era que el logotipo que aparecía en la pasta del folleto no era el del Infonavit, sino otro que, muy ingeniosamente, el amigo de *Tito* había ideado y diseñado para la portada del folleto. La vergüenza afloró a la cara del jefe y tuvo que reconocer su error.

–¡Pa su madre! Te ofrezco mis disculpas, debo admitir que me fui con la finta. Fui llamado a la oficina del subdirector y estaba muy disgustado y me dio el folleto diciéndome que te lo regresara y que te llamara la atención. Por la impresión que me causó, de verlo así tan desencajado, te confieso que no observé con atención el dibujo y simplemente me aboqué a llamarte, y, en fin, que me fui 'en banda'. Pero eso no es lo peor.

–¡Cómo!, ¿aún hay más?; –¡Sí hombre!, después te explico. En el momento en el que decía eso a *Tito*, levantó el teléfono de la red interior y marcó a la subdirección; cuando le contestaron el jefe dijo:

–Señor, con relación al asunto que me encargó, el de la utilización indebida del logotipo, por favor dígame si ya se presentó la demanda de que me había hablado –al escuchar aquello *Tito* sintió como hielo sobre su espalda: ¿demanda?, el jefe se quedó escuchando y luego de un rato continuó–. –Mire, señor, lo que sucede es que hay un error, y si me permite, en este momento subo para explicárselo, ¿está bien?, *ok*, voy para allá.

–¿Qué sucede?, preguntó *Tito*.

–Te mereces todo tipo de explicaciones, y como no creo que allá arriba se vayan a preocupar por dártelas, yo te explicaré. Resulta que te iban a demandar por estar utilizando el logotipo del Infonavit para fines comerciales, pero ya con esto, no se va a proceder, porque de a buenas, que aún no se había presentado la demanda y ya con esta aclaración, todo quedará en paz.

–Pues, ¡qué poca madre!, si a ésas vamos, entonces ¿por qué permiten que las constructoras se anuncien, para efectos de vender sus casas, utilizando el logotipo del Infonavit? Porque no me negarás que lo utilizan de gancho. Así aparecen en periódicos, en bardas, en volantes, en la tele y en todo, con tal de vender. ¿Qué?, ¿acaso ellos sí pueden gozar de eso y nadie más? Qué bueno que no estoy frente a tu jefe.

Aquella entrevista terminó y *Tito* volvió a su lugar de origen donde hizo toda una divulgación de los sucesos, porque creyó que era lo menos que se merecían aquéllos, y porque de no haber sido por la oportunidad con la que se aclararon las cosas quién sabe hasta dónde hubieran llegado, máxime que, ya habiendo transcurrido mucho tiempo, y que aquella generación de jefes saliera del instituto, merced a los continuos cambios que por esos años se suscitaban, un delegado de una de las entidades federativas, al haberse enterado del asunto le confió:

–Debes saber, que de no haber sido por aquel incidente, no se hubieran dado cuenta de que el logotipo del Infonavit no estaba registrado o patentado o como se le quiera decir. El hecho es que si tú lo hubieras utilizado y registrado en tu obra, ante autores y compositores, tú te lo hubieras apropiado. Esto me lo comentaron en la coordinación general de delegaciones, porque una de las secretarias que ahí trabajaba, por aquellos tiempos, era la mera mera bongosera de uno de los asesores que la Dirección General tenía por esas fechas. Te la paso al costo.

Aquel encuentro con su jefe de departamento en oficinas centrales dejó en el ánimo de *Tito* una especie de desencanto, confirmaba que era una realidad su forma de ver las cosas con relación al modo se proceder de los directivos en el centro; que más valía ir pensando en desenvolverse por otro lado y no esperar nada de ellos, ni esperar más del Infonavit, y aprovechándose de esa visita al DF, decidió quedarse el fin de semana para divertirse, porque ya hacía mucho tiempo que no lo hacía.

Encontrándose ya en el departamento pensaba en el plan a seguir, ya que apenas era jueves y el plan sería para el sábado. “Pues *mi buen*, nos vamos a tomar el viernes y aprovechar para ir a hacer algunas compras, y luego a ver a quién visitamos o a quién contactamos ”. <Pues a la Chely, ¿o no?> “No *mi buen*, ni quisiera que se diera cuenta de que andamos por aquí ”.

Chely, era el modo en el que *Tito* se refería a la compañera que en ese tiempo tenía. La manera de relacionarse con una pareja siempre había sido en uniones libres, más o menos duraderas y hasta cierto punto comprometidas. Ya fuera que su pareja lo visitara en Saltillo o que él acudiera al DF, o en ocasiones se veían en algún lugar neutral, pero la verdad era que para que aquellas relaciones tuvieran elementos para su duración, se necesitaba del ambiente de la gran ciudad, pues de lo contrario el aburrimiento llegaba pronto. Encontrar ese tipo de relaciones era muy fácil en esa ciudad, porque se presta para que la gente sea más libre. A medida en que la persona va acumulando años, la provincia no ayuda mucho o nada, para relacionarse de ese modo y por lo mismo, es muy fácil caer en depresiones por desolación, que no es lo mismo que soledad. La soledad en muchas ocasiones hasta hace bien, pero la desolación siempre será destructiva.

"Aunque no es estrictamente necesario contactar a alguien, ya sabes *mi buen*, que nunca falta con quién pasársela. A ver qué pasa. Por lo pronto a dormir, que mañana será otro día…" <Oye, mi *Tito*, ¿no te has puesto a pensar en todo lo que hemos tratado de hacer en esta chamba que tenemos?, ¿y todo para qué?, para pura madre. Pinches jefes. La verdad es que a ellos, les importa pura madre todo y nomás nosotros de pendejos, hemos dedicado tanto a todo esto>. "Bueno, *mi buen*, pero esos cabrones tienen la chanza de salir de una chamba a otra sin problema alguno, quién sabe a qué santos le rezan para no quedarse sin jale, en cambio uno, no tiene las mismas oportunidades. Lo peor de todo es que ni somos de aquí ni somos de allá y nunca hemos formado parte de un equipo, para vernos protegidos, así como lo tienen ellos. La vida se nos ha ido de aquí para allá y no hemos consolidado un grupo, no hemos arraigado en ninguna parte y ahora vemos las consecuencias". <Así es, mi *Tito*, por eso es que de ahora en adelante vamos a dedicar más tiempo a emprender un negocio, y ver hasta dónde podemos seguir explotando esto de las conferencias y de la capacitación. Ahorrar lo más que se pueda y luego prepararnos para la salida, porque por lo visto ya nos traen en la mira, ya por cualquier cosa nos están chingando>. "Y a propósito *mi buen*, que con eso de andar de aquí para allá, hemos descuidado nuestra vida afectiva. ¿Será por eso que también nos hemos vuelto insoportables?, antes, por lo menos con eso de la bohemia y la guitarra, que es bien alcahueta, dondequiera nos aceptaban, ¿pero ahora?, puras pinches amarguras. Ya nadie nos soporta". <Sí, mi *Tito*, con tantas amarguras pues ¿quién nos soporta?, y todo ha sido sin querer, sin darnos cuenta estamos ahora en donde estamos. Qué chinga, la verdad es que ni nos habíamos dado cuenta>. "Oye, *mi buen*, creo que a esto se le llama 'crisis existencial', no nos hagamos pendejos. Ya vamos para el tostón y a estas alturas debiéramos andar en otro tipo de broncas y no en ésta, de hijos,

por ejemplo". <La verdad, mi *Tito*, yo creo que por ahí anda la cosa y no le ponemos atención>. El sueño lo venció, quedándose dormido envuelto en estas consideraciones.

Al día siguiente, tal y como lo había pensado, *Tito* salió con rumbo indefinido, simplemente con la intención de hacer algunas compras, que podía hacerlas en el centro lo mismo que en alguna tienda de la periferia. Finalmente la decisión fue irse al centro, donde anduvo de un lugar a otro tomando café, leyendo revistas, viendo aparadores y luego buscó un lugar para comer, entre los muchos y variados que ahí se encuentran. Mientras comía se acordó de lo que había pensado la noche anterior respecto a la Chely. Reflexionaba si acaso era justo que no se comunicara con ella, sobre todo porque por esos días iba a cumplir años, y no iba a ser posible acompañarla, pero podría aprovechar esa ocasión para salir con ella, festejarla y darle algún regalo. Por tal motivo, pensó en buscar algo para regalarle, y cuando terminó de comer, entró al Sanborns de los azulejos para curiosear. Recorrió el lugar de un lado a otro y no se decidía por nada, ya con el firme propósito de abandonar el lugar, al ir pasando por la perfumería, percibió un aroma muy agradable, desde luego pensó que éste podría ser el regalo que andaba buscando. *Tito* olfateó aquel perfume cuando una dama pasó a su lado, volteó para ver hacia dónde se había dirigido, percatándose de que se había detenido para ver bolsos de mano. Si *Tito* lo hubiera pensado un poquito no se hubiera acercado a ella, pero fue tan espontáneo todo que, cuando reaccionó, ya estaba abordándola. Se trataba de una mujer de aproximadamente 40 años de edad, de muy buena presencia y, sobre todo, muy bien ataviada. Bonita, sí era, y de inmediato la relación entre aquel perfume y la dama se daba a la perfección.

–Señorita, le ruego me disculpe el atrevimiento, pero el aroma del perfume que lleva usted me gustó, y deseo saber cuál es y en dónde lo puedo comprar. Es para un regalo y creo que quedaría perfectamente.

Naturalmente la mujer se vio sorprendida y, por lo mismo, no entendió bien lo que *Tito* le había dicho; de no haber sido porque se encontraban en un lugar concurrido, de seguro que se hubiera alejado sin poner más atención a aquello. *Tito* notó perfectamente la reacción de ella y, de nueva cuenta, se volvió a disculpar, para luego repetir lo ya dicho. La dama, sin dejar su asombro, ya lo tomó con más calma, y de manera un tanto cuanto titubeante aceptó dar información. Le dijo cuál era la marca y la línea de aquel perfume, y luego soltó una risa que, aunque discreta, no dejaba de ser intensa.

–Perdone usted mi risa, pero si le contara el porqué de ella, de seguro que también se iba a reír.

–Pues cuéntemelo todo, así nos reímos juntos.

–Me lo acabo de probar, aquí en esta perfumería, y dudé de su aroma. Decidí entonces andar un poco por aquí, mientras pasa el tiempo y ver si perdura o si cambia, usted sabe, cosas de mujeres. Ahora yo le pregunto, ¿qué le parece?, ¿le gusta?

–Sí, me gusta como huele, y le confieso, que cuando ya la vi de cerca, relacioné perfectamente el aroma con su personalidad.

–Se oye bien lo que me dice, pero no soy muy susceptible a los piropos. Así es que, si es para eso, no es necesario que los diga.

–Pues no se trata de un piropo, y lo que le pregunté es verdad, creo que es algo que me convence para un regalo. Oiga, y dígame, ¿para qué quiere dejar pasar un rato?

–Pues para ver la racción que se presenta ya sobre la piel o si perdura el aroma con la misma tonalidad e intensidad. Bueno, es lo que siempre he hecho cuando compro alguna fragancia o perfume.

–Y cuánto tiempo debe ser?, preguntó *Tito*; –No hay nada obligado, es cosa de minutos y nada más.

–Bueno, pues le pido un favor y le propongo algo, ¿*ok*?, qué tal si usted me da su punto de vista para decidirme a comprarlo, mientras yo le invito a tomar un café, aquí en la cafetería. Digo, si es que no la comprometo. No la quiero perjudicar.

La dama miró fijamente a *Tito* a los ojos, alzó las cejas, encogió los hombros y contestó: –Bueno, acepto.

Se encaminaron hacia la cafetería y ella sugirió tomar el café en la barra, lo cual agradó a *Tito*, y ahí continuaron con la charla, tan casual como agradable. Lo primero que se le ocurrió a él fue presentarse, diciéndole que para entrar en confianza le llamara *Tito*, y después, ella hizo lo mismo. Dijo llamarse Diana, que trabajaba en un despacho de abogados situado en la calle de Madero en donde

atendían sobre todo, asuntos de negocios ubicados en esa zona central y que ya estaban bastante especializados en lo que a ellos se refería. Ella era abogada y estaba asociada con dos abogados más. Ambos aceptaron romper el 'usted', para luego hablarse de tú.

–¿Casada?, interrogó *Tito*; –Divorciada, ¿y tú ?; –Soltero.

–¿Qué?, no me dirás que eres…; –¡Para nada!, para nada, ya sabía lo que ibas a preguntar, es lo común en estos casos.

–Pero, por tu apariencia, ya andarás sobre los cincuenta años, ¿o me equivoco?, y siendo así, por lo general o se está casado o divorciado o viudo o lo que sea, pero, soltero…

–No te juzgo. Pero así es. Tengo pareja. Aunque ya ni sé hasta dónde lo siga siendo.

–¿Perdón?, dijo Diana; –Sí, lo que sucede es que yo vivo en el norte y ella vive aquí. Nos vemos allá de vez en cuando y por eso es que digo, que ya no sé hasta qué grado sigamos siendo pareja.

–Sí, entiendo. Amor de lejos…; –¿Y tú?, ¿qué hay de ti?:

–Pues, como ya te lo dije, estoy divorciada desde hace cinco años. Actualmente estoy asimilando el 'luto' de una pérdida amorosa, es decir, que rompí con mi pareja después de dos años de noviazgo. Tengo dos hijos, uno de 17 y otro de 16 años. Me casé muy joven, suspendí mis estudios para luego reanudarlos y titularme de abogada, y eso es todo.

–Bueno, y si se puede saber, o me lo quieres platicar, qué fue lo que sucedió con tu última relación: –Te confieso que también, al igual que tú, nunca supe hasta qué grado éramos una pareja de verdad. Muchos pleitos, desencuentros, para venirme a dar cuenta de que, finalmente, lo único que sucedió fue perder el tiempo.

–¿Perder el tiempo?, acaso tú pensabas en volverte a casar?; –¿Y por qué no?; –Bueno, por lo general, una vez divorciadas las personas rara vez piensan en volverse a casar. Por eso lo digo, ¿y él, también era divorciado?

–No. Él era soltero. Más joven que yo, dos años, pero al fin, más joven.

–Bueno, la diferencia no importaba y menos siendo mínima. Pero lo que me llama la atención es eso de los desencuentros, de los pleitos, porque si siempre fue así, pues ni para qué quejarse de la pérdida de tiempo, eso debió terminarse luego luego. Porque si los disgustos resultaron mucho tiempo después, sí era para sorprenderse. O nunca existió amor o alguien no entendió la intención de simplemente formar una pareja.

–Pues mi conclusión es que amor sí lo hubo, entre ambos, pero, como yo ya no le podía dar un hijo, porque para cuando nos conocimos yo ya estaba operada, eso nunca lo pudo superar. Ahora lo comprendo, pero en aquel tiempo yo no le daba importancia a eso, y después tampoco le daba crédito a su frustración y, finalmente, caímos en la cuenta de que el motivo de sus arranques era precisamente esa frustración.

–Pues qué difícil para los dos, porque tú, como ya tienes a tus hijos es un expediente ya cubierto y lo único que necesitas ahora es una pareja. Pero él, aparte de requerir de una pareja, su deseo de tener familia está de por medio.

–¡Pero él lo supo desde un principio!, no debió dejar pasar el tiempo. Para venir a salir con eso.

–No pienses que me estoy poniendo de su lado. Ésta es una simple charla y muy sincera por cierto, porque, nada más mira, hace una hora más o menos que nos conocimos y ya estamos platicando cosas propias de viejos amigos. Pero por lo que me dices y la forma en que lo expresas, o sea como con coraje, me da la impresión de que le echas a él toda la culpa, siendo que también, quien le pusiera fin a la relación pudiste ser tú y, como bien dices, a tiempo y no lo hiciste.

–Pero de veras, dime una cosa, si él, quería tener hijos, ¿para qué me quería a mí, sabiendo que yo no podía ser un prospecto siquiera?; –Eso es verdad, pero, entonces lo único que él quería era tu compañía mientras llegaba a su vida alguien que le pudiera dar hijos, o bien pensando en la mejor forma y en abono a tu dignidad, a lo mejor él te amaba a ti, y tenía la esperanza de que, por ahí, alguna mujer le diera el complemento, o sea, un hijo. Sé que esta consideración es muy jalada de los pelos, pero, como posibilidad, tal vez.

–Pues no andas tan errado, porque en una ocasión, después de un año de relaciones, yo, en mi desesperación le llegué a plantear eso, o sea que buscara con quién tener un hijo, pero que yo no lo supiera. Así se lo dije.

–¿Y que pasó?, ¿qué cara puso?, porque sólo una mujer enamorada es capaz de soportar eso, con tal de retener a su compañero.

–¿Y qué ?, ¿acaso un hombre no puede hacer lo mismo para retener a su mujer?

–Eso, y más, solamente lo he visto de parte de mujeres, nunca a la inversa. Los mecanismos operan en forma diferente. No me preguntes por qué lo pienso así, en este momento al menos, porque si me pongo a echar rollo para soportar mis 'teorías mafufas', no terminamos en toda la noche. Mejor continuemos con lo tuyo. Qué cara puso entonces?: –Pues, lo único que hizo fue abrazarme y no dijo nada. Nunca supe qué pudo haber significado aquel abrazo.

–Pues, sí que me sorprende eso. Pudo haber significado una aceptación tácita, o sea sin palabras. Pudo haberle causado solamente una impresión de nobleza de tu parte, y él correspondió de ese modo, algo así como con un mensaje de ternura. O que se lo haya reservado para digerirlo en un futuro, ¿cómo lo viste después?, o sea, ¿ notaste algún cambio en él o alguna reacción, o algo?

–No. Nada. Más bien creo que poco tiempo después de aquello fue cuando empecé a notar más y más sus disgustos, todo lo que ya te dije.

–Ahora, dime una cosa, pero respóndeme muy sinceramente. Aquella propuesta tuya, ¿fue sincera? o sólo fue producto del momento. Y si fue sincera, ¿cómo pensabas que él buscara con quién hacer lo que le propusiste?, ¿le dabas chanza?, o ¿cómo?, porque me da la impresión de que le dijiste 'qué hacer', sólo por salir del paso o para salvar aquello, mas no le diste la oportunidad de buscar el 'cómo realizarlo'. Eso era lo difícil, ¿no lo crees?, te lo pregunto para que me des, o para que te des a ti misma, no a mí, una respuesta sincera.

–Debo serte sincera. Después de aquella propuesta reflexioné las cosas y ya con la frialdad necesaria creo que me arrepentía de habérselo propuesto, porque a decir verdad, a partir de entonces, cualquier retraso a una cita o que me decía que tal o cual día no nos íbamos a poder ver, yo lo atribuía a que ya se estaba dando en los hechos alguna búsqueda, si no es que ya existía algo en concreto

con otra mujer. Eso me llenaba de inseguridad, de incertidumbre, y mis arranques empeoraban cada vez más, hasta que de plano, se me fue. Así de simple.

La charla se prolongó por espacio de tres horas, si no es que más, y cuando se dieron cuenta, ambos aceptaron que bien había valido la pena ese encuentro. Diana comentó: –Oye, no sé porqué de buenas a primeras me he soltado contándote todo esto. Después de todo no dejamos de ser unos perfectos desconocidos y no sé si estarás de acuerdo conmigo, pero estoy sorprendida de esto, ¿y tú?

–¿La verdad?, no. Y te voy a decir por qué. Porque yo tengo la impresión de que esta ciudad es tan impredecible, que en un momentito puede suceder algo que de pronto te hace cambiar todo un estilo de vida, toda una trayectoria, todo un concepto de la vida, en fin, a esta ciudad yo le llamo la *Ciudad de la fantasía*, porque, si bien en cualquier lugar se cuecen habas, lo que no te sucede en este lugar, no te sucede en ningún otro, y por razones naturales, es decir, razones que solamente aquí se pueden fraguar o cultivar. Es el hábitat, o el caldo de cultivo único e irrepetible, para que ciertas cosas florezcan. Convergen ciertos elementos, muy de aquí, muy propios de esta ciudad, que no se encuentran, por su misma naturaleza, en otro lugar, o por lo menos no en cantidad o calidad, necesarios para que esos acontecimientos tan peculiares de los que te hablo, se den. Es como ciertos cultivos, ya sea de flores, o de frutos, o de especies de animales, o de 'X', que para que se den, se requiere de ciertas propiedades de los lugares, de las tierras, de las aguas, del clima, etc., A eso es a lo que me refiero. Lo que no se da aquí, no se da en otro lugar. Bueno, pues esto que está sucediendo es muy normal en la ciudad, al menos para mí, porque cosas como éstas, así o más extrañas aún, te las puedo contar por cientos.

–Pues vistas así las cosas, y que a decir verdad, nunca me había puesto a pensar en ellas desde esa dimensión, creo que tienes razón. Porque a mí me han sucedido cosas que si bien, de repente y sólo por un instante para luego echarlo al olvido, me han hecho preguntar, así, como quien dice 'al aire', bueno, y ¿esto?, ¿cómo es que sucedió?, pero hasta ahí, sin entrar en análisis profundos, ni nada que después nos haga sentir en un momento dado ridículos, por estar filosofando en cosas tan etéreas, tú sabes, así, tan sutiles, tan impalpables, tan difíciles de definir, tú me entiendes.

–Claro que te entiendo, y eso lo defines de ese modo, precisamente porque es lo cotidiano. Si fuera algo tan aislado, 'me cae', que te pondrías porque te pondrías,

a analizarlo. Yo lo vine descubriendo con los años, y de una manera más clara cuando ya no estaba viviendo aquí, porque de tanto añorar algunas cosas, me di cuenta de que ésas jamás me iban a suceder en mi tierra, y así ha sido, y mi conclusión es ésa, o sea, lo del caldo de cultivo de que te he hablado, o de las características propias del lugar, y ése fue el modo por el que me vine a reconciliar con mi tierra y en general con la provincia, entendiendo que no se le puede exigir lo que no nos puede dar. Así de simple. Ahora, aunque no sea lo que yo quisiera, le extraigo lo que sí me puede dar, y vengo a esta ciudad a disfrutar lo que sólo aquí puedo encontrar, y mira, ¿tengo o no razón?, si aquí está la prueba, dos extraños hablando como si se conocieran desde hace años.

–¡Extraños!, oye, me acordé de aquella canción, *Extraños en la noche*, ¿te acuerdas?, ¡qué significativa!, ¿no te parece?

–Así me parece. Y mira, que para que eso se dé, o sea un encuentro con tales características, es necesario ser completamente extraños, porque, por ejemplo, en provincia, se es extraño porque jamás se ha tenido un contacto verbal por lo menos, porque físicamente es muy probable que ya se hubiera tenido un encuentro por ahí, porque los lugares de reunión son tan comunes como tan escasos, lo mismo que las ciudades tienen bien definidos sus límites, por lo tanto ya no se es del todo extraño, pero en un lugar tan grande como el DF, lo más probable es que ni de chiste se conozcan las personas, y es así como se da la perfecta característica de extraños, ¿no lo crees?, ése es el toque clásico. Yo creo que eso es a lo que la canción se refiere, a ese… digamos… misterio, ¿o no?

–Pienso lo mismo, porque si ya se conocían, por lo menos de vista, no tiene ese toque arcano, o enigmático; –¿Ah, bárbara!, ésa sí que fue una palabra dominguera; –Pues de vez en cuando es bueno sacar una que otra.

De esa manera, aquella plática tocaba a su fin. Antes de despedirse, ambos estuvieron de acuerdo en procurar otro encuentro, para lo que se intercambiaron los números telefónicos.

–Oye *Tito*, pero eso sí te advierto una cosa, que si nos volvemos a ver, ya no me preguntes cosas de mi persona. Te tocará a ti. Yo ahora me voy con una sensación de desnudez. No hay qué ser, ¿*ok*?; –Dice un dicho, di tu secreto a tu amigo y serás siempre su cautivo, ¿así te sientes?; –Exacto, ni más ni menos.

–Bueno, en realidad no hubo secretos. Pero te prometo que, para estar parejos, yo sí te voy a contar algunos que hasta te vas a ir de espaldas; –Que conste, ¿eh?, hasta luego.

Cada quien se fue por su lado, digiriendo, a su modo, lo sucedido. La mujer, por su parte, iba muy reflexiva por aquel comentario de *Tito* en torno a la *Ciudad de la fantasía*, "Viéndolo bien, este hombre tiene razón. Cuando viví en Guadalajara algo me faltaba y no sabía explicármelo. Ahora caigo… creo que la monotonía en la que vivimos Javier y yo fue, en parte, la causante de nuestras dificultades. Sí, porque tanto se multiplicaron los disgustos que, sin pensarlo, iniciamos una guerra de insultos con daños irreparables, y ya nada pudimos superar. No fue fácil relacionarnos por allá, hay que aceptar que con todo y lo pesado de esta ciudad, las relaciones entre la gente se dan con más facilidad y, como dice este hombre, siempre con un ingrediente de misterio, que es, al final de cuentas, lo que le da sabor a las cosas, porque lo que ya sabemos no nos mantiene atentos, es el factor sorpresa lo que nos atrae, ¡qué interesante!, ojalá y que nos volvamos a ver. Es interesante su apreciación de las cosas. Me gustó ".

Tito, por su parte, solamente corroboraba su teoría acerca de lo que esta ciudad podía ofrecer y que la inmensa mayoría de sus habitantes no lo perciben, y lo único que hacen es echarle leña a la hoguera en lugar de sacarle provecho. "Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde, *mi buen*, es lo malo, porque para cuando nos damos cuenta, ya hemos perdido un tiempo precioso". <Así es, mi *Tito*. Aunque también hemos obtenido beneficios con el cambio, por otra parte nos hemos alejado de esta riqueza, de esta abundancia de aventuras, de sorpresas, de vivencias. Pero lo más chingón de todo es que nosotros sí lo hemos descubierto y estamos más aptos para sacarle provecho a las cosas, a los encuentros casuales, a la aventura, que si fuera la mayoría, entonces el factor sorpresa ya no existiría porque todo mundo saldría con la misma mentalidad y tal vez con eso se enfriarían las cosas, ya serían como muy mecánicas, ¿no lo crees?>. "Pues no me parece así *mi buen*. Porque, en el fondo, aunque la gente no esté consciente de lo que estamos diciendo, yo creo que cuando sale a divertirse intuitivamente sale con esa mentalidad. Es como algo natural, espontáneo, porque ya lo hemos visto muchas veces, basta con un poquito de cotorreo entre dos desconocidos, para iniciar una inmensa cadena. De no ser por esa intuición, por esa aceptación natural de las cosas, sin razonamientos ni nada, con simplemente sucumbir en los brazos de la curiosidad, con ese disfrute cómplice y arriesgado, de no ser por esos factores, que le son inherentes solamente a esta ciudad, no existiría esa fantasía. Así de plano". <Oye, mi *Tito*, no crees que le damos muy alta calificación

a la ciudad, digo, porque no conocemos otra que también pudiera tener lo suyo>. "Claro, *mi buen*, porque no la conocemos. Pero, por ejemplo, supongamos que una ciudad como Nueva York, que no la conocemos, no es de dudarse que ofrezca una inmensa gama de sorpresas, pero no me negarás que esa ciudad está prefabricada, o sea, que si algo interesante hay en una ciudad de Europa, lo copian, si algo hay de África, lo transplantan, y así sucede en espectáculos, deportes, arte, y en lo que se te ocurra, todo lo trasladan, pero con la intencionalidad de fabricar fantasías, que no es lo mismo, porque en la ciudad de México existen por esencia cosas que aquí nacieron, nadie las trajo, ni se pensó en que con ellas se iba a crear una industria del turismo, por ejemplo. Fíjate en el Centro Histórico. No me dirás que lo que ahí se construyó se hizo con un propósito turístico, ni lo que se construyó en la época de la Colonia, ni que la gente tuviera esa chispa, para fines folkloristas, etc. Eso se da o no se da, nadie lo puede prefabricar". <Ya te entiendo mi *Tito*, ya te entendí. Nadie mezcló tantos factores históricos, étnicos, etc., con un prepósito. Se dieron así, espontáneamente, y ahora, con esa mezcla se obtiene un producto que nadie pensó en obtener. Se dio y ya. Aunque, también pudiera ser que para algunas cosas malas… ¿no lo crees?> "Sí *mi buen*, también, pero, quién piensa en eso. Mejor, ¡a gozar que el mundo se va a acabar!, que de lo malo, otros se ocupen". Al día siguiente, sabadito lindo, *Tito* llamó a su reciente amiga para invitarla a comer, aprovechando la oportunidad para advertirle que si quería que ahora fuera él quien expusiera sus secretos le tenía que dedicar todo el día, porque ésa era la manera en la que él entendía un día de diversión. Ella accedió, y todo empezó en el Restaurante Bar La Ópera, en donde se come bien y se disfruta de un entrar y salir de gente de todo tipo. Ahí permanecieron hasta bien caída la tarde, para luego trasladarse a un lugar cercano situado en la plaza de Garibaldi, el Salón Tropicana, y entregarse a la salsa, y rumbear con singular tesón y alegría como si se tratara del último día por vivir. La noche dio cuenta de lo que habría de traducirse en el inicio de otra de las tantas cadenas de pequeñas historias, de esas que, finalmente, son las que le dan sabor a la vida, en esta *Ciudad de la fantasía*.

Tito regresó a Saltillo muy revitalizado, convencido de que su apreciación de las cosas, con respecto al DF, no era descabellada y sobre todo que no importaba la edad para que se dieran, que lo mismo había oportunidades para gente joven que para los viejos, lo mismo para hombres que para mujeres, lo mismo para pobres que para ricos, porque la *Ciudad de la fantasía* no defraudaba a nadie, que, simplemente, lo único que se requería era agudizar la atención para darse cuenta del momento justo en que una aventura tocaba a la puerta y dejarse llevar por ella, rendirse, sucumbir, pero sin dejar el control de nuestra vida, siempre

con la cinta métrica a la mano, para desatarse a tiempo. *Tito* estaba convencido de que gracias a eso había podido disfrutar de una vida rica en encuentros, en vivencias, y en fin, en una sumatoria digna de cualquier aprendiz de Casanova, algo que bien podría convertirlo en un digno competidor en estas lides, naturalmente guardando las proporciones y ponderaciones exigidas en toda comparación y, desde luego, despertar la envidia de cualquier frustrado o reprimido, porque en el fondo, si se puede decir, no hay hombre que no sea susceptible al ego por sentirse conquistador, susceptible a la vanidad, a sus inquietudes de seductor. Como *Tito* no era ningún fenómeno en ese sentido, sino alguien con todas esas debilidades, concluía que ése, su descubrimiento, le había dado la oportunidad de satisfacer sus propias debilidades y no caer en frustraciones ni estar en el riesgo de engrosar las filas de insatisfechos, por el contrario, como bien sabía dónde encontrar esas satisfacciones, para cubrir esa necesidad de refuerzo de su identidad, acudía a ese manantial de satisfactores, acudía al encuentro de lo que, si bien habría de significarle un esfuerzo, era algo con mejores retribuciones, en lugar de acudir a la forma fácil, la que se suele comprar en los prostíbulos. A veces se preguntaba, ¿cuál era la diferencia?, y la respuesta era simple, 'la dignidad'.

Ésta era la causa por la que a nuestro personaje siempre lo encontrábamos sumergido en los asuntos del trabajo, en sus rebeldías, en sus observaciones de lo que sucedía en su entorno, porque las satisfacciones de las que hemos tratado las encontraba de dicho modo. En no pocas ocasiones sus compañeras y aun sus mismos compañeros de trabajo, lo consideraban como una persona obsesionada y hasta enajenada, por dedicarle tanto tiempo a esos asuntos, en lugar de compartir momentos de dominó o de cartas, por ejemplo, o de futbol y todas esas actividades que son lo más común en todas partes. *Tito* muchas veces se llegó a plantear estas cuestiones, pero el resultado era siempre igual, no pasaba de ser un cuestionamiento de momento, porque en menos de lo que pensaba, ya estaba de nuevo en lo suyo.

En ese mundo de actividades, de vivencias, de inquietudes, de satisfacciones lo mismo que de frustraciones, de altas y bajas, de progresos y de estancamientos, la vida de *Tito* transcurrió por espacio de 11 años. Él consideraba que, de todos modos, la vida se habría de vivir 'de alguna manera', y si en esa manera se incluye la fabricación de un salvavidas, de un soporte futurista, de un colchón que venga a amortiguar cualquier caída, entonces esa 'manera de vivir', bien valió la pena de ser vivida. Tal vez ya sentía pasos en la azotea y con más razón se puso alerta, aprovechando cualquier oportunidad para no quedarse inactivo en un

futuro. Su negocio lo reforzó, sus actividades como asesor y como capacitador las fortaleció al grado de que, efectivamente, ésas fueron las actividades que le permitieron continuar trabajando y, más aún, fueron estos factores los que lo fortalecieron para redoblar su actitud de crítica hacia aquel instituto, porque mientras él sentía, de corazón, un gran agradecimiento a la institución, sin embargo observaba que para esas fechas se habían incrustado o infiltrado personas sin mística de servicio, convirtiendo a la institución en otro recipiente más de burócratas y de tecnócratas. Esa mística fue la que caracterizó a las primeras generaciones de empleados, quienes a pesar de no haber sido tan socorridos por los avances técnicos, ni habérseles tomado en cuenta por su entrega al servicio, y que fueron siempre sujetos a la indiferencia de los altos jerarcas, sobre todo en las delegaciones regionales, entregaban algo más que su tiempo, su amor por una institución que, poco a poco, fue perdiendo la brújula y su potencial económico y, sobre todo, ya estaba en peligro de desaparecer.

1995

Corría el año de 1995 y no sucedía nada que viniera a significar un robustecimiento del organismo, antes todo lo contrario, empezando por el frecuente cambio de directores y, con ellos, la gran rotación de personal de los altos niveles, permeando hacia los mandos medios y contaminando, finalmente, a las bases. Gente sin rumbo ni conocimientos iban y venían, cambiándolo todo, cuestionándolo todo, descalificando todo lo pasado, desapareciendo archivos, inventándolo todo y, lo peor, abandonando a su suerte a todo aquel que, en su afán de obtener una solución a su problema de vivienda, obtuvo un problema eterno, gente que llegó a crear una fuente de negocios para una nueva generación de beneficiarios, porque no se puede decir lo mismo de los adquirentes de viviendas, pues lo que ahora adquieren no es ni la mitad de lo que antes era posible obtener.

1996

El año de 1995 fue el ultimo en la carrera de *Tito* dentro de esa institución; al iniciarse el año de 1996 fue enviado un nuevo delegado, que tan luego tomó posesión del mando llamó a casi todos los jefes de área y les dijo de manera simple y cínica: 'Traigo muchos compromisos y necesito sillas'. Así terminó *Tito* una carrera de más de 20 años de servicio y, junto con otros jefes de área, también fue liquidado.

Tito tomó las cosas con calma. Cierto era que después de años de rutina el piso se le movió, pero por lo que se refería a su situación de ingresos económicos, no había motivo de inquietud. Ahora, lo importante era encontrar alguna ocupación que no le permitiera tanto tiempo suelto, es decir, algo que lo mantuviera activo y le evitara una caída en depresión, como suele sucederles a los que de repente se quedan sin trabajo.

Algunos meses se dejaron pasar, siempre sin perder de vista la medida y siempre pensando en una nueva ocupación. Los cursos de capacitación y las asesorías, si bien eran redituables, no eran constantes o por lo menos sistemáticas o rítmicas, lo mismo ocurrían de manera intensa en un mes, que se espaciaban en dos y, por lo mismo, no daban pauta para pensar en instalar un establecimiento formal como un despacho, con una secretaria y todo lo que eso implica, pero, al paso del tiempo y sin habérselo propuesto, *Tito* empezó a ser buscado por personas con problemas en la tenencia de sus viviendas para solucionarlos, por su naturaleza los datos podían ser obtenidos acudiendo directamente a las oficinas del Infonavit, los que, dada su experiencia, *Tito* podía conseguir con suma facilidad.

Las cosas empezaron a darse con tal abundancia que, al poco tiempo, la idea aquella de una oficina con su equipo y personal fue puesta en práctica y *Tito* se dedicó a buscar clientes en el estado de Coahuila, porque los problemas estaban por todas partes. Todo marchaba viento en popa pero al poco tiempo surgieron las ambiciones de aquel delegado que recién había tomado posesión de la delegación.

Desde el momento en el que *Tito* entregó aquella oficina quedó establecida una excelente relación con su sucesor, motivada por la forma tan clara y ordenada en la que aquél dejó el cargo: archivos, relación de asuntos pendientes, documentación y bibliografía de base, sobre todo esto último, dado que en el instituto no se acostumbra, para nada, la impartición de cursos de inducción, y cuanta persona llega por vez primera a instalarse tendrá que sufrir esa calamidad. Cualquier elemento nuevo que ingresa al Infonavit se inicia en un mundo de malabarismos, peor que un trapecista, empezando porque, a diferencia del IMSS, que es su hermano mayor, la literatura relativa al instituto es casi nula. Apenas sí existe un autor que por ahí, en una editora de prestigio dedicada a asuntos fiscales, tiene un par de publicaciones al respecto y párele de contar; pero ya se ha dicho que no fue el instituto quien, a través de algún jerarca del centro o influyente el que las haya publicado, ni tampoco a este tipo de literatura se le da algún acreditamiento, por lo que, como resultado inmediato, en las actuaciones de los nuevos trabajadores habrán de aparecer cantidad de errores.

Aparte de lo anotado, *Tito* manifestó siempre su buena voluntad de ponerse a las órdenes de su sucesor para cuanto se le ofreciera y, desde luego, también gracias a la humildad con la que el nuevo jefe se aceptaba a sí mismo, frente a aquel instituto con características tan *sui géneris*, la combinación de ambas voluntades surtió de inmediato buenos efectos en beneficio mutuo. Esta misma tónica se presentó entre *Tito* y otros de los nuevos jefes de área, como el Jurídico, con quien habría de atender bastantes asuntos en el futuro.

La cartera de clientes se vio incrementada casi de inmediato. La voz se corría entre la gente que desde hacía años había venido enfrentando problemas con el Infonavit sin resultados de ningún tipo. Cuando *Tito* estuvo dentro del organismo, cualquier sugerencia vertida por él con la intención de darle salida a algún problema, no dejaba de verse como una injerencia en asuntos de otra área, lo que siempre era motivo de quejas y de recelos, suspicacias que nunca pudieron ser atemperadas por los capitanes en turno del barco, o sea el delegado, y todo porque también en ellos se presentaba la clásica ignorancia del recién llegado. En suma, nunca existió un equipo de trabajo integrado o colegiado para ventilar asuntos que, a través del tiempo, se convirtieron en células cancerosas. Este factor era y es aplicable a toda la institución.

Así las cosas, por más que se quisieran atender los problemas todo era inútil, pero ahora ya desde afuera y con la buena voluntad de los nuevos jefes, las cosas fluían sin obstáculo alguno y los servicios del despacho instalado por *Tito* eran de primera, porque como todavía no surgía el egoísmo entre aquellos novatos, lo mismo que los intereses oscuros, ni las desconfianzas; en ese momento todos eran parte del equipo impuesto por el nuevo delegado y no había ningún emisario del pasado, aún no surgía el nuevo recadero, o los nuevos jilguerillos, esos que acostumbran estar siempre cerca de los jefes para presumir de ser los elegidos de los dioses; entonces todos actúan de muy buena voluntad hasta que, por fin, les crecen las uñas y se ponen boca arriba para luego demarcar sus respectivos territorios. Esta circunstancia era bien aprovechada por *Tito*, quien antes no podía ni tan siquiera sugerir alguna solución, y ahora se daba el gusto y el lujo de redactar hasta los oficios con sus respectivos fundamentos legales, y adornados también con abundamientos de disposiciones contenidas en circulares y en cuantas otras yerbas fuera necesario, para lograr que se le tuviera credibilidad, que por lo demás todo era cierto, y en poco tiempo bien que se iba ganando un prestigio, el cual le redituaba a las mil maravillas. Ahora ganaba más que cuando trabajaba dentro del Infonavit.

Repentinamente los asuntos ya no fluían con la misma facilidad. Cuando no era un obstáculo era otro o si no un pretexto cualquiera, hasta las mismas secretarias, aquellas que se decían amigas y que siempre criticaban a los chilangos, ahora formaban parte de aquel nuevo grupo, en el cual había uno que otro capitalino. Empezando por el mismo delegado, quien a pesar de ser coahuilense, su formación política, mas no profesional o técnica, porque de éstas no tenía ninguna, la traía de la capital, porque, desde siempre, se había formado allá y, por lo mismo, se situaba dentro de los parámetros que aquellas secretarias y demás personal de la delegación utilizaban para etiquetar a la gente. Ahora la palabra chilango estaba proscrita, ¡cuidado con pronunciarla!, ahora se daba un terrorismo tal, que todos los jefes eran 'un amor'. Con el paso del tiempo se dejó ver el verdadero objetivo para el cual fue enviado aquel delegado, ese objetivo, el más indigno que se puede aceptar, fue el de hacer trabajos sucios.

Cierto día, uno de ésos en los que las antesalas que ahora le eran impuestas a *Tito*, eran eternas, esperaba para ver si uno de aquellos jefes se dignaba atenderlo, vio salir de la oficina del delegado a uno de sus antiguos compañero de oficinas centrales, se trataba de un ex compañero de la Contraloría General, quien se encontraba en la delegación haciendo unos trabajos de investigación. Tan luego se identificaron se saludaron y desde luego, aquél hizo referencia al objetivo de su visita, lo cual hizo confiado en que *Tito* aún estaba laborando en la delegación, pues ignoraba que ya no pertenecía al instituto.

–¡Hola, César!, ¿qué te trae por estos lugares?; –¡Hola, *Tito*, qué gusto verte!, pues por aquí, maestro, en cosas de rutina, tú ya sabes cómo es esto.

–¿Rutina?, eso déjaselo a Auditoría, porque lo que es la Contraloría, cuando interviene es para otra cosa, que no es de rutina precisamente.

–Pues eso sí. La verdad, maestro, es que vengo a otra cosa. Nada agradable por cierto. Eso es lo malo, que cuando hay broncas gachas es cuando nos envían, ¿te acuerdas?; –¡Vaya que sí me acuerdo!, en cuántas chingaderas no anduve metido, ¡qué chamba tan árida!

–¡Tan ojete, diría yo!, bueno, pues ésta es una de ellas; –¡Ah, chingaos!, pues ¿de qué se trata?

–Pues resulta que los envíos de recursos para créditos nomás no cuadran con la cantidad de viviendas adquiridas, así de fácil. Hasta las hemos ido a contar, en

distintos fraccionamientos, pero resulta que nos hacen falta, ¿cómo la ves?, por aquí anda suelto un pinche mago, y muy picudo, maese.

–Oye, mi César, ¿y no tendrá algo qué ver en esto lo de los créditos clonados?; –¿Qué, que qué…?, ¡ay, güey!, barájamela más despacito… ¿clonación de créditos?, ¿qué es eso?

–¡Ah, chingados!, ¿a poco es invento de Coahuila?, házmela buena, porque al fin nos vamos a distinguir por algo en especial.

–Bueno, pues si ese fuera el caso, como este tipo de discrepancias se nos está presentando en otras delegaciones, y es ésta la primera que visitamos por eso, pues entonces la tranza se está presentando en todas partes. ¡A ver, pásame corriente!, ¿cómo está la onda?

Tito expuso lo que, a su modo de ver las cosas, significaba una clonación de créditos. Aquello que una vez expuso en una de las juntas interdisciplinarias y donde lo único que sucedió fue la molestia de los que se sintieron afectados, por una posible pisada de callos. *Tito* basaba su sospecha en el hecho de que si se estaban tramitando créditos a espaldas de los interesados, sólo era cosa de armar un caso para sacar deducciones.

–A ver, maestro, pónmelo en blanco y negro. Explícame ese pedo de los créditos clonados por favor. Pero así, explícamelo con manzanitas y con todo detalle.

–Todo se debe a que un aspirante a un crédito ya no se presente a darle continuidad a su solicitud, o que con sus datos alguien tramite uno. Porque en el primero de los casos es el mismo solicitante quien proporciona sus datos personales y, en el segundo, alguien se los apropia y ya, cosa que es de lo más fácil.

–¿Sí?, no vaya siendo, ¿y los datos que tiene que aportar el patrón?

–Pues se toman los de cualquier patrón, y si se trata de uno que ya no exista o que ya no esté vigente en el catálogo básico de patrones, pues es hasta mejor. El chiste es tener datos para llenar los espacios que exige la computadora. La carta de certificación de ingresos es aceptada en las delegaciones con una simple hoja membretada, cuya firma 'patronal' no es verificada por nadie, ni los datos que contiene. La información del SAR, ni se verifica, y se están aceptando simples copias, las que pueden ser falsificadas, etc., esos papeles los he visto yo en

algunos expedientes, es más, yo mismo, estando al frente del área Fiscal, pedí en una ocasión datos al banco para verificar una información en un crédito, y la información del expediente era puro pedo, era más falsa que un billete de tres pesos.

–Sí, eso sí que está gruesísimo, suena bien, pero no te olvides de que finalmente, con el importe de ese crédito se tiene que adquirir una vivienda, lo cual implica la existencia del bien y de quien lo vende, entonces el pedo se extiende y eso ya no da la seguridad como para mantenerlo en secreto.

–Naturalmente, en esto están de acuerdo tanto el vendedor, que por lo regular será una constructora, y el instituto, luego mediante un coyote, esa casa se vende a un tercero.

–¡Ah, doble venta?; –¿Pos luego?, a poco están mancos.

–Oye, ¿y la escritura?, ¿y el aviso de retenciones?, y todo eso que se deriva del crédito, ¡en dónde queda!, no me queda claro.

–Mira, por lo que hace al aviso de retenciones, pues basta con no enviárselo al patrón del engañado, para que no se dé cuenta de que se ha sacado un crédito a su nombre o, mejor aún, si ese patrón es inexistente, pues jamás llegará el aviso a algún lado. Imagínate un patrón ya inexistente y con un domicilio en el DF, por ejemplo, pues ese aviso de retenciones no va a llegar a ninguna parte.

–Pero, por ley, ese aviso debe existir debidamente firmado de recibido por el patrón respectivo, para que se proceda a la elaboración del cheque y poder pagar la vivienda al vendedor.

–¿Y, cuál es el pedo?, simplemente se presenta con cualquier garabato como firma y ya, que al final de cuentas nadie revisa la autenticidad de las firmas, ¿o sí?, a poco ustedes revisan a ese grado de minuciosidad los expedientes, ni los auditores lo hacen, ¡debiendo hacerlo!

–¿Y la escritura?, ¿y la hipoteca?; –Pues no existen y ya, ¿a quién le interesa?, algún día le va a interesar al que compra la vivienda, pero como bien sabe que no la compró, sino que le permitieron ocuparla mediante un moche, pues ni ruido va a hacer. Y la hipoteca, pues jamás se va a constituir porque no hay escritura y el único que estará bailando en la cuerda floja será el Infonavit, porque nunca va a cobrar el crédito.

–Bueno, maestro, pero no agarro la onda, ¿de dónde nace esa discrepancia entre la cantidad de viviendas y la lana que se paga?, porque, finalmente, eso es a lo que vengo, a investigar el porqué nos faltan viviendas.

–¿Te has puesto a considerar la posibilidad, sólo eso, la posibilidad, de que en algunos casos ni siquiera exista la vivienda?, ¿eh?, esa podría ser una pista. Por otra parte, y con eso de que se les queman las habas a los delegados por cumplir con las metas, para que les envíen más recursos y entregar más créditos, y porque a los directivos les urge presentar cifras alegres, incluso para adornar los informes presidenciales, se entregan créditos al vapor, sin tener el más mínimo escrúpulo, y aquí podría haber algo también, porque ahora se han dado casos en los que las viviendas se pagan a los constructores en forma global a través de facturas y no como debe ser, es decir, que a cada vivienda le corresponda un cheque, para que pueda ser debidamente identificado cada cheque con su respectivo acreditado y vendedor. Las facturas contienen importes globales, pero aunque indiquen cantidades de viviendas no indican en dónde se encuentran, ni cuánto miden, ni nada que las identifique. Ésa va a ser tu chamba, identificar cada factura global con las viviendas respectivas, y va a estar en chino.

–Pero qué locura, ¿no crees?

–Pues depende cómo la veas. Porque como bien lo sabes el premio de productividad que se paga al personal del Infonavit va en función de la cantidad de créditos que se ejercen, y a los delegados les va a toda madre también, porque cada cheque que le firman a las constructoras es una corta feria que reciben de ellas; y eso no se ve, eso no queda reflejado en ningún documento, es la forma perfecta de corrupción, porque jamás se va a ver reflejado en los registros institucionales, ni en las operaciones de los constructores, esos importes se los cobran a los compradores de las viviendas, a los trabajadores. Aquí viven y moran los representantes de las constructoras, pegaditos a los delegados, acelerándolos para que firmen cheques, sobre todo cada fin de semana, para el pago de la nómina con toda seguridad, y los delegados, el que los vea, pensaría que están cumpliendo con su deber, hasta altas horas de la noche metidos en la oficina, firme y firme cheques. Mira, ahora que estoy trabajando ya por mi cuenta me estoy enterando de cada caso, que no veas. Como, por ejemplo, los pagos que anticipadamente les hacen a los constructores, quienes vienen terminando de construir las viviendas hasta con diez meses de atraso, pero eso sí a los pobres trabajadores les cargan los créditos desde el día en que se pagan esos importes, y empiezan a cargárseles los intereses sin que disfruten de sus viviendas.

–¡A ver, a ver!, ¿cómo es eso de que ahora estás trabajando por tu cuenta?, ¿y el Infonavit?, no me dirás que trabajas en los dos lugares.

–¡No, hombre!, pues qué, ¿no lo sabías?

–No, para nada. ¿qué onda contigo, maestro?, esa sí que es una sorpresa.

Sin mucho esfuerzo *Tito* pudo observar que en una mueca indiscreta aflorada en la cara de su interlocutor, se reflejaba como una especie de arrepentimiento, por estar tratando asuntos del interior del Infonavit, ahora con un extraño. Por este motivo *Tito*, ni tardo ni perezoso, advirtió a César:

–No te me arrugues, que no soy ningún extraño. Sé tanto o más que tú de lo que aquí pasa, por lo tanto, no te espantes.

–¡Claro que no, hombre!, es sólo la sorpresa, tú sabes.

Tito se dijo para sí: "Si no los conociera, te creería", y no se equivocó, porque unos seis meses después, en otro encuentro que la casualidad les proporcionó, César no quiso comentar nada acerca de los resultados que se iban obteniendo pero, por supuesto, aquellas prácticas no desaparecían, es más, ya con el nuevo delegado se reforzaron amén de otros sucesos extremados, de los que trataremos más adelante.

Aquel diálogo se vio interrumpido repentinamente por César, tan luego como se enteró de que estaba hablando de cosas internas con un extraño. Y sin más se despidieron. *Tito* no fue recibido por nadie de aquellos a los que iba a visitar. Ya era claro y manifiesto que algo estaba pasando al interior de la delegación, y como para esas fechas el trato que recibían también los empleados de base, de parte de los nuevos jefes y sobre todo del nuevo delegado, no era de lo mejor, y para colmo con la complacencia del secretario del sindicato, no faltó quien soltara la lengua para que *Tito* se enterara de que ya existía la consigna de que a ningún ex jefe de área se le permitiera entrar a las oficinas; ordenó que en los accesos estuviera un guardia, de esos de la policía auxiliar contratado expresamente para evitarlo. Aquello fue fatal para *Tito* porque muchos asuntos ya en compromiso no podrían salir, al menos no en forma expedita como antes; y no se equivocó, porque incluso en muchos de éstos tuvo que declararse incompetente para solucionarlos y se vio en la necesidad de deshacer los tratos con sus clientes.

El gusto no le duró mucho a *Tito* y pronto tuvo que dedicarse a otras actividades, sin embargo como tampoco los interesados en solucionar sus problemas obtenían satisfacción acudiendo directamente a las oficinas de la delegación, continuaban buscando los servicios del despacho, *Tito* los convencía de que no les quedaba otro camino más que el juicio, ya fuera por la vía laboral o por la civil. Por medio de la primera no tenía ningún impedimento para representar a los quejosos, pero si se trataba de un juicio por la vía civil, entonces tenía que asociarse con algún abogado que sí pudiera litigar ante los juzgados. Así las cosas, los asuntos no eran muy redituables, empezando porque los interesados, en su gran mayoría, siendo personas de escasos recursos no podían pagar un juicio por la vía civil que representaba honorarios caros por lo prolongado del asunto y porque eran dobles los suyos y los del abogado, y por la vía laboral no sólo era más módico el cobro, sino hasta más rápido el caso. También se ideaban otras formas de trato, el hecho era que las mismas circunstancias empujaron a *Tito* a ir por un camino inimaginable y ahora lo estaban llevando hacia otro tipo de aventuras.

El camino de los juicios no era del todo descabellado, ya que no tenía por qué verles la cara a aquellos jefes arrogantes y déspotas aparte de majaderos, sino que, en todo caso, los encuentros se tenían que dar en un terreno neutral, pero para que resultara un negocio atractivo, era necesario atender una buena masa de asuntos, lo que en Saltillo no era muy dable, porque muchos de los afectados acudían directamente a las oficinas, en la falsa creencia de que encontrarían rápida respuesta a sus querellas. Ahora los nuevos jefes, con un poco de fingimiento y ejerciendo presión sobre los quejosos, los inducían a entrar en el mundo de las tranzas a través de los coyotes, quienes se vieron grandemente favorecidos por aquel delegado corrupto y sus colaboradores, mismos que eran tolerados por su jefe, para que cada quien hiciera sus 'buscas', mientras él se encargaba de las suyas. El botín estaba perfectamente bien distribuido y *Tito* seguía pensando en qué forma podría hacerse de una cartera masiva de clientes; todo indicaba que eso sólo se podría dar fuera de Saltillo, lo que lo llevó a tomar una determinación drástica, misma que habría de ponerlo en el camino más significativo dentro del momento que estaba viviendo.

Monclova, Coahuila, 1997

¿Por qué Monclova? En la delegación bien se sabía que Monclova era la ciudad con más problemas, que era el asiento de la mayor cantidad de coyotes, de la mayor cantidad de viviendas irregulares, de la mayor cantidad de tiempo con rienda suelta, en fin la más problemática no sólo en los asuntos relativos al Infonavit,

sino en todo tipo de asuntos. Coloquialmente, por esos tiempos se le conocía como 'La ciudad sin ley'.

Tito hizo varias incursiones con la intención de ver el modo de hacerse publicidad y de allegarse clientes, por supuesto. Así, se contactó con antiguos altos empleados de empresas, mismas que fueron atendidas por él cuando estuvo al frente del área Fiscal; con la confianza de que cuando eso sucedió, él les había dado un trato más que cordial, tan fue así que jamás hubo necesidad de ventilar algún asunto ante el Tribunal Fiscal de la Federación, lo que en estas jergas es lo que más rencores acarrea. En algunas de las empresas ya no estaban aquellos a quienes él había conocido, o bien se encontraban ya en otras, pero se trataba de empresas que pertenecían al mismo grupo empresarial y en ocasiones todavía estaban los mismos, o ya se habían ido a otros lugares. Hubo de todo, incluso quienes lo trataron de un modo amigable y otros, de un modo cargado de indiferencia. A través de unos de ellos pudo impartir pláticas y cursos de capacitación solamente, ya que sabía perfectamente que ofrecer servicios de otra índole, para tratarlos ante las oficinas de Saltillo, iba a ser un rotundo fracaso. *Tito*, más que otra cosa, lo que quería era obtener ingresos que le permitieran permanecer en la ciudad para adentrarse en los problemas de las unidades habitacionales, ya que tenía bien definido que el campo a explotar era el de las viviendas irregulares, el de la gente emproblemada con el Infonavit, con los invasores de viviendas, etc., por lo tanto puso toda su atención en el acopio de todo tipo de material que le viniera a ayudar en la búsqueda de soluciones al respecto.

Fue verdaderamente sorprendente lo que encontró en esta ciudad. Él creía haberlo visto todo, no obstante era enorme la cantidad de viviendas en estado irregular, lo mismo provocado de manera consciente por los afectados, que por motivos totalmente ajenos a ellos; un coyotaje impresionante, un tráfico de operaciones con viviendas irregulares bastante fuera de lo común, y, en fin, aquel campo era atractivo, fértil y prometedor.

Con mucha frecuencia aparecían en notas periodísticas locales quejas de trabajadores en contra del Infonavit, o en contra de embaucadores, lo mismo que declaraciones de los líderes sindicales de AHMSA, quejándose contra actuaciones inapropiadas por parte del instituto, incluso encabezaban manifestaciones en contra del organismo por considerar que no se les atendía en sus demandas.

En cierta ocasión, caminando por el centro de la ciudad, se encontró con un antiguo conocido, quien en diferentes ocasiones había acudido a las oficinas de Saltillo a atender asuntos cuando *Tito* tenía a su cargo el área Fiscal. Se trataba de un contador público que tenía un despacho profesional cercano al lugar del encuentro; después de saludarse *Tito* fue invitado por su colega para platicar, por lo que entablron una larga charla de la cual salió algo interesante para ambos. Aquel amigo, de nombre Alfredo, al escuchar que *Tito* tenía el propósito de establecerse en Monclova con la finalidad de atender asuntos relacionados con el Infonavit, se mostró interesado, a tal grado que puso a las órdenes de *Tito* sus instalaciones, que estaban bastante sobradas de espacio y consideró que bien podría establecerse una buena combinación de servicios para ser ofrecidos al público.

Por su parte, *Tito* no tenía nada que pensarle al asunto, al contrario, era lo mejor que la casualidad le pudo haber ofrecido hasta ese momento y, desde luego, aceptó; ya después se definirían las condiciones. Lo siguiente sería cómo atraer clientes, para lo cual acudió a varias formas, que iban desde el reparto directo de volantes en las unidades habitacionales, ofreciendo sus servicios, dirigidos muy a tono con las necesidades que bien sabía *Tito* que la mayor parte de aquella gente tenía.

Otra de las formas adoptadas por *Tito* fue la de acudir directamente con los líderes sindicales, tanto de AHMSA en sus dos secciones, como con los de otros sindicatos pertenecientes a diferentes empresas, para ofrecer sus servicios como asesor en las peticiones que los mismos presentaban ante el instituto.

También, aprovechándose de notas periodísticas, de esas que en forma escandalosa suelen aparecer en esos medios, como resultado de los que acuden a exponer sus quejas a la opinión pública y claro, con relación a algún asunto relativo al Infonavit, acudía a ellos para opinar algo que le favoreciera o bien para obtener los datos de los quejosos y ponerse en contacto con ellos. En este contexto también acudía al canal de televisión local, cuando se presentaba alguna nota de esta índole que, como ya dijimos, eran muy frecuentes.

Después de agotar todo cuanto era posible o aprovechable, *Tito* se dedicó a esperar los resultados, acudiendo al despacho aquel para atender a quienes se interesaran en sus servicios. Transcurrieron algunos días sin que hubiera ninguna respuesta, pero, poco a poco, empezó a llegar gente buscando solución a sus problemas, los cuales se podían catalogar de manera muy definida y variada:

***Tenedores de viviendas por la vía de una compra irregular, de lo cual estaban bien conscientes, porque el importe en que adquirieron el bien era verdaderamente ridículo, y porque la adquirieron de alguien que no era el verdadero titular de la vivienda, es decir, que bien se podría tratar de un invasor, digamos, por costumbre, de viviendas abandonadas que después de ocuparlas por un corto tiempo, las traspasa más adelante, por un precio ínfimo.

***Tenedores de viviendas por la vía de un traspaso, hecho directamente por el titular del crédito, y ambos, en su ignorancia, creían que la operación era correcta y hasta legal.

***Tenedores de viviendas por la vía de la invasión.

***Tenedores de viviendas, pero con adeudos graves de hasta 15 ó más años sin pagar.

***Tenedores de viviendas cuyos titulares ya habían sido pensionados por el IMSS y con adeudos atrasados.

***Tenedores de viviendas cuyos titulares ya habían fallecido.

***Trabajadores que se quejaban de no haber tramitado algún crédito pero que, no obstante, el Infonavit ordenaba descuentos a sus salarios a través de sus patrones, por lo cual buscaban quien los defendiera de tal circunstancia y que el instituto suspendiera aquellos descuentos. A este tipo de créditos, *Tito* les denominaba como 'Créditos Clonados'.

***Gente que buscaba asesoría para encontrar la forma de quedarse con alguna vivienda que estaba por ahí, en alguna unidad habitacional, aparentemente abandonada.

***Acreditados auténticos, y con sus viviendas ya liquidadas, pero que no obstante el Infonavit les seguía descontando abonos.

***Viviendas ya pagadas, pero cuyas escrituras no aparecían o nunca se habían elaborado.

***Trabajadores cuyo crédito no estaba registrado en la contabilidad del Infonavit y, por lo mismo, su titular no podía conocer nada acerca de sus pagos, de su

saldo, ni siquiera podía conocer nada para poder cancelar la hipoteca en caso de haberlo liquidado o para cualquier otro efecto legal.

***Trámites para la cancelación de hipotecas.

***Trámites para el retiro de fondos de ahorro.

***Investigaciones sobre el porqué en el Infonavit no se tenían fondos de ahorro aun en el caso de trabajadores con muchos años de servicio.

Como podemos ver, esta lista, que no es limitativa, era el posible campo de acción en el cual *Tito* se podría mover en un futuro, dado que en el instituto, no existía, ni existe, una área especializada en la resolución de estos casos y, por el contrario, como en ellos inciden varios aspectos, mismos que atañen a diferentes áreas y no sólo a una de ellas, pues menos se habrían de solucionar, puesto que para ello sería necesaria la concurrencia de voluntades diferentes, y eso era algo poco menos que imposible. Cuando *Tito* se encontraba laborando para el Infonavit, sabía cómo proceder en caso de que se presentara algún afectado, pero cada vez que pretendió intentar alguna solución, como era necesaria la colaboración de los jefes de otras áreas se sentían vulnerados, traduciendo aquella actitud como una injerencia o interferencia en asuntos de áreas ajenas. Por esto mismo, cuando *Tito* acudía a las oficinas del instituto en busca de alguna solución la podía encontrar sin dilación, porque él mismo podía dar las directrices a seguir, y sobre todo por la buena disposición de servir de quienes al principio, teniendo conciencia humilde de sus limitaciones, muestran su diligencia para ayudar, para servir, pero cuando ya sienten que todo lo saben, o que alguien les prohíbe continuar en ese sentido, las cosas cambian. Tal fue el caso, como ya dijimos y con el tiempo se supo, que por instrucciones del nuevo delegado a ningún ex jefe de área se le debería prestar atención.

En vista de lo dicho, *Tito* se iba a enfrentar a un verdadero problema, un obstáculo que le impediría poder brindar un buen servicio y eso no le vendría nada bien para sus propósitos. Por lo tanto, tan pronto se empezaron a presentar clientes tuvo que proceder con verdadero sigilo, adoptando incluso, actitudes hasta un tanto cuanto humillantes ante aquel muro interpuesto por el delegado. *Tito* estaba bien consciente de su actitud, pero se puso un límite, si para cuando ese límite se cumpliera no había obtenido la buena voluntad de aquel grupo de boicoteadores, entonces adoptaría otras formas de actuar. Cierto día en que *Tito* se encontraba haciendo antesala para ser recibido por uno de aquellos arrogantes jefes de

área, se topó con Elvira una antigua novia, de allá de sus años de estudiante de preparatoria, quien con sorpresa y un notorio gesto de disgusto saludó a *Tito*.

–¿*Tito*?, ¿eres tú?; –Pues claro que soy yo, ¿o qué?, ¿tanto he cambiado?; –Bueno, no estás igual precisamente, pero sí que es una sorpresa, ¿qué te has hecho?

–Pues yo regresé por acá, en 1984 y desde entonces he andado por aquí. Incluso, aquí trabajé por varios años, hasta 1996, en que me liquidaron, ¿y tú?, nunca te vi por aquí, ¿no vives en Saltillo?

–Tengo poco tiempo de haber regresado también. He estado en varios lugares, incluso en Cuba, porque me casé con un cubano y viví por allá, pero me divorcié.

–¡Cómo!, ¿Cuba?, ¿y eso?; –Pues es que me titulé de enfermera y en una ocasión en la que nos enviaron a un seminario a la isla, lo conocí y allá me quedé. Así de rápido te lo cuento.

Mientras aquella mujer hablaba *Tito* le notaba un aire de enojo, por lo que no resistió la tentación de preguntarle el motivo.

–Oye, pero te siento o te noto algo alterada, ¿qué te pasa?; –¿Me viste salir de ahí?

–Bueno, estaba distraído, pero ¿y eso?; –¿No viste cómo azoté la puerta?; –No.

–Es que hace algún tiempo he andado sobre un crédito, y me han traído de arriba para abajo y nada. Al fin me citaron para hoy y me atendieron el de créditos y su jefe, jijos de la chin… méndigos, cabrones…; –¿Qué pasó?, ¿qué te hicieron?

–Mira, con todo y mi vergüenza… es que me hicieron una proposición ¡estúpida!, ¿me entiendes?, ¡sí, ésa!, ésa lo que estás pensando. ¿Qué se habrán pensado estos mierdas?, si yo no les he dado ningún motivo.

–Te comprendo y participo contigo de que no son nadamás que unos corruptos. "Aparte de inmorales e indignos, para prestarse a hacer trabajos sucios, aprovecharán el poder para esto también, ¡qué méndigos!"

Ya después de aquella plática la mujer, ya más calmada, se despidió de *Tito*, y éste continuó con su espera. En eso estaba cuando llegó un individuo a quien *Tito* había conocido cuando era jefe del área Fiscal. Era esposo de una de las secretarias de la delegación; *Tito* lo había empleado como notificador cuando se encontraba desocupado. Se saludaron y su situación no era diferente, de nuevo se encontraba sin trabajo. *Tito* observó que ese individuo, de nombre Gustavo, entraba y salía de las oficinas sin obstáculo alguno gozando, sin lugar a dudas, de la influencia de su esposa, quien en ese tiempo ocupaba una de las carteras dentro del sindicato.

–¡Hola contador, cómo le va? hacía mucho tiempo que no lo veía.

–¿Qué tal Gustavo?, ¿qué haces ahora?, no me dirás que andas todavía de notificador, porque la verdad pues eso nunca fue algo significativo.

–No. Ya no. Aquello fue, aunque poca cosa, algo que me ayudó mucho porque, se lo confieso, no nos alcanzaba ni para pañales de la niña, créamelo, lo que mi esposa ganaba entonces no alcanzaba. Ya desde que es algo dentro del sindicato ha podido ascender, sino seguiríamos igual. A mí me da vergüenza decírselo, no he visto la mía. Desde los reajustes de la GM no he podido despegar. Así que, por poco que haya sido lo que me ganaba, desde entonces yo sigo muy agradecido con usted. Tengo entendido que todavía no tiene hijos, pero cuando los tenga sabrá valorar lo que significa que alguien nos dé la mano cuando estamos jodidos. Mi vieja piensa lo mismo y me dice que le da mucho coraje ver cómo lo tratan los nuevos jefes.

–¡Mira!, no creí que se dieran cuenta. No debe ser para tanto. De todos modos yo me siento muy conmovido por lo que dices, y gracias, gracias, porque después de todo es bueno saber que, de vez en cuando, uno hace algo bueno en la vida. Yo no me hubiera imaginado siquiera que aquello que te pagábamos por cada notificación hecha, para ti era muy importante. Incluso, yo muchas veces abogué porque esos servicios fueran mejor pagados pero este instituto es cuenta chiles, cuida los centavitos y tira los pesos, porque a quien le sirve bien no lo reconoce, en cambio al corrupto lo premian. En fin, gracias.

–¿Y ahora, a qué se dedica?; –Pues tengo un negocio de arrendamientos y, en forma paralela, atiendo asuntos de gente con problemas con el Infonavit, y aquí me tienes haciendo colas, lo que nunca hice con nadie ahora me lo hacen a mí, ¿cómo la ves?

–Sí, ya lo sé. Mi esposa me dice todo lo que sucede aquí. Ya les leyeron la cartilla a todos en la delegación y les advirtieron que para nada se atrevan a brindar atención a los ex jefes, cuando éstos se dediquen a asuntos relacionados con el Infonavit.

–Pues creo que yo soy el único que ando en asuntos del Infonavit porque, hasta donde yo sé, los demás tienen sus negocios o sus despachos particulares o algo así.

–¡No!, no es así. Mire, el que era administrador, ahora tiene un negocio de impresoras y para nada le permitieron ser proveedor. El financiero, el de créditos, el de promoción y casi a todos como ahora trabajan para constructoras no les permiten ser promotores y les prohíben entrar a las oficinas. Ya hay pedo, porque las mismas constructoras han presentado sus quejas al delegado, ya que si los contrataron fue porque estaban muy bien experimentados para esta chamba y si no les permiten entrar a las oficinas, pues entonces no venden casas. No tarda mucho en que todo cambie, porque este cabrón delegado lo que quiere es que todos los promotores y todo sea gente diferente a la que estuvo aquí, porque él mueve muchas tranzas, pero ya se la peló, porque a las constructoras eso les vale y no van a andar contratando gente de otras ciudades sólo por darle gusto. Ya ha habido pedo, y grande.

–¡En la madre!, ¿y por mí?, ¿quién va a abogar por mí?, ¡qué chinga!

–Pues sí, ¿verdad?, ¿y qué?, ¿tiene mucha chamba?

–Pues va a haber. A como veo las cosas, creo que voy a tener bastante y mientras estén aquí estos hijos de la chingada, no me imagino qué es lo que voy a hacer, ¿y tú?, ¿qué haces ahora?

–Mire, nomás porque sé bien que usted no raja, se lo voy a decir. Muevo la compraventa de casas usadas. No muchas. Ya sabe usted que este tipo de créditos casi no se mueve, pero cuando hay modo, pues mi vieja me hace el paro. No me vaya a echar tierra.

–No, hombre. Eso no es malo. Es una intermediación como cualquier otra. Tu chamba consiste en la gestoría simplemente y eso no está prohibido. Es la tranza lo que se debe castigar. La tranza es sacar créditos chuecos eso sí está prohibido

pero intermediar entre acreditados y vendedores de casas, pues es exactamente lo que hacen los promotores que traen los constructores.

–¿Verdad?, pues es así como yo lo veo. No sé por qué se nos tiene tan satanizados. Yo creo que más bien es que a los delegados no les queda nada con este tipo de créditos, mejor se tienden al montón porque ahí sí hay moche, ya ve que cada semanita los constructores están nomás al alba, tenderetes desde tempranito, pegados al delegado para que no deje de firmar cheques y de ahí, pues ya sabe usted, por cada cheque le viene una feria. En cambio uno, pos, qué le puede quedar al delegado, ni madre, por eso es que nos tardan un chingo en pagar, y así pues dan la pantalla de que son muy honestos. Con uno se lucen pero con los meros meros, pos… ya mero, ¿no?

–Oye, Gustavo, creo que me puedes servir, ¿te interesa oírme?; –Si es derecha la flecha, sí, ¿de qué se trata?

–Mira. Como yo sé que voy a tener problemas para meter mis asuntos, y ya veo que tú tienes la vara alta, ¿qué te parece?, yo preparo los asuntos y tú los tramitas. Nadie sabe que yo abrí una oficina en Monclova, sólo tú lo sabes, por lo tanto nunca nos van a ligar. Yo te envío por paquetería los asuntos, te digo lo que hay qué hacer, con quién, cómo, y todo lo que sea, y tú, pues fingiendo demencia, los tramitas y te llevas un 30% de lo que les cobre. Yo te guío, ¿cómo la ves?

–¡Híjole!, pos, suena interesante, ¿y mi vieja?, ¿no resultaría perjudicada?

–No veo por qué, ni cómo. Mira, vamos a probar con unos asuntos y poco a poco te irás dando cuenta de si hay peligro o no para ella. Sobre todo porque no se trata de tranzas, eso te lo aseguro, yo no le hago a ese 'bisnes', todo es derecho. Tú lo vas a ver.

–Pues nomás porque lo conozco y sé que no es tranza, sí le entro, ¿cuándo empezamos?

–Pues ¡de ya!, mira, vámonos a un café y ahí te explico. Ahora traigo algunos asuntos para tramitarlos y qué bueno que no entré a ver a ese güey, porque si no hubiera quemado el camino.

–Sí, es mejor, ya ve lo que pasó con *la Güera*.

–¿Cuál güera?; –La del Jurídico, la chaparra. Estaba de acuerdo con unos cuates del Seguro Social, de Monclova precisamente, y con unos cabrones que habían estado en el sindicato de AHMSA. El caso es que estaban sacando fondos de ahorro para la raza que aún no tenía derecho a sacarlos, y al doble, yo no sé cómo es eso, pero creo que por algunos casos, es al doble, o algo así, y que ya les habían echado el ojo, pero ni se imaginaban en el Infonavit quién era el contacto y cuando la vieron hablando con ellos, pues le tendieron un cuatro y a la chingada, la corrieron.

–¡Ya caigo!, con razón hace tiempo que no la veo. Yo creí que estaba de vacaciones o que la habían cambiado a otro lugar, pero nadie me ha dicho nada, o más bien yo no he preguntado.
–No, nadie quiere hablar de eso. Eso quema. Andan todos con el culo fruncido. Todos creíamos que iba a pisar el bote, pero nada.

–Pues eso está tipificado como fraude en la Ley del Infonavit, pero como todo, nadie va al bote. Se han encontrado verdaderos fraudes, pero en grande, y no obstante nadie ha entrado a la jaula. Es más, ahora unos andan por ahí de promotores. No pasa nada.

Estas novedades las iba escuchando *Tito* mientras estaban en camino hacia un café cercano, ya cuando se instalaron en él *Tito* instruyó a Gustavo acerca de lo que se tenía que hacer con aquellos expedientes y se los entregó para su trámite. *Tito* regresó a Monclova y esperó a que Gustavo le hablara para cualquier aclaración que hubiera que hacerse. Si el plan resultaba entonces todo estaría arreglado y su trabajo consistiría en hacerse de asuntos y enviárselos a su ayudante.

El plan funcionó de maravilla durante meses pero, poco a poco, todo se iba atrasando y la razón que exponía Gustavo era que, según aquellos a quienes acudía para dar salida a los asuntos, decían que los archivos habían sido encerrados y nadie más que los jefes tenían acceso a ellos. Sin duda alguna algo estaba sucediendo. Por tal razón, *Tito* decidió viajar a Saltillo para enterarse de cerca de lo que estaba pasando. Había quedado de verse con Gustavo en el café y así lo hicieron. Gustavo, después de dar a *Tito* sus explicaciones, le dijo que tal vez ya no iba a ser posible continuar con aquel negocio, o que tal vez sería mejor esperar a que aquello se asentara. Lo que sí era cierto era que aquel delegado no sólo había ordenado que nadie entrara a los archivos, sino que también había decidido trasladarlos a una bodega que estaba situada en un lugar bastante alejado de la delegación, la que además no cumplía con ninguna adecuación que asegurara

la preservación de los expedientes, sobre todo los de crédito. Todos estos pormenores habrían de salir a la luz pública con el tiempo, porque un diario de la localidad descubrió aquello y lo publicó.

Por necesidad, *Tito* tuvo que pasar ese día a las oficinas del instituto para hacer unos pagos en la caja, y vio que se encontraban a todo lo largo de la banqueta un sinnúmero de cajas de cartón que estaban subiendo a camiones de carga, teniendo a la vista fólderes que podían ser bien reconocidos por *Tito*; indudablemente se trataba de papeles de suma importancia. *Tito* tuvo la intención de meterse al estacionamiento para poder ingresar a las oficinas, pero eso no fue posible porque el estacionamiento también estaba lleno de muebles viejos, escritorios y archiveros desvencijados, etc., tal vez ya estaban catalogados como basura. Ya de noche *Tito* tuvo necesidad de pasar de nuevo por aquella calle, y vio que aquel mobiliario desvencijado ya no se encontraba dentro del estacionamiento ni afuera; en la banqueta sólo quedaban unas cajas conteniendo basura.

Al día siguiente *Tito* acudió a las oficinas para hacer los pagos que le habían encomendado, porque cualquier pago solamente se podía efectuar en la caja del Infonavit; de regreso al estacionamiento iba observando con detenimiento el contenido de aquellas cajas, que ya estaban siendo subidas al camión de la basura; en unas de ellas era presumible la existencia de documentos que por su apariencia, bien podría tratarse de documentos útiles, pero que se encontraban revueltos con otras cosas, efectivamente basura. Una de aquellas cajas, la más alejada y que ya el cargador la iba a tomar para subirla al vehículo aquel, *Tito* no resistió la tentación y le ofreció dinero al hombre, para que se la dejara, éste aceptando el billete la colocó en el carro de *Tito*. Cuando llegó a Monclova *Tito* se puso a ver lo que la caja contenía, analizando detenidamente cada papel; en buena parte se trataba efectivamente de basura, pero encontró varios oficios, lo mismo que listados de acreditados y otras cosas bastante útiles. Como por ejemplo, un listado conteniendo el nombre del acreditado, número de crédito y domicilio, lo mismo que la cantidad de periodos adeudados al instituto, lo cual indicaba que se trataba de un listado de deudores, conteniendo 6 000 casos en cartera vencida; en su gran mayoría se trataba de acreditados hasta con 20 años sin pagar un solo centavo. Una verdadera cartera perdida. Si bien Monclova era la ciudad con más cantidad de problemas, aquel listado daba cuenta de que en todo el estado sucedía lo mismo, un verdadero descuido en la recuperación de créditos.

Tito estaba verdaderamente preocupado por aquellos asuntos que aún estaban pendientes de resolver, mismos que estaban en su poder, porque, como ya se

dijo Gustavo ya no había querido colaborar y algo se tenía que hacer. En vista de esto decidió iniciar otra manera de actuar, la cual consistió en hacer por escrito las peticiones de solución, dirigidas a aquel delegado, pensando que si no obtenía alguna contestación, entonces tendría la oportunidad de demandarlo por violación al Artículo 8º. Constitucional, que es el precepto que garantiza a los ciudadanos el derecho de audiencia. Pero se encontró con un gran problema, o sea que como se trataba de un derecho del ciudadano, los oficios de petición tenían que ir firmados por los interesados, a quienes *Tito* advertía que de no recibir respuesta, entonces se tendrían que ir por una demanda para solicitar la garantía respectiva, y a los primeros que les advirtió esto de inmediato se desistieron de continuar con el asunto, porque tan sólo de enterarse de que tenían que entrar en un juicio decidieron continuar con su problema, y era natural, porque la experiencia pública da cuenta de que en nuestro país los juicios son un verdadero vía crucis.

No obstante, algunos asuntos los intentó tratar a través de una carta poder simple, ya que en la Ley del Instituto hasta entonces no existía prohibición alguna para representar a los trabajadores o a sus beneficiarios ante ese organismo y, siendo así las cosas, si no se le daba ninguna contestación, entonces él, en calidad de peticionario, sí podría recurrir a un juicio de garantías.

Así las cosas, un día llegó a la barra de atención al público, para que se le recibiera una carta poder, junto con un escrito donde se planteaba cierto problema al cual se le trataba de buscar una solución. Tan pronto fue reconocido por el jefe de aquel departamento ante el cual iba a solicitar el trámite le fue negado el servicio, diciéndole que él no podía actuar a nombre de nadie. *Tito*, por más que trataba de convencer a aquel burócrata de que no existía ningún impedimento legal como para que se le negara el servicio, el ignorante simplemente se concretaba a guardar silencio, ante la mirada burlona de aquellos que, estando en iguales condiciones de trato indigno, reclamaban a *Tito* que ya dejara la fila para que aquel empleado los siguiera atendiendo, sin reflexionar siquiera en que los verdugos de hoy serán las víctimas de mañana. La gente suele actuar de ese modo, tal vez pensando en que de esa manera se congratulan con quien los va a atender y que, a la vez, éste les va a pagar el favor con un trato especial por su apoyo. En vez de solidarizarse con quien o quienes están en un momento dado contra la pared, lo abandonan a su suerte, poniéndose del lado del que en esos momentos se siente omnipotente, saboreando el dulce placer que brinda el ejercicio de los pequeños poderes.

Tito no se achicó y le pidió a su contrincante que tal aseveración se la diera por escrito y debidamente fundada; ni tardo ni perezoso, pero sí con una gran ignorancia, aquel prepotente empleado escribió un oficio en su computadora y luego de imprimirlo lo firmó y se lo entregó a *Tito*.

Aquel texto, decía simplemente: 'A partir de esta fecha, todos los trámites que usted realice en este instituto, deberán hacerse directamente por los interesados'.

Como se puede ver aquel oficio no contenía ni fundamento ni motivación, ni nada que pudiera significar un documento valedero, pero que sin embargo, no había poder alguno que lo anulara y a partir de este documento ninguna de las áreas le brindaba ningún servicio.

Tito recurrió a la Contraloría Interna del Infonavit, exponiendo su queja, pero jamás recibió contestación. Lo mismo hizo recurriendo a la entonces Secretaría de la Contraloría Federal, hoy Secretaría de la Función Pública, y después de casi un año, de correspondencia cruzada, le resolvieron: 'Esta Secretaría no es competente para conocer del asunto, toda vez que los funcionarios de ese instituto, no son servidores públicos…, por lo que deberá dirigirse a su propia Contraloría General'. En pocas palabras, el Infonavit es un organismo juez y parte a la vez. *Tito* envió un último oficio a aquella Contraloría de la Federación, para señalarles que desde 1983 el Infonavit había firmado un convenio de adhesión a esa Secretaría, con la finalidad de que sus empleados de confianza estuvieran vigilados por la misma, y así se aceptó, por lo cual, desde entonces, todo el personal de confianza rendía su declaración patrimonial cada año, lo mismo que se sometía a todas sus disposiciones. Todo fue en vano, porque jamás se le volvió a contestar nada.

Simultáneamente a lo dicho, *Tito* había iniciado un juicio por violación de garantías, mismo que perdió porque el juez, poniéndose del lado del Infonavit, sacó en defensa de aquél una tesis que sustentaba que, como el empleado que le había firmado el oficio no era quien representaba al instituto, no comprometía al Infonavit, o sea que para que *Tito* hubiera tenido la razón era necesario que el delegado hubiera firmado tal oficio y no un empleado segundón. Aquí estaba lo curioso, pues mientras que el Infonavit no se defendía sino que simplemente argumentaba que aquel oficio no era legítimo y que la firma que en el mismo aparecía no era de quien lo había signado, fue el juez mismo quien salió en defensa del Infonavit situándose en calidad de Juez y Parte. *Tito* recurrió al amparo de la Justicia Federal, ante un Tribunal Colegiado, acusando al juez de parcialidad en

su actuación y de estar supliendo al instituto, y lo mismo, se ratificó la primera de las sentencias. Tan luego como había recibido la respuesta de la Contraloría de la Federación, *Tito* recurrió a la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, misma que sí actuó, y fue del modo en el que a *Tito* se le restituyeron sus Garantías Constitucionales, aparte de que aquel organismo emitió recomendaciones al Infonavit en el sentido de que… 'Se Instruya a todas las Delegaciones a nivel Nacional, para que a todo aquel que actúe en representación de trabajadores, se le respete tal condición, toda vez que, de acuerdo con lo demostrado por el quejoso, no existía disposición que lo prohibiera…' Lo mismo que se dejaba por asentado, que habían sido violadas las Garantías Constitucionales de *Tito*. Por esos días, éste recibió un oficio del Departamento Jurídico de oficinas centrales, en donde se le decía que 'no había inconveniente alguno para que continuara con sus labores a favor de los trabajadores que representaba'.

No obstante lo anteriormente dicho, a *Tito* se le seguía boicoteando su trabajo por lo que, de nueva cuenta, llamó la atención del organismo defensor de los Derechos Humanos, y éste lo invitó para que acudiera a esas oficinas en el DF, para ir directamente ante la Subdirección Jurídica del Infonavit a exponer el caso. *Tito* así lo hizo y una vez reunidos varios representantes del Infonavit, entre ellos una alta funcionaria junto con dos visitadores del organismo humanitario, a cada una de las partes se le dio la oportunidad de presentar sus respectivas posiciones. Después de un ir y venir de argumentos y pruebas, el organismo defensor de *Tito* ratificaba que en realidad existía una violación de garantías, por lo cual aquella alta funcionaria se comprometió a que ella, personalmente, se haría cargo de los asuntos que aún estaban pendientes de ser resueltos en la delegación, a cambio de que ya se firmara un convenio entre las partes, para enviar el expediente al archivo. Así se firmó y se concluyó con aquellos pendientes.

Esta serie de procesos se llevaron casi dos años, mientras tanto aquel delegado ya había sido reemplazado y al burócrata empedernido que había causado todo esto ya lo habían dado de baja. Esa camarilla había sido enviada para hacer el trabajo sucio, el cual consistió, entre otras cosas, en desaparecer muchas evidencias de fraudes cometidos al interior del Infonavit, lo mismo que la extracción de créditos en forma clonada el pago de viviendas inexistentes o en forma anticipada, financiando gratuitamente a los constructores a cargo de los acreditados, a quienes les venían entregando sus viviendas hasta con 10 meses de atraso y a muchos tal vez jamás se les hizo entrega de nada. Tristemente, se supo, que aquel delegado había sido premiado con otro puesto en las oficinas centrales. Todo fue una farsa.

Durante ese tiempo *Tito* había acudido no sólo a los recursos legales, mismos que ya de suyo estaban cargados de injusticia, sino que también intentó denunciar los hechos ante los medios en Monclova lo mismo que en Saltillo, porque era verdaderamente imperiosa la necesidad de que alguien interviniera para detener aquel pillaje, pero tampoco de nada sirvió porque se daba el caso de que los accionistas de las constructoras eran, a la vez, los dueños de los medios, lo mismo periodísticos que de radio y televisión locales que, si bien no todas las constructoras estaban inmiscuidas en este tipo de tropelías, los dueños de las que sí lo estaban eran muy amigos de los propietarios de los medios o eran parientes, o estaban de algún modo relacionados, de tal suerte que, finalmente, se daba el fenómeno del oligopolio o de la liga de intereses; para ser contundentes aquellos medios no se abrían para denunciar las cloacas porque bien conocían aquel refrán que dice: 'Cuando veas las barbas de tu vecino recortar, pon las tuyas a remojar.

Los caciquismos en la provincia son lo más común, más en la actualidad, cuando el poder ya no lo tiene el Presidente de la República sino los gobernadores de los estados y, en cierta forma, también los ediles municipales. Ahora son éstos los que negocian directamente con todo, hasta con los narcos.

Los días transcurrían y no producían ningún beneficio económico. La siguiente autoridad en el Infonavit y la que le siguió, porque ya no duraban mucho al frente del organismo, continuaban en su práctica, es decir que si bien ya no prohibían dar entrada a solicitudes de solución de problemas, tampoco las contestaban y de nada servía que se interpusieran juicios para el cumplimiento de garantías porque, a lo mucho, cuando el juez ordenaba que el Infonavit diera respuesta conforme a lo indicado en el Artículo 8º, Constitucional, dicho organismo 'contestaba', sí, pero cualquier cosa, menos una solución, sin embargo el tiempo ya se había perdido. Esta burla infame se vino institucionalizando ilegalmente, porque poco a poco a las delegaciones del Infonavit les han ido quitando funciones, centralizándolas de manera perversa, para desalentar a todo aquel que quiera buscar soluciones a lo que ya, de suyo, en muchos de los casos, no se puede dar.

Así se presentaban los acontecimientos cuando en cierta ocasión encontramos a *Tito* y a su amigo Alfredo haciéndo conjeturas con respecto a la forma en la que se estaban desarrollando las cosas.

–¿Y cómo va todo?, pregunta Alfredo.

–En el despacho todo ha tenido un giro total, porque todo aquel que buscando dar salida a algún problema, es remitido por el mismo Infonavit a tratar el asunto directamente con oficinas centrales, con el uso del servicio 01800, en lugar de encontrar soluciones ante las oficinas delegacionales, lo que ya de por sí es inútil desde hace mucho tiempo y tampoco buscar soluciones a larga distancia, porque todo ha resultado una verdadera burla para los quejosos, ahora mis recomendaciones consisten en llevar a cabo los trámites a través de juicios, por muy tardados que resulten, porque al final de cuentas, confiando en la justicia, el Infonavit habrá de retomar su obligación, porque su ley habla por sí misma y porque no ha cambiado, siendo su obligación la de servir directamente en las entidades federativas y dejarse de estar enviando, mañosamente, los asuntos a oficinas centrales.

–Pues ni me imagino lo que está pasando. Tú, porque le sigues muy de cerca la huella y creo que hasta apasionadamente.

–Ahora el Infonavit, circunstancialmente, se ha allegado otra función, pero aberrante, porque en lugar de pagar al personal para que limpie la basura que ha venido dejando a través de los años, le paga a su personal por no hacer nada y, en cambio, ahora su nueva función consiste en ventilar juicios, pero a base de servicios independientes, contratando a cuerpos de abogados para ventilarlos. ¡Qué aberración!

–Pues qué panorama tan sombrío, creo yo.

–Sí, así es. Éste es el panorama en el que me tengo que mover ahora.

–Oye, *Tito*, esto sí que va a estar de la chingada, ¿a qué le estás tirando?, ahora sí que pareces el vengador de los sufridos, y ¡qué sufridos ni qué la madre!, si bien que han tenido también la culpa de sus broncas.

–Así es, mi Alfredo, nada ha cambiado. Mira yo recuerdo que hace 30 años, cuando vine aquí por primera vez, las cosas me parecían de la chingada; luego regresé cuando ya habrían pasado otros diez años y lo mismo; luego tal vez otros diez años y peor las cosas, una desolación en la región de dar lástima, y ahora vengo por lana y salgo trasquilado, de no ser porque ya no vivo de esto y que mi verdadero negocio va muy bien, si no pues qué joda. Pero la verdad, ahora me cae de madre, yo creo que estoy aventándome un tiro, pero de puras puntas, porque ya ni me fijo si hay lana o no la hay, ahora ya es algo personal, ¿o no lo crees así?

–Sinceramente, así lo creo. Me cae que ya no sé exactamente qué es lo que te mueve, pero algo te motiva y no sé lo que es.

–Pienso lo mismo, mi Alfredo, ¿qué chinacos me está pasando?, ahora tengo en la cartera de clientes a pura gente que no me puede pagar, pero con la convicción de que han sido víctimas, yo creo que eso es lo que me está motivando. Es el puro orgullo.

–¡Eso, eso es!, que ahora por tus polainas habrá de suceder algo bueno, ¡pos qué chingaos!, ¡ay, güey!, lo que es la falta de una motivación propia, ¿no será que estás en medio de la crisis existencial? Ya te hace falta alguien por quien hacer las cosas, pero no sólo por el prójimo, sino algo tuyo. ¡Aguas, amigo!, que ya no te cueces al primer hervor.

Alfredo era un hombre joven, ya divorciado, que habiéndose casado a muy corta edad ya era también abuelo, porque una de sus hijas se le había casado muy joven. Eso era lo que lo movía a hacerle a *Tito* aquella observación.

Por su parte, y sin habérselo propuesto así, *Tito* estaba entrando si no es que ya estaba más adentro de lo que se podría imaginar, de una actividad más altruista que comercial. Tantas cosas anómalas observaba en ese mundo alrededor del Infonavit, en el que los beneficiarios eran, claramente, los grandes especuladores con terrenos, los coyotes, los pillos que se dedicaban a extraer fondos de ahorro indebidamente, los invasores de viviendas que luego las traspasaban o las utilizaban para transformarlas en depósitos para venta de cerveza, en casas de citas, en refugios temporales de futuros emigrantes a los Estados Unidos, en expendios de drogas, etc., porque esto no se circunscribía sólo a Monclova sino a todo el estado y, para algunos asuntos muy particulares, en la franja fronteriza del norte. Todo frente a una representación institucional pasalona, alcahueta y cómplice, que bien se daba cuenta de los fraudes y no actuaba en consecuencia, ni actúa para nada. Los amigos continuaban con su tema y *Tito* añadió:

–Y qué decir de de las actividades en las que participan constructoras con la anuencia del Infonavit, por más que los quejosos denuncien los hechos irregulares ante el mismo instituto o bien ante los medios, no pasa nada, nada se arregla, nada se detiene, y que cuando uno intentando hacer algún equipo con los afectados y con los medios, porque a través de los juzgados nada se obtiene de no ser la pérdida de tiempo, porque no hay que perder de vista que los jueces también son oriundos de la región, no sirve de nada, y que si alguna chanza brindan esos

medios es sólo para taparle el ojo al macho, porque en el fondo los dueños de los medios vienen siendo los dueños de todo, o son parientes de los vendedores de grandes extensiones de tierra, en ocasiones inservible para edificar viviendas, que vendrán después a ser las que tendrán problemas. Amigados o emparentados con poderosos lugareños que, a la postre, también vendrán a ocupar los puestos clave en los gobiernos, como gobernadores, ediles o como jefes de los registros públicos de la propiedad, como secretarios de Finanzas o de Obras Públicas, etc. que gracias a su mutua cercanía se facilitarán todo, con fraccionamientos no registrados, que también vendrán a ser viviendas en problemas; para colmo, muchos, cuando ya dejen de ser funcionarios, se verán beneficiados con una patente para explotar una Notaría Pública y en las falsas alternancias pasarán del Poder Ejecutivo al Legislativo como diputados y hasta al Judicial, convertidos en jueces o magistrados. Todo por medio de influencias y relaciones ancestrales.

–Fíjate *Tito* que, en suma, yo también así lo veo. Las familias felices, con su minoría, frente a la gran masa de gente que solamente recibe malas mañas como ejemplo, y luego esta masa revierte las cosas a través de la cultura del 'No obedezco', del 'Me vale madre', la cultura del soborno, del cinismo, la del 'No exijo para que no me molesten', la del silencio cómplice, en fin, juntos construyendo *La ciudad sin ley*. Así lo he observado también desde que llegué a Monclova, sólo que nunca me había puesto a reflexionarlo porque no lo había tratado con alguien que me entendiera. Porque está cabrón platicar estas cosas con alguien que luego se puede sentir ofendido.

–Bueno, Alfredo, pues ya en confianza, pienso que ante tantos oligopolios o clanes caciquiles, ante las familias encumbradas, que son las dueñas de todas las principales esquinas comerciales de la ciudad, que ni las explotan pero sí imposibilitan que la competencia entre en funciones, que acaparan negocios incompetentes sin darle a la gente ninguna garantía de buenos precios, que se convierten así en los dueños de la farmacia, de las concesiones de radio que solamente difunden la música que ellos quieren que escuche la gente, que manipulan la cultura del atraso; que son los dueños de la constructora, de los periódicos, de la distribuidora de gas, de las franquicias para venta de pollos o de hamburguesas o de pizzas, que retienen los mejores predios en las colonias para luego venderlos a precio de oro y beneficiarse de la plusvalía pagada por los verdaderos colonos, etc., bueno, y por no dejar de decirlo, se apropian hasta de los postes de la luz y de teléfonos para colgar su propaganda, nomás échale un vistazo a todo el centro y a los bulevares atiborrados de colguijes anunciando refrescos, qué chulada, que como te digo, con todo esto, frente a personas que

buscan afanosa pero infructuosamente, por todos los medios, soluciones a sus problemas, como es el caso de que hablamos, con el Infonavit, un instituto atrapado en una gran telaraña, esa telaraña que sólo pudo ser tejida por los poderosos locales con la anuencia del Centro; creo o siento, que me he venido llenando de rencor y que ahora lo estoy canalizando a través de convertirme, inconscientemente, en una especie de justiciero. Humildemente lo digo, desde luego, porque sin habérmelo propuesto, ahora me pongo gratuitamente al servicio de todo aquel que se anime a someter a un juicio su asunto, para lo cual he podido contar, afortunadamente, con la ayuda de unos amigos que sí son abogados.

–Y quiero que sepas que estoy contigo, ya sabes que aparte de contador, yo estoy por recibir mi cédula como abogado y tan pronto como me registre, en lo que se te ofrezca, ya sabes, no dudes en hablarme.

–Hombre, pues gracias y, naturalmente, no es para pensarse que yo vaya a entrar en pleito para todo tipo de asuntos, sino únicamente en todo aquello que tuviera una implicación el Infonavit que, ya de suyo y por mera carambola, habré de encontrarme con esa telaraña que, para vencerla, será algo cercano a lo imposible.

–Pues me gusta el reto. Y si quieres yo también le entro, ¿qué chingados puede pasar? Oye, *Tito*, entonces ¿ hace mucho que conoces estos lugares?

–¡Uh, vaya que sí, hombre! Mi primera novia, la de la prepa, tú sabes, la primera formalita, era de por acá, de Rosita, la conocí en Saltillo cuando ella estudiaba en la Normal, luego de recibirse le dieron trabajo aquí y nos seguimos viendo solamente por un corto tiempo, porque la miseria no me permitía seguir con ella. Además, yo tenía otras miras y el matrimonio no era una de ellas precisamente, y menos en mi calidad de jodido.

–Y, por lo que veo, ni lo es, a pesar de que ya estás en otras condiciones.

–Bueno, ya hablaremos de eso en otra ocasión. El caso es que por aquellos años yo conocí estas tierras y tal y como las vi entonces, es como las veo ahora.

–No la chingues, ¿a poco no ha cambiado nada?

–Pues lo único que hay de diferente es que la ciudad es más grande, que tienen un parque muy bonito y que bien estaría a la altura de la mejor ciudad del mundo,

óyelo bien, del mundo, así lo pienso, o sea el Xochipilli, mis respetos, y algunas cosas que por mera inercia tienen que cambiar, pero por lo demás todo sigue igual. Esa inercia hace que las cosas se muevan solas, que si no todo estaría igual porque, la verdad, los dueños de todo no hacen nada por esta ciudad. Me da la impresión de que sólo piensan en explotar el lugar y largarse, en no dejar nada para el futuro. Que así como llegaron ellos o sus ancestros pensando en que pronto habrían de irse, así siguen pensando, porque no hay nada sembrado para un largo plazo, es más, lo poco que existía ya está destruido. Fíjate en lo que queda de la vieja ciudad, nada, ya sólo son paredes derruidas, solares baldíos; esas ruinas yo las vi hace más de 30 años y ahí continúan, iguales o peores, nadie rescata lo que bien se pudiera rescatar, ni los dueños sueltan las propiedades para que otros construyan una nueva ciudad, están como el perro de las dos tortas, ni comen ni dejan comer. No acabaron por arraigarse, ni los de ahora ni los de antes. Como que todo mundo tiene la sensación de que sólo está de paso, por eso es que no aparece nadie en el escenario que venga a inyectar una verdadera mística de orgullo, de verdadera querencia por la ciudad, porque es muy bonito decir que se es de aquí, de 'Monclovita la Bella', pero no hacen nada porque de verdad sea bella, porque se conforman con que nadie les diga que viven en la mentira.

–Es cierto, tengo que admitirlo, pero eso sucede en todas partes.

–Pues te diré que no siempre es así. Mira por ejemplo a Saltillo, nadie pregona sus valores, al menos no con frases hechas para divulgar una hermosura, como lo de 'Monclovita la Bella', al contrario, la misma gente de Saltillo admite que es una ciudad muy cerrada y tradicionalista, entre otras fealdades que le cargan y solamente defienden lo que de verdad tiene, aunque eso esté muy oculto, ¿pero aquí?, se canturrea lo falso y se oculta lo feo. Creo que aunque se tengan cosas bellas en nuestros lugares y que bien podremos presumirlas a los cuatro vientos, que de eso se encarguen los gobiernos, que para eso les pagan y además cuentan con buenos presupuestos para hacer propaganda, pero nosotros, el pueblo, no debemos hacernos pendejos ocultando la cara y enseñando el rabo todo sucio. Si no tenemos conciencia de nuestros actos y de nuestro lugar a nadie vamos a engañar, acuérdate que el bosque se ve mejor desde afuera.

–Bueno, y… ¿qué haces aquí?, no te lo pregunto con el afán de decirte que si no te gusta pues vete, sino que es una simple pregunta, así sin más. Porque si no tienes aquí tus raíces, ni hijos, ni nada, pues yo creo que la pregunta es muy válida, ¿o no?, me da curiosidad, y si me quieres contestar qué bueno y si no, pues mis respetos.

–Tienes razón, sabía que esa pregunta llegaría, pero te voy a decir algo, no me atraen los lugares en donde ya todo está hecho, como por ejemplo las ciudades gabachas en donde ya todo está automatizado, me gustan los retos, los lugares en donde todo o casi todo está por hacerse y en Monclova, al igual que en numerosos lugares, mucho está por hacerse. Que no me vengan con cuentos, que no se engañen, que vean las cosas con toda su crudeza, porque el principio de toda solución es reconocer que existe un problema. Me llama mucho la atención que en muchas ciudades la gente crea, ¡óyelo bien! crea, que pertenece al primer mundo, cuando en la realidad apenas sí rebasa un mínimo de bienestar. Como cuando se cree que por tener un carro chocolate, por ejemplo, ya se tiene clase, cuando nomás hay qué ver la cantidad de carros deshechos estacionados en las banquetas de tantas y tantas colonias populares, que apenas se les descomponen ya no tienen para arreglarlos, e insisten en creer que ya pertenecen a una clase acomodada.

–Eso nos pasa a todos, *Tito*, cuando nos hacemos de nuestro primer carrito andamos que no nos cabe un dedo en el 'ése', sentimos que nadie está a nuestra altura. Eso es normal ¿o no?

–Bueno, Alfredo, es entendible pero no aceptable. Sobre todo si nunca maduramos. Pero además creo que esas manifestaciones son el producto de una cultura engañosa. Mira, pondré un ejemplo: si tú, por mera suerte, has comprado un terrenito en un sector en el que ni te imaginabas que algún día se iba a registrar una alta preferencia comercial o residencial, pero el hecho es que, circunstancialmente, ahí te encuentras ahora, de repente en una colonia habitada por gente pudiente. Esto no va a significar que ya pertenezcas a esa clase que ahora se ha ido a vivir ahí. Para eso te hará falta algo más, tal vez dinero para hacerte una casa a la altura de las que se van construyendo alrededor de la tuya; dinero para llevar a tus hijos a las escuelas particulares a las que llevan tus nuevos vecinos a sus hijos; dinero para vestirte y gastar en todo lo que ellos gastan, y dinero para estar a la altura de ellos. Eso sólo por mencionar algo, pero qué tal si tus nuevos vecinos también tienen una buena cultura, entonces también te va a faltar eso, lo que no se puede conseguir así nomás porque sí, y, en fin, todas esas cosas que les son inherentes a esas clases pudientes, ¡pero pudientes de verdad!, no como los que de repente se sacan la lotería y se vuelven locos, mareándose sobre un ladrillito, porque se les olvida pisar la tierra y pierden el piso, tú sabes, piojos resucitados. Yo creo que una persona así se está engañando a sí misma, porque una cosa es que por mera chiripa se encuentre entre los pudientes de verdad y otra cosa es que de verdad pertenezca a esa clase. Si no te das cuenta

o no te lo dice alguien pierdes tu conciencia de clase, te vas a olvidar de los tuyos y de ti mismo.

–Sí, entiendo el ejemplo, pero, ¿qué tiene que ver con lo que estamos hablando?
–Mira, a lo que quiero llegar es a lo siguiente: que así, de repente, en algunas entidades de la República ha sucedido lo mismo. Como se ha creado el mito de que el norte, comparado con el sur, es más desarrollado y más rico, por consecuencia también toda la gente que vive en esas entidades ya es rica y desarrollada. Eso es un mito, un engaño, porque en el fondo hay mucho por hacerse. No basta con vivir en una entidad norteña para considerarse más adelantado que alguien que vive en el sur. Es necesario tener conciencia de lo que se es, de lo que no se tiene. Pero fíjate bien en lo que digo, porque al mencionar la palabra desarrollado me quiero referir a honestidad, a educación, a cultura, a universalidad de pensamiento, todo lo contrario a decir tranza, inculto, poco educado, cerrado de pensamiento o regionalista, y todo eso que no hace mejor a la gente sino que la coloca en un nivel demasiado bajo.

–Pero, entonces, me quieres decir que tú crees que por aquí somos muy cerrados o, ¿incultos?, ¿o qué?

–Lo que quiero decir es que mucha gente cree que por vivir en el norte, por ese simple hecho ya es rica o desarrollada. Así de simple y nada más. Escucho a mucha gente cómo se expresa del sur, siempre situándose por encima de ellos. Escucho cómo le tiran al chilango, expresiones tan equivocadas como la de que por aquí todos somos muy chingones y por allá son retrasados. Pero sin querer ver la cantidad de tranzas que se hacen y que hay quien gusta de sobornar a la autoridad para abrir cantinas o expendios de cerveza y alcohol, la cantidad de gente que le vale madre la ley, lo mismo de tránsito que la ecológica, que tira basura en donde se le hincha el huevo, que tolera congales en pleno centro de la ciudad, que no quiere ver más allá de su nariz, que no acepta que hay otro tipo de comida, de música, ¡de muchas cosas!, haciendo de su mundo lo único y nada más.

–Pero eso sucedo en todas partes no sólo por aquí, no la chifles.

–Precisamente, por eso es que no debemos sentirnos por encima de nadie y creer que nuestro mundo es el más chingón y que sólo en otros lugares se cometen tranzas, que mi tierra es lo más cercano al cielo y lo demás es el infierno. Por eso digo que se vive en un engaño y que, para colmo, lo que en realidad existe a

nuestro alrededor es puro atraso, basura por todas partes, calles en ruinas, mezclas de malas costumbres traídas de todas partes, porque hasta los paisanos que vienen del otro lado en sus camionetotas texanas, nomás pasan la frontera y se dan el gusto que por allá no se pueden dar, tirando basura por todas partes, tomando cerveza y manejando a la vez, violando límites de velocidad y pasándose los rojos de los semáforos, y todo eso que se tolera por aquí. En lugar de ponerles un buen ejemplo y obligarlos a que respeten la ciudad, se les da todo tipo de facilidades, porque finalmente no creemos ser dignos de exigir nada.

–¡Hijole!, pues es cierto. No es para negarlo, pero está de la chingada ponerse a juzgar todo eso, porque siempre te van a decir que en dondequiera es lo mismo o que si no te gusta, pues que te vayas, y todo eso, tú sabes.

–O, lo que es lo mismo… que es lo que tú me estás contestando ¿o, sugiriendo?, tienes qué ser sincero.

–Pues a mí no me ofendes porque ni siquiera soy de aquí, aunque ya lo soy por otras razones, pero también soy realista y no me hago pendejo.Todo eso lo veo, será porque ya tengo tantos años por aquí, o que en mi pueblo, que esta aquí cerca, también es lo mismo, que ya ni lo tomo en cuenta, o tal vez siempre lo he tolerado, porque nunca me había puesto a pensar en eso.

–Mira, se dice que quien esta fuera del bosque lo puede percibir mejor que quien está dentro, y no te juzgo ni te culpo de nada, pero no estaría mal que lo pienses ahora, ya por tus hijos. Si no lo quisiste para ti, pues que sea para ellos. Yo sí lo haría. Aunque no tenga hijos, no es necesario. Es sólo que han pasado ya tantos años de que vi por vez primera esta ciudad y ahora la veo peor que antes. Si no se viera tanta arrogancia ni tanta presunción ni tantos mitos y todas esas pendejadas, bueno, pues todo sería producto de la ignorancia y eso no sería un pecado, pero no es así, porque como ya te dije, se presume de lo que no se es, a la luz de esta realidad. Si estamos en el norte, en donde se supone que hay más adelantos que en el sur, pues no se ve ese adelanto, ¿de qué se presume?

–Entonces, según te entiendo, ¿es por ahí por donde hay mucho qué hacer?

–Así es. Mira es muy raro tener frente a nosotros a alguien tan apasionado por algo, y así soy yo. Esto no es una película. Estás frente a un individuo terco y chiflado, pero además hay algo muy importante, te diré una cosa en exclusiva, tengo ahora a alguien por quien luchar, como ya bien lo dijiste hace rato, pero ya

hablaremos de eso después. El hecho es que vine con el propósito de hacer negocio, de instalar un despacho profesional porque aquí vi un verdadero tesoro y mucho, si no es que todo, está por hacerse. Hay una veta de oro, porque aquí en Monclova es en donde se concentran la mayor parte de las irregularidades del Infonavit (Coah.),y como eso era lo que había aprendido y cultivado durante más de 20 años, pensé en que sería lo mejor por hacer, o sea continuar con lo que dominaba, en lugar de cambiar de giro; pero, me doy cuenta, tristemente, de que en los problemas de que te hablo están hasta las chanclas de complicidad muchos de los tenedores de viviendas, que por lo mismo no serán jamás prospectos de clientes. A ellos no les va a interesar que se sepa la verdad sobre cómo se han hecho de viviendas, y si el Infonavit también está hasta la coronilla de complicidad en muchos de los casos, tampoco va a presionar para nada, por lo que nunca habrá clientela. Esto por una parte y, por la otra, los vendedores o constructores, las autoridades y, para colmo, ahora hasta los jueces, con sentencias más que curiosas, por no decir otra cosa; y como ya ha quedado al descubierto un enjambre de coyotes y de tranzas que da miedo, bueno, pues como te dije, vine con ese propósito, para hacer lana y he salido trasquilado. Si muchos de los afectados están hasta las chanclas de complicidad pues no veo por dónde va a llegar la clientela, y si otros no son cómplices, pero no pueden pagar mis servicios, pues ahora va por mi cuenta.

–Oye, y ¿cómo le haces para sostenerte?, está bien que tu negocio va bien, pero eso de estar viviendo fuera de tu lugar de residencia pues yo creo que debe resultar caro, y además, de puras puntas como tú lo dices, pues está de la fregada. Yo creo.

–Bueno, sí sale para mis gastos, a veces y sólo a veces, no completo para mi mes de gastos, pero se compensa con los meses en que está bien la cosa. Por lo demás, lo mismo me da vivir aquí en Monclova que en Saltillo, de todos modos en alguna parte tengo que comer, lo cual significa que solamente me debo preocupar por el alojamiento, que ahora en la casa de asistencias en la que vivo, pues no es lo mismo que antes, en donde tenía que pagar hotel. No me voy a hacer rico, pero sí me satisface ayudar.
–Pues si es cierto que hay complicidad de parte de muchos tenedores irregulares de vivienda, va a estar difícil que te caiga clientela para que la defiendas

–Exacto. Es a ellos mismos a quienes no les conviene que se le mueva al asunto, porque saben bien que llevan el riesgo de que se les quiten las viviendas y entre más tiempo pase mejor, porque en última instancia, lo peor que les pudiera llegar

a pasar sería que les quitaran las viviendas, pero mientras eso sucede, ya han vivido muchos años sin pagar un centavo ni como renta, y mientras el Infonavit siga en su actitud de indiferencia y de cómplice, pues buena la hacemos, por un lado el tranza y por otro lado el irresponsable. Pobre instituto.

–Uh, pues si el mismo Infonavit no les aprieta, ellos no van a venir por ayuda. Basta con que se hagan pendejos y ya la llevan de gane.

–Y lo peor de todo es que el mismo Infonavit alienta la creencia de que se les va a regularizar su situación, soltándoles el borrego de que ya, 'ya', les está regularizando la situación, cuando, en el fondo, de lo único que se trata es de que los moradores de las viviendas paguen 'algo', pero que paguen. Luego les dicen que las escrituras las van a tener hasta que paguen totalmente el crédito, lo cual es mentira, porque mientras el crédito esté a nombre del acreditado original, el instituto no puede hacer nada para cambiar el nombre de su titular y menos si el morador de la vivienda la está pagando aunque por cuenta del titular, porque entonces el Infonavit no va a tener causal para cancelar esa titularidad. Como ves, se trata de simples engaños. Es un círculo vicioso del que la gente ya se ha enterado, porque no es nada pendeja.

–¿Y la escritura?, ¿a nombre de quién va a estar? Y tú, sobre todo ¿a quién crees que pudieran interesarle tus servicios?

–Desde que el crédito se otorga la escritura está a nombre del titular del crédito, lo pague quien lo pague. El Infonavit no puede cambiar a ese titular. Si lo quisiera hacer, entonces, primero tendría que cancelar ese crédito, para luego poder asignar la vivienda a otra persona, pero con un crédito nuevo, no con el número anterior. Y por lo otro que me preguntas, pues si fueran inteligentes esos tenedores de viviendas, se darían cuenta de que tarde o temprano van a necesitar de las escrituras y es cuando van a andar cagando chayotes. Por ahora están tan engolosinados en no pagar nada y en pitorrearse de todo y de todos, que creen que nunca van a necesitar de esos papeles. La titularidad siempre va a estar a nombre del acreditado original y si alguno así lo quisiera, pudiera reclamar el bien y echarle pleito a quien mora la casa para quitársela y con toda razón, porque está a su nombre. En última instancia, si algún tenedor de esas viviendas la quisiera escriturar por la vía de la prescripción, también va a tener que pagar un juicio. En resumidas cuentas todo es cosa de lana pero, como ya te dije, están tan acostumbrados a no pagar nada que no piensan en nada. Así son los tranzas. Nada para nadie. Todo para mí.

–Pues bonito lío. Es un verdadero enredo y hasta costoso.

–Exactamente. No sólo sería engorroso, sino hasta incosteable para el mismo Infonavit. Por eso el instituto no va a pagar pesos para sacar tostones. Le sale mejor dejar las cosas como están y ver la manera de que haya más engañados que vayan cayendo en la trampa y mientras caen, pues los moradores se hacen pendejos y el Infonavit también. Mira, al menos por lo que toca a los créditos viejos, y que están irregulares, digamos los que se otorgaron entre 1972 a 1982. Actualmente tienen una antigüedad bastante considerable, entre 15 y 20 años, tiempo durante el cual muchos no pagaron nada o dejaron de pagar durante meses y hasta años; a estas fechas o ya han fallecido o están incapacitados por el IMSS, con lo cual quedan liberados del pago del adeudo automáticamente, según la Ley del Infonavit, de modo que al instituto no le conviene tratar de recuperar esos montos. Esas viviendas ya fueron vendidas más adelante, o en ellas viven los nietos de los antiguos acreditados, o están invadidas por gente que no tiene ningún parentesco con aquellos acreditados, o están rentadas por rufianes a incautos que creen que quien les renta son los verdaderos dueños, etc., y ante este panorama, ¿tú crees que al instituto le vaya a convenir moverle al asunto?, ¡pues no!, porque aparte de que ya no puede cobrar nada, tiene que otorgar las escrituras respectivas a los herederos, o a los que las reclamen, en última instancia, porque esa sí es su obligación y eso le va a costar chamba y dinero. En resumidas cuentas, cada año que pasa, más y más viviendas se irán sumando a este fenómeno, porque en algún momento los titulares van a caer en ese supuesto de la ley y, finalmente, lo único que anda haciendo el Infonavit es asustar a los deudores y engañando a los tenedores de las viviendas para que paguen algo, y ya de lo perdido pues lo que aparezca es bueno. También con este cuento, lo que hacen los delegados es contratar despachos de abogados no para enjuiciar a los tenedores irregulares porque saldría más caro el remedio que los males, sino para que hagan las funciones de cobradores asustando con el petate del muerto, y así lograr que esos despachos se 'mochen', tú sabes, 'que se pongan la de Puebla'.

–¿Y de verdad le conviene al Infonavit?, ¿cómo?, pregunta Alfredo.

–Bueno, le conviene en el sentido meramente práctico, porque en lo económico a la institución le está representando un quebranto, pero como la institución es algo 'impersonal', 'abstracto', y los dirigentes son de carne y hueso y son los que cobran el sueldo, son los engañadores y los que están llevando al instituto a la quiebra. Mira, así como sucedió lo del Fobaproa, para salvar a los banqueros

por tanto crédito irrecuperable, tarde o temprano el efecto se va a repetir en el Infonavit, porque los créditos incobrables alguien los va a tener que pagar y ese alguien será el gobierno, pero con dinero público; es decir, otro Fobaproa, porque el gobierno federal debe ser el garante de que las instituciones cumplan.

–¿Tanto así?; –Así como lo oyes, yo tengo en mi poder un listado, ya atrasado, en donde aparecen 6 000 créditos ya irrecuperables; si ese listado se actualizara serían unos 10 000 a la fecha, y eso sólo en el estado de Coahuila, que no es de los más abultados en créditos otorgados, ahora imagínate en donde sí hay muchos créditos, en donde la situación no podría ser diferente. Súmale. Cuánto dinero tirado a la calle y a costillas del pueblo. Estas cifras se ocultan. Sólo de pensar en el Estado de México, o en el DF, por decir algo, ¡imagínate!, la cantidad de irregularidades y de créditos incobrables.

–Pues hay mucho por descubrir no cabe duda. Yo ni me imaginaba tantas cosas, así con tantos detalles y vericuetos.

–Y tal parece que a estos bribones los protege el demonio, porque no creo que haya un santo que sea tan alcahuete. A los ex directivos los encontramos cada sexenio en un nuevo puesto. Lo mismo en el gabinete de un partido que en el otro. Se cubren con la misma cobija. Vienen de un organismo 'X', al Infonavit y de ahí al 'Z', o a alguna empresa pública, luego andan de diputados y a los diez años regresan, si no de directivos, sí de asambleístas o de consejeros.

–Oye, *Tito*, pero tengo entendido que el Infonavit no libera a los deudores por las causales que me has dicho, si tienen adeudos anteriores a la fecha de ser pensionados en la que hayan fallecido, hasta donde sé, el instituto primero les cobra esos atrasos y luego el sobrante, el verdadero saldo insoluto, es el que sí libera.

–La Ley del Infonavit no condiciona a nadie, que para beneficiarse de esa disposición tenga que pagar lo atrasado. La ley ordena simplemente, en el artículo 51, que se libere el saldo y, de acuerdo con esa ley, se entiende por 'Saldo Insoluto', 'el adeudo vigente a la fecha…, más, los pagos que hayan dejado de hacer y los intereses moratorios…'

–¿Y, entonces?, ¿por qué cobra los atrasos? Yo he sabido de muchos casos así. Y de muchos que mejor ya no van a las oficinas, porque se les quiere cobrar esos abonos que dejaron de hacer –aseguró Alfredo.

–Ése es un cuento muy largo de contar. Si tú supieras la cantidad de broncas que libré contra los abogados de los jurídicos y de las oficinas centrales por ese asunto; porque yo insisto en que están haciendo las cosas ilegalmente, pero tarde o temprano van a tener que entender. Mientras tanto se les está acumulando una bomba de tiempo y algún día les va a explotar. Por lo pronto esa necedad mantiene a mucha gente sin sus escrituras y con sus viviendas aún hipotecadas.*

–Pues ésa es una posibilidad de agarrar chamba ¿no lo crees?, defendiendo gente contra esa actitud ilegal del Infonavit.

–Así parece, pero si tú vieras la inmensa cantidad de gente que bien sabe que no le queda de otra, más que interponerle juicio al Infonavit, y con el sólo hecho de escuchar la palabra 'juicio' se arrugan toditos y más sabiendo que el juicio les va a costar. Yo ya tengo varios casos enjuiciados, y el trato con los interesados fue que si se gana el juicio me paguen un porcentaje sobre lo que dejaron de pagar. Después de todo lo dejan de pagar, entonces que les cueste algo, ¿o no?

–Mmmm, está interesante la cosa… Ya la afinaremos, ¿de acuerdo?; – Como quieras. Cuando tú lo estimes, lo vemos.

–Oye, pasando a otra cosa. ¿Qué hay de eso que me dijiste?, eso de que ya tienes a alguien por ahí, ¿qué onda?

–Sí, hombre, hablemos de cosas mejores. Es una chava soltera, mucho menor que yo, pero muy interesante. Sobre todo porque no me pone peros. Ya sabes, cuando uno les lleva mucha edad como en mi caso, que soy una amenaza o algo muy difícil, pues se chivean, pero esta mujer es muy madura y sobre todo sin compromisos. Es más, ella tiene su situación personal ya resuelta, su trabajo, su patrimonio, en fin, creo que me saqué la lotería, porque hace mucho tiempo que no me encontraba a alguien así. Es de por estos rumbos y coincide mucho conmigo acerca de cómo veo las cosas, así más o menos como te las he planteado a ti. Aunque no te creas que fue fácil que me entendiera, porque tuvimos uno que otro encontronazo y llegué a creer que hasta ahí habíamos llegado, pero no, yo tuve que reconocer equivocaciones y lo mismo hizo ella, pero a tiempo. Ahora ya entramos a otro tema y ahí la llevamos. Ambos estamos conscientes de que ya no estamos en edad para perder el tiempo, ¡eso me gustó! Ya es una mujer

* Un año después de esta plática la Suprema Corte Justicia emitió una Jurisprudencia a favor de quienes defendieron sus asuntos por la vía judicial.

madura, pero mucho más joven que yo, y dentro de las posibilidades de darme un hijo, ésa es otra de las cosas que me parecen afortunadas. Yo ya me harté de esas relaciones de pura onda, en las que uno se mete sólo para no andar de perra flaca, pero sin perspectiva de futuro. Finalmente uno se hace viejo, ¿y luego?, ¿para quién se trabaja?, ¿para la beneficencia pública?, ¡ni madre!

–Tienes razón, yo te lo hubiera dicho desde hace algún tiempo, pero me decía a mí mismo, "no te metas en lo que no te importa", pero ya que lo mencionas tú, pues solamente te digo que tienes razón y que me cae de madre, que me alegro por ti. ¡Chíngale!, caíste con una de aquí, igualito que yo. Oye, y cuando hablas de lo feo de Monclova, de sus cosas feas, ¿qué te dice?

–Pues esas fueron algunas de las cosas que nos llegaron a causar distanciamiento, como te dije. Pero no le ha quedado de otra más que reconocerlo. Lo que pasa es que quien está dentro del bosque no lo ve mejor que quien está afuera. Cuando no se ha salido de un lugar uno cree que ese lugar es el mejor, pero ya cuando uno conoce otros lugares sería muy pendejo si no reconoce lo que tiene de feo y lo que hay de bonito. No se puede vivir en la irrealidad. El principio de todo remedio es reconocer que se tiene un mal. Saltillo también tiene cosas muy feas, lo mismo que Torreón, Monterrey, el DF, o Guadalajara, y así todos los lugares, sólo que hay unos que tienen aspectos más feos que otros, y para colmo tienen habitantes tan ahuevados que no lo quieren reconocer. Eso es todo.

–Pues qué buena onda, me cae. ¿Y para cuando es el amarre?, porque según entiendo por ahí va la cosa, ¿no?

–En cualquier momento. No es cosa de pensarlo mucho. Total, ¿qué puede pasar? Porque además te voy a decir algo, algo que escuché por ahí en alguna ocasión y ahora creo que es muy cierto. Dicen… que cuando no se tiene una pareja sentimental y no se cuenta por lo menos con cuatro grupos diferentes con quién convivir y no se practican desfogues mensuales, las consecuencias podrían ser nefastas, porque el sistema inmunológico se va debilitando, y un individuo así le quita por lo menos 10 años a su perspectiva de vida. En relación con esto, te confieso que mientras tuve esa forma de vida me sentía muy jovial, muy sano, muy optimista; pero ahora en que de plano todo eso ya no lo tengo, me embarga una sensación muy rara, o lo que es lo mismo, muy fea y muy preocupante, porque me empiezo a sentir quebrantado, bajo en defensas, envejecido e inútil.

–¡No la chingues!, yo ando igual entonces. Divorciado, sin pareja permanente y el único grupito con el que convivo es el mismo con el que juego futbol, me empedo cada fin de semana y de ahí no salgo. Y ahora que te oigo me metes una inquietud, porque también tengo sensaciones muy molestas y hasta ahora, como te digo, no le encontraba alguna posible explicación. Tengo una pareja, pero con frecuencia estamos en dificultades y así ha sido con las que he conocido, luego luego tronamos; luego, para encontrar otra, caigo en la cuenta de que con tal de tener una pareja agarro lo que caiga, y pues no es onda. Eso de que 'Sea lo que sea, pero que sea', es una pendejada. Yo digo.

–Claro que es mejor algo que nada, pero si te agrada la pareja mejor, y todavía más si en esa relación encuentras gratuidad y libertad a la vez, pues ¿qué más quieres? Y por lo que hace a distintos grupos de amistades pues está difícil, porque en provincia, por lo general, a lo mucho sólo alcanza para unos dos grupos. Pero ya de 'pérdiz'. El chiste es no caer en lo que siempre he pensado, que en provincia, ya a esta edad, solamente casado, loco o borracho es posible irla pasando, si no quieres caer en depresiones suicidas. Pero, yo creo que le seguimos en otra ocasión, ¿ya te diste cuenta de la hora que es?; –¡De veras!, ahí le seguimos otro día.

Ambos salieron de la oficina y se despidieron. Mientras *Tito* iba manejando con rumbo a su casa pensaba que ya había pasado mucho tiempo de haber regresado a Monclova y que no había buscado a su amigo Memo ni a su familia; que a pesar de habérselo propuesto en varias ocasiones no había hecho nada por realizarlo y se hizo de nuevo ese propósito para el día siguiente. En esa ocasión no falló, a una hora adecuada *Tito* se dirigió a casa de los papás de Memo, a quienes ya hacía años que no veía.

Cuando llegó a la casa de don Arturo, papá de Memo, observó que el inmueble estaba completamente descuidado. Lo mismo la calle aquella que junto con las de la colonia se encontraban verdaderamente deshechas. Pozos, topes, pavimento inexistente en grandes tramos; casas abandonadas, fachadas despintadas, cantidad de vehículos 'chocolates' desvencijados estacionados en plena calle; una colonia visiblemente populosa o sobre poblada, en fin, de aquella colonia ordenada y despejada, ahora no quedaba nada.

Fue el mismo don Arturo quien abrió la puerta atendiendo al llamado de *Tito*. La sorpresa se dejó ver en la cara del señor que reflejaba el paso del tiempo y el escaso pelo que aún tenía estaba completamente blanco. Lo mismo doña Rosa,

quien, por su parte, tampoco ocultaba el deterioro que van dejando los años. ¿Qué podría pensar esta pareja al ver a *Tito*?, tal vez lo mismo, guardando las proporciones pero, sin lugar a dudas, también habrían de haber notado algún cambio sustancial en el visitante. El saludo fue efusivo y sincero. Preguntas fueron y vinieron entre ellos para finalmente encontrarlos cómodamente sentados en la sala de la casa en franca plática.

–¿Y Memo?, ¿qué dice?, ¡y todos, por supuesto!

Doña Rosa dijo: –Pues cada uno con lo suyo. Memo en el trabajo y Rosy todavía sigue trabajando. Ya los niños tienen, pos creo que andan en los once o doce años y la mujercita de Rosy, como en diez, ya ni me acuerdo. Lupita pos en eso anda, ya para casarse, ¿y tú, ya te casaste?, ¡no me digas que todavía no!, yo creo que sí, ¿verdad?

–¡Qué barbaridad, cómo pasa el tiempo! la interrumpió *Tito*; –No me cambies el tema, ¿ya te casaste? –insistió ella.

Don Arturo intervino: –Pos, ¿qué te importa vieja?; –Oh, viejo, déjame, ¿qué pasó?; –No, aún no.

–Y ¿por qué no?, si se puede saber –preguntó don Arturo.

–Pues por lo menos no hay nada qué inventar, simplemente no. Tal vez, y sólo eso, es que el tipo de trabajo que he tenido y mi forma de ver la vida, es lo que ha influido.

–Y, ¿cómo es que ves la vida?, porque es cómo es, ¿o no?, dijo don Arturo.

–Mire señor, si trato de explicarle, me voy a enredar y los voy a enredar, simplemente es que soy muy complicado y a veces ni yo mismo me entiendo. Tengo ambiciones, sueños, fantasías, me gusta la lucha social y cosas así, que a quienes somos de esta manera, nadie nos entiende. Pero un día de éstos les doy la sorpresa, ténganlo por seguro. Pero antes de que se me pase, por favor denme el número del teléfono de Memo y el de la Rosy también.

–Y tu familia en Saltillo, ¿cómo esta?, le preguntó la señora.

–Todos bien, con excepción de mi papá que murió en el 85. Todavía me tocó verlo durante un tiempo. Pero se me fue. Todos mis hermanos ya casados y con hijos. Casi ni los veo. Yo en lo mío y ellos en lo suyo. Ya ve cómo somos por acá en el norte, muy separatistas.

Don Arturo comentó: –Hace algún tiempo que yo pensaba lo contrario, pero a medida que pasa el tiempo, veo cómo eso es verdad, cada vez nos parecemos más a otras familias, en que cada cual anda por su lado. Y no es por maldad, lo que pasa es que esa influencia gabacha nos trae jodidos.

–¡Ay, viejo!, no me digas que la Rosy es así. Es cierto que a veces dura tiempo sin venir, pero es que esos niños y el trabajo la traen de arriba para abajo.

–Eso es cierto. Por lo general la mujer es la que arrastra al hombre hacia la casa familiar. Por eso es que el hombre se aleja de su casa. Pero lo importante es que aunque se sea hombre y se siga con esa regla, no se debe uno olvidar de su madre y del padre por supuesto. Aunque sea por teléfono, pero no olvidarlos –aseguró *Tito*.

–¡Eso!, eso es lo que le digo a la vieja, pero no me cree.

–¿Qué…, Memo?; –Así es. Siempre tan alejado, se quejó don Arturo.

–Pos eres tú, viejo, quien lo hace sentir incómodo.

–A poco siguen con lo mismo. Ya, hombre, y perdóneme don Arturo, pero hay que ver que el tiempo pasa y ya cuando no hay chanza, uno se arrepiente. Míreme a mí.

Aquella plática se fue de ese modo. Nada nuevo. Cenaron platicaron y así, se despidieron. *Tito* regresó a su casa, decidió esperar al día siguiente para hablar por teléfono con su viejo amigo, a quien entonces efectivamente contactó. De dicha conversación surgió una cita, y ahora los encontramos en plena charla:

–¡Caray, *Tito*!, tú y yo platicamos en resumen, porque pasan años y ni siquiera hablamos por teléfono a larga distancia, y cuando nos vemos todo lo ponemos en resumen.

–Esa sí que es una definición. Es verdad. Pero yo creo que ahora nos vamos a ver más seguido.

–¿Y eso?; –Porque creo que voy a vivir por aquí. Eso me lo estoy sospechando.

–A ver, a ver, ¿cómo es eso?, ¿qué ya no trabajas en el Infonavit?, porque, que yo sepa, por aquí no tienen oficinas.

–No, ya no trabajo ahí. Ahora ando por mi cuenta y en lo mismo, para colmo.

–Pues eso sí que es noticia. Ya tenías varios años en el instituto, ¿qué pasó?

–Resulta que llegó un galán nuevo, uno de los tantos que pude torear y no quiso que siguiera en la organización y, al igual que a todos los jefes de área, me pidió la renuncia. Yo siempre creí que una vez que estuviera fuera me iba a dedicar a otra cosa, pero no, ya lo ves, ando en lo mismo.

–Pero, ¿acaso construyes?, no me dirás que me andas haciendo la competencia como promotor vendedor de casas…

–No, nada de eso. Sigo en lo mío, es decir, en lo que aprendí estando dentro del instituto, sólo que ahora poniéndolo al servicio de los trabajadores desde afuera.

–Y, ¿es negocio?; –Pues, te diré, la verdad es que si me dedicara a esto para vivir de ello me moriría de hambre. Chamba hay y mucha, lo que pasa es que pocos quieren pagar.

–No te entiendo; –Mira, de cada cien acreditados, un 20% tiene algún problema con el Infonavit. De cada cien tenedores de vivienda, por lo menos la mitad está mal. Pero por alguna razón, aunque no me lo creas, siendo ellos mismos los que viven el problema, son ellos mismos los que lo ocultan. Por conveniencia malentendida.

Tito expuso toda esa gama de problemas a las que continuamente hacía referencia, con relación al Infonavit, a lo que no era tan ajeno Memo, ya que él, siendo lugareño y andando cerca de ese negocio, bien que se daba cuenta de los diferentes modos en los que la gente se metía en problemas.

–Es difícil creerte, porque si algo quiere la gente es regularizarse –dijo Memo.

–Pues como te lo digo, te lo compruebo.

–Bueno, y entonces ¿para qué continúas con esto?; –No creas. A veces he estado a punto de mandarlo todo a la chingada y dedicarme a mi negocio solamente.

–¿Negocio?, ¿y cuál?

–Me dedico al arrendamiento de locales comerciales. Ése es mi negocio, pero me sobra el 85% del tiempo disponible, porque si todos están ocupados sólo me dedico a cobrar, ¿y después?, me aburro. Para colmo esto ya me ha rebasado, porque aunque ya no estoy en el instituto y ya no quisiera continuar con eso, también me cae clientela que me paga, y me paga bien; al lado de eso me llega gente que de verdad no tiene ni con qué pagar, y la veo suplicando ayuda, los vi estando yo en el Infonavit y, después de años, no han podido resolver su asunto. Ahora menos, porque ya en las delegaciones se han vuelto más irresponsables y comodinos, ya que desde el centro les han disminuido operaciones y si alguien tiene alguna bronca la tiene que tratar a través del teléfono o de juicios, y ahí es donde los quiero ver. Como te podrás imaginar, se las han puesto muy difícil.

–Ya te entiendo –comentó Memo–, y la verdad es que tienes razón porque veo mucha gente con problemas y hasta ahora que hablo contigo me doy cuenta por qué no pueden arreglar sus broncas. Ahora caigo. Yo pensaba que era puro pedo de ellos.

–¡No, hombre!, que puro pedo ni qué nada. Es verdad. Pero también es vedad que aunque puedan pagar, a muchos no les interesa y todo se lo están apostando al paso del tiempo, que de todos modos, tarde o temprano, habrán de pagar algo por su regularización, es cosa de tiempo nada más, claro, pero eso a mí no me beneficia, porque para entonces yo ya quién sabe dónde estaré. Por lo pronto, no hay negocio.

–Sea como sea, yo conozco a muchos que yo creo, que te van a buscar, te los voy a echar para allá, pero, ¿adónde?, ¿tienes ya algún lugar en dónde te puedan buscar?

–Sí, te voy a dar mi teléfono y que me busquen, también te diré que aunque no tengan lana de todos modos los estoy asesorando. ¡Tú échamelos!, ya tengo una oficina.

–Aquí entre nos…, yo mismo he participado en algunas tranzas, pero qué bueno que me dices que tienen alguna chanza de arreglar, porque aunque no me creas ya me pesa haber participado en eso.

–No la chingues, mi buen, a poco tú también has andado en estas chingaderas.

–Mira, mi amigo, cuando hay necesidades haces lo que sea, sobre todo si algún hijo tuyo está de por medio. Así como te confieso eso, y no es para justificarme, te aclaro que sucedió cuando de plano me vi en apuros. Mi chavo, estando chiquito, lo tuve muy mal, y pues... tú sabes, te agarras de donde puedes. Eso fue lo que pasó.

–¿Qué fue lo que hiciste?; –Pues cobramos anticipadamente unas viviendas, algo así como unos diez meses antes de entregarlas, y como con unos catorce trabajadores.

–Pero…. también tuvo que participar el mismo Infonavit, ¿o no?

–¡Claro!, mi jefe habló con el delegado y él mismo sugirió que para echarme la mano así lo hiciéramos y, pues... hubo otros casos, pero con otra jalada.

–Mira, Memo, conozco ese tipo de casos, y no es nada nuevo; pero te diré que hay modo de que esos trabajadores lo arreglen, es decir, que el Infonavit les regrese los intereses que han pagado de más.

–Entonces, ¿en eso consistió todo el mal?

–Sí, así es, porque como les cargaron en cuenta los préstamos antes de que recibieran las casas, entonces tienen cargados los intereses sin que tuvieran realmente obligación de pagar.

–Pues me quitas un peso de encima, yo veré la forma de que vayan contigo, aunque se van a dar cuenta de lo que realmente sucedió, pero ni modo.

–Va a ser difícil, porque no creas que el Infonavit acepta fácilmente sus culpas, pero va a ser necesario un juicio. Vale la pena, porque en diez meses de intereses por lo menos tienen cargados unos 20 mil pesos. De jodido.

–Oye, y en otro tipo de problemas, qué se puede hacer?; –¿Otros?, pues… ¿qué?, ¿ hay más?

–Sí, los conozco, pero no participé en ellos. En eso participó un coyote que, por cierto, ya murió, pero fueron muchos y muy variados modos de tranza. Hasta donde te puedo decir, es que fueron de esos créditos que se denominan como 'clonados', ¿los conoces también?

–Sí, también los conozco, pero mientras los afectados no lo denuncien no va a pasar nada; en esos casos los mismos acreditados participaban, porque ellos igualmente agarraron lana, lo mismo que las constructoras y alguien del Infonavit. En eso participaron varias personas. Incluso ése es un fraude, pero tarde o temprano los mismos trabajadores que participaron van a pagar las consecuencias, porque algún día les va a llegar la orden de descuentos a su salario, o cuando quieran recoger sus fondos de ahorro en el Infonavit o en su AFORE no van a tener nada ahorrado.

–Bueno, ese caso es cuando ellos sabían lo que estaba pasando, pero, ¿en aquellos casos en los que ni siquiera se enteraron?

–Cierto, porque también los hubo. Pero quienes ni se enteraron que sus datos los utilizaron para sacarle créditos al instituto, se van a dar cuenta tarde o temprano.

–¿Y qué tal si los buscamos y los enteramos?

–Yo no creo que vaya a dar resultado, porque muchos de esos casos hasta se han denunciado en el periódico, incluso se ha sabido del modo en el que se han hecho las cosas, pero tan pronto esos mismos periódicos ven que la cosa va a revertírseles porque son accionistas de las constructoras que participaron, o son cuates de los dueños, o 'X', luego luego le echan tierra al asunto y aquí no ha pasado nada. Pero de todos modos, los buscamos qué chingaos.

–Oye, *Tito*, pero… 'yo no supe nunca nada', ¿eh? porque mi patrón ha hecho *business* con el Infonavit y no quiero figurar para nada, ¿*ok*?

–No te preocupes. Pero ¿qué clase de negocios?

–Mira, los sigue haciendo y todos los hacen. Manejan información privilegiada. Tan luego hay trabajadores que van a recibir créditos, ellos reciben del Infonavit información para ir a ofrecerles viviendas, luego, dizque para tramitarles el asunto, les bajan lana a los futuros acreditados, les integran el expediente mediante lana porque saben bien que no se los van a rechazar, tú sabes, pura faramalla, luego ponen a los delegados como locos a firmar cheques y, por cada firma, los delegados reciben parte de esa lana; también parte de esa lana es nuestra comisión, o sea que ellos no nos pagan comisiones sino que se las bajan a los acreditados. La corrupción subterránea, tú sabes, la que no queda en la contabilidad de nadie, por eso es que el Infonavit siempre sale librado de corruptelas ante sí mismo y ante la opinión pública. Ahora se presume mucho de transparencia, de no coyotaje y todas esas jaladas, pero, ¡ni madre!, todo ha cambiado de forma, el fondo es el mismo. Pos ahí tienes, para que te entretengas.

Los amigos siguieron en esa tónica durante por lo menos cuatro horas. Mucho se dijo y mucho más se supo, el caso es que se despidieron y quedaron de frecuentarse más seguido porque, finalmente, ya iban a ser vecinos de nuevo.

Mientras *Tito* se dirigía a su casa iba, como era su costumbre, ensimismado: "¿Cómo la ves *mi buen*?, ¡que poca madre". <¡Sí, mi *Tito*, y todos hasta las chanclas de cagada… pobre gente, y qué cabrones los que participan, nadie se escapa. Aunque no lo quiera pensar así, pero, cuánta tranza, no hay ni a quién irle. Si lo contáramos, ofenderíamos por todas partes, nadie se escaparía, ni nuestro amigo>.

A veces pasaban los días y en aquel despacho de *Tito* no se paraban ni las moscas. Ni una simple llamada por teléfono a pesar de que ya había recurrido hasta a anuncios en el periódico, en el aviso oportuno. Nada de nada. Pero cierto día se presentó un individuo con una actitud, digamos, desconfiada, preguntando por el que se encargaba de los asuntos del Infonavit y luego de estar frente a *Tito* le planteaba algunas preguntas, así como semblanteando el asunto. *Tito*, por su parte, comprendiendo aquella actitud, le dio confianza dejándolo hablar y respondiendo a todas sus preguntas, hasta que por fin aquella persona se abrió de capa.

Era un trabajador del IMSS, quien después de haber buscado ayuda a través de diversas opciones no había logrado nada, lo mismo con un abogado que con un *Coyote*, y hasta con alguien del mismo Infonavit, quien, con la promesa de

'arreglarle' el asunto, le había solicitado dinero y que, según él, no había aceptado porque ya estaba muy desconfiado.

Tito le hizo saber que con él las cosas no iban a ser del mismo modo, es más, que si el asunto se arreglaba pediría algún pago, de lo contrario también se daría por perdiendo el caso, es decir, que jugaba a ganar o perder. A partir de este cliente, con el que puso una modalidad en la forma de cobrar honorarios, se fueron acercando otros, animados por esa forma de operar.

Aquella propuesta agradó al sujeto quien, sin más dilación, se dio a la tarea de explicar el asunto.

Después de escucharlo y de analizar los documentos que traía consigo, *Tito* pudo concluir que se trataba de un caso de 'crédito clonado'. Cuando le expuso al solicitante del servicio aquella conclusión éste se quedó perplejo; no creía tal cosa porque no daba crédito que a sus espaldas le hubieran timado con un crédito.

Prototipos

Cliente 'A': –No lo entiendo. He andado por todas partes y nunca me habían dado ese diagnóstico. Pero sigo dudando, porque no veo de dónde sale eso, eso de que he sido víctima de una clonación. ¡Explíquemelo por favor!

–Según me ha dicho, usted actualmente trabaja en el IMSS, y si le pone atención a este papel, verá que aparece un patrón que no es el IMSS, sino otro muy diferente, ¿lo ve?

Tito mostró al cliente un papel que decía. 'Dictamen y Ejercicio de Créditos Líneas II a V'. En el espacio destinado a 'Datos del Patrón', aparecía el nombre de una empresa muy distinta, incluso con un domicilio situado en el DF.

–¡Hijo de la…!, ni me había fijado, después de años de tener conmigo este papel. Nunca me había puesto a ver los datos detenidamente. ¿Y eso qué quiere decir?, dijo el cliente.

Tito explicó lo que aquello significaba, y cuando le detalló que precisamente por tratarse de un domicilio en otra ciudad, el Infonavit habría de remitir el 'Aviso de Retenciones al Salario' del trabajador, a aquel domicilio y como por esa razón, no lo iba a hacer, entonces nunca le iba a aparecer un descuento en la nómina y

también por lo mismo, nunca se iba a enterar, como así fue, de que ya le habían 'clonado' un crédito, para lo cual utilizaron sus datos personales, su fondo de ahorro en el Infonavit y su fondo de ahorro de la AFORE. Preguntas fueron y vinieron lo mismo que las respectivas respuestas hasta que aquel individuo se convenció de que *Tito* tenía razón. Era un crédito 'clonado'.

El cliente se asombró: –¡Ándale!, conque ésas tenemos. Si no se sabe leer esta información pues ¿quién va a saber lo que se tiene qué hacer?, con razón nadie le daba al clavo.

–Y menos en el Infonavit, porque nunca te lo iban a arreglar, porque bien saben a lo que esto se refiere. Aquí hay un fraude no sólo en tu contra, sino en contra del mismo Infonavit.

–¿Del Infonavit también?

–¡Claro!, porque entonces nadie está pagando el crédito, ni tú ni quien vive en esa casa. Pero, tú sí sabes quién la habita ahora, ¿o no?; –¿Yo?, no.

–¡Cómo de que no!, pues si aquí está el domicilio, en el mismo dictamen, míralo.

–¡Pero si esa colonia ni existe aquí en Monclova…!

–¡En la madre!, aquí sí que hasta a mí me metieron gol. Sí que la pensaron muy bien. Pero lo vamos a investigar. Digo, si así lo quieres.

–¡Claro que lo quiero!, ahora, ya con esto que he visto, creo en lo que usted me está diciendo. Adelante. Nomás me dice cómo empezamos. Y mire de todos modos le voy a anticipar algo porque creo que va a ser necesario. Usted nomás me dice cuánto.

–Pues va a ser necesario saber en dónde está el domicilio correcto en donde se ha situado este crédito y, para eso, es necesario ver el expediente. Y no es por alarmarte, pero tal vez ni así sepamos en dónde quedó la bolita, tal vez, y sólo eso, tal vez, si analizamos el contenido del expediente podamos rastrear algo.

–Para luego es tarde, ¿qué hacemos?

–Pues tenemos que ir directamente a las oficinas en Saltillo, pedir el expediente y analizarlo. ¡A ver si nos lo prestan!

El plan se hizo y, tan pronto pudieron, se dirigieron ambos a Saltillo con la finalidad de solicitar el expediente de aquel crédito; tal y como lo supuso *Tito* de entrada les fue negado. *Tito* sugirió a su cliente que suplicara para que se lo prestaran, argumentando que había sufrido un robo en su domicilio y que le habían robado un maletín en donde se encontraban esos papeles y que los necesitaba para hacer unos trámites ante la Procuraduría, porque era ahí en donde se los estaban solicitando. Ése fue el modo en el que pudieron contar con aquel expediente. Una vez analizado, mientras se le proporcionaban unas copias, se pudo obtener el nombre de la constructora que edificó aquella vivienda y que, claro, la unidad habitacional sí se encontraba en Monclova; pero deliberadamente a la computadora también le inyectaron una información diferente, al igual que el nombre del patrón, como ya había quedado de manifiesto.

Regresaron a Monclova y de inmediato se apresuraron a buscar el domicilio de aquella constructora, lo mismo que el de la unidad habitacional que ésta había edificado; después de una intensa búsqueda durante varios días, dieron con aquella vivienda, misma que, naturalmente, ya se encontraba ocupada. El siguiente paso consistió en hablar con los moradores de la vivienda, mismos que aclararon que un *Coyote* se las había vendido, naturalmente muy barata, hacía ya tres años, con la promesa de que les iba a conseguir un crédito para que lo pagaran al Infonavit y obtuvieran así las escrituras. Aquellas personas argumentaban no creer la versión de *Tito*, al enterarse de que habían sido víctimas de un fraude, y *Tito*, en sus adentros pensaba. "¿Cómo la ves *mi buen*?, ¡cuánto cinismo!"

De inmediato se procedió a interponer una demanda por la vía civil en contra del Infonavit, lo mismo que en contra de aquella constructora, y así dio inicio otro vía crucis. Ahora a enfrentarse con los caprichos de los jueces, aparte de lo que se tuvo que hacer también, en su momento, frente al mismo instituto, quien nunca quiso saber del asunto.

Toda aquella unidad habitacional estaba por el estilo. Cuando *Tito* ofreció sus servicios a los moradores, casa por casa, y nada más por hacerlo porque bien sabía que a nadie le iba a interesar, efectivamente todos le dieron la espalda. Estaban coludidos con quienes habían iniciado aquello. En todo caso, a quienes les podía interesar el asunto era a los verdaderos titulares de los créditos, tal y como estaba sucediendo con el cliente que *Tito* estaba atendiendo. En otro pasaje

de esta narración veremos sus respectivas historias, muy diferentes, por supuesto.

Ese expediente fue el primero de los muchos en que *Tito* habría de participar, él armando la materia del juicio y en el despacho se llevaba la parte procesal. Los acontecimientos inherentes al juicio se habrán de narrar conforme al tiempo cuando se llevó el proceso. A la oficina de *Tito* acudía mucha gente, pero curiosamente la mayor parte de ellos querían que se les tramitara un crédito, cosa que no era a la que *Tito* se dedicaba, solicitándole incluso asesoría para ver de qué forma se podían hacer de viviendas irregulares. Sólo uno de cada diez asuntos eran de su incumbencia y con éstos era como podía sostener aquel despacho.

Casos semejantes al anterior los hubo en buena cantidad, pero para hacer un grupo de asuntos diferentes, narraremos otro, el cual consistió en:

Cliente 'B': –No me explico por qué si mi esposo va al corriente en sus pagos, y ¡vaya que si son pesados los descuentos que le hacen!, no veo por qué siempre están unos intereses acumulados, no se borran del estado de cuenta. Éste era el argumento central que aquella mujer le exponía a *Tito*, después de que él, había buscado al acreditado, a partir de una publicación en un diario de la localidad. En las oficinas del rotativo investigó la identidad de quien hizo la publicación y se apersonó en el domicilio.

Era la mujer del acreditado, quien había hecho la publicación y se preocupaba por el asunto, porque su esposo o no quería arreglarlo o no tenía tiempo, el caso es que ella, como tantas otras mujeres, que eran las que se preocupaban en la mayor parte de los casos, de investigar el porqué de los problemas con el Infonavit, fue la que acudió al llamado de *Tito*. Muchas de las veces, cuando él trabajaba por el instituto, las veía afanando con sus problemas en las oficinas de Saltillo, asoleadas, hambrientas, con hijos compartiendo las inclemencias, etc., y sin respuestas, sin soluciones, sin asesoría, sin piedad alguna.

Aquella publicación contenía la siguiente cronología de hechos:

Sr. Director General del periódico 'Z'. Monclova, Coah.
Director Gral., presente:

Estimado Sr…, me permito distraer su atención, con la finalidad que a continuación explico:

He seguido con atención las publicaciones que en su diario han aparecido en días pasados, en relación a algunas declaraciones hechas por el Srio. de la Vivienda del sindicato de AHMSA… en las cuales se hace mención a que existen casos muy serios de trabajadores de dicha empresa, a los cuales, por órdenes del Infonavit, se les están haciendo descuentos en sus salarios con motivo de que, según dicho instituto, a esos trabajadores se les han otorgado créditos y que por otra parte, dichos trabajadores no han recibido vivienda alguna.

A la irregularidad señalada, quiero agregar la mía.

Sucede que en el año 1993 se me dictaminó un crédito por el Infonavit y vine recibiendo la casa hasta mediados de 1994, muchos meses después.

Yo firmé acta de recepción de vivienda en julio de 1994, y también en esta fecha, mi patrón recibió Aviso de Retenciones a mi Salario, para iniciar legalmente mis pagos.

De acuerdo con la Ley del Infonavit los descuentos a mi salario se iniciaron en julio de 1994.

No obstante, en mi estado de cuenta se me están cargando intereses desde la fecha de dictaminación y no a partir de la recepción real de la vivienda.

A inicios de 1997 presenté mi inconformidad ante el mismo Infonavit y todo fue infructuoso, aparte de costoso en tiempo y dinero por los traslados constantes a la ciudad de Saltillo.
En marzo del 97 presenté mi queja ante la Comisión de Inconformidades del propio Infonavit con domicilio en la ciudad de México DF. Todo fue infructuoso.

A mediados del 97, acudí a la PROFEDET, y envié de nuevo un escrito al mismo Infonavit. Como no recibía respuesta del Infonavit, solicité un amparo por violación a mi derecho de audiencia y a finales del 97, se me concedió el referido amparo, condenando al Infonavit a que me contestara, sin embargo lo que me contestó fue una burla. Se me decía simplemente que ellos habían pagado a la Constructora 'X', un cheque desde 1993 y que por tal motivo yo debería pagar los intereses a partir de ese año y no a partir de la fecha en la que realmente recibí la casa (en julio de 1994).

En octubre del 97 me inconformé de nuevo ante la Comisión de Inconformidades en el DF y de nuevo recibo por parte de la delegación una contestación que no es otra cosa que una nueva burla, porque mientras el jurídico ya me había dicho que pagaron un cheque a la Constructora 'X' en 1993, ahora, el Área de Cartera me sale con que van a recopilar información para responderme.

Si el Infonavit pagó al Constructor con mucha anticipación a que realmente terminaran de construir la vivienda, y entregármela hasta 1994, es algo que a mí no me debe afectar. Eso debe ser motivo de inquietud por parte de una autoridad competente por estarse pagando construcciones sin haberse terminado. Es un asunto entre el Infonavit y el Constructor.

Atentamente. *Cliente 'B'*. Fecha…

Basado en un testimonio periodístico, uno de los muchos hechos reales, y tomado como caso tipo para los efectos de esta novela. Este asunto se vino resolviendo hasta el año 2005, para lo cual fue necesario solicitar la intervención de la CNDH. La cronología se presenta alterada entre el año 1999 y 2004, resumiendo los espacios en tiempo, para efecto de poderlo presentar acorde con la temporalidad de la novela, ya que en los años 2000, 2001, 2002, 2003 y 2004, apenas sí se lograba un pequeño avance por año. A estos casos siguieron muchos más y por muy variados motivos, lo mismo con problemas relacionados con créditos, que de devolución de fondos de ahorro o de reclamo de escrituras.

Por esos días el Sindicato de AHMSA consiguió para sus agremiados que la empresa les facilitara, sin intereses, dinero para liquidar el saldo de sus adeudos con el Infonavit, con la condición de que dicho saldo, a esa fecha, fuera menor al 50'% del préstamo original. Lo anterior, también con la finalidad de lograr una oferta que lanzó el instituto consistente en un descuento del 30%, a todo aquel que liquidara en un sólo pago el adeudo.

Con tal motivo, se fueron presentando ante *Tito* un sinnúmero de casos de acreditados que no podían extraer del Infonavit su saldo, y todo porque su crédito no estaba registrado en la contabilidad de la delegación. En el documento que ese instituto les proporcionaba aparecía solamente el nombre y otros datos personales del trabajador, pero no así la ubicación ni las características de la vivienda; tampoco el monto del crédito, ni los pagos que el trabajador ya había efectuado, para poder, por simple diferencia, conocer el saldo.

En el referido documento aparecía, además, como dato significativo, la leyenda de: 'Crédito Asignado'. Esto significaba simplemente que el crédito no estaba registrado en la contabilidad de la delegación, que el dinero había sido extraído para liquidar una vivienda, cierto, pero a espaldas del acreditado, sin llegar a ser lo mismo que aquellos casos de créditos clonados, pero sí, sin la formalización del contrato de mutuo correspondiente.

La indolencia del Infonavit, el afán de presentar cifras alegres, el acrecentar el número de créditos asignados para fines del premio de productividad, la obtención de más recursos para seguir otorgando créditos, aduciendo que los recursos asignados en el programa normal ya se habían agotado; la fotografía en los diarios y el premio al desempeño del delegado en turno; en fin, indolencia, irresponsabilidad, etc., todo eso ocasionaba que muchos créditos fueran otorgados al vapor, sin registros, sin contratos, sin registrar la hipoteca, y todos los riesgos que en contra de la propia institución se corrían. Para efectos de lograr aquella oferta mucha gente se acercó a *Tito* en busca de ayuda, porque no entendían nada de lo que estaba sucediendo, ni en el mismo Infonavit les resolvían la incógnita, y no sólo trabajadores de AHMSA, sino de otros muchos que no pertenecían a dicho sindicato, pero que no obstante también querían lograr aquella oferta, y que no podían obtenerla porque simplemente no podían conocer su saldo.

Acudir otra vez ante el mismo Infonavit no conducía a nada, entonces el caminito seguía siendo el pleito legal, o por la vía laboral o por la vía civil. A este respecto *Tito* se hacía sus propias conjeturas. "No cabe duda *mi buen*, que lo único que están haciendo en el instituto es favorecer a sus cuates de despachos jurídicos porque, finalmente, son asuntos no defendibles; porque, sea como sea, tarde o temprano, con pleito y sin él, tendrán que registrarlos. Mientras tanto, una lana a sus cuates en despachos jurídicos no va mal". <Así es mi *Tito*, así es. El nepotismo en todo su esplendor. ¿Cuál cambio?, ¿que ya no hay corrupción?, ¡pura madre!, a ver quién se los cree>.

Muchos nunca pudieron lograr aquella oferta por el motivo ya descrito, y los que sí lo lograron fue porque después de pleitos, quejas, tirones y otras lindezas, se logró que personal de la delegación se pusiera a buscar datos y lo mismo se les solicitaba a los interesados, para una vez reunida aquella información, estar en posición de llenar una 'Hoja de datos', conocida como 'Hoja ocre' (por su color), donde ya contabilizada se podía saber el saldo tan deseado.

Una conclusión derivada de lo anterior se dio una vez obtenida toda la información para el llenado de las 'Hojas ocre', resultaba que mucha gente estaba ocupando una vivienda que realmente no le correspondía, porque hasta en ese momento era cuando aparecían los datos relativos a las viviendas y sus correspondientes titulares; es decir, que los constructores habían metido a los acreditados en donde se les pegaba la gana, resultando de todo aquello un efecto 'dominó', o sea: uno ocupaba la vivienda del otro, este otro la de aquél, aquél la ocupaba, pero no estaba pagando el crédito; pero que éste le correspondía a mengano y mengano ya le había hecho arreglos a la de zutano y la de zutano era la de *Bernabé*, y *Bernabé*, ya la había traspasado a *Buchinanga*, y así, sucesivamente, el caso era que nadie estaba ocupando la vivienda que realmente le correspondía, con la consecuente repercusión porque mientras unos las tenían en perfecto estado, otros las tenían en pésimas condiciones y otros ya las habían vendido o arreglado o ampliado o modificado, etc. Todo con la anuencia del mismo instituto, coludido con los constructores.

Así las cosas, repentinamente aquel despacho se llenó de asuntos, mismos que habrían de durar años porque después de las vías ordinarias o primeras instancias, venían las apelaciones, y hasta solicitudes de amparos; hasta llegar inclusive al recurso ante las Comisiones de los Derechos Humanos, Nacional y Estatal. Esto daba pauta a que mucha gente ya no continuara con el pleito y simplemente permanecieran en medio de su irregularidad.

Uno de aquellos clientes, acudió al despacho con el propósito de que *Tito* le ayudara a rescatar sus escrituras, mismas que el Infonavit ya debería entregarle en virtud a que el titular del crédito las necesitaba para pedir, por la vía legal, el desalojo de la vivienda, porque estaba en poder de un extraño.

Cliente 'C': –Mi asunto se refiere a unas escrituras que no he podido obtener de parte del Infonavit, y yo no encuentro la razón por la cuál se me escamotean.

–No es necesario que el crédito esté totalmente liquidado para que sus escrituras existan, sólo déme los datos que tenga a la mano.

–Yo me he estado defendiendo de los descuentos a mi salario ya que la casa la tiene otro, a mí solamente me llegan las órdenes de descuento

–¿Qué le dicen en las oficinas de Saltillo?, ¿ha ido para allá?

–Sí. He ido a pedírselas, pero no entiendo nada de lo que me dicen. Que las van a buscar en una bodega que tienen en un lugar distinto a la delegación. Que van a preguntar en la notaría de no sé qué notario. Que si no las recibí cuando vino el Presidente a Monclova a entregar masivamente escrituras. Y así, preguntas y preguntas, pero la verdad no sé para qué tanto, y se me hace que es porque no las tienen. Vengo a ver cómo le podemos hacer para que me las entreguen.

–Vamos a ver cómo le debemos hacer, porque por lo que veo ya llegó usted al límite y será necesario un pleito. De lo contrario, lo seguirán trayendo de arriba para abajo. Y dígame otra cosa, ¿ya fueron al Registro Público de la Propiedad?, para ver si existe registrada esa escritura, pues de lo contrario, no la han hecho.

–No. Eso no sé ni lo que es, dijo el cliente.

–Bueno, pues eso será lo primero que vamos a investigar.

De inmediato se le tomaron los datos a aquella persona, para elaborar la demanda correspondiente e iniciar el juicio, el cual fue presentado a la brevedad y el tiempo continuó su marcha. La solicitud era simple: 'El otorgamiento de la escritura'.

En el Registro Público de la Propiedad no existía ningún registro al respecto, y el juicio se interpuso ante la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, misma que al recibir la demanda, de inmediato dispuso que la Audiencia Conciliatoria se efectuara 30 días después, y cuando ésta se llevó a cabo el Infonavit se defendía argumentando que no era a ese instituto a quien se le debería solicitar tal título sino al vendedor de la vivienda; pero no ofrecía tampoco datos acerca de quién había sido el vendedor, pese a que ese instituto sí debería saber a quién le entregó el cheque para liquidar la vivienda adquirida con el monto del crédito.

El Infonavit argumentaba: 'El instituto solamente otorga créditos para la adquisición de viviendas, mas no las vende él, sino que los vendedores son los constructores o terceras personas, en su caso. Por tal motivo, quien debe escriturar es quien le vendió la vivienda al demandante…'

Los juzgadores sostienen que: "Quien acusa debe probar su posición, y quien niega debe probar las circunstancias impeditivas por las cuales no debe ni puede actuar en determinado sentido…" Si el Infonavit alega que como no es el que vende viviendas, por mandato de su misma ley, sino que es solamente el financiero, y que sólo participa prestando dinero, entonces debe probar su situación

impeditiva, cosa que nunca le es exigida por el juzgador, en cambio, al quejoso sí se le exige todo tipo de pruebas y, ¡ay de aquél que no las aporte!, porque de inmediato pierde el pleito. Estas conductas tan ortodoxas son comunes en los juzgadores, por tal motivo han surgido los defensores de los Derechos Humanos, quienes sabiendo que no se pueden pronunciar en contra de laudos emitidos por jueces, deben asumir que ellos, en esas comisiones, deben vigilar la existencia de la Justicia, porque no es lo mismo la legalidad que la justicia. En muchos actos 'legales', anida mucha inmoralidad. Los jueces, sintiéndose 'peritos de peritos', no acostumbran acudir a expertos reales al tiempo de emitir sus sentencias.

El instituto argumentó algo que era cierto y además fundado, sin embargo su mala fe o su inmoralidad consistía en no proporcionar información a la autoridad, acerca de quién había sido realmente el vendedor, y probar de ese modo su situación impeditiva para otorgar la escritura demandada, pese a que, por ley, la titulación corre a cargo del Infonavit y esa circunstancia, por lógica, obliga a ese instituto al resguardo del expediente respectivo; para que, incluso mediante ese expediente y la escritura, pueda registrar la hipoteca en el Registro Público dela Propiedad, mediante la cual se garantiza a sí mismo el crédito otorgado, dejando, con la anuencia del juez, en un total estado de incertidumbre al quejoso, porque esa información lógicamente debería existir en el expediente respectivo, y la ocultaba porque sabía lo que en el fondo estaba sucediendo. Al proporcionar aquel dato quedaría al descubierto una de tantas cloacas, en las que participaban tanto constructores, como dependencias oficiales junto con el Infonavit.

En sus alegatos de defensa, el trabajador, en su carácter de quejoso, argumentaba que no sabía 'quién' había sido el vendedor de la vivienda, porque cuando el crédito se le dictaminó, el trabajador, como acreditado, no había sido convocado, tal y como lo ordenaba la misma Ley del Infonavit, para efectos de la 'Formalización… del Contrato de Mutuo con Garantía Hipotecaria', que es el nombre técnico que recibe tal instrumento, y al no haber sido instruido para cumplir con lo dispuesto por la ley nunca supo 'quién' había sido el vendedor, porque tal operación se había llevado a cabo directamente entre el Infonavit y el constructor, y al acreditado simplemente lo dejaron fuera.

El laudo fue en sentido condenatorio hacia el Infonavit, argumentando que, si bien no era responsable de la entrega física de la vivienda, sí se le ordenaba que otorgara la escritura, y se le dieron 72 horas para que cumpliera por voluntad propia. El tiempo pasó, y el Infonavit desobedecía aquella resolución, pese a que la parte actora o el cliente 'C', ya había solicitado a la autoridad la ejecución de

ese laudo, dejándolo en estado de indefensión. La causa del incumplimiento era porque el Infonavit había recurrido a solicitar un amparo, en contra de aquel laudo, y después de haber transcurrido otro año, el Juzgado Colegiado le concedió el amparo al Instituto y regresó a la Junta de Conciliación el expediente para que se 'estudiara el caso de nuevo' y se formulara un nuevo laudo, ya que, según esos magistrados, habían encontrado elementos válidos por parte del Infonavit en su inconformidad contra lo que había deterimano la Junta en su contra en aquel momento. Finalmente, y en cuestión de días y sin haber entrado en estudio del asunto, la Junta emitió un nuevo laudo, pero ahora absolviendo al Infonavit de todo. Los quejosos acudieron a la Junta Federal para enterarse del por qué de aquella decisión tan contradictoria y cínica, y descaradamente dijeron que el expediente que les había sido regresado por el Colegiado 'Traía Línea', es decir, que en forma de 'clave', se recibían, eventualmente, asuntos para ser resueltos conforme al criterio de ese Juzgado Colegiado, lo que legalmente es improcedente.

Mientras tanto, el despacho de *Tito* se dio a la tarea de investigar quién había sido el vendedor en aquella operación, por lo que fue necesario acudir a las oficinas catastrales del municipio de Monclova, paralelamente y con esa intención se buscó información en el Registro Público de la Propiedad, para ver los antecedentes de aquel fraccionamiento en donde se encontraba la vivienda en problemas, lo mismo para ver si tal fraccionamiento se encontraba debidamente registrado, etc.

En el primer objetivo los resultados fueron infructuosos pero sí se pudo saber que el fraccionamiento se había hecho sin la autorización correspondiente y que, por esa razón, en el catastro municipal para nada figuraba ese fraccionamiento; era evidente que las operaciones que en el predio se realizaban se hacían gracias a algún influyentismo. Se supo también que el extenso terreno en donde se encontraba ese fraccionamiento lo había vendido una familia connotada del lugar, de apellido de abolengo, Azpitia, a la compañía Constructora 'Inmobiliaria Oficial, SA de CV', además lo curioso era que algunas de las viviendas sembradas en ese fraccionamiento no las vendió la constructora, sino 'alguien ajeno a la inmobiliaria', pero, con toda seguridad, con la anuencia de la misma empresa, mediante algún 'topillo', porque de otro modo nada tendría explicación, y para saber su nombre y apellido era necesario sacar los datos del expediente de crédito, que estaba en poder de la delegación del Infonavit, pero eso era algo más que imposible.

Cuando la operación de compraventa de aquel gran terreno se llevó a cabo, estaba al frente del Registro Público de la Propiedad un señor de nombre Atanasio, muy conocido en la región, mismo que, años después, en la fecha de la interposición del juicio de que se da cuenta, ya figuraba como presidente de la Constructora Inmobiliaria Oficial, SA de CV. Nuevamente… los cacicazgos regionalistas.

Las conjeturas iban en el sentido de que, tal vez, el motivo por el cual al trabajador lo dejaron fuera de la jugada, fue porque quien fungió como vendedor no era el legítimo propietario de aquella vivienda, o sea la Inmobiliaria Oficial, SA de CV, sino 'alguien', que la 'robó', por decirlo de algún modo, y que por tal razón, como no iba a poderla escriturar, procuraron que el trabajador ni se enterara de la operación, pero sí lograron extraer ilegalmente un dinero del Infonavit, no sólo para el caso del cliente 'C', sino para varios en el mismo sector de viviendas, pero que por estar habitadas ilegalmente no les interesaba acudir a un juicio. Lógico.

Un periodista en escena

Cierto día, ya caída la tarde se presentó al despacho de *Tito* un individuo quien solicitó un servicio de los que ahí se brindaban. Dijo ser periodista y se identificó como tal y que trabajaba para un diario de la ciudad de Saltillo. Su propósito era el de aclarar algunas cuestiones relacionadas con la forma en la que el Infonavit operaba para otorgar créditos, y ya después de varias preguntas, aparentemente quedó satisfecho con las precisiones que a cada una *Tito* le dio; una vez terminada aquella consulta el periodista le preguntó si acaso le debía algún honorario. *Tito* contestó que no le debía nada, pero que a cambio le aclarara cuál era el fondo de todo aquello, toda vez que al parecer no preguntaba con el ánimo de solicitar un crédito, ya que esa forma de inquirir no era lo usual en alguien que se interesaba en un crédito, eso le llamaba la atención y más aún tratándose de un periodista de un diario de Saltillo.

–La verdad es que trato de conocer cómo son estas cosas, para cuando haga algún reportaje saber lo que debo preguntar, cómo lo debo hacer y lo que me deben de contestar, estar más capacitado para informar con más objetividad a mis lectores –dijo el periodista.

–Pues me parece razonable y muy profesional lo suyo, es más, aquí entre nos, quienes se dedican a esta profesión sobre todo en provincia, por lo general no

saben ni para dónde queda el norte, y eso hace que los entrevistados contesten lo que les da la gana, y el Infonavit no es la excepción. Con mucha frecuencia veo las notas en los periódicos y las preguntas que hacen y lo que aceptan de respuesta es para dar lástima. No hay reportajes de fondo, en muchas de las ocasiones sólo se acercan al Infonavit para hacer sentir incómodas a las personas, con el propósito de ejercer influencia y sacar raja obteniendo créditos, evadiendo cuotas, abogando por terceros y todo eso.

–¿No cree que eso es muy comprometedor para usted?

–No, para nada. Antes, cuando trabajaba para el instituto y más aún en el puesto que tenía, tal vez me hubiera conducido con más cuidado y ni así lo hice, ¿ahora?, ¿por qué habría de actuar con sigilo?, hasta me suena como una pregunta un tanto cuanto amenazante.

–No. No piense así. Es cierto que esa conducta es muy frecuente, tanto lo que dice de los periodistas como de los funcionarios.

–Yo espero que en este momento esté frente a un periodista de verdad y no se ofenda, porque lo que digo, lo digo con conocimiento de causa. Muchas veces me fueron a entrevistar y nomás de escuchar las preguntas que me hacían me daba cuenta de que del Infonavit no sabían nada y que andaban como a tres kilómetros del baile. ¡Dios me agarrara confesado!, porque si las intenciones de aquellos… reporteros, mas no periodistas, eran querer interpretar las cosas conforme a una consigna, y no de acuerdo con la verdad, al otro día sólo se leían barbaridades. Todo daba cuenta de que el verdadero propósito era el de alarmar y, en consecuencia, vender periódicos, porque es lastimero el número de ejemplares que venden las compañías periodísticas en México y no hay excepciones.

–Oiga, mi amigo, no vine aquí para tanto.

–Bueno, pues ahí tiene usted la prueba, no me dirá que ya lo sabe todo y que de parte de los lectores, no necesitan conocer su opinión. ¿No cree que es demasiada soberbia?, lo digo con todo respeto. Yo no tuve el menor empacho en hablar con usted y aclararle lo que quería, incluso hasta lo felicité por su profesionalismo, que es lo justo, entonces creo que me merezco verter alguna opinión, ¿o no?

–Es verdad. No he dicho nada. Incluso creo que me he conducido injustamente con usted. Discúlpeme.

–Lo que usted guste y mande, estoy a sus órdenes.
–Creo que le voy a tomar la palabra.

Aquel hombre sacando un documento de entre sus papeles lo mostró a *Tito*, al tiempo en que le planteaba unas preguntas:

–¿Esto es un estado de cuenta de un crédito del Infonavit?; –Sí, así parece, ¿por qué?; –Ayúdeme a interpretarlo porque hay muchas siglas que no se entienden ni tienen aclaratorias al pie de página. Lo mismo que números que no son, precisamente, pesos o centavos, ¿quiere?

El periodista tenía razón, ya que los estados de cuenta del Infonavit no son claros para la interpretación del grueso de la gente, incluso se podría decir que para nadie, excepto para el mismo instituto. Una vez explicados los pormenores el periodista exclamó: –¡Ajajá…!, entonces no estoy equivocado. Este acreditado no ha pagado nada, y según puedo interpretar ahora, no lo ha hecho nunca y desde hace más de 10 años, ¿o me equivoco?

–No. No se equivoca usted. Es más, ese domicilio está en una colonia de lo mejorcito de por aquí, y ya nomás usted échele.

–¿Le puedo pedir un favor?, que me acompañe a hacerle una visita de periodista a este acreditado. Me interesa hacer un reportaje de fondo, ¿quiere?; –Sí, ¿por qué no?, ¿cuándo lo quiere hacer?, porque ya es tarde ahora.

–Mañana temprano, ¿cómo la ve?

El plan quedó hecho para presentarse al día siguiente ante los moradores de aquella casa y hacer algunas preguntas de índole meramente periodística. *Tito* sólo iría en calidad de asesor del periodista, si así resultara necesario, ese fue el trato. Lo que a éste le llamaba la atención era saber por qué existían créditos con tal grado de atraso ya que, unos días antes, el director del Infonavit, estando de visita en Saltillo, había declarado a la prensa que la cartera del Infonavit era muy sana y que, por consecuencia, las finanzas del instituto lo eran también. Cuando llegaron a aquella casa la sorpresa del periodista fue mayúscula, porque se trataba de una casa con características arriba de las que se suponía tenían aquellas que

eran adquiridas por trabajadores comunes y corrientes, mediante créditos otorgados por el Infonavit. Tal y como lo había anticipado *Tito*, se trataba de una colonia muy por encima de la media lugareña, es más, al lado de esa propiedad estaba la residencia de un magnate, un próspero industrial de la región; después se supo que ése era el sector preferido de gente por el estilo. Los dos visitantes se apersonaron en el domicilio y *Tito* dejó que el periodista condujera la situación:

–¿El señor Rodríguez?, que era el nombre que figuraba en aquel estado de cuenta que el periodista llevaba en la mano.

–No se encuentra, ¿quién lo busca?, porque él trabaja en Monterrey y solamente viene por aquí cada fin de semana –dijo la señora que abrió la puerta.

–¿Es su esposo?, porque siendo así, yo creo que usted me podría responder algunas preguntas.
–Sí, soy su esposa, ¿qué desea?, pero, dígame, ¿quién es usted?

El periodista se identificó y dijo, con toda claridad, el motivo de su visita. Quería saber la causa de tanto atraso en los pagos, según aquel estado de cuenta. Que su misión era la de ver hasta dónde el director del Infonavit estaba diciendo la verdad, etc. La mujer de inmediato contestó, pero no de muy buen grado: –Pues yo ignoro por qué se debe tanto al Infonavit. Eso solamente se lo podrá aclarar mi marido.

Aquella mujer visiblemente molesta contestaba de manera muy esquiva, con argumentos muy poco sólidos y quien, a todas luces, dejaba algo siempre en el tintero. Total que todo resultó ser una mentira. Ella era la amante de un señor Martínez que radicaba en Monterrey, que no era Rodríguez el titular del crédito, sino que éste se la había vendido al amante de esa señora, pero que, en resumidas cuentas, ninguno pagaba. La visita terminó y en futuras indagatorias se supo que aquel crédito aún continuaba en cartera vencida, sin registrarse un solo abono a la cuenta, pese a que el asunto ya se había dado a conocer a la opinión pública y que el mismo Infonavit se había enterado de ello, lo cual seguía dando cuenta de su ineficacia para la recuperación de los créditos.

El astuto periodista hizo creer a *Tito* que continuarían con todo lo que se tuviera por denunciar y que se llevaría a cabo un reportaje de fondo, pero todo resultó una farsa. Lo que deseaba el representante de aquel diario era solamente la

persecución de un ex delegado, el que había otorgado el crédito en cuestión. El periodista ya tenía acumulados varios casos similares y hasta raros; que le sirvieron para soltar un escandaloso reportaje, que aunque no era de fondo sí causó el efecto perseguido. Los periodicazos fueron certeramente dosificados a ocho columnas, como se suele decir en esos medios y estuvieron apareciendo durante una semana completa. Aquel ex delegado, quien era perseguido por ese diario desde hacía ya varios años, fue destituido de un alto cargo que a esas fechas tenía en una importante empresa regiomontana. Hasta allá llegó la persecución, de alguien a quien aquella empresa editorial ya se la tenia sentenciada, desde el tiempo en el que había sido delegado en Coahuila y todo porque, según la *vox populi*, en aquellos ayeres una inmobiliaria conexa a tal editora, no había sido beneficiada en algunos negocios por causas imputables a ese ex delegado. Otra vez los cacicazgos lugareños cobraban su tributo.

Tito había sido mencionado en aquellos artículos periodísticos por lo que unos trabajadores, de una empresa mezclillera radicada en Parras, Coahuila, al enterarse de los servicios que prestaba lo buscaron con la finalidad de que los orientara para encontrar una solución al grave problema que enfrentaban muchos acreditados del lugar.

Casos… "D"

El problema consistía en la existencia de un fenómeno 'dominó', a gran escala, porque, por motivos inexplicables, habían tomado posesión de viviendas que no eran correlativas a las escrituras extendidas. Así las cosas, el acreditado A, tenía la vivienda del acreditado B; la de B, la tenía C; la de C, la poseía D; y así, hasta agotar el abecedario. Luego A, que poseía la de Z, ya le había hecho ampliaciones a la vivienda, en tanto que Z la tenía abandonada porque ya no laboraba en el lugar y se había ido a trabajar a los Estados Unidos, y la vivienda ya estaba invadida por Mengano. Fulano se la había traspasado a Perengano mediante una lana de por medio, y éste no pagaba al Infonavit conforme habían hecho el trato, y Perengano la tenía convertida en un verdadero muladar porque sabía que no le correspondía esa vivienda porque era de X, y se negaba a hacerle reparaciones, total un verdadero galimatías.

Tito se presentó ante aquellas personas y después de conocer el problema, consideró que como ya existía el inconveniente de que unos habían hecho modificaciones costosas y no querían tomar posesión de la vivienda que realmente les correspondía, y otros estaban pagando la vivienda por cuenta de otros, mientras

que éstos ni siquiera pagaban algo, etc., entonces lo que se debería hacer era que se quedaran en el lugar que ya ocupaban y que se hicieran modificaciones en los registros escriturarles. Para lo cual debería ser el Infonavit quien cargara con los gastos, toda vez que fue ese instituto quien había causado el problema, ya que en una ocasión por darle el espaldarazo a un político, se le invitó para la entrega 'simbólica' de aquella unidad habitacional, sin que estuviera totalmente terminada. Después de aquel acto político, la terminación de las obras se retrasó y los trabajadores se desesperaron, tomando las viviendas por su cuenta encabezados por sus líderes, sin tomar en consideración que la escritura correspondiente a la vivienda tomada no iba a coincidir con sus datos personales en calidad de titular del crédito. Ese problema lo conocía *Tito* desde años atrás cuando, siendo aún empleado del instituto había alertado al delegado en turno sobre el posible problema futuro y jamás se le puso atención. En ese entonces, *Tito* fue señalado como alguien proclive a meterse en asuntos de áreas ajenas, y como él sabía perfectamente que el área que tenía a su cargo era el caño por el cual habría de fluir la porquería, trató de evitarlo pero sin éxito alguno.

Ahora él cobraba por aquella asesoría y daba su diagnóstico lo mismo que vertía su opinión acerca del posible remedio. Ese remedio implicaba hacerle cargos al Infonavit para que respondiera por su negligencia o al menos por su participación en el problema, porque sabiendo desde un principio lo que iba a suceder dejó que el tiempo lo complicara.

Como era de esperarse el Infonavit no hacía caso de aquellas demandas y, por su cuenta, los líderes proclives a no bronquearse con el Infonavit y a coludirse con él, no resolvían nada, ni contribuían en algo para buscar alguna salida al problema. Al contrario, cuando supieron que en opinión de *Tito* lo que hacía falta era interponer una demanda contra el Infonavit para que resolviera aquella situación y que el costo de la misma iba a correr por cuenta de los interesados, resolvieron que las cosas continuaran igual. *Tito* cobró sus honorarios y regresó a Monclova.

Pasó el tiempo y ahora lo encontramos en su despacho dialogando con su socio Alfredo:

–Y ¿qué tal?, ¿cómo va el asunto de Parras?

–Pues de entrada me fue bien, porque cobré mi trabajo, pero por lo que toca a que ellos realmente interpongan una demanda contra el Infonavit, yo dudo que lo vayan a hacer.

–¿Tú crees que no lo vayan a hacer?; –No lo van a hacer porque eso les implica pagar algo y creen que va a ser muy caro. También es comprensible porque la idea que se tiene de los abogados es muy pobre y siempre tienen la desconfianza de ser traicionados. Lo entiendo, pero no lo acepto del todo, porque peor de lo que están ya no pueden estar, y no les queda de otra más que exigir por la vía judicial que el Infonavit les arregle la bronca. Ellos pueden alegar que fue el instituto quien les dio posesión de las viviendas sin las escrituras correspondientes. Además así fue, todo provocado por aquella costumbre de usar a los trabajadores para fines políticos, puros engaños.

–Pero fueron los mismos trabajadores quienes, por su cuenta, invadieron.

–Es cierto, pero también consta que mientras ellos pedían que las obras se agilizaran, la constructora ya se había desentendido del asunto y el Infonavit no procedía en consecuencia, en cambio sí amenazaba con iniciar los descuentos en los salarios de los trabajadores. Pero vamos a suponer que los trabajadores no tuvieran la razón y que perdieran el caso, de todos modos, en una de las partes del proceso, la autoridad los va a llamar para ver que lleguen a una conciliatoria y, ahí mero es donde posiblemente puedan llegar a un arreglo, que bien puede ser el que les sugerí y que es lo mejor, a mi juicio, o cualquier otra solución, pero así como están las cosas, que ni para atrás ni para adelante. Porque, dime, ¿qué prefieres?, ¿eso o nada?, ¿cómo lograr que el Infonavit se acerque para prestar atención siquiera de palabra?, ¿o qué?, yo creo que ya se han gastado más en viajes a Saltillo y en invitaciones a comidas a cuanto delegado ha llegado y que creen que les va a arreglar su pedo, que lo que les va a costar el juicio. Pero… allá ellos.

–O sea que en dondequiera se cuecen habas. Que no sólo aquí en Monclova los afectados son 'comodinos'.

–Exacto. Oye, y a propósito de comodinos y de jaladas, supiste el desmadre que armó un autobús de pasajeros que embistió a un 'vocho' subiéndolo a la banqueta, ahí en el centro; –No es la primera vez. Vaya que ya hace falta que la terminal de camiones se salga del centro.

–Eso es algo de lo que observo. No es explicable por qué aún no se les exige a los dueños de esa línea que se salgan del centro, ya son un estorbo, ya han crecido mucho y la ciudad no está para eso.

–Tú ya sabes quiénes son los dueños, ¿para qué te haces?, va a estar cabrón que alguien se los diga y menos que lo exija. Pero en Piedras Negras, en Rosita, en Sabinas y en todo el norte es lo mismo, las estaciones están en pleno centro de las ciudades. Ya Saltillo los sacó del centro hace mucho y también Torreón, pero por acá está en chino. Es como tú dices, los cacicazgos. No hay de otra –comentó Alfredo.

–Es que los desmadres que se hacen por algún choque no son todo, sino que los pavimentos no son aptos para ese tipo de vehículos, ni las calles tan estrechas y tan chuecas se prestan para ese flujo. Por eso, que la ciudadanía pague sus impuestos para tener los pavimentos en buen estado, para servir a esos galanes, que son los reyes del pueblo. Y si no te gusta… vete.

–¿Y cómo van esos juicios?, se resuelven o no se resuelven.

–No creí que fueran tan lentos estos asuntos en los juzgados. Supuse que era algo más rápido y que sólo dependía de estar al tanto para apresurar las cosas.

–¡No, qué va!, y eso no es nada. Si te tienes que ir por un amparo, ahí te quiero ver. Hasta un año para que te contesten y no quiere decir que te lo concedan, no, sólo para que te contesten.

–Este sistema de justicia, que lo crea el diablo porque yo, ni madre. Ya veo por qué muchos mejor prefieren irse por la libre, mejor los malos arreglos que los buenos pleitos. Ésa es la escuela que tiene el pueblo, ésa es la cultura que nos infunden nuestras autoridades. Tenemos muchos juicios pero en el horno y ¿cuándo terminarán?, !qué desmadre!

–Por eso hay que tener muchos, para sembrar a futuro y mientras tanto pues a cascarear. De otro modo no sale para los gastos. Como abogado tiene uno que andar en los separos de la comandancia de policía, sacando borrachos y delincuentes menores para que vaya cayendo la lana, de a poquito, pero cada sabadito. No falla.

Sonó el teléfono y Alfredo contestó, era una llamada para *Tito* de parte de un trabajador que tenía problemas para localizar la escritura de su vivienda. Éste invitó al solicitante del servicio a que acudiera al despacho y se hizo una cita.

Cliente "E": –He preguntado al Infonavit sobre mi escritura y no me saben decir qué fue lo que sucedió con ella.

–Necesito que me diga exactamente qué es lo que le han dicho. O sea, palabra por palabra, porque de lo contrario no sabré qué aconsejarle.

–Bueno, pues lo último que me dijeron fue por teléfono y, como usted comprenderá, no es muy fácil entender las cosas así, si personalmente es algo incomprensible para uno, pues por teléfono, ya lo quiero ver. Me dijeron algo así como que yo tenía que ir a unas notarías para que preguntara sobre mi escritura.

–¿Y en dónde están esas notarías?, ¿se lo dijeron?; –Pues supongo que en Piedras Negras.

–¿En Piedras…?, ¿pues en dónde está su casa?; –Ah, pues no se lo dije desde un principio. Soy de Piedras Negras y allá está mi casa.

–Bueno, pues es lógico pensar en que allá se encuentre la notaría que habría de buscarse, aunque, curiosamente, algunas fueron utilizadas por el Infonavit para escriturar casas que no estaban en el mismo lugar de la notaría.

–Ya caigo. Con razón me pasan a mí esa chamba. No le quieren entrar, yo creo. Lo malo está en que por mi trabajo no tengo chanza de andar buscando y ¿qué tal si la notaría es de esas que usted dice?, ¿y que no esté en Piedras? Por eso, con más razón, lo contrato para que me las busque. Me urge porque me la quieren comprar y con lo que me den, pago el saldo y lo que me quede me servirá para comprar una que me venden en otro lugar mejor, y no quiero que me la ganen, por eso me urge la escritura.

El trato se amarró y *Tito* de inmediato se dio a la tarea de buscar aquellos documentos. Lo primero que hizo fue acudir al Registro Público de la Propiedad en Piedras Negras, para ver si se encontraba registrada la hipoteca. El resultado fue negativo. Se trataba de una vivienda cuya escritura tal vez ni siquiera se había elaborado. Acudió a Saltillo y haciéndoles ver que aquella vivienda posiblemente ni estuviera escriturada, los empleados le dijeron que, por lo menos, se investigara qué constructora había construido; *Tito* de inmediato se comunicó por teléfono con su cliente hasta la ciudad de Piedras Negras, quien, por fortuna, sí conocía el dato. *Tito* informó lo que le dijo su cliente y a través de esa información le dijeron que, efectivamente, aunque la escritura existía no se había procedido a su registro

en vista de que el notario, al que se le había encargado el asunto, les había quedado mal. *Tito* tampoco se había equivocado al sospechar que tal vez se trataría de un caso en el que una notaría, que no estuviera radicada precisamente en donde se encontraba la vivienda, hubiera sido contratada para llevar a cabo los registros hipotecarios.

El domicilio de la notaría estaba en Saltillo y no en Piedras Negras. Así las cosas, se dirigió a ese domicilio, aunque bien sabía que en caso de que la escritura realmente estuviera en ese lugar a él no se la proporcionarían, incluso sospechaba que tal vez ni siquiera estuviera aún firmada por el acreditado. Esos casos son muy extraños, sobre todo lo que llama mucho la atención es el porqué no están inscritas en el Registro Público.

El notario no se encontraba y la secretaria informó que esos documentos los tenía el licenciado en su poder. Una vez confirmado que el título estaba en esa notaría, *Tito* se comunicó con su cliente y le dijo que tenía que presentarse personalmente para continuar con el trámite, y un día después ahí estaba con *Tito* para presentarse ante el fedatario.

El hecho era que el acreditado nunca fue citado por el notario para la firma de la escritura y ése fue el motivo por el que no sabía qué notario le había sido asignado para ese trámite. Cuando ya estuvieron tratando el asunto con el fedatario, éste les informó que por dificultades que habían surgido con uno de los delegados, precisamente con aquel que había sido enviado para hacer aquellos trabajos sucios, fue que los trámites se habían quedado pendientes, de modo que aunque el acreditado firmara la escritura, el trámite no lo iba a continuar porque no había quién le fuera a pagar el resto de lo pactado con aquel delegado.

Tito y su cliente de nuevo se dirigieron al Infonavit, para informar lo investigado y ver la forma en la que, finalmente, se tenían que arreglar las cosas, toda vez que el acreditado no tenía por qué ser afectado por aquellas dificultades. Entre las cosas que se supieron había una que reflejaba un gran desorden en esos asuntos relativos a notarios. Había un gran nepotismo practicado por los delegados, porque el trabajo era encomendado discrecionalmente por ellos y no obedeciendo a la lógica o a distribución de cargas de trabajo o a un estricto reparto del juego hacia quienes podían llevar a cabo el mismo encargo, ya que hasta los honorarios estaban estandarizados, o sea que ni siquiera dependían de una libre competencia. La única explicación posible era el favoritismo que se ejercía hacia los cuates o de quien estuviera dispuesto a 'salpicar'. No había razón lógica para haber

asignado a un notario de Saltillo un asunto de Piedras Negras, en principio, pero como ese trabajo había sido encomendado por un delegado anterior al malandrín que había llegado a hacer aquel trabajo sucio, este último, al no poder llegar a un arreglo con el notario ya no quiso pagarle el resto que en aquel entonces se había acordado, y el notario, con todo género de desvergüenza, no dio ni siquiera cumplimiento por lo menos en la parte proporcional que sí había cobrado. Sólo se hizo el digno, pero no dejó su desvergüenza. Por aquel enredo de tratos extraños, tanto el cliente de *Tito* como muchos otros trabajadores estaban sufriendo por el mismo motivo. Cientos de escrituras sin tramitar y, para colmo, en las propias oficinas de la delegación ni siquiera sabían en manos de qué notario estaban rezagadas.

El notario los recibió y en el interior de la oficina pudieron ver la inmensa cantidad de escrituras pendientes de ser tramitadas tal y como sucedía con el caso presente; sin haberse registrado ni firmado por sus titulares ni nada, pero eso sí, parcialmente cobradas al Infonavit. ¿Y la Auditoría Interna o la Externa, para qué servían?, *Tito* hizo algunas preguntas al notario en torno a aquellas escrituras y el fedatario contestaba con toda franqueza, incluso hasta un tanto cuanto disgustado con ese organismo, porque también comentó que por esos días un colega suyo, sin dar más datos, había trasladado su notaría de la ciudad de Torreón a Saltillo, por causas de incumplimientos serios para con el instituto, pero que por influencias ahora la gran mayoría de asuntos de Saltillo se los estaban pasando a ese nuevo notario, a pesar de haber dejado pendiente un asunto por un buen monto de pesos allá en Torreón. Total, que para que esas escrituras salieran de aquella notaría debidamente regularizadas, tuvieron que transcurrir casi tres años. El Infonavit le echaba la pelotita al notario, y éste a aquél.

Con el tiempo Tito se pudo enterar de la retención de títulos de propiedad por similares motivos, tanto de Torreón como de Saltillo y de Piedras Negras, o sea, unas veces por incumplimientos de parte del instituto y otras por parte de los notarios. Pero fueran como fueran las cosas, nada sucedía en consecuencia, porque incluso, aunque se llegaba a saber a través de la prensa, que se establecían 'vetos' a algunos notarios por conductas indeseables, al paso del tiempo todo quedaba en el olvido y éstos volvían a tener trabajo y eran contratados por el Infonavit, ¿de nuevo los cacicazgos?, tal vez.

Estando en Saltillo *Tito* fue invitado por su cliente a tomarse una cerveza; se metieron a un lugar de ésos de franquicia, que también tienen bar. Se acomodaron en la barra y pidieron unas cervezas; después de una hora, más o menos, entraron

en aquel lugar dos individuos, uno de ellos conocido de *Tito*. Éstos se acomodaron también en la barra; pasado un rato el conocido de *Tito* se acercó para saludarlo de mano. Era un individuo dueño de una taquería muy famosa de Saltillo quien, por lo mismo, era bastante conocido en la ciudad. Lo apodaban *el Camarón* por lo rojizo de su piel; éste, llamando a su acompañante lo presentó a *Tito*, quien hizo lo propio con su cliente, y el intercambio de asuntos no se dejó esperar:

El Camarón dirigiéndose a *Tito* Le dice: –¿Y, dónde te metes?, hace mucho que no te veía, ¿dónde andas?

–Pues estoy instalado en Monclova. Ya no trabajo en el Infonavit y ahora atiendo un despacho particular entre Saltillo y Monclova.

–¿Y por qué en Monclova?, si las oficinas están aquí, ¿por qué hasta allá?

Tito hizo una breve referencia acerca del motivo que lo llevó a instalarse en Monclova y las circunstancias que habían mediado para que las cosas estuvieran tal y como estaban en ese momento. El acompañante de *el Camarón* ya se había identificado y resultaba que había sido un colaborador cercano de un ex gobernador del estado. A decir verdad, fue un funcionario, alguien que tuvo a su cargo un departamento importante dedicado a fomentar actividades regionales a través del desarrollo de programas en el agro coahuilense, mismo que preguntó a *Tito*:

–¿Y cómo andan las cosas por allá?; –¿En cuanto a progresos?, nada qué destacar.

–A eso me refiero por supuesto, porque cuando yo estuve en el gobierno, tuve la impresión de que en el centro y norte del estado era en donde menos se interesaban en el aprovechamiento de los programas dedicados al desarrollo regional, comparado por supuesto con La Laguna y con la misma región de Saltillo, en donde sí sobraban presentaciones de proyectos y solicitudes de recursos.

–Pues creo en lo que dices, y sin la intención de querer entrar en hacer juicios de valor te diré que también tengo una impresión muy pobre de la región, en lo que toca a la participación de la gente, al menos por lo que a mí me ha tocado observar, no sólo ahora, en mi actividad del despacho, sino desde que estuve colaborando para el Infonavit.

–Es la zona menos desarrollada del estado –dijo el ex funcionario–. Incluso es la región más despoblada. Todo lo que es el centro y norte está prácticamente abandonado. Hace mucho tiempo que no voy por allá, pero esa fue y es mi impresión.

Todavía, con incredulidad, me acuerdo de un hecho que aún no acabo de digerir. Resulta que fui nombrado como comisionado por parte del entonces gobernador para llevar a cabo un programa de construcción de pies de casa en zonas deprimidas, por así decirlo, y entre las actividades a desarrollar había una, digamos la medular en el programa, que consistía en lograr la formación de equipos de trabajo en esas zonas, para que entre ellos mismos construyeran lo que el gobierno les estaba ofreciendo. Entre las aportaciones del gobierno estaba la de proporcionarles los materiales de contrucción y la dirección técnica, a cambio solamente de su mano de obra. Y cuando se les hizo el planteamiento lo único que preguntaban era: 'Y cuánto nos van a pagar'. No entendían o no aceptaban que el trato sería su aportación de fuerza de trabajo y que el gobirno aportaría materiales y dirección técnica, su pregunta reiterada era la misma: 'pero, ¿y cuánto nos van a pagar?'; cuando rendí mi informe, ya te podrás imaginar la reacción del gobernador. Simplemente quedaron fuera del programa.

–Pues no te equivocas. Todo sigue igual. Tal vez hasta peor con eso de que atacan el desempleo cruzando la frontera para trabajar en los Estados Unidos, que ya es cosa nacional. Pero también te diré que yo conozco esa región desde hace muchos años y no me acuerdo de algo diferente. Todo es lo mismo: pueblos solos, poca gente, mucha quietud, poca actividad, poca participación. Y con eso de la falta de trabajo y ausencia de inversiones, ahora el corredero de gente para el otro lado es lo usual. Es lo de hoy.

–Sí, bien recuerdo que en algunos lugares hasta había presidentes municipales que trabajaban en los Estados Unidos, porque nada tenían qué hacer en sus municipios. Yo creo que hasta barato le saldría al estado eliminar municipios y con eso eliminar nóminas inútiles. La verdad es que hay cosas inexplicables.

–Hay pueblos verdaderamente en ruinas. Pueblos ya fantasmas. Una que otra casita y uno que otro habitante. Son viejecitos cuidando niñitos, porque sus padres están en Monclova o trabajando o en los Estados Unidos.

–Eso, en el mejor de los casos, porque si no hasta abandonados, ¡anda tú a saber!

–Pero eso sí, ¿cantinas?, las que quieras, ¡no falla!, listas sobre todo para cuando se dejan venir los paisanos de allá del otro lado.

–¿Tienes alguna idea de lo que va a pasar?, ¿cuál será el destino de estos lugares?

–¡Ni madre!, como te digo, yo nunca vi algo que haya sido diferente. Es más, cuando se han instalado maquiladoras cerca de esos lugares o en ellos, lo único que han dejado son malas costumbres, ¿alguno de ustedes vio la película *La leyenda de la ciudad sin nombre*? –preguntó *Tito*–, pero ninguno la había visto. –¡Qué lástima!, a cuantos he preguntado por esa película, nadie sabe de ella. Creo que solamente una persona por ahí me ha contestado que la vio, por lo general, nadie.

En esos términos se llevó aquella charla; transcurrido el tiempo salieron del lugar y cada uno siguió su camino.

"¡Caray, *mi buen*… ¡en cuánto pedo andamos metidos!, se decía a sí mismo *Tito*". <Así es mi *Tito*, y todo ¿para qué?, si lo vemos detenidamente, ya han transcurrido más de 40 años desde que anduvimos por aquí, por primera vez, y casi todo sigue igual, tal y como lo percibimos entonces>. "Oye, *mi buen*, pero además, ahora ya percibimos otras cosas, que antes ni de chiste nos dábamos cuenta de ellas a pesar de que siempre han estado ahí, y eso ya es ganancia, ¿no lo crees?" <¿Ganancia, mi *Tito*?, ¿será así?, ¿cuál?> "Mira, *mi buen*, después de todo disfrutamos mucho de todo aquello que nos hace sentir vivos, de lo que nos hace tener emociones, como dice Roberto Carlos… *Lo importante es que emociones viví*. De todos modos la vida se tiene que vivir de un modo u otro, ¿qué más da? La vida es como una paleta de hielo, si no te la chupas se va a derretir de todos modos, no hay de otra, a menos que la metas en un congelador, para que otro la disfrute. La vida es una, la nuestra y nada más, y hay que vivirla porque además, es corta. No es un almacén en donde guardes algo para el mañana. Se va porque se va, y mira de no habernos metido en todas estas broncas, las de ahora y las de todo el tiempo, ¿cómo anduviéramos ahora?, o ¿en dónde estuviéramos ahora?, ¿tienes alguna idea?, tal vez ya fuéramos unos alcohólicos empedernidos buscando redención en un doble 'A', o ya estuviéramos por ahí más envejecidos de lo que estamos, enmohecidos y vegetando, y para colmo *mi buen*, llenos de achaques". <Pero, ¿sabes una cosa mi *Tito*?, ¡qué a toda madre sería que tuvieras un hijo!, ¿o no? No te vaya a pasar lo que al *Abuelo ye ye*, de la canción del *Piporro* que cuando ya alcanzó a la muchacha ya no sabía para qué la quería>. "¡No mames, *mi buen*!, ¿qué pasó?, ni que fuera panista, que cuando alcanzaron el poder, no supieron para qué era". <¿Sabes, mi *Tito*?, como de todos modos algo se tiene que estar haciendo en la vida, te diré lo que podríamos estar haciendo ahora, para matar el tiempo, antes de que nos mate a

nosotros: escribir una novela>. "¡Eso, *mi buen*!, ¡qué buena idea!, tal vez hasta nos haga recrearnos un poco, por aquello de que recordar es vivir, ¡manos a la obra!"

Repentinamente *Tito* se quedó pensativo y saliéndose de ese estado de ensimismamiento, pero a la vez sin dejar de pensar en él mismo, se puso a meditar precisamente en esa 'su' costumbre de hablar consigo mismo con tanta frecuencia, como reflexionando en el porqué de esa práctica tan acentuada en él, y su conclusión fue algo muy simple. *Tito* pertenecía a una familia numerosa, por lo que a hermanos se refería, pero no así en lo tocante a tíos o primos, y los que tuvo no vivieron en su misma ciudad y, por otro lado, tampoco tuvo en suerte conocer a abuelos. Por esa razón su niñez fue muy solitaria y de sus antepasados poco o nada le fue transmitido. Entonces la consecuencia fue la de haberse creado a un interlocutor virtual, por así decirlo, a través del cual se daba todo ese mundo de diálogos y reflexiones. Por eso mismo, volviendo a su ensimismamiento, se decía: "Oye, *mi buen*, también por si acaso, si así se nos diera, el que llegáramos a tener un hijo, ¡qué gacho va a ser!, que pase también por esta pinche situación, porque bien sabemos que ya no nos cocemos al primer hervor, y a la edad que ya tenemos lo vamos a dejar también sin conocer nuestra historia". <¡Vamos a escribir una historia!, algo que por lo menos podamos heredar>.

"¿Una novela *mi buen*?" <¿Y por qué no?, se respondía a sí mismo>. Y, vuelta a lo mismo, *Tito* lanzando preguntas: "¿a quién se la vamos a contar?, ¿a la gente?, ¿a quién le importa eso?, ¿qué escribiríamos, tendríamos alguna cosa importante?", y la respuesta venía de inmediato dentro de él mismo: <El objetivo es contarle ése, nuestro pasado, a un hijo, ése es el caso mi *Tito*>. "Lo cual implica, tener un hijo, *mi buen*".

Los días transcurrían mientras tanto, pero ahora el ingrediente del día en la conciencia de nuestro personaje era el asunto aquel en torno a un hijo y no era para menos, toda vez que la naturaleza, tarde o temprano, cobra su cuota y en *Tito* no se presentaba una excepción. En ese hombre había quedado sembrada una inquietud muy especial, una que en su larga vida de soltería no se había presentado, y menos aún con esa insistencia, lo que desde luego llamaba su atención de modo muy especial. Veamos: *Tito* había regresado a su lugar de origen hacía cosa de 13 años más o menos, tiempo durante el cual, para darse las satisfacciones a las que se había habituado se trasladaba frecuentemente a la ciudad de México, como ya lo hemos sabido, pero entre más pasaba el tiempo ya esos traslados no le representaban el mismo placer, empezando porque ya el

medio de transporte no era aquel tren de pasajeros con camas, bar, restaurante y toda aquella parafernalia que daba a los viajes todo un entorno de placer, que era lo que aderezaba a ese satisfactor buscado cada fin de semana para disfrutar de lo que él llamaba 'una fantasía'.

Por otra parte, el haberse decidido a radicar en Monclova donde para esas fechas ya llevaba un año y otro se iniciaba, lo alejaron cada vez más y más de aquellas prácticas y, para colmo, tampoco lograba integrarse del todo a la ciudad, porque sus costumbres, gustos y mentalidad no encontraban su lugar y esto es perfectamente entendible. A todo eso había que agregarle un hecho por demás lógico, pero a la vez inaceptable, algo que irremediablemente vive en el interior de casi todos los humanos, para no incluir a todos ya que siempre habrá excepciones, y eso era la ingratitud, ya que durante el tiempo en el que *Tit*o tuvo a su cargo aquellas actividades que afectaban a empresas con problemas fiscales, y luego a acreditados morosos en el Infonavit, le sobraron 'amigos', pero poco a poco lo fueron olvidando; cuando ya no trabajaba para aquel instituto ya nadie se acordaba de él, ni tan siquiera un par de ellos que fueron ayudados para ingresar a trabajar en la institución. Cosas de la vida. Condición humana.

La forma de ser de *Tito*, su carácter, su formación, todo eso aunado a la edad que ya tenía, deberían ser elementos propios para poseer una madurez tal que lo ayudara a adaptarse mejor al medio y a las circunstancias, pero resultaba todo lo contrario, y eso propiciaba que cada vez se viera y se sintiera más marginado. Esos elementos de que carecía eran reforzados, sin duda alguna, por su misma soltería, ya que de lo contrario, es decir estando casado, con toda seguridad le hubiera llegado el elemento clave para ir por un sendero más aceptable, se trataba pues de esa falta de capacidad negociadora, la de dar para recibir, que no es lo mismo que querer implantar su criterio y condiciones para todo, porque, finalmente, siendo libre, ¿ante quién se quiere quedar bien? No obstante se olvidaba que darle la espalda al sol sólo provocaría proyectar su propia sombra. En la vida no se puede tener todo, y si bien gracias a ese férreo carácter le fue posible abrirse paso en la vida, ahora era tiempo de entrar en una etapa de negociaciones, de abandonar esa forma irreductible que ya le estaba representando todo un obstáculo para poder transitar por un nuevo sendero, por lo menos más prometedor que ése por el cual estaba transitando y que ya, a todas luces, estaba agotado. ¿Qué tan tarde era ya?, y la respuesta vino más temprano que tarde, misma que conoceremos al irnos enterando de ese nuevo propósito perseguido por este personaje.

MONCLOVA, 1998

Corrían los primeros días de 1998, y tal vez con motivo de los días navideños que recientemente habían pasado, que dejan en la gente adulta esa sensación de pesadez provocada por tener plena conciencia de: 'un año más, un año menos', encontramos a *Tito* en su habitual costumbre de ensimismarse, haciendo sus propósitos para el nuevo año. <Y ¿qué onda, mi *Tito*?, y ¿ahora, qué pedo?, ¿qué sigue?>. "*Mi buen*, no se me ocurre nada. Eso sí, lo que es muy cierto, es que estamos con el ánimo por case… la madre y peor aún, con las crudas de tanto jolgorio sin chiste, sin satisfacción alguna. ¡Vale madre!, la crisis existencial *mi buen*?" <No la chifles mi *Tito*, no te hagas güey, si bien que has estado con Laura en la mente y no sé qué te falta para ver qué onda>.

Esas reflexiones llevaron a *Tito* a experimentar repentinamente una sensación muy agradable al recordar, a través de su interlocutor virtual, a Laura, que era el nombre de la muchacha de quien había estado platicando hacía mucho tiempo con Alfredo, su compañero de despacho. Laura, a quien de vez en cuando saludaba solamente por teléfono, incluso habiéndosela encontrado por ahí en uno que otro lugar de diversión, nunca tuvo la ocurrencia de hacerle una invitación. De todo esto *Tito* solamente recordaba que en dos ocasiones diferentes, en una discoteca del lugar, él la invitó a bailar y ella no lo aceptó. A pesar de eso su negativa no le afectaba en lo más mínimo, pese a que él era verdaderamente rencoroso contra quien le hacía un desaire de ésos y que aun así, aunque fuera muy aisladamente, la saludaba por teléfono, sin sentir ni mostrar resabio alguno contra ella.

Al momento se le vino otro recuerdo, que en una de esas pláticas por teléfono ella le confesó que no le gustaba aceptar bailar piezas que obligaban a bailar pegaditos, que sólo aceptaba cuando se trataba de música que implicaba brincos y cosas así, pero menos esos acercamientos; que eso era siempre, se tratara de quien se tratara. *Tito* no tuvo más que reconocer que esos acercamientos eran los que precisamente él buscaba al invitar a alguna mujer a bailar, ya que lo que menos le agradaba era esa música moderna que implicaba todo lo contrario y que eso, lo dicho por Laura, lo hizo sentirse muy reconfortado y para nada ofendido. Al contrario, al parecer ése fue el detalle, el que se vino convirtiendo al paso del tiempo en eso que se da en llamar 'el flechazo'.

"¿Sabes una cosa, *mi buen*?, ahora caigo en cuenta de que ese detalle, ése, en una mujer de esa edad no me parece una cursilería ni mucho menos una hipocresía,

más bien me sabe a virtud. Me vale madre y no me interesa saber qué tanto fue o no verdad lo que me dijo, lo quiero conservar tal y como lo escuché y lo que experimenté entonces. Es lo que vale y punto". <¡Pos sobres, mi *Tito*!>.

Extrañas vueltas da la vida. En un corto rato *Tito* pasó de la depresión a la exaltación y todo con sólo traer al presente un detalle del pasado, al que por cierto nunca había prestado atención.

Durante varios días, entre una actividad y otra, esperaba tener un espacio para buscar a Laura o por lo menos hablarle por teléfono, total había todavía un buen pretexto, el del año nuevo, aunque a decir verdad no lo requería. Su decisión finalmente fue la de acudir a su casa un día por la noche, pero no la encontró. Pasaron unos días más y repitió el intento, pero al momento en el que estaba por llegar a casa de aquélla *Tito* vio que ella se subía a un auto en el cual iban otras personas. *Tito* siguió al auto y el caso era que iban a un lugar de diversión en donde se estacionaron, y cuando descendieron vio que eran varias personas, como formando parejas. "¡En la madre *mi buen*…!, creo que ya chupamos faros". Fue su primera reacción y se alejó del lugar rumiando el hecho.

<Ora sí que estamos jodidos, mi *Tito*>, "¿Jodidos?, ¡ni madre! se respondía a sí mismo sacando arrestos de donde podía". <¡Ay, güey!, ¿qué onda?, andas herido mi *Tito*>. "No lo sé, *mi buen*, pero lo que sí te puedo asegurar es que me siento ¡a todísima madre!" <¡Ah, chingados!, ¿y eso?> "*Mi buen*, hace mucho tiempo que no sentía esta descarga de adrenalina. Lo importante son estas emociones que hoy siento, como si fuera un adolescente. Todavía siento que soy capaz de enamorarme, y eso es lo importante, ¿de quién?, es lo de menos, es cosa de buscar, porque me doy cuenta de que eso es lo que necesitamos y que ahora las cosas son diferentes, porque antes yo no buscaba, yo encontraba y punto, me bastaba con ponerme en donde había, pero ahora todo se me volvió en contra. Perdí el interés, pero ahora, ahora que me puse a buscar a esta chava, he experimentado algo nuevo y muy interesante. ¿Sabes *mi buen*?, voy a agotar todas las posibilidades hasta llegar a un resultado. Quiero quitarme la curiosidad, sacarme la espina, ¿hasta dónde puede llegar esto?, ¿valdrá la pena? Algo me dice que sí". <Pero, y… ¿si ya anda enredada con alguien?> "Eso sí, *mi buen*, eso cambiaría todo, pero ni modo, intentaría por otro lado. Aunque, de repente, es ella la que me despierta este interés, independientemente de que ya se me haya metido el gusanito de cambiar de tónica. Confieso que he sentido celos, o tal vez mi orgullo herido o con la sensación de ser un tonto y no

haberme dado cuenta a tiempo". <Pos, chin marín, mi *Tito*. Total, ¿qué se pierde? Mañana es sabadito lindo, háblale con el pretexto del inicio del año, hazte pendejo y no le digas lo que pasó hoy, finge demencia y suéltale una invitación, si acepta es que no tiene compromiso y ya, ¿o no lo crees?>

Efectivamente, al día siguiente Tito procedió en consecuencia, la visitó por la tarde y la invitó para esa noche a salir a algún lugar. Ella respondió que ya tenía un compromiso al que no podía faltar y, lógicamente, *Tito* pensó lo peor, sin embargo ella, después de haberse hecho un silencio, reconsideró las cosas diciendo que tal vez fuera posible verse, una vez que cumpliera con su familia, porque se trataba de la boda de un pariente y que haría lo posible por dejar el evento para encontrarse con él en algún lugar. Para *Tito* todo fue música para sus oídos y desde luego trataba de interpretar todo movimiento, todo gesto, toda expresión en ella, por aquello de que una imagen dice más que mil palabras, tratando de sacar respuestas a su curiosidad y convencerse de que ella representaba en verdad alguien interesante o prometedor, para no hacerle perder el tiempo ni caer en lo de siempre en aras de un simple capricho motivado por un orgullo herido y nada más. Quería convencerse de que no se trataba de un encuentro más en su vida, sino de una búsqueda. La diferencia era tan pequeña.

Así las cosas, el día transcurrió y mientras tanto *Tito* pensaba en todo aquello, y como siempre se decía a sí mismo <Mi *Tito*, creo que por primera vez en tu vida has sido honesto>. "¿Sí, verdad? La vi y la sentí tan confiada, como si ya hubiéramos tenido varios encuentros y a la vez como diciéndome, sin que yo lo preguntara, que no tenía ningún compromiso con alguien. Luego, esa espontaneidad para decidirse a abandonar su fiesta familiar para aceptar mi invitación me hizo sentir importante y a la vez impulsó un gran respeto a su buena voluntad, o algo por el estilo, no lo puedo precisar y me resisto a echar a perder el asunto, interpretándolo como una ligereza de su parte, creo que ya basta de esas interpretaciones, ¿no lo crees *mi buen*?" <Lo sentimos muy agradable y creo que eso es bueno>.

El sitio en el que quedaron de verse ella lo propuso, era un lugar en donde se interpretaba música 'TexMex', acordeones, saxofones, tarolazos destemplados y alaridos, eso no lo sabía *Tito*. Para las pulgas de éste ni la música ni los parroquianos eran de su agrado, lo cual ya se ha contado en esta historia. Él llegó al lugar una hora antes y tomó algunos tragos observando todo aquello, que si bien no era novedad sí le llamaba la atención el porqué ella había elegido ese lugar. Durante la hora que tuvo que esperar cantidad de cosas y consideraciones

pasaron por su cabeza. Entre él y su interlocutor acabaron con el cuadro y, a pesar de todo, la conclusión fue un voto de confianza para la muchacha, basado en que, finalmente, ella pertenecía a esa región, a esa cultura, a esas condiciones que eran las que esa ciudad brindaba y no era justo que las cosas las exigiera de otro modo, al suyo. Se iniciaba así la etapa de las negociaciones, de la tolerancia, empezando por él mismo, dentro sí mismo.

No hubo enojos ni prejuicios, al contrario, el saberse y sentirse condescendiente, comprensivo, dispuesto a tomar un camino diferente, lo hacían sentirse mejor mientras el tiempo transcurría, y solamente lo empezaba a inquietar que ya pasaban más de 20 minutos de la hora indicada y Laura no aparecía.

Acababa de pedir otro trago cuando repentinamente se hizo presente frente a la mesa que él ocupaba. Ella saludó, no explicó el motivo de su retraso ni se excusó y, espontáneamente, permaneciendo de pie, haciendo una leve caravana, le entregó a Tito una rosa roja. Más de un parroquiano se enteró de eso, a pesar de la penumbra del lugar y desde luego él se quedó hecho un monigote. Como por arte de magia todas las especulaciones, consideraciones y demás 'batidingos' mentales de *Tito* se fueron al caño. El tiempo transcurrió, no se fueron a otro lugar y platicaron como dos buenos amigos.

Ése era el entorno en el que ahora encontramos a nuestro personaje, que hasta esos momentos no era lo ideal, y menos para alguien con su manera de ver las cosas, actividades improductivas, resoluciones judiciales frustrantes, retraso y morosidad en todo, sin amigos, sin perspectivas de nada, por lo que era entendible que poco a poco se empezara a sentir acorralado y atrapado en la inutilidad, por decir lo menos, y por lo tanto, su espíritu aventurero ya lo estaba empujando para alzar las alas de nuevo hacia donde, por lo menos, según él y sus expectativas, podría encontrar un medio más acorde con su mentalidad, que además ya era un medio comprobado, o sea hacia la ciudad de México.

Por el lado de sus actividades profesionales éstas continuaban como siempre entre asuntos ganados y otros entrampados en las oficinas del Infonavit o en los juzgados, lo mismo que en indecisiones de los mismos afectados, porque a la hora buena ellos mismos se asustaban y no contribuían con *Tito* para agilizar sus casos, o para decidirse al sometimiento de sus problemas a un proceso judicial, en fin toda una frustración. En suma un marasmo de vida.

En su desesperación busca al licenciado Alfredo su compañero de despacho, para consultarle sobre si existía algún recurso legal que ayudara a que los asuntos se descongelaran de donde se encontraban. Alfredo se encontraba en esos momentos revisando unos expedientes con uno de sus auxiliares, al que por cierto *Tito* no conocía, porque recientemente había ingresado al despacho. Era un joven de aproximadamente 22 años de edad quien estudiaba aún la carrera de abogado, y después de que *Tito* hubo de esperar a que Alfredo se desocupara hizo a éste toda una exposición de los problemas, lo mismo que de todas sus frustraciones y de paso, un breve comentario en relación con su última novedad, o sea lo relativo a Laura. Alfredo simple y llanamente le dice: –Creo que te estás ahogando en un vaso de agua, tú como abogado no la haces, necesitas de mucha paciencia y sobre todo de mucho sebo para que todo se te resbale, y más ahora, porque si has encontrado algo interesante por ahí, pues dedícate a eso y deja que lo demás se cocine cuando tenga que cocinarse. Para qué buscar recursos que de todos modos son complicados y dudo mucho que resulten de acuerdo con lo que tú quieres. Discúlpame, pero debes darle menos importancia a eso que, finalmente, como me dijiste, sólo es por puro orgullo personal, total ni vives de eso. ¿Para qué dejas la vida por nada?

Después de un breve espacio, *Tito* no tuvo más que reconocer la gran razón de Alfredo y por lo mismo, a la vez que asintiendo, interponía algunas consideraciones: –Pos dirás bien, y te diré que he llegado a considerar la posibilidad de largarme de aquí. –¿A dónde?, ¿a Saltillo?, preguntó Alfredo, a lo que *Tito* responde:

–No, al DF.

No obstante, no dejaba también de razonar que eso significaría, en buena medida, el tener que volver a empezar, porque fuera como fuera, aun en aquella ciudad, las cosa ya no serían las mismas y de todos modos significaba empezar de nuevo, y el tiempo, que no perdona, ya lo tenía encima, no había duda. Y ahora, esta reflexión, con plena conciencia, sí que le hizo mella.

Alfredo continuaba con aquella, casi reprendida a *Tito*, preguntándole: –Yo ya no te entiendo. Hace tiempo que me dijiste que ya tenías por quién echarle ganas a la vida, luego me dices que te fue a toda madre y que te sientes de poquísima, etc. y no quitas el dedo del renglón de irte de nuevo. Yo ya no te entiendo. Podrás tener muchas formas de darle vuelo a la hilacha, bien podríamos decir que cuentas con muchas movidas a la vez, pero al mismo tiempo con ninguna.

Cualquiera puede o no estar por ahí dispuesta, pero mientras tanto ellas también andan por su lado, en lo suyo, en lo mismo… buscándose lo suyo, ¿o no lo crees así ?

–¡Claro, mi Alfredo!, así es la cosa, sólo nos hacemos favores mutuos, así es la cosa. Pero dices bien, porque viéndolo bien, si le echamos cuentas, bien estaríamos sobrepasando las diez, acumuladas sólo en el transcurso de los dos últimos años y finalmente es lo mismo que ninguna.

–*Tito*, continúa Alfredo, la bronca son los años, no le hagamos al güey, que viéndolo bien, ahora ¿qué es lo que buscas?, concluía poniendo a *Tito* en un absoluto silencio completamente desarmado.

Pese a aquella severidad con la que su amigo le hablaba muy en su interior existía una especie de agradecimiento. Su ánimo se reforzaba cuando, aunque por instantes, pasaba por su mente la imagen de Laura. "*Mi buen*, ya no te defiendas. Tu cuate tiene razón". Se dijo en su interior.

El auxiliar de Alfredo mientras tanto, al estar escuchando aquello, intervino con una pregunta un tanto cuanto maliciosa: –¿Neta?, dirigiéndose a cualquiera de los dos ahí presentes y Alfredo fue quien respondió: –¿De qué?; –Pues eso de tantas movis, pues ¿cómo le hacen?, o aquí, el señor, ¿cómo le hace? y *Tito* responde: –Pues yo creo que todo es cosa de que uno se decida a situarse en una de dos posiciones. Una es, si se deja todo a la suerte tienes que decidirte a sólo encontrar lo que caiga y no buscarlas, pero si le entras a los madrazos y le entras a buscarlas, pues eso de la suerte valdrá madre, porque ya dependerá de ti, de tu verbo, de tu colmillo, de tu habilidad para abordar y convencer. A lo que el muchacho responde, incrédulo desde luego, dada la respuesta en extremo simplona: –¿Así nomás?; –Bueno, así parece, pero hay más de fondo –dijo *Tito*–, mira, yo creo que cuando uno no tiene tanta suerte y le quieres entrar por ahí, por ese camino, por el del encuentro, entonces tienes que ponerte en donde hay muchas viejas, porque de lo contrario… chiras pelas… chavo, chupas faros, porque si de por sí no se tiene suerte y luego estás en donde hay escasez, pues ¿a qué le tiras? La otra es que te vayas por el camino de la búsqueda y te las tienes que ingeniar para abordarlas y para conquistarlas, pero eso sí, tienes que estar bien decidido a aguantar desprecios a lo bestia, para que no te manden al suicidio. Aunque con un poco de aguante, poco a poco, te irás haciendo cínico y todo te va a valer madres. Tú decides por dónde le entras.

El muchacho, ya más convencido porque en el fondo era lógico aquello, continuó con la plática, cada vez más interesado: –¿Y usted, por dónde le entra?; a lo que *Tito* responde: –A veces de una forma y a veces de otra, según haya o no abundancia. Aunque prefiero mejor irme por el camino de encontrarlas. –Qué, ¿muy suertudo?, interpuso el muchacho; –¡No, qué va hombre!, es que como no soy muy aguantador entonces mejor que lleguen, pero procuro ponerme en donde hay y ya sólo es cosa de agarrar. Eso sí, va a haber de todo, en su mayoría nada que valga la pena, pero también ayuda a no casarse tan joven, porque de lo contrario es muy fácil que caigas en el enamoramiento y te enredes luego luego, casándote. También tendrás el inconveniente de que andarás sólo con las que te quieren pero no con quien tú quieres. Todo es cuestión del plan que te traces en tu vida. –O sea que los caprichos cuestan, agrega el muchacho. –¡Eso es!, aprendes pronto, concluye *Tito*.

Alfredo mientras tanto vuelve a la carga: –No te hagas, dime, ¿qué onda?, Dijiste que después hablaríamos de esto. ¿Te acuerdas?, bueno, ¡pues ya!, ¿o no ?; *Tito* responde de inmediato: –Viéndolo bien, creo que me fugo por un caño –y continúa–, pues ya se hizo la cosa, somos novios. –¡Órale! pues ya cámbiale de canal. Deja los asuntos gachos del Infonavit a un lado y que salga lo que salga, mejor disfruta esto. Digo. Y, ¿desde cuándo?; *Tito* respondió diciendo que ya hacía unas dos semanas o más y Alfredo quería dar salida a más preguntas: –¿Y, a todo dar las cosas?; –Sí, aunque no sin tirones desde luego, dice *Tito*. Provenimos de mundos muy diferentes porque hay una gran diferencia de edades aparte de otras cosas. Nos resulta difícil encontrar puntos comunes, como lugares, películas, comidas, música, ya sabrás, lo mismo temas importantes que triviales, de todos; ella muy cercana a lo grupero y al modernismo mexicano y hasta extranjero, y yo con mi onda de boleros o a lo mucho con el rock de los cincuenta o sesenta, que cuando uno habla de algo es más bien una enseñanza para el otro que un compartir algo en común, porque no lo vivimos juntos. A veces me da la impresión de que me escucha más por mera educación que por interés en esas cosas que no le son comunes y a veces sospecho de mí mismo, que se da lo mismo.

–Bueno, pues ya llegarán a algo que les toque vivir ya juntos –dijo Alfredo–. No todo es lo ya pasado. A fuerza va a venir lo presente y es cuando se empatan las cosas, digo, porque cuando yo me casé pues platicábamos de muchas ondas de nuestro tiempo, bien empatados, pero ya después vinieron las broncas de los hijos y las de nosotros ya como matrimonio y, ¿lo de antes?, pues a la chingada se fue todo, porque todo se desempató y ya lo ves, un divorcio.

–No te equivocas, mi Alfredo, pero los puntos de enlace, por lo pronto, pues son nuestros respectivos pasados, puras historias. Fíjate, le regalé un casete con música y canciones de Charles Aznavour, un cantautor francés de los sesenta, que cuando grabó esas canciones era muy avanzada su edad respecto a la chava con la que se acababa de casar, y había por lo menos dos canciones que me interesaba que escuchara, porque dicen cosas muy ciertas, crueles tal vez, pero con arte, con gracia. Una se llama *Avec*, que del francés se traduce al español como 'Con', y otra que se llama *Quién*, eso, como ejemplo, y ¡ni siquiera las escucha!, menos me lo va a comentar. Cosas como ésas que te digo, son con las que se batalla para encontrar puntos de enlace. –Y ¿qué tienen esas canciones de interesante?, dijo Alfredo; *Tito* explica: –Son canciones que las compuso ese cantante para la chava con la que se acababa de casar y que era muy joven. Ojalá y las oigas algún día para que me agarres la onda. Cosas así por el estilo. Fíjate que el otro día la invité a cenar y cuando fui por ella noté que se puso de mal humor. Cuando llegamos al lugar estaba verdaderamente negada a bajar del carro y cuando le pregunté que qué era lo que sucedía, me dijo que mi ropa era muy 'formal', cosa que era una real mentira porque yo sé lo que es lo formal y más por estos lugares, en donde lo formal está reservado solamente para ciertas ocasiones nada más, y aun en ellas lo formal ni se respeta, yo sé lo que eso.

Finalmente caíamos en la cuenta de que ella deseaba que yo vistiera tal y como lo hacen casi todos por aquí, a lo que me vi en la necesidad de aclararle que yo ni era vaquero, ni nunca estuve ni de casualidad cerca de esa actividad, ni tampoco tuve amigos, ni familia, ni mis padres tuvieron nada que ver con eso, ni tuvimos tierras qué cultivar, que mi papá había sido un pobre minero y terminó siendo ferrocarrilero, etc. ¡fíjate nada más a dónde hemos tenido que llegar!, pese a nuestras supuestas edades ya maduras.
–¡Ah, ésas son pendejadas!, ¿no crees *Tito*?; –¡Claro, dijo éste, es a mí a quien le toca torear todas estas jaladas. Pero me gusta el reto, ¿sabes?, ahora soy yo quien busca algo. La tolerancia es lo contrario al prejuicio y nos ayuda a unir lo diferente que somos y así, sus prejuicios y los míos se ven sin importancia porque creo que hacemos un gran acopio de tolerancia mutua. Mi carácter al menos ahora lo siento menos severo. No sé lo que en su interior esté sucediendo. –Pues yo sí te noto menos amargado –remató Alfredo.

Felizmente esta pareja no tuvo mayores dificultades para encontrar un destino común. Ambos reconocieron que se asemejaban a dos naves que, encontrándose en pleno vuelo, buscaban una pista de aterrizaje y que a esa pista ya no le quedaba mucha cancha, porque de haberse decidido a aterrizar un corto tiempo después,

el aterrizaje hubiera sido catastrófico; ya no hubieran podido disponer del suficiente espacio para lograr un buen aterrizaje. *Tito* ya había alcanzado la edad de 54 años, y ella los 37, de tal modo que para efectos de un embarazo, ella ya estaba en un grado de alto riesgo, y él en el mismo grado de inconveniencia que tuvo su padre, porque cuando *Tito* nació su padre era un hombre que le llevaba 40 años por delante, con todo lo que eso implicó en la vida de los dos; y *Tito*, a su vez, al ser padre llevaría a su hijo una diferencia de más de 54 años. El matrimonio se realizó a finales de 1998, en 1999 les nace un primer hijo y un segundo varón, en el 2000. Pese al riesgo, ambos partos tuvieron lugar enmedio de una extraordinaria fortuna.

1999

Tito ya tenía un gran número de asuntos en los juzgados, tanto en las primeras instancias, como en los colegiados, buscando amparos en contra de resoluciones muy sospechosas dictadas por los primeros. Por esos días, un delegado de reciente ingreso preguntaba a su encargado de asuntos jurídicos el porqué de tantos asuntos ventilándose en esos niveles ante los juzgados, porque, en todo caso, ése no era el objetivo del Infonavit, o sea, el tener que estar peleando asuntos en los juzgados y que, por lo tanto, estaba implicando mucho gasto en el pago a despachos de abogados para defenderlos. Bajo tal razonamiento, muy certero por cierto, *Tito* fue buscado por este delegado con la finalidad de conocer las razones de tantos juicios, invitándolo a su despacho para tener una conversación con él. *Tito* accedió.

Durante aquella entrevista *Tito*, a preguntas expresas de aquel delegado, explicaba las causas tan extensas y tan variadas por las cuales se ocasionaban tantos problemas en contra de trabajadores y de acreditados; asimismo, explicaba que innecesariamente esos asuntos tuvieron que ser llevados por la vía judicial; y que ya eran muchos por causa de la tozudez de quienes habían estado al frente de la delegación, por estarse negando a prestar atención directa a aquellos problemas y que, según había trascendido, ese modo de proceder por parte de la delegación era por nepotismo, para favorecer a un despacho de abogados, pasándole asuntos mediante un jugoso contrato de servicios externos, para negocios que bien pudieron haberse arreglado sin necesidad de enfrentamientos judiciales.

Ese delegado comprendió bien el asunto y, después de comprobar lo dicho por *Tito* le propuso que mejor trabajara de nuevo para la delegación, aclarándole que por esos días ya se habían autorizado las áreas de 'Cartera Vencida' y que

precisamente estaba buscando a una persona que conociera a fondo ese tipo de problemas; considerando que todas las propuestas de solución interpuestas por *Tito* eran razonables y además legales, por lo mismo era mejor ponerlas en práctica desde adentro del Infonavit y no a través de jueces.

"¡Vaya!, al fin, después de 29 años de haberse creado el Infonavit, se les ha prendido el foco para crear un área especializada en recuperación de cartera, y también por fin ha llegado una persona inteligente. Se dijo *Tito* para sí ".

Tito no pudo más que sentirse sorprendido y no dudó ni tantito en aceptar aquella propuesta:

–Señor delegado, con toda franqueza y humildad de mi parte, creo que por fin escucho algo razonable. Creo que me podré entender perfectamente con usted, porque a mi parecer el Infonavit se ha ido alejando de su responsabilidad y ha ido dejando muchas puntas sueltas en el camino. Entiendo que mientras se tenía que buscar el consentimiento del área Jurídica, quienes veíamos estos asuntos en la delegación, cualquiera hubiera pensado que nos estábamos enfrentando a un juez y no a un colaborador del Infonavit, porque siempre eran unas alegatas horribles y nunca llegábamos a una búsqueda de salidas adecuadas a los problemas. Ahora, si ya se ha creado un área especializada en estos asuntos, pues creo que con esa 'autonomía', por así decirlo, ya se podrá contar con instrumentos para poder proceder, sobre todo aplicando las reglas respectivas y dejarse de andar provocando juicios.

–Me parece buena tu posición. Si aceptas trabajar en esto, vete preparando un procedimiento para desahogar asuntos, porque ya pronto se va a publicar un aviso por parte de oficinas centrales a nivel nacional, para que los deudores se vayan poniendo al corriente. Según se me ha informado la cartera vencida anda por arriba del 40%.

–Y va a ser necesario, porque por si no lo sabe usted, cada vez que se ha pretendido dizque poner en práctica algún 'remedio', se ha armado ¡cada bronca!, que no la va a creer. Más vale estar prevenidos y, sobre todo, que no nos vayan a imponer desde el centro sus remedios, porque después de las broncas acostumbran dejar colgado de la brocha a todo mundo. Prenden fuego y luego no lo saben apagar.

–Pues por lo que nos dijeron en México la semana pasada, durante la reunión de delegados; cada delegación va a implantar la estrategia que mejor convenga para dar salida a los problemas de cartera vencida, porque ya les parece que es muy grave, ¿tu qué piensas?; –¿De la cartera vencida?, pues que es muy grave. Eso es cierto.

Tito nunca se imaginó que un día se fuera a ver en medio de una excelente oportunidad para implantar un proceso que viniera a dar cauce a la gran cantidad de problemas con créditos irregulares o de cartera vencida. Durante los días que siguieron a aquella invitación para que laborara de nuevo para el Infonavit, *Tito* fue pensando en una estrategia y un plan bien definido para presentárselo al delegado tan luego tuviera autorizado el nombramiento respectivo y, efectivamente, ese nombramiento lo tuvo en sus manos a la brevedad y de inmediato se puso a trabajar conforme a su plan.

Apenas habría transcurrido una semana, *Tito* ya estaba de nueva cuenta instalado en la ciudad de Saltillo. Para los asuntos pendientes en los juzgados, encargó a su amigo Alfredo que los terminara. En las oficinas de la delegación no había espacio para que *Tito* atendiera los asuntos, y se hizo de un escritorio viejo, una silla que estaba por ahí ya arrumbada y un archivero desvencijado, etc., porque de oficinas centrales no enviaron mobiliario, eso vino sucediendo ocho meses después de haber tomado posesión del nuevo puesto.

También en esos primeros días de trabajo y de planeación apareció un desplegado en los diarios de todo el estado, en donde se publicaba la intención del Infonavit de cobrar la cartera vencida y, con su respectivo mensaje intimidatorio, de que, quien no lo atendiera, iba a enfrentar a la justicia, puesto que los casos graves ya iban a ser turnados a abogados, para el respectivo juicio de desalojo. *Tito* alertó al delegado de que, por experiencias ya libradas, había que explicar a los afectados el alcance de aquel desplegado y las posibles formas en las que los mismos podían ir atendiendo su problema, toda vez que en aquel aviso periodístico, como era lógico, sólo se emitía la intención del Infonavit, mas no así las posibles formas de proceder; máxime que cuando *Tito* fue invitado a colaborar de nuevo en el Instituto el delegado le había dicho que las formas de proceder, dentro de la ley por supuesto, se iban a dejar al libre albedrío e inventiva de las delegaciones, entonces resultaba necesario dar a conocer todo el plan. Esto resultaba por demás fascinante y, por tal razón, *Tito* ya había preparado un programa para dar cumplimiento a lo ordenado por oficinas centrales y dentro de ese plan estaba, puntualmente, el propósito de dar a conocer a los deudores los pormenores del

asunto, acudiendo a los medios y si así fuera necesario, efectuar visitas directas a todas las unidades habitacionales edificadas en el estado.

El delegado encontró lógico aquel planteamiento y autorizó a *Tito* para que lo pusiera en práctica. Al día siguiente *Tito* ya estaba en camino hacia Torreón para explicar, a través de los medios, todo lo necesario. A partir de Torreón, el plan era dirigirse directamente hacia Monclova, por lo que en ese itinerario siguieron Cuatrociénegas y San Buenaventura. Entre estas ciudades, estaban Lamadrid, Sacramento y Nadadores, en donde no había créditos del Infonavit. Paisajes bonitos con lugares muy pequeños y extremadamente solitarios; al atravesarlos muy apenas pudo ver a unas diez personas por sus calles. "¿En dónde está la gente?, se decía para sí *Tito*. Hace mucho que no pasaba por aquí. Siempre ha sido lo mismo, hasta donde yo recuerdo, pero aquellos eran otros tiempos. A estas fechas la cosa bien pudiera ser diferente, pero no. Hasta me parece más abandonado todo esto". *Tito* pernoctó en San Buenaventura, para salir al día siguiente con rumbo a Monclova, pero luego decidió que era mejor continuar hacia el norte y ya de regreso a Saltillo atender lo de Monclova y, por ese motivo, las siguientes localidades por las que tenía que pasar solamente, porque no había acreditados en las mismas, fueron Abasolo, Escobedo, Rodríguez y Hermanas. Aquello era de verdad desolador. No sólo se trataba de pueblos solitarios, sino también claramente abandonados. Casas de adobe en ruinas, bardas linderas derruidas, puertas cerradas con cadenas y candados, totalmente astilladas, custodiando inútilmente algo, porque aquellas vetustas viviendas ya no tenían ni techos, y en cuyos corrales, hasta los árboles, que alguna vez existieron por ahí, se negaron a continuar con vida. Tierras secas y un sol calcinante que caía a plomo aunado a un vientecillo abrileño que al levantar el polvo, daba a todo aquello un aspecto de tristeza infinita. "¡Ay, güey!, qué es esto!" <Sí, mi *Tito*, y ayer que creíamos haber visto algo feo, ¡mira esto!, ¡qué pedo, *mi buen*!, No doy crédito a esto. Todo es una ruina, no puedo creer que solamente esto sea 'lo que el tiempo ha dejado'…> Y así, ejido tras ejido, porque después, en muchos kilómetros con rumbo a la frontera, ya no existían poblados.

A partir de Hermanas, seguirían Sabinas y Nueva Rosita, ciudades en las que existían unidades habitacionales y una gran cantidad de créditos con verdaderos atrasos en los pagos; por tal razón *Tito* se hospedó en un hotel de Sabinas, para atender desde ahí a lugares como Múzquiz, Palaú y Barroterán. La soledad no era la tónica en estas ciudades, pero sí una buena cantidad de cantinas, y en las unidades habitacionales se apreciaba un gran descuido en las viviendas. Se podía ver que las puertas eran las mismas desde que se habían construido las viviendas;

muchas de ellas ya presentaban agujeros, estaban desteñidas y hasta con las chapas sueltas. Fachadas despintadas, cocheras convertidas en tendederos de ropa, pavimentos deteriorados, hoyancos y basura por todas partes, carros chatarra estacionados dondequiera, y muchas viviendas abandonadas. "Oye, *mi buen*, con esto, pues ¿quién quiere pagar?". <Así es, mi *Tito*, se me hace que el dichoso programita de cobranza va a ser puro pedo. Dudo que prospere. Pero en fin, vamos a volantearlo para que se enteren>. Así, *Tito* se dedicó a entregar volantes casa por casa, por cierto que no le faltaron perros que lo acosaran, porque eso sí en cada casa había por lo menos uno.

Después de aquellas unidades habitacionales, *Tito* continuó hacia la frontera, para atender Piedras Negras, pasando por otros lugares no menos solitarios, con abundantes nogaleras, pero finalmente también solitarios, algo parecido a abandonados, y por último Ciudad Acuña. En ésta en buena medida el volanteo sólo quedó en intenciones, había una unidad habitacional completamente abandonada y con un deterioro cercano a la ruina. Como le tocó el fin de semana, *Tito* tuvo la tentación de visitar un sector del estado el cual no conocía, por lo que ya de regreso hacia Saltillo se desvió hacia Ocampo, la región más desértica de la entidad, teniendo la oportunidad de conocer un rumbo que solamente careciendo de sensibilidad, podría pasarse por alto el grado de abandono y miseria en la que se encuentran los pocos habitantes que por ahí se ven, o por lo menos así se aparenta. Ejidos como Chulavista, cuyo nombre sólo es eso, una palabra que no hace ningún honor al lugar mismo; La Victoria, en donde el agua que toman los habitantes es la misma que sirve para dar de beber a los animales, sin ningún grado de salubridad; Laguna del Rey, Química del Rey, Hércules, Ocampo y Sierra Mojada. Horas y horas de camino rudo y un grado de atraso, en todos los sentidos, entre la poca gente que se alcanzaba a ver, cuya pobreza es por demás insultante.

Después de varios días, en los que *Tito* anduvo trabajando por casi todo el estado, se regresó a Saltillo; como la alarma había cundido no tardaron mucho las manifestaciones ante las puertas de la delegación, y al delegado, por primera vez le tocaba una de esas rechiflas, la más grande de las que ya se habían presentado. Se plantó ante ellos diciéndoles que *Tito* ya tenía un plan interesante para dar salida a aquel asunto y que se pusieran de acuerdo con él para que se los explicara.

Los manifestantes, entre los cuales, por cierto, había muchas caras ya conocidas por *Tito*, alegaban que el Infonavit también era responsable de la situación, en

virtud de que durante años no sabía qué hacer, cuando los deudores se acercaban a buscar alguna salida a sus problemas, que por el contrario siempre se les mintió y que fueron tratados con todo género de descortesías. *Tito* sabía bien que mucha gente tenía razón; entre los manifestantes había incluso mucha gente que en tiempos pasados ya había buscado solución, y que cuando fueron asesorados por *Tito*, él les recordaba que para nada había servido. Esto daba cierta ventaja a *Tito* para entrar en negociaciones y, de ese modo, desinflar aquellas manifestaciones, cosa que le sirvió para entrar por la puerta grande y así calmar también a la prensa que, desde luego, buscaba material para vender periódicos.

Una de las diferentes propuestas puestas en marcha iba fundada en que, en las Reglas para el Otorgamiento de Créditos, existía una disposición que permitía a los acreditados efectuar pagos extraordinarios, y que éstos irían abonados directamente al capital; de modo que si aquella gente se apegaba a esa regla podría ir pagando; y con un buen plan en poco tiempo podría salir de la deuda. Para poner en marcha esa clase de pagos, el Infonavit había creado un tipo especial de 'Talones', mismos que eran conocidos como 'Talones en Blanco', para ser llenados libremente por los acreditados. Esos talones, el Infonavit los había publicado en el *Diario Oficial de la Federación* desde el día 19 de Julio de 1982, los que para nada se ponían en práctica, por pura ignorancia, pese a que estaban autorizados desde hacía ya 17 años. *Tito*, entre sus archivos guardaba una vieja circular, casi tan antigua como el mismo Infonavit, misma que había sido emitida por el segundo de los directores que tuvo el instituto, precisamente para puntualizar el criterio bajo el cual, el Consejo de Administración señalaba la forma en la que debería ser interpretada la regla ya aludida, siendo tal criterio, en palabras simples: 'Que el trabajador pagara lo que pudiera, o lo que trajera en la mano', y como tal circular nunca había sido anulada al igual que la citada regla y que, por el contrario, ambas cosas estaban vigentes (lo siguen estando hasta estas fechas), entonces bien podrían ser utilizadas para dar salida a aquellos problemas.

El plan agradó a los manifestantes, tanto de Saltillo como de Torreón y, en su momento, a todos los deudores en el estado, a tal grado que en pocas semanas los cobros se incrementaron de manera significativa y sin aspavientos.

Mientras aquello seguía su curso, *Tito* también iba catalogando los asuntos por tipos de problemas, pues no todos se referían estrictamente al caso de cartera vencida, sino que tenían otras características muy particulares en cada uno de ellos. Muchos eran iguales a los que ya se habían colocado en la vía judicial, cuando *Tito* se desempeñaba en su despacho en la profesión libre.

Al catalogar los asuntos de esa manera, por su misma naturaleza muchos deberían ser solucionados en oficinas centrales, y para ello los estuvo enviando 'con oficio', acompañados de la respectiva sugerencia de solución y, por supuesto, con el debido fundamento legal.

Apenas habrían transcurrido unos tres o cuatro meses cuando ya se habían turnado cientos de asuntos para encontrarles solución, a lo que en oficinas centrales no estaban acostumbrados. *Tito* bien que lo sabía, pero también conocía la solución porque sabía de la competencia que correspondía 'por ley' a aquellas oficinas, lo mismo que las limitaciones legales que las delegaciones tenían; por lo que, pasados otros meses, de nueva cuenta se empezaron a presentar manifestaciones y periodicazos, *Tito* era juzgado de mentiroso porque no se solucionaban los problemas. Él se defendía entregando a los incrédulos una copia del oficio en el que el asunto respectivo ya se había turnado a oficinas centrales y, por tal motivo, ya no estaba en sus manos el caso, por lo que se dejaba al quejoso en libertad para ejercer lo que a su derecho correspondía, ¿y cuál era ese derecho?, pues que el inconforme se dirigiera a la 'Comisión de Inconformidades' para que ésta resolviera conforme a la ley, puesto que en la delegación no se contaba con facultades legales para dar solución a ese tipo de problemas.

Tito bien sabía que los asuntos turnados a México no eran por causas estrictamente imputables a los acreditados ni eran asuntos relacionados con Cartera Vencida por cuestiones imprudenciales o intencionales, sino que eran asuntos que se habían complicado merced a negligencias imputables a oficinas centrales. Otros de esos asuntos estaban relacionados con situaciones que, de acuerdo con el estatuto interno del instituto, la solución sólo competía a aquellas oficinas, y así asunto tras asunto al grado que en aquella instancia no tardaron mucho en sentirse incómodos, porque entonces ya la correspondencia para fines de exigir soluciones, se estaba dirigiendo por los quejosos directamente a ellas, cuyos encargados no estaban acostumbrados a ese ritmo de trabajo; lo acostumbrado era que en las delegaciones se detuvieran los asuntos mediante mentiras, para no molestar a los altos jerarcas del centro.

Desde luego, se empezaron a recibir telefonazos desde oficinas centrales reprendiendo a *Tito* por aquella actitud, lógicamente a través del delegado, y cuando el delegado lo llamó a cuentas, *Tito* demostró que para la solución de esos problemas la competencia correspondía, por derecho, a aquéllas, y que en la delegación anteriormente lo único que se estaba haciendo era engañar a la

gente, reteniendo así una bomba de tiempo. El delegado entendió perfectamente aquella situación mas sin embargo poco a poco empezó a sentir miedo, pensó en que tarde o temprano iba a caer su cabeza o iba a ser la de *Tito*. Como a los seis o siete meses de haberse iniciado aquellas labores asignadas a las 'Áreas de Cartera Vencida' en las delegaciones, lo que sucedió en 1999, después de 27 años de haberse creado el instituto y cuando lo vencido ya era un verdadero caos, de nueva cuenta intervinieron los sabios de oficinas centrales y adiós a la libertad para actuar.

En aquellas altas torres tuvieron una ocurrencia fatal. Resultó que para dar solución al problema de cartera vencida inventaron un sistema que consistía en la emisión de dos tipos de recibos para que los deudores pagaran su adeudo. Uno de los recibos era para pagar la mensualidad actual, y el otro era para pagar una parte del adeudo, pero una vez que el deudor se hubiera sometido, previamente, a un convenio, y así liquidar en partes lo atrasado. Para eso se le otorgaban hasta 36 mensualidades. En suma, ahora ya se trataba de un pago doble y de más difícil cumplimiento. Para colmo, aquellos talones para pagos, los que se estuvieron utilizando para pagos extraordinarios conforme al plan de *Tito*, fueron prohibidos por aquel grupo de tecnócratas quienes, por su misma ignorancia, se pasaron por el arco del triunfo una disposición legal y cerraron el camino para que los deudores contaran con una salida práctica a su problema, obligándolos, en cambio, a firmar convenios para la reestructuración de sus adeudos, algo que por lo demás resultaba sumamente pesado y hasta leonino.

A partir de esa 'gran idea', o idea grandota (ideota), no sólo se reiniciaron los atrasos, sino que a todos los jefes de la nueva área de Cartera también se les advirtió que deberían de cumplir con una determinada cuota de convenios en lo que restaba del año los cuales, a como diera lugar, habrían de imponérseles a los deudores. Ésa era la 'meta', la consigna sobre los jefes de área de Cartera y, además, estaba penado su incumplimiento.

Tito sabía que se estaba enfrentando a una estupidez, pero para dar cumplimiento a aquello, la cuota la obtuvo a través de imponérsela a aquellos que de verdad eran enemigos del Infonavit, o sea a todo aquel que no sólo debía hasta la camisa, sino que eran los que cada vez que se presentaba una revuelta de deudores eran los que encabezaban los movimientos para ocultar su propia situación, la cual era a todas luces perversamente intencional. También utilizó la situación para aplicárselas a los tranzas, mismos que estaban perfectamente identificados, y a

los invasores, para que éstos, con esas presiones, buscaran a su vez a los verdaderos titulares de los créditos.

La cuota se cubrió, pero las manifestaciones no se detuvieron, porque entre los afectados con aquellos convenios estaban los líderes. En estos casos, la gente suele pensar en que los culpables son aquellos que están a la vista y no es capaz de ver a quienes operan tras los telones. Pero aunque la gente sospeche que existen operadores ocultos, lo mejor es poner fuera de la jugada a los que tiene enfrente y así enviar el mensaje de intimidación a los que no dan la cara.

Aquellos 'genios', los que idearon aquel engendro de solución, se hicieron presentes en la delegación y ahí estuvieron por espacio de dos semanas. Su misión era la de recibir a todos aquellos deudores que tenían en su poder 'Talones en Blanco', los que *Tito* les había proporcionado para que pagaran sus adeudos al amparo de la regla que ya se citó, para quitárselos, y someterlos a la firma de convenios. Como se trataba de 'gente de México…', de oficinas centrales…, de gente que trae supuestamente 'poder', los deudores cobardemente no protestaron para nada contra ellos, pero tan luego pudieron hacerlo, ya cuando los genios se habían retirado, *Tito* fue el que pagó los platos rotos. Por más que *Tito* les hacía ver que aquellas medidas eran impuestas por el centro; que a ellos les constaba que él había estado haciendo todo lo posible para ayudarlos en su problema, y con estricto apego a la ley, todo fue inútil. Los ataques continuaban y por nada del mundo se dirigían esos dardos hacia donde verdaderamente correspondía.

Las cosas continuaron en esa tónica, y el tiempo pasó, cumpliéndose así casi un año y medio. Cierto día, en que el director general en turno hiciera una visita a la delegación Coahuila para la entrega 'simbólica' de viviendas, lo mismo que de escrituras, tal y como eran las mañas acostumbradas, la gente que protestaba fue llevada ante él como borregos, por sus líderes, los que verdaderamente estaban en problemas hasta el tuétano, exigiendo la cabeza del titular del área de Cartera.

Después de aquella farsa de entrega de viviendas y de escrituras, el director, junto con su séquito de jilguerillos y el delegado, se concentraron en la delegación para escuchar a todos aquellos manifestantes. *Tito* no fue llamado a aquel salón, el cual estaba repleto, y hasta una diputada local se encontraba entre los quejosos, misma que, como era de suponerse, sabía del Infonavit sólo el domicilio, porque de lo demás ya es del dominio público que esos títeres no saben nada.

Aquel cobarde director, lo mismo que el delegado y algunos de los genios que representaban aquel aborto de plan, el que se había ideado para la recuperación de cartera, estaban verdaderamente 'apanicados'. *Tito* observaba y escuchaba todo desde un punto en el que nadie lo podía ver a él. Cuando el director tomó la palabra, era de esperarse que a todo diera crédito con tal de salir bien librado, y cuando dejó su lugar al delegado, abandonó el lugar de manera sigilosa, habiéndose quedado al frente el delegado. *Tito* se percató de que el director ya se había retirado y no quiso cargar con toda la culpa por lo que, haciéndose presente, solicitó la palabra, interrumpiendo, desde luego con previa cortesía, al delegado. Éste accedió a la petición y de inmediato *Tito* expuso lo que consideró era su derecho.

–He escuchado las palabras de todos los que han querido hablar. La de los quejosos, la de sus líderes, la de la autoridad del Infonavit que, por cierto, ya abandonó el lugar y la de nuestro delegado. Pero no así a los responsables del programa que trae inquieta a la población deudora del Infonavit. Antes de que yo prosiga con lo que me interesa hablar, cedo la palabra a los responsables de este programa, para que expongan los pormenores del mismo y, sobre todo, para que se vea quiénes son los que están tras este programa, en el que desde luego nosotros, a nivel delegacional, no somos otra cosa que los que debemos obediencia.

Se hizo un silencio absoluto. Nadie dijo 'esta boca es mía', y *Tito* comprendiendo lo que le vendría después de aquello continuó con su alocución asumiéndolo todo. Desde luego que no insistió en que alguno de los genios diera la cara, su cobardía se había manifestado claramente.

–El ejemplo que voy a mencionar es vulgar pero ¿ya qué otra me queda?, ya más no podré perder. Los líderes aquí presentes han hecho gran énfasis en que algunas señoras hasta han llorado porque les impongo los convenios para que paguen sus adeudos, lo que no se dice es de dónde nos viene esa orden y aquí se lo callan. Ustedes lo están presenciando. Tampoco toman en cuenta, y éste es el ejemplo que voy a poner, que los ratones siempre tiemblan ante la presencia de un gato, y aquí yo represento al gato, al cobrador frente al deudor.

Ese cobrador que el Infonavit no tuvo durante 27 años, y que quiere imponerlo de este modo. Ahora, después de que muchos créditos ya son irrecuperables. En estricta justicia el Infonavit tiene su derecho a cobrar lo que le pertenece pero también debe reconocer su negligencia y, por lo tanto, no debe pecar de

ingenuidad creyendo que sus intereses aún están a buen recaudo, pretendiendo cobrar con una rudeza que no mostró cuando era buen tiempo, y ahora bajo las órdenes de los nuevos dueños del poder en oficinas centrales, nos envían a pelear sin armas, para que seamos nosotros los que paguemos por los experimentos que se están poniendo en práctica. No dudo ni tantito que dentro de unos cuantos días se le dé marcha para atrás a este programa de cobranza, porque es una verdadera aberración y no lo digo para disculpar a los deudores, quienes bien sabían que debían, que no tenían vergüenza para ocupar las casas que intencionalmente no pagan y que cínicamente no tienen cara para decir que no sabían cuál era su responsabilidad, pero en fin las cosas así están.

Ahora, los que verdaderamente quieren sacar provecho son los líderes, que azuzando a la masa lo único que pretenden es ocultarse, como siempre lo han hecho, para no dar la cara ante su verdadero problema. Si alguien duda de la clase de líderes que son aquí tengo sus estados de cuenta, los que muestran hasta 20 años sin pagarle al Infonavit un solo centavo. Finalmente me da pena escuchar a las autoridades de este instituto cómo les dan la razón a ustedes, haciéndome pasar como el chivo expiatorio. Como el villano de la película. Lo voy a ser, ¡sí!, sin lugar a dudas, pero antes yo los exhibo por cobardes y comodinos. Con tal de no llorar en sus casas no les importa que se llore en la casa ajena. Ahora, si en algo les puedo servir aún, ahí estaré en mi oficina, tal y como se sirvieron de mí, cuando les facilité el camino, y con la ley en la mano no a través de actos simulados.

Después de un breve silencio, se empezaron a escuchar las voces de los líderes corruptos, los verdaderos enemigos del instituto…, "¡Fuera, fuera, fuera!", a lo que la chusma siguió con verdadero borregismo: "¡Fuera, fuera, fuera! "

Tito no logró nada que no fuera su propia satisfacción. Salió de aquel lugar y después de 24 horas estaba despedido. La hebra siempre se reventará por lo más débil. Los ratones aún andan sueltos. Los seudo líderes siguen haciendo de las suyas. Los jerarcas mentirosos, cobardes y populistas, no se acaban, persisten. ¡No te acabes, Infonavit…!

Mónica, su antigua secretaria, se le acercó para hacerle algunas preguntas sobre lo sucedido en la sala de usos múltiples y entre otras consideraciones dijo:

–¿Ya se convenció?, nomás dígame, ¿de dónde vienen estos… sabios?

Tito tristemente le respondió: –Su delegado es de Zacatecas, el director es de San Luis Potosí. El que representa al programa de Cartera, es de Chihuahua y los otros, creo, son del Distrito Federal. Acomódelos como usted quiera Mónica, que cobardes dondequiera los va a encontrar, ¿y qué me dice de los deudores y líderes tranzas?, no me dirá que son chilangos.

Tito, haciendo una mueca despectiva, frunciendo la boca hacia un lado, alzando las cejas, y encogiéndose de hombros viendo a Mónica, simplemente le dio la espalda y se retiró, diciéndose para sus adentros: "¡Qué pinche necedad!"

Después de aquella triste experiencia *Tito* volvió a su trinchera, a seguir en su lucha, tal vez hasta estéril, pero en su verdad, a su libertad. "Ni modo, *mi buen*, no pudimos lograr nada. Yo creí que íbamos a poder establecer un programa regularizador, tal y como lo hemos ideado, pero ya ves, 'cría buitres y te sacarán los ojos'". <Así es mi *Tito*…, 'quien se mete a redentor, sale crucificado'>. En su acostumbrado ensimismamiento, se produjo aquella sentencia lapidaria.

Monclova, Coahuila, 2000

Tito se regresó a Monclova a continuar con sus asuntos en su calidad de asesor independiente; cabe agregar que después de unos dos años de lo acontecido ante aquella turba y las autoridades centrales, *Tito* tuvo la curiosidad de ver cuál había sido finalmente el comportamiento de aquellos deudores tramposos, obteniendo los estados de cuenta de sus créditos a través de Internet ya que poseía los números de los mismos, y la situación venía siendo la misma: cero pagos. Ésa era la ganancia obtenida por el instituto gracias a sus autoridades.

Como ya se dijo *Tito* se regresó a Monclova y se presentó ante su amigo Alfredo, éste lo notó, como era lógico, triste y abatido.

–¿Qué onda?, ¿andas de comisión por aquí?

–¡No, hombre!, ¡qué comisión ni qué la chingada! De nuevo ya me dieron aire del Infonavit.

–¿Y eso?; –Ya te había platicado las broncas en las que me iba metiendo, ¿recuerdas? Bueno, pues tenía que suceder. No hay remedio. En oficinas centrales siguen con su misma tónica y en lugar de buscar soluciones a los problemas les dan largas. Lo único que les interesa a aquellos burócratas es su chamba, lo

demás que se lo lleve la madre. Como los perros de las dos tortas, ni tragan ni dejan tragar, remarcó *Tito*.

–Pues seguiremos con nuestros asuntos a través de juzgados, ¡pos qué chingados!

Como *Tito* había estado leyendo la resolución dictada por el juez, después de más de un año de espera por la sentencia respectiva, al primer asunto que se le había presentado en el despacho, el del Cliente 'A', y el Infonavit salía absuelto, señaló:

–Lo malo de este camino es que hasta los jueces, en su ignorancia acerca de lo que es este instituto, lo están favoreciendo. Alfredo, ¿ya viste la sentencia que se dictó en el caso del Sr. 'A'?:

–Sí. Ya la vi. He leído los considerandos del juez, y encuentro muchas inconsistencias y contradicciones inexplicables; aseveraciones rebuscadas para favorecer su dictamen; argumentos tomados 'a modo', para hacer aparecer como creíble su sentencia. Ese juez se dedicó a enjuiciar al demandante en lugar de estudiar los hechos y constatar las pruebas, es más, siempre se encontró su necedad de que no fueron aportadas pruebas, siendo que sí se aportaron y debidamente notariadas. Omitió hacer argumentos que iban a favor de la víctima; y en fin, verdaderas perversidades, inmoralidades y abuso de autoridad para que finalmente nadie, ni el mismo Infonavit, quien resultó exonerado, haya salido beneficiado, porque como institución acreedora no va a cobrar jamás su dinero, la víctima no obtuvo su vivienda; la escritura no se va a poder hacer porque el vendedor ya ni existe o fue ocultado por el mismo Infonavit con tal de ganar el pleito; el municipio de Monclova va a seguir sin cobrar su impuesto predial; el Registro Público de la Propiedad no va a tener registro de otro inmueble irregular; y, lo más patético, que mientras todo mundo salió perdiendo por la estúpida resolución de un juez inmoral, ignorante e irresponsable, el invasor que habita ilegalmente la vivienda, continúa con la posesión gratuitamente. Y, …¡Que viva México, cabrones!, y ¡que chingue a su madre el mundo, junto con todos los que van en él! ¿o no?, y háganle como quieran que, finalmente, como juez, yo soy el rey. Interrumpiendo al abogado, *Tito* exclamó:

–¡Olé y olé!, habéis estao inspirao. ¡Es cierto!, ¿y quién chingados los juzga a ellos? No dudaría ni tantito que también vinieran siendo allegados de los caciques, porque ¿de qué otro modo se pudiera encontrar una explicación a tan estúpida sentencia? Ahora sí que 'no me defiendas compadre', porque, aunque habiendo ganado el Infonavit, en el fondo el juez lo ha perjudicado. ¡A todos los mandó a

la chingada!, este juez estuvo como aquel jefe de la policía de un pueblito, de esos que hay por ahí perdidos en la serranía o algo así, al que llegaron Chano y Chón alegando por una vaca, y el policía pide que hable primero Chano: –Pos, Sr. juez, esa vaca es mía yo se la compré a mi compadre Pancho el año pasado, y el jefe policiaco interrumpe para decirle a Chón: –¿Ya lo vites, Chón?, ai te va chingando Chano; y Chón contesta: –No, jefe, yo la tengo desde recién nacida; y lo mismo le dice ahora el policía a Chano; – ¿Ya lo oites, Chano?, ai te va chingando Chón, y así le pasaba la pelotita a uno y luego a otro, con el mismo argumento. Luego de escucharlos repetidas veces, los dos contendientes se quedaron mudos frente a aquel inútil jefe de policía, y Chano le dice a Chón: –Oyes tú, mejor mandemos a la chingada a éste, porque nomás nos está mandando a la chingada a nosotros y no nos arregla nada. Cuando ya iban de salida, el jefecillo aquel los detiene pegándoles un grito: –¡párenle ai!, ai me van chingado a mí, pero, por faltas a la autoridá, los voy a multar y los voy a encerrar, y la vaca se queda a beneficio del municipio, ai me los chingué a los dos...

–¡Ja, ja ja!, –ambos rieron.

–Si por lo menos tomaran en cuenta la parte 'consecuencial' de sus resoluciones no cometerían tantas injusticias –argumentó Alfredo–. Porque luego 'la joda' de enfrentarse a un Tribunal Colegiado para buscar un amparo contra esa sentencia. Tener que esperar hasta un año para saber si se concede o no el amparo, y que tratándose de algo que va a tocar los intereses de una institución pública, como lo es el Infonavit, de seguro nos lo van a negar.

–Pos sí, ya sabemos que perro no traga perro. Que todos se tapan con la misma cobija, ¡estoy encabronado! ¡Pobre pueblo marginado, a pleno sol…!, sin redención posible; Alfredo enarcó las cejas –¡No te entendí ni madre!; –Ya me entenderás, que por ahora me entiendo yo. Y sólo porque soy muy decente no les digo que… vayan mucho a la…; –Has pensado en ¿qué sigue?

–Aún no, pero como soy muy tozudo, ofuscado y terco como la chingada, voy a mandar el caso a la Judicatura. Total, ¿qué más puede pasar? ¡Ah!, y hasta a la misma Comisión de los Derechos Humanos del Estado. Voy a tratar de convencer a mi cliente para que acepte irnos hasta esas alturas. Nomás faltaría que se llegara a negar, eso sí que estaría de la patada.

Aquella conversación terminó y, días después *Tito* habló con su cliente y lo persuadió para que firmara la solicitud de intervención de la Comisión de los Derechos Humanos, habiéndosele entregado para tal efecto un escrito con todas las observaciones e inconsistencias hechas contra la resolución de aquel juez.

Transcurridos unos diez días la Visitaduría, encargada de estos asuntos en Monclova, envió un escrito al quejoso, a través del despacho de *Tito* quien fungía como representante de aquél, para que se presentara a recibir algunas observaciones a su solicitud, entre las cuales estaba una que resultaba ser una verdadera descalificación.

La Visitaduría argumenta: 'En la solicitud que se hace a la CDHC, para que intervenga en el asunto derivado de la sentencia dictada por un juez, se hace del conocimiento del solicitante que por tratarse de un asunto jurisdiccional, la CDHC no tiene facultades para intervenir.

En respuesta a ese escrito, *Tito* hizo lo propio a nombre de su representado, mediante otro escrito… 'A reserva de que, en su momento, el interesado habrá de presentarse ante esa H. Comisión tal y como está siendo requerido, como representante del afectado, me permito hacer algunas consideraciones en su nombre… Bien sabemos que la CNDH no puede echar por tierra una resolución dictada por un juez, y que incluso, en el mejor de los casos, la Comisión no hace otra cosa más que simplemente emitir recomendaciones, por lo mismo, la solicitud de mi representado sólo es en el sentido de que ese organismo emita una opinión en torno a la sentencia dictada por el juez 'X', en el caso que nos ocupa, pero con una especial particularidad, de que lo haga tomando como estricta referencia, los argumentos utlizados por el juzgador para la elaboración de los considerandos expuestos por el mismo, para sustentar la sentencia absolutoria a favor del Infonavit, ya que, interpretando ese listado de consideraciones, resulta que todo ha sido acomodado A MODO, con la suspicaz intención de que su veredicto le resulte creíble; y, porque, al mismo tiempo, el juzgador ha omitido relacionar en su listado asuntos que le son favorables al quejoso, también con la clara intención de que dicho afectado venga a representar el papel de culpable, y no el de una víctima en busca de justicia…'. El escrito fue presentado ante aquella comisión y todo quedó en espera de una nueva respuesta de parte de ese organismo, la cual fue emitida diez meses después de estos hechos y, por cierto, en el mismo sentido.

Mientras tanto en el despacho, las charlas entre *Tito* y Alfredo en torno a asuntos muy diversos eran lo usual, y así, en cierta ocasión en la que se encontraban

intercambiando impresiones, lo que por cierto se hacía con plena libertad, porque se dijera lo que se dijera, ya era en el entendido de que no iba nada con la intención de ofender, llegó uno de los clientes de Alfredo, quien solamente había ido a entregar papelería para efectos contables, se mostró interesado en la plática que aquellos tenían en esos momentos, cuyo tema era en torno a algunos reportajes periodísticos, en los que se aludía al atraso en el que se encontraban muchas colonias tanto de Monclova como de Ciudad Frontera, que en la realidad se trata una sola localidad, porque para nada se encuentra una justificación para la existencia de dos ciudades. Sobre todo en los linderos de ambas, en que para justificar las ineficiencias y las barbaridades, al momento de los problemas, no se quiere reconocer a qué localidad pertenecen. Pero eso sí, se alega la existencia de dos ciudades. Ya sabemos por qué y para qué. Aquel cliente residía en la Ciudad de Frontera y era descendiente de un ex funcionario, quien había participado en alguna de las administraciones municipales ya muy pasadas, no obstante, al haber escuchado algo de aquella charla, se dio por aludido. El cliente, de nombre Esteban, dirigiéndose a *Tito* le preguntó con un disimulado aire de disgusto:

–¿De dónde eres tú?; –De Saltillo.

–Entonces, ¿cómo es que opinas acerca de lo que sucede por aquí?, tú no conoces la región, no creo que tengas una visión completa de las cosas.

–Bueno, ya tengo mucho tiempo de observar lo que digo, y no es de un año para acá, no. Yo conozco esta región desde hace muchos años, por lo menos desde hace unos cuarenta, y puedo sostener que no hay avances significativos. Eso es lo que he venido sosteniendo y no me hago para atrás. Ahora, lo que estamos tratando es en torno a lo que trae el periódico de hoy. Mira…

Y mostrando aquel periódico, *Tito* le decía a Esteban que viera unas fotos de una colonia que mostraba un atraso verdaderamente vergonzoso y lastimero. También le mostraba una nota relacionada con la denuncia que se estaba haciendo de un expendio de cerveza convertido a su vez en cantina, pero clandestinos, y que esa era una constante en la región, etcétera.

–Es cierto eso, pero lo de que es una constante es algo de tu cosecha, ¿de dónde sacas eso?

–Evidentemente que la reportera del periódico, por su juventud tal vez, me imagino que es alguien muy joven, no puede agregarle al reportaje lo que yo estoy diciendo, pero yo sí se lo agrego, porque durante todos esos años que han pasado desde que conozco la región, ha sido lo mismo, y eso tú no lo sabes, porque eres muy joven o porque no lees, o bien porque no ha habido nadie que te lo haya dicho. A lo mejor sí lo has visto, pero te ha valido. Porque a diario, a diario salen estos reportajes, y basta con darse una vueltecita por las dos ciudades para contar, por ejemplo, la cantidad tan exagerada de cantinas, las que están a la vista, pero ¿y las clandestinas?, que es de lo que trata el reportaje. Además lo que se viene criticando es el hecho de que ese lugar es de un ex colaborador de la administración pasada, pero en Nadadores.

–¡Ah, bueno!, yo creía que se estaba refiriendo a Frontera.

–Bueno, Esteban, no nos hagamos. Es lo mismo allá en Nadadores que aquí en Monclova o en Frontera. No me dirás que no es lo mismo. Cuántas veces no nos hemos encontrado en esos lugares raros, un chingo de veces. Pero además lo que estábamos platicando no era lo de las cantinas, sino las gráficas de la colonia esa que venía en el periódico, con puras viviendas de cartón, que es en verdad una vergüenza para la sociedad entera y además, ¡qué tanto hace que los candidatos a ediles pasaron buscando votos?, y ¿qué ha pasado con esa gente?, nada, todo sigue igual. Ése es el reportaje.

–Sí, pero tampoco se vale que alguien que no siendo de aquí y que no conozca la región se ponga a criticar o que la quiera hacer de juez.

–Aguántame tantito. Te voy a decir algo que va a hacer que las cosas las veas de manera diferente. Mira, yo no obtengo ningún beneficio de Monclova ni de Frontera, ni de ningun municipio de por aquí. Por el contrario, yo genero mis recursos en otra parte y los gasto aquí, aquí pago impuestos y beneficio a alguien que gana un sueldo aquí. Eso mismo hacen los que vienen de Estados Unidos a gastar aquí lo que ganan allá. ¿Entonces cómo es que dices que no se vale que yo critique? A mí me cuesta vivir aquí y no obtengo nada a cambio, porque los servicios son pésimos, hay mucha insalubridad, mucha basura, inseguridad, el agua potable no es tratada por el municipio para evitar que la gente compre garrafones y dejar así de beneficiar a los que explotan ese negocio de purificación de agua; y así me podría ir cosa por cosa, para que te des cuenta de que a cambio de lo que traigo a Monclova no obtengo nada.

Después de la intervención de *Tito*, Esteban ya no dijo nada, incluso, cortó el tema:

–¡Ah!, antes de que se me olvide, aquí te traigo las últimas facturas para cerrar el mes y preguntarte qué hay del convenio que vamos a celebrar con el IMSS, ¿ya hay algo?

Así de ese modo, del mismo en que espontáneamente había entrado en el tema, se alejó del mismo. Cuando terminó su asunto con Alfredo, se despidió de mano incluso de *Tito*. Luego ambos comentaban el incidente:

–Es que este bato viene siendo nieto de un ex tesorero de Frontera, uno que estuvo hace como tres o cuatro administraciones atrás, y en otra, más atrás todavía, estuvo en algo de obras públicas o algo parecido. Es que son viejos terratenientes que siempre han estado en el gobierno. Ya su papá sólo ha vivido de lo que el viejón les dejó, que fue mucho, pero también desde sus antepasados ya habían hecho mucha lana con terrenos… Tú sabes.

–¡Sí, hombre!, y vaya que por aquí sí que ha rodado la lana pero ¿en dónde esta? No cabe duda de que se la han llevado para otras partes o la tienen guardada muy lejos, porque lo que es en obras, en colonias de verse, en infraestructura, en parques industriales, en industria que no haya estado conectada con la acerera, en líneas productivas no solamente en comerciales, en algo que se haya reflejado en beneficio de los jodidos, en eso, ¡nada!, unos cuantos han amasado grandes fortunas pero no las tienen aquí.

–¿Tú crees?, ¿entonces para qué están viviendo aquí?, yo creo que si así estuvieran las cosas ya no vivirían aquí.

–Bueno, pues viven aquí para explotar negocios, que para eso lo mismo da un lugar que otro mientras deje ganancias. Pero dime, ¿qué clase de negocios son los que se establecen por aquí?

–Pues… negocios, como cualquier otro. Negocios.

–Sí, negocios, pero si te das cuenta no son de esos que van creando valor agregado. Son puros comercios, no son industrias. Para colmo, a últimas fechas sólo invierten en negocios de franquicia. Aquí en la región no hay productos locales, no hay agricultura, no es hortalicero, no es cañero, no es vinatero, no es

ganadero, nada. Nada que pudiera significar la base para una industria extractiva, luego empacadora y luego comercializadora, nada de eso hay; ni tampoco esos capitalistas locales se preocupan por instalar industrias que procesen lo que sí se da, como por ejemplo el acero, ese producto que sale de aquí para otros lugares, pero en forma de materia prima, no en productos elaborados a partir del acero, para que se le vaya agregando valor y que incremente la ocupación de mano de obra. No. Eso que lo haga el gobierno, o que vengan los extranjeros, o quien sea, menos los poderosos locales. Ellos solamente se dedican a explotar el comercio, la construcción de viviendas, la compraventa de productos que tienen que ser traídos de otras partes de la República o del extranjero. Se dedican a explotar el vicio, a la construcción y arrendamiento de locales comerciales, o simplemente usan sus propios locales para vender lo que ellos mismos comercian, pero no fabrican nada. Dan ocupación a empleados de poco pelo, ni siquiera de medio pelo, mucho menos de terciopelo. Los de terciopelo vienen siendo sus descendientes, quienes se emplean en otros lugares, no en los comercios que explotan aquí. Los terciopelos de otras familias menos afortunadas buscan empleo en Monterrey, México o en Estados Unidos, porque lo que es por aquí, pues ¿en dónde?, por ejemplo, dime, ¿qué negocio tiene el cliente ese que vino hace rato?

–Tiene un negocio de compraventa de muebles para baño, con materiales para construcción y otro de ferretera.

–Ahí tienes. Nada de lo que vende lo fabrican por aquí, ¿o sí?, nada, ¿verdad?, y mientras no tienen negocios de ésos, se dedican a ocupar puestos políticos. Te pongo como un simple ejemplo lo que sucede en pueblos como Moroleón, Villa Hidalgo, Sabinas Hidalgo, NL, y muchos lugares por el estilo en toda la República, que se han dedicado a manufacturar ropa y muchísima gente va en verdaderas carvanas a comprar, han hecho de la mano de obra todo un emporio, porque ni siquiera son productores de telas, ni de botones, ni de hilos, ni de nada, solamente se han creado a sí mismos su propia forma de ganarse la vida. ¿Pero aquí? todos están a la expectativa de que sea AHMSA la que de nuevo eche a andar la máquina. No echan a volar sus capitales ni echan mano de los programas que ofrece la banca de desarrollo, ni nada de nada. Todo es chingar y punto, ya lo hemos dicho muchas veces. Si se dedican a construir viviendas de interés social, si te fijas, las venden sin protecciones, luego entonces si como constructores locales se hicieran competencia, por lo menos les pusieran protecciones para tener una oferta para los trabajadores que las van a comprar, así las cosas, utilizarían el acero para fabricar esas protecciones y a la vez generar otra industria en cadena. Es un simple ejemplo. Pero, al contrario, lo que en realidad hacen es

formar un oligopolio, en el entendido de que no se van a hacer competencia entre ellos mismos para no disminuir sus ganancias, porque de todos modos van a vender las viviendas estén como estén, porque finalmente ellos tienen cautivo el mercado local, entonces, ¿para qué se hacen competencia?, hasta donde se sabe, y es algo público, en los municipios, en todos, no sólo en los de Coahuila, para que no se ofenda nadie, con algunas pequeñas excepciones, las que ya conocemos, en todos hay una brutal falta de infraestructura, ni invierten en ella para construir parques industriales, que por más que se oculte la verdad, es la causante de tanta pobreza, pero hay lugares en donde no sólo se ve pobreza sino miseria, que no es lo mismo.

–Es lo mismo, ¿o no?, ¿cuál es la diferencia?

–Yo digo que la pobreza es algo que viene por la falta de ingresos, la falta de trabajo, la falta de poder económico, que hasta con un simple salario mínimo se puede comer algo. Pero la miseria es algo peor que eso, porque no sólo es falta de recursos económicos, sino también de educación, de cultura, de medios de defensa para la competencia, o sea que se trata de algo más primitivo. Un profesionista, por ejemplo, puede estar en la pobreza por falta de trabajo, pero no en la miseria porque él sí está apto para salir de la situación en cuanto se den las condiciones, pero un analfabeta, un inculto, alguien que viene acarreando un atraso ancestral, ése sí que está en la miseria. Sólo que se saque la lotería habrá salido de pobre, pero no de la miseria, eso que significa falta de solidez en sí mismo, para sí mismo y por sí mismo, pues…, ¿cuándo?, ¿cómo?, creo, incluso, que una persona con esas características es hasta un peligro, una amenaza pública. La lana sin cultura es un peligro.

–Sí, es cierto. Ahí tenemos a algunos paisanos que nunca tuvieron nada y que cuando regresan del otro lado, ya con algún billetito en la bolsa y con su camionetota texana, andan en el puritito desmadre, gastando a lo pendejo y creyendo que el mundo les queda chiquitito.

–Sí, ¿verdad?, el mar les queda chico como para echarse un buche de agua, y andan queriéndose echar un pedo más grande que el culo. Así es la miseria mi buen Alfredo. A muchos les crea resentimientos y a la menor oportunidad de tomar revancha, ¡sopas!

–Oye, *Tito*, y cambiando de canal, te he querido preguntar, ¿cómo van los asuntos ante la Comisión de Derechos Humanos?, ¡jala o no jala!, porque la situación se

me hace muy ojona para paloma y no creo que vayas a lograr algo bueno, digo…, así me da la impresión.

–No creas que me encuentro muy optimista. Yo también estoy dudando de su eficacia. Cada vez que hablo por teléfono, porque así me lo ofrecieron, que no era necesario estar yendo constantemente a sus oficinas, las líneas están ocupadas y cuando logro entrar, siempre, ¡óyelo bien!, siempre, resulta que quien tiene el caso está ocupado y por eso, de todos modos tengo que ir personalmente. Ha pasado ya tanto tiempo de que metí el primer asunto y ya ves, ni madre. Luego, cada vez que me presento, me preguntan: mi nombre, ocupación, edad, teléfono, entre otros datos y, ¿asunto?, para pasárselo al encargado del caso, luego…, 'en este momento no lo puede recibir, o espere un momento…', o lo que sea, que por los resultados, hasta hoy no ha sucedido nada. Ni un informe preliminar de avances, ni nada, absolutamente nada, todo está en el misterio. En una ocasión, yo muy optimista y apresurado a llevarles datos, con tal de que, según yo, el asunto caminara sobre rieles, acudí tres veces el mismo día y las tres veces, con un intervalo de dos horas cada vez, me pidieron mi nombre, domicilio, teléfono, edad, y…¿asunto? Una verdadera estupidez. Si yo estuviera en el lugar de quien está ahí para preguntar, a mí me daría vergüenza repetir la rutina y, para despistarle, tomaría los datos de la primera hojita que llenaron, pero como no tienen un gran número de gente en espera, porque incluso, te lo juro, nunca he visto a nadie haciendo antesala, pues a llenar papelitos con los antecedentes del mismo pendejo que tienen enfrente. Yo creo que por eso requieren de estar llenando 'turnos', para reportar una determinada cantidad de asuntos por día. No lo puedo ver de otro modo.

–¡No mames!, ¿tanto así?

–Te lo juro. Con decirte que en otra ocasión, estando esperando a que me atendieran, porque estaban en una reunión, llegó en un taxi la jefa, salió la secretaria para ayudarle a bajar una maletita y un gancho con un saco o algo así, como si no pudiera sola con aquella maletita, y la jefa, esponjada, como si se tratara de toda una celebridad. Creo que no tienen mucho qué hacer.

–¡Pinche *Tito*, me cae que no sé qué decir!, en todo estás, me da risa solamente de imaginarme la escena.

–¡Así fue, te lo juro!, yo tan sólo estaba ahí esperando, era lógico que no se me pelara ningún detalle. No tenía nada en qué distraerme. Lo vi. Es el ejercicio

pleno de los pequeños poderes. No es otra cosa. No existe humildad. Si no es en esos momentos, en los que alguien se puede sentir monarca, ¿cuándo va a haber otra oportunidad para sentirse importante?, ¿cuándo?

–Máxime que no falta mucho para que cambien de gente. Ya se están formando las ternas. Por lo que es ahora o nunca, ¡no hombre, si la teta es sabrosa!, esas chuletas nadie las quisiera dejar. Qué cosas, ¿verdad?, ¡somos una subcultura!

–¡Ay, güey!, a ti también se te salen esas domingueras.

–Pues de tanto oírlas, a poco nomás a ti.

–Pero si ya hubo cambios, dijo *Tito*.

–¡Ah chingaos, pos cuándo?

–No hace mucho, según supe la última vez que te dije que fui. Y por eso es que te digo, que ya tampoco tengo fe en ellos, porque, ¿qué crees?; –¿Qué?

–Pues me encuentro con la novedad de que para ver el asunto que les llevé la Comisión tuvo que pedir copia de la sentencia al juzgado, y quien tenía que autorizar que esos documentos se le proporcionaran a la Comisión, es ahora el Presidente de la Comisión. Y con otra, que quien estaba al frente de la Comisión, ahora tiene el puesto de aquél en el Juzgado, ¿cómo la ves desde ahí?; –¿Enroque?; –¡Ajá!, así se las gastan en nuestro sistema de justicia.

–Pues mientras todos estos puestos dependan de los gobernadores estaremos de la chingada. ¡Es el neofeudalismo en México!, ¿qué le vamos a hacer?

–Así es, mi cuate. Ahí donde la ves, creo que ya 'nos la hicieron de jamón' ¡Pobres pendejos los que aún creemos en este pedo!, según esto, esa solicitud al juzgado ya se ha presentado dos veces y aún así, ¡nada!

Con el paso del tiempo se fueron presentando al despacho de *Tito* otro tipo de personas con problemas muy novedosos. Éstos estaban relacionados con los nuevos fondos de ahorro, es decir, los que ya no contabilizaba el Infonavit sino que fueron aquellos que se crearon con la aparición del SAR, durante los años 1992 a 1997, y después, los que se crearon con posterioridad a 1997, ya con la aparición de las AFORES.

De nueva cuenta, la improvisación oficial daba pauta a otra generación de problemas, mismos que habrían de traer a los afectados 'de la Ceca a la Meca'. Dentro de tales improvisaciones se encuentra la relativa al decreto mediante el cual fue creada la Financiera Rural en sustitución del tristemente célebre Banco de Crédito Ejidal. Esa financiera fue creada con fondos extraídos del SAR, formados por cuentas 'supuestamente' no identificadas con sus respectivos titulares, y si bien existían tales casos también se supo de muchos otros que, incluido el de *Tito*, que estando plenamente identificados esos fondos con sus respectivos titulares, de todos modos los recursos fueron tomados para configurar el capital inicial de la dichosa Financiera Rural. Por este motivo la clientela se fue creando para iniciar los trámites ante otra inútil instancia denominada CONDUSEF, ya que este organismo tampoco resolvía nada y simplemente era una especie de agente de tránsito dando el paso a los automóviles, pero sin facultades para resolver nada.

Después de muchos casos presentados por ahorradores afectados por disposiciones absurdas, tanto en la Ley del Seguro Social, como en la del Infonavit, la primera de las instituciones señaladas acabó por aceptar devolverle a los ahorradores lo acumulado en la subcuenta de Retiro, durante el periodo comprendido de julio de 1997 hacia delante; pero como el Infonavit, en una actitud verdaderamente inconstitucional, y mediante un artículo transitorio, carente de fuerza dentro de la jerarquía de las leyes, se ha negado a devolver a los titulares de los ahorros lo que corresponde a la subcuenta de 'vivienda 97', los asuntos relacionados con las solicitudes de devolución se fueron incrementando entre la clientela del despacho.

Con todo esto nacieron una gran cantidad de escritos dirigidos al Infonavit con tal propósito y, en consecuencia, se empezaron a recibir las contestaciones, como era lógico, en un sentido negativo, para luego acudir por la vía judicial en busca de amparos en contra de aquella disposición, que niega la entrega de los depósitos en cuestión.

En esos momentos, en unos mensajes emitidos por radio, se escucha a un candidato a gobernador en una de sus promesas de campaña: 'Ahora le toca a Monclova'… 'Aquí tendré una residencia y una casa de gobierno y gobernaré desde ella también'. "¿Oíste eso, *mi buen*?, ¡qué ironía!, ¿acaso este cuate habrá visto algo 'extraordinario' en Monclova?, ¡que se me hace que son puras de harina y al comer se desmoronan!" <A lo mejor, mi *Tito*, a lo mejor. Pero no creo que se percate de todo. ¿Te acuerdas de allá por Ocampo?, ya conocerá

esta región el candidato?, no lo creo. Lo malo en Monclova va a estar en que sus habitantes se vayan a sentir los elegidos de los dioses y le vayan a apostar solamente a eso, que se crezcan porque el candidato a gobernador está prometiendo que, en caso de ganar, va a tener una casa en Monclova y ya por eso no cambien sus propias actitudes>. "Pues *mi buen*, por lo que hemos visto en el lapso de 40 años, ¿quién metería las manos a la lumbre?"

Unos días después, de nueva cuenta, en los medios: ¡Terrible accidente en una mina de San Juan de Sabinas, Coahuila…! Hay 65 atrapados. La situación es muy grave… Durante los días que siguieron al de la tragedia se daban a conocer las condiciones tan pobres en las que los mineros de la región trabajan, y que siendo la minería un oficio aún más peligroso que el que desarrollan los petroleros, en cambio los salarios y prestaciones no guardan la misma proporción. Bajos salarios, empresas intermediarias, caciques protegidos, que tal vez ni siquiera prestaciones otorgaban. Una grotesca pasarela de complicidades históricas entre líderes sindicales, caciques lugareños, autoridades locales y federales disputándose el lugar principal para la foto, empresas premiadas por haber sido los pioneros en poblar estas tierras, frente a un pueblo nuevamente desmoronado a causa de otra gran tragedia. Ésas eran las novedades durante esos días, eran los descubrimientos, eran las imágenes de familias empobrecidas, de más niños huérfanos sin esperanzas, futuros emigrantes hacia otras ciudades tal y como había sucedido en 1969 con la tragedia de Barroterán, que llegaron a Saltillo en una total indefensión, ¿y ahora?, tal vez hacia los Estados Unidos, junto a las declaraciones de un Presidente de la República diciendo: 'Vomito el populismo'; cuya obstinación no le permite ver lo que sucede cuando el Estado ya no vigila a los empleadores privados. Por defender, en cambio, la filosofía del 'No al populismo' y 'Sí al neoliberalismo' o lo que es lo mismo: Sálvate cómo puedas; porque tú, pueblo, deberás meterte en la cabeza que el Estado ya no está para equilibrar a las fuerzas. Coahuila de nuevo daba cuenta de esas aberraciones, la región era noticia, se dibujaba, se veía a través de otra tragedia casi similar a la de 1903 en Hondo, o la de 1969 en Barroterán, y otras intermedias, que no por haberse registrado menos víctimas dejan de ser tragedias y que solamente acabarán por dejar pueblos fantasmas.

Por esos días, en un programa televisivo, una periodista muy reconocida hablaba algo acerca de '**Las sociedades desfondadas**', ¿causas?: '**el no aprender de la historia**, o bien, que a pesar de tener el aprendizaje éste no se utiliza, se hace caso omiso y se actúa de manera irresponsable…'

Pero la historia continúa y es lógico, ya que de una fuente de agua no se puede esperar otro elemento que no sea agua. Después de los tristes acontecimientos en la mina de Pasta de Conchos, el sector minero, lo mismo en Coahuila que en otras partes, se ha visto envuelto en peligrosos conflictos que ya han cobrado muertos, tal y como se dio en Michoacán. Por tal razón, y conociendo la historia, los empresarios de la región manifestaron su preocupación a través de un desplegado en los medios periodísticos dirigido al Presidente de la República, en el cual, en forma resumida decían:

> **Monclova, Coahuila, 2006**
> Hasta le década de los 80, Monclova y la Región centro de Coah. eran presa de un constante ambiente de desorden social, generado por activistas radicales enquistados en el sindicato minero… Con sus acciones provocaron en la región un clima de agitación y enfrentamientos que desalentaron la inversión y pusieron al borde del colapso a Altos Hornos de México (AHMSA)… Toda la región fue sumida en un gran atraso, falta de servicios, disolución social y crecimiento de la delincuencia… En Coah., no queremos que se repitan hechos tan lamentables como los de Lázaro Cárdenas, Michoacán… **Sr. Presidente, los empresarios del centro de Coahuila no queremos un regreso al pasado.**

Pero lo singular del caso es que, en aquellos años, no solamente los trabajadores de AHMSA se beneficiaban de tal desorden, mismo que ahora los empresarios denuncian, sino que también esos empresarios, en aquellos tiempos, obtuvieron beneficios puesto que de no haber sido así, desde entonces hubieran puesto el grito en el cielo. El desorden lo conocían, el atraso lo han visto desde siempre.

La falta de interés en invertir en sectores productivos, de esos que no estén necesariamente ligados a la industria metal mecánica o minera, se reitera, que esa falta, se ha padecido desde siempre, y en cambio, su interés en apostarle siempre a una misma empresa, como lo es AHMSA, ha sido la constante, pese a que, se sabe, poner todos los huevos en una misma canasta es sumamente riesgoso. Por otro lado, tampoco en tantos años de haber sacado su provecho, se han preocupado por construir por lo menos un parque industrial y su esperanza es que vengan inversionistas de otras partes del país o del extranjero para que lo construyan, y así continuar con su forma tradicional de obtener rendimientos, es decir, dedicarse solamente al comercio o a los arrendamientos, o lo que ahora es peor, invertir en franquicias, a través de negocios que venden lo que en la región no se produce, porque todo se tiene que traer de otras partes.

Nada, salvo el acero, se produce en forma importante en la región. Nada que venga a generar 'Valor Agregado', porque hasta ese metal se vende solamente como materia prima y no hay cadenas productivas, por lo tanto se trata de una región convertida en un gran centro de intercambio de mercaderías traídas desde afuera a cambio del poco dinero generado en el interior de la misma, merced a una monoindustria que, para colmo, ya está muy gastada, muy explotada.

Tal vez aquí se encuentre la respuesta a esta pregunta: ¿Hacia dónde se he ido la riqueza de esta región?, si no ha quedado reinvertida de ninguna forma, ni siquiera en una cultura de autoprotección, porque la historia no ha sido asimilada. En la actualidad, corre la voz popular diciendo que uno de los propósitos de la administración gubernamental es facilitar la instalación de otra siderúrgica en la región y para ser más precisos en las cercanías de San Buenaventura. También se sigue apostándole a la instalación de maquiladoras, pese a las tristes experiencias que actualmente se viven con motivo del cierre de muchas de ellas. De nuevo, de nada ha servido la historia. No se ha aprendido que una cosa es mejorar lo que bien se ha hecho, en lugar de buscar parches para lo que se ha hecho mal. Van a terminar con los recursos acuíferos tal y como sucedió con Monclova y van a ampliar la zona de desastre, porque este tipo de industrias y de fuentes de trabajo son 'finitas' y sus repercusiones ecológicas, lo mismo que de desequilibrios económicos son devastadores.

Esto es parte de lo que se narra en esta novela, la histroria de una región desfondada, por su incapacidad de asimilar el consejo de la historia, que difícilmente va a poderse recuperar, y tal vez sea hasta imposible.

Esto es *Lo que el tiempo dejó*

Así, más de 40 años fueron narrados a través de un personaje, con una vida con altas y bajas, con sueños y realidades, con realizaciones y frustraciones, etc., pero eso sí, sin sometimientos, sin claudicaciones. Un personaje de tantos.

Los hechos aquí narrados son verídicos y documentados, solamente fueron cambiados nombres, algunas fechas y lugares, por razones obvias y para efectos de su novelización. Los juicios que se llevaron a cabo, algunos se ganaron y otros se perdieron, lo mismo por la falta de interés de los promoventes, que por sentencias 'raras' emitidas por jueces con actuaciones muy raras, esos individuos que al convertirse en eso, en jueces, si no todos, sí una buena cantidad, se creen peritos de peritos, seres arrogantes e intocables, incapaces de apoyarse (siempre)

en estudios periciales para emitir sus resoluciones, sobre todo cuando ya los hechos los han rebasado y también a la misma ley, ley que por lo demás, sabemos que en muchos casos ya es hasta obsoleta, al grado mismo de que ya hasta se utilizan 'machotes' para vaciar clichés. En este campo hay mucho de qué hablar, pero siendo un campo propio de juristas, su presencia no se ve y tal pareciera que hasta están de acuerdo con ese estatus. Por lo que toca a la intervención de la CDHC (la del estado), no queda de otra más que sentirnos frustrados, por su inoperancia.

Esta novela cerró su ciclo en mayo de 2006, poco después de la tragedia minera de Pasta de Conchos en Sabinas, Coahuila. Para su publicación encontró un feliz patrocinio en el Consejo Editorial del Estado de Coahuila hasta el año de 2011. Durante este lapso, muchas situaciones se han seguido repitiendo en estas regiones, lo cual da un aval a lo que en la novela se ha narrado y corrobora la afirmación del autor en cuanto a que se trata de regiones con 'sociedades desfondadas', porque no aprenden de la historia (autoridades, empresarios, sindicatos y población en general). Uno de esos sucesos, se refiere a la reciente tragedia minera de Sabinas, Coahuila, en abril de 2011, muy similar a la de Pasta de Conchos, ocurrida en febrero de 2006, en la misma región carbonera de Coahuila.

Lo que el tiempo dejó
Carlos Cárdenas Gutiérrez

Esta obra fue editada por el Consejo Editorial del Estado
e impresa en sus Talleres Gráficos
"*Profr. Arturo Berrueto González*"

Mayo de 2013

El tiraje fue de 500 ejemplares

Carlos Cárdenas Gutiérrez es un autor que tuvo que hacerse escritor por sí mismo, a la intemperie, recurriendo a los pasajes íntimos de la memoria para evocar los momentos cruciales que rescatan del anonimato a esos héroes cotidianos inmersos en la rutina de cada día, de su angustiante deambular por instituciones de burocracia o por las calles del pueblo de Monclova, ubicado en mitad de una larga llanura, haciéndonos ver la complejidad de su pensamiento frente a la realidad que lo circunda.

El recorrido posesivo de esos momentos, constituye el argumento de la novela. La mundanidad es el escenario que nunca termina de construirse y que sólo gracias a la sensibilidad es posible que se sienta la proximidad de los personajes como un "tú" otorgándole un carácter transparente y radiante a la circunstancia.